"¿Sabes cómo funcionan los secretos?
Yo te lo cuento a ti y tú no se lo cuentas a nadie."

estas seis palabras que te oculto

UNA NOVELA

JORGE GARCÍA PASCUAL

Estas seis palabras que te oculto

Jorge García Pascual

Título original: *Estas seis palabras que te oculto*

1ª edición, octubre 2021

© Jorge García Pascual, 2021

Diseño de portada: Ana García Pascual

Para mi abuela Charo

You don't get to choose the sea you'll end up drowning in
But you decide the path you take, the foam you make
While fighting it

The day I died, SANDY AT THE GAMES

Interludio:

Una tarde de San Juan

Si por él fuera, Asia habría elegido que lloviera, que los silencios de la iglesia —y los sollozos, y la pena— lo hubieran acompañado de vuelta a casa. No soportaba ese sol, esa brisa, el azul del cielo y las risas que se colaban por la ventana abierta de su habitación, las voces de sus tíos y sus primos sacando sillas al jardín, abriendo cervezas y bebiendo a la salud de la abuela, como si no supieran que ella, mientras pudo elegir, siempre había sido más de vino.

Necesitaba que una nube de tormenta lo ayudara a sumergirse en el dolor. ¿Quién puede llorar con ese olor a verano, a la sombra de los robles mecidos por el viento, con los pájaros cantando?

Ellos han llorado, dijo esa voz en su interior. *Han llorado y ahora pueden permitirse reír recordando los buenos momentos.*

Bien: pues él no. Los recuerdos que tenía de la abuela estaban corrompidos por los cuatro últimos años. Y si se concentraba, si cerraba los ojos y bloqueaba todo estímulo exterior, no era la abuela Ana quien acudía a su mente.

Tumbado en la cama, Asia sólo podía pensar en Carla.

Aunque ¿cómo no pensar en ella si esa noche era su fiesta de despedida? Ahí estaba su regalo, todavía por envolver —un pijama con estampado de ovejas y pantalón a cuadros escoceses, largo—, junto con una nota que le había llevado dos semanas escribir. Empezaba así:

> *¿Recuerdas esa noche de diciembre en Toledo, caminando de la mano, inventando a cada paso una nueva historia a dos voces? ¿Recuerdas el frío al cruzar el puente sobre el Tajo, y cómo buscaste cobijo en mi abrazo, y las cosquillas de tu pelo cobrizo en mi barbilla, y la luna aferrándose a las aguas por no irse río abajo…?*

Unos golpes en la puerta hicieron que Asia se incorporara en la cama. Papá entró sin esperar respuesta, para variar. Deambuló por el cuarto, mirándolo todo como si esperara encontrar algo nuevo, como si no hubiera leído ya mil veces el folleto que ahora cogía —*Residencia Universitaria Docampo: a diez minutos de A Coruña, habitaciones con cocina—,* haciendo tiempo antes de volverse hacia Asia y preguntarle qué hacía, por qué no salía a tomar algo con el resto.

—¿O es que te vas ya a la fiesta de tu amiga? ¿Quieres que te envuelva el regalo? ¿Quieres que le pida a tu madre que lo haga? —se

corrigió mientras cogía la nota y la ojeaba.

Asia se la arrebató de las manos. Papá se le quedó mirando un rato sin decir nada, con más preocupación de la que había mostrado en todo el día.

—¿Qué? —saltó Asia.

—Nada, nada... Es sólo que... ¿Me permites un consejo? —Y sin esperar respuesta, tomando aire, dijo—: No lo hagas.

—¿Que no haga qué?

Papá dejó escapar el aire lentamente por la nariz. Se tomó su tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—No le des esa carta a tu amiga Carla. No hagas más dura la separación de lo que ya lo es. Seguro que hay muchas cosas que quieres decirle, pero ahora no es el momento.

—¡Pero es que no hay más momentos!

Papá mantuvo la calma.

—Me temo que ya es demasiado tarde, Asia.

—Pero...

—Dime: ¿qué crees que va a pasar cuando la lea?

Asia suspiró.

Eso, ¿qué esperas, mi pequeño Asia?, dijo esa voz en su cabeza. *¿Que al darle el regalo a última hora, con la hoguera casi extinguida, los pies hundidos en la arena, Carla descubra la nota y la lea, la vista fija en el papel, tú viendo el vaivén de las olas, expectante, sin darte cuenta de que ella deja de leer, que no ha necesitado más que un par de frases para darse cuenta de lo que realmente siente por ti? ¿Eh? ¿Que te mire como tú la miras a ella, que se acerque y que te bese con tal pasión que las ascuas de la hoguera se prendan de nuevo y una estrella fugaz ilumine el cielo gris del amanecer y un volcán, pongamos el Etna, entre en erupción de forma repentina y cubra de ceniza toda Europa, y ningún vuelo pueda despegar en dos semanas, incluyendo el suyo? ¿Eh? ¿Que no tenga más remedio que pasar ese inicio de verano contigo, su amor verdadero, y basten esos quince días para que cambie todos sus planes por ti, que deje plantados a sus primos en las Highlands, que llegado septiembre sea otra quien ocupe su lugar en Madrid y vaya a estudiar a Coruña contigo y con Fran? ¿Eso esperas? ¿Eh?*

Asia sabía que era absurdo desear la aniquilación de la mitad de Sicilia con tal de que Carla se quedara un par de semanas más con él, pero ¿cuál era la alternativa? ¿Fantasear que, nada más llegar a la playa, Carla le hace dejar el regalo junto al resto, si es que alguien más se ha saltado la orden de no llevarle nada? ¿Quién va a cargar con esto, Asia? ¿Te vas a ocupar tú de que no acabe alimentando alguna hoguera en extinción?

Pero aunque la nota acabe quemada, aunque dos semanas de trabajo rebuscando las palabras adecuadas se pierdan en el aire, Asia

todavía recuerda la esencia de lo que le quería decir: que la quiere. Y se lo dice así, de golpe, tres horas más tarde, interrumpiendo una conversación apasionante. Pero es que no puede más. Está cansado de buscar quién más falta cuando Carla desaparece durante unos minutos. Está asqueado del alivio que siente cuando la ve volver del brazo de una amiga, de entre las rocas. Así que se lo dice: te quiero.

¿Quién fantasea con el silencio que viene después, con esa mirada de pena, compadeciéndose de él? No hay beso ni hay nada. Asia insiste con otro *te quiero,* como si fuera el apuntador de su propia imaginación. Funciona. Esta vez Carla responde con un: oh, Asia, yo también te quiero, pero no de ese modo.

Te quiero como una hermana quiere a un hermano. Te quiero como se quiere a un perro. Y lo siento si algo que he dicho te ha llevado a engaño, Asia, si has malinterpretado esta amistad por algún gesto mío, no era mi intención.

¿Quién fantasea con un abrazo tan condescendiente, con una sonrisa tan llena de lástima? ¿Quién fantasea con dejarse abrazar durante un minuto entero, con recrearse en su desgracia y llorar lo que no ha llorado por su abuela Ana?

¿Quién elige la realidad cuando nada duele en la fantasía?

Unas risas se elevaron del jardín. Una ráfaga de viento agitó las hojas de los robles. Unos pájaros alzaron el vuelo.

—Está bien: no le daré la nota.

Papá le puso una mano sobre el hombro y apretó con delicadeza.

—Créeme: es la mejor decisión —dijo, cerrando la caja del pijama sin la nota dentro.

—No se lo des a mamá para que lo envuelva: no voy a ir a la fiesta.

Papá lo miró de nuevo, preocupado. Se sentó en la cama junto a Asia.

—No hace falta que te quedes aquí con nosotros. Te vendrá bien estar con tus amigos.

—No es eso...

Papá siguió la mirada de Asia hacia la nota.

—Ah, entiendo... Mira, sé que ahora todo parece una mierda, pero la vida sigue, Asia. En unos meses casi tendrás que esforzarte por acordarte de Carla, eso te lo puedo garantizar. Avísame si cambias de opinión para que te acerque a la playa, ¿vale?

Papá se levantó de la cama y se fue como había llegado: deambulando por el cuarto, esperando un "gracias por los consejos" que no llegó. Cuando Asia se quedó de nuevo a solas, se puso manos a la obra: guardó la nota en la caja y la caja en el fondo del armario, le envió un mensaje a Fran diciéndole que no lo esperara, que no iba a ir a la fiesta, y al final, sin ceremonias, borró el contacto de Carla y todos los mensajes que habían intercambiado durante los dos últimos

años.

Volvió a tumbarse en la cama. Al cerrar los ojos, cuando consiguió aislarse de las risas de sus primos y de los cantos de los pájaros y del olor a verano que llegaba con la brisa, siguió pensando en Carla.

La vida seguía, sí, pero a Asia le tocaba esperar.

1

Tres meses después

—¿Crees que sobrevivirías una caída desde aquí?

Asia miró a Claudia, apoyada en la barandilla, sus rizos dorados asomándose por encima, sus ojos azules fijos en el suelo de la planta baja de la Escuela de Caminos.

—Depende de hacia qué lado caiga —dijo Asia.

Claudia se echó a reír. Le dio un puñetazo en el hombro a Asia antes de volver a apoyarse en la barandilla.

—Yo creo que palmas fijo. ¿Cuánta altura crees que hay? —preguntó sin mirarlo, asomando más de medio cuerpo al vacío—. ¿Cien metros?

—Estamos en un segundo piso. ¿Cómo va a haber cien metros?

—No sé. No se me da bien calcular esas cosas.

—Has elegido la carrera ideal.

—En los exámenes no nos van a pedir que estimemos alturas, idiota. Además, ¿tú ves lo lejos que está el suelo?

—Asómate más e igual lo ves de cerca…

Claudia volvió a reír y se apartó de la barandilla. Con cara de niña buena, rodeó a Asia y lo empujó por la espalda. Asia fue directo a un precipicio de cien metros de altura. Iba a chocar contra la barandilla y se iba a catapultar por encima, voltereta mediante. Caería al vacío entre aplausos de admiración y algún grito aislado. Y lo peor sería que el juez ruso no pasaría del siete.

Para alguien normal lo peor sería lo de morir destrozado contra el suelo, Asia, pero allá tú con tus fantasías, dijo la voz.

El caso es que el empujón de Claudia no fue para tanto, así que Asia pudo frenarse a tiempo. Eso sí, el corazón le latía a seiscientas pulsaciones por minuto, las piernas le temblaban y un sudor frío le recorría la espalda.

Se sentó en el suelo y confió en que los barrotes metálicos de la barandilla fueran un respaldo fiable.

De pie, Claudia lo miraba con esa sonrisa de duendecillo que Asia tantas veces había visto desde el día que se conocieron, durante la presentación del curso en el salón de actos, hacía apenas dos semanas.

—¿Tienes miedo a las alturas? —preguntó Claudia, asomándose de nuevo al vacío.

—¿Quieres parar, por favor?

Claudia pidió perdón con un gesto y se sentó junto a Asia.

—Si te pones así porque me asome un poco, mejor no mires hacia

allí.

Asia miró hacia donde Claudia señalaba. Uno de sus compañeros de clase estaba sentado sobre la barandilla mientras hablaba tan tranquilo con sus amigos.

—¡Que no mires! —le recriminó Claudia, riéndose, mientras Asia apartaba la mirada, pálido. Luego, con otro tono, entornando los ojos, dijo—: Ah, fíjate tú, el tipo es uno de los amigos del payaso ese.

Asia no necesitó volver a mirar para saber a quién se refería Claudia. *El payaso ese*, con su pelo engominado y su camisa entreabierta, les había costado una advertencia por parte del Director de la Escuela el día de la presentación, antes siquiera de la primera clase. A ellos dos y a Fran.

—Habrá que entrar ya, ¿no?

La voz de Claudia lo devolvió al presente, al pasillo del segundo piso. Tenían por delante dos horas de Física: la última clase doble del día. Cuando salieran sería ya de noche.

—Mientras no entren los demás...

Los que habían aprovechado el descanso entre clases para ir al baño volvían ya por el pasillo, entre ellos Fran. Se asomó al aula y luego se volvió hacia sus amigos.

—¿Y el profesor?

Asia se encogió de hombros. El resto de alumnos de otros cursos fueron entrando a sus respectivas aulas. Al final, en el pasillo sólo quedaron los de 1º A. Poco a poco las conversaciones se fueron animando, hasta tal punto que del Aula 2 tuvo que salir la profesora de Álgebra a llamarles la atención.

—¡Que ya no sois unos chiquillos, jolines! —dijo antes de cerrar de un portazo, tratando de acallar las risas que su intervención había causado.

Pero sólo el sonido de unas pisadas por el pasillo consiguió que la gente dejara de reír. Una señora se abrió paso entre la multitud hasta el aula. Al ver que allí dentro no quedaba nadie, se giró y anunció:

—Vuestro profesor no puede venir hoy.

Siguió hablando, pero nadie la escuchaba ya. Todos se apresuraron a entrar para recoger sus cosas y largarse antes de que a la señora le diera por decir que todo era una broma y que en realidad no era una señora, que lo que todos pensaban que era su cara de señora era en realidad una careta, que soy yo, vuestro profesor de Física, diría con voz de hombre, y que eso era una extraña prueba de actitud y que todos habían suspendido, que menuda vergüenza para sus familias, que ya no estaban en el instituto y que ya no eran unos chiquillos, jolines, que eran adultos y que tenían que empezar a comportarse como tales, y antes de que nadie haga la bromita, que os veo venir, no me refiero a Tales el matemático, el del teorema, aunque reconozco

que tendría mérito imitar a Tales y que fuera reconocible, ¿no?, es decir, todos habríais suspendido la prueba menos el fenómeno que imitó a Tales, para él un diez y una reverencia, sí señor, clap, clap, clap...

Claudia, Fran y Asia salieron a toda prisa para disfrutar de las últimas horas de ese maravilloso día que les habían regalado. Tuvieron que correr para coger el bus de vuelta a la Residencia Docampo. Fran llegó el primero. Sin perder el resuello, sin ni siquiera despeinarse, le pidió por favor al conductor que esperara. Asia llegó más sofocado, los mofletes colorados, el sudor acumulándose en la frente pese a que llevaba el pelo tan corto que no le daba calor.

—Con... esos... zancos... también... También corro yo... —dijo cuando Fran se rió de su pésima forma física.

Claudia hizo los últimos veinte metros caminando, como si la cosa no fuera con ella. Nada más subir al bus, el conductor arrancó. Claudia se tambaleó por el pasillo y se sentó como pudo junto a Asia. Se pasó todo el camino mirando con odio la nuca del conductor y mascullando entre dientes. Sólo el ajetreo de coches a la entrada de la Residencia consiguió calmar su odio visceral.

—Cómo se nota que mañana empieza oficialmente el curso —dijo Fran al bajar del bus.

—Me sigue sin parecer justo —dijo Claudia, sentándose en los escalones de la entrada del Bloque 1, viendo los coches llegar—. ¿Por qué todos estos tienen dos semanas más de verano? Mira qué morenos…

Claudia les mostró a los chicos uno de sus brazos para que pudieran comparar.

—Si estás así después de todo el verano, dudo que hubieras cogido más color con dos semanas más —dijo Fran—. Además, míralo por el lado bueno: nosotros empezamos dos semanas antes que el resto, pero también acabamos una semana después: más tiempo para disfrutar la comida de la Residencia.

—¿Hablas en serio o sólo quieres hacerme rabiar? —le preguntó Claudia a Fran mientras Asia prestaba atención al coche que acababa de detenerse frente a ellos.

Era un Land Rover gris. De él se bajaron un señor calvo, trajeado, y una mujer rubia y delgada que recordaba un poco a un conejo, si los conejos tuvieran una tez tersa y brillante y lo miraran todo con aires de superioridad y cierta expresión de asco. El hombre se puso a sacar bultos del maletero mientras la mujer se alisaba el vestido.

La hija fue la última en bajar. Parecía que hubiera salido de un coche distinto: pantalones deshilachados, camiseta escurrida dejando un hombro al descubierto, gafas de sol, auriculares. Por la forma en que miraba alrededor, Asia supo que era una novata. Él había hecho lo

mismo dos semanas atrás, buscando algún letrero que le indicara a cuál de los seis bloques idénticos tenía que dirigirse.

La chica no tardó en encontrar el cartel del Bloque 1, unos metros por encima de la cabeza de Asia. Pasó sin decir nada junto a su madre y dejó que su padre se ocupara de bajar las maletas, que ella ya tenía bastante con sacar las guitarras del maletero.

—¿Quién necesita tantas guitarras? —preguntó Claudia en voz baja, a espaldas de Asia—. ¿Cuántas manos tiene?

Asia no sabía si la chica tenía dos manos o doscientas, porque sólo tenía ojos para su pelo. Brillaba castaño al sol del atardecer, cayendo como una cascada por delante de su hombro desnudo. Era el pelo que tendrían las princesas de los cuentos si hubiera dibujantes con la habilidad suficiente para trazar esas ondulaciones.

Cargada con una de las guitarras, fue directa hacia Asia, que tuvo que echarse a un lado para dejarla subir los escalones de la entrada. No saludó al pasar. Sí lo hizo el padre, cargado con el resto de bultos.

—Qué chica tan agradable… —comentó Claudia.

—A lo mejor es tu compañera de habitación —le dijo Fran cuando los pasos de la chica y de su padre dejaron de oírse por el pasillo.

—Ay, calla.

—Tendríais que compartir cama, claro, porque en algún sitio habría que meter todas esas guitarras.

—Voy a compartir mi puño con tus dientes y tus dientes con el suelo como no te calles.

Fran se calló. La madre de la chica, apoyada en el coche, fumando un cigarrillo, les dedicó una mirada gélida, aunque quizás fuera la única forma en la que sabía mirar.

—Además —dijo Claudia, hablando más bajo ahora para que la mujer no pudiera oírlos—, no me imagino a esa chica compartiendo habitación. Seguro que está en uno de los áticos.

—¿Qué áticos?

Asia dejó de escuchar la conversación de sus amigos. Un nuevo coche había captado su atención. Pasó junto al todoterreno aparcado y se detuvo una decena de metros más allá, frente al Bloque 4.

Era un Golf blanco, de los viejos, con la pintura desconchada aquí y allá. En él iba una chica de pelo corto, nadie más. Antes de bajarse del coche se puso a pitar como una posesa, como si un camión cisterna se dirigiera hacia ella con el conductor dormido al volante o como si su equipo de fútbol hubiera ganado la final de la Copa del Rey.

Entonces se debieron de oír pasos recorriendo al trote el pasillo de la planta baja del Bloque 4, porque segundos después una chica apareció salvando de un salto los tres escalones de la entrada. La chica del coche corría ya a su encuentro. Asia pensó que el impacto las iba a desintegrar, provocando una brecha en el continuo espacio-tiempo

que acabaría por tragarse la Residencia Docampo y toda Coruña y la totalidad del universo observable. Con lo bonito que estaba el cielo esa última tarde de septiembre…

Pero no. Esas chicas debían de ser expertas en Física, porque nada más entrar en contacto se pusieron a girar sin parar, convirtiendo su choque en una suerte de vestidos al vuelo y gritos de alegría. Asia no pudo evitar sonreír.

Las vio hablando de sabe dios qué. A esa distancia sólo le llegaba el sonido de sus risas y los gestos de sus manos. Seguro que hablaban del verano y de lo bien que se lo iban a pasar ese año en la Residencia con todos los amigos que habían hecho el año anterior.

Porque esas chicas eran de segundo. Eso era algo que saltaba a la vista. Incluso la madre de la chica repelente del pelo de princesa se daba cuenta. Ella las miraba con el ceño fruncido, sin dejar de dar caladas de conejo a su cigarrillo.

Las chicas entraron en el Bloque 4. El coche se quedó ahí en medio, con la puerta abierta de par en par y la radio encendida. En realidad, ¿quién iba a robárselo allí? ¿Quién iba a robárselo en ninguna parte, con sus ventanillas de manivela y su caja de cambios de cuatro velocidades y su parabrisas cubierto de pegatinas de colores más viejas que Asia?

—Mientras no haya otra vez pescado… —decía en ese momento Claudia.

—¿Tú qué crees que habrá de cenar, Asia? —le preguntó Fran.

Asia se giró y se encogió de hombros.

—No sé, ¿patatas?

—Aparte de patatas, obviamente.

—Milanesa.

Fran pensó en silencio durante unos segundos antes de decir:

—Puede ser.

—Ay, ojalá —dijo Claudia.

Asia se volvió de nuevo al frente, justo a tiempo para ver llegar un nuevo coche. El tercero de la tarde. Lo conducía una señora muy rechoncha y alegre, de mejillas brillantes y busto abundante. Recordaba a un cerdito hinchable o a una vaquita rosada o a muchos balones dentro de un vestido. Su hijo era raro: llevaba sombrero.

Era negro, el sombrero. De ala ancha. De él asomaba un chico de pelo largo y rostro delgado, con bigote y perilla y gafas de cristal grueso, camiseta negra y pantalones cortos. Se bajó frente al Bloque 2.

—A lo mejor es tu compañero de habitación —le dijo Claudia a Fran, clavándole un dedo entre las costillas.

—Ya comparto habitación, lista.

—Pero a lo mejor cambian a Asia de habitación y tú tienes que compartir habitación con ese… Con ese chico extraño. O a lo mejor

los tres compartís habitación.

—¿Y dónde dormiría el del sombrero?

—No sé. Colgado del techo, como un vampiro.

—Los vampiros duermen en ataúdes.

—Pero no hay ataúdes en vuestra habitación, ¿verdad?

No los había, y no hacía falta que los hubiera, porque ese chico no era un vampiro y los vampiros no existían y no iba a vivir en su habitación. Por ese orden.

—En todo caso sería un mago —intervino Asia.

—¿Qué tiene de mago?

—La barbita. ¿Y quién usa sombrero en los tiempos que corren?

—Los magos, claro —dijo Fran.

—¿De dónde iban a sacar los conejos si no?

—Pero los sombreros de los magos no son así —dijo Claudia—. En ese sombrero no entra ningún conejo.

—Bien emplatado, sí —dijo Fran.

—¿Qué clase de truco es sacar un plato de conejo de una chistera?

—Uno delicioso. ¿Crees que habrá conejo para cenar?

—¿Conejo en su tinta?

—¿Qué clase de conejos conoces tú?

—Si yo te contara...

Asia volvió a desconectar de la conversación. El chico sacó una mochila y un par de bolsas del maletero y se dejó abrazar por su madre. Entró en el Bloque 2 sin fijarse en el letrero y sin saludar a nadie.

El cielo comenzaba a perder su tono anaranjado. Asia empezaba a tener frío, incluso con la sudadera abrochada. Era hora de entrar.

—Bueno… —dijo, levantándose.

Llegó un cuarto coche. Asia no contaba con él. Con tres era suficiente por un día. Pero aun así algo hizo que se quedara allí de pie, viendo cómo el coche se detenía en el primer hueco que había, frente al Bloque 3.

No necesitó mirarlo con atención para notar el tono ligeramente distinto de la puerta trasera derecha, que habían tenido que cambiar después de un accidente sin importancia, o para saber que el ambientador en forma de estrella que colgaba del retrovisor llenaba todo el vehículo de una fragancia con olor a mañana de sábado de mayo.

No necesitó esperar a que la chica del asiento trasero se despertara y se bajara, toda pelo cobrizo y espalda arqueándose como la de un gato, para que su corazón se acelerara y el aire le faltara en los pulmones. No podía ser, pero era. No sabía cómo ni por qué, pero allí estaba...

2

Carla

Se habían pasado de largo. Carla bostezó y volvió a estirarse de nuevo. Miró a su alrededor algo perdida, pero no tardó en ubicarse. Si ese era el 3 y lo que veía un poco más allá de esa ancha rampa de hormigón era el 4, eso significaba que el Bloque 1…

Se giró.

Estaba allí, de pie, a unos cuantos metros de ella, lo suficientemente cerca como para poder diferenciar cada surco que se había formado en su cara al sonreír.

Carla también sonrió. Fue una de esas sonrisas puras, de las que nada puedes hacer por evitar, por mucho que lo intentes. Una sonrisa que no dejaba de ensancharse impulsada por la repentina felicidad de ver de nuevo a Fran tras el largo verano separados.

Se lanzaron al encuentro. El abrazo les cogió a medio camino. Encajaron mal por la falta de costumbre, pero no importó. Con la cara aplastada contra su pecho, pudo oír los fuertes latidos de su corazón.

Carla se separó de Fran y miró por encima de su hombro hacia las escaleras de la entrada. Allí sólo había una chica de mofletes rojizos y rizos dorados que miraba a su alrededor con una expresión de confusión dibujada en su cara redonda.

—Ven, que te presento a Claudia —dijo Fran.

—¿Y Asia? —preguntó Carla, y ella también miró a su alrededor como había hecho Claudia. Sólo que en su rostro no había confusión, sino una sonrisa muy distinta a la que había aparecido cuando vio a Fran.

Era una sonrisa de anticipación. La clase de sonrisa de quien está a punto de entrar en su casa para una fiesta sorpresa en su honor. Esperaba ver aparecer a Asia de detrás de un arbusto, o descolgarse de una ventana, o salir de uno de los contenedores de basura que había frente a los Bloques.

—Estaba aquí ahora mismo —dijo Fran—. ¿Y Asia? —le preguntó a Claudia.

La sonrisa de Carla se diluyó un poco. Asia no iba a aparecer con un regalo en las manos, entre una lluvia de confeti. No podía sorprenderla, porque en realidad la sorpresa era ella.

Claudia se encogió de hombros.

—No está.

—Eso ya lo veo —dijo Fran.

—Pero es que no está en ninguna parte. Me he distraído un

momento mirándoos y… Hola, por cierto, soy Claudia, he oído hablar mucho de ti ...y cuando me he girado para decirle algo a Asia ya no estaba. Si no fuera imposible, diría que se ha esfumado —añadió, chasqueando los dedos.

Oh, pero era posible. Esa era la especialidad de Asia: desaparecer. Se le daba tan bien que la última vez que lo había hecho, durante el verano, Carla creyó que nunca más lo volvería a ver. Pero no iba a dejar que Asia se esfumara así cómo así. No mientras pudiera evitarlo.

Así que allí estaba ella. ¿Dónde estaba él?

—¿En qué habitación estás? —le preguntó Fran.

Carla apartó su mente de Asia y buscó la tarjeta de su habitación.

—Uhmm… 1205.

—¿Por qué no dejas tus cosas en nuestra habitación de momento? —sugirió Fran—. Está aquí al lado. Y supongo que Asia estará allí, así que podemos bajar todos juntos a cenar y después te ayudamos a subir todas las cosas y a guardarlo todo. ¿Te parece?

A Carla le pareció bien. Mientras Fran y Claudia cargaban con sus bultos, fue a despedirse de sus padres. Su madre le dio un fuerte abrazo y un beso en la frente. Su padre se alegró de no tener que quedarse a ayudar con las maletas y poder hacer el camino de vuelta cuanto antes.

La habitación de los chicos estaba en la planta baja del Bloque 2, con vistas al Bloque 1. Allí tampoco había rastro de Asia.

—Bueno, qué: ¿bajamos a cenar? —dijo Fran, saliendo del baño.

—No pasa nada porque esperemos un poco —sugirió Carla.

—Ay, Carla… No tienes ni idea de cómo funcionan las cosas aquí, ¿verdad?

¿Cómo iba a saberlo, si acababa de llegar? Pero no dijo nada, y dejó que Fran, pasándole un brazo por encima de los hombros, le explicara que…

—Hay que bajar lo antes posible a cenar —dijo, dejándola salir la primera por la puerta—. Normalmente nosotros llegamos a las nueve y media, al volver de clase. Pero hoy hemos salido antes, así que hay que aprovechar. Verás: aquí la comida apesta, y eso es un hecho. Que te lo diga Claudia.

Claudia asintió muy seria. Carla se fijó mejor en ella. Fran la había mencionado a menudo las veces que habían hablado en las dos semanas que llevaba él ahí. Y pese a que no se la había descrito físicamente, se la había imaginado exactamente como era: con un pelo rubio todavía más rizado que el suyo, unos ojos de un azul intenso y unos mofletes siempre colorados, entre otras cosas.

Parecía maja. Tenía que serlo, si había ocupado su lugar entre Fran y Asia tan rápido. Ahora era Claudia quien compartía clase con los dos chicos. Era ella quien iba a pasar seis horas con ellos cada día, con

quien se encerrarían a estudiar cuando llegaran los exámenes, con quien compartirían alegrías y decepciones a lo largo del curso.

Pero ahora que iban a vivir bajo un mismo techo, todavía quedaban muchas horas en un día para estar juntos. Sí, cuatro no tenían por qué ser multitud. Carla se animó un poco y volvió a prestar atención a Fran.

—… pero no hay pruebas de que en realidad sea, en efecto, carne de gato —decía en esos momentos—. ¿Entramos?

Fran retiró su brazo de los hombros de Carla y los dos entraron en el Comedor siguiendo a Claudia. Era un espacio de techos altos y olor a aceite usado.

Tras pasar por un buffet todavía repleto de comida, se sentaron a una de las mesas junto a las ventanas con sus bandejas llenas de croquetas y su jarra de agua del grifo, con su pan blando y sin sal y sus yogures sin fecha de caducidad a la vista.

—Mira, ya no puedo aguantar más —dijo Fran, cogiendo una de las croquetas que habían reservado para Asia y metiéndosela en la boca—. *Que hubieva bahado abte.*

Entre Claudia y él se las comieron todas, y Asia siguió sin aparecer. Cuando terminaron de cenar todavía no había rastro de él. En el camino hasta la puerta Claudia se encontró con una conocida y se quedó hablando con ella. Fran y Carla siguieron adelante y salieron juntos a esa noche de principios de otoño.

Volvieron a la habitación de Fran. La encontraron tal y como la habían dejado, con las maletas de Carla en el suelo y aburrida, sin fotos ni pósters en las paredes, sin nada que hiciera ver que allí vivían dos chicos, salvo por la forma en la que estaban hechas las camas, con las colchas granates puestas de cualquier modo. Más aburridos encontró los apuntes que con tanto entusiasmo Fran le enseñó.

—Tú ni siquiera has empezado el curso y nosotros ya hemos dado todo esto —decía, dejando caer el taco de papeles sobre su escritorio —. Y qué difícil es… ¿Sabes selectividad?

Carla se rió.

—Sí, sé selectividad.

—Pues en el primer boletín de Cálculo nos entró todo lo que entraba en selectividad y mucho más.

—¿Cuánto más?

—No sé, mucho.

—¿Y qué sacaste?

—Un siete —dijo, hinchando el pecho.

—¿Y Asia?

—Era un boletín voluntario. Y mira lo que nos mandan hacer en Dibujo.

Fran sacó un nuevo montón de papeles llenos de vistas de figuras

que había que dibujar en tres dimensiones y empezó a explicarle lo difícil que era cubicar algunas de ellas.

—Oye, ¿te parece si vamos llevando ya las cosas? —le cortó Carla.

—Vale. Yo creo que podemos llevar todo entre los dos en un viaje —dijo Fran, dejando los papeles en el escritorio y yendo a por una de las dos maletas grandes y unas cuantas bolsas. Miró alrededor al resto de bultos—. Bueno, en uno y medio, quizás.

Acertó de pleno. Después de llevar lo que pudieron a la habitación de Carla y guardarlo todo, volvieron de nuevo a la habitación de Fran a por la mochila y las dos bolsas que faltaban.

—Con esto puedo yo sola —dijo Carla, bostezando—. Me voy a acostar temprano que estoy algo cansada.

—¿Mañana madrugas? —le preguntó Fran.

—Supongo. Dan desayuno en el Comedor, ¿no?

—Sí, aunque yo desayuno en la habitación. Claudia sí que suele bajar. Seguro que coincidís. Pero después pásate por aquí o lo que sea, ¿vale?

Carla asintió y se despidió de Fran con un beso en la mejilla. De vuelta a su habitación se perdió, y eso que acababa de hacer ese mismo recorrido apenas media hora antes.

El fallo fue que al llegar a la mitad del pasillo vio a dos chicos que bajaban por unas escaleras en las que antes no se había fijado. Y como Carla era curiosa por naturaleza, y como lo normal es que las escaleras que surjan de una planta baja suban en vez de descender, decidió seguirlos para ver a dónde llevaban. Y como su sentido de la orientación era nulo, un simple rellano y su correspondiente cambio de dirección bastó para desorientarla. Cuando salió por una puerta idéntica a la de dos tramos de escaleras más arriba, no sabía si tenía que girar a la izquierda o a la derecha en ese pasillo tan distinto al que acababa de dejar atrás.

El suelo era de hormigón pintado a juego con las puertas de las escaleras. En el techo brillaban unas luces frías, de pasillo de manicomio. Por suerte ninguna parpadeaba creando espacios en sombras en los que se pudieran esconder los espíritus. Y aunque parpadearan, la luz que se colaba a través de las paredes acristaladas frente a ella sería suficiente para iluminar hasta el más recóndito de los rincones.

Eran pequeñas aulas eso que se veía del otro lado de los cristales. De paredes blancas y mesas del mismo color. Vacías.

—Parecen escaparates, ¿verdad?

Carla dio un respingo. A su izquierda, apoyado en una de las máquinas expendedoras, con un vaso de plástico humeante en la mano, estaba Asia.

—Perdona. Creía que me habías visto.

—Si te hubiera visto te habría saludado —dijo Carla, elevando la voz más de la cuenta para hacerse oír por encima de los latidos desbocados de su corazón.

Asia se encogió de hombros y bebió un pequeño sorbo de café como si la cosa no fuera con él, como si no llevara varios meses sin ver a Carla y no acabara de encontrársela por casualidad en lo que parecía ser un pasillo subterráneo bajo los dormitorios de la Residencia.

Estaba igual que siempre, con su pelo corto y su cara redonda de niño. Quizás estuviera algo más moreno que la última vez que lo vio. Estaba más serio de lo que en él era habitual.

—Son salas de estudio —dijo—. Parecen escaparates, pero son salas de estudio. Sólo que es pronto para que la gente las use.

—Son más de las diez —dijo Carla sin necesidad de consultar su reloj.

—Pronto en el curso. Aún falta mucho para los exámenes.

A Carla le daban igual las salas de estudio.

—¿Por qué no has bajado a cenar?

—No tenía hambre.

Carla no necesitó fijarse demasiado para ver cómo Asia cerraba su puño derecho para ocultar el envoltorio vacío de una chocolatina.

—Ya. ¿Por qué me evitas?

—No te evito. Ni siquiera sabía que estabas aquí.

—Para no saberlo no pareces muy sorprendido de verme.

Asia sonrió por primera vez y Carla sonrió también al reconocer en sus labios la derrota.

—Toma —dijo Carla, y le pasó las dos bolsas que cargaba. El chico tuvo el tiempo justo para dejar caer el envoltorio de la chocolatina antes de cogerlas.

—¿Y para qué quiero yo esto?

—Para llevarlas a mi habitación.

—Pues tira.

—Es que no sé volver. Es la… uhmm… 1205 —dijo Carla, consultando una vez más su tarjeta y poniendo cara de pena.

Asia se echó a reír. Con un gesto de la cabeza, indicó a Carla que la siguiera. Echaron a andar por los subterráneos, subieron unas cuantas escaleras y recorrieron un pasillo, y un par de minutos después Carla entraba al baño y dejaba a Asia deambulando por la habitación. Cuando salió se lo encontró tumbado en su cama, descalzo, mirando al techo.

—Adelante, ponte cómodo —dijo Carla entre risas, y ella también se descalzó y se tumbó en la cama de su compañera, ausente.

Se quedaron en silencio. Tras tres meses sin hablarse, Carla temía que al encontrarse de nuevo con Asia las cosas fueran raras entre ellos,

que la conversación fuera forzada y los silencios incómodos.

Pero no había nada de eso. Por más que Asia hubiera intentado evitarla a toda costa. Por más que ahora ella estuviera evitando hablar de todo lo que llevaba tiempo queriendo hablar con él.

Estaban en silencio, pero era un silencio en el que nadie se veía obligado a hablar sólo por hablar, que nadie necesitaba romper con un "bueno…" y una despedida apresurada. No. Esos silencios sólo se rompían cuando uno de los dos necesitaba dejar salir lo que llevaba minutos dando vueltas dentro de su cabeza. Y por los gestos del rostro de Asia, él estaba a punto de hacerlo.

Tomó aire, apretó los labios, movió los dedos de los pies y, sin mirar a Carla, susurró:

—Hay estrellas.

—¿Cómo dices?

Asia no apartó la mirada del techo. Oyó a Carla revolverse en la cama de al lado y tumbarse sobre su costado. Sintió sus ojos sobre él.

—Digo que hay estrellas. Ahí, en el techo —y señaló con un vago gesto de la mano una zona sobre la cama donde estaba tumbada Carla.

—No puede haber estrellas —dijo Carla, todavía mirando a Asia—. Estamos dentro, y dentro no hay estrellas. Moriríamos todos.

Asia chasqueó la lengua y, sin girarse ni decir nada, tanteó con la mano la pared hasta que encontró el interruptor de la luz. La apagó y el techo se llenó de decenas de brillantes estrellas de color verdoso.

—¡Hay estrellas! —exclamó Carla.

—Lo sé.

—¡Son muchísimas, Asia! —dijo—. ¡Mira cuántas hay!

Asia sonrió. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos esas explosiones de entusiasmo de Carla. Decidió que ese era un buen momento para mirarla sin riesgo a encontrarse de frente con sus ojos. Se tumbó sobre el costado y vio a Carla mirando las estrellas con asombro. Él se asombró de ella. Del brillo de sus ojos y de la curva de su pequeña nariz. De lo esponjoso de su pelo y del movimiento apenas perceptible de sus labios, como si estuviera buscando palabras para describir lo que veía en el techo. De esas manos cruzadas sobre su vientre y de la pintura desconchada de sus uñas. De su respiración agitada por la emoción.

Asia volvió a tumbarse boca arriba e intentó concentrarse en las estrellas.

—¿Quién crees que las habrá puesto ahí arriba? —preguntó Carla —. ¿Alienígenas? ¿Crees que han sido los alienígenas, Asia?

—¿Quién más pudo ser?

—Sólo ellos. Nadie en este planeta tiene una tecnología tan avanzada como para pegar estrellas en el techo. ¡Estrellas que brillan! Y cómo brillan…

Brillaban poco. Era un brillo débil, de farola un día de niebla o de vela a punto de apagarse. Pero era un brillo acogedor, sin sombras.

—¿Qué crees que significan? —preguntó Carla.

—Nada.

—Vamos… Tienen que significar algo.

—Sólo son decorativas.

—Tú sí que eres decorativo. ¿Qué significan, Asia?

—No lo sé.

—Asia.

—Qué.

—Aaa-siaa —canturreó Carla.

—¡Qué!

Asia volvió la cabeza para mirar a Carla. Sonreía, y sus dientes se veían muy blancos bajo la luz fluorescente de las estrellas.

—¿Qué sign…?

—¿Qué haces aquí, Carla?

El silencio que se produjo fue tan intenso que apagó por completo las estrellas. La habitación perdió el brillo verde etéreo y se llenó del tono anaranjado de la luz de las farolas que se colaba por la ventana. Todo se volvió real de golpe. En especial la presencia de Carla allí, a un metro de él, en vez de a seiscientos kilómetros tierra adentro.

—Se suponía que tenías que estar en Madrid. ¿Qué haces aquí?

Carla ya no sonreía. Se incorporó en la cama y se sentó con las piernas dobladas, abrazándoselas. Apoyó la barbilla en las rodillas y miró seria a Asia. Él se sentó también, cruzado de brazos, apoyado contra la parte trasera de la estantería.

—Cambié de opinión.

—¿Cuándo?

—A principios de verano.

—¿Por qué no me…?

Asia se quedó callado. Carla dejó escapar una risa fría.

—¿Por qué no te lo dije antes? Dímelo tú, Asia. Con lo fácil que habría sido soltar un “ah, por cierto, al final voy a estudiar a Coruña con vosotros” durante una de las llamadas diarias que prometimos hacernos, ¿no? O anunciarte que tenía buenas noticias en la respuesta a tu postal semanal. Habría sido tan sencillo… ¿Por qué no lo hice?

Asia seguía callado. Esta conversación era precisamente la que quería evitar y se había metido de cabeza en ella sin ayuda de nadie. Se lo merecía.

—Fran lo sabía desde julio. Él sí me llamó. Él sí respondió a mis postales. Hemos estado hablando todo el verano. Pero tú... ¿Y aún te preguntas por qué no te dije nada? ¿Cuándo te lo habría podido decir?

Asia no habló. No se movió. Sólo había recibido una postal y la había guardado en un cajón sin molestarse en leerla. Si hubiera tenido

cerillas en su habitación, la habría quemado.

—¿Sabes qué? No espero explicaciones de por qué dejaste de hablarme. Ya no las quiero, la verdad. Prefiero olvidarme de todo, porque creo que es la única forma en la que puedo perdonarte lo mal que me lo has hecho pasar. Estaba dispuesta a hacer eso porque confiaba en que te alegrarías al verme de nuevo.

—Y me alegro.

Carla se rió por tercera vez. Era una risa triste y seca.

—Sí, parecías muy contento cuando desapareciste para no encontrarte conmigo al llegar. Sonreías como un loco cuando coincidimos en los subterráneos. Eras pura alegría cuando me preguntaste qué coño hacía aquí.

—En ningún momento dije "coño".

—Sí, lo dijiste. No lo habrás pronunciado, pero lo dijiste.

La voz de Carla sonó cada vez con menos fuerza. Volvió a tumbarse boca arriba sobre la cama. Asia siguió sentado, mirándola mirar las estrellas, aunque ahora apenas brillaran. Ella tampoco lo hacía.

—Lo siento.

Los labios de Carla se apretaron. Los puños se cerraron en torno a la colcha granate.

—De verdad que lo siento, Carla.

Su voz sonó sincera. Carla cerró los ojos con fuerza. Tras unos segundos de silencio, oyó a Asia moviéndose en su cama. Esperaba oír sus pies sobre el suelo, sus pasos atravesando la habitación y la puerta abriéndose y cerrándose. Oyó otra cosa.

—Había una vez un pueblo en la montaña bajo un cielo sin estrellas.

Carla resopló por la nariz. Le tembló la barbilla.

—Te toca —dijo Asia tras unos segundos.

—Eres idiota. Si crees que así voy a aceptar tus disculpas…

—No lo creo, pero te toca.

Carla apretó los dientes con fuerza. Tomó aire. Le tocaba.

—Estaban todas dentro de una casa, pegadas al techo de la habitación de una niña llamada Carla.

—Era una niña-rata.

Carla no lo pudo evitar. La tensión de sus labios se rompió en una risa sincera y crujiente como el papel arrugándose. Entre lágrimas, abrió los ojos y miró a Asia. Sonreía orgulloso por haber conseguido hacerla reír.

—Definitivamente eres la persona más idiota que conozco.

—Conoces a pocas personas, entonces.

—Te odio.

—Lo sé.

Asia, tumbado de lado, estiró un brazo hasta llegar a la cara de Carla. Con cuidado cogió uno de sus mechones y lo usó para limpiar las lágrimas que corrían por su rostro. Carla volvió a reírse.

—Te he echado de menos —dijo Carla.

—Y yo.

—No vuelvas a hacerme algo así. Porque la próxima vez puede que no me queden ganas de perdonarte.

Asia asintió muy serio. Carla vio en sus ojos el brillo del arrepentimiento genuino. Bien. Tomó aire. Al soltarlo se sintió liberada de un peso que llevaba tiempo cargando. Se puso una vez más boca arriba, mirando el techo lleno de estrellas de la que iba a ser su habitación durante los próximos nueve meses, tumbada sobre la cama de su todavía desconocida compañera, al lado de una de las dos personas por las que había decidido cambiar de planes y estudiar allí, en Coruña, y vivir allí, en la Residencia Docampo.

Carla se sintió ligera y feliz. Cruzó las manos sobre el vientre y sonrió.

—Cuéntame más de esa niña-rata, Asia. Háblame de Carla.

3

Por la mañana, Carla no recordaba la historia que se había inventado con Asia la noche anterior. Se había esfumado, como si de un sueño a dos voces se tratara, si tal cosa existiera, si se pudiera dejar a alguien entrar en tu mente y hurgar en tu imaginación mientras duermes, que supiera todos tus secretos, lo que piensas, lo que sientes, como ella habría querido hacer tantas veces ese verano...

El despertador sacó a Carla del duermevela en el que se había vuelto a sumir. Decidió que nada se le perdía en la cama, que la cena de la noche anterior era ya un recuerdo lejano y que empezaba a tener hambre de nuevo. Se vistió y salió de la habitación dispuesta a bajar al Comedor sin perderse.

Cuando llegó aún seguía siendo temprano. El Comedor le pareció más grande que la noche anterior, quizás por lo vacío que estaba comparado con la hora de la cena, quizás por estar sola y sentirse observada. Lo cruzó a gran velocidad sin levantar la mirada del suelo, avergonzada del sonido de sus propios pasos. Cada uno reverberaba como una gota de agua cayendo sobre un charco en el interior de una celda deshabitada en la profundidad de las mazmorras de un castillo erigido sobre un islote en el medio del Océano Atlántico. Se detuvo de golpe.

¿Qué sabía ella del sonido de esa gota de agua? ¿Qué sabía nadie, si la celda estaba vacía? Quizás lo oyera el guardia del otro lado de la puerta. Pero ¿qué hacía entonces un guardia vigilando una celda vacía? ¿Y no harían más ruido las olas batiendo contra las rocas que una simple gota cayendo sobre un charco?

—Eh —llamó el guardia.

Carla rodeó el charco para acercarse a la puerta. Miró por el ventanuco.

—¿Necesitas ayuda?

Carla frunció el ceño. No era habitual que los guardias ayudaran a las prisioneras.

—Lo digo porque no parece que sepas hacia dónde tienes que ir —dijo el guardia sin sacar las manos de los bolsillos de su cazadora granate—. A no ser que no quieras desayunar y sólo hayas bajado para quedarte parada en mitad del Comedor. Cosas más raras he visto, aunque normalmente suceden más avanzado el curso...

Carla sacudió la cabeza en un intento de quitarse de encima la imagen de esa celda pequeña y húmeda, aunque fue incapaz de que el olor a salitre despareciera por completo. Miró primero al guardia y

luego hacia el buffet. Esa mañana allí no había nada.

—Vale, es tu primer día.

Carla volvió a mirar al guardia y asintió con la cabeza.

—Hay café y leche en esa mesa de ahí —señaló con desgana—, y galletas allí. Algún día, con suerte, habrá zumo de naranja o bollería. Todo llegará. Coge lo que quieras y siéntate donde te dé la gana. Aunque si me permites un consejo —dijo el guardia, bajando la voz—, yo que tú me sentaría en aquella mesa, junto a la ventana, con esa chica que lleva un buen rato intentando llamar tu atención.

Carla miró hacia donde el guardia le señalaba y vio a Claudia saludándola. ¿Quién iba a ser? No conocía a ninguna otra chica allí. Ni siquiera a su compañera de habitación, que suponía que existía porque de alguien tenían que ser esas maletas sin deshacer junto a su cama vacía.

—Gracias —le dijo Carla al guardia.

El guardia hizo un gesto con la mano quitándole importancia al asunto, giró sobre sus talones y se dirigió hacia afuera, no sin antes pasar junto a las galletas y meterse unas cuantas en los bolsillos. Carla se sirvió el desayuno y fue junto a Claudia.

—¿Estás nerviosa por las novatadas? —le preguntó Claudia en cuanto Carla se sentó.

—Hasta ahora no lo estaba.

Nadie le había dicho nada de unas novatadas. Ni Fran ni Asia ni sus padres ni su compañera ausente ni las cocineras ni el guardia, ni había leído nada en los periódicos ni visto nada en las noticias.

—¿Son muy duras?

—Ya lo creo —dijo Claudia, muy seria.

Entonces miró alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie les estuviera escuchando, y le hizo un gesto a Carla para que se inclinara sobre la mesa.

—Ayer por fin conocí a mi compañera de habitación. Es de segundo año. Me ha contado ciertas cosas sobre las novatadas.

Claudia susurraba muy mal. Carla estaba segura de que, si quisieran, los dos chicos de unas mesas más allá podrían oírla sin problema.

—¿Qué cosas? —preguntó Carla, susurrando a su vez. Ella lo hacía bien. Había perfeccionado su método durante los dos últimos años, sentada en clase junto a Fran y Asia.

—Aquí no —dijo Claudia, volviendo a apoyarse en el respaldo de la silla y bebiendo de un sorbo la última de sus tres tazas de café—. Acaba de desayunar y ven conmigo.

A Carla se le había pasado el apetito. Le pegó un mordisco a una galleta, bebió un sorbo de leche y se levantó de la mesa. Las dos chicas salieron del Comedor y subieron por la rampa de hormigón

camino de las habitaciones.

—Si estuviera cubierta de césped sería mucho más bonita —observó Carla.

—Sí, y cuando lloviera ibas a bajar tú por aquí, manchándote de barro y mojándote los pies y resbalando y... ¿A dónde vas?

Carla se detuvo y se giró. Claudia se había parado a media subida, junto a una puerta abierta en el lateral del Bloque 3.

—Por aquí se llega antes —le dijo.

Entraron juntas a una especie de lavandería. La siguiente puerta las llevó a un lugar que a Carla le resultó familiar. Pasaron junto a las máquinas expendedoras donde se había encontrado a Asia la noche anterior y avanzaron hasta las escaleras que subían al Bloque 1. Al llegar al rellano de la planta baja, en vez de seguir subiendo hasta el segundo piso para ir a su habitación, se incorporaron al pasillo.

—Mi habitación es tu habitación.

Carla entró a una habitación idéntica a la suya, sólo que más sombría y con las dos camas sin hacer. Claudia arregló de cualquier manera la suya y se sentó con las piernas cruzadas sobre ella. Invitó a Carla a que hiciera lo mismo enfrente.

—Mi compañera madruga más que yo —le explicó, señalando la cama vacía. Un pijama corto asomaba bajo la almohada—. Tiene clase por las mañanas. ¿Tú?

—Por las tardes, como vosotros.

—¿Hoy es tu primer día?

—Sí.

—Todo saldrá bien —dijo Claudia con voz tranquilizadora.

—¿Qué podría salir mal en una presentación de curso?

Claudia se echó a reír.

—Si yo te contara…

Su mirada se perdió en el infinito durante unos segundos, pero Carla, aunque tenía curiosidad, estaba allí por otra historia.

—Las novatadas —dijo, sin molestarse en articular una pregunta.

—Ah, sí: las novatadas —recordó Claudia—. Las novatadas están prohibidas en la Residencia, así que nos van a bajar a Coruña para pintarnos algunas cosas en la cara en el botellón mientras los veteranos y los antiguos residentes se ríen de nosotros.

—¿Y ya está?

Claudia asintió, sonriente. Carla no entendía nada. ¿A qué venía entonces tanto secretismo?

—Pero esto lo sabemos nosotras dos, nadie más. El resto de novatos creen que las novatadas van a ser el fin del mundo. Ayer, en la cena, después de que os fuerais, los veteranos empezaron a soltar rumores.

—¿Qué rumores?

—Estupideces. Que llaman a tu puerta en mitad de la noche y te hacen correr alrededor de la Residencia en pelotas. Aunque eso sólo es para los chicos, porque queda muy gracioso ver a un chico corriendo con el pito botando, me imagino.

»Otra que oí ayer —continuó Claudia— es la de obligar a un novato a atracar una tienda con una cucharilla robada del Comedor. Tendría que entrar a cara descubierta y sacar la cucharilla y decir eso de «¡TODO EL MUNDO AL SUELO: ESTO ES UN ATRACO!».

El repentino grito hizo que Carla diera un salto en la cama y se le acelerara el corazón hasta las doscientas pulsaciones por minuto, como si fuera ella y no Claudia la que se hubiera tomado tres tazas de café en el desayuno.

—Hubo un chico de nuestra clase, Joaquín, pelo estropajo y medio calvo, el pobre, al que esa novatada le pareció muy divertida, y les aseguró a sus amigos, en voz muy alta, para que todos los que estábamos en el Comedor lo oyéramos, que él no tendría problema en hacerla, que sabía que a la mayoría de gente le daría muchísima vergüenza hacer algo así. Si aún fuera con un cuchillo o una pistola, decía. Pero él, y entonces se levantó de la silla y miró alrededor, él no sólo se atrevería a entrar con la cucharilla y gritar eso. Él prometió que sería capaz de llevarse lo que hubiera en la caja registradora. Esperaba que fuera mucha pasta. Saldría como un héroe de esa tienda, nos decía. Como un jodido héroe de acción, y los veteranos se arrodillarían ante él. Ak-ak-ak-ak. Te juro que se reía así, Carla. Te lo juro de verdad. Ak-ak-ak. Y lanzaría el fajo de billetes a los pies de los veteranos. Un fajo gordo y jugoso como no quieras saber qué, Carla, aunque él lo dejó muy claro ayer, allí, subido en la silla con un pie en la mesa y una mano en el paquete. Para putas y cocaína, dijo que diría. Ak-ak-ak. Putas y cocaína para todos, que hoy invita papi, el héroe de acción. Y menos mal que había terminado de cenar hace mucho y sólo estaba esperando a que mi amiga terminara, porque aquello fue vomitivo.

»Y por eso no quiero que nadie más sepa que las novatadas no existen. Quiero estar presente cuando el flipado ese se dé cuenta de que no va a tener ocasión de probar lo buen héroe de acción que sería...

Aunque el jueves a la noche Claudia no pudo reírse de la cara de decepción de Joaquín, porque nada más llegar a la Plaza de las Esclavas junto a Carla, Fran y Asia, sin tiempo a dejar las bolsas con las bebidas y los vasos y los hielos, una veterana reunió a todos los novatos en el centro y anunció:

—¡Hay cinco cucharas escondidas por la plaza! ¡Quienes las encontréis os libraréis de la primera novatada!

Tras unos segundos de confusión en los que nadie se movió, la

veterana gritó "¡YA!" y un par de centenares de novatos corrieron en todas direcciones. El tumulto arrastró a Claudia y Asia lejos de los demás. Acabaron en un extremo de la plaza, cerca de las escaleras, entre árboles y bancos de madera, caminando sin esforzarse demasiado en buscar las cucharas. Una a una fueron apareciendo, y un par de minutos después sonó un silbato y todos los novatos regresaron al centro de la plaza.

—¿No deberíamos volver? —preguntó Asia.

Claudia se encogió de hombros y dejó la bolsa con los hielos en el suelo.

—No creo que nos echen en falta.

—A no ser que alguien os delate —dijo una voz a sus espaldas.

Los dos se giraron lentamente. Unos metros más allá, bajo una farola fundida, sentado en un banco entre sombras, fumando un cigarrillo, había alguien que a Asia le resultó vagamente familiar.

De pronto, Claudia soltó un grito ahogado.

—¡Es el mago! —exclamó, golpeando a Asia con el codo en las costillas y señalando hacia el banco.

Asia tardó unos segundos en entender de qué hablaba Claudia, hasta que recordó al chico con sombrero que había llegado a la Residencia unos minutos antes que Carla, hacía un par de días.

—Tengo nombre, muñeca —dijo la voz desde detrás del humo, entre las sombras de la noche, alzando la cabeza a la vez que la farola crepitaba y se encendía con un chasquido—. Me llamo Blas.

De no tener las manos ocupadas por las bolsas donde llevaba el alcohol, Asia habría aplaudido. En parte por la teatralidad de la presentación, en parte por haber acertado en su momento: ese tipo era un mago y ahora nadie se lo podría discutir.

—¿Qué haces aquí solo? —preguntó Claudia—. ¿No deberías estar viendo las novatadas?

—¿No deberíais estar en la plaza con el resto de novatos, muñeca?

—Vuelve a llamarme muñeca…

Blas dio una nueva calada al cigarrillo.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó con una media sonrisa, soltando el humo—. ¿Mu-ñe-ca?

El hielo reventó en mil pedazos contra el respaldo del banco, junto a Blas. La sonrisa del mago se borró al instante. Asia miró a Claudia, que sacaba un nuevo hielo de la bolsa.

—El siguiente irá contra tus dientes —amenazó.

Blas se echó a reír. Limpió con la mano los restos de hielo del banco e invitó a Claudia y a Asia a que se sentaran con él.

—Así podemos ver juntos las maravillosas novatadas que os estáis perdiendo —dijo—. Y ya que estamos, seguro que hay algo para beber en esa bolsa que tienes ahí.

Se sentaron con él. Claudia lo hizo en un extremo del banco, lo más alejada de Blas que pudo. Asia sacó los vasos de plástico y una botella de whisky. A lo lejos, en mitad de la plaza, los gritos se intensificaban.

—¿Qué hacen? —preguntó Asia.

Blas se ajustó las gafas, entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante, como si esos centímetros de acercamiento significaran la diferencia entre ver y no ver.

—Si no me equivoco, se están pasando un papel de boca en boca. Sí. Una carrera de relevos, ¿ves? Y los de esa fila acaban de ganar.

Hubo una nueva explosión de aplausos que coincidió con el apagado de la farola bajo la que estaban. En la plaza, los novatos se levantaron del suelo y se empezaron a dispersar.

—¿Ya está?

—¿Qué? —preguntó Blas, mientras le quitaba el precinto a la botella—. Ah, sí, ya está. Eso que os acabáis de perder son las temidas novatadas. ¿No hay algo con lo que mezclar esto?

Asia seguía mirando hacia la plaza, intentando encontrar al resto de sus amigos. Fran tenía la Coca-Cola.

—Yo ya sabía que eran así —dijo Claudia.

La farola volvió a encenderse.

—Claro que sí, guapa, porque tú eres muy lista —dijo Blas.

Cogió un vaso y un par de hielos y sirvió dos dedos de whisky. Le pasó el vaso a Asia, que reprimió una arcada al olerlo. No estaba acostumbrado a beber. Dejó el vaso sobre el banco para que no se le enfriara la mano. Esperaría a que Carla y Fran los encontraran para poder mezclarlo.

—Cada año las novatadas son peores —siguió Blas. Le pasó un nuevo vaso a Claudia y se dispuso a servirse un tercero—. No sé por qué siguen celebrándolas. O por qué se empeñan en llamar novatadas a esos estúpidos juegos de campamento.

—Pues bien que has bajado a verlas —replicó Claudia, que debía de tener más sed que Asia y no vaciló en dar un gran sorbo a un whisky todavía caliente. Hizo una mueca de asco, pero siguió bebiendo. La farola se apagó.

—No iba a ser el único *yony* que se quedara en la Residencia.

—¿El único qué?

—El único *yony*. ¿No sabes lo que es un *yony*? ¿Un *yónatan*?

—¿Una persona? —preguntó Claudia. Blas le guiñó un ojo a la vez que disparaba una pistola de dedos y chasqueaba la lengua—. ¿Y por qué no lo dices así, como alguien normal?

—¿Como el resto del rebaño, quieres decir? ¿Te incomoda alguien con un poquito de personalidad?

—¿Qué personalidad, si acabas de admitir que has bajado a ver las

novatadas porque el resto de la Residencia también lo ha hecho?

—No, no, no. No he bajado a ver las novatadas. No te equivoques, muñeca.

Blas hizo una pausa, como si esperara el lanzamiento de otro hielo, pero Claudia se limitó a poner los ojos en blanco y a dar un nuevo trago a su copa. Sin darse cuenta, Asia la imitó. El whisky ya estaba frío. Le supo a goma quemada.

—He bajado a hacer… uhm… amigos —siguió Blas—. Ningún otro día se reúne tanta gente de la Residencia en un mismo sitio.

—¿Ni en la propia residencia? —preguntó Claudia.

—En la Residencia la gente está, no se reúne. Pero esta noche todo el mundo está dispuesto a conocerse.

—¿Y conoces a mucha gente sentado en un banco a oscuras?

—Conozco a quien tengo que conocer. Dime tu nombre, muñeca.

—Si te lo digo, ¿dejarás de llamarme muñeca de una puta vez?

Blas hizo un vago gesto que Claudia debió de interpretar como un "sí", porque se presentó. Asia se aclaró la garganta, preparándose para presentarse también, pero Blas no se interesó por él. Estaba muy ocupado preparando una nueva copa para Claudia. A Asia todavía le quedaba más de la mitad de la suya. El siguiente trago le supo igual de mal, pero le quemó menos. ¿Dónde demonios estaban Carla y Fran?

—Antes has dicho que las novatadas son peores cada año —dijo Claudia, cogiendo el vaso que le ofrecía Blas.

—Lo son: estas peores que las del año pasado, y las del año pasado peores que las del anterior, y…

—Pero ¿cuántas novatadas has visto? —le interrumpió Claudia.

—Con estas, cinco.

—¿Llevas cinco años en la Residencia? —Blas asintió con la cabeza —. ¿No suele estar la gente sólo dos años? ¿No te aburre?

—No me aburre, no. Los sitios no aburren *per se*, sólo se aburren las personas aburridas.

La farola volvió a encenderse. Claudia y Asia cruzaron una mirada aprovechando que Blas se había agachado para echar más hielos a su vaso. Los ojos azules de Claudia, muy abiertos, lo decían todo: este tipo está majareta.

—Además, cada año es diferente —siguió Blas—. Siempre hay pequeñas historias que compartir con nuevos amigos.

Blas pasó un brazo por encima de los hombros de Asia e intentó hacer lo mismo con Claudia, pero la chica consiguió escabullirse y ponerse en pie.

—¿Y los viejos amigos? —le preguntó.

—¿Qué les pasa?

—¿Cómo es que no estás con ellos?

—Porque son cosa del pasado. Yo sólo tengo ojos para el presente,

y ese presente eres tú: un regalo que...

—¿Por qué han prohibido las novatadas?

Blas se tragó las últimas palabras y se quedó mirando a Claudia unos segundos.

—¿Quién ha dicho nada de que estén prohibidas?

—Mi compañera de habitación. Es de segundo, quizás la conozcas. ¿Alba? Estudia… algo. ¿Psicología? ¿Magisterio? ¿Hay magisterio en Coruña? Da igual. ¿Por qué las prohibieron?

Blas se recostó en el banco, se atusó la perilla y miró a Claudia por encima de las gafas.

—Que las "novatadas" hayan ido a peor a lo largo de los años no significa que alguna vez fueran novatadas de verdad. Esto no es un sustituto de nada. Esto es lo que hay, lo que siempre hubo. No las han prohibido: no se puede prohibir lo que nunca ha existido.

—Pero mi compañera…

—Tu compañera te mintió, como en su momento le mintieron a ella. Es ley de vida.

—Pero…

—*Pero* qué. Ya no eres una niña. No te creas todo lo que oigas.

—Eres un maldito borde —le espetó Claudia.

—Y tú un poquito ingenua, guapa.

Claudia le lanzó el vaso de plástico a la cara. Sólo quedaba el agua de los hielos, pero fue suficiente para salpicar a Blas. Después, giró sobre sus talones y se fue de allí. Asia la vio mezclarse entre la multitud que se arremolinaba alrededor de los bancos de la plaza.

—Le gusto —dijo Blas, hablando para sí. Luego, le hizo un gesto a Asia para que se acercara. Susurrando, le dijo—: La dulce Claudia tiene razón: las novatadas existieron y el Director las prohibió. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ya era historia antigua cuando yo entré en la Residencia.

—¿Por qué no se lo has dicho a Claudia?

—Porque a las pibitas no hay que darles todo lo que piden. Hay que hacerse el duro para que acaben comiendo de tu mano. Esto es así.

Blas se puso en pie y se encendió un nuevo cigarrillo. El humo parecía casi sólido bajo la luz de la farola.

—Sobra decir que esto es un secreto —le dijo a Asia—. ¿Sabes cómo funcionan los secretos? Yo te lo cuento a ti y tú no se lo cuentas a nadie. Si quieres saber más sobre las novatadas, pásate un día por mi habitación y te cuento más del tema, chico, a cambio de que tú me cuentes alguna cosa sobre tu amiga. Creo que es un trato justo.

Blas exhaló una nueva bocanada directa a la cara de Asia, que se giró con los ojos cerrados para protegerse del humo. Cuando los abrió, la farola se había vuelto a apagar y Blas había desaparecido, dejándolo

solo, preguntándose cómo demonios esperaba Blas que él, un simple mortal sin poderes de ningún tipo, fuera a visitarlo a su habitación si no le había dicho cuál era.

4

—¿No te la habrás inventado?

—No estoy loca.

Quizás Carla no estuviera loca, pero tumbada en el borde de su cama, la cara del revés y el pelo cayendo hasta el suelo como una cascada iluminada por un incendio forestal, lo parecía.

—¿Y cómo explicas que tu compañera nunca esté cuando vengo a visitarte? —preguntó Asia.

—¡Si no has vuelto desde la primera noche! Siempre soy yo la que voy a vuestra habitación. Y aunque vinieras, muchas veces no duerme aquí.

—¿Dónde duerme?

Carla se revolvió hasta que consiguió ponerse en pie. Estaba muy colorada, con toda la sangre subida a la cabeza. Se encogió de hombros.

—No sé. En realidad apenas he hablado con ella. Tendrá novio y dormirá con él en...

El chasquido de la cerradura desbloqueándose hizo callar a Carla, que sonrió y miró desafiante a Asia.

—Ahora verás si existe o no.

La puerta se abrió muy despacio. Asia contuvo el aliento. Lo soltó todo por la nariz al ver aparecer a la señora de la limpieza.

—Venga, fuera —dijo la de la limpieza, cogiendo unos cuantos productos del carrito aparcado en el pasillo.

Salieron de la habitación para dejarla trabajar. Una vez en el pasillo no supieron a dónde ir. Aún faltaba al menos una hora para bajar a comer. Habrían ido a la habitación de Asia si Fran no estuviera allí acabando la práctica de Cálculo que tenían que entregar esa tarde.

—El sábado se quedó en casa para hacerla. No puede llevar tanto tiempo hacer una sola práctica —dijo Asia.

—Si no lo sabes tú… —dijo Carla, desviando la mirada.

—Oh, yo no la he hecho. Era voluntaria.

—Ah, no vaya a ser que por una vez te esfuerces en algo.

—No desvíes el tema. Aquí la culpa de que no tengamos donde ir la tiene Fran, que podría estar en las salas de estudio, pero al parecer el señorito se distrae porque son muy abiertas y blancas y no sé qué de la gente, que no para de hablar.

—Bueno. ¿Quieres ir a ver la tele?

—No.

—Pues vamos a pasear.

—¿Habrán empezado las noticias?

Carla se echó a reír. Negó con la cabeza, chasqueando la lengua.

—No, ahora vamos a pasear. Está decidido —dijo, cogiéndolo de la mano y arrastrándolo a un paseo que él no quería dar, pero al que no opuso resistencia.

Echaron a andar por una Residencia desierta. A esas horas, la mayoría de estudiantes estaban en clase. Los que tenían clase por las tardes, como ellos, aprovechaban para dormir o estudiar. Nadie en su sano juicio dedicaba las mañanas a pasear por ahí.

—Pues ellos se lo pierden. ¿Oyes los pájaros? —preguntó Carla.

Asia escuchó durante varios segundos, pero lo único que oyó fue el rugido de un motor revolucionado que sonaba cada vez más cerca. Se giró a tiempo de ver aparecer por el camino un Mercedes descapotable plateado que redujo marchas al pasar junto a ellos y se detuvo unos metros más adelante.

—¿Quién tiene un coche así en una residencia universitaria? —preguntó Asia.

—No sé. ¿El Director? —supuso Carla.

Pero no era el Director de la Residencia Docampo. Del coche bajó un chico de pelo engominado y camisa entreabierta al que Asia creía conocer. Cruzó por delante de ellos sin mirarlos y subió al trote las escaleras de la entrada del Bloque 3. Al llegar arriba se frenó en seco, se giró hacia ellos y se quitó las gafas de sol. Sus ojos fueron de la cara de Asia a la de Carla, pasaron por las manos unidas de ambos y volvieron a Asia. En su rostro apareció una sonrisa nada natural, de dientes demasiado blancos y ojos fríos.

—Mira tú a quién tenemos aquí.

Carla miró a Asia, como si esperara que hiciera las presentaciones pertinentes. Asia no dijo nada. Acababa de caer en la cuenta de quién era. Le había costado ubicarlo sin Claudia a su lado llamándolo “el payaso ese”.

—Así que vives en la Residencia —dijo el chico sin borrar de su cara esa estúpida sonrisa—. No me lo digas: becado, ¿me equivoco?

No se equivocaba, pero Asia no se dignó en responder.

—¿Tu novio es siempre tan hablador? —le preguntó a Carla, y su sonrisa adquirió unos matices repulsivos difíciles de describir con palabras.

—Oh, no somos… —balbuceó Carla, soltando la mano de Asia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Asia.

El chico volvió a centrar su atención en Asia. Su sonrisa se retrajo, como se retrae el mar antes de un tsunami.

—Vengo a visitar mi padre.

Asia no entendía nada.

—¿Tu padre trabaja en la Residencia?

—Mi padre *dirige* esta residencia, que para algo lleva nuestro apellido.

A Asia se le formó un nudo en el estómago.

—Oh.

—Exacto: oh.

El chico consultó su reloj.

—Me encantaría quedarme a charlar con vosotros, pero me esperan para comer.

Le dedicó una última sonrisa gélida a Asia antes de desaparecer en el interior del Bloque 3.

—¿Quién era ese? —preguntó Carla cuando reanudaron el paseo, esta vez separados.

—Al parecer, el hijo del Director —respondió Asia, desganado.

—Ya, pero ¿de qué lo conoces?

—Va a nuestra clase.

—Ah. ¿Y por qué…?

—¿Sabes cómo conocimos a Claudia?

—¿Qué?

—Si te ha contado Claudia cómo la conocimos.

—No. Pero no cambies de tema.

—Es el mismo tema. Nos hicimos amigos de Claudia gracias a él. Verás, llegamos tarde a la presentación. Una cosa que teníamos que hacer ese día y la hacemos mal. ¿Te lo puedes imaginar...?

El salón de actos estaba repleto de gente. Nos quedamos de pie junto a la puerta, al fondo, entre las sombras. El Director de la Escuela tenía la palabra:

—Es nuestro deber como ingenieros corregir lo que está mal en el mundo —decía—. Y el mundo se va a resistir, el hijo de la gran puta.

Te juro que esas fueron sus palabras, Carla. Pregúntale a Fran o a Claudia, ya verás. Siguió entre vítores:

—Y está en su derecho. Pero eso no hace que tenga razón. Oh, no. Se equivoca, el… uhm... ignorante bastardo. Nos pone obstáculos. Levanta barreras: valles y montañas donde debería haber llanos. Pero para eso estamos nosotros: para tender puentes.

Gesto incluido, sí. La gente rompió a aplaudir de nuevo. Estaban entregados. Y él a lo suyo:

—Queremos construir puertos y él nos envía oleajes monstruosos. Millones de toneladas de agua salada embistiendo con la fuerza de mil miuras. ¿Y qué hacemos nosotros? ¿Nos acobardamos? ¿Retrocedemos? ¿¡Nos rendimos!?

—¡NO! —gritaron todos al unísono, y me da igual la cara que pongas porque fue así. Palabra del niño Jesús.

Eso, que la gente estaba en pie, así que aprovechamos para meternos en la última fila sin que se notara. El Director habló

entonces pronunciando muy bien cada sílaba, para que todos nos enteráramos:

—Lo que hacemos es poner diques al motherfucking mar.

Pues no lo sé, Carla. Habrá estudiado en Inglaterra. Yo me limito a contar lo que pasó, así que deja de interrumpirme, ¿quieres? Cuando se extinguieron las risitas, el tipo dijo:

—¿Por qué? —Pausa dramática. Sonrisa de suficiencia—. Porque podemos.

Y el estadio se vino abajo. Bueno, el salón de actos. Ya sabes a lo que me refiero.

Entonces alguien alzó la mano y se hizo el silencio.

—¿Sí? —preguntó el Director con los dientes apretados.

El chico se levantó en mitad del patio de butacas. Los de delante se giraron para mirarlo.

—Me preguntaba —dijo el chico— si no sería mejor trabajar junto a la Tierra y no enfrentándose a ella. ¿No sería mejor construir el puerto en una zona donde el mar no fuera tan agresivo? ¿En un lugar donde se requirieran menos obras y se gastara menos dinero?

Todas las cabezas se giraron hacia el Director, que se aclaró la garganta y se ajustó la corbata o la pajarita o lo que fuera.

—Hay cosas más importantes que el dinero —dijo—. ¿No cree? De hecho, ¿qué es el dinero comparado con la oportunidad de hacer del mundo un lugar mejor? ¿Se le puede poner precio al acto de la creación? ¿Hemos de rendirle cuentas a Dios? ¿Cuánto vale una montaña? ¿Cuánto un istmo? —No te rías—. ¿Cuánto un puerto? ¿Cuánto un puente?

Esta vez los aplausos fueron solemnes, todos con la espalda muy recta y la cabeza erguida. Puro reconocimiento al Director, que añadió:

—De todas formas ha sido una muy buena pregunta. Pero la próxima vez espere a que dé permiso para hacerlas, señorito. Caballero. Señorito, sí, ¿por qué no?

Hubo “uhhs” y risitas. El Director se sentó y un nuevo profesor tomó el escenario. Tenía preparada una presentación a la que nadie hizo demasiado caso. Oí una voz a mi lado que preguntaba:

—¿Cuánta gente crees que se estará arrepintiendo de haber escogido esta carrera ahora mismo? ¿Eh? ¿Eh?

Me giré al segundo “eh” y resulta que la chica hablaba conmigo. Sí, era Claudia. Pues porque no hay ninguna gracia en decir que nos sentamos al lado de ella sin más. Lo de antes es importante para saber el contexto. Bueno, es lo que *yo* recuerdo, alguna palabra habrá bailado aquí y allá, pero la esencia es la misma, créeme. A lo que iba. Va y me dice:

—Pareces pequeño para empezar la universidad. ¿Cuántos años

tienes?

Ya sabes cuánto me molesta que me pregunten eso, Carla. Así que cogí y le respondí mostrándole dieciocho dedos. Creo que no tuvo tiempo a contarlos, pero captó el mensaje, porque se echó a reír.

Pues resulta que delante de ella estaba el tipo ese, el hijo del Director de la Residencia. Se giró y la miró con odio. Claudia pidió perdón y prometió guardar silencio. Luego se presentó, susurrando. No susurraba nada bien, sólo hablaba bajito.

Yo me presenté también, y luego tuve que seguir susurrando que sí, que me llamaba así, que podía creerme o no, tanto me daba, pero que no me apetecía enseñarle mi carnet.

Mientras tanto, un nuevo profesor tomaba el escenario. Tenía bigote y un jersey rosa de lana. Nos enseñó unas gráficas:

—Esto de aquí es el porcentaje de alumnos que aprueba mi asignatura cada año —decía señalando un número desalentador—. Y esto de aquí es el número de alumnos que aprueban después de llegar tarde a la presentación del curso —dijo, señalando el ruido de unos grillos. Pues porque es gente con recursos, Carla, y se pueden permitir esas excentricidades audiovisuales.

Ese no es el caso. Ahora viene la parte importante. Sí, por fin. El chico, el hijo del Director… Debería saber cómo se llama… Docampo hijo, digamos. El chico les dijo a sus amigos en la fila de delante:

—Cien pavos a que apruebo todas por parciales.

Y Claudia se echó a reír. No es la persona más discreta del mundo, como te habrás dado cuenta.

—"Cien pavos" —repitió, poniendo voz de imbécil. Mira, un gato. Pues porque lo vi y quería que tú también lo vieras. El caso es que Claudia, sin susurrar ni hablar bajito ni nada, me preguntó—: ¿Quién dice "pavos" en la vida real?

El chico Docampo… Docampo hijo, eso, se giró de golpe. El pelo no se le movió ni un milímetro, eso sí. Dijo:

—Es la segunda vez que te pido que cierres la boquita. Es un consejo que deberías seguir más a menudo, sobre todo cuando tengas comida delante.

Asia se detuvo de pronto. Carla lo imitó.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo con la mirada perdida en el suelo.

—¿Estabas pensando en el gato de antes?

Asia se echó a reír.

—No. ¿Qué pasa con el gato?

—¿Qué se le habrá perdido en el Bloque 5? —preguntó Carla.

—Ni idea.

Habían llegado al extremo de la Residencia, junto al Bloque 6. Dieron la vuelta.

—Deberíamos seguirlo —dijo Carla—. Pero no te escaquees de contarme la historia.

—No es eso. Lo que pasa es que no me acuerdo exactamente de qué pasó en esta parte.

—Porque de todo lo demás sí, ¿verdad? Ni una coma movida. Ni una palabra…

El imbécil ese dijo algo y sus amigos se rieron y hubo un revuelo. Hubo gritos y empujones, y sin saber cómo acabé tumbado en el pasillo, sujetando desde atrás al tipo ese, al que Claudia acababa de tirarle por encima los restos de su café.

Alguien me agarró por los hombros y me empujó hacia el vestíbulo. Fran y Claudia salieron por su propio pie. Dentro, todos miraban hacia atrás, hacia nosotros, intentando ver qué había pasado.

Una voz gruñona nos dijo que nos quedáramos allí y cerraron de nuevo las puertas del salón de actos. Nos sentamos en uno de los bancos del vestíbulo, junto al tablón de notas de primero, y esperamos.

La voz gruñona resultó ser la del Director de la Escuela. Salió del salón de actos al cabo de un minuto y nos sermoneó sobre qué constituía un comportamiento admisible para unos alumnos suyos. A saber:

—Tirar café por encima a otros compañeros: mal. No responder de ningún modo a las provocaciones de un payaso engreído y perpetuar así su aura de inmunidad: bien. Defender de forma instintiva a una nueva amiga del ataque de dicho payaso: mal.

Más o menos.

Por suerte poca gente había visto lo que había pasado, entre lo repentino del asunto y que estábamos en la última fila. Para el Director, eso era sumamente importante. Eso sí, nos dijo:

—Sobra decirlo, pero esto no es el colegio. Aquí los profesores tienen labores más importantes que vigilar a los estudiantes. No voy a ser yo quien evite que esto suceda una segunda vez, pero sí una tercera. Tomaos el resto de la tarde para reflexionar.

Y con esas entró de nuevo en el salón de actos. Nosotros nos quedamos allí, sentados en silencio, asimilando que nos acababa de amenazar con expulsarnos si nos metíamos en líos de nuevo.

Fran sangraba por el labio. ¿Ni eso te ha contado? No, en realidad se lo hice yo, al parecer. Le di un codazo sin querer al levantarme para separar a Claudia del tipo ese.

Claudia estaba callada, muy seria, con el ceño fruncido. No sé si alguna vez la has visto así. Metía algo de miedo, como si estuviera haciendo un esfuerzo tremendo por no entrar al salón de actos y reanudar la pelea. De pronto se puso en pie y dijo:

—Ojalá el café todavía estuviera caliente. Ojalá me hubieran

servido aceite hirviendo por error. O un ácido que le corroyera toda la piel. Así siempre iría enseñando esos dientes tan blancos y perfectos que tan mal le quedan y de los que seguro que está orgullosísimo sólo por el dinero que le han costado. Ojalá poder tirarle los dientes de un puñetazo. Algún día. Sí, algún día… Ven, vamos a ver si nos dan hielo para ese labio.

Mientras entraban a la cafetería, yo me quedé allí. Hubo unos aplausos y al poco rato las puertas del salón de actos se abrieron y la gente empezó a salir. No sé si me miraban por ser la única persona que había ahí o porque se habían enterado de lo que había pasado.

Él fue de los últimos en salir.

A la camisa le faltaban un par de botones. La tenía toda arrugada y manchada de café. Tenía el pelo revuelto y un arañazo en la mejilla, cosa de Claudia. Se detuvo frente a mí y me dijo:

—La próxima vez ocúpate de tus asuntos y deja a los adultos resolver sus problemas entre ellos.

Me eché a reír. Tú también lo hubieras hecho. ¿Qué adultos?

—Ríe, sí —me dijo—. Al final seré yo el último en reír. No sabes quién soy, me temo. No sabes quién es mi padre.

—¿Va a venir tu papá a pegarme?

Ya se había dado la vuelta. Sus amigos lo esperaban. Se giró hacia mí y me sonrió como ha sonreído hace un rato. Qué asco. Dijo:

—No hará falta. Pero lo conocerás, y te arrepentirás de haberte metido donde nadie te llamaba.

Y se fue, y yo me quedé pensando que exageraba. Pero ahora veo que no.

—Pues no parecía muy enfadado hoy —dijo Carla—. ¿Entramos?

Llevaban un rato parados en la entrada del Bloque 5, y al gato no le había dado por salir. Entraron.

—Tampoco pareció enfadado el primer día de clase, cuando me lo crucé por los pasillos de la Escuela, o todas las veces que nos hemos visto desde entonces...

La verdad es que la actitud del chico lo había desconcertado al principio. No parecía la clase de persona que se olvidara tan rápido de una humillación así. Y con el paso de las semanas, el propio Asia llegó a olvidarse del asunto.

Ahora sabía que Docampo hijo no se había olvidado. Ni mucho menos. Pero nada ganaba usando la violencia contra Asia por los pasillos de la Escuela. Ya no estaban en el instituto. Ahora eran adultos. Y los adultos resuelven las disputas de otra forma: delegando en personas más poderosas.

Oh. Asia no había dicho nada más. Sólo “oh”. Porque ahora sabía quién era el padre de ese chico que la había tomado con él sólo por defender de forma instintiva a una recién conocida. ¿Qué impedía al

Director de la Residencia expulsar a Asia para satisfacer los deseos de venganza de su hijo?

No. Se estaba preocupando sin motivo. El dueño de una entidad de tanto renombre como la Residencia Docampo no iba a expulsar a un alumno porque sí, por mucho que su hijo se lo pidiera. Lo único que tenía que hacer era no darle ninguna excusa para que lo expulsara. Su comportamiento tenía que ser intachable. Nada de beber en la habitación, o de poner la música demasiado alta después de cenar, o de salir de su Bloque fuera de las horas permitidas, o de vulnerar cualquiera de las decenas de reglas que había jurado mantener cuando firmó el contrato de residente. Parecía sencillo.

—¿Asia?

—Qué —dijo, reparando en Carla de nuevo.

—Que creo que el gato ha bajado por aquí.

Pero era difícil decirle que no a Carla cuando le cogía de la mano y le decía que bajaran a los subterráneos a investigar, aunque en la puerta pusiera que en esa parte de la Residencia estaba prohibido el paso. Desaparecieron escaleras abajo, sin más testigos que un gato negro y blanco que pasaba por ahí...

5

Delega

—¡Hijo de...!

Ramón soltó la tapa de golpe. Tuvo que tomarse un minuto para que su corazón retomara el ritmo habitual tras el susto que se había llevado, mientras el gato desaparecía en el incipiente amanecer. Al final abrió el contenedor de nuevo y tiró el vaso de café sin que ningún bicho saltara de dentro esta vez.

Menuda forma de acabar la jornada, tras una noche en la que no había tenido respiro. Era lo habitual los jueves de octubre: tener que estar atento al reguero de residentes que volvían de fiesta, vigilando que ninguno colara a nadie de fuera, que "la Residencia Docampo no es un burdel o un motel de carretera".

¿Qué daño hacían, en realidad? Un premio les daría a quienes conseguían convencer al ligue de esa noche de que les pagara la mitad del taxi para acabar follando en una cama de noventa.

Como a los que ahora bajaban del último taxi que acababa de llegar. Aunque en este caso resultaba que a Ramón le sonaban de vista los dos, el chico y la chica, alto él, pelirroja ella, novatos. No incumplían ninguna norma, entrando de la mano en el Bloque 1, aprovechando la noche hasta el final. Y aunque la incumplieran, aunque los dos fueran intrusos que habían ido allí a robar, el turno de Ramón había acabado ya: lo único que le preocupaba era marcharse a casa.

Por eso, cuando su móvil empezó a sonar y vio que era Eulogio quien llamaba, decidió no contestar y evitar así tener que mentirle y decirle que ya estaba en casa y que seguro que lo que fuera a pedirle era urgente, por algo lo llamaba a esas horas, pero que no podía ser *tan* urgente como para que no pudiera esperar hasta el día siguiente, ¿no?

Eso sí, no contaba con que Eulogio lo estuviera llamando desde la entrada del Bloque 6, vestido ya con su mono azul de encargado de mantenimiento, saludándolo con una mano mientras con la otra sostenía el móvil contra su oreja, esperando a que Ramón dejara de mirar el suyo de una vez y contestara. Al final respondió:

—¿Has alquilado algún microondas esta última semana? —preguntó Eulogio.

—No, ¿por?

—Ven —dijo, antes de colgar.

Ramón resopló y echó a andar hacia el Bloque 6 sin muchas ganas. Siguió a Eulogio a los subterráneos y entró detrás de él al Almacén.

—Se han llevado un microondas —dijo Eulogio, señalando un hueco donde no había nada.

—¿Cuándo?

—Me he fijado hoy.

—¿Quién ha sido?

—No han dejado una nota —respondió de malos modos.

—Bueno, si no lo habían alquilado a estas alturas de curso, ya no lo iban a alquilar. ¿Sólo era eso?

—No. Tienes que encontrarlo —dijo Eulogio.

—No voy a ir de habitación en habitación por los veinte euros que dejo de ganar. Y no entiendo por qué te preocupa esto: creía que no querías saber nada de mis negocios.

—Y sigo sin querer. No me puede importar menos que te paguen lo que pides por él. Lo que me importa es el mensaje que les llegaría a los chicos si no haces nada por encontrarlo.

—¿De qué hablas?

—De que cualquiera puede entrar aquí y llevarse lo que quiera sin pagar las consecuencias. Eso vale mucho más de veinte euros.

—Cierra la puerta con llave —le sugirió Ramón—. Ya verás como así nadie más entra a robar.

—¿Ves cómo he hecho bien en llamarte? ¿Cómo si no iba a llegar a soluciones tan brillantes?

—¿Qué le pasa a la puerta para que no la puedas cerrar?

—Que no tiene cerradura. Le pedí hace años a Juan que la cambiara, pero dice que no hace falta, que es una pérdida de dinero, que total los estudiantes ni siquiera saben de la existencia del Almacén. Y si lo saben, no vienen hasta aquí. Y si vienen, los carteles de prohibido el paso los disuaden de entrar. Y si entran, no se les ocurre llevarse nada. Mucho menos un microondas, con lo difícil que es de transportar sin llamar la atención. Cualquiera podría haberlos visto cargando con él. Los guardias de seguridad, especialmente.

—Debieron de llevárselo de día —dijo Ramón—. Si se lo hubieran llevado de noche yo los habría visto.

Eulogio soltó una especie de carraspeo a modo de risa.

—Si se hubieran pasado por la sala común donde estuvieras viendo la tele, quizás.

—No pienso buscarlo.

—No tienes que buscarlo: tienes que encontrarlo. Lo pueden buscar otros. Delega.

—¿En quién?

Eulogio lo miró con toda la intensidad de sus ojos azules, tan fríos y serios.

—Oh —dijo entonces Ramón—. ¿Te refieres al chico?

—Sí. Y cuanto antes te pongas, mejor —dijo Eulogio, despachando

a Ramón sin ceremonias.

A medida que Ramón se alejaba del Almacén, la idea de delegar en el chico fue cogiendo fuerza. Al menos así contentaría a Eulogio y no tendría que aguantarlo más. Y como ese era un momento tan bueno como otro cualquiera para ocuparse del asunto, cambió de rumbo y se dirigió a los áticos del Bloque 2. De camino, tuvo tiempo a esbozar un plan de acción.

Al llegar al corto pasillo se dirigió a un extremo y llamó a la puerta del fondo. Alternó entre el timbre y los nudillos durante un minuto entero hasta que oyó una voz pastosa y unos pasos arrastrándose dentro de la habitación.

—¿Quién es?

—Abre —se limitó a decir Ramón.

Hubo un largo silencio en el que no pasó nada. Después, Blas abrió la puerta con desgana, en pijama y sin sombrero. Ramón entró sin recibir invitación. Miró a su alrededor y silbó impresionado.

—Veo que no te van nada mal las cosas. ¿Ese ordenador es nuevo?

—Aún no tengo nada para ti.

—No vengo por eso. ¿Tienes café?

—¿Vienes a por café?

—Vengo porque alguien se ha llevado un microondas del almacén —explicó Ramón.

—Yo no sé nada de eso —dijo Blas, dirigiéndose hacia la cocina.

Ramón lo siguió con la mirada. El microondas que había allí —gris, moderno, repleto de botones— no era el que buscaba.

—Eulogio y yo tampoco sabemos gran cosa. Pero tengo un plan: vamos a entrar en todas las habitaciones hasta que lo encontremos.

Blas sirvió una taza de café y se la entregó a Ramón antes de sentarse en un sillón frente a él.

—No se puede entrar en las habitaciones así porque sí.

—Se puede. Sólo hace falta una tarjeta maestra como esta —dijo Ramón, sacando su tarjeta de un bolsillo de su pantalón—. No se debe hacer, y menos cuando puedan verte. Por eso vamos a hacerlo durante las navidades, cuando la Residencia esté vacía.

—Me alegro.

—Y tú nos vas a ayudar —añadió Ramón.

Blas se rió, incrédulo. Cogió el sombrero de la mesa y empezó a juguetear con él entre las manos.

—¿Por qué iba a ayudaros? —preguntó.

—Porque lo digo yo. Pero como soy muy generoso, te voy a dar una oportunidad de librarte de pasar las navidades aquí con nosotros. Al fin y al cabo ese es el Plan B.

—¿Cuál es el A?

Ramón se sentó en el sofá frente a Blas. Se cruzó de piernas.

Consultó su reloj.

—Quedan casi dos meses para las vacaciones. Tiempo suficiente para que averigües quién se ha llevado el microondas.

—¿Cómo se supone que lo voy a averiguar?

—Preguntando. Prestando atención a lo que se diga en el Comedor. Es un microondas blanco con un "11" en negro en un lateral.

Blas dejó de darle vueltas al sombrero y se lo puso. Tomó aire y preguntó:

—¿Y si me niego?

Ramón apretó los labios y se frotó las manos con parsimonia. Miró a Blas durante todo un minuto sin decir nada. La tensión en la habitación creció hasta volverse insoportable.

—Tú verás —dijo al final, levantándose.

—¿No vas a insistir?

Ramón abrió la puerta. Se giró sobre sus talones y miró a Blas desde el umbral.

—No. Tú verás —repitió—. Niégate a intentar averiguar quién ha robado el microondas. Niégate entonces a ayudarnos a buscarlo durante las navidades. Estás en tu derecho, faltaría más. Pero ten muy claro que estás tomando una decisión. Y las decisiones tienen un precio.

»Ahora mismo sabes *exactamente* cuánto cuesta ayudarnos. Sabes que necesitas dedicar una pequeña parte de tu tiempo a estar atento a lo que se pueda decir por ahí. Creo que es un precio razonable.

»Tú verás lo que haces. Rechaza mi propuesta. Toma esa decisión. Pero no te quejes después de que el precio que has de pagar es demasiado alto. Y sabes tan bien como yo cómo de alto puede llegar a ser.

Blas le sostuvo la mirada a Ramón durante unos segundos.

—¿Qué le vais a hacer a quien se haya llevado el microondas?

Ramón sonrió desde la puerta. Blas siempre había odiado esa sonrisa de superioridad.

—Nada bueno —dijo Ramón—. Nada bueno.

Sin más, salió de la habitación. El eco del portazo resonó en la cabeza de Blas durante minutos. Volvió a meterse en la cama, pero por más que lo intentó, no consiguió volver a dormirse. Terminó por levantarse. Dejó entrar la luz de esa mañana de finales de octubre por las claraboyas de su habitación abuhardillada.

Ya que estaba despierto, tampoco le costaba tanto pasearse por la Residencia y hacer alguna que otra pregunta. Era demasiado tarde para no involucrarse en los asuntos de Ramón y Eulogio, y prefería que sus relaciones siguieran siendo amistosas, como hasta ahora.

Además, quizás no le costara mucho encontrar al culpable. Seguro que quien fuera que hubiera robado el microondas no se lo había

callado. A la gente le encanta presumir de ese tipo de cosas para demostrar lo lista que es, como cuando los villanos en las películas dedican diez minutos a explicarle al héroe su retorcido plan.

Blas se echó la gabardina negra por encima del pijama y se volvió a calar el sombrero de ala ancha. Salió de la habitación.

Le bastaron unos minutos recorriendo los pasillos vacíos del Bloque 2 para darse cuenta de que quizás no fuera el mejor momento para iniciar su investigación. Si una mañana cualquiera la Residencia ya parecía desierta, las de los viernes era casi imposible cruzarse con nadie. Pero era su quinto año allí: si había gente despierta en la Residencia en esos momentos, Blas sabía dónde encontrarla. Bajó a los subterráneos.

Desde mediados de octubre hasta principios de febrero era imposible encontrarse las salas de estudio vacías, fuera la hora que fuera, de lunes a domingo, hiciera el tiempo que hiciera, aunque sólo hubiera una persona.

Esa mañana no fue diferente. Es más, Blas no pudo creerse su suerte al asomarse y reconocer a las dos únicas personas que allí había. Se le ocurrió que quizás pudiera delegar, como Ramón había delegado en él. Sí. Golpeó con los nudillos el cristal antes de abrir la puerta.

Claudia, de frente, levantó la cabeza de la hoja en la que estaba dibujando. Blas le guiñó un ojo y ella, sin duda haciéndose la dura, puso los ojos en blanco. Se moría por sus huesos, eso estaba claro. El otro chico no tardó en girarse. Lo miró con su cara de niño. Blas no logró recordar su nombre. Quizás no se lo hubiera dicho. Entró en la sala de estudios.

—Creo que voy a aprovechar para ir al baño —le dijo Claudia a Asia, sin molestarse en bajar la voz.

Pasó a su lado sin mirarlo, pese a las protestas de Blas.

—Venga, muñeca: quédate.

No se quedó. Blas se encogió de hombros y meneó la cabeza. El sombrero se tambaleó peligrosamente, pero no llegó a caer. Rodeó la mesa y se sentó en el lugar que Claudia había dejado libre, frente a Asia. Echó un vistazo al material esparcido por la mesa.

—Dibujo Técnico —explicó Asia—. Tenemos que entregarlo esta tarde.

Blas no parecía muy interesado. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el cartabón verde de Claudia. Miró a Asia a los ojos.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó.

—No.

Blas se inclinó hacia delante. Miró a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Voy a proponerte algo —dijo.

Asia dejó el portaminas sobre la mesa y se recostó en la silla de plástico. Era todo oídos.

—¿Recuerdas la noche en la Plaza de las Esclavas? —preguntó Blas —. ¿Recuerdas que cuando la dulce Claudia se marchó te dije que podías venir a visitarme a mi habitación cuando quisieras para oír la verdadera historia de la prohibición de las novatadas?

—Sí, pero no llegaste a decirme cuál era tu habitación.

—Eso se puede arreglar —dijo Blas—. De hecho, para eso estoy aquí. De eso se trata mi propuesta. ¿Puedo?

Blas había cogido una lámina en la que Claudia había intentado sin éxito levantar una perspectiva isométrica. Asia asintió con la cabeza y Blas rasgó un pedazo de papel. Cogió el lápiz de Claudia.

—Esta es mi habitación —dijo mientras escribía unas cifras.

Al acabar, dobló el papel y lo empujó a través de la mesa. Asia tendió la mano para cogerlo, pero Blas mantuvo la suya encima.

—Y esta es mi propuesta: este papel a cambio de tu ayuda para resolver un caso.

Asia sonrió.

—¿Un caso? ¿Qué caso?

—Una desaparición —dijo Blas.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó Asia, cada vez más intrigado.

—Quién no: qué. ¿Aceptas?

—¿Por qué necesitas mi ayuda?

—Porque tú estás en contacto con más gente de la Residencia que yo. Seguro que conoces a casi todos los novatos, aunque sólo sea de vista. Lo vas a tener más fácil que yo para hacer preguntas y enterarte de lo que se dice por los pasillos o en el Comedor. En definitiva: eres el hombre adecuado para este trabajo, chico.

—Asia.

Blas miró a Asia con el ceño fruncido. Luego se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. ¿Aceptas entonces? —dijo Blas, moviendo tentadoramente el papel en el que había apuntado el número de su habitación.

Asia asintió con la cabeza y cogió el papel. Siempre le había gustado jugar a los detectives. Se lo guardó en un bolsillo sin desdoblarlo. Ya lo vería después. Blas sonrió satisfecho.

—Por cierto, ¿qué ha desaparecido? —preguntó Asia, y se dio cuenta de que quizás debería haber hecho esa pregunta antes de aceptar el caso.

—Un microondas —dijo Blas.

Asia se quedó callado unos segundos.

—¿Un microondas? —preguntó.

—Sí, un microondas blanco con un “11” escrito en un lateral. Sé que parece poca cosa, pero las personas a las que se lo han robado están muy interesadas en saber quién fue. ¿Crees que podrás averiguarlo?

—Puedo intentarlo.

—Consíguelo —dijo Blas, cogiendo su sombrero y levantándose de la silla—. Y por lo que más quieras: sé discreto.

—Tú me lo cuentas a mí y yo no se lo cuento a nadie —dijo Asia.

—Exacto. Excepto a Claudia. A ella puedes contárselo, y podéis venir los dos a mi cuarto. Tienes hasta las navidades para encontrarlo, por cierto —dijo antes de echar a andar hacia la puerta.

Asia lo vio atravesar la sala. Cuando estaba a punto de salir, le gritó:

—¿Qué pasa si no lo consigo?

Blas se detuvo y se giró hacia Asia. Se puso el sombrero antes de decir:

—¿Qué pasa si no lo consigues? Que llegadas las navidades querrán que alguien pague por ello. Y créeme: preferirían que el castigo recayera en quien se ha llevado el microondas, pero no les importaría desahogarse con quien les ha fallado a la hora de encontrar al culpable. Y como un trato es un trato, y confío en que tu palabra es de caballero, esa persona ahora eres tú. Así que encuéntralo, chico. Por tu bien.

Interludio:

Hasta ese año, para Asia los trenes eran algo mágico, con sus ruedas de hierro y su locomotora a vapor, con compartimentos privados de asientos enfrentados y portamaletas hechos con redes, y al pasar por los túneles todo se quedaba a oscuras durante unos segundos.

En los trenes asesinaban a gente y nadie sabía quién lo había hecho. Los trenes se cogían en andenes a los que no todo el mundo podía acceder. A los trenes se subía corriendo a su lado y lanzando el hatillo primero para poder auparse con ambas manos, y una vez acomodados entre la paja ponerse a contar historias sobre el corazón de Missouri y las llanuras de Kansas. En los trenes conocías a extraños que te arruinaban la vida.

La primera vez que Asia cogió un tren fue para volver a casa tras la primera semana de clases, en septiembre. Fran iba con él. A punto estuvieron de perder el último del día. Subieron corriendo y se sentaron en los primeros asientos que encontraron. Atardecía. La poca luz que había bastaba para dejar de manifiesto que el tren era viejo. No antiguo y entrañable: viejo, con tapicerías desgastadas y portamaletas rígidos. Más que un tren parecía un autobús. Nada pasaba nunca en los autobuses.

Pero al menos Fran iba a su lado. Y esa primera vez, quien sabe si por la emoción tras la primera semana de clases o por las ganas de volver a casa y contarle al resto de sus amigos cómo era estar en la universidad, Fran aguantó despierto casi todo el camino. En los siguientes viajes Asia no tendría tanta suerte.

Mientras Fran dormía, Asia leía. O lo intentaba. Y no porque se marease. Ocurría que tras leer una frase se descubría mirando por la ventana, viendo el paisaje pasar: las montañas y los campos y los bosques y el mar.

Cuando Carla se unió a ellos, en octubre, a Asia dejó de molestarle que Fran se durmiera en el tren. Dejó de interesarle el libro. Dejó de fijarse en el paisaje. Dejó de importarle que su tren en nada se pareciera a los trenes de los libros. Porque incluso con los asientos cayéndose a pedazos, el tren seguía teniendo magia.

Y ahí estaba Asia, un viernes más sentado junto a la ventana. Sacó un libro de su mochila y lo abrió de forma automática por donde lo había dejado la noche anterior, aunque no le apetecía leer. Tampoco le apetecía hablar. Qué suerte que ese día viajara solo.

Afuera hacía tiempo que había oscurecido. Cuando miró por la ventana sólo vio su reflejo del otro lado del cristal. Sin otra cosa que

hacer, se dedicó a pensar.

Notaba algo extraño ese día, aunque no sabía decir qué. Quizás fuera el hecho de viajar solo por primera vez. Pero llevar a un extraño a su lado no era muy diferente de esas primeras semanas cuando Carla todavía no estaba y Fran dormía durante todo el trayecto. Tenía que ser otra cosa.

Volvió a mirar por la ventana. Acababa de dejar Santiago atrás. Un nuevo viajero ocupaba el asiento de al lado. Hablaba animadamente con la chica del otro lado del pasillo. Tenían que interrumpir la conversación cada vez que alguien pasaba camino del baño. Asia pensó en ofrecerles un cambio de asiento para que pudieran ir juntos. Ahí no hacía más que molestar. Sobraba.

Cogió de nuevo el libro. No recordaba qué había pasado hasta ahora, y las diez veces que leyó la primera frase del sexto capítulo no le ayudaron a situarse. Distinguía cada letra y entendía cada palabra, pero era incapaz de darle sentido a lo que el libro quería decirle. Lo cerró. Cerró también los ojos.

Tenía sueño. No estaba habituado a madrugar los viernes. Si se hubiera puesto con Dibujo cuando Fran se lo advirtió, no habría tenido que apurar hasta última hora para acabar las láminas. Incluso habría podido salir con Fran y Carla la noche anterior. Ese había sido el primer jueves que no salía en lo que iba de curso. Estaba cansado, era eso.

¿No estás más cansado otras veces, mi pequeño Asia?, preguntó la voz. *¿No resulta más agotador viajar sin haber superado del todo la resaca por la noche anterior? Tiene que ser otra cosa. Piensa.*

Asia abrió los ojos. Si algo odiaba de viajar de noche era que nunca sabía dónde estaba. Y que en vez de árboles y montañas sólo veía su cara.

El reflejo era borroso, aunque no hacía falta mucha nitidez para comprobar que le hacía falta un corte de pelo. Habituado a llevarlo muy corto, se veía raro con el flequillo tapándole la mitad de la frente. Hasta había tenido que empezar a peinarse. Quizás debería ir a la peluquería ese fin de semana, porque quizás el siguiente le diera por quedarse en la Residencia, como habían hecho ahora Fran y Carla.

Poco a poco el tren se alejaba de Coruña. Se sentía cada vez más raro. Y la culpa no era del tren: era suya.

Asia se sentía raro por lo normal que le parecía todo. Ese tren no era más que una forma de ir del punto A al punto B y de camino poder ignorar el libro abierto sobre la mesa. No había nada mágico en tener que compartir la mitad del reposabrazos con un desconocido.

Hasta ese año, Asia no había viajado en tren en su vida. Y ahora que lo hacía cada semana, el tren había pasado de ser una idea a ser una realidad.

Había perdido su misterio. Había perdido su magia.

6

Incendio de gatos

—¿Y si nos sentamos contra la estantería y ponemos el portátil sobre la mesilla de noche? —sugirió Carla—. Así entramos los cuatro.

—Podemos juntar las dos camas y tumbarnos atravesados —dijo Fran.

Mientras las palomitas se hacían, juntaron las camas, colocaron las almohadas contra el panel trasero de la estantería y cogieron las mantas extra que guardaban en el armario. Con todo listo, apagaron las luces, cogieron las palomitas y se recostaron.

Asia fue el último en acomodarse. Le dio el portátil a Claudia para que lo pusiera a caballo entre su pierna y la de Fran, que para algo estaban en el medio. Al otro lado de Fran, Carla se acomodaba entre el cabecero de la cama y la estantería. A los dos minutos de empezar la película, Asia dejó de prestarle atención.

Cuando unas semanas atrás Carla le había propuesto ver una película en su habitación no era esto lo que se había imaginado.

Quizás se había dejado llevar por la emoción. Había dejado que los latidos del corazón tomaran el control, que con la sangre que bombeaba a cada pulso pintara un cuadro en el que se acurrucaban en su cama, tapados con una mullida manta mientras afuera llovía con tanta fuerza que era imposible oír la película. Pero no importaba, porque Carla apoyaba la cabeza en su pecho. Asia sólo tenía ojos para ella, para sus ojos dorados y sus labios rosados. Y en esa habitación sólo se oía la lluvia y los latidos de su corazón, sonando como un tambor, hablando en un idioma que no tenía traducción.

Asia intentó alejar esas imágenes de su mente. Se concentró en la película, hasta que descubrió que podía ver el reflejo de Carla en la pantalla en todas las escenas oscuras. Así que vio a Carla ver la película. Y cuando llevaban una hora, la vio cerrar los ojos y no volver a abrirlos. A la imagen de Carla durmiendo no tardó en sumársele el sonido de los ronquidos de Fran. A su lado, Claudia ahogó una risita.

—¿Eres capaz de dormir oyendo esto todas las noches? —le preguntó a Asia, susurrando a su manera. De todas formas, su voz no logró despertar ni a Carla ni a Fran.

Asia estaba acostumbrado a los ronquidos de Fran. Además, no eran muchas las horas de sueño que compartían. A Fran le gustaba madrugar. Asia cada vez se acostaba más tarde. Últimamente se levantaba con el tiempo justo para vestirse y bajar a comer antes de la primera clase de la tarde, a las tres.

La película acabó y los ronquidos siguieron. Claudia se quitó el

portátil de encima.

—Voy a irme, ¿vale?

Asia bajó de la cama para dejarla salir.

—Nos vemos mañana —se despidió Claudia, dándole un beso en la mejilla antes de salir de la habitación.

Asia cerró con cuidado la puerta para no despertar a sus amigos. Aunque quizás debería hacerlo. Quizás debería avisarlos de que la película había acabado. ¿No querría Carla ir a dormir a su habitación, por muy apaciblemente que pareciera estar durmiendo ahora mismo junto a Fran? ¿No estaba en su derecho Asia a recuperar su cama, aunque no fuera a dormir hasta dentro de cuatro horas?

Se quedó de pie, mirando a sus amigos dormir, iluminados con la luz azul del fondo de pantalla del portátil de Fran. Quizás podría tomarlo prestado, como tantas otras noches, y hacer tiempo viendo otra película hasta que Carla se despertara. O quizás podría ir al baño a ponerse el pijama y lavarse los dientes, sin poner mucho cuidado en evitar que el ruido del grifo o los golpes del cepillo contra el lavabo los despertaran. Aunque claro, no podía coger su pijama sin mover las piernas de Carla.

Decidió salir a por un café. Y al irse no tendría cuidado al cerrar la puerta. Sí. Así, al volver, Carla ya se habría ido. Era un buen plan.

Así que se calzó, cogió la tarjeta magnética y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros en busca de monedas. Frunció el ceño cuando sus dedos se toparon con un papel doblado. Tardó unos segundos en caer en la cuenta de qué era ese número de cuatro cifras que tenía enfrente.

Quizás sí que tuviera algo con lo que matar el tiempo, al fin y al cabo. Salió de la habitación algo más animado y bajó a por un café a la máquina expendedora de los subterráneos. Luego, subió hasta la última planta de su bloque, hasta los áticos.

Nunca había estado allí. El pasillo era más corto que en los tres pisos inferiores, y sólo había ocho habitaciones en vez de dieciséis. Consultó una vez más el número escrito en el papel y fue hasta el fondo. Allí era. Pegó el oído a la puerta. Era tarde. Del otro lado le llegó el sonido de una música a poco volumen. Llamó al timbre.

Blas, con su sombrero de ala ancha, no tardó en abrir la puerta.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Vienes solo? —preguntó, asomándose por encima del hombro de Asia, como si esperara que Claudia apareciera en cualquier momento—. Bueno, pasa: mi habitación es tu habitación.

Y la habitación de Blas bien podría pasar a ser la habitación de Asia. Espacio para él había, desde luego. Tendrían que compartir la cama de matrimonio a ras de suelo, pero al menos tendrían una mesilla de noche para cada uno. Hasta tendría intimidad para cambiarse en el vestidor.

La zona central de la habitación la ocupaba el salón, con un sofá de dos plazas y dos sillones en torno a una mesa de centro. Había también dos estanterías y un escritorio. La cocina parecía sacada de una vivienda de verdad, sin rastro de los hornillos eléctricos y la nevera minúscula del resto de habitaciones en las que Asia había estado. Hasta tenía horno.

—¿Te importa si voy un momento al baño? —le preguntó a Blas.

—Adelante. Y trae para acá ese café, anda.

Asia le entregó el vaso de plástico y entró al baño. Era casi tan grande como las habitaciones dobles de la Residencia. Y en vez de una ducha encajonada en la pared había una gran bañera de hidromasaje.

Cuando salió del baño, Blas lo esperaba sentado en el sofá. Asia se sentó en el sillón frente a él, ante una humeante taza de café que, para variar, olía a café.

—¿Y bien?

Asia se llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo, con calma, esperando a que Blas elaborara más su pregunta. Pero al parecer eso era todo.

—¿Y bien qué?

—El microondas. ¿Qué has averiguado?

—Ah. Uhmm… He estado atento a lo que se habla por ahí —dijo Asia—. De momento no quiero ir haciendo preguntas, no vaya a enterarse el ladrón de que lo estamos buscando.

—Bien pensado: que se confíe —dijo Blas, dándose unos golpecitos en la sien—. Pero no has venido a contarme eso, ¿no, chico?

—Asia.

—¿Estás resfriado?

—¿Qué? No. Ese es mi nombre: Asia.

—Sí, lo sé.

—Por si acaso, por si lo habías olvidado y por eso me llamabas “chico”.

—No, no: me acordaba bien. ¿Qué te trae por aquí, Asia?

—La otra parte del acuerdo al que llegamos cuando me diste este papel —dijo Asia—. Yo buscaba el microondas y tú me contabas por qué se habían prohibido las novatadas.

Blas se quitó el sombrero y empezó a jugar con él entre las manos.

—Dime, ¿has oído hablar del incendio de gatos?

—¿Qué demonios es un incendio de gatos?

—Pues qué va a ser: gatos en llamas, corriendo en todas direcciones, extendiendo el fuego allá por donde pasan. Es puro caos. Basta con que un solo gato se prenda para que se desencadene la reacción. Piensa en lo mucho que les gusta a los gatos restregarse entre ellos. Piensa cómo se frotan con cada cosa que ven: árboles, bancos, puertas, piernas.

»Piensa en todos los gatos que hay en esta residencia, durmiendo en los contenedores de basura, alimentándose de los desperdicios de quinientos estudiantes. Si ahora ya hay muchos, imagina cuántos había antes del gran incendio que se llevó por delante a la mitad.

»Y todo empezó por un pardillo, por un pobre mequetrefe que de feo era bobo, alguien que sufrió las peores novatadas durante un mes, porque por aquel entonces, te hablo de años antes de que yo llegara a la Residencia, las novatadas duraban todo un mes. Lo empujaron hasta el límite y luego un poco más. Vivía en un "¿a que no te atreves...?" constante. Y al final se atrevió.

»Esperó al anochecer para prender fuego al contenedor, cuando la gente volvía de cenar. Media Residencia estaba allí para verlo. Hubo un murmullo creciente de cientos de voces que estallaron en gritos de júbilo a la vez que lo hacían las llamas. Luego llegó el silencio tenso de cuando algo se empieza a descontrolar. Y al final, el chillido inhumano de los gatos.

»La gente se refugió en sus habitaciones. Los gatos corrieron en todas direcciones. Alguien llamó a los bomberos. Las sirenas empezaron a sonar menos de diez minutos después. Cuando los camiones llegaron a la Residencia, era demasiado tarde: el Bloque 7 había ardido hasta los cimientos.

—No existe el Bloque 7.

—Porque ardió hasta los cimientos. ¿No me escuchas cuando hablo?

—¿Dónde se supone que estaba?

No había que ser un estudiante de arquitectura, como Carla, para darse cuenta de que en esa residencia no había hueco para un séptimo edificio de dormitorios. Los seis existentes estaban repartidos tres a tres de forma simétrica. No había hueco entre las pistas deportivas y el Bloque 1 ni más allá del Bloque 6 para un séptimo edifico que rompiera el equilibrio.

—¿Dónde estaba? —repitió Asia ante el silencio de Blas.

—La Residencia no fue siempre como la conocemos ahora —dijo Blas—. No es fácil construir todo esto en la montaña. Hubo que talar muchos árboles y aplanar mucho terreno. Se volaron rocas y se movió mucha tierra. Pero esas obras se hicieron cuando la Universidad empezó a crecer y había necesidad de alojar a más y más estudiantes.

Blas gesticulaba con las manos al hablar, erigiendo los terrenos de la Residencia sobre la mesa de centro.

—Hasta entonces, la Residencia consistía en un solo edificio. En la planta baja estaba el comedor. En las dos superiores, las habitaciones. No era muy diferente a los bloques actuales. Al menos en apariencia exterior. Oh, pero los interiores… Deberías haberlos visto, Asia.

—*Tú* deberías haberlos visto.

—Ojalá. Imagina: suelos de parqué, tapices en los pasillos, mesas de madera de roble en el comedor, alfombras tupidas en las salas comunes… Un lujo. Cuando se construyeron los nuevos bloques, ese edificio quedó como posada. Era el sueño del viejo Docampo. Y fue idea de su hijo incorporar la posada a la Residencia. Una vuelta a los orígenes que poco tenía que ver con la nostalgia.

Blas se frotó los dedos.

—Siempre ha habido gente de mucho dinero en esta residencia. Gente a la que no le importa pagar el doble por una habitación con suelos de madera y una sala común con chimenea. El viejo Docampo acabó cediendo ante la propuesta de su hijo de convertir la posada en habitaciones de lujo para los que estuvieran dispuestos a pagarlas. Al fin y al cabo, era él quien iba a relevarlo en el mando algún día. Bien podía ir implementando sus ideas ya.

Blas dejó de jugar su sombrero y se lo puso. Descruzó las piernas. Se atusó la barbita de chivo.

—Todo el mundo conocía la antigua posada como Bloque 7, aunque no había cartel que lo indicara. Estaba donde ahora están las pistas deportivas.

—Y dices que ardió hasta los cimientos.

Blas asintió con la cabeza con tanta energía que el sombrero estuvo a punto de caérsele.

—¿Había alguien dentro? Cuando ardió.

—La mayoría estaba fuera, viendo como el chico prendía fuego al contenedor. Se refugiaron en los Bloques más cercanos.

—Pero los que había pudieron salir a tiempo, ¿no?

Blas miró a Asia con cara de confusión.

—No. Murió gente. ¿Por qué crees que prohibieron las novatadas?

—Era precisamente lo que te preguntaba —dijo Asia, intentando mantener la paciencia.

—Pues ahora ya lo sabes: a un chico se le fue de las manos una novatada y murió gente. Supongo que esa es la versión corta.

—¿Cuánta gente murió?

Blas frunció el ceño, pensativo.

—Media docena. Puede que más.

Asia resopló por la nariz.

—Algo así se tendría que saber —dijo—. Si hubieran muerto seis personas habría salido en todas las noticias.

—Sí, y probablemente habrían cerrado para siempre la Residencia —dijo Blas—. Por eso lo ocultaron todo. No el incendio, obviamente. Por pocas casas que haya en la zona, un incendio así llama la atención. Y los bomberos más, con sus sirenas y sus luces y sus camiones rojos. Pero la versión oficial fue que el fuego se originó en una de las chimeneas de la planta baja del Bloque 7 y que todo el

mundo pudo salir a tiempo.

—Y los que murieron desaparecieron de la faz de la Tierra sin que sus familiares preguntaran por ellos, claro.

—Cuando digo que lo ocultaron todo es que lo ocultaron todo —dijo Blas, golpeando la mesa—. Creo que no eres consciente del poder que tiene la familia Docampo. Espero que si llegas a saberlo sea porque te deban un favor. Si no...

Asia evitó comentarle a Blas nada de su enfrentamiento con el hijo del Director. Viendo cómo hablaba de los Docampo seguro que le hacía comprarse un billete de avión esa misma noche para huir del país con lo puesto.

Pero Blas exageraba. Blas mentía. Tenía que ser eso. Un incendio de gatos…

—Bueno… —dijo Blas, levantándose y bostezando.

Asia también se levantó. Todavía tenía muchas dudas. Se negaba a creer que hubiera muerto gente por culpa de unos gatos en llamas.

Blas fue hasta la puerta. La abrió.

—Recuerda: de esto, chitón. Menos a Claudia. Háblale de la majestuosidad de mis aposentos. Ponle el caramelo en la boca, que quiera venir la próxima vez.

Asia hizo el gesto más ambiguo que pudo para indicarle a Blas que sí o que no o lo que él quisiera interpretar, pero que en realidad a Claudia no le iba a decir nada y que en el fondo él tenía que saberlo, que no podía ser tan ingenuo.

—Vuelve cuando sepas algo del microondas —añadió Blas—. Y sería mejor que te dieras prisa en investigar. En esta residencia, noviembre se pasa volando.

Asia aceptó el consejo de Blas con una sonrisa ligera. Aun así, por muy volando que pasara noviembre, las navidades todavía estaban lejos. Tenía mucho tiempo por delante para ocuparse del asunto del microondas.

7

Un puñetazo a la pared

Tumbado en la cama, mirando el techo en penumbra, Asia acariciaba su colgante —una piedra de río, gris, suave— esperando a que en cualquier momento Fran volviera de desayunar.

Solía hacerlo en la habitación, pero ¿a dónde si no iba a ir tan temprano un sábado por la mañana? Quizás los sábados desayunara en el Comedor. Quizás había quedado con Carla para desayunar juntos.

Asia se revolvió en la cama. Si fuera así lo habrían avisado, ¿no? Y si no lo habían avisado era porque sabían que a esas horas nunca estaba despierto. Sí, eso era.

En realidad ni siquiera sabía si Fran había bajado al Comedor, mucho menos que hubiera quedado con Carla allí. Es más, probablemente ni siquiera estuviera desayunando, porque si fuera así a estas horas ya debería haber vuelto.

Seguro que había bajado a las salas de estudio. Los exámenes se acercaban, como no dejaba de recordarle todo el tiempo. Para eso mismo se había quedado Asia por primera vez en la Residencia ese fin de semana, bien entrado noviembre, ¿no? Para hacer todo el trabajo que tenía atrasado y completar todos sus apuntes copiando los de Fran.

Y sin embargo allí estaba, tumbado en la cama, mirando al techo, recordándose una y otra vez que Fran siempre estudiaba en la habitación, incluso aunque Asia durmiera. La luz del flexo del otro lado de la estantería no le molestaba durante la semana: no tendría por qué hacerlo un sábado.

Asia se destapó y se levantó de la cama. Fue hasta la ventana y subió la persiana. Fingiendo indiferencia ante nadie más que sí mismo, comprobó que los apuntes de Fran estaban perfectamente ordenados sobre su escritorio, con el bolígrafo apoyado junto a la última ecuación resuelta del día anterior.

Ni una nube en el cielo. La calefacción estaba encendida. Las ventanas tenían las esquinas empañadas. Si Fran no estaba desayunando en el Comedor ni estudiando en los subterráneos, ¿dónde estaba?

Asia fue hasta la cama. Se sentó mirando hacia la de Fran y descolgó el teléfono. En todo el tiempo que llevaba en la Residencia, lo había usado para llamar a dos personas. Sólo a dos. A veces sus dedos marcaban automáticamente el número de una de esas dos habitaciones y sólo cuando escuchaba la voz del otro lado se daba

cuenta de si había llamado a Claudia o a Carla.

Ese fin de semana, Claudia no estaba. Marcó el número de Carla. Esperó.

—¿Sí? —respondió una voz somnolienta que Asia no reconoció.

Asia no sabía cómo se las había arreglado hasta ahora para que cada vez que llamaba a Carla fuera ella y no su compañera la que contestara. Para todo había una primera vez.

—¿Está Carla? —preguntó, y se dio cuenta de que su voz no sonaba mucho más despierta que la de la chica, porque puede que llevara una hora con los ojos abiertos, pero esas eran las primeras palabras que pronunciaba esa mañana.

Le llegaron unas quejas a través del teléfono. Luego oyó un tenue "espera" y unos segundos de silencio.

—No —dijo al fin—. ¿Quieres que…?

Asia colgó. No quería dejar ningún recado. En realidad no sabía para qué había llamado. Se tumbó en la cama y se tapó la cara con las manos. Con los ojos cerrados, Asia vio…

Niebla. Y siluetas oscuras que se agarraban de la mano. Pero no de lado, paseando. No. Frente a frente, entrelazando los dedos, llevándolas juntas hacia el pecho, sintiendo los latidos sincopados de los corazones.

Le faltaba el aire.

Había viento. Lo barría todo, incluso las siluetas enamoradas. No había nada salvo el silbido del aire quejándose por no tener obstáculos que salvar.

El corazón no le latía: crujía como un mecanismo mal engrasado lleno de aristas que no terminan de encajar. Tenía el estómago vacío del todo, hasta de hambre. Se duchó y volvió a tumbarse sobre la cama con los auriculares puestos y el volumen un par de puntos por encima de lo recomendable. Cerró los ojos.

Un toque en el pie le hizo abrirlos, horas después. Fran estaba allí, junto a su cama. Carla esperaba en el marco de la puerta. Asia se quitó los auriculares y un ruido metálico y distorsionado llenó la habitación.

—Te decía que vamos a bajar a comer —dijo Fran, y se metió en el baño.

Asia se incorporó en la cama. Carla dio un par de pasos, entrando en la habitación. Se apoyó contra la pared, frente a la cama de Asia. Le sonrió, pero Asia no tenía ganas de sonrisas. Seguía sin apetito. Esperó a que Fran saliera del baño para decirle que bajaran sin él.

—He desayunado tarde —mintió—. Igual bajo después. O quizás me prepare algo aquí.

Fran no insistió. Carla no dijo nada. A Asia le pareció sentir su mirada sobre él, pero no se molestó en levantar la vista de sus pies. Se fueron juntos, como habían llegado, y Asia se quedó solo de nuevo.

Apagó la música y se levantó de la cama. La habitación había encogido desde la mañana. Se calzó y salió de allí. Hacía fresco en el pasillo. Fuera, frío. El sol se negaba a calentar. Asia habría preferido que unas nubes grises estuvieran bajas en el cielo. Le habría venido bien caminar bajo la lluvia. Ese frío sólo iba a ponerle coloradas las mejillas y agrietarle los labios.

Los pies se le movían solos. No tardó en darse cuenta de que se dirigían al Comedor. Puede que fuera por la costumbre. Lo dudaba. Quería entrar allí. Quería aparecer por sorpresa y ver… ¿qué?

¿Qué esperaba?

Oh, Asia, lo sabes muy bien, dijo la voz. *Asómate a la puerta de cristal y mira a Carla riendo a carcajadas por algo que ha dicho Fran. Y mira cómo se miran a los ojos, sentados frente a frente en una mesa para dos. Mira cómo se tienden la mano. Mira cómo sus dedos se tocan. Mira.*

Asia se detuvo en lo alto de la rampa y cerró los ojos con fuerza. No, no quería mirar, porque no había nada que ver. Estaba siendo paranoico sin motivo alguno.

Pero sí que hay un motivo, ¿verdad, Asia?

¿Por qué no había cogido los auriculares cuando salió de la habitación? ¿Por qué tenía que escuchar lo que decía esa voz?

Porque soy la voz de la verdad, Asia. A mí no puedes ocultarme nada. Y mucho menos el encuentro de hace dos días, mientras esperabas con Claudia a que Fran y Carla volvieran de la otra barra. ¿Recuerdas?

Asia recordaba.

La música estaba alta. Asia se giró al notar un toque en el hombro. La estúpida sonrisa de Felipe Docampo, el hijo del Director de la Residencia, brillaba bajo las luces del local.

—Déjame que te invite a algo, Asia —le dijo.

Asia no se movió del sitio. Intercambió una mirada de confusión con Claudia. Felipe Docampo insistió. Asia se encogió de hombros y acabó accediendo. Prefería librarse de él cuánto antes. Además, ¿qué daño podía hacer una cerveza gratis?

—Vuelvo ahora —le dijo a Claudia, y lo siguió.

El chico se movía entre la gente saludado a todo el mundo y guiñando el ojo a distancia, como si fuera el dueño del local. Lo era.

—Mi padre me dijo que ya que me iba a pasar las noches de los jueves aquí, bien podía aprender a gestionar un negocio mientras tanto —le explicó, apoyado en la barra, esperando a que el camarero les sirviera dos copas.

—Una cerveza me vale.

—Tonterías. Vas a probar este whisky.

El tapón era de corcho. El whisky era caro. Felipe Docampo debió de ver la reticencia en el rostro de Asia.

—Considéralo una ofrenda de paz —explicó—. Una disculpa, si

quieres.

—¿Una disculpa por qué?

—Por mi comportamiento. Por el del día de la presentación del curso y por el de ese lunes, en la Residencia, por haber sugerido que aquella chica era tu novia. *Obviamente* estaba equivocado.

Felipe Docampo, apoyado en la barra, dio un sorbo lento a su vaso y oteó el local. Asia también llevó su vaso a los labios. Dio un trago pequeño. Ese whisky no le supo a goma quemada. Sintió un agradable calor en la garganta y un ligero sabor a madera de roble en el paladar. También sintió que una pregunta le hacía cosquillas en la lengua, allí donde el whisky la había mojado.

—¿Por qué *obviamente*? —soltó al final.

Felipe Docampo se volvió lentamente hacia Asia. Sus ojos brillaban incluso más que sus dientes.

—¿Cómo dices? —preguntó, todo inocencia y camisa entreabierta, acercándose para oír mejor.

Hablando más alto para hacerse oír por encima de la música, Asia repitió a toda prisa:

—Has dicho que te querías disculpar por haber sugerido que Carla era mi novia, pero que *obviamente* estabas equivocado. —Sentía que el corazón se le empezaba a desbocar—. ¿Por qué *obviamente*?

—Ah, por nada —dijo Felipe Docampo, buscando todavía a alguien entre la gente—. Es sólo que hace un rato la he visto cerca de la barra de la entrada junto a ese amigo tuyo tan alto y guapo con el que siempre te sientas en clase. ¿Fran, se llama? Y no estaban esperando a que los atendieran, precisamente, si entiendes lo que quiero decir.

Felipe Docampo se acabó de un trago lo que le quedaba de whisky y apoyó el vaso vacío en la barra. Consultó su reloj y saludó a alguien en la distancia.

—No dejes que se agüe.

Y dándole una palmadita en la espalda, se perdió entre la multitud. Asia dejó el whisky a medias. Volvió junto a Claudia. Fran y Carla ya estaban de vuelta. La música distrajo a Asia durante los veinte minutos que siguieron allí. Pero cuando se encendieron las luces y la gente empezó a desfilar hacia la salida, las palabras de Felipe Docampo volvieron con fuerza a su mente.

—¿Estás bien? —le preguntó Carla, ya fuera—. Estás muy callado.

A Asia no le parecía que estuviera más callado de lo normal. Se encogió de hombros y forzó una sonrisa.

—Oye… ¿Qué quería el hijo del Director? —preguntó Carla—. Claudia me dijo que estuvo hablando contigo.

—Nada. Me invitó a una copa.

—¿Y eso? ¿No os llevabais a matar?

—Quería disculparse conmigo.

—¿Sólo?

—¿Qué más iba a decirme? —preguntó Asia, levantando la vista hasta encontrar los ojos de Carla. Bajo la luz anaranjada de la farola junto a la que estaban parecían más dorados que nunca.

—No lo sé. Nada bueno. Por lo que me has contado, no parece la clase de persona que se disculpa sin más.

Carla se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Hacía frío allí fuera. Había gente yendo hacia el paseo marítimo para seguir la fiesta en el Playa Club. Otra volvía ya para casa. La mayoría se dedicaba simplemente a estar ahí, en la calle, aprovechando la falta de música para hablar mientras se acababan las cervezas en vasos de plástico antes de decidir qué hacer después.

—Lo que quiero decir es que si yo fuera tú no me creería nada de lo que ese tipo dijera —soltó Carla atropelladamente.

Asia apretó los labios.

—¿Qué crees que pudo haberme dicho?

—No lo sé, Asia. Algo para hacerte daño. Alguna mentira.

—¿Como que os vio a ti y a Fran liándoos?

Carla abrió la boca y la cerró sin decir nada. Se puso más seria que antes.

—¿Eso te haría daño?

—Me refería a una mentira como esa.

Carla sonrió.

—Sí, alguna estupidez así. ¿Sabes que lo vi entrar? Aunque como para no verlo, rodeado de sus amigos y saludando a todo el mundo como si fuera el dueño del local.

—Porque lo es —dijo Asia—. Un regalo de papá.

Carla dio un silbido, impresionada.

—Pues lo vi, y vi cómo nos miró a Fran y a mí. No sé qué le pareció ver, Asia, pero nada de lo que te haya podido decir es cierto.

Asia asintió sin mucho entusiasmo.

—¿No crees que te contaría algo tan importante como eso? —preguntó Carla, sonriendo. Sacó una de sus manos a la intemperie y acarició el brazo de Asia.

Asia se encogió de hombros.

—¿Vas a estar enfurruñado toda la noche? —preguntó Carla, buscando con un dedo el cuello de Asia, intentando hacerle cosquillas.

Asia se encogió para protegerse. Dio un paso atrás para alejarse de Carla, que lo miró sonriendo con la boca media abierta. Al final a Asia no le quedó más remedio que sonreír.

—Olvídate de lo que te haya dicho el payaso ese —dijo Carla, cogiéndolo de la mano—. Y vámonos para la Residencia.

Volvieron a la Residencia, pero Asia no se olvidó. Oh, no, ni mucho menos. Durmió mal esa noche. Se despertó al día siguiente con

dolor de cabeza y la boca seca, y aun así no era la resaca lo que más le molestaba. Antes de levantarse ya había tomado la decisión de quedarse ese fin de semana en la Residencia.

Sabía que si se iba para casa, su mente no iba a dejar de bombardearle con imágenes de Carla y Fran besándose en su habitación. ¡En su propia habitación, aprovechando su ausencia! ¿Cómo osaba Carla hacer algo así tras haberle asegurado que todo era falso, que Felipe Docampo sólo quería hacerle daño?

Blas tenía razón: los Docampo eran poderosos. Sólo había bastado un vaso de whisky y una frase para hacerle sentir al borde de la locura. Y ahora sentía que necesitaba dar un paso más.

Asia bajó la rampa de hormigón que llevaba al Comedor. Necesitaba ver a los Fran y Carla de carne y hueso para borrar de su mente a sus versiones imaginarias. A estas alturas no le importaba ya lo que viera, mientras fuera real. Lo necesitaba como el aire que le faltaba.

No. Estaba perdiendo la cabeza. ¿Qué iba a hacer cuando los viera sentados sin más en la mesa de siempre y tuviera que ir a sentarse con ellos? No se veía capaz de fingir una conversación normal. No se veía con fuerzas de comer siquiera un par de patatas fritas. Ellos se darían cuenta de que algo le pasaba. ¿Cómo no iban a hacerlo? Nadie lo conocía como ellos. Se preocuparían por él. Insistirían hasta que les contara qué le pasaba.

Pero Asia no iba a decir nada. Si no podía decírselo a sí mismo en la intimidad de su mente, como para decírselo a ellos. Se acabaría marchando en silencio de allí, y Fran y Carla acabarían más preocupados todavía.

Asia todavía estaba del lado de la cordura. Se detuvo a unos metros de las puertas del Comedor y tomó una gran bocanada de aire antes de girar sobre sus talones y emprender el camino de vuelta a la habitación.

Entró por la puerta lateral del Bloque 3 y pasó de largo por la lavandería. Se detuvo junto a las máquinas expendedoras. No sabía si lo necesitaba, pero le apetecía un café. Y mientras esperaba a que el vaso se llenara, vio a Carla.

Apareció por detrás de las máquinas, saliendo de las escaleras que subían al Bloque 2. Sonreía. Asia retrocedió para esconderse de su vista.

—¡Eh! —la llamó una voz familiar.

Carla se detuvo y Asia se asomó lo justo para ver qué pasaba. Vio a Fran dar un paso al frente, saliendo de las mismas escaleras de las que acababa de salir Carla. Ella miraba hacia arriba, sonriente. Se agarraban de la mano de frente, entrelazando los dedos.

Asia se equivocaba. Las versiones de Fran y Carla que se besaban

en su mente dolían como duele quemarse la mano con una fuente recién salida del horno, pero bastaba con concentrarse en otra cosa para que el dolor se calmara.

Fran y Carla besándose delante de sus ojos dolió como romperse todos los huesos de la mano de un puñetazo a la pared. En lo único que podía pensar era en que jamás llegaría a acariciar a nadie como Fran acariciaba a Carla.

Y por más que intentara concentrarse en otra cosa, el dolor no se iba.

8

Asuntos turbios

Noviembre se fue en un suspiro. A dos semanas para las navidades, el dolor seguía ahí. Especialmente por las noches, en las horas que se pasaba tumbado en la cama sin poder dormir. Pero la vida seguía, y el curso se le echaba encima sin remedio. Asia casi agradecía esos momentos en los que el trabajo se le acumulaba tanto que no le quedaba tiempo para recrearse en su miseria.

Una de esas noches Blas apareció por las salas de estudio. Asia estaba ayudando a Claudia con la penúltima entrega de Dibujo antes de las vacaciones. La cercanía de los exámenes se notaba en las mesas ocupadas a cualquier hora del día. Esa noche, media docena de cabezas se levantaron de sus apuntes para mirar al extraño chico del sombrero que acababa de entrar en la sala.

Esta vez Claudia permaneció en su sitio. Bajó la cabeza y se concentró en que sus trazos fueran limpios y precisos. Blas se sentó en la silla vacía junto a Asia. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa. No dijo nada.

Asia suspiró y soltó el portaminas. Miró a Blas, que no quitaba los ojos de Claudia.

—¿Querías algo, Blas? —susurró Asia.

Blas tardó unos segundos en centrar su atención en Asia. Entonces le preguntó:

—¿Sabes qué día es hoy?

—¿Tu cumpleaños? —Blas negó con la cabeza—. ¿Mi cumpleaños?

—¿Cómo quieres que sepa…? Da igual. Hoy es jueves. Mañana será viernes y otra semana más habrá pasado sin que el microondas haya aparecido.

—Que yo sepa, las semanas acaban los domingos.

—Aquí no. Aquí acaban los viernes, cuando todo el mundo se va para casa a que sus madres les laven la ropa. Así que no te hagas el listillo, que lo sabes bien.

Claudia dejó de trazar líneas, aunque mantuvo la cabeza gacha. Blas siguió hablando.

—No has vuelto por mi habitación. Dijiste que ibas a volver en cuanto averiguaras algo. No hace falta una calculadora para saber qué significa eso.

Asia se cortó de preguntarle a Blas cómo demonios iba a introducir esos datos en una calculadora.

—He estado ocupado —dijo en su lugar—. Además, estas cosas llevan su tiempo. Tampoco hay prisa.

Blas abrió mucho los ojos.

—¿Cómo que…?

Media docena de cabezas se giraron hacia él.

—¿Cómo que no hay prisa? —preguntó en voz más baja, pero sin cambiar el gesto de incredulidad—. Las navidades están aquí. Dime que has averiguado algo al menos.

—He averiguado algo —masculló Asia entre dientes—. Mira, voy a tardar algo más de lo que pensaba, ¿vale? Necesito más tiempo.

Blas se llevó las manos a la cabeza y pasó los dedos entre el pelo. Resopló.

—No. Hay. Más. Tiempo —dijo, y acompañó cada palabra con un golpe sobre la mesa en esa sala en la que todo el mundo guardaba silencio. Otra vez media docena de cabezas se giraron hacia él. Una chica lo mandó callar con un desagradable "shhh".

—Siempre hay más tiempo —replicó Asia—. Dame hasta la vuelta de las vacaciones.

Blas meneó la cabeza.

—El plazo era hasta las navidades por algo —dijo. Miró a Asia con una sonrisa triste en los labios—. Enhorabuena: acabas de hacer que tenga que quedarme aquí durante las vacaciones. Espero que al menos no lleve más de un día o dos —murmuró para sí mismo.

—¿El qué? —preguntó Asia, intrigado.

—Encontrar el microondas. Verás: pertenecía a Ramón y a Eulogio.

—Ah —dijo Asia, asintiendo con la cabeza—. ¿Quiénes son: amigos tuyos o…?

—Ramón, el guardia de seguridad. Y Eulogio, el de mantenimiento —aclaró Blas.

—Ah… —dijo Asia en un tono bien distinto.

—¿Por qué comparten un microondas esos tipos? —intervino Claudia.

Blas sonrió y meneó la cabeza de un lado a otro.

—No te enteras de nada, muñeca. El microondas que les han robado es sólo uno de los muchos que tienen. Son microondas que pertenecen a la Residencia, en realidad. Todos tenemos derecho a pedir uno si queremos. Hasta fin de existencias, claro. Lo pone en el contrato. Pero como nadie lee a fondo el contrato, esos tipos se aprovechan y se dedican a alquilar los microondas a chicas ingenuas como tú durante lo que dura el curso.

Asia vio cómo Claudia hacía acopio de paciencia para no levantarse y cruzarle la cara a Blas de un tortazo.

—Alguien se lo ha llevado del Almacén —siguió explicándole Blas —. Y llegué a un acuerdo con tu amigo Asia, aquí sentado, para que lo encontrara antes de las navidades. Un acuerdo que no ha cumplido, pese a que le advertí que Ramón y Eulogio eran gente peligrosa. Y

ahora no me va a quedar otro remedio que ir buscando el microondas de habitación en habitación durante las vacaciones.

—¿Vais a entrar en las habitaciones sin permiso? —preguntó Asia.

Blas volvió a mirar a Asia. Perdió la desagradable sonrisa que había aparecido en su rostro mientras se dirigía a Claudia.

—Sí. Quería evitarlo y confié en ti. Pero ahora no hay nada más que hacer. Pobre del *yony* que lo tenga...

—No podéis entrar porque sí en las habitaciones de la gente —se quejó Claudia.

—Eso díselo a ellos. Yo aquí soy una víctima más. Preferiría no estar involucrado, pero por desgracia lo estoy. Y una vez que me he visto involucrado, preferiría que esto se hubiera resuelto de otra forma —dijo, dedicándole una mirada acusatoria a Asia.

—Todavía faltan dos semanas para las vacaciones —dijo Asia.

Blas se rió. Esta vez, tres personas lo mandaron callar.

—¿Me estás diciendo que vas a hacer en dos semanas el trabajo que no has hecho en dos meses?

—Suena a mi *modus operandi*, sí. Mira, lo que tú no quieres es tener que quedarte aquí durante las vacaciones, ¿verdad?

Blas asintió con la cabeza.

—Bien. Porque creo que puedo lograr que aparezca el microondas, aunque no pueda darte el nombre del culpable.

Blas miró a Asia con una expresión mezcla de duda y esperanza. Una proporción de cuatro a uno en favor de la duda.

—¿Hay algo que no me estés contando? ¿A quién estás intentando proteger?

—A nadie. Pero hay que ser realistas: en estos casos no siempre es posible ganar. No siempre se atrapa a los malos. A veces hay que conformarse con recuperar el botín. Si hago correr la voz de esa redada que vais a hacer por las habitaciones, me imagino que quien quiera que tenga el microondas se apresurará a deshacerse de él.

—No creo que sea buena idea —dijo Blas, meneando la cabeza—. Para que ese mensaje llegara al culpable en dos semanas, la voz tendría que correr mucho. Y el problema de que la voz corra demasiado es que se descontrola. Y una voz descontrolada llega a donde no se supone que debe llegar.

—¿A dónde se supone que no debe llegar?

—A oídos del Director. Lidiar con Eulogio y Ramón es una cosa. Lidiar con Juan Docampo… —dijo Blas, santiguándose.

—¿Quieres o no librarte de tener que buscar el microondas? —preguntó Asia.

—Sí, pero…

—Prometo ser discreto.

Blas miró a Asia a los ojos fijamente.

—Está bien —dijo al final, suspirando—. Pero ándate con ojo, en serio. Y ya nos ocuparemos después de Ramón y Eulogio. Porque te aseguro que no se van a conformar con recuperar el microondas, no. Ellos quieren que alguien pague las consecuencias del robo. Pero ya habrá tiempo para eso, ¿verdad? —dijo Blas, más relajado.

Asia asintió con la cabeza.

Blas sonrió, cogió el sombrero y se levantó arrastrando sin cuidado la silla. Hubo varios chasquidos de lengua y alguien dijo "hombre ya, esto es inadmisible…". A Blas no parecieron importarle las miradas de odio mientras cruzaba la sala. Tampoco le hizo mucho caso a los aplausos irónicos que despertó su salida.

Tras el pequeño revuelo, la sala de estudios quedó de nuevo sumida en el silencio. Claudia y Asia retomaron las láminas de Dibujo Técnico que tendrían que entregar la tarde siguiente.

—Oye, Asia…

Asia levantó la vista de la lámina que llevaba los últimos diez minutos dibujando.

—¿Sí?

—Blas te contó lo del microondas aquella mañana que vino por aquí mientras hacíamos Dibujo, ¿no? Aquel viernes, hará dos meses.

—Sí, ¿por?

—Por nada —dijo Claudia, volviendo a bajar la cabeza al ejercicio de Dibujo Técnico, pero sin llegar a coger de nuevo el portaminas—. Es que estaba pensando… ¿Desde hace cuánto tenéis vuestro microondas?

—Desde hace casi dos meses —dijo Asia, trazando una línea recta en su lámina.

—¿Y de dónde decías que lo habías sacado?

Asia trazó una nueva línea, paralela a la anterior. Luego, dejó la escuadra y el cartabón sobre la mesa y levantó la cabeza.

—No estarás insinuando que el microondas de mi habitación es el mismo que Blas me ha encargado encontrar, ¿no?

—¿Lo es?

Asia se encogió de hombros.

—Si lo fuera, habría sido una suerte que justo fuera yo quien tuviera que encontrarlo, ¿verdad? Imagina tener el microondas, pero saber que con devolverlo antes de las navidades me voy a librar de cualquier problema, además de quedar como un héroe a ojos de Blas, librándolo de tener que quedarse aquí durante las vacaciones en el último segundo.

Asia sonrió a Claudia. Claudia se echó a reír. Las otras seis personas de la sala los mandaron callar con un "shhh" atronador.

—¡Oh, vamos! —protestó Claudia, poniéndose en pie y mirando a cada uno de esos individuos con complejo de aspersor o de globo

desinflándose o de patatas chisporroteando en aceite hirviendo—. ¿No puede una reír sin que la manden callar?

La respuesta fue no.

—Ya nos vamos, tranquilos —dijo Asia, empezando a recoger todas las cosas de la mesa—. ¿Verdad? —le preguntó a Claudia.

Claudia quería quedarse allí un rato más sosteniendo la mirada a todas y cada una de esas ratas que tanto valoraban el silencio. ¿Quiénes se creían que eran para mandarla callar así? Que se lo hicieran a Blas, vale. Blas se merecía eso y más. Pero ¿a ella?

—Está bien —le dijo a Asia, y ella también recogió todas sus cosas —. A ver si mañana por la mañana, cuando tengamos que bajar para acabar las láminas, nos encontramos con una sala menos repelente —dijo, sin molestarse en bajar la voz.

Salió de la sala de estudio con la cabeza bien alta. Asia, tras ella, no parecía tan orgulloso. Cerró la puerta tras él.

—Ahora nunca más podremos volver a estudiar ahí —le dijo a Claudia.

—Bien. No quiero estudiar con gente así. Esas cosas se pegan, ¿sabes, Asia? Empiezas disculpándote cuando te mandan callar de malos modos y acabas meneando la cabeza decepcionado cuando alguien hace una broma. Además, podemos empezar a ir a la sala de al lado y punto. Y justo enfrente están las máquinas expendedoras. Todo son ventajas.

—Sí, hasta que te pelees también con la gente de esa sala —dijo Asia.

—Prometo ser buena —dijo Claudia, sonriendo con inocencia—. Y si me mandan callar, en vez de responderles de malos modos, les diré que en la sala de al lado valoran tanto como ellos el silencio y seguro que allí encajan mejor.

Asia asintió, sonriente, dándole así su aprobación. Se quedaron un rato allí, junto a las máquinas expendedoras, mirando la sala que iban a tener que usar a partir de ahora. De ahora o de mañana a la mañana, más bien. Porque tras haber recogido todas las cosas, a Claudia no le quedaban ganas de entrar y sentarse a acabar las láminas que tenía pendientes.

—¿Quieres venir un rato a mi habitación? —le propuso a Asia—. Es temprano. Supongo que Alba estará despierta todavía.

Asia dijo que sí. Cuando llegaron a la habitación, comprobaron que, en efecto, Alba estaba despierta. Eso, o era capaz de ducharse dormida. Claudia se sirvió un vaso de agua. Tenía agua embotellada, pero quiso beberla del grifo sólo para oír cómo Alba se quejaba por el repentino cambio de temperatura de la ducha, del otro lado de la puerta cerrada del baño. Claudia soltó una risita maligna antes de beber.

—¿Cuándo vas a devolver el microondas? —le preguntó después a Asia, mirándolo a través del hueco de la estantería.

Asia se había quitado los tenis y se había tumbado en su cama, como siempre hacía. Claudia nunca había conocido a una persona con tanta urgencia por la comodidad.

—No sé. Supongo que la última semana antes de las vacaciones, después de la entrega del trabajo de Física. Hasta entonces estaré muy liado.

Claudia rodeó la estantería con su vaso de agua en la mano. Apoyó la espalda contra la pared, frente a Asia.

—Ni que llevara diez horas devolver un microondas.

—No, pero tengo que llevarlo hasta la otra punta de la Residencia. Y con lo que pesa me va a llevar un buen rato llegar hasta el Almacén. Tendría que ir una mañana, cuando hay menos gente que me pueda ver.

—¿Menos que de noche?

—De noche los guardias están más atentos. Alguien cruzando la Residencia con un microondas llamaría mucho la atención.

—¿Cómo te las apañaste para traerlo?

—Con ayuda, una mañana. Y haciendo muchos descansos.

—¿Con ayuda de quién? ¿De Fran?

Asia asintió en silencio, evitando mirar a Claudia a los ojos.

—Que te ayude él a llevarlo de nuevo, ¿no?

—Ya.

Se quedaron en silencio durante un minuto. Claudia bebió el resto del agua y fue a dejar el vaso al fregadero. En el baño, el ruido de la ducha había cesado.

—¿Qué pasa si os pillan con el microondas al ir a devolverlo?

Asia se incorporó en la cama.

—Nada bueno. Me imagino que como mínimo nos pondrán una falta grave —dijo—. Eso sin contar lo que puedan hacernos Eulogio y Ramón.

Claudia se sentó en su cama, junto a Asia. Apoyó una mano en la pierna del chico.

—Yo no me preocuparía por ellos. Por la boca de Blas no salen más que mentiras. Y aunque dijera la verdad, parece que esos dos tipos hacen las cosas a espaldas del Director, ¿no? No podrían hacer que te expulse, porque sería reconocer esos trapicheos que se traen entre manos con los microondas.

—Puede… Pero quizás no sean ellos quienes tengan que presionar al Director para que me expulse. Quizás baste con que lo haga su hijo.

—Si resulta que te pillan, iré junto a Felipe Docampo y, para asegurarme de que no le pueda decir nada a su papi, le pisaré la lengua.

Asia se echó a reír.

—Pero de todas formas —continuó Claudia—, mejor que no os pillen y punto.

La puerta del baño se abrió en ese momento y Alba asomó la cabeza, con su corto cabello ya seco.

—Hola, Asia —saludó, sonriente, antes de dirigirse a Claudia—. Oye, ¿puedes pasarme el pijama?

—¿Te lo has olvidado? —preguntó Claudia.

—No, lista. No contaba con que estuvierais aquí tan temprano. ¿No teníais tanto trabajo que hacer?

—Sí, pero nos pareció mejor venir a oír cómo te duchabas.

Claudia se giró a tiempo de ver cómo Asia negaba con la cabeza a sus espaldas. Al final se levantó de la cama y fue hasta la de Alba. De debajo de la almohada sacó su pijama largo de invierno.

—Tienes suerte de que tenga que hacer pis —dijo Claudia, entrando en el baño con el pijama de Alba en la mano y cerrando la puerta tras ella.

Asia volvió a tumbarse en la cama. En ese techo no había estrellas con las que entretenerse, pero le gustaba esa habitación. Últimamente pasaba mucho tiempo ahí. Era acogedora, con las colchas de colores que cada chica se había traído de casa y las pequeñas lámparas puestas aquí y allá y las mullidas alfombras entre las camas y las paredes decoradas con fotos del pasado, de amigas del instituto, y alguna que otra actual.

Del baño llegaron unas risas antes de que la puerta se abriera y por ella saliera Claudia. Alba salió detrás, ya vestida. Y quizás fue por la visita tan reciente de Blas, pero Asia recordó que llevaba un tiempo queriendo preguntarle algo:

—Oye, Alba: ¿tú sabes por qué prohibieron las novatadas?

Alba le dio un último empujón juguetón a Claudia antes de volverse hacia Asia y responder.

—No. Es decir, he oído como quince versiones distintas. Sólo sé que las prohibieron hace años.

—¿Has oído la del incendio de gatos?

—¿Qué diantres es un incendio de gatos?

Asia sonrió, recordando que él había pensado eso mismo en su día.

—Gatos ardiendo. Cosas de Blas. ¿Conoces a Blas?

—Sí, claro: el novio de Claudia.

Claudia miró con odio a Alba, aunque la media sonrisa que asomaba a sus labios suavizaba un poco la expresión.

—No creas una palabra de lo que te diga Blas —dijo Alba, dirigiéndose de nuevo a Asia, más seria—. Al parecer anda metido en asuntos turbios.

—¿Qué asuntos?

Alba se encogió de hombros.

—Drogas. Aunque ahora no estoy segura de si es que las toma o que trapichea con ellas… También dicen que le pegó una paliza a su primer compañero de habitación y lo mandó al hospital.

—Sí, ya —dijo Claudia, resoplando por la nariz—. Ese no es capaz de mandar al hospital a nadie ni usando un martillo. ¿Tú has visto los brazos que tiene?

—Ya, pero es lo que se dice. Por eso la gente no se acerca a él: porque es peligroso.

—Yo creo que "peligroso" está muy abajo en la lista de motivos por los que la gente no se acerca a Blas —dijo Claudia.

Las chicas empezaron a enumerar alternativamente todas las cosas que hacían que la gente no se acercara a él. Se reían cada vez más a medida que los motivos se volvían más y más crueles.

Asia las veía tan felices que por un momento se sintió feliz también. Pero era una felicidad refleja. No era suya. Era un invitado a la felicidad de Claudia y Alba. En cuanto se dio cuenta de eso, sintió que era un incordio ahí. Una vez más, sintió que sobraba.

Se levantó y se calzó, murmuró una despedida entre dientes y salió antes de que las chicas tuvieran tiempo a convencerlo de que se quedara. Echó a caminar hacia su habitación. Le apetecía meterse en cama y dormir. Necesitaba descansar de él mismo por unas horas.

Había sacado ya la tarjeta para entrar cuando oyó la voz de Fran y la risa de Carla del otro lado de la puerta.

Si sobraba en la habitación de Claudia y Alba, ni se imaginaba lo mucho que molestaría si entraba ahora ahí. Sabía que Fran se quedaría callado y Carla dejaría de reír. Porque lo que les alegraba ahora era esa intimidad que se habían encontrado con la ausencia de Asia.

Dio media vuelta y se encontró con que no tenía a dónde ir. Bueno, no: tenía un lugar al que acudir. Sólo uno, por triste que fuera. Aunque más triste sería si no tuviera una excusa para visitar a Blas. Por suerte, la tenía.

Una vez más, Blas

Blas recibió a Asia en pantalones cortos y camiseta interior blanca. Llevaba puesto el sombrero. Se sorprendió al verlo.

—No me digas que ya has averiguado algo...

—No. Nada del microondas. No he venido aquí por eso.

—¿A qué has venido?

—¿Me vas a dejar pasar?

Blas se hizo a un lado para que Asia entrara. Hacía calor en el ático. Sonaba jazz de fondo.

—Querrás un café, claro.

Asia no lo negó. Mientras Blas lo preparaba, se sentó en el mismo sillón que la vez anterior.

—¿A qué has venido? —repitió Blas, dejándole la taza de café sobre la mesa de centro y sentándose frente a él.

Asia se tomó unos segundos para encontrar la forma más delicada de sacar el tema.

—¿Conoces a Alba, la compañera de habitación de Claudia?

—¿De mi Claudia?

—Sí. ¿Recuerdas que fue ella la que le habló a Claudia de la prohibición de las novatadas? Pues acabo de estar con ella y le he preguntado por el incendio de gatos. Me dijo que había oído un montón de historias distintas sobre por qué las habían prohibido, pero que nunca había oído nada de unos gatos ardiendo.

—Ya. ¿Y te extraña, después de que te explicara el otro día que los Docampo se esforzaron para ocultar todo lo sucedido? ¿Quién crees que ha extendido todos esos rumores, todas esas versiones distintas, para que nadie sepa realmente qué sucedió de verdad?

—¿Cómo sabes que el incendio de gatos no es otra de esas historias absurdas?

—Tengo pruebas —dijo Blas, quitándose el sombrero y dejándolo sobre su regazo.

—¿Ah, sí? ¿Qué pruebas? ¿Recortes de prensa? ¿Informes de los bomberos?

Blas resopló y meneó la cabeza.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que los Docampo lo ocultaron todo? —dijo, elevando la voz—. Nada ha salido a la luz. Ni siquiera los cuerpos calcinados de los que murieron en el incendio. Yo sé dónde están encerrados.

La sorpresa había dado paso de nuevo al escepticismo.

—¿Y dónde se supone que están enterrados esos cuerpos?

—Enterrados no: *encerrados*. No llegaron a sacarlos de los subterráneos del Bloque 7. Lo único que hicieron fue cerrar las puertas alegando que era peligroso entrar, que en cualquier momento el techo del sótano podía venirse abajo. Una patraña, sin duda. Si no, no habrían montado ahí las pistas deportivas un año después. Hoy en día la entrada aún se conserva. Las puertas siguen cerradas.

—¿Qué entrada?

—¿Sabes las escaleras que hay detrás de la canasta del lado de las gradas? Las que parecen una boca de metro. Al final de esas escaleras hay unas puertas dobles de metal. Esa es la entrada al sótano del Bloque 7.

Asia conocía esas escaleras. Hasta había bajado una vez por ellas a buscar un balón tras una entrada a canasta que Fran le había taponado, tiempo atrás, cuando todavía bajaban a jugar juntos.

—¿Y tú has entrado ahí?

—No. Nadie ha entrado ahí. ¿Tú me escuchas cuando te hablo? ¿No te he dicho que llevan cerradas desde el incendio?

—Pero todas las puertas cerradas se pueden abrir.

—Las que siguen funcionando como puertas, sí. Pero esas ya no pretenden dar paso a ningún lado. Están cerradas para que no se vuelvan a abrir jamás.

—Para eso que las hubieran tapiado, ¿no?

Blas resopló por la nariz y meneó con la cabeza.

—Claro, porque unas puertas tapiadas al final de unas escaleras apenas llamarían la atención, ¿no? La gente se empezaría a hacer preguntas. Dejándolas así, la mayoría piensa que tras ellas hay un almacén de material deportivo o unos vestuarios en desuso. No les dan importancia. Y cada año que pasa el incendio de gatos cae más en el olvido.

—¿Por qué no intentas abrirlas?

—Porque. No. Se. Puede —dijo Blas, apenas conteniendo la rabia, golpeando con cuidado la mesa de cristal—. Y aunque se pudiera no lo haría. Yo sé lo que hay. No necesito verlo con mis propios ojos para saber que es verdad. No tengo ningún interés en ver un montón de cuerpos quemados. Y, sobre todo, no quiero ser la persona que descubra el pastel. Juan Docampo no estaría nada contento conmigo, no señor.

Asia no quiso insistir más sobre el tema. En realidad, había otras cosas de las que quería hablar.

—Alba también me dijo algo sobre ti. Rumores que había oído.

—¿Como que maté a mi primer compañero de habitación de un puñetazo? —preguntó Blas con desinterés.

—No. Que lo mandaste al hospital.

Blas sonrió. Empezó a juguetear con el sombrero entre las manos.

—Caliente, caliente —dijo—. En la Residencia, las historias mutan a la velocidad del rayo. Cada vez que se cuentan, se separan más de la realidad.

»Marcos, mi compañero de habitación en mi primer año en la Residencia, el que me contó lo del incendio de gatos, acabó en el hospital, sí. Pero yo no tuve nada que ver. ¿Quieres saber la verdad? Te contaré la verdad. De primera mano...

Marcos salía más que la luna y bebía como un camión. Como la gasolina que consume un camión, yo qué sé, no empieces, Asia... Todos los jueves sus amigos tenían que traerlo a rastras. Lo metían en cama y me decían que me asegurara que no se ahogara con su propio vómito.

Esa es la máxima preocupación de todos en las primeras borracheras: ahogarse en su propio vómito. Una muerte horrible. Aunque peor sería ahogarse en vómito ajeno, ¿no?, como le pasó a aquel batería... Pero como la probabilidad de que suceda eso es tan baja, a la gente no le preocupa tanto.

El caso es que durante unos minutos yo vigilaba que Marcos durmiera de lado. Incluso me levantaba de la cama y lo tumbaba de costado si se había girado. Y al final, cuando me dormía, tenía pesadillas en las que era yo quien se ahogaba. Al despertar, miraba la cama de Marcos y ahí estaba, boca arriba o boca abajo o en posición fetal, durmiendo plácidamente, roncando con fuerza, vivo.

Pero a lo que iba. Una noche Marcos entró por su propio pie. Trastabillando y tras cinco minutos intentado encajar la llave en la cerradura, pero sin ayuda de nadie. El espectáculo me despertó, claro.

Me saludó con un balbuceo y cruzó la habitación dando tumbos, golpeándose contra todo hasta que tropezó y cayó sobre su cama. Así, tumbado, se quitó el abrigo y se descalzó. Por un momento pensé que ya no se iba a levantar, que se iba a quedar dormido así como estaba, con los pies en el suelo y boca arriba, destapado.

Pero no. Se incorporó con dificultad y se arrastró hasta la cocina. Abrió la nevera y hundió la cabeza dentro. Cuando se irguió, comía a mordiscos un paquete de queso sin molestarse en separar las lonchas. Luego, empezó a beber leche a morro, sin importarle que la mitad le cayera por encima y acabara formando un charco en el suelo.

Después de beber y comer, se dio cuenta de que yo llevaba un tiempo mirándolo desde mi cama. La tomó conmigo. Me dijo:

—¿Te crees mejor que yo? Ya ves. Sólo porque tú comes el queso con cuchillo y tenedor. Bah —y tiró el cartón de leche vacío al fregadero.

Entonces empezó a aplaudir. No como un loco. Aplaudía despacio, con los brazos por encima de la cabeza, como un saltador de longitud antes de comenzar a correr. Acompañaba cada aplauso con un “eh”

aspirado que pretendía imitar a toda una multitud alentándolo.

Dejó de aplaudir. Se inclinó hacia atrás. Echó a correr.

Fue una carrera corta, como no podía ser de otro modo en una habitación de apenas seis metros de largo. Pasó como una exhalación por delante de mi cama. Justo antes de llegar a la puerta, frenó en seco.

O habría frenado en seco si no llevara los calcetines empapados en leche.

En un primer momento resbaló sin perder velocidad. Luego, se le trabaron los pies en una zona seca. El frenazo inesperado lo desequilibró y lo lanzó hacia delante. Su cabeza fue lo primero que chocó contra la puerta.

El golpe sonó a nueces abiertas a martillazos. El ruido fue tan fuerte que me hizo saltar de la cama. Le siguió uno de los silencios más intensos que recuerdo en mi vida. Un silencio en el que parece que no pasaba el tiempo. La puerta estaba rota, doblada por la mitad como si hubiera recibido un golpe en el estómago. Marcos estaba en el suelo, tumbado de lado, dándome la espalda. Parecía que por fin hubiera aprendido a dormir sin riesgo a ahogarse en su propio vómito.

El tiempo volvió a correr. Un charco de sangre empezó a formarse bajo su cabeza.

Yo, que ya estaba asustado, al ver la sangre me asusté todavía más. Y casi me da un infarto al ver aparecer la cabeza de un guardia de seguridad por la puerta rota: Ramón. Parecía furioso. Furioso y confundido.

Entonces se fijó en mi palidez y siguió la dirección de mi mirada. Tiró abajo lo que quedaba de puerta de una patada y se lanzó de rodillas al suelo, junto al cuerpo inerte de Marcos.

—Todavía está vivo —dijo.

Me tranquilicé todo lo que se puede tranquilizar uno cuando oye el matiz "todavía". Ramón conservó la calma mientras llamaba a emergencias. Al colgar, me hizo sentarme en la cama. Me preguntó qué había pasado.

Se lo expliqué lo mejor que pude. Me costaba enlazar dos frases seguidas con el cuerpo de Marcos ahí tirado. Al acabar, Ramón se quedó en silencio unos minutos, escrutándome con la mirada como si estuviera evaluando si le había dicho toda la verdad.

Me hizo salir de la habitación mientras los sanitarios estabilizaban a Marcos en la camilla. Luego, bajamos con ellos.

Ramón me hizo subir a la ambulancia para acompañar a Marcos al hospital. Luego, estuvo un rato hablando con los sanitarios. Al final volvió junto a mí. Me entregó algo de dinero y una tarjeta.

—Para que vuelvas en taxi a la Residencia —me dijo—. Y cuando llegues, llámame a este número. Nada más llegar —insistió—. Antes

de que hables con nadie.

Cerró la puerta y golpeó el lateral de la ambulancia, que arrancó hacia el hospital haciendo relinchar las ruedas. Bueno, como se diga.

Al llegar se llevaron a Marcos a través de unas puertas abatibles. Yo me quedé en la sala de espera. Ya empezaba a dormirme cuando me avisaron de que habían subido a Marcos a planta.

Había una cama vacía en la habitación. Marcos ocupaba la otra, inconsciente, con un vendaje en la cabeza, conectado a una máquina y a una bolsa de suero. El doctor me dijo que estaba fuera de peligro, pero que no sabían cuándo iba a despertar.

Cuando se fue, ocupé la cama libre. No creía que nadie me dijera nada por descansar un poco hasta que los padres de Marcos llegaran, si es que alguien los había llamado. Me dormí con esa duda y me desperté con la respuesta unas horas más tarde, al amanecer.

Era la segunda vez que veía a los padres de Marcos. Los encontré más viejos que a la vuelta de las navidades. Quizás fueran las ojeras de haberse despertado en mitad de la noche por una llamada de teléfono. Por desgracia, nadie te llama de urgencia a las cuatro de la mañana para anunciar nada bueno.

El doctor se había quedado unos pasos por detrás de ellos, cerca de la puerta, dándoles así algo de intimidad con su hijo gravemente herido.

—Pobrecito —dijo la madre—. Parece que está dormido —y lo tapó con la sábana.

—Porque está dormido, señora —dijo el médico, acercándose rápidamente a la cama y destapando a Marcos—. No está muerto: está en coma.

—Nuestro hijo es un ángel —dijo el padre—. Dígame, doctor: ¿por qué siempre le ocurren cosas malas a la gente buena?

El doctor se encogió de hombros y volvió a retirarse a una esquina de la habitación. Su trabajo no era emitir juicios de valor. Sí lo era contestar todas las preguntas que tuvieran los padres sobre el accidente de su hijo. Por eso, cuando el padre de Marcos reparó en mí y me preguntó qué había pasado, fue el doctor quien dijo:

—Su hijo ha perdido pie en unas escaleras y se ha golpeado la cabeza contra el suelo.

Nadie vio mi cara de confusión al oír esas palabras. Sí, parecida a la tuya ahora mismo.

El padre preguntó dónde había ocurrido. El doctor le dijo que en la Residencia, al volver de fiesta.

—¿Fiesta? —preguntó la madre—. ¿Un jueves?

—Su hijo es universitario, ¿verdad?

—Lo era —dijo la madre con una lágrima recorriéndole la mejilla, volviendo a tapar a su hijo con la sábana. Te lo juro. Que caiga un

rayo ahora mismo si miento. Sobre mí no, en algún sitio, digo. El caso...

El doctor chasqueó la lengua y volvió a destaparlo mientras decía:

—Por la ropa que llevaba y el contenido de alcohol en sangre, todo apunta que su hijo volvía de fiesta, sí.

Entonces me miró a mí. Los padres de Marcos también se volvieron. Yo asentí, confirmando que en efecto su hijo el angelito salía de fiesta los jueves, como casi todo el mundo.

El doctor pasó a hablar del estado de salud de Marcos, poniendo énfasis en que, como se ve en estas montañitas de la pantalla, señora, su hijo sigue con vida, no lo vaya a enterrar cuando yo tenga que salir a ocuparme de otros pacientes. Yo aproveché el momento para irme y evitar así preguntas incómodas. Pedí un taxi y volví a la Residencia.

Llegué poco antes de las ocho. Cuando entré en la habitación me caía de sueño. Literalmente. Me tiré boca abajo en la cama y me dormí al instante. No sé si habían pasado pocos segundos o unos cuantos minutos cuando la voz de Ramón me despertó.

—Se suponía que tenías que llamarme en cuanto llegaras —dijo.

Estaba de pie, apoyado contra el lateral de la estantería. No sabía si había entrado mientras yo dormía o si ya estaba allí cuando entré y no me había fijado en él.

—Iba a hacerlo —dije.

—Pero no lo has hecho. Y tampoco me has dado las gracias.

—¿Gracias por qué?

Ramón señaló hacia la puerta. Todavía medio adormilado, miré hacia allí. La puerta estaba intacta, en su sitio, y el suelo donde Marcos había yacido sobre un charco de sangre estaba perfectamente limpio, como si allí nada hubiera ocurrido hacía unas pocas horas.

Le conté lo que había dicho el doctor, que Marcos se había caído por unas escaleras.

—¿Por qué? —le pregunté.

Ramón se sentó en la cama de Marcos.

—Porque se ha caído por las escaleras —dijo—. A solas. Borracho.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—¿*Por qué* qué? ¿Por qué mentir? Porque es una mentira que no afecta para nada a Marcos —dijo—. Poco importa para su salud con qué se haya golpeado la cabeza. Sin embargo, te beneficia enormemente a ti.

Yo no entendía cómo. Ramón se quedó unos segundos en silencio. Al final dijo:

—Supongamos que, en el mejor de los casos, no hayas tenido nada que ver con su accidente.

Protesté. Él me cortó.

—Tch. A mí no tienes que explicarme nada. Yo te creo. Pero quizás

haya a quien no le valga simplemente con tu palabra. Puede que la policía quiera saber qué pasó exactamente.

—Les diría la verdad —dije yo.

—Y ellos también te creerían. Sólo hay que veros a ti y a Marcos. Pero en el mejor de los casos atraerías una atención no deseada a la Residencia. Al Director no le iba a gustar.

»A él no le importa que tú no tuvieras nada que ver con el accidente. La gente hablaría, y para él eso sería suficiente: un sospechoso de una agresión así no es bienvenido en esta residencia.

Yo, en el fondo, lo entendía. Tras el incendio de gatos, me imagino que no le gustaría que la Residencia atrajera la atención de los focos por un tema así. Ramón siguió diciéndome que expulsarme sería una advertencia para el resto de compañeros, que no sería personal, pero que sería yo quien acabaría en la calle, que era lo que importaba.

—De ahí que hayamos decidido ahorrarte ese mal trago, chico —dijo.

Quienes lo habían decidido eran él y Eulogio, el de mantenimiento, que se había encargado de cambiar la puerta en mitad de la noche.

—¿Por qué me habéis ayudado? —pregunté. Él dijo:

—En primer lugar, porque podíamos.

En esa época, el Director estaba haciendo obras en los áticos del Bloque 3 para mudarse ahí. Y mientras tanto, pasaba las noches en la ciudad. No se enteró de lo que pasó hasta la mañana siguiente, y eso les dio margen de maniobra. Me siguió explicando:

—En segundo lugar, porque queríamos. Hemos visto a muchos chicos expulsados por nimiedades. Sienta bien salvar una vida de vez en cuando. Y por último: nunca está de más que alguien te deba un favor.

Si me preguntas a mí, esa era la única razón de verdad.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

Si de Ramón dependiera, nada. Eso me dijo. Pero a Eulogio no le vendría mal algo de ayuda en el Almacén. Con eso de las obras tenía más ajetreo que de costumbre. Antes de irse, Ramón me dio instrucciones para que fuera allí el lunes siguiente. El Director nunca llegó a enterarse de lo que pasó.

En la habitación de Blas, Asia sostenía su taza de café vacía, pensativo.

—¿Qué es de Marcos? —preguntó.

Blas se levantó de su sillón, se caló el sombrero y empezó a pasear.

—No lo sé —admitió tras unos segundos en silencio—. Lo fui a visitar una vez, a finales de ese curso. Seguía en coma y los doctores seguían sin saber si se despertaría algún día. No volví por el hospital.

—¿Qué tuviste que hacer para Eulogio?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas —repitió.

—¿Y sigues teniendo que hacer *cosas* para él?

—No, ya no. Sólo lo ayudé durante los últimos meses de ese curso.

—¿Y por qué los ayudas ahora con lo del microondas? Ya no les debes nada, ¿no?

Blas se quedó callado, mirando a Asia.

—Es tarde —dijo al final, forzando un bostezo.

Asia se echó a reír, incrédulo.

—¿No vas a responderme?

—No, no pienso responderte —dijo, olvidándose de pronto del sueño que le había entrado—. ¿Para qué, si dudas de cada palabra que digo? ¿Si no me escuchas? ¿Crees que me lo invento todo? Ay, las ocurrencias de Blas, ¿verdad? No tienes ni puta idea de cómo funcionan las cosas aquí. Te lo tomas todo a broma, pero veremos quién ríe el último cuando lleguen las navidades y el microondas siga sin aparecer porque el señorito no se tomó en serio mis advertencias, como no se toma en serio mis historias. Veremos si ríes tanto cuando Eulogio y Ramón la tomen contigo. ¿Crees que vas a tener tanta suerte como tuve yo? ¿Que porque yo haya acabado aquí, tú acabarás igual? —preguntó, abriendo los brazos, señalándolo todo—. ¡Ja! Da las gracias si no acabas expulsado.

—Un momento...

—O peor, en una cuneta, con las piernas...

—¿Tienes está habitación gracias a ellos?

—…rotas. ¿Qué? Yo no he dicho eso.

Blas pareció perder toda su rabia de golpe. Frunció el ceño y se quitó el sombrero. Empezó a juguetear con él entre las manos, nervioso.

—Mira, no cambies de tema. Si por tu culpa me quedo en la Residencia durante las navidades, me aseguraré de que tú no vuelvas a pisarla. Así que más te vale que me hayas dicho la verdad y el microondas aparezca. Es mi último consejo, porque esta es la última vez que hablamos. Pase lo que pase, no quiero que vuelvas por aquí.

Asia no daba crédito. ¿Ni Blas quería verlo delante? ¿Blas? ¿Quién se creía que era?

Contuvo las ganas de lanzar la taza de café contra el suelo. Al final la dejó de cualquier manera sobre la mesa de centro. El resultado fue mucho peor. El cristal de la mesa estalló en mil pedazos. Blas se quedó mirando la mesa con los ojos muy abiertos. Asia se fue antes de que pudiera decirle nada. Salió dando un portazo.

Una persona menos a la que poder visitar cuando Fran y Carla ocuparan la habitación. Menos mal que siempre le quedaría Claudia.

Pasó mucho tiempo con ella los siguientes días, especialmente en

la nueva sala de estudio, a la que se tuvieron que mudar para huir de esa gente tan repelente que tanto valoraba el silencio.

Asia no tenía ni idea de lo importante que iba a ser ese pequeño cambio en su vida.

10

El fin del mundo

A Asia se le había acumulado el trabajo la semana antes de las vacaciones. A la última entrega de Dibujo se le unieron las prácticas de Topografía, dos boletines de Álgebra y un trabajo de Física en grupo.

—Fran me ha dicho que te recuerde que sólo falta tu parte por subir —le susurró Claudia, sentándose a la mesa de Asia en la nueva sala de estudio—. Que mañana es el último día y que si no vas a hacer las gráficas que se lo digas ahora para que al menos le dé tiempo a hacerlas a él, que tampoco va a la cena de clase.

Asia dejó a medias la matriz que estaba resolviendo y levantó la cabeza de la hoja para mirar a Claudia, frente a él. Iba arreglada, con los rizos rubios recogidos y los labios pintados.

—¿No puede decírmelo él mismo?

Claudia apretó los puños y se contuvo de golpear la mesa.

—Eso mismo le pregunté yo —dijo entre dientes—. ¿Y sabes qué me dijo? Que lo haría, pero que últimamente no hay forma de coincidir contigo. Que cuando él se despierta tú estás durmiendo, y cuando él se acuesta tú todavía no has vuelto a la habitación. Y que te lo habría dicho en clase, pero como durante la última semana no has ido…

—Porque estaba haciendo estas cosas —dijo Asia, levantando el boletín de Álgebra—. Incluyendo las gráficas de Física, por cierto. Así que puedes decirle a Fran que no se preocupe, que mañana estarán acabadas y que ya me encargo yo de entregar el trabajo.

Claudia se quedó un rato mirando a Asia.

—Le diré lo del trabajo, pero que sepas que deberías hablar con él.

—Hablaré con él cuando él quiera hablar conmigo —dijo Asia, cogiendo de nuevo el boli para volver a centrarse en la matriz.

No levantó la mirada del papel hasta que oyó cómo Claudia salía por la puerta.

Asia chasqueó la lengua y tiró el boli sobre la mesa, derribando dos vasos de café vacíos. Quedaba poca gente en la sala de estudio a la que pudiera molestarle el ruido. La mayoría se habían ido hacía un rato para prepararse para salir, como Claudia. Esa noche era el fin de año universitario y Coruña se llenaba de cenas de clase. Las cuatro personas que había levantaron la cabeza y miraron a Asia.

Uno era chico un año mayor que él, de su misma carrera. Cada vez que iba a por un café, el chico se levantaba de su silla e iba hasta la mesa de Asia. Cuando volvía, se lo encontraba cotilleando sus apuntes.

—Ah, Álgebra —decía—. Si tienes alguna duda, no tengas miedo a preguntarme. La aprobé por parciales. Es bastante sencilla, en realidad. Si la entiendes como yo la entiendo, claro. Es casi como una intuición, ¿sabes? Supongo que tengo un don para las matemáticas.

Y se encogía de hombros y se quedaba sonriendo durante un minuto entero, esperando a que Asia lo felicitara o algo. Pero Asia nunca decía nada. Ni las veces que le ofrecía su ayuda ni cuando le señalaba algún error en sus cálculos.

—Tienes ese determinante de ahí mal. Por eso no te dan los autovalores —le había dicho esa misma tarde.

Asia miró la hoja y luego al chico.

—El determinante está bien.

La sonrisa del chico se tambaleó durante unos segundos ante la confianza de la respuesta de Asia. Luego soltó una risa forzada .

—Era para ver si te pillaba —dijo—. Por supuesto que está bien. Buen trabajo.

Asia odiaba a ese chico y a todos los chicos como ese: tan imbéciles como para creer que la inteligencia se podía fingir. Ahora le sonreía desde el otro lado de la sala, como si le estuviera perdonando la vida por haber tirado los vasos de café.

En la mesa de al lado, un novato lo miró durante unos segundos antes de volver a centrarse en sus asuntos. Se llamaba Roberto o Alberto o algo parecido. Era compañero de clase de Carla.

En la tercera mesa había una chica de segundo año. Era amiga del imbécil. Hacían los descansos juntos y alguna vez hasta lo había acompañado hasta la mesa de Asia a cotillear. Sólo que ella no le ofrecía correcciones. No. Esa chica de segundo estudiaba ADE, y lo único que parecía importarle de los apuntes de Asia era su grosor.

—¿Esto es todo lo que tienes que estudiar? —decía, antes de ir hasta su mesa y volver cargada con dos tomos de Historia de la Administración y Dirección de Empresas, o lo que fuera, que dejaba caer ruidosamente sobre la de Asia, haciendo que todas las hojas salieran volando.

Esa noche estaba especialmente concentrada. Apenas miró a Asia durante un segundo antes de volver a centrarse en sus asuntos, subrayando con un rotulador verde páginas enteras.

Esas eran tres de las cuatro personas que aún acompañaban a Asia en la sala de estudio mientras el resto de la Residencia bajaba a Coruña de fiesta por última vez ese año.

Y luego estaba ella.

Llevaba suelto el pelo castaño ondulado. Bajo las luces blancas de la sala de estudio brillaba como si estuviera repleto de luciérnagas. Era pelo de princesa.

Asia no sabía qué pensar de esa chica. La primera vez que la vio, el

mismo día que Carla llegó a la Residencia, le había parecido fría y prepotente, pasando a su lado sin dignarse a saludar. Y esa impresión no cambió cuando la vio aparecer por la sala de estudio cargada únicamente con una novela. La chica se sentó en una de las mesas junto a la puerta, de espaldas a ella, de cara a Asia, y se puso a leer sin más: sin tomar notas ni subrayar nada. Mientras los demás estudiaban, ella leía por placer.

Tenía que saber que el resto de la gente la odiaba. Y aun así, no parecía importarle lo más mínimo. Eso era algo que fascinaba a Asia.

Muchas veces levantaba la vista de los apuntes y su mirada vagaba por toda la sala para acabar irremediablemente en esa chica que no hacía otra cosa que leer, hasta que la chica levantaba la cabeza y lo miraba a él. Asia desviaba entonces la mirada hacia el techo y ponía cara de concentración, como si intentara recordar cuánto valía el coseno de treinta —raíz de tres partido por dos—, y acababa agachando la cabeza, avergonzado.

Esa noche ocurrió algo parecido. Asia llevaba un par de minutos con la mirada fija en la chica, distraído, cuando ella lo miró a él. Esta vez no pudo siquiera disimular. Se sonrojó y miró sin ver la matriz que había escrito en la hoja. Del otro lado de la sala le llegó la risa de la chica. Era la risa dulce de quien ve a un animalillo hacer algo divertido. Asia se sonrojó todavía más. Volvió a concentrarse en el boletín.

Un par de horas después volvió a dejar caer el boli de nuevo, esta vez por puro agotamiento. Necesitaba dormir, pero eso era algo que no se podía permitir si quería acabar a tiempo todo lo que tenía que entregar al día siguiente. Pasaría la noche en vela si hiciera falta. Y quizás a la mañana siguiente podría dormir un poco después de encargarse del microondas.

No debería haberlo dejado para última hora: ni lo del microondas ni el trabajo de Física ni los boletines de Álgebra ni el resto de cosas que ahora se apresuraba a hacer. Debería haber seguido el ejemplo de Fran, sí.

Asia apretó los labios al pensar en él. Quizás debería subir a la habitación ahora que Fran todavía estaba despierto y decirle que olvidara lo que Claudia le hubiera dicho, que en realidad no le iba a dar tiempo a acabar las gráficas del trabajo de Física, que las hiciera él, ya que se había ofrecido. Fran lo odiaría por eso, por supuesto. Le dedicaría una mirada de profunda decepción y le daría una charla sobre asumir responsabilidades, pero a Asia le daba igual todo ya.

Sí, eso iba a hacer. Pero antes se pasaría por las máquinas expendedoras a por un nuevo café.

Se levantó y salió de la sala de estudios. A su espalda notó que los dos veteranos se levantaban para ir a curiosear una vez más a su mesa.

Que curiosearan: cada cual con sus vicios. El de Asia era la cafeína. Estaba cogiendo el vaso ardiendo de la máquina cuando oyó el ruido de la puerta a sus espaldas.

—¿Cómo consigues dormir con todo el café que tomas?

Asia se incorporó y giró sobre sus talones. A un metro de él, con el libro bajo el brazo, la chica del pelo de princesa lo miraba, esperando una respuesta que tardaba en llegar.

—¿O es que no duermes?

—Sí duermo —dijo Asia—. Bueno, justo hoy no. Pero normalmente duermo, claro. Sólo que me acuesto tarde.

Asia no se había sentido más estúpido en toda su vida, delante de esa chica que lo miraba en silencio, invitándolo a que siguiera hablando para quedar todavía más en ridículo. Aceptó la invitación con tal de no tener que seguir escuchando ese silencio incómodo.

—Este café sería el equivalente a uno a media tarde para una persona normal —dijo, dando un sorbo.

Fue un error. El café estaba demasiado caliente. Se quemó la lengua y parte del paladar. Hizo una mueca de dolor y la chica se rió sin mucho disimulo.

—¿No eres normal? ¿Eres especial por acostarte tarde?

—¿Especial? No. Pero la mayoría de la gente tiene un horario distinto al mío. Así que, estadísticamente hablando, no soy normal.

Asia estuvo a punto de dar otro sorbo a su café hirviendo sólo para no seguir hablando. *Estadísticamente hablando*… Pfff.

—Vamos, que eres raro. ¿Tienes al menos nombre? ¿O en eso también eres distinto a los demás?

—Tengo, sí: Asia —se presentó.

La chica hizo una leve mueca. Asia preguntó:

—¿Qué?

—Nada. Es sólo que es un nombre raro. Estadísticamente hablando, digo. ¿Qué clase de padres ponen a su hijo el nombre de un continente?

—Hay una luna que se llama Europa.

Asia cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera devolver las palabras a su boca.

—Y hay una canción que se llama África —dijo la chica, riéndose sin duda de su estupidez.

—Lo que quería decir… —intentó justificarse Asia.

Pero la chica no lo escuchaba. Había empezado a tararear una melodía que a Asia le resultaba vagamente familiar.

—Es África —le aclaró la chica antes de dejar de tararear para ponerse a cantar en voz muy baja—: *It's gonna take a lot to drag me away from you / There's nothing that a hundred men or more could ever do / I bless the rains down in Africa / I bless the rains down in Africa…*

Asia la miraba boquiabierto. Jamás había escuchado a alguien cantar así en persona, tan cerca. Sentía cada nota como un empujón, como si la onda sonora se debiera a una explosión en vez de a una voz apenas susurrada. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se atrevió a mirar a la chica a los ojos durante un segundo. Le parecieron del gris que tiene el mar los días de tormenta.

—Por cierto, sé quién eres —dijo la chica de pronto.

—Ya, porque te lo acabo de decir.

—Mmh-mm —negó ella—. Ya te conocía de antes, de oídas.

—¿Ah, sí?

—Mm-mmh —asintió—. Aunque esperaba que la primera vez que nos viéramos fuera en mi habitación y que las presentaciones las hiciera Carla.

Asia se sintió como cuando en una película dedican cinco minutos a repasar todos los detalles que anticipaban el giro final. Sólo que él no vio imágenes pasar al ritmo de una música creciente. Todo sucedió en lo que dura un chasquido, y de pronto sentía que todo tenía sentido.

—No fue porque te extrañara mi nombre. La mueca —aclaró Asia —. Fue porque por fin me conocías.

—Mm-mmh. No soy yo la más indicada para juzgar nombres poco comunes...

—No, ya —dijo Asia—: ¿Qué clase de padres ponen a su hija el nombre de una constelación?

Por primera vez desde que estaban en el pasillo, la sonrisa de la chica vaciló y su voz se tornó seria. Tardó en decir:

—La mayoría de la gente tira por el instrumento.

Hubo unos segundos de silencio en los que Asia aprovechó para beber un poco más de café. Ya no quemaba tanto.

—Pero supongo que tú no eres como la mayoría, ¿no? —añadió Lira.

Asia negó con la cabeza, porque era lo único que se sintió capaz de hacer. Había algo en los ojos oscuros de Lira que hacía que se quedara sin habla por momentos. A ella los de Asia no parecían producirle el mismo efecto.

—Bueno, me alegro de haberte conocido por fin —dijo Lira—. Feliz Navidad. Y por si no nos volvemos a ver, que tengas una feliz vida.

Asia se quedó allí de pie, callado, asintiendo esta vez. Cuando Lira ya se alejaba por el pasillo, preguntó:

—¿Por qué no íbamos a volver a vernos después de las vacaciones?

Lira se detuvo y se giró. Pareció pensarse durante unos segundos si hablar o no. Al final lo hizo:

—Quizás no vuelva a la Residencia después de las navidades. O

quizás vuelva y por algún motivo tú no estés. Quizás volvamos los dos, pero no volvamos a coincidir en ningún sitio. O quizás el mundo se acabe el 31 de diciembre. Cosas más raras han pasado.

Asia dudaba que cosas más raras que el repentino fin del mundo hubieran pasado alguna vez. Hasta el meteorito que acabó con los dinosaurios se había tomado su tiempo, oscureciendo la atmósfera terrestre con toda la roca pulverizada que había levantado con su impacto y provocando cambios globales a lo largo de miles de años. Se lo habría dicho a Lira si ella aún siguiera allí, en el pasillo, a unos metros de él, en vez de subiendo las escaleras hacia su habitación en el Bloque 1.

Una vez se quedó solo, Asia tardó un par de minutos en recordar qué tenía que hacer. Bebió un nuevo sorbo de café, ya templado, y su mente empezó a bullir de nuevo. Había parado en la máquina expendedora de camino a su habitación, eso era. Echó a andar y subió las escaleras de su Bloque, pese a no recordar por qué quería ir a su habitación exactamente. Seguro que se acordaría en cuanto llegara allí.

Enfiló el pasillo de la planta baja. Cada paso le costaba más, como si la energía se le fuera agotando poco a poco. Pero se encontraba despierto. Muy despierto. Si ahora se detenía no era porque no le quedaran fuerzas para seguir, no. Se detuvo porque lo que lo había impulsado a ir a su habitación se había extinguido ya. No había rastro de esa rabia que había sentido en la sala de estudio. Una rabia que le pedía enfrentarse a Fran.

¿Qué ganaba con eso? ¿Qué ganaba peleándose con su mejor amigo por un trabajo que prácticamente tenía acabado?

Sabes que el trabajo es sólo una excusa, mi dulce Asia, dijo la voz. Sonó nítida en su cabeza. Sonó sabia.

Y por supuesto que Asia lo sabía. Pero quizás el mundo se acabase en unos días, así que no merecía la pena pelearse con Fran de momento. Ya vería lo que haría a la vuelta de las vacaciones.

Así que dio media vuelta y se preparó para regresar a la sala de estudio. Pero en el silencio de ese pasillo vacío oyó una puerta que se abría a sus espaldas. Oyó un beso de despedida y cómo la puerta se cerraba de nuevo. Sintió unos pasos que se detenían nada más empezar a andar. Y aunque ya suponía qué iba a encontrarse al darse la vuelta, se giró. Porque por mucho que no le apeteciera tener que hablar con Carla, era algo que tenía que hacer en algún momento antes de marcharse a casa al día siguiente.

Carla sonrió al verlo. Una sonrisa tímida, sin dejar asomar los dientes blancos entre unos labios enrojecidos. Se acercó a pasos lentos. Se detuvo a un metro de Asia.

—No has bajado a cenar hoy —dijo a modo de saludo.

Asia apretó los labios y meneó la cabeza.

—Últimamente casi nunca bajas —añadió.

—Porque estoy muy liado.

—¿Tan liado como para no cenar?

—Ceno algo en la habitación cuando vuelvo de la sala de estudio.

—Tampoco bajas a comer.

—Porque me levanto tarde.

—Ya. No estás yendo a clase. Sí, lo sé: estás muy liado —dijo antes de que Asia pudiera abrir la boca.

Carla se acercó a Asia. Su pelo cobrizo brillaba como un fuego que se apaga. Sus manos jugaban con los puños de un jersey de lana que le quedaba algo grande.

—Ya no recuerdo la última vez que viniste a visitarme.

Asia sí la recordaba.

Carla abriendo la puerta sin preguntar quien llamaba y dejándolo entrar sin decir nada, hablando por teléfono con su madre, sentándose en su cama, jugando a enroscar el cable con el dedo como tantas otras veces hacía con su pelo.

Se acordaba de los dibujos que había en la pizarra que él había ayudado a instalar días atrás, los de Carla de trazos limpios, los otros más bien infantiles.

Recordaba a Carla colgando y acercándose a saltitos, sonriendo, abrazándolo...

Se acordaba de ese día y de todos los días que había visitado a Carla, pero prefería olvidar. Prefería no volver a pensar en todos esos pequeños detalles que le hacían creer que entre ellos podía haber algo más que una simple amistad.

Esa colección inabarcable de momentos. Esas historias a dos voces. Esos paseos agarrados de la mano. La facilidad con la que la hacía reír hasta casi atragantarse. Esos instantes de silencio...

Asia no prefería olvidar: lo necesitaba.

Necesitaba no volver a preguntarse jamás qué significaba ese gesto o esa frase. Porque ahora sabía lo que siempre debía haber sabido: no significaban nada. *Estúpido Asia. ¿Qué iban a significar? Mira lo que te has hecho. Mírate. ¿No recuerdas esos días de verano? Se ve que no. Parece mentira que estés cometiendo otra vez los mismos errores.*

Adelante: olvida. Olvídate de Carla y de cualquier fantasía de un futuro con ella. Hazlo por ti. Y quizás algún día puedas hablar con ella y alegrarte sinceramente por lo feliz que es con Fran. Con el tiempo.

—¿Eh? ¿Hace cuánto que no me visitas?

—Iba a hacerlo.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

A Carla se le escapó una risita.

—¿No te despiertas a tiempo para bajar a comer pero ibas a visitarme por la mañana?

—Sí, porque ya no podría retrasarlo más. Pero ya que estás aquí… Mañana tenemos que devolver el microondas al Almacén.

Carla frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Por qué?

—Porque no es nuestro.

—No te importó que no fuera nuestro cuando nos lo llevamos.

A Asia le parecía que había pasado toda una vida desde aquella mañana de hacía dos meses, cuando después de encontrarse con Felipe Docampo fueron en busca de un gato hasta acabar en los subterráneos del Bloque 6. Allí se encontraron con dos puertas, una frente a la otra. En cada puerta había un cartel.

—Mira, aquí almacenan cosas —dijo Carla, señalando la puerta del Almacén con un gesto que a Asia le recordó al de las azafatas de un concurso de televisión—. Y aquí tallan cosas —dijo, señalando la puerta de enfrente.

La puerta del Taller estaba cerrada con llave. La del Almacén, no. Entraron. Cuando las lámparas fluorescentes terminaron de encenderse, se encontraron con una sala enorme repleta de muebles amontonados formando pasillos.

—Seguro que aquí hay algo interesante —dijo Carla, mirando a su alrededor.

—Si te interesan las sillas cojas, sí.

—Tiene que haber más cosas. Cosas que la gente pierde en su habitación o se olvida en los cajones. Yo ya he perdido tres calcetines en lo que va de mes.

—Pues a ver si encuentras unos cuantos aquí.

—No busco calcetines —dijo Carla, adentrándose en uno de los pasillos—. Pero quizás haya algún libro o dinero o una cafetera.

—¡Si no tomas café!

—Bueno, pero te la regalaría a ti, ya que por tu cumple no te pude regalar nada.

—No puedes regalarme algo que no es tuyo.

—Claro que puedo —dijo Carla, regresando por el pasillo de al lado—. Es más: si encuentro algo interesante te lo regalo a ti. Sea lo que sea: cafetera, dinero, libros o…

Los ojos de Carla se abrieron de golpe. Brillaron dorados. Sonrientes. Asia la siguió con la mirada cuando echó a caminar hacia una de las paredes. Allí, apoyados sobre una mesa, había una docena de microondas.

—¿Eh? —dijo Carla, sonriendo y dándole unos golpecitos a la carcasa de uno de ellos—. ¿Qué te decía? ¡Sabía que aquí tenía que haber algo que mereciera la pena!

—No podemos llevarnos un microondas.

—Anda que no —dio Carla, agarrando el microondas como si lo estuviera abrazando y levantándolo.

O intentándolo, más bien. Porque Carla dijo:

—Mmmpfff.

Y el microondas no se separó de la mesa.

—¿Me ayudas? —preguntó, poniendo cara de cachorrito.

—No.

—¿No quieres un microondas?

—Sí, pero… Estos microondas tienen pinta de ser nuevos.

—Pues mejor, ¿no? ¿Por qué querrías un microondas viejo, de los que funcionan con leña?

—Ya. Pero es que igual los tienen controlados. Se van a dar cuenta si nos llevamos uno.

—Asia, si no quisieran que nadie se los llevara habrían cerrado la puerta con llave, ¿no crees? Además, imagina todo lo que puedes hacer con un microondas.

—Calentar cosas.

—Bueno, sí. Y hacer palomitas. ¿No estaría genial poder hacer palomitas para ver una peli en tu habitación?

Y eso fue todo lo que hizo falta para que las dudas de Asia se disiparan. ¿Qué importaba que les fuera a llevar una eternidad trasladar ese microondas hasta su habitación, en el otro lado de la Residencia? ¿Qué importaba que corrieran el riesgo de que alguien los viera y acabaran con una falta grave o algo peor?

Nada. No importaba nada. Valía la pena correr esos riesgos si la recompensa era poder ver una película a solas con Carla, compartiendo cama y palomitas, tapados con una manta mientras afuera llovía.

—¿Por qué te importa ahora? —preguntó Carla, de pie ante Asia, en el pasillo, los brazos cruzados, el ceño fruncido.

Podría haberle contado la verdad. Podría haberle dicho que tenían que devolverlo porque lo estaban buscando. Por algún motivo no lo hizo.

—Porque ya no lo quiero —dijo en su lugar.

Y era cierto: ya no lo quería. ¿Por qué iba a quererlo, si las palomitas que con él hiciera no las iba a poder compartir con ella?

—Eso no es una razón para deshacerte del microondas.

—Mira, ¿vas a ayudarme o no?

El rostro de Carla se ensombreció un poco. Descruzó los brazos.

—Puede —dijo—. Pero después de las vacaciones.

—No puede ser después de las vacaciones. Tiene que ser mañana.

—¿Por qué tiene que ser mañana?

—Porque sí.

—Pues mañana no puedo.

—¿Qué tienes que hacer mañana?

—Cosas —dijo Carla, desviando la mirada—. He quedado.

—Ya.

—Mira, si tan importante era que lo devolvieras antes de mañana, habérmelo pedido antes —dijo Carla, elevando la voz.

Asia se quedó unos segundos mirando en silencio a los ojos a Carla. Ahora brillaban dorados como aquella mañana en el Almacén. Sólo que esta vez era furia la que ardía, iluminándolos desde dentro.

—Da igual, ya me encargo yo solo —dijo Asia, dándose la vuelta, listo para volver a la sala de estudio.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Carla a sus espaldas.

Asia se giró.

—No me pasa nada.

—Pues estás de un raro… Llevas semanas así, desde…

—¿Desde cuándo?

—Da igual.

—No. ¿Desde cuándo?

Carla abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada. Tomó aire y se decidió a hablar.

—Desde aquella vez que salimos y hablaste con el hijo del Director.

—¿Y por qué dirías eso?

—No sé, dímelo tú.

Carla miró a Asia a los ojos, retándolo a que se atreviera a decir lo que llevaba tanto tiempo callando.

—Yo no tengo nada que decirte —dijo Asia, sosteniéndole la mirada—. ¿Tienes tú algo que decirme a mí?

Carla guardó silencio unos segundos. Al final dijo:

—No. Nada.

—Bien.

—Genial.

Asia volvió a girarse y echó a andar. A cada paso que daba, la rabia iba en aumento. Apretó los dientes con tanta fuerza que la mandíbula le crujió.

—Hay algo que no entiendo —dijo, hablando más alto de lo necesario, deteniéndose y volviéndose una vez más hacia Carla—. ¿Por qué me mentiste?

Carla lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué me hablas?

—De aquella noche. ¿Sabes qué me dijo el hijo del Director?

Carla negó con la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—Que os había visto a ti y a Fran… juntos.

Asia esperó en vano a que Carla dijera algo. Así que siguió él.

—¿Y sabes qué me dijiste tú?

—¿Qué te dije? —preguntó Carla, con la mirada fija en el suelo.

—Que lo que él pudiera haberme dicho era mentira.

Los ojos de Carla no brillaban ahora.

—Asia…

Con un gesto, Asia la calló. Meneó la cabeza. Su voz fue un susurro cuando preguntó:

—¿Por qué me mentiste?

No sabía si sentía enfado o decepción o una mezcla de ambas. Carla parecía a punto de llorar.

—No sabía cómo decírtelo —murmuró.

Era enfado. Y furia. Ahora estaba claro.

—¿Qué tal no negándolo cuando te lo pregunté directamente? —preguntó, elevando la voz.

—No sabía cómo te lo ibas a tomar —balbuceó Carla.

—Ese es mi puto problema, ¿no crees?

Carla apretó los labios y meneó la cabeza.

—También es el mío —dijo. A ella tampoco le importaba ya quién pudiera oírla—. De la gente que me importa, eres el único a quien no se lo he contado.

—¿Creías que no me iba a alegrar por vosotros?

Carla soltó una risa irónica.

—Ah, ¿te alegras?

—Sí.

—Ya. Ha sonado muy sincero, sí señor.

Asia apretó los labios con fuerza de nuevo.

—No te mereces mi sinceridad.

—Vete a la mierda, Asia. ¿Quieres saber por qué no te lo conté antes? —gritó Carla.

Varias puertas se abrieron. Varias cabezas se asomaron al pasillo. Entre ellas la de Fran. Ni Carla ni Asia les prestaron atención.

—Tenía miedo a confirmar que buscas algo que yo no puedo darte y que fueras a hacer lo mismo que en verano, que prefirieras olvidarme antes de… —Carla se enjugó las lágrimas con la manga del jersey— …antes de conformarte con nuestra amistad. Dime que estoy equivocada. Dime que no tengo razón para estar asustada. Enfádate conmigo por pensar estas estupideces. Por favor. Nada me haría más feliz.

Carla forzó una sonrisa entre las lágrimas. Una sonrisa a la que era imposible llevarle la contraria. Asia estuvo tentado a cumplir sus deseos y hacerla feliz.

Pero eso no era lo que Asia quería. No era lo que todo su cuerpo gritaba. Quería abrazar a Carla y besarla en las mejillas. Quería

apartarle el pelo de la cara y apoyar nariz contra nariz. Quería sentir esa sonrisa, no verla. Quería que fuera feliz, sí, pero no de cualquier modo.

Asia negó con la cabeza, en silencio. Estaba cansado de querer lo imposible.

—No puedo.

—Asia…

—No. Tienes razón. Hiciste bien en mentirme cuando te lo pregunté en su momento, y has hecho bien en no decírmelo durante todo este tiempo. Todo por protegerme. Porque necesito protección, ¿verdad? Porque sabes lo frágil que soy y lo fácil que es romperme el corazón. Y aun así…

Carla resopló por la nariz.

—¿Te crees que lo he hecho a propósito? —preguntó, gritando. Más puertas se abrieron. Fran salió de la habitación, pero vaciló a la hora de acercarse a ellos—. ¿Te crees que un día me desperté y me dije: cuál será la mejor forma de hacer daño a Asia? No. Es más, fue justo al contrario. Puede que empezara a sentir algo por Fran durante el verano, cuando hablaba todos los días con él porque no podía hablar contigo. Y durante un tiempo mantuve la idea alejada de mi mente porque no quería hacerte daño, pese a que a ti no te tembló el pulso para hacerme daño a mí.

—¿Cuándo te he hecho daño?

—¡Cuando me dejaste de hablar sin darme una puta explicación! ¡No viniste a mi fiesta de despedida! ¿Y ahora me vienes con estas? ¿Cuál es tu puto problema? ¿Cómo puedo importarte tan poco y a la vez que te importe tanto lo que haga con mi vida? ¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Cómo puedes ser tan cobarde?

Asia estaba a punto de llorar de pura rabia. Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Tal vez si te hubieras atrevido a decirme lo que sentías por mí, como hizo Fran, las cosas hubieran sido diferentes.

—¿Y qué se supone que siento por ti?

—Ahora mismo ni lo sé ni me importa ¿No quieres volver a hablar conmigo? Mejor para mí. Estoy cansada de preocuparme por ti, de sentir que no soy suficiente para ti porque quieres algo que no te puedo dar. Así que déjame de hablar si así sufres menos. No vuelvas a coincidir conmigo en el Comedor si así crees que te sentirás mejor. Me da igual. Me da completamente igual.

Fran se había acercado hasta ellos. Apoyó la mano en el hombro de Carla y la llamó.

—Vamos.

—No. Quiero que Asia me mire a los ojos y por una vez me diga lo que de verdad piensa. Sea lo que sea.

Carla tenía la respiración agitaba. Su barbilla temblaba.

—Que os vaya bien juntos —dijo Asia antes de girarse y echar a andar por el pasillo.

A su espalda, Carla rompió a llorar.

11

Ojos de bosque

Cuando Asia intentó saltar el muro, sus piernas no respondieron. Se quedó de pie, con las manos en la cintura, mientras recuperaba el aliento. Notó una sensación punzante en las costillas a la que no hizo mucho caso. El segundo pinchazo le arrancó el aire de los pulmones. El muro se vino abajo y acabó amontonado en el suelo, convertido en un montón de pliegues aterciopelados con pinta de ser muy mullidos. Asia se preparó para lanzarse sobre esa cama improvisada cuando el tercer pinchazo lo despertó.

La débil luz de la mañana le hizo daño en los ojos. Más le dolió la cuarta punzada en las costillas.

—¡Que aquí no se puede dormir, hombre ya! —le gritó la señora de la limpieza, preparándose para golpearlo con la punta de la escoba una quinta vez.

—No estaba durmiendo —balbuceó Asia con una voz tan pastosa que se sorprendió que las palabras pudieran salir entre sus labios.

—Voy a llamar a un guardia —dijo ella, dejando la escoba en el carro.

—¿Por qué?

—Porque no se puede dormir en las salas de estudio.

—Ahora estoy despierto. Se puede estar despierto en las salas de estudio, ¿no?

La señora de la limpieza se quedó un rato mirando a Asia.

—Supongo. Pero este comportamiento es inadmisible. Lo siento mucho, pero no me queda otra que avisar al guardia —dijo con una sonrisa de satisfacción que parecía indicar que no lo sentía en absoluto —. Basta que permita dormir a un solo chico aquí para que esto se llene de vagabundos todas las noches.

Asia no era capaz de imaginarse la cadena de acontecimientos que tendría que darse para pasar de una cosa a la otra. Más que nada porque dudaba que a los vagabundos les compensara subir hasta la Residencia para acabar durmiendo sentados con la cabeza apoyada en la mesa, con lo incómodas que eran las sillas de plástico y lo mucho que dolía el cuello al despertar.

La señora de la limpieza salió de la sala en busca de un guardia de seguridad. Asia aprovechó para recoger sus cosas y marcharse. Nada más llegar a la habitación se dejó caer sobre su cama, tan mullida y cómoda.

Pero no: no podía dormir. Tenía que devolver el microondas antes de bajar a clase por la tarde. Rodó por la cama y dejó que sus pies

cayeran al suelo. Se levantó y gruñó. ¿Por qué tenía que dejar todo para el último momento?

Fue hasta la cocina y desenchufó el microondas. Lo sujetó como en su día lo había sujetado Carla, en un abrazo incómodo. Apenas logró levantarlo unos centímetros antes de tener que apoyarlo de nuevo sobre la encimera.

Pesaba como si lo hubieran lastrado con litros de mercurio por miedo a que saliera volando en cuanto el plato comenzara a girar. Cuando lo había traído con Carla, habían tenido que detenerse cada pocos metros para aliviar el dolor de las manos. Iba a ser imposible llevarlo hasta el Almacén sin ayuda.

Esta vez no iba a poder contar con Carla. Tampoco con Fran. Ese día debía de haberse levantado más temprano que nunca. Seguro que los dos habían bajado juntos a Coruña en el primer bus, aprovechando la mañana para hacer compras lejos de la mirada de Asia. Seguro que paseaban de la mano bajo las luces navideñas que el alcalde había decidido encender para ellos en pleno día para celebrar su amor puro y su felicidad contagiosa.

Asia volvió a la cama. No se tumbó para evitar la tentación de cerrar los ojos y dejar que el sueño lo venciera. Levantó el auricular del teléfono. ¿Estaría Claudia despierta ya? Quizás debería esperar algo más para llamarla. Sí. Quizás fuera mejor que antes se duchara para ver si así se espabilaba un poco. Y después de la ducha podría bajar a desayunar al Comedor. Sería la primera vez que bajara tras tres meses viviendo en la Residencia. Quizás se encontrase a Claudia allí. Sí, era un buen plan.

Eran casi las nueve cuando entró al Comedor.

No había mucha gente desayunando a esas horas, ese último viernes antes de las vacaciones de navidad. Apenas media docena de personas entre las que no vio a Claudia. Sí estaba Joaquín. Asia quiso evitarlo, pero él lo vio y lo llamó a gritos para que se sentara a su mesa.

—¿Y tú por aquí? —le preguntó Joaquín con un entusiasmo impropio de las horas que eran.

Asia se encogió de hombros y se sentó a la mesa con él. Había cogido un par de cafés bien cargados y unas cuantas galletas y un vaso de zumo de naranja.

—Qué mala cara tienes. ¿Saliste ayer?

Asia negó con la cabeza. Bebió un gran sorbo de café templado.

—Ya decía yo que no te había visto en la cena de clase. ¿Y cómo es que no saliste? ¡Si era el fin de año universitario! Tomamos uvas y todo.

—Tenía que acabar el trabajo de Física —dijo Asia, cogiendo una galleta.

—Yo lo acabé hace semanas. Pin, pan, pin, y en diez minutos lo tenía hecho. Facilísimo. Claro que es que el nivel de Física con el que llegué a la universidad… —dijo Joaquín, silbando y agitando la mano —. Telita.

Asia masticó la galleta con calma.

—¿Y vas a pasar las navidades en algún sitio exótico? —preguntó Joaquín.

Asia negó con la cabeza. Bebió un poco más de café.

—Ah, vaya. ¿No es algo que hace todo el mundo?

Asia tragó con dificultad. Cuando no pudo aguantar más la mirada de Joaquín, le preguntó:

—¿A dónde vas estas navidades, Joaquín?

—A la Riviera Maya, un año más —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Lo sé: qué típico. Pero sienta bien tomar el sol para recargar las pilas antes de los exámenes, ¿no crees?

—Supongo —dijo Asia, apurando su segundo café y escogiendo la galleta que parecía más fresca.

—Desayuna con calma, hombre —le aconsejó Joaquín—. Como dicen en mi tierra: el desayuno es la comida más importante del día.

Asia supuso que, con su tierra, Joaquín se refería al planeta.

—Es que tengo prisa —se justificó Asia.

—¿Qué vas a hacer?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

Asia resopló por la nariz. Sería mejor que respondiera algo para que Joaquín dejara de hacerle preguntas.

—He quedado con Claudia.

—Creo que te va a dar plantón. Ella sí fue a la cena, ¿ves? Y se quedó hasta las tantas. Volvió aún más tarde que yo. Hasta el mediodía no se despierta, vamos, eso te lo aseguro, que no todo el mundo tiene mi fuerza de voluntad para mantenerse despierto y...

Asia dejó de prestar atención. Si tampoco podía contar con Claudia, ¿quién lo iba a ayudar a llevar el microondas hasta el Almacén? Miró a Joaquín. Tenía unos brazos tan enclenques que parecía que las mangas de su sudadera estuvieran vacías. Pero al menos tenía brazos y estaba ahí, despierto. Era su única opción. Una opción desesperada, sin duda. Porque estaba seguro de que si Joaquín lo ayudaba con el microondas, acabaría enterándose toda la Residencia, incluidos Ramón y Eulogio y el Director. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Oye, Joaquín...

—Yo también tengo prisa, no te vayas a creer.

—¿Qué?

—Que también tengo prisa. Tú no eres el único que tiene cosas que

hacer. Me voy a casa.

—Muy bien —dijo Asia. Abrió la boca para preguntarle si podría ayudarlo con el microondas, pero Joaquín siguió hablando.

—Es que cojo el tren en una hora, ¿sabes? Iba yo a estar despierto a estas horas después de haber llegado a las ocho de la mañana ayer… Bueno, hoy. Es que como no he dormido me hago un lío, ya sabes.

Asia sabía, sí. Suspiró y hundió una galleta en la taza de café mientras Joaquín seguía hablando de sus cosas.

—Pero sí, le he pagado a uno de segundo para que haga por mí la práctica de Dibujo y así me puedo largar ahora. Estoy haciendo tiempo hasta que llegue el taxi. Con lo que pesa la maleta paso de tener que arrastrarla desde la parada del bus hasta la estación.

Asia levantó de pronto la cabeza y miró a Joaquín.

—Ah, sí —dijo Joaquín—. ¿Qué me querías decir?

—Nada —dijo Asia, sonriendo—. Que pases unas buenas vacaciones. Y échate crema, no te vayas a quemar.

Asia se levantó de la mesa antes de que Joaquín pudiera responderle y salió del Comedor de buen humor. Una vez fuera no puedo evitar romper a reír. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? No necesitaba ayuda de Joaquín ni de nadie. Lo único que necesitaba era una maleta lo suficientemente grande.

En cuanto llegó a la habitación, Asia sacó la suya del armario y la abrió en la cocina. Cogió el microondas con esfuerzo y lo metió dentro. Cabía perfectamente. Pesaba, sí, pero para algo estaban las ruedas. Además, no tendría que preocuparse porque alguien lo viera, porque a nadie le extrañaría ver a un chico arrastrando una maleta por la Residencia el último viernes antes de las navidades.

Ahora que el transporte estaba resuelto, sólo quedaba un problema por solucionar. De nada servía pasar desapercibido hasta el Almacén si al llegar allí se encontraba con Eulogio, el de mantenimiento.

Oh, bendito café, que hacía que la mente le funcionara a setecientas mil revoluciones por minuto. Qué fácil era todo así.

Descolgó el teléfono y marcó el nueve.

—Recepción —dijo la voz del otro lado de la línea.

—Sí, mira —dijo Asia, forzando por algún motivo una voz más grave que la suya, como si la mujer de Recepción fuera a reconocerlo sin haberlo oído nunca antes—. Tenemos una fuga en el fregadero de la cocina.

—¿Habitación?

—2206. El suelo se está empezando a inundar. No tardéis. Gracias.

Asia colgó. Dejó la puerta entreabierta, la maleta con el microondas preparada junto a ella. Esperó. Dos minutos después oyó el traqueteo de un carrito de la compra cargado hasta arriba de herramientas y piezas de repuesto. Cogió la maleta y salió con

seguridad de la habitación.

Vio a Eulogio, el de mantenimiento, girar a la derecha al llegar a la mitad del pasillo para subir a una habitación del segundo piso desde la que no lo habían llamado, preparado para arreglar un grifo que no goteaba. Con el camino despejado, Asia salió de su Bloque.

Atravesó toda la Residencia sin cruzarse con nadie. Ni siquiera le importó que el traqueteo de la maleta bajando las escaleras hasta los subterráneos pudiera llamar la atención. Al llegar al Almacén, se encontró con que la puerta estaba abierta. Las luces, encendidas. Se asomó con cautela. No vio a nadie. No oyó nada. Entró.

Tumbó la maleta en el suelo y la abrió. Con dificultad, levantó el microondas y lo dejó sobre una mesa. Resopló aliviado. Tanta preocupación para nada. Había completado la parte difícil. Ahora sólo tenía que largarse de ahí antes de que el de mantenimiento descubriera que no había ninguna emergencia que atender. Quizás ya estuviera volviendo al Almacén. Asia empezó a ponerse nervioso de nuevo.

Cerró la maleta y la levantó del suelo. Empezó a arrastrarla lentamente hacia la puerta. Ahora que estaba vacía hacía mucho más ruido al rodar sobre el pavimento de hormigón del Almacén. Más ruido del que a Asia le hubiera gustado, pero no el suficiente como para eclipsar el crujido que llegó desde algún punto entre las estanterías.

Asia se detuvo. Contuvo la respiración. Todo fue silencio durante unos segundos, hasta que no lo fue. Otra vez ese ruido. Más que un crujido era un chirrido, como si una silla se estuviera arrastrando por el suelo. Pero las sillas no se arrastran solas.

Es sólo un gato, dijo la voz, más nerviosa de lo habitual. *Vamos, aquí no se te pierde nada. Lárgate antes de que te descubran. Menuda estupidez sería haber conseguido devolver el microondas de forma tan brillante sólo para que te pillaran por haberte quedado a escuchar cómo un gato se rascaba contra las patas de una silla.*

Pero no era un gato. Los gatos no ríen.

Asia se quedó paralizado. Todo parecía detenido en el tiempo, salvo los latidos de su corazón, que bombeaban nerviosismo a todos los rincones de su cuerpo.

Si no se movía no era porque no supiera a dónde ir. Al contrario, lo sabía perfectamente: tenía que largarse de ahí cuanto antes. Y sin embargo no lo hacía. Algo lo obligaba a quedarse y a encontrar a la causante de esos ruidos. A la propietaria de esa risa.

Porque era risa de mujer, de eso no había duda.

Asia escondió la maleta bajo la mesa donde había dejado el microondas y se giró para escudriñar el Almacén. Los montones de muebles formaban estrechos pasillos que corrían hasta la pared del

fondo. ¿Por dónde empezar?

Cerró los ojos y esperó, concentrado. No tardó en oír un nuevo ruido. Como un perro de caza, su cabeza giró hacia uno de los pasillos centrales. Allí algo parecía moverse del otro lado de un montón de muebles. Con pasos lentos, en silencio, echó a andar.

Era una suerte que Asia no creyera en fantasmas. Si lo hiciera, esa risa que ahora volvía a sonar le habría helado la sangre.

Estaba llegando a la entrada del pasillo. En cuanto doblara la esquina formada por un armario sin puertas vería a la chica de frente. Lo sabía. Tres pasos más. Dos pasos. Uno. Escuchó un ruido.

Se detuvo en seco. El ruido no venía del pasillo en el que estaba a punto de entrar. Venía de fuera. Cada vez sonaba con más fuerza. Era un traqueteo parecido al de su maleta sobre el suelo de hormigón, pero mucho más intenso. Mucho más metálico.

Era un ruido que ya había escuchado unos minutos antes. Sólo con el sonido de las ruedas recorriendo el pasillo de los subterráneos, acercándose al Almacén, Asia podía imaginar la cara de furia del de mantenimiento empujando el carrito tras saberse engañado. Porque cuando Eulogio llegó a la habitación, nadie respondió a la puerta. Tras insistir acabó por usar la tarjeta maestra que tenía para emergencias como esa.

Entró. El suelo estaba completamente seco. Tampoco había ninguna fuga de agua en el baño.

No era habitual que le gastaran bromas, así que prefirió pensar que le habían indicado la habitación errónea. Si así era, ya lo volverían a llamar de Recepción, preguntándole por qué todavía no había llegado, que los chicos se ahogaban en medio metro de agua.

Se tomó el camino de vuelta con calma. Pero a cada segundo que su móvil no sonaba, su rabia iba creciendo. Paso a paso. No sabía cómo, pero se iba a enterar de quién le había hecho cruzarse la Residencia para nada. Y cuando se enterara, oh, el pobre cretino que tan listo se creía iba a desear haber nacido sin manos para nunca haber podido descolgar el teléfono y hacer esa llamada.

Empujaba el carrito por los subterráneos mientras pensaba en cómo vengarse de ese crío cuando notó que algo iba mal. Se detuvo a unos metros de la puerta abierta del almacén. Juraría que la había dejado cerrada y que había apagado las luces cuando salió a atender aquella emergencia que ahora le hacía hervir la sangre.

Deseó que quien hubiera entrado se hubiera ido ya. Y que si seguía allí, se tratara de Santos, el guardia de seguridad del turno de mañana o, Dios no lo quiera, Celeste. Porque si era un residente… Amigo, había elegido el peor día para jugar a los exploradores.

Entró al almacén y dejó aparcado el carrito de la compra lleno de cachivaches junto a la puerta, en su sitio habitual.

—¿Hola? —llamó.

Ladeó la cabeza, dejando que fuera su oído bueno el que recibiera la respuesta. No hubo ninguna. Ni el más tenue sonido, salvo el de su respiración agitada.

O no había nadie o quien estaba allí no quería que lo descubrieran. Oh, pero lo que uno quiere no es siempre lo que uno consigue. Por muy escondido que estuviera, lo iba a encontrar.

Eulogio se preparó para hacer una batida de búsqueda individual. Decidió el trayecto que iba a realizar, desde la puerta hasta el fondo, recorriendo los pasillos como una serpiente, interponiéndose siempre entre el intruso y la salida.

Dio una palmada y se frotó las manos. Cabeceó una vez, motivándose para la caza. Dio un primer paso firme. Se detuvo.

Algo había captado su atención. Apenas una mancha en su visión periférica. Había algo que no debía estar ahí. Algo que no estaba unos minutos antes.

Eulogio puso los brazos en jarra y meneó la cabeza mirando el microondas blanco con un "11" escrito en negro en un lateral. Un amago de sonrisa asomó bajo su espesa barba entrecana.

Bien jugado, pensó. Bien jugado, sí señor. El muy cabrón no sólo había conseguido devolver el microondas en el último segundo, sino que se había asegurado de que no lo pillaran. Lo cierto es que se alegraba por no tener que dedicar todo un día a ir de habitación en habitación buscándolo durante las vacaciones.

Ahora Eulogio sabía que quien había entrado allí hacía tiempo que se había ido. Resopló. Puede que el ladrón del microondas se hubiera ganado su respeto, pero no su perdón. Esto no iba a quedar así. Ya habría tiempo después de las navidades para ocuparse del asunto.

Apagó la luz y cerró la puerta. El almacén quedó a oscuras y en silencio.

El crujido de madera rota. De nuevo silencio. El siseo de la pólvora.

Al segundo intento, la cerilla prendió. La lengua de la mujer llevaba tiempo haciéndole cosquillas en la palma de la mano a Asia. Pudo por fin retirarla sin miedo a que hablara y delatara su posición. La luz oscilante iluminaba un rostro enjuto, sonriente. La llama avanzaba lentamente a lo largo de la cerilla, descendiendo contra su voluntad, acercándose a unos dedos huesudos y cargados de anillos, hasta extinguirse a milímetros de la piel.

Asia se secó la mano en los pantalones y se incorporó. Un nuevo chisporroteo iluminó tenuemente el pasillo del almacén donde Asia se había encontrado a la mujer, donde se habían escondido de Eulogio. La mujer, cerilla en mano, seguía sentada en el suelo, la espalda apoyada en un colchón viejo, vestida con un aparatoso abrigo de piel.

Asia se quedó allí de pie, sin saber qué decir, sin saber qué hacer salvo esperar: tenía que darle tiempo al de mantenimiento a que se alejara antes de salir.

La mujer dejó de mirar a Asia durante un momento y se puso en pie con más agilidad que la que se podía esperar de alguien con un abrigo así. Fue directa a la estantería desvencijada que había frente al colchón. Metió la mano izquierda en una caja de cartón. En la derecha, la cerilla se apagó.

Cuando encendió la siguiente, Asia vio que la mujer le tendía una vela. La cogió y la mujer prendió la mecha. Aprovechando que volvía a tener las dos manos libres, se sacudió el polvo del abrigo antes de mirar sonriendo a Asia y preguntarle:

—¿Qué haces aquí?

Asia abrió la boca para responder, pero algo en la entonación de la mujer lo confundió más de lo que ya estaba: le pareció que la mujer no le preguntaba qué había ido a hacer él allí, sino qué hacía ahí en vez de estar donde debería estar.

Frunció el ceño. Esa pregunta no hacía más que reforzar la sensación que había tenido en cuanto vio a la mujer: de alguna forma, sentía que se conocían, pese a estar seguro de no haberla visto nunca antes.

Había algo en la forma en la que se movía, o en las facciones de su rostro, o en la falta de tinte de su pelo, o en lo rojo de sus labios que hacía que le recordara a alguien. Sólo que Asia no caía en la cuenta de a quién.

—¿Qué haces aquí? —repitió la mujer, ahora más cerca.

Eran los ojos. Sentía que los había visto antes. Ojos de bosque: verdes y marrones y llenos de calma y de vida. Ojos en los que ahora parecía haberse declarado un incendio por el reflejo de la llama. Asia se sintió inquieto.

La mujer extendió una de esas manos llenas de anillos hacia el cuello de Asia. Las uñas le hicieron cosquillas en la piel. Asia se estremeció, pero todo acabó en un segundo. Los dedos de la mujer tiraban ya del cordel negro y sacaban a la luz la piedra de río que siempre llevaba pegada al pecho. Ahora descansaba sobre su ropa. La mujer la acarició.

—Es suave. ¿Es nueva?

Asia negó con la cabeza.

—Nunca te la había visto.

La mujer levantó la vista del colgante y miró a Asia a la cara.

—Estás distinto.

La caricia pasó de la piedra al pelo de Asia. Sintió la mano de la mujer perderse entre sus mechones. Cerró los ojos.

—Estás mayor.

La mujer bajó la mano. Con el dorso, acarició la mejilla de Asia con tanta delicadeza que ni siquiera el frío de los anillos le molestó. Aun así, no pudo evitar abrir los ojos y dar un paso atrás, alejándose de ella.

Fue un movimiento instintivo. Unas gotas de cera caliente se derramaron sobre la mano de Asia, quemándolo, pero no gritó. No se quejó. Le dolió, sí, pero toda su atención estaba puesta en el rostro de la mujer.

No siempre uno puede ver el preciso instante en el que algo se derrumba. No la caída y el desmoronamiento de lo que un día fue, sino ese momento en concreto en el que deja de ser.

Asia vio el momento justo en el que la jovialidad de la mujer se desvaneció. Su sonrisa se tornó barbilla temblorosa. Sus manos se cerraron, formando puños de pura frustración. Sus ojos seguían reflejando la llama. Seguían ardiendo. Y aun así, Asia nunca había visto unos ojos tan apagados, de bosque en invierno. Los cerró.

Cuando los volvió a abrir, brillaban de nuevo. Lágrimas, esta vez.

—No…

Su voz era un lamento. A Asia se le encogió el estómago. Nunca había oído una queja así. Tan triste. Tan frágil.

—No…

Su voz era cristal roto desgarrándolo todo: su garganta y el aire y a Asia. Miró a su alrededor con la respiración agitada, boqueando. Cuando sus ojos se volvieron a posar en Asia, los cerró con fuerza. Se mordió el labio. Apretó los puños. Gritó.

Asia temblaba. Quería irse de allí. Quería alejarse de esa mujer. Quería soltar la vela y que la cera caliente dejara de quemarle la piel. Quería estar a solas y llorar. No se movió.

Ella abrió los ojos y se miró las manos. Con rabia, se quitó los anillos. Los lanzó al suelo. Uno se abolló. Uno se rompió. Uno rodó hasta perderse bajo una estantería. Uno rebotó con tanta fuerza que llegó hasta las manos de Asia. Lo atrapó instintivamente.

La mujer empezó a golpear las mismas estanterías que hacía unos minutos había acariciado con curiosidad infantil. Asia se guardó el anillo en el bolsillo y apoyó con cuidado la vela en el suelo, intentando que no se apagara. Se acercó a la mujer y le sujetó los brazos, impidiendo que siguiera golpeándolo todo con sus frágiles manos. Intentando que no se hiciera más daño.

—¡Suéltame!

Asia la soltó y se apartó de ella. Ahora era a él a quien le temblaba la barbilla. Eran sus ojos los que se anegaban de lágrimas. La mujer lo miró con odio, la respiración agitada. Entonces se derrumbó. Cayó al suelo como si debajo de ese abrigo de piel no hubiera nada. Hundió la cabeza en las manos y se echó a llorar.

—Quiero irme de aquí —dijo entre sollozos, levantando la cabeza para mirar a Asia.

Asia asintió y se acercó a la mujer. Le ofreció su ayuda. La mujer aceptó. Asia sintió que las manos de la mujer podrían romperse entre las suyas si las apretaba demasiado. Tiró con delicadeza de ella y la levantó sin problema. Pesaba muy poco ahora que se había quitado los anillos.

La mujer se soltó de las manos de Asia para enjugarse las lágrimas.

—Quiero irme de aquí —repitió más tranquila—. ¿Me ayudarás?

Asia volvió a asentir con la cabeza. La mujer sonrió de forma cansada. Asia cogió la mano que la mujer le ofrecía. Se giró, enfilando la puerta, y tiró de ella para ponerse en marcha, pero encontró resistencia. Poca, pero la suficiente como para que cejara en su esfuerzo.

En el suelo, la luz de la vela era cada vez más débil. Pronto se extinguiría por completo y todo quedaría a oscuras. La mujer atrajo la mano de Asia hacia sí, hacia su pecho. Luego, un poco más arriba, hasta el cuello. Un cuello que Asia casi podía rodear con una sola mano.

—Quiero irme de aquí —dijo la mujer con la sonrisa más triste que Asia había visto nunca, guiando su mano para que se cerrara con fuerza en torno a su cuello.

Lo último que vio Asia antes de que la vela se apagara fueron esos ojos de bosque que tan llenos de vida debieron de estar algún día.

La puerta del Almacén se abrió de golpe. Las luces se encendieron. Asia retiró la mano del cuello de la mujer, que volvió a derrumbarse y a echarse a llorar.

—¿Qué…?

Asia se giró y se encontró con los ojos fríos de Eulogio, que pasaron de él a la mujer y de vuelta a él. A grandes zancadas, recorrió el trecho de pasillo que los separaba. Asia se echó a un lado para dejarlo pasar. Eulogio se arrodilló junto a ella y la rodeó con los brazos.

—Lárgate —dijo en voz baja, con una rabia apenas contenida, sin molestarse siquiera en girarse para mirar a Asia—. Lárgate antes de que me arrepienta de dejarte marchar.

Asia salió corriendo del Almacén. Corrió por los revirados subterráneos de esa parte de la Residencia y subió los escalones de dos en dos. No dejó de correr hasta salir a esa fría mañana de diciembre. Le ardían los pulmones y la cara. Afuera, a su izquierda, una decena de personas esperaban para subirse al bus e ir a clase.

Quería estar solo. Quería ser invisible. Giró a la derecha y dobló la esquina del Bloque 6. Apoyó la espalda contra la pared de ladrillo de la fachada lateral y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo.

Allí, oculto del resto de la Residencia, hundió la cara en las manos y, por primera vez en más de un año, rompió a llorar.

Interludio:

Navidades

Nevaba.

Asia nunca había visto nevar. Siempre creyó que los copos caerían despacio, describiendo suaves "eses" hasta llegar al suelo, como bolas de helado huecas por dentro. Esa tarde de principios de enero la nieve se arremolinaba frente al coche, iluminada por los faros, en un caos que le recordó más a las flores del cerezo arrancadas por una súbita ráfaga de viento primaveral.

Acababan de retomar el camino después de detenerse a repostar y estirar las piernas. Fran le había cedido su sitio en el asiento del copiloto. Ahora dormía en el de atrás, roncando de vez en cuando. Carla conducía.

Al final de una suave subida, tras adelantar a un camión renqueante, la radio empezó a crepitar hasta que la señal terminó por perderse definitivamente. Carla siguió tarareando unos segundos más la extinta melodía.

Estaba contenta pese a que las vacaciones llegaban a su fin. Tenían por delante semanas de estudio intensivo y noches en vela ultimando trabajos. Pero para eso todavía faltaba media hora de trayecto hasta la Residencia. Media hora para seguir disfrutando de su coche nuevo surcando la autopista bajo la incipiente nevada crepuscular. Y Asia iba a su lado. ¿Quién lo diría, tras esa discusión a voz en grito unas semanas atrás?

No había vuelto a saber de él hasta la noche de fin de año, a última hora. Amanecía ya y la gente buscaba dónde tomar el chocolate con churros. Asia entró en la cafetería. Fran y ella se preparaban para marcharse.

Puede que fuera la sorpresa de encontrárselo de frente o el alcohol que corría por sus venas, pero por un momento Carla se olvidó de lo enfadada que estaba con él.

—No sabía si te vería —le dijo junto a la barra, mientras esperaba a que el camarero le trajera la vuelta. Cerca de ellos, Fran charlaba con los antiguos compañeros de instituto con los que Asia había salido.

—Aquí estoy. No iba a perderme fin de año.

Asia consultó la hora y echó una mirada nerviosa a las mesas a la espalda de Carla. Al final hizo una mueca y se acercó a su grupo de amigos.

—Creo que me voy a ir —dijo.

Hubo algunas quejas poco entusiastas, porque una mesa acababa

de quedar libre y todos se dirigían ya hacia allí antes de que alguien se les adelantara. Asia fue hacia la puerta sin despedirse de ellos. Carla lo siguió, cansada de esperar un cambio que no llegaba. Fran fue detrás.

—¡Espera! —gritó Carla cuando llegó a la calle. Asia se frenó y esperó por ella y por Fran—. ¿Cómo vas a volver a casa?

—No sé. En bus. O andando.

—No digas tonterías, te vienes con nosotros —dijo Carla, y tardó más tiempo del que le hubiera gustado en encontrar las llaves de su flamante coche en el bolso. Cuando dio con ellas, se le cayeron al suelo. Tuvo que agacharse a recogerlas antes de poder menearlas por fin delante de la cara de Asia, sonriendo.

—¿Vas a conducir tú?

—Oh, no. No, no, no. Conduce Fran —dijo Carla, y le pasó las llaves a su novio—. Yo lo he traído, él lo lleva. Hace horas que no bebe. Yo tenía más sed.

Carla echó a andar y los dos chicos la siguieron, aunque Fran no tardó en encabezar el grupo. Hizo bien: Carla no recordaba dónde había aparcado. Se dejó guiar.

Asia iba a su lado. Estaba raro vestido así, con una americana que le quedaba grande y la corbata aflojada y unos zapatos negros relucientes de betún. Aunque ella no tendría mucho mejor aspecto, con el peinado a medio deshacer, el maquillaje difuminado y esos tacones tan incómodos que le había dejado su madre y con los que era imposible caminar por esas calles empedradas y mojadas.

Se fue quedando atrás. Al final se detuvo y se descalzó. Asia se giró para mirarla y empezó a caminar más despacio, marcha atrás, alejándose poco a poco de ella, pero sin perderla de vista.

Estuvo tentada a lanzar con todas sus fuerzas esos estúpidos zapatos de tacón que tanto daño le hacían sólo para ver hasta dónde llegaban. Al final se los quedó en la mano: dudaba que pudiera lanzarlos muy lejos. Además, a su madre no le iba a hacer mucha gracia verla llegar a casa descalza.

Las medias no tardaron en mojársele hasta empaparle los pies, pero la sensación de frío era más de alivio que de incomodidad. Liberada de los tacones, Carla dio un montón de pasos cortos y rápidos, no tan gráciles como le hubiera gustado y no tan en línea recta como era su intención. Pero al final alcanzó a Asia, que era lo importante. Fran iba unos metros por delante, haciendo saltar las llaves del coche en la mano.

—Sujeta aquí —dijo Carla, y le entregó los zapatos a Asia.

Él los cogió sin rechistar y Carla tuvo las manos libres para soltarse el pelo que llevaba enganchado con sabe Dios qué artilugios mortales. Esta vez no tuvo reparos en tirar al suelo la retahíla de horquillas, que

tintinearon sobre los adoquines.

—¿Qué? —dijo ante la mirada de Asia, que seguía caminando de espaldas.

Asia se encogió de hombros y se giró para caminar hacia delante como las personas normales.

—No he dicho nada.

—Pero lo pensabas. Me juzgas por tirar esos… chismes al suelo. Crees que un perro se los puede comer y acabar en el hospital de perros, ¿verdad? O que, no sé… que un imán gigante atraiga a esas cosas y por el camino acaben perforándole el pulmón a alguna anciana. ¡Está bien: las recogeré! ¿Era esto lo que querías?

Carla retrocedió sobre sus pasos y buscó las horquillas por el suelo. Al final se detuvo y puso los brazos en jarra.

—Han desaparecido.

—Ya aparecerán cuando se active el imán —dijo Asia, y esta vez esperó a que Carla lo alcanzara para reanudar la marcha. Fran era ya una silueta en el horizonte. Una silueta con la gentileza de asegurarse de que sus amigos vieran qué calle tomaba al llegar a cada cruce para que no se perdieran de camino al coche.

—Me lo regalaron los reyes, ¿sabes? —le dijo a Asia.

—¿Qué reyes?

—Los magos. Los reyes magos de oriente. Los que vuelan en camello y me traen un coche rojo de regalo. Porque el coche es rojo, Asia.

Asia hizo una mueca extraña. Luego preguntó:

—¿Y qué hacen los reyes magos de oriente trayéndote regalos seis días antes que al resto de personas del mundo?

Carla se encogió de hombros.

—Seré su favorita.

—Serás. ¿Te lo dejaron debajo del árbol?

—Debajo de *un* árbol. Del gran sauce del jardín de mi casa, junto al garaje —explicó Carla—. ¿Sabes cuál digo?

Carla no lograba recordar si Asia había estado alguna vez en su casa. Puede que por su cumple. Sí. Estaba segura de que había ido, aunque no recordaba qué le había regalado. Algo bonito, seguro.

—Es un coche precioso, ya verás. Es rojo. Creo que ya estamos llegando.

—¿No sabes dónde has aparcado?

—No del todo. Pero no puede faltar mucho.

Habían dejado atrás las calles interiores de Baiona y salían ya a la parte alta de la villa, donde la planicie del terreno había permitido la construcción de un campo de fútbol y de dos iglesias, entre otras cosas. Allí el viento soplaba con fuerza. El cielo gris de esa primera mañana del año daba todavía más sensación de frío. Carla se pegó a

Asia y entrelazó un brazo con el suyo.

—Míralas —dijo Asia, señalando las iglesias apenas separadas un centenar de metros—. ¿Por qué están tan juntas?

—Porque se quieren.

A Asia se le escapó una carcajada. Carla sonrió.

—Se quieren y se dan calor —insistió—. Como nosotros.

Asia se detuvo de golpe y se separó de ella.

—Es cierto —dijo Carla.

—¿Lo de las iglesias?

—Sí. No. Mira, quiero olvidar todo lo del otro día: lo que dije y lo que tú dijiste. Por nosotros.

Asia se quedó unos segundos en silencio, mirando a los ojos a Carla, muy serio.

—¿Sabes que son dorados? —preguntó de pronto—. Tus ojos

—No lo son —dijo Carla, confusa.

—Lo son. Y tú eres un sol.

Carla no pudo reprimir una risa nerviosa.

—¿Qué dices? —preguntó, frunciendo el ceño. A Asia no le pegaba decir algo tan ñoño.

—Lo he estado pensando y eres un sol —repitió, serio. A él la lengua apenas le patinaba por el alcohol—. Eres un sol: explosiones nucleares y calor.

»El otro día dijiste lo que tenías que decir y yo dije lo que dije. Pero he estado pensando, y prefiero tenerte cerca, aunque me duela durante un tiempo, antes que no tenerte en absoluto. Prefiero ser un planeta a una simple roca en el espacio.

Carla miró durante un largo rato a Asia sin saber qué decir. Él tendió su mano hacia ella y le dio la opción de no decir nada, de simplemente cogérsela y caminar hacia el coche.

Y ahí estaban, días después, volviendo todos juntos a la Residencia después de pasar las vacaciones de navidad en casa. Nevaba. Fran dormía en el asiento de atrás. Asia iba delante, a su lado. Carla estaba cómoda en el silencio de una radio que no funcionaba. Se sentía feliz. Se sentía radiante. Era un sol.

12

Hojas que caen

—No es justo —dijo Carla una tarde, cuando se levantó del sofá de la sala común donde habían ido a ver la tele después de comer—. Vosotros ahí tirados y yo teniendo que seguir yendo a clase.

—Sabes que en media hora vamos a ponernos a estudiar, ¿no? —le dijo Fran—. No es que estemos de vacaciones. Al revés. Si no tenemos clases durante el periodo de exámenes es porque necesitamos todas estas horas para prepararlos.

Aun así, a Carla le molestaba que ellos pudieran decidir libremente cuánto estudiar y a qué horas hacerlo. Mientras, a ella no le quedaba otra que subirse al bus de menos veinte para no llegar tarde a la clase de las tres.

Ese día subió hasta la última planta de la Escuela de Arquitectura y entró al aula con tiempo de sobra y sin ganas de trabajar. Desde su mesa, junto a la ventana, veía toda Coruña. Era una tarde soleada de enero, fría y sin viento. Un día de calma entre temporales.

El de nieve había sido tan fugaz como inusual. Tiñó de blanco los tejados de la Residencia por unas horas y permitió hacer algún que otro muñeco en miniatura en las zonas de césped. Al día siguiente todo volvió a la normalidad.

El siguiente en llegar sería un temporal surgido del mar, del noroeste, con olas de siete metros y vientos huracanados. De los de nubes negras y tormentas eléctricas. De los de lluvia torrencial contra los cristales. De los de acurrucarse bajo las mantas con un chocolate caliente entre las manos. Pero para ese aún faltaban unos días.

Mientras tanto, sentada junto a la ventana, mirando cómo el sol iluminaba sin mucha fuerza la ciudad a sus pies, Carla pensaba que lo que más le molestaba de tener que ir a clase mientras sus amigos se quedaban en la Residencia era separarse de ellos.

Sabía que era una tontería. Durante el resto del curso también se separaban cada tarde a las tres y no se volvían a ver hasta la hora de cenar. Pero había algo distinto en que ellos se quedaran en la Residencia a estudiar.

Se los imaginaba a los tres juntos en una de las mesas blancas de las salas de estudio, repasando la lección en voz alta, como si para un examen de Dibujo Técnico hubiera que memorizar párrafos de información, y como si en la sala de estudio no hubiera nadie más que ellos, y como si no supiera perfectamente que Fran estudiaba a solas en su habitación.

Pero seguro que hacían descansos cada veinte minutos. Salían al

pasillo y cogían un café y unas chocolatinas en las máquinas y charlaban durante una hora de lo mucho que estaban estudiando. Y así, a base de descansos y cafés, se pasaba la tarde, y antes de que tuvieran tiempo a aburrirse Carla estaba de vuelta y los cuatro bajaban juntos a cenar.

Esa noche, cuando Carla volvió de clase, los tres la estaban esperando en la habitación de los chicos. Había sido un día productivo, le dijeron. Por eso habían decidido terminar antes. Al menos la sesión de tarde.

—Yo volveré por la noche —le dijo Asia, camino del Comedor.

Hacía frío. A la mañana siguiente las zonas verdes de la Residencia amanecerían cubiertas de escarcha. Claudia y Fran iban unos metros por delante de ellos.

—¿Habéis estudiado mucho de verdad?

—Yo lo he intentado. A ver, es difícil empezar a estudiar una asignatura, ¿sabes? Sí, ya sé que debería haber empezado antes: ya está Fran para recordármelo, gracias. El caso es que me he pasado la tarde ordenando los apuntes y fotocopiando lo que me faltaba y al final no he hecho nada. De todos modos soy más de estudiar de noche.

—¿Desde cuándo?

—Desde que estudio.

—Desde esta semana, entonces.

Asia se encogió de hombros y Carla se echó a reír. Era la primera vez que lo oía decir que estudiaba. Y eso que hacía tiempo que lo conocía. Qué lejano quedaba aquel primer día de bachillerato, dos años atrás.

Carla era la chica nueva en clase, tras diez años en un colegio privado. Estaba nerviosa. Le habían contado que en los institutos públicos llegaban a juntarse hasta cuarenta personas por aula, todos gritando y lanzando sillas por las ventanas cuando el profesor no miraba. Después, sin sitio donde sentarse y con las ventanas rotas, se reunían todos al fondo, alrededor de un bidón ardiendo para intentar entrar en calor, suponía.

Sus temores eran infundados. Apenas eran una docena de alumnos en clase, todos bastante amables y civilizados. Especialmente Fran. Se presentó en cuanto la vio entrar por la puerta y le dijo que se sentara a su lado, que tenía mucho que explicarle sobre su nuevo instituto: con quién juntarse, a quién evitar, qué profesores dejaban hablar mientras no molestaran al resto de la clase... Un pequeño manual de supervivencia. Le cayó bien al instante.

Asia no. Le pareció un chico raro de primeras, empezando por el nombre. Pero siempre estaba ahí, junto a Fran, siempre escuchando sin apenas hablar. Y cuando hablaba era para decir alguna tontería que a Fran le hacía mucha gracia. No entendía qué veía de gracioso

Fran en él. De momento.

Como el otoño que se solapa con el final del verano hasta que, un día, una ráfaga de viento deja desnudo el árbol, así fue Carla entendiendo a Asia: poco a poco, sin ser consciente de ello, hasta que vio las hojas caer el día del primer examen del curso.

Cuando Carla llegó esa mañana al instituto se encontró a Fran repasando frenéticamente los apuntes de matemáticas. Lo saludó y él gruñó algo entre dientes sin levantar la mirada de las hojas. Al cabo de un minuto resopló y miró a Carla.

—Voy a suspender.

—Ya verás como no —dijo Carla por decir algo—. ¿No has podido estudiar mucho?

—Claro que he estudiado —respondió Fran—. Me he pasado el fin de semana haciendo todos los ejercicios que me pusieron en la academia. Pero aun así…

Fran volvió a sumergirse en sus apuntes, llenos de fórmulas resaltadas en fluorescente. Carla se puso nerviosa.

Hasta ese momento creía que no tendría problemas en aprobar con buena nota. Pero viendo cómo estaba Fran, y teniendo en cuenta que ella había preferido pasar el fin de semana con sus amigas del colegio antes que hacer un último repaso, se empezó a preocupar. Se sentó junto a Fran en el suelo y sacó el libro de matemáticas de la mochila.

Así los encontró Asia cuando llegó a falta de un minuto para que sonara el timbre. Se plantó ante ellos, de pie, y los miró durante unos segundos sin decir nada, esperando quizás a que dieran muestras de haberse percatado de su presencia. Fue Carla la que levantó la vista del libro y lo saludó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué hacéis?

—Repasar —dijo Carla secamente antes de volver al libro.

—Ah, ¿era hoy el examen?

Fran también levantó la vista de los apuntes. Los dos miraron atónitos a Asia, que parecía estar haciendo cálculos mentales para comprobar que, en efecto, el examen de matemáticas era ese lunes a primera hora.

—¿No has estudiado? —preguntó Carla, sorprendida.

Asia se encogió de hombros.

—No es para tanto. ¿Qué es lo más difícil que puede entrar: lo de los *logarritmos*?

A Fran se le escapó la risa por la nariz.

—Logaritmos —lo corrigió Carla.

Asia hizo un vago gesto como diciendo que tanto daba una cosa como la otra. El timbre sonó en ese momento. Fran guardó los apuntes y Carla el libro. Los dos se levantaron y se unieron a Asia y al resto de chicos que entraban al instituto en una masa desordenada y lenta.

—¿Cómo era la propiedad esa de la suma? ¿Era lo del cuadrado del primero menos el cuadrado del segundo? ¿O eso es otra cosa? —le preguntó Asia a Fran mientras subían las escaleras hacia el segundo piso.

Fran enumeró todas las propiedades de los logaritmos. Asia decía de vez en cuando "aha" o "vaya". Cuando Fran terminó, Asia le preguntó un par de dudas más que al parecer le habían surgido en ese momento. Fran, cada vez con más seguridad, no tuvo problemas en resolvérselas. Así entraron al aula.

Tras el examen tenían Historia. Carla se sentó junto a Asia.

—No has traído el libro de Matemáticas —le dijo, fijándose en el interior de su mochila cuando Asia la abrió para sacar el libro de Historia.

Asia se la quedó mirando, como si no entendiera qué quería decir con eso. Carla se explicó:

—Si de verdad pensabas que el examen era otro día, tendrías que haber traído el libro para seguir la clase.

—Puede que me lo haya olvidado en casa —susurró Asia para que la profesora no les llamara la atención.

—O puede que en realidad sí supieras que el examen era hoy.

—¿Por qué iba a mentiros?

—No sé —susurró Carla. Los dos miraban al frente, fingiendo prestar atención—. Quizás por lo mismo por lo que hiciste que Fran te explicara cosas que tú ya sabías: para que se relajara y se diera cuenta de que el examen le iba a salir bien.

La cara de indignación que puso Asia fue tan forzada que a Carla se le escapó una carcajada. La profesora la fulminó con la mirada y ella tuvo que pedir perdón.

—Mira —susurró Asia—: no me importa que me acuses de manipular a Fran para ayudarlo a aprobar un examen. Pero, por favor, Carla, haz el favor de no reírte en clase, ¿vale?: estoy intentando prestar atención.

Esta vez Carla pudo transformar la energía de la risa que estuvo a punto de escapársele en un pisotón. Asia dio un grito y la profesora se giró de nuevo.

—¡Pero bueno! —dijo, totalmente indignada.

Asia pidió perdón y Carla sonrió satisfecha, como si supiera que a partir de ese momento las clases junto a Asia iban a ser más entretenidas, hablando en susurros apenas audibles y haciendo dibujos en las libretas, y sólo recibiendo avisos de los profesores por alguna risa furtiva.

Y pese a todas esas distracciones, Asia era capaz de prestar la suficiente atención como para sacar las mejores notas de la clase sin necesitar apenas estudiar. A Carla le costaba algo más, pero prefería

mil veces tener a su lado al Asia hablador que esa versión silenciosa de las primeras semanas del curso.

Carla no quería que Asia volviera a ser el chico callado y distante al que no lograba entender. No quería perderlo una tercera vez: puede que esa fuera la definitiva.

—Desde esta semana estudio —dijo Asia—. Desde que lo necesito. Puede que tus exámenes consistan en hacer cubos de cartón…

—¡Eh! Eso es *un* examen.

—… pero los nuestros son exámenes de verdad. Así que sí, tengo que estudiar y prefiero hacerlo por la noche: estoy más activo que durante la tarde.

Acababan de entrar al Comedor siguiendo a Fran y Claudia, que ya se dirigían al principio de la cola para coger sus bandejas y servirse lo que sea que las cocineras hubieran preparado esa noche de enero.

—Será por todo el café que tomas —se aventuró a decir Carla.

—Puede ser. O igual soy medio vampiro.

—No, porque entonces te morirías durante el día.

—Por eso he dicho medio. Llevo mi vampirez por dentro, recubierta por una capa gruesa de humanidad que me protege de los rayos de sol y de los ajos. Prefiero no comprobar lo de las estacas.

—Bueno, capa gruesa… —dijo Carla, dando un paso atrás para mirar a Asia de pies a cabeza—. Te estás quedando en los huesos.

—Boh —dijo Asia, ruborizándose y cogiendo una bandeja para unirse a la cola detrás de Claudia. Carla lo siguió.

—Es verdad —dijo Carla.

Asia se encogió de hombros.

—Será por lo fácil que es dejar la mitad de esta comida en el plato —dijo en voz baja para que sólo Carla pudiera oírlo, sonriendo a la rolliza cocinera que le servía unos macarrones apelmazados regados con una salsa de tomate casi líquida plagada de tropezones de atún seco.

—Por lo que sea. Entre eso y esos pelos, estás cada día más atractivo. Afortunada la chica que te lleve.

—No soy un osito de peluche en una feria para que alguien *me lleve*.

—Ya me entiendes.

Asia la entendía, pero prefería pensar que Carla estaba siendo generosa con él. Abandonaron la cola tras coger un yogurt natural y los cuatro fueron a sentarse a su mesa de siempre. Se la encontraron ocupada.

—Ya termino, sentaos —les dijo Blas, metiéndose lo que le quedaba de yogurt en la boca con una cucharada bien colmada y levantándose de la mesa para dejarles sitio.

Fran y Carla le agradecieron el gesto. Claudia frunció el ceño

cuando Blas le guiñó el ojo.

—Asia, ¿puedo hablar contigo un momento?

Asia dejó la bandeja en la mesa y acompañó a Blas hacia la puerta, a regañadientes.

—¿Qué hay de lo de no querer hablar conmigo en lo que quedaba de curso? —le preguntó Asia cuando se hubieron alejado.

—Eso era si no conseguías que devolvieran el microondas. Creía que no te lo estabas tomando en serio, pero me equivocaba. Dime: ¿cómo lo lograste?

—¿Podemos dejarlo para otro momento? —preguntó Asia. En la mesa, sus amigos habían empezado a cenar sin él.

—Ah, claro: aquí nos puede oír cualquiera —dijo Blas, dándose unos golpecitos en la sien—. Bien pensado. Ven a mi habitación cuando acabes de cenar.

—Hoy no puedo. ¿Mañana?

—Mañana es jueves.

—Ya.

—¿No sales?

—Tengo que estudiar.

—Pues mañana entonces —dijo Blas—. Estoy despierto hasta tarde, así que ven cuando quieras.

Asia asintió con la cabeza y Blas se marchó del Comedor con su gabardina negra ondeando tras él. Asia volvió junto a sus amigos y se sentó a la mesa.

—¿De qué conoces al chico del sombrero? —preguntó Carla.

—¿A Blas? Lo conocimos en las novatadas —dijo, señalando a Claudia.

—Lo que no entiendo —dijo Claudia— es que hables con él como si nada. Es un… panoli.

Trocitos de atún y salsa de tomate salieron como perdigones de la boca de Fran. Le siguieron unas toses mezcladas con carcajadas.

—*Panoli*… —dijo, meneando la cabeza.

—Bueno, sólo hace falta verlo —siguió Claudia—. Y es un pervertido, con tanto "muñeca" y tanto guiño.

—Porque le gustas —dijo Asia.

—Pues que no.

—¿Que no qué?

—Que no le guste —dijo Claudia, cruzándose de brazos.

—Creo que tú no puedes decidir si le gustas a alguien o no —dijo Asia—. Y aunque pudieras, es a él a quien deberías decírselo, no a mí.

Claudia la tomó con Asia y no le dirigió la palabra durante el resto de la cena. Luego, al llegar junto a las máquinas expendedoras de los subterráneos, debió de decidir que había otros días mejores para enfadarse con él.

—Aún sigue en pie lo de esta noche, ¿verdad? —preguntó. Asia asintió con la cabeza.

—¿Qué de esta noche? —se interesó Carla desde detrás de ellos, agarrada del brazo de Fran.

—¡Ah! —dijo Claudia, sonriente, negándose a contestar.

—A ver: ¿qué de esta noche? —le preguntó a Asia.

Asia imitó el gesto de Claudia.

—¿Tú sabes algo? —le preguntó Carla a Fran.

—Yo qué voy a saber.

—Quedamos en media hora, ¿vale? —le dijo Asia a Claudia antes de separarse de ellos para subir a su habitación.

A sus espaldas, oyó cómo Carla seguía intentado que Claudia o Fran le dijeran qué era "lo de esta noche".

"Lo de esta noche" era que Asia iba a ayudar a Claudia a estudiar para el examen de Dibujo del viernes. El primer examen que harían en la universidad. Claudia estaba nerviosa porque creía que iba a suspender. Asia estaba de acuerdo.

A Claudia se le daba mal Dibujo. Podía recordar perfectamente el procedimiento para hacer cualquier ejercicio, pero no tenía visión espacial. Una vez empezaba a dibujar, era incapaz de distinguir unas líneas de otras.

Tampoco era la persona con más habilidad manual del mundo. Manejaba la escuadra y el cartabón como si llevara manoplas. Lo que peor llevaba era trazar paralelas: las suyas se empeñaban en cruzarse.

Así que Asia bajó a la sala de estudio cargado con el material de Dibujo y lo desperdigó todo en su mesa, al fondo, de cara a la puerta. Desde allí vería aparecer a Claudia en cualquier momento. Aunque no fue ella la primera en entrar.

Lira llevaba el pelo suelto y el pijama abrochado hasta arriba. Bajo el brazo, en vez de un libro, llevaba un pequeño montón de apuntes. Se sentó en su sitio de siempre, de espaldas a la puerta. Bostezó y se estiró.

Asia bajó la cabeza antes de que Lira lo sorprendiera mirando. Oyó una silla que se arrastraba y unos pasos que se acercaban y un carraspeo que reclamaba su atención. Sólo entonces alzó la mirada y la vio frente a él.

—¿Hoy no tomas café? —le preguntó en voz baja—. Yo voy a coger uno ahora.

Asia asintió con la cabeza y se levantó. Siguió a Lira a través de la sala y salieron juntos al pasillo. En silencio, cada uno cogió un café de la máquina.

—Al final he vuelto —dijo Lira.

—Ya veo. Y tampoco se ha acabado el mundo.

—Mm-mmh —negó ella.

Asia se alegraba de que Lira estuviera allí. Aunque sólo hubiera hablado con ella cinco minutos en su vida, recordaba el malestar en el estómago que había sentido cuando Lira le dijo que quizás no volverían a verse, como si fuera a echarla de menos sin haberla conocido todavía.

Pero allí estaba ahora, en pijama, frente a él, con seis meses de curso por delante. Tiempo más que suficiente para llegar a conocerla, siempre y cuando no dejara los minutos escapar en silencios incómodos.

—Y veo también que vas a usar la sala de estudio para estudiar —dijo Asia.

—Sí, bueno. Porque me obligan.

—¿Quién te obliga?

—Mi tía.

Asia sopló el café, intentando enfriarlo. Al final preguntó:

—¿Por qué te obliga tu tía a estudiar?

—¿Por qué me obliga? ¿O por qué es mi tía quien lo hace?

—Las dos cosas, supongo.

—A ver, es que hemos llegado a un acuerdo y mi parte del trato consiste en aprobar todos los exámenes. No es que me esté dando con un látigo. Ni siquiera son exámenes difíciles, que estudio Filología Inglesa, no Ingeniería de Puentes o lo que sea que hagas tú.

—Ah, ¿por eso bajabas aquí a leer? —preguntó Asia—. ¿Eran libros que te mandaban en clase?

—No.

Asia se llevó el café a la boca por hacer algo. Quemaba, pero aguantó el dolor. No se le ocurría qué más preguntar.

Sí que se te ocurren muchas preguntas, Asia, dijo la voz. *Lo que pasa es que tienes miedo a que Lira piense que eres más estúpido todavía. O peor aún: que piense que eres un entrometido. ¿Te has fijado cómo ha evitado contestar a lo de su tía? ¿Has visto cómo no ha querido darte explicaciones a lo de los libros que leía?*

Asia se había fijado, sí, y también se fijaba ahora en lo intenso del silencio entre ellos. Por eso se alegró cuando por el pasillo apareció Claudia. Lira se giró al ver la mirada de alivio de Asia. Por cómo se saludaron, Asia se dio cuenta de que las dos chicas ya se conocían. Charlaron animadamente durante un minuto. Asia se maravilló de lo fluida que podía llegar a ser una conversación.

—Habrá que estudiar, ¿no? —dijo Claudia, entrando a la sala, seguida por Lira y Asia.

Lira se quedó en su mesa, junto a la puerta, y Asia y Claudia fueron hasta la suya, al fondo. Se sentaron a practicar los ejercicios que podrían caerles en el examen. De vez en cuando, Claudia le preguntaba alguna duda a Asia. Asia intentaba ayudarla en lo que

podía. Aunque no le estaba siendo nada fácil.

—Es guapa Lira, ¿eh? —dijo Claudia, dejando por un momento el portaminas sobre la mesa y sonriendo a Asia.

—¿Qué? No sé… —dijo Asia, ruborizándose—. Puede ser, no me he fijado.

—Ya… ¿No te has fijado ninguna de las veinte veces que has mirado hacia allí? —preguntó Claudia, señalando hacia sus espaldas.

Asia se encogió de hombros. Algo sí se había fijado.

—¿Quieres que te cambie el sitio para que no te distraigas tanto?

—No.

Claudia se rió. Miró hacia atrás, y Asia aprovechó para mirar también. Lira subrayaba los apuntes con una desgana apasionante, con la cabeza apoyada sobre la mesa y el rotulador apenas sujeto entre unos dedos que parecían no ejercer fuerza alguna.

—¿Te gusta? —preguntó Claudia al volverse.

—He hablado dos veces con ella. Una y media, más bien.

—¿Y qué?

—No, no me gusta.

—Mejor.

—¿*Mejor* por qué? —preguntó, inclinándose un poco más hacia delante. Claudia hizo lo mismo.

—Bueno, ¿recuerdas cómo a veces Fran no llegaba a tu habitación hasta las tantas e incluso alguna vez no iba ni siquiera a dormir?

Asia lo recordaba, claro. Y también recordaba contárselo a Claudia, a ver si ella le confirmaba lo que ya sabía: que la habitación donde Fran dormía esas noches era la de Carla.

—Pues ahí quiero ir a parar —dijo Claudia—. ¿Por qué crees que Fran puede quedarse a dormir en la habitación de Carla? Porque muchas noches Lira no duerme ahí —respondió ella misma—. ¿Y dónde crees que duerme esas noches?

Asia no lo sabía, pero lo podía intuir.

—¿Estás diciendo que Lira tiene novio?

—Novio, novia o un trabajo nocturno.

—¿De qué va a trabajar?

—No sé, Asia. De basurera. En todo caso, no creo que te convenga.

—¿Que me convenga para qué?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

Claudia resopló por la nariz.

—Me parece genial que intentes pasar página y olvidarte de Carla —dijo Claudia—. Y creo que no hay mejor manera de hacerlo que centrando tu atención en otra chica. Pero esta vez intenta que sea una que te vaya a corresponder.

Asia ahogó una risita irónica.

—¿Cómo quieres que sepa si me va a corresponder o no?

—No lo sabes —dijo Claudia, cogiendo de nuevo el portaminas y sentándose bien en su silla—. Pero un buen inicio sería evitar a las chicas que ya tienen pareja, ¿no crees? Para aumentar algo la probabilidad de éxito, más que nada. Y para que no acabes otra vez con el corazón roto.

Claudia retomó el ejercicio donde lo había dejado. Mientras ella trazaba líneas sin parar, la atención de Asia se volvió a centrar a una decena de metros de allí, junto a la puerta, en esa mesa donde Lira subrayaba los apuntes con su mano izquierda mientras jugueteaba distraídamente con su pelo con la derecha, articulando sin hablar lo que iba leyendo.

Lira no le convenía. Y era una auténtica suerte que Asia no sintiera absolutamente nada por ella.

13

La princesa desnuda

La lluvia hizo su aparición el jueves por la noche, poco después de que Asia llegara al ático de Blas. Allí, el ruido de las gotas contra el tejado amenazaba con imponerse a la música de ambiente que llenaba la habitación.

—Veo que los Reyes se han portado bien —dijo Asia mirando a su alrededor, sentado en su sillón habitual.

—Los Reyes Magos no existen, Asia. Esta televisión la he pagado yo solito. Y no me hagas hablar de la mesa que he tenido que comprar...

La nueva mesa de centro era de madera, a prueba de tazas de café.

—Bueno, al grano —dijo Blas, sentándose con las piernas cruzadas en su sillón y apoyando el sombrero en una de sus rodillas—. ¿Cómo conseguiste que devolvieran el microondas?

—¿De verdad importa eso ahora?

—Sí, para algo te he invitado.

Asia tomó aire. Por un momento se planteó contarle la verdad a Blas. El impulso no tardó en pasársele. Prefería que Blas no supiera que le había estado tomado el pelo durante los dos meses anteriores, fingiendo dedicar esfuerzo a recuperar un microondas que él mismo había robado.

—Hice lo que te dije que iba a hacer —dijo en su lugar—. Extendí el rumor de que iban a revisar las habitaciones durante las navidades y a alguien le entró miedo y lo devolvió.

—¿Y no sabes quién fue?

—No.

—Pero sí que sabías que lo habían devuelto —dijo Blas, frunciendo el ceño.

—¿Cómo lo iba a saber?

—Tú me dirás. Lo único que sé es que no te sorprendió saber que el microondas había aparecido, cuando te lo dije ayer.

Asia tragó saliva. El encuentro con Blas le había cogido por sorpresa y no había caído en la cuenta de reaccionar de la manera apropiada a la noticia.

—Porque estaba totalmente seguro de que mi plan iba a funcionar —dijo, sonriendo, hablando con una prepotencia de la que Joaquín estaría orgulloso.

—Pues es una pena que no sepas quién fue —dijo Blas, dándole vueltas al sombrero entre las manos.

—¿Por qué?

—¿Otra vez? Porque Eulogio y Ramón van a exigir un nombre.

—¿Te lo han dicho ellos?

—Como si lo hubieran hecho. Me llamaron el viernes antes de las vacaciones para decirme que podía irme a casa, nada más. Pero cuando Ramón venga por aquí, que vendrá, tendré que darle un nombre. Y si tú no puedes darme ninguno, voy a tener que darle el tuyo. Le diré la verdad: que has conseguido que el microondas aparezca. Pero van a querer hablar contigo de todos modos.

Oh, de eso no había ninguna duda. A Asia le sorprendía que no hubieran hablado ya con él en las dos semanas que llevaba en la Residencia tras la vuelta de las vacaciones, después de lo que había pasado en el Almacén...

Aunque, pensándolo bien, ¿cómo iban a dar con él?

Eulogio lo había visto, sí. Pero ¿se había fijado lo suficiente para recordar su cara? Asia no era la persona más llamativa del mundo. Estaba acostumbrado a pasar desapercibido junto a Fran, Carla o Claudia. Al menos hasta que su nombre salía a la luz.

Pero Asia seguía siendo anónimo para Eulogio. ¿Bastarían los pocos segundos que le había visto la cara en el Almacén para poder dar con él? ¿Lo reconocería si se lo cruzaba por la Residencia? Tal vez fuera momento de cortarse el pelo, o teñírselo, o ponerse gafas pese a no necesitarlas, o empezar a usar sombrero, como Blas.

Aunque seguro que ya era demasiado tarde. Seguro que lo primero que habían hecho ese viernes, después de que Asia saliera corriendo del Almacén, había sido repasar la base de datos de todos los residentes hasta dar con él, si es que tenían acceso a tal cosa. Si era así, ¿a qué esperaban para ir a por él? ¿Estarían pensando cómo castigarlo?

Asia dio un sorbo al café y apoyó la taza con cuidado sobre la mesa. Esta vez no había riesgo de que la rompiera, pero aun así…

—¿Qué te pasa? —preguntó Blas.

Asia intentó mudar la expresión, tarde. Era la misma cara que pondría alguien que recuerda que hay una fuga de gas en el momento de encender un cigarrillo: un microsegundo de pánico inicial seguido de una eternidad de resignación.

—Nada —dijo, sintiendo como toda la esperanza de seguir en el anonimato se le escapaba con la revelación que acababa de sufrir. Se recostó en el sillón y miró a Blas—. Si viene Ramón a verte, dile lo que le tengas que decir. Ya me encargaré yo de tratar con él.

Desinflado, se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. Daba igual que Eulogio recordara su cara o no. Daba igual que tuvieran una base de datos que consultar. Sabían quién era Asia, porque Asia se había olvidado en el Almacén la maleta en la que había llevado el microondas. Una maleta que su madre había insistido en etiquetar

antes de empezar la universidad.

—Pero tampoco son para tanto, ¿no? —preguntó Asia, emergiendo de detrás de las manos—. Eulogio y Ramón, digo. No pueden ser tan malos como los pintas si conseguiste esta habitación por ellos, ¿no?

Blas descruzó las piernas y empezó a jugar con el sombrero entre las manos. La lluvia ahogaba por momentos la música que sonaba de fondo.

—El otro día no dije nada de eso. Dije… Se me escapó —se corrigió Blas, levantando un dedo— que gracias a ellos acabé aquí, sí, pero la habitación no me la dieron ellos. Fue un golpe de suerte, nada más. Te aseguro que fui tremendamente miserable todo el tiempo que trabajé para Eulogio. ¿Son para tanto? Hombre, a ver, no son Juan Docampo, más que nada porque no tienen tanto poder como él. Pero aun así se las apañarán para hacerte sufrir si la toman contigo. Así que hazme caso y dales un nombre. Uno cualquiera. Que sea otro quien asuma la culpa. Delega, como yo delegué en ti.

Asia asintió con la cabeza, como si de verdad estuviera aceptando el consejo de alguien que creía en conspiraciones para encubrir media docena de muertos en un incendio causado por un montón de gatos.

—Supón que la tomen conmigo —dijo Asia—. ¿No decías que llevan sus asuntos a espaldas del Director? ¿Qué pasaría si acudiera a él?

Los ojos de Blas se abrieron mucho tras los gruesos cristales de sus gafas. Negó con la cabeza, despacio.

—Yo no haría eso. Jamás. Te he aconsejado que evites meterte en líos con Eulogio y Ramón, pero te imploro, ¿me oyes?, te imploro que no te acerques a Juan Docampo. Por tu bien.

—¿Por qué?

—Para empezar, ¿qué le dirías: que te has visto involucrado en un asunto irregular con dos de sus empleados? Eso es una expulsión de manual, directamente. Y tendrías mucha suerte de que todo quedara ahí. No tienes ni idea de la clase de persona que es Juan Docampo.

—No paras de repetir eso.

—Porque no acabas de entenderlo. ¿Sabes que tuvo su primer negocio con dieciocho años? Una copistería en pleno campus universitario, en los tiempos en que la universidad estaba integrada en la ciudad, en la zona del Estadio de Riazor, antes de que se construyera la Residencia y poco después se decidiera trasladar el campus a las afueras.

—Será al revés.

—¿El qué?

—Que la Residencia se construiría después de que trasladaran la universidad, para estar cerca, ¿no?

—Lo que sea. Eso no es lo importante. Había otra copistería justo

al lado del negocio de Juan Docampo. Una de toda la vida. Fotocopias Riazor. En el primer mes, Docampo Fotocopias hizo promociones cada vez más desesperadas. Por una peseta podías hacer diez mil fotocopias, sin exagerar, como quien dice.

Asia eligió no comentar nada. Que Blas le contara lo que le tenía que contar...

Por algún motivo no conseguía atraer clientes. Así que Juan Docampo decidió cambiar de estrategia. Una noche imprimió miles de octavillas y carteles publicitarios y salió a la calle.

Llenó de carteles un edificio con fachada de cristal que había enfrente. Empapeló también el monumento al mar que hay en la plaza, donde las familias de los marineros siempre dejan flores para que vuelvan sanos a tierra. ¿Conoces la escultura? Son unos marineros tirando de unas redes, y unas gaviotas sobrevolando sus cabezas, y una ola que se cierne sobre ellos, y creo que hay un caballo rampante y ¿un duende?, todo hecho de hierro fundido.

Luego, para asegurarse, llenó los coches de octavillas. Y en todos los muros en los que se prohibía pegar carteles, oh, Asia, ahí pegó el doble, unos sobre otros hasta que los muros doblaron su grosor.

—Es una vergüenza lo que han hecho —dijo un hombre a la mañana siguiente mientras intentaba arrancar los carteles del monumento al mar—. ¿Sabes quién va a pagar esta insolencia? Los pobres marineros. Van a morir a decenas. Habrá que rezar doblemente por ellos.

Una mujer a su lado se persignó y dijo a su vez:

—Pues la bromita les va a salir cara, la verdad, con lo que cuesta limpiar todos esos cristales... Eso siempre que el pegamento no los haya escacharrado para siempre y haya que cambiarlos. Y no hablemos de la multa. ¿De verdad creían que merecía la pena hacer todo esto por un poco de publicidad?

Son conversaciones que quedaron registradas en los periódicos de la época, sí, Asia. Y si no son esas, fueron unas parecidas.

Un chico alto y estilizado se unió a la conversación. Sus ojeras no pegaban con su traje de mil dólares o lo que sea, ni con su reloj de oro macizo.

—Lo que no entiendo —dijo Juan Docampo, porque el chico estilizado, el de las ojeras, ¿recuerdas?, era él, Asia —es qué necesidad tenía Fotocopias Riazor de anunciarse de esta manera. Menuda lástima sería que tuvieran que cerrar después de esto. Cuán perniciosa puede ser la codicia.

—Cuán, en efecto —apuntó la señora.

—Cuán, cuán —dijo el hombre.

Todos tenían razón. Y por mucho que desde Fotocopias Riazor explicaran que ellos no habían tenido nada que ver con esa maniobra

publicitaria, los carteles hablaban por sí solos. Tuvieron que pagar por los daños causados. Pero lo peor fue la pérdida de confianza de su clientela habitual. Todo el mundo le dio la espalda a Fotocopias Riazor, y Juan Docampo los recibió con los brazos abiertos y unos precios algo elevados, pero, ey, al menos el chico era de fiar.

—Quince años de negocio hundidos en una noche por una sola persona con un poco de papel y algo de pegamento. Así de peligroso es Juan Docampo.

—Ya. Oye, ¿quién más sabe esto? —preguntó Asia.

—Todo el mundo. Es lo que se habla en las calles. Esto y cosas mucho peores.

—Como que encubrió la muerte de seis personas en un incendio.

—Sí, exactamente como eso —dijo Blas de malos modos.

La anterior vez que Asia había dudado de la veracidad de las historias de Blas, la conversación había acabado mal. Así que se mordió la lengua y contuvo las ganas de manifestar su escepticismo. Cada vez llovía con más fuerza. Blas se levantó y fue hasta el equipo de música. Subió un par de puntos el volumen para paliar el ruido del temporal que se estaba desatando fuera.

Asia sentía que Blas estaba a punto de decirle que era tarde y que quería dormir, aunque él también acababa de tomarse una taza de café. No quería irse de allí sin resolver algunas dudas.

—¿A qué te refieres cuando dices que te dieron esta habitación?

Blas, junto al equipo de música, dejó de seguir el ritmo con la cabeza y miró a Asia.

—¿Qué?

—Antes dijiste que tenías esta habitación gracias en parte a Ramón y a Eulogio, pero que *ellos* no te la habían dado. Pero eso implica que alguien sí te la dio, ¿no? ¿A qué te refieres con eso? ¿Había más gente interesada y te la acabaste llevando tú?

Blas, desde el otro lado de la habitación, sonrió e hinchó el pecho.

—No. Hay mucha gente interesada, no lo dudo, pese a lo mucho que tiene que costar al mes. Los padres de un centenar de niños ricos pagarían porque su hijo disfrutara de todos estos lujos. Pero cuando digo que me la dieron, es que me la dieron. No pago nada. Cero.

Ahora sí que Asia no se lo podía creer.

—¿Y quién se supone que te dio gratis esta habitación? ¿El Director?

—Claro. ¿Quién más me la iba a dar? Aquí es el rey. Él hace y deshace sin tener que rendir cuentas a nadie.

—¿A cambio de qué te la dio?

—¿A cambio de qué? —preguntó Blas, confuso. Una nueva canción acababa de empezar. *Hey, hey, hey, hey...* cantaba una voz aspirada antes de dar paso a un afilado riff de guitarra: *tchana nananana*

nananá, tchana nananana nananá—. A cambio de nada.

Asia no disimuló la sorpresa.

—¿Me estás diciendo que un hombre de negocios como Juan Docampo, capaz de hundir a la competencia con unos cuantos carteles, te regaló una habitación de lujo sin más?

—Bueno…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? En la habitación.

—Desde segundo.

—Y no pagas nada por ella. —Blas negó con la cabeza. Asia frunció el ceño—. Nada que tú sepas.

—¿Insinúas que me está sacando dinero sin que yo me entere? —preguntó Blas.

—No. Insinúo que estás pagando el precio de esta habitación de alguna forma, no con dinero. ¿Cuánto crees que habrá dejado de ganar Juan Docampo por tenerte aquí?

Blas se quedó callado. Llegó el estribillo, seguido de un ritmo sinuoso que hacía que Blas se moviera instintivamente.

—Mucho —dijo, torciendo el gesto—. Demasiado.

—¿A cambio de qué? —preguntó de nuevo Asia.

Blas parecía realmente confundido, concentrado en intentar recordar lo sucedido hacía cuatro años.

—De verdad que no lo sé.

—¿Nunca te habías parado a pensarlo?

—A ver, siempre me pareció demasiado bueno para ser verdad. Pero es que es verdad —dijo, abriendo los brazos y señalándolo todo con un gesto.

—También era de verdad el caballo de Troya.

—Ya, pero en estos cuatro años nadie me ha atacado, así que dejé de preguntarme por qué me había regalado esta habitación y me dediqué a disfrutar de ella. Quizás le caiga bien, no sé...

Blas se quedó callado, de pie, con la mirada perdida. La lluvia sonaba cada vez con más fuerza. El viento ululaba entre los árboles. Asia fue a decir algo, pero Blas subió el volumen de golpe.

Asia sabía leer una indirecta. Se levantó y miró a Blas antes de salir de la habitación. Tenía los ojos cerrados, como si no quisiera saber nada de Asia. Movía la cabeza, concentrado totalmente en la música que inundaba ahora por completo la habitación. Sobre un ritmo opresivo, una voz no paraba de repetir *learn to swim, learn to swim, learn to swim, learn to swim*…

Era un buen consejo, viendo cómo cada vez llovía más. Del otro lado del tejado, las canalizaciones apenas daban abasto para desalojar el agua. Un chorro incesante caía sobre la ya encharcada calzada que pasaba por delante de los seis bloques de habitaciones. Un taxi salpicó a una acera por la que no pasaba nadie antes de detenerse pasado el

Bloque 3, al inicio de la rampa que bajaba al Comedor y que a esas horas parecía un río.

Carla bajó del taxi calada hasta los huesos. Corrió rampa abajo y entró por la puerta lateral del Bloque 3, la de los subterráneos, la única abierta a esas horas de la noche. No había nadie en las salas de estudio, ni se cruzó con nadie de camino a su habitación. Cuando llegó, encendió la luz. Sólo cuando vio la cama vacía de Lira se acordó de ella. Si hubiera estado durmiendo la habría despertado. Suerte que estuviera pasando la noche con Antonio, para variar.

La habitación estaba caldeada. Carla se moría de frío. La ropa mojada se le pegaba a la piel. Los pies le chapoteaban dentro de las botas.

Había elegido mal momento para irse, aunque se habría empapado igual de haber esperado algo más. El paraguas que le habían dejado quedó inutilizado con la primera ráfaga de viento. Hizo el resto del camino hasta los taxis bajo el aguacero. El taxista le puso mala cara cuando se subió. Le iba a mojar el asiento. Al menos el cuero no coge resfriados.

Ahora se quitaba el abrigo.

—Se suponía que eras impermeable —le dijo, lanzándolo al suelo —. Traidor.

Carla se asustó al ver su reflejo en el espejo de cuerpo entero. Solía olvidarse de que el espejo estaba ahí, junto a la pizarra. Y más un día como hoy, en el que había bebido más de la cuenta.

No era su intención. Ni siquiera tenía muchas ganas de salir, pero la acabaron convenciendo. Era el último jueves que podrían salir antes de los exámenes. Además, ya había faltado a la cena de clase de antes de las navidades. No podía hacerles ese feo a sus compañeros otra vez.

Así que salió y bebió. Al menos no se gastó mucho dinero, porque uno de los chicos de su clase se empeñó en invitarla a cuantas copas quiso. También le ofreció un hueco bajo su paraguas y hasta una gran parte de su calor corporal. A Carla no le hizo ninguna gracia la forma en la que le pasaba el brazo por encima de los hombros. Fue entonces cuando decidió irse, no sin antes aceptar el paraguas.

Carla frunció el ceño frente al espejo. ¿Iba a obligarla el chico a que le comprara otro? La Carla del espejo meneó la cabeza de un lado a otro, muy seria. Que no se lo hubiera dejado. Que no hubiera tenido vete a saber qué intenciones con tanta copa y tanto brazo por encima del hombro.

—Frrríooooo —pronunció con voz temblorosa.

Casi podía verse la piel de gallina a través de la blusa empapada. Se quitó las botas y las lanzó de cualquier manera al suelo. A punto estuvo de perder el equilibrio mientras se quitaba los calcetines. Los pantalones le costaron más.

Tenía los dedos helados. Los botones de los vaqueros parecían haberse hinchado con el agua. Tardó un par de minutos en desabrocharlos. Luego empezó a tirar hacia abajo de los pantalones. Habían encogido por la lluvia. Estaban tan pegados a su piel como la blusa. Con esfuerzo y paciencia consiguió bajarlos, arrastrando con ellos las bragas. Tenía que quitárselas de todos modos, pensó. El agua también las había empapado y empezaba a tener heladas las nalgas.

De pronto se le ocurrió que podría darse una ducha caliente para quitarse ese frío que había penetrado hasta sus huesos. Una ducha larga bajo el agua ardiendo, sin necesidad de enjabonarse siquiera, sólo abrir el grifo y dejar que el vapor llenara el cuarto de baño, convirtiéndolo en una sauna y no salir de la ducha hasta que las yemas de los dedos estuvieran arrugadas como pasas.

Pese al temblor por culpa del frío, Carla sonrió ante la perspectiva de esa ducha caliente y se encaminó hacia el baño. Habría hecho mejor en asegurarse de que los vaqueros no estuvieran todavía enrollados en sus tobillos antes de dar el primer paso.

Tropezó y perdió pie. De algún modo se las apañó para caer de espaldas sobre su cama. Tenía la respiración agitada por el susto de la caída. El corazón le latía con tanta fuerza que hacía saltar gotitas de agua de la blusa. Pataleó hasta lograr deshacerse del amasijo formado por los pantalones y las bragas. Se impulsó hacia atrás para subirse por completo al colchón y tomarse unos minutos para recobrar la calma.

Ahora que las piernas estaban en contacto con el aire cálido de la habitación, Carla ya no tenía tanto frío. La estúpida blusa seguía helándole los pulmones, sí, pero no por mucho tiempo. Volvió a pelearse con unos botones ridículamente pequeños. Desabrochó los tres primeros y sintió la caricia cálida del aire en su pecho.

Volvió a impulsarse contra el colchón hasta quedar incorporada en la cama. Apenas sintió el tacto templado de la madera en su espalda mojada. Se frotó un pie contra otro, intentando que entraran en calor. Se secó las manos en el nórdico y echó un vistazo a su mesilla de noche. Había un vaso de agua medio lleno de la noche anterior. Lo bebió en dos largos tragos y lo volvió a dejar junto al teléfono.

Cada vez se sentía mejor. Mucho mejor. No tenía sueño y cada vez tenía menos frío. ¿Se molestaría mucho Fran si lo llamara ahora?

Se recogió el pelo en un único mechón y lo escurrió sobre su hombro. Se estremeció al sentir el agua de lluvia mojándole de nuevo la piel. Descolgó el teléfono y sostuvo el auricular en su mano sin decidirse a marcar el número de la habitación de Fran.

¿Qué hora era? Carla miró al frente, hacia el reloj de pared que había sobre la puerta del baño. Veía las agujas borrosas, pero le pareció que estaban a punto de ser las tres. Casi se pudo imaginar a

Fran descolgando el teléfono sin saber quién lo despertaba a esas horas, murmurando algo ininteligible con voz ronca.

Carla colgó el teléfono sin haber llegado a marcar ningún número. Fran tenía examen al día siguiente. Quizás no fuera buena idea despertarlo, pensó mientras sus dedos volvían a aplicarse distraídamente a los botones de su blusa. Las piernas empezaban a entrar en calor.

¿Sabes qué? Puede que Fran quisiera dormir y aprovechar la mañana para repasar antes del examen de la tarde, pero iba a tener que ser él quien tomara esa decisión. Carla lo llamaría y le diría que acababa de llegar y que no tenía sueño y que estaba algo borracha, y que la blusa se le transparentaba y no había manera de desabrochar los botones, que iba a necesitar ayuda urgente. Sí.

Cuando se dio cuenta, había logrado desabrochar el último botón. Se quitó la blusa y la lanzó al suelo, junto con el abrigo, los tenis y los pantalones. La siguió el sujetador.

Volvió a tumbarse en la cama. Notó el frío del pelo mojado bajo su espalda. Iba a tener que poner a secar la almohada antes de irse a dormir. Descolgó de nuevo el auricular y marcó el número de Fran con unos dedos que empezaban a recuperar la movilidad. La luz le molestaba. La apagó. El techo se llenó de estrellas. Oyó un tono. Luego, una voz.

—¿Sí?

Carla se quedó callada. No había pensado que lo más lógico era que a esas horas quien respondiera al teléfono fuera Asia.

—¿Hola?

A Carla le dio vergüenza oír la voz susurrada de Asia en su oído estando tumbada sobre la colcha, desnuda.

—Hola —susurró ella a su vez, aunque a este lado de la línea no había nadie a quien pudiera despertar—. ¿Dormías?

—No. Acabo de llegar a la habitación. ¿Tú?

—Yo también acabo de llegar.

Carla movió los dedos de los pies y apoyó la mano libre sobre el vientre.

—Fran duerme —dijo Asia.

—Ya.

—¿Quieres que lo despierte?

—¿Cómo?

—No sé. Puedo ponerle el teléfono junto a la oreja y tú puedes gritarle.

Carla valoró durante unos segundos esa opción.

—Golpéalo —dijo al final.

Asia contuvo una risa.

—¿Qué?

—Golpéalo con el auricular en la cabeza. Ya verás como así se despierta.

—Golpéalo tú. Yo no pienso hacerlo.

—Yo no puedo. ¿No ves que no estoy ahí?

—Pues ven y golpéalo.

—No puedo, estoy desnuda.

Hubo unos segundos de silencio que a Carla le parecieron muy divertidos.

—¿Sigues ahí, Asia?

—Sigo. ¿Despierto a Fran?

—Déjalo dormir. ¿Sabes qué estoy haciendo?

Una nueva pausa. Carla sonrió.

—No —dijo Asia al final.

—Estoy mirando las estrellas.

—Está nublado. ¿Estás borracha?

—Tú estás borracha. Y está nublado fuera. Yo estoy mirando las estrellas del techo. ¿Las recuerdas? Mi piel parece verde con esta luz. Igual no soy de este planeta, Asia.

—No lo eres, desde luego. ¿No tienes frío?

—No. Llegué empapada. No sabes cómo llovía. Ahora ya estoy seca, salvo el pelo.

—Te vas a acatarrar.

—Eso es para la gente de la Tierra. Mi piel verde es a prueba de catarros. Y tan suave…

Carla deslizó la yema de los dedos desde su vientre hasta su pecho y la volvió a bajar. La caricia le erizó la piel.

—¿No hablas? —preguntó Carla.

—No sabía qué decir.

—Vaya. —Carla sonrió—. ¿Puede ser que te esté poniendo nervioso, Asia?

—¿Por qué lo dices?

—Porque cada vez que menciono que estoy desnuda, tumbada sobre la cama, sintiendo el aire templado de la habitación acariciando mi piel, te quedas callado.

Hubo un silencio de diez segundos. Carla se echó a reír. Estaba segura de que esta vez Asia lo había hecho a propósito. Cuando lo oyó hablar de nuevo, casi podía sentirlo sonreír a través del teléfono.

—Coincidencias —dijo Asia.

—Lo suponía. ¿Cuándo te pones tú nervioso?

—¿Contigo? Muchas veces.

—Venga ya…

—Es cierto —reconoció Asia. Sus susurros eran tan débiles que parecían surgir directamente en el interior de Carla, en vez de salir del teléfono—. Puede que no lo parezca, porque no son nervios que me

impidan hablar. Salvo ahora.

Carla sonrió. Sus dedos seguían dibujando pequeños círculos en su piel, levantando escalofríos.

—Pero pocas veces estoy completamente tranquilo contigo al lado. De hecho…

—Qué.

—Que ese es el problema. Por eso he sentido la necesidad de alejarme de ti.

—¿Como el verano pasado?

—Sí. Pero nunca más. Puedo vivir con este cosquilleo en el estómago.

Carla también lo sentía, y no sólo porque al pasar el dedo alrededor del ombligo se estremeciera. El ambiente de la habitación era agradable, caldeado, pero era la voz de Asia, tan íntima en su oído, la que la acariciaba por dentro y hacía que se olvidara del frío que había pasado minutos antes.

—Érase una vez… —dijo Carla.

Del otro lado del teléfono le llegó la risa clara y breve de Asia.

—Una princesa —dijo él—. De un planeta lejano donde no existían los catarros y siempre hacía calor.

—¿Dirías que era la más bella de entre todas las princesas, Asia?

—Y de entre todas las mujeres. Pasaría por hija de apuestos campesinos que se habían casado por amor si sus ropajes no la delataran.

—La princesa era bella vestida con sedas y también desnuda bañándose al sol —siguió Carla—. Y de noche la luz de las estrellas se reflejaba en su pálida piel. En su vientre plano y en su frágil cuello. En sus pechos pequeños y en su vello rizado.

A medida que enumeraba, Carla se fue acariciando. Empezaba a tener calor.

—Y en sus labios carnosos —añadió Asia.

Carla los humedeció con la lengua y los acarició con un dedo, apenas rozándolos, haciéndose cosquillas que tuvo que aplacar a pequeños mordiscos.

—¿Era lo que más te gustaba de la princesa, Asia? ¿Sus labios?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por cómo besaban.

—¿Y cómo besaban? —preguntó Carla. Le estaba costando contener la voz.

—Sin necesidad de hacerlo. Igual que el sol calienta sin tocar. Besaban con sólo verlos.

—¿Y qué pasaba cuando besaban de verdad?

Carla se llevó la mano al pecho. Notó su corazón latiéndole con

fuerza, como si quisiera escapar. Apretó, tratando de atraparlo.

—Dicen que su beso era como el primer trago de agua fresca después de estar a punto de morir ahogado en el mar, sólo que más dulce. Dicen que tenía la fuerza de una tormenta de verano. Que era como el hielo: tan frío que quemaba. Dicen que besaba con todo su ser. Que sus pechos se clavaban blandos en el corazón. Que su vientre plano y suave se hinchaba hasta que no quedaba espacio entre los cuerpos.

Carla no sabía si su respiración marcaba la cadencia de la voz de Asia o si era la voz la que le agitaba la respiración a su antojo. No importaba. Cerró los ojos. Se mordió los labios.

—Era pura simetría —dijo Carla con la voz entrecortada—. Acababa como había empezado: con unos labios más húmedos que el mar y más ardientes que el sol.

Y lo eran. Lo estaban. Los dedos de Carla habían entrado por fin en calor.

—Dicen eso y mucho más de su beso —siguió Asia con un susurro ronco—. Pura leyenda. Nadie sabe en realidad cómo besa la princesa: quien se ha atrevido a acercarse lo suficiente a ella como para besarla no ha vivido para contarlo.

Asia colgó. Carla ya no escuchaba.

Tormenta

Asia no consiguió dormir esa noche. Cada vez que cerraba los ojos escuchaba la respiración agitada de Carla en su cabeza. Casi podía sentir su aliento acariciándole el cuello, erizándole la piel. No quiso comprobar qué se habría imaginado si se hubiera permitido soñar.

A las ocho se dio por vencido y se levantó de la cama. Entró al baño y se miró al espejo. Tenía mejor aspecto del que se había esperado. En realidad tampoco llevaba tanto tiempo despierto, teniendo en cuenta que el día anterior se había levantado cerca de las tres de la tarde. ¿Había sido el día anterior? ¿Pasaban los días si no dormías entre medias? Oh, no: estaba empezando a pensar como Joaquín. Eso no podía ser bueno.

Se metió en la ducha. Puede que ahora no tuviera mucho sueño, pero iba a tener que echarse una siesta a lo largo de la mañana si quería estar medianamente espabilado durante el examen de Dibujo de la tarde. Y si no quería que todas las rectas le salieran curvadas, tenía que hacer algo para alejar a Carla de su mente.

Se había vuelto a instalar allí, en una de esas habitaciones con cómodos sillones y estanterías repletas de libros, con el suelo cubierto por una mullida alfombra por la que era obligatorio caminar descalzo. No podía dejar que Carla entrara y pasara sus torpes dedos por los lomos de los libros, haciéndolos saltar de las estanterías con sólo rozarlos. No podía permitir que se sentara en su sillón. Y menos así, desnuda, a horcajadas sobre el brazo, con su pelo cobrizo cayendo sobre la espalda.

Asia movió bruscamente los mandos hasta que el agua salió helada. El choque térmico le sacó de golpe el aire de los pulmones y a Carla de la mente. Era un remedio temporal, pero efectivo. Por ahora tendría que bastar.

Cuando salió del baño, Fran ya se había levantado. Tenía el pelo alborotado y los ojos medio cerrados. Engullía mecánicamente un tazón de cereales. Saludó a Asia con un gruñido. En su cara Asia pudo leer una pregunta: ¿qué coño haces levantado tan temprano?

—He quedado con Claudia para repasar antes del examen —dijo antes de apartar la mirada de los ojos de Fran.

Se sentía mal por mentirle. Bueno, no por mentirle. Le había mentido antes muchas otras veces. Lo que le hacía sentir mal era la verdad que estaba intentando ocultar esta vez.

Unas horas antes, cuando Asia colgó el teléfono, lo primero que hizo fue mirar a Fran. Dormía tranquilamente a un par de metros de

él, ignorando lo que acababa de pasar. ¿Pero qué acababa de pasar? Asia no había hecho nada malo. ¿Es que ahora no podía compartir una inocente historia a dos voces con su amiga?

Tan inocente no será, mi pequeño Asia, le había dicho la voz entonces, *cuando las voces eran casi jadeos. Tan inocente no será si tan mal te sientes ahora.*

Esa mañana Asia decidió que lo mejor sería salir de la habitación para no tener que seguir mintiendo a Fran. Porque quizás cuando acabara de desayunar le diera por preguntar si alguien había llamado anoche a eso de las tres de la mañana, que recordaba haber soñado con una llamada de teléfono y que igual es que el sonido real había logrado colarse en el sueño, ¿no?, porque esas cosas pasan, Asia, tú mismo me lo has dicho alguna vez, pero si me dices que nadie llamó anoche, y menos una chica desnuda, y menos aún que esa chica era Carla, te creo, pero me parece sospechoso lo colorado que te estás poniendo, ¿intentas arrebatarme a mi novia, Asia?

Lo mejor sería bajar a desayunar al Comedor, sí. Se abrigó y se encontró con que el temporal les había dado un pequeño respiro, aunque el viento del noroeste soplaba ya con fuerza, anunciando la tormenta de esa misma noche.

El Comedor estaba más lleno que la anterior vez que había desayunado ahí, antes de las vacaciones. Y en la mesa donde siempre comían y cenaban, junto a una de las ventanas, vio a Claudia.

No estaba sola. Desayunaba frente a Alba. Charlaban animadamente, como si llevaran despiertas varias horas ya. Quizás las llevaran. Quizás fueran la clase de personas que se levantan a las cinco de la mañana para hacer algo de ejercicio antes de empezar el día. O quizás ese sol momentáneo con el que se habían despertado había bastado para alegrarles el día.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Claudia al verlo—. Mira quién ha madrugado.

—No he madrugado —confesó Asia, sentándose junto a Alba—. No he conseguido dormir.

—¿Tú también estás nervioso por el examen? —preguntó Alba—. Porque aquí tu amiga lleva unos días…

—No estoy nerviosa —protestó Claudia.

—¡Si no has podido comer una sola galleta!

—Porque están secas. Han debido de cambiar la receta en la fábrica o algo —dijo Claudia, deshaciendo una galleta en pequeñas migas.

—¿Y por qué no has cogido café esta mañana?

Claudia se encogió de hombros.

—Nueva receta también.

—Es sólo un examen —dijo Alba—. No es para tanto.

—No es *sólo* un examen. Es nuestro *primer* examen. ¿Qué pasa si suspendo? Nunca he suspendido un examen en mi vida. Y seguro que Asia tampoco, ¿verdad?

En realidad Asia había suspendido un examen de matemáticas en segundo de la ESO. Aunque no estaba seguro de si contaba, porque lo había suspendido a propósito para comprobar qué se sentía al suspender, por no sentirse tan distinto al resto de sus compañeros de clase.

—Si suspendes, suspendiste —dijo Alba—. Hay una primera vez para todo. Además, con lo lista que eres seguro que apruebas. Y Asia está de acuerdo conmigo, ¿verdad?

Bebiendo su café, Asia asintió con la cabeza.

—¿Ves? Así que cómete tus galletas y aprovecha la mañana para descansar y relajarte antes del examen, ¿quieres?

Claudia asintió, más animada. Aunque unos minutos más tarde, cuando Alba subía al bus para ir a clase, se volvió hacia Asia y le dijo:

—Ayúdame a repasar, por favor.

Asia bostezó. Ahora que tenía el estómago lleno le estaba entrando el sueño por fin.

—Necesito dormir antes del examen.

—Duerme en mi habitación. Así, mientras no te quedas dormido, puedo preguntarte alguna duda. Y si te duermes prometo no molestarte, de verdad. Y me encargo yo de despertarte a tiempo, ¿vale?

Asia no tuvo que pensárselo demasiado. Prefería evitar a Fran mientras el recuerdo de Carla al teléfono siguiera fresco en su mente. Más que nada por si se le ocurría hablar en sueños.

Cuando llegaron a la habitación de Claudia, Asia no perdió el tiempo. Se quitó el abrigo, se descalzó y se dejó caer en la cama de su amiga. Claudia tuvo la consideración de bajar la persiana y encender el flexo para no molestarlo mientras repasaba.

Asia todavía no había logrado dormirse cuando oyó cómo Claudia arrugaba una hoja de papel y ahogaba un grito de frustración. Abrió los ojos en el momento justo de ver pasar sobre su cabeza una goma de borrar, que rebotó contra el armario y se perdió bajo la cama de Alba.

—Voy a echarme yo también una siesta —dijo Claudia, apareciendo por detrás de la estantería.

—¿Y qué hay de lo de despertarme?

—Pongo el despertador y listo.

Claudia fue hasta la mesilla de noche entre las dos camas y puso el despertador para la una y media. De paso encendió la radio. Sentada en la cama, se descalzó y se quitó el jersey.

—Hazme un hueco, anda.

—¿No puedes dormir en la cama de Alba?

—No —dijo, empujando a Asia hacia la estantería y metiéndose bajo las sábanas.

En la radio sonaron tres canciones. Asia seguía sin dormir. En parte porque en el techo no había estrellas que contar. En parte porque Claudia no paraba de moverse, incapaz de encontrar la postura. Hasta intentó usar a Asia como almohada, apoyando su cabeza en el pecho del chico, pero eso tampoco salió bien.

—¿Qué tienes aquí? —dijo, incorporándose y palpando el pecho de Asia.

—Mi colgante.

Claudia tiró del cordel que Asia llevaba alrededor del cuello para sacar de debajo de la ropa la piedra de río. Era gris y suave, pero no era lo que tanto le había molestado al apoyar la cabeza.

—¿Y esto?

Asia miró lo que Claudia sostenía entre sus dedos.

—Ah, eso…

Se había encontrado el anillo en el bolsillo al llegar a casa por navidad. No recordaba haberlo guardado, pero ahí estaba: uno de los cuatro anillos que aquella mujer se había quitado en el Almacén.

Asia había pasado la mitad de las navidades pensando en ese encuentro y la otra mitad tratando de olvidarlo. Había algo que se le removía por dentro cada vez que recordaba la expresión de su rostro: cómo había pasado de una felicidad confusa a una ausencia total de vida y de ganas de vivir.

Y al final, pese a querer olvidarla, pese a no permitirse pensar en lo que esa mujer le había hecho sentir al verla, había decidido colgarse el anillo al cuello. El golpe contra el suelo lo había roto, así que ni siquiera tuvo que deshacer el nudo de su colgante para añadir el anillo: le bastó con apretarlo para que el metal se cerrara de nuevo en torno al cordel.

Ahora Claudia jugueteaba con él, acariciándolo con los dedos, estudiando la piedra engarzada.

—¿Es una esmeralda de verdad?

—No lo sé.

—¿Quién te lo dio?

—Lo encontré.

—¿Dónde? —preguntó Claudia, apartando la mirada del anillo y girando la cabeza para fijar sus ojos azules en los de Asia.

—Por ahí.

—¿Lo robaste?

—Claro que no.

Claudia entornó los ojos, como si así pudiera leer la mente de Asia. Luego le dio la espalda.

—Ponte de lado también. Así entramos mejor los dos.

Asia obedeció. No tardó en darse cuenta de que en esa postura no sabía dónde poner las manos. Claudia solucionó el problema por él. Se movió hacia atrás, pegándose a Asia, y le cogió el brazo para que la abrazara.

Era la primera vez que Asia se acostaba tan pegado al cuerpo de una mujer. Intentó no pensar en las curvas de las caderas de Claudia ni en el calor de su piel ni en el olor de su pelo. Intentó concentrarse en dormir, pero su cuerpo estaba despierto. Se movió incómodo. Se separó hasta que su espalda chocó contra la parte trasera de la estantería.

—¿Por qué te alejas? —protestó Claudia entre dientes, pegándose una vez más a Asia—. Oh… —dijo, y se rió.

—Perdona… —dijo Asia, muerto de vergüenza.

—No importa. Y a mí puedes decirme si lo has robado o no, por cierto. El anillo —dijo Claudia, hablando en un tono más bajo—. No te voy a juzgar.

—No lo he robado —repitió Asia antes de bostezar.

Aunque en realidad un poco sí lo había robado, ¿no? Vale que aquella mujer había lanzado los anillos de cualquier manera. Pero quizás después de que Asia se fuera la mujer se había puesto a buscarlos con ayuda de Eulogio, y su anillo favorito no apareció por ningún lado.

—Podrías venderlo —dijo Claudia. Su voz sonaba cada vez más lejana. Asia sentía la vibración de sus pulmones a través del pecho—. Podrías venderlo y comprarme algo a mí.

—¿Como qué? —preguntó Asia con los ojos cerrados.

—Como un montón de anillos más baratos. O una cama más grande. O unos...

Lo siguiente que oyó fue el despertador. Estaba solo en la cama. No sabía cómo apagar la alarma, así que acabó por desenchufar el aparato. Con la habitación en silencio oyó el ruido de la ducha mezclado con el de la lluvia contra la ventana.

Seguía lloviendo media hora más tarde, cuando subieron al bus con Fran. Llovía también a las seis de la tarde, cuando la profesora de Dibujo dio la señal de empezar el examen. Y cuando Asia se vio obligado a salir antes de tiempo, todavía no había parado de llover.

Había anochecido ya. Tuvo que correr para coger el bus de la Residencia, aunque habría corrido de todos modos para pasar el menor tiempo posible bajo la lluvia torrencial, a merced de los rayos y las ramas de los árboles que las ráfagas de viento huracanado amenazaban con tirar. El poco rato que pasó bajo la lluvia bastó para calarlo hasta los huesos.

El bus no tenía calefacción. Asia empezó a temblar. En cuanto

llegara a la Residencia se metería directamente en la ducha. Y después no se molestaría en bajar a cenar al Comedor. Con la noche que estaba quedando lo que le apetecía era prepararse un chocolate caliente, coger un libro y meterse en la cama, bien calentito bajo las mantas, protegido del viento y de la lluvia, y olvidarse de todo. Sí, eso haría, y dormiría por fin algo más de las cuatro horas que había dormido esa mañana en la habitación de Claudia.

Al llegar a la Residencia se volvió a empapar en el corto trayecto hasta la entrada de su bloque. Las ganas de meterse en la ducha se redoblaron. Puede que ni se molestara en desnudarse antes de entrar. Se ducharía con la ropa puesta. Total, más mojada que ahora no podía estar.

Pero nada más abrir la puerta, algo lo obligó a cambiar de planes. El teléfono sonaba. Cruzó la habitación sin molestarse en cerrar la puerta. Se sentó sobre la cama de Fran, mojando su colcha granate.

Sabía que quien llamaba era Carla. Tenía que serlo, porque Claudia en esos instantes seguía haciendo el examen de Dibujo y no había nadie más que llamara a ese teléfono. También sabía que con quien quería hablar era con él. En cuanto acabara el examen, Fran iría directo a la estación para coger el último tren de vuelta a casa. Ese fin de semana eran las bodas de plata de sus padres. Por mucho que le molestara tener que dejar la Residencia en plenos exámenes, no le quedaba más remedio que ir.

Asia se pensó durante unos segundos si contestar o no. Al final se armó de valor y descolgó.

—*Be buero*.

Asia alejó el auricular para que Carla no pudiera oír el resoplido de alivio que dejó escapar. Esperaba oír su voz dulce habitual. Esa voz que todavía resonaba en su cabeza desde la noche anterior. Sin embargo, había algo en esa voz nasal que le hizo sentirse inmune a ella.

—Lo dudo —respondió.

—*Be buero buchísibo*, Asia, te lo juro. *Tráebe bedicinas*.

—No tengo *bedicinas* —dijo Asia.

—*No* te rías de *bi*, *ibbécil* —dijo Carla, y le costó tanto pronunciar esa última palabra que Asia no pudo evitar soltar una carcajada.

Del otro de la línea Carla también se rió. Aunque su risa pronto se transformó en una fea tos.

—No tengo medicinas —repitió Asia.

—*Fran* sí —dijo ella cuando pudo aplacar la tos—. De *un* catarro que tuvo en dici… *antes* de las *navidades*. *Tráebelas*, por favor. Te *invito* a sopa.

Sopa… Si había una noche para cenar sopa, era esa.

—Está bien, lo haré por la sopa. Pero deja que me duche antes.

—Vale. Y ya *be contarás* qué tal el *exaben* —dijo carla antes de colgar.

Asia se quitó la ropa empapada y se metió en la ducha. Esta vez hizo que el agua saliera caliente y que todo se llenara de vapor. Al salir se puso el pijama que le habían traído los reyes y que todavía no había estrenado, encontró las medicinas en uno de los cajones del escritorio de Fran y salió de la habitación.

Mucha gente andaba en pijama por los pasillos de la Residencia habitualmente, sobre todo a partir del anochecer. Aun así, para Asia era la primera vez y se sentía raro. Hoy era un día de primeras veces, pensó. Cada vez habría menos días como esos. Cada vez habría menos cosas que le harían sentir incómodo y llegaría el día en el que se movería por la Residencia como si estuviera en su casa.

Al llegar a la habitación de Carla, golpeó la puerta tres veces. Del otro lado, Carla preguntó:

—¿*Quién* es?

—Abre —dijo Asia.

—N*o conozco* a *ningún* Abre.

Asia se llevó una mano a la cara y negó con la cabeza, preguntándose qué había hecho él para merecer esto.

—Sabes que yo puedo pasar sin la sopa, pero dudo que tú puedas pasar sin las medicinas, ¿no?

Carla abrió la puerta. Se le escapó la risa.

—¿Qué haces en *pijaba*?

—¿Qué haces *tú* en pijama?

—Yo estoy en *bi habitación*.

—¿Me vas a dejar pasar?

Cada vez se sentía más ridículo con su pijama en mitad del pasillo, esperando a que Carla lo dejara entrar. Al final Carla decidió abrir del todo la puerta y echarse a un lado para que Asia pasara. La habitación olía muy bien: a sopa y a noche de pleno invierno.

—¿*Tienes habbre*? —preguntó Carla. Asia hizo un vago gesto con la cabeza—. A la sopa le queda todavía *unos binutos*.

Carla tenía la nariz enrojecida y el pelo más alborotado que de costumbre. Vestía un pantalón de pijama azul y una sudadera gris que le confería cierto aire de marsupial, con el bolsillo frontal lleno de pañuelos de papel.

Asia dejó la bolsa con las medicinas sobre el escritorio. Carla vertió un sobre efervescente en un vaso de agua. Durante unos segundos el chisporroteo del granulado disolviéndose se unió al borboteo de la sopa. Carla se bebió el vaso en tres largos tragos. Su cara se contrajo en una mueca de disgusto y luego se relajó.

—*No* está *tan bal en* realidad —dijo—. Gracias por *salvarbe* la vida, Asia.

Asia le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Gracias a ti por permitirme que te oiga hablar así.

Carla puso una cara de ofendida muy poco convincente y le dio un pequeño puñetazo en el hombro.

—*Bueno*, ¿qué tal el *exaben*, *entonces*?

Asia resopló.

—Mal. Fatal. Voy a suspender.

—Oh. Ya verás *cobo no*.

Asia dejó escapar una risa cansada.

—No: *sé* que voy a suspender. La profesora pensó que estaba copiando y me hizo entregar el examen cuando todavía no había hecho ni la mitad.

—¿Y estabas *copiando*?

Asia negó con la cabeza.

—Verás: Claudia me pidió la goma porque no encontraba la suya por ningún lado, así que yo me giré para dejársela. Y ahí no pasó nada. El problema vino más tarde, cuando me equivoqué al dibujar una línea y tuve girarme de nuevo para pedirle mi goma a Claudia. Me la dio, y cuando volví a mirar hacia delante vi que la profesora estaba junto a mi mesa con la mano extendida. Me dijo: entrega el examen.

—¿Y lo *entregaste*?

—Sí. No quiso oír lo que le decía. Ahora sólo puedo esperar a que todo quede en un simple suspenso.

—¿Qué *bás* puede ser? *No* te puede *bandar* a la cárcel por copiar.

—No, pero quizás me expulsen. Lo digo en serio. ¿Recuerdas lo que sucedió el día de la presentación del curso?

—Recuerdo algo de lo que tú *be contaste* —dijo Carla.

—Vale. Pero en esencia eso fue lo que pasó. Cuando nos echaron del salón de actos, el Director de la Escuela dejó algo bien claro: nos estaba perdonando por ser el primer día, pero la siguiente vez no tendría tanta compasión.

Carla echó un nuevo vistazo a la sopa y decidió que ya estaba lista. Apagó el hornillo eléctrico y retiró la olla.

—¿*Anotó* vuestros *nobbres*? —preguntó—. Ese día, *cuando* os advirtió de que os portarais *bien*, ¿os *preguntó cobo* os *llababais*?

—No.

—*Entonces no* pasa *nada*. *No* creo que se acuerde de ti. Y *benos* después de *tanto tiebpo*. Has *cabbiado bucho en* estos *beses*, Asia.

Carla hacía una mueca de frustración cada vez que el resfriado le impedía pronunciar correctamente una palabra. Aun así se esforzaba por que se le entendiera. Se sonó con uno de los pañuelos de papel que guardaba en el bolsillo de su sudadera gris. Lo volvió a guardar ahí.

—Estás *buy distinto con* esos pelos de poeta que *be* llevas —añadió, pasándole la mano por el pelo, alborotándoselo—. ¿Y qué es esto de aquí? ¿Puedo estar *viendo* barba? —preguntó Carla, muy risueña, acariciándole la cara.

—No sé qué es "marma" —dijo Asia, retrocediendo algo avergonzado. Él también se había fijado en que la sombra que hasta entonces sólo le aparecía en el bigote se había ido extendiendo por la barbilla y las mejillas. Ya era hora.

Carla se echó a reír.

—Idiota. Y *bala persona* —añadió—. *Bira* que reírte así de *una enferbita cobo* yo. Pero *no* pasa *nada*. *Cobo* soy *buena* te *perdono*. *Venga*, la *cena* está lista.

Afuera el viento agitaba con fuerza las ramas de los árboles. La lluvia se hacía visible bajo la luz anaranjada de las farolas y en los momentos en los que algún relámpago iluminaba de blanco el cielo negro. Tomaron la sopa en silencio.

Al acabar, Carla se puso a lavar los platos. Asia se acercó a la ventana y miró hacia fuera. A lo lejos, el viento amenazaba con romper las ramas de los árboles más grandes. El temporal iba a peor.

Va a peor, sí, y yo no sé qué sigues haciendo aquí, dijo la voz desde el reflejo del cristal. *Ya has hecho de buen amigo trayéndole las medicinas a Carla. Ahora vete a dormir. Lo necesitas.*

A un rayo lo siguió un trueno, apenas unos segundos después. La tormenta se acercaba. El reflejo de Asia iba y venía.

Vete ahora, Asia. Recuerda que quieres olvidar a Carla. Olvidar su cuerpo desnudo y su aliento cálido. Su respiración entrecortada y sus labios entreabiertos. Recuerda que debes mantener las distancias. Carla es un sol, Asia, y tú no eres más que un simple pedazo de roca. Orbita a su alrededor todo lo que quieras, pero a lo lejos, en la zona templada, disfrutando de su luz y de su tibieza. Pero no debes acercarte. Ayer lo hiciste. No vuelvas a cometer el mismo error. No te dejes atrapar por su gravedad. No te hundas en su fuego.

Asia se separó de la ventana. Carla tarareaba como buenamente podía por el resfriado mientras lavaba los platos.

Dile que te tienes que ir, Asia, insistía la voz. *Márchate antes de que ella pueda contestar. Es mejor así.*

Asia cruzó la habitación en dirección a la puerta. Justo antes de llegar a ella, algo lo hizo detenerse. En la pizarra blanca, entre todos los dibujos de distintos colores, uno llamó su atención. Si ese no era él, se le parecía mucho. Era una figura pequeña pintada a rotulador negro. No hacía nada. Sólo mirar con cara seria.

No te estás yendo.

Asia notó que la voz estaba perdiendo la paciencia. Las palabras que se formaban eran cada vez más irregulares, con aristas más

afiladas. Más hostiles.

Porque no te estás yendo, se justificó la voz, *y me veo obligada a gritar. ¿A qué esperas? Suelta ese rotulador y lárgate de aquí. Es por tu bien. Yo me preocupo por ti.*

Asia había cogido un rotulador azul. Al destaparlo, el olor a alcohol le golpeó nariz. Quería dibujar algo, pero no sabía el qué. A su mano pareció no importarle. Se dirigía ya hacia la esquina superior derecha de la pizarra, tan blanca y vacía.

No te entiendo, Asia. ¿Qué crees que va a pasar aquí? ¿Crees que Carla ha cambiado de opinión? ¿Que las cosas van a ser diferentes de la noche a la mañana?

Asia se concentró en el rotulador. Empezó a pintar puntos al azar, sin más propósito que llenar el vacío con algo.

¿Quieres volver a pasar meses analizando cada respuesta y cada gesto, Asia?

Las palabras ya no ascendían como rascacielos. Ahora explotaban y hacían saltar las letras en todas direcciones.

Me estás enfadando, chico. Olvídate de Carla. Deja que ella y Fran sean felices. Lárgate de aquí y llama a Claudia. Le gustas, es obvio. ¿Por qué si no se habría acostado a tu lado teniendo libre la cama de Alba?

Asia dejaba que la mano lo guiara. Saltaba de aquí para allá, decidiendo dónde dibujar el siguiente punto.

¿Sabes para qué se ha quedado buena noche? Para acurrucarte de nuevo bajo las sábanas con Claudia. Para pegarte a su espalda y abrazarla desde atrás. Para apretarte contra ella y sentir la suavidad de sus muslos contra los tuyos. Y para que ella sienta lo mucho que te excita. Oh, sí, Asia: te excita, y eso es algo que no puedes ocultar.

Los puntos que Asia dibujaba cada vez eran más violentos. Le estaba empezando a doler la cabeza. ¿No había forma de que esa voz se callara?

Sabes cómo hacerme callar, Asia. Todo lo hago por tu bien. ¿De verdad prefieres estar aquí con Carla que tumbado junto a Claudia?

Asia dejó de dibujar. Se mordió el labio, como si la voz estuviera saliendo por su boca en vez de sonar dentro de su cabeza. Carla se acercaba ahora a él, secándose las manos en el pantalón, toda pelo revuelto y nariz enrojecida.

No deberías ni dudar, Asia. Mira la balanza. La elección es obvia. Es como comparar oro con nada, con aire. Mira cómo brilla. Mira cómo su peso llena tu mano. Es suave y maleable. Aprieta, Asia, es tuyo.

Pero Asia no quería oro.

¿Quieres aire?

No. Pero lo necesitaba.

Cuando Carla llegó a su lado, la voz se había esfumado. Asia sintió un zumbido en la cabeza. Nada demasiado molesto.

—¿Qué es eso? —preguntó Carla.

Asia miró hacia donde señalaba. Se encogió de hombros.

—Puntos.

—Ya. Pero ¿qué es?

—No sé. Tienes que unirlos para descubrirlo.

—Oh. ¡*Un* dibujo a *bedias*! *Cobo nuestras* historias...

Nada más decirlo, Carla se puso colorada. Asia apartó la vista, dándole así algo de intimidad. Miró la pizarra y esperó a que la voz surgiera de nuevo y le dijera que lo había avisado, que debía haberse marchado de allí cuando tuvo la oportunidad, y que ahora iba a quedar atrapado en una conversación que quería evitar. Pero no oyó nada.

—Lo de ayer… —empezó a decir Carla antes de callarse de nuevo.

—No tienes que decir nada.

—Sí que *tengo*. *Siento* lo de ayer —dijo—. *No tengo* derecho a *llabarte* en *bitad* de la *noche*. ¡*Baldita* sea, *no* te rías!

Asia no se molestó en protegerse ante el empujón de Carla.

—Es que no queda serio que digas las cosas *hablando así* —dijo Asia, tapándose la nariz.

Carla no pudo mantener mucho tiempo más la cara de enfado, que enseguida se transformó en una sonrisa algo triste.

—Es *bi* castigo por *portarbe bal* —dijo, bajando la mirada de forma teatral—. *Be* quedé *dorbida cobo* estaba, *desnuda* y destapada, y *be* cogió *buchísibo* frío. Pero he *aprendido* la *lección*. *No* lo volveré a hacer.

Carla levantó la cabeza para mirar a los ojos a Asia. Estaba muy guapa así, con esa sudadera gris y ese pantalón de pijama, con esos pelos cobrizos y esos ojos dorados. Incluso con la nariz enrojecida y los labios cuarteados estaba atractiva.

—No tienes que sentir nada —dijo Asia—. Y puedes llamarme cuantas noches quieras. Aunque la mayoría no responderé al teléfono, porque estaré concentrado en las salas de estudio.

Ahora fue Carla la que se rió y Asia quien le dio un empujón cariñoso en el hombro.

—Ríete, sí. Total vas a ser tú quien aguante las quejas de Fran por haberlo despertado. Pero las veces que responda, hablaré contigo. Siempre. Porque me gusta hacerlo, y eso es lo único importante.

Carla se lo quedó mirando unos segundos en silencio, con los ojos entornados, estudiándolo.

—¿Sabes qué creo? —dijo al fin—. Que eres *un bentiroso*. Ayer *be* dijiste que te *ponía nervioso*. Pareces *buy* tranquilo.

Para sorpresa de Asia, lo estaba. Quizás fuera por el silencio en su cabeza una vez la voz se había callado, o por la seguridad de estar a cubierto cuando afuera el mundo parecía llegar a su fin, pero lo cierto era que Asia no estaba para nada nervioso.

—Aquí *con* tu *pijaba* —siguió Carla, acercándose poco a poco a él —, *dibujando puntitos* para *bí, diciéndobe* que *no* te *ibporta* que te *llabe* a cualquier hora…

—De noche —matizó Asia—. Ni se te ocurra llamarme nunca antes de la hora de comer.

—… *siendo un buen abigo*. ¿Es eso lo que quieres ser, Asia?

Carla estaba tan cerca que tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara. Una vez más Asia esperó que la voz expresara su opinión. Una vez más sólo encontró silencio en su interior.

—¿Qué más iba a querer? —preguntó Asia, susurrando.

Carla sonrió. Se humedeció los labios. Sus ojos brillaron traviesos con el repentino fogonazo de un relámpago.

Se fue la luz.

15

A oscuras

El viento había derribado un árbol sobre unos cables, arrastrándolos consigo y tirando dos postes de la luz. Los servicios del ayuntamiento no empezaron los trabajos de reparación hasta la mañana siguiente, cuando la tormenta hubo pasado ya. La luz no volvió a la Residencia hasta mitad de la tarde del sábado. Pero eso Asia no lo sabía todavía.

La repentina oscuridad lo había hecho retroceder dos pasos, alejándose de Carla. El techo de la habitación se había llenado de estrellas. Del pasillo empezaron a llegar ruidos de puertas abriéndose y gente asomándose para comprobar que la luz no se había ido sólo en su habitación. Asia hizo lo mismo.

Un montón de chicas iban de una habitación a otra preguntando si alguien tenía velas o alguna linterna.

—*Baldita* sea, ¿dónde *están* las cerillas?

Carla rebuscaba entre los cajones, usando el móvil a modo de linterna. El de Asia estaba en su habitación, envuelto en una toalla en un pobre intento de que volviera a funcionar después del chaparrón que le había caído encima.

—*Nada* —dijo Carla al cabo de un rato—. *Tengo un bontón* de velas pero *no tengo con* qué *encenderlas*.

—¿Quieres que salga y vea si alguien tiene fuego?

Carla se lo pensó durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Da igual. Creo que lo *bejor* será que *be* acueste y *duerba*. Creo que las *bedicinas están ebpezando* a hacer efecto. *Be* está *entrando* el sueño —dijo, bostezando y estirándose como un gato.

A Asia le pareció un buen plan. Ahora mismo no tenía sueño, pero necesitaba dormir. El lunes tendría el siguiente examen y aún no había empezado a prepararlo.

Carla lo acompañó hasta la puerta.

—*Nos vebos bañana* —dijo, dándole un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta.

Asia estuvo unos segundos allí, de pie frente a la puerta cerrada, antes de echar a andar hacia las escaleras. Apenas había avanzado tres pasos cuando vio la luz de una linterna reflejada en las puertas acristaladas de la sala común, a mitad del pasillo. Luego, la luz hizo un rápido barrido antes de acabar fija en él, cegándolo.

Se protegió los ojos con un brazo. Oyó unos pasos lentos y pesados que se acercaban a él. Luego, una voz que le resultó vagamente familiar.

—Perdona, chico.

Asia abrió los ojos. Durante los primeros segundos lo vio todo borroso, pero poco a poco su vista fue recobrando nitidez. Aunque tampoco hacía falta una visión perfecta para reconocer esa cazadora granate que tenía frente a él.

Ramón apuntaba la linterna hacia el suelo ahora. Sonreía con hastío, como siempre, como si nada lo aburriera más que patrullar los pasillos de la Residencia, incluso en una noche tan anómala como esa, en la que el apagón empezaba a hacer salir a la gente de sus habitaciones en busca de algo que hacer ahora que no tenían acceso a internet.

Y entonces algo cambió. La boca de Ramón se abrió ligeramente y entornó los ojos. Apuntó a Asia con un dedo acusador, como diciendo: te he pillado, maldito roba-microondas, y ahora lo vas a pagar. Pero no fue eso lo que dijo.

—Tú eres uno de los que llegaron a la Residencia a mediados de septiembre, ¿verdad? —preguntó—. Ya lo creo que sí: recuerdo verte con tu amigo el alto y con la rubia. Puede que me acuerde de ti por ellos, en realidad.

Asia dejó escapar un suspiro de alivio. Eulogio todavía no había hablado con Ramón. O quizás ni siquiera se había fijado en la maleta abandonada en el Almacén. Quizás la había cogido y la había dejado tirada junto a tantas otras maletas abandonadas. Quizás Asia estaba a salvo.

—Bueno, ¿y se puede saber qué haces en mitad del pasillo, en pleno apagón?

—Estaba visitando a una amiga.

—A una amiga, ¿eh?

—Ya volvía para mi habitación —dijo Asia, haciendo caso omiso a la sonrisa cómplice del guardia de seguridad.

—¿En qué Bloque estás? ¿En el 3?

—En el 2.

—Te acompaño —dijo Ramón, haciéndose a un lado y girándose para enfilar el pasillo—. Me pilla de camino —explicó antes de echarse a andar.

Asia caminó a su lado, siguiendo la luz de la linterna. No habían llegado a las escaleras cuando Ramón preguntó:

—¿Estabas visitando a tu amiga rubia?

Asia miró a Ramón, pero no respondió.

—A la otra, entonces. La pelirroja. La novia del alto, ¿no?

Asia no sabía por qué Ramón sabía esas cosas. Tampoco respondió esta vez. Ramón entendió ese nuevo silencio como una afirmación. Sonrió y le dio un suave codazo a Asia.

—Tranquilo, no le diré nada a tu amigo.

Bajaron en silencio las escaleras.

—Aunque también te digo que con amigos así, quién quiere enemigos. A no ser que seáis *muy* amigos, ¿me entiendes? —dijo Ramón—. Que todo lo suyo sea tuyo también.

Habían llegado ya a los subterráneos. Asia apretaba los puños, concentrado en aguantar un poco más sin decir nada.

—Vamos, no me irás a decir que "una amiga" es en realidad una amiga —dijo Ramón, deteniéndose frente a las máquinas expendedoras—. Tienes que ponerte las pilas. Tan listo para unas cosas, Asia, y tan inocente para otras.

El efecto fue retardado. Oyó su nombre como un fogonazo de luz, pero la realidad de lo que eso implicaba le llegó unos segundos después, como un trueno, y le hizo estremecerse por dentro. Ramón leyó su rostro al instante.

—Tenía pensado ir a buscarte mañana, pero fíjate tú que no ha hecho falta.

—No sé de qué hablas —dijo Asia.

—No sabes poco, tú. Aprende esto, también: si los crímenes quedan sin castigo, la sociedad se desmorona. Yo soy un guardián del orden. Es mi deber hacer que la ley se cumpla, aunque no me guste.

Asia resopló por la nariz, incrédulo.

—¿Es un crimen llevarse un microondas que nadie iba a usar?

—No era tuyo.

—Lo he devuelto.

—No es suficiente. Sabes que no es suficiente.

Asia no podía decir que esto le cogiera por sorpresa: Blas se lo había advertido varias veces. El momento que esperaba que no llegara nunca estaba ahí, en mitad de ese pasillo a oscuras, en esa noche de tormenta. Del piso de arriba llegaban risas y correteos, ajenos al drama de los subterráneos.

—¿Cuándo tienes el siguiente examen? —le preguntó Ramón.

Asia frunció el ceño, confuso.

—El lunes —dijo.

—¿Por la tarde? —Asia asintió—. Bien. Pues el lunes tienes una cita en el Bloque 6 a las diez de la mañana. Sé puntual.

Asia apretó los labios. Ramón sonreía de nuevo.

—Tengo cosas que hacer, así que te responderé una pregunta —dijo—. Una sola. Una en concreto.

Asia supo cuál tenía que hacer.

—¿Qué pasa si no me presento?

Ramón dio una palmada y se frotó las manos. Su sonrisa se amplió. Asia había hecho la pregunta correcta.

Descolgó la linterna del cinturón y la encendió. Apuntó con ella a ambos extremos del pasillo. Estaban solos. La apagó de nuevo y la

sujetó por la parte más ancha, cerca de la lámpara. La sopesó unos segundos en la mano. Entonces, con un movimiento brusco, golpeó con el culo de la linterna una de las máquinas expendedoras. El cristal se hizo añicos. El ruido fue ensordecedor allá abajo. En el piso de arriba las risas se apagaron y las carreras cesaron.

Ramón cogió un puñado de chocolatinas y se las lanzó a Asia. El chico las atrapó de forma instintiva. Ramón echó a andar hacia la salida de los subterráneos. Volvieron a sonar pasos en el piso de arriba. Se dirigían hacia las escaleras, atraídos por el ruido de cristales rotos.

Asia dejó caer las chocolatinas al suelo y echó a correr hacia Ramón. No tardó en alcanzarlo. Lo siguió a la lavandería, desapareciendo tras la puerta en el momento justo en el que los primeros curiosos asomaban las cabezas en el pasillo de los subterráneos.

Cruzaron la lavandería y se detuvieron en el marco de la puerta del lateral del Bloque 3, siempre abierta. Llovía con menos fuerza que hacía unas horas, pero la rampa de hormigón por la que se bajaba al Comedor parecía un auténtico río. Asia se colocó junto a Ramón, mirando de vez en cuando a sus espaldas, nervioso.

Ramón sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de su cazadora granate y se colocó uno en los labios.

—¿Qué le voy a decir al Director cuando me pregunte si sé quién ha roto la máquina expendedora? —preguntó Ramón con la vista fija en el agua que descendía por la rampa.

Asia sabía que no tenía nada que hacer. Puede que Ramón no tuviera el poder de expulsar a Asia, pero el Director sí. Y llegados a este punto, era la palabra de Asia contra la de Ramón. Era obvio a quién iba a creer. Así que suspiró resignado. ¿Qué le iba a decir Ramón al Director?

—Que no sabes nada —respondió Asia.

Ramón encendió el cigarrillo. Dio una calada y miró a Asia a través de una nube de humo. El chico tosió.

—Supongo que no querrás uno.

—No fumo.

—Haces bien. Además, aquí dentro está prohibido hacerlo. Por eso tuve que salir afuera para fumar, bajo la lluvia. Y por eso no oí el ruido de los cristales rotos. Cuando entré, habían desvalijado la máquina. Es imposible saber quién es el culpable, señor Director.

Dio una nueva calada y lanzó el cigarrillo afuera. Se caló la capucha de su cazadora y hundió las manos en los bolsillos.

—Lunes. Diez de la mañana. Entrada del Bloque 6 —repitió—. Sé que te presentarás.

Y sin decir nada más, se adentró en la lluvia.

16

Los Cipreses

Por primera vez en los cuatro meses que llevaba en la Residencia, Asia se alegró de que el café de la máquina saliera hirviendo. Ahora, mientras esperaba a Ramón sentado en las escaleras del Bloque 6, sujetaba el vaso de plástico entre las manos, intentando hacer frente al viento de esa mañana de mediados de enero.

Temblaba. Por el frío y por los nervios. Había dormido mal las tres últimas noches, pensando en lo que le esperaba. Una ráfaga helada hizo que se estremeciera todavía más. El escalofrío que recorrió su espina dorsal fue tan intenso que obligó a Asia a volverse para comprobar que allí no hubiera ningún fantasma metiéndole cubitos de hielo por el cuello del abrigo.

Pero no había fantasma alguno: sólo Eulogio, el de mantenimiento, vestido con su mono azul, acercándose a él por el pasillo del Bloque 6. Esta vez no empujaba su habitual carrito cargado de cachivaches. Asia se puso en pie para recibirlo.

—Vamos —dijo Eulogio saliendo por la puerta y bajando las escaleras de la entrada, sin detenerse a saludarlo.

Torció a la derecha y desapareció tras la esquina del Bloque 6. Asia lo siguió.

Era la segunda vez que Asia estaba en esa parte de la Residencia. La primera, justo antes de las vacaciones, había buscado refugio allí para llorar a escondidas. Ahora, sin lágrimas nublándole los ojos, pudo comprobar que en realidad no había mucho que ver.

Uno de los dos autobuses estaba aparcado bajo una alargada marquesina a la que el temporal había arrancado gran parte de la cubierta de chapa. El otro bus estaría en esos momentos recogiendo o dejando estudiantes en su ruta circular diaria. Unos altos setos separaban los terrenos de la Residencia de las fincas colindantes.

Eulogio y Asia caminaban junto al lateral del Bloque 6, descendiendo por la suave pendiente que terminaba por unirse a la carretera que pasaba por delante de la Residencia. Asia supuso que se dirigían al Comedor, que ese era el camino más corto desde el Bloque 6.

Se equivocaba. Al llegar a la carretera, giraron a la izquierda en vez de a la derecha y siguieron bajando, alejándose del Comedor.

—¿A dónde vamos? —preguntó Asia tras una nueva curva del camino, cuando la Residencia se perdió de vista a sus espaldas.

Eulogio lo miró unos segundos con toda la frialdad de sus ojos azules y con toda la fuerza de sus pobladas cejas, pero no abrió la

boca. Se limitó a acelerar el paso, siempre cuesta abajo por esa carretera sin tráfico, entre árboles sin hojas, pasando junto a alguna casa aislada, oculta parcialmente por muros hechos con setos bien recortados.

Asia empezó a preocuparse. Quizás había subestimado la importancia que Ramón y Eulogio le daban a un simple microondas. Quizás no fuera tan simple, al fin y al cabo. Quizás habían guardado algo importante bajo su carcasa: drogas, dinero, joyas, un mapa del tesoro…

O quizás fuera una máquina del tiempo, y al poner el temporizador al máximo, el giro del plato crearía un agujero de gusano y te haría viajar treinta y cinco minutos al futuro en cuanto sonara el "pling".

Asia se rió de su propia ocurrencia. La mirada que Eulogio le echó, dos metros por delante de él, le infundió nuevos temores y le hizo ser consciente de que cada vez se alejaban más de la Residencia.

¿Cuánto tardarían en echarlo de menos allá arriba? ¿Cuánto les llevaría organizar una batida de búsqueda? ¿Cuántos coches de policía se movilizarían?

Debería haberle dicho a Fran a dónde iba. Aunque ese era el problema: no sabía a dónde se dirigía. Ni siquiera estaba yendo con quien se suponía que había quedado.

Estúpido Asia, no deberías haber accedido a venir, dijo la voz, que quién sabe si por el madrugón o por el frío aire invernal sonaba más ronca de lo habitual. *¿De verdad te creíste la amenaza de Ramón? Y aunque de verdad fuera a decirle al Director que fuiste tú quien rompió el cristal de la máquina expendedora, ¿no crees que antes de expulsarte tendrías derecho a defenderte? Sería tu palabra contra la de un empleado de la Residencia, sí. Pero quizás en la culata de la linterna encontraran restos de cristal.*

Asia ralentizó el paso. Todavía estaba a tiempo de volver a la Residencia y afrontar ese hipotético juicio por su inocencia. Si echaba a correr ahora, dudaba que Eulogio se molestara en perseguirlo.

¿Y sabes por qué no se molestaría en hacerlo? Porque sabe cuál es tu habitación. Tiene acceso a todos tus datos. Ahora es tarde para dar marcha atrás. No hagas estupideces, Asia.

¿Pero tú de qué lado estás?, le preguntó Asia a la voz antes de acelerar la marcha para recuperar el ritmo de Eulogio, siempre unos pasos por detrás de él. Me dices que es una estupidez venir aquí y también que es una estupidez irme. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué es lo peor que puede pasarme?

Que te maten.

Vale: eso era bastante malo. Pero aquí nadie iba a matar a nadie por un estúpido microondas que además había devuelto en perfecto estado, ¿no? ¿No?

¿Por qué crees que nos alejamos cada vez más de la Residencia? ¿Hace cuánto tiempo que dejamos atrás la última casa? En cualquier momento, Eulogio hará que te adentres en el bosque, sacará la pistola y te pegará un tiro en la nuca.

La típica pistola de los encargados de mantenimiento.

Pues un martillo. ¿Prefieres eso? ¿Que te hunda el cráneo de veinte martillazos?

El tiro en la nuca ya no sonaba tan mal. Pero no: Asia no quería morir de ningún modo en ese bosque. Se detuvo de golpe.

El ruido de sus pies frenando sobre el asfalto hizo que Eulogio se detuviera también y volviera la cabeza. A Asia le entraron ganas de gritar y salir corriendo, pero se le pasaron en cuanto vio la cara de Eulogio. Esa mirada no era la de alguien que estaba a punto de matar a sangre fría a un chico de dieciocho años, no. Para nada.

—Hemos llegado —dijo, y señaló la verja junto a la que se habían detenido.

Era un portal de hierro fundido, de dos hojas. Parecían pesar una tonelada cada una, o lo que pesen unas puertas de ese tamaño. Eulogio llamó al interfono y las puertas se abrieron sin necesidad de decir nada, descubriendo un camino de grava que ascendía serpenteando entre altos cipreses.

—Vamos —dijo Eulogio, y esta vez esperó a que Asia pasara a su lado para reanudar la marcha juntos.

Crujía la grava bajo sus pies, piaban los pájaros, perdidos entre las ramas más altas de los cipreses. Por lo demás, hicieron el camino hasta lo alto de la loma en silencio. Al llegar allí, los árboles dieron paso a un claro. O habría sido un claro si un edificio de una planta no ocupara la mayoría del espacio.

Era de piedra clara, con puertas de cristal. Se abrieron automáticamente cuando llegaron hasta ellas. De detrás de un mostrador se asomó una mujer de unos treinta años que saludó a Eulogio con una sonrisa no correspondida.

—¿Y este chico tan guapo que me traes hoy?

Asia esperó que ese “me traes” no fuera literal y que ese lugar no fuera una especie de centro en el que experimentaban con jóvenes, quién sabe si para extraerles la sangre o el cerebro o las uñas de las manos y los pies, sabe dios con qué objetivos.

—Es mi sobrino —dijo Eulogio, acabando de recorrer los metros que lo separaban del mostrador y cogiendo un bolígrafo con el que firmar en la hoja correspondiente.

El gesto de confusión de Asia pasó desapercibido para la recepcionista. ¿Su sobrino?

—¿Por qué no vas pasando tú? —le sugirió Eulogio—. Yo tengo asuntos de los que ocuparme. Entra por esa puerta. Estará en alguno

de los bancos del patio interior. Ya me uniré a vosotros después.

Algo en la expresión de Eulogio obligó a Asia a obedecer sin preguntar quién estaba en uno de esos bancos. Se lo podía imaginar.

La puerta que le había indicado se deslizó a un lado, como había hecho la de la entrada, y Asia se encontró con un pasillo no muy diferente a cualquiera de los de la Residencia. Sólo que en este caso las habitaciones estaban únicamente a un lado. Del otro había una pared acristalada a modo de galería. No tardó en ver una puerta abierta por la que salir al patio.

El espacio tenía cierto aspecto de claustro de un monasterio, con la galería circundando todo el perímetro del patio interior cuadrado. En el medio había un pequeño estanque. El césped, perfectamente cuidado, se interrumpía para dejar paso a senderos de gravilla.

Allí afuera no hacía frío ni soplaba el viento. Al mirar hacia arriba, Asia se dio cuenta de que "allí afuera" era en realidad "allí adentro": una estructura acristalada cubría el patio entero, como si de un jardín botánico se tratara, dejando entrar todo el azul del cielo y nada del invierno.

A Asia le bastaron unos segundos oteando el patio para confirmar sus sospechas. Bajo el más grande de los árboles sin hojas, sentada en un banco de madera, vio a la mujer con la que llevaba semanas intentando no soñar.

Se quedó allí, de pie, mirándola desde la distancia, llevándose instintivamente la mano al pecho para sentir su colgante, apenas un bulto bajo la ropa. Para sentir también los latidos de su corazón, acelerándose al recordar el tacto del cuello de la mujer entre sus manos y esos ojos de bosque.

Ella reparó en su presencia y una sonrisa iluminó su rostro. Se puso de pie sobre el banco y agitó la mano en su dirección, pidiéndole por gestos que se acercara.

Llevaba un vestido de flores, que se alisó al volver a sentarse en el banco, y una chaquetita de lana a la que sólo le quedaba un botón. Entrelazó las manos desnudas sobre su regazo mientras Asia se acercaba. No dejaba de sonreír.

Era esa sonrisa lo que más confundía a Asia. Tan infantil y sincera, tan contenta de volver a verlo de nuevo, como si guardara un gran recuerdo de la vez anterior.

Asia se detuvo a un par de metros del banco. A la mujer debió de parecerle una distancia adecuada.

—Me he metido en problemas —dijo, y bajó la mirada a la vez que su sonrisa se ensanchaba, como si estuviera orgullosa de haberse portado mal. Como si en vez de una mujer de pelo canoso fuera una niña de seis años.

—Yo también —dijo Asia.

La mujer levantó la cabeza y abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿A quién le robaste tú un abrigo de piel?

Asia sonrió.

—¿Es por eso por lo que te has metido en problemas?

—Sí. Y por escaparme. Pff. ¿Qué querían: que luciera el abrigo delante de la señora a la que se lo había robado? No, no, no. Mira, es esa de ahí.

Asia se giró y miró hacia donde la mujer le señalaba. Por uno de los senderos de gravilla caminaba una señora agarrada del brazo de un auxiliar vestido de blanco. Asia reconoció el abrigo de piel que llevaba. Iba a juego con su pelo cardado y sus joyas.

—¿Por qué le robaste el abrigo? —preguntó Asia, acercándose un poco más al banco y a la mujer.

—Porque es muy suave. Y porque ella tiene muchos y yo ninguno. Fue una mujer muy rica, Amparo Castaño, ¿sabes?

La mujer se movió en el banco para dejarle sitio a Asia. El chico aceptó la invitación y se sentó con ella.

—Muy rica, ya lo creo. Aunque lo único que le queda de su fortuna es su colección de abrigos y joyas. El resto… Fffd —dijo la mujer, haciendo el mismo gesto que haría un mago para hacer desaparecer una carta.

—¿Cómo la perdió?

—Digamos que por el alcohol.

—¿Tanto bebía?

—Oh, no. Muy pequeña tendría que ser su fortuna para gastarla así. ¿Sería una fortuna, entonces? ¿Puede ser navidad sin que vuelen los ciervos?

Asia frunció el ceño.

—¿No son los renos los que vuelan? ¿Los que tiran del trineo de Papa Noel?

—¿Papa Noel? —La mujer se echó a reír—. Papa Noel no existe. Y puede que en Laponia lo que vuelen sean renos. Pero aquí, en las montañas, lo que tenemos son ciervos.

—Y vuelan —dijo Asia, escéptico. La mujer asintió—. ¿Por qué en navidad?

—¿Cuándo quieres que vuelen: en primavera, y que vayan por ahí ensartando golondrinas con su cornamenta? Piensa un poco: vuelan en invierno porque el aire frío es más denso y tiene más fuerza para sustentarlos.

—Pero…

—¿Cómo es que no has visto ninguno? —se adelantó la mujer—. Porque no sabías lo que estabas mirando. Pero ahí están, en las noches sin luna, recortándose contra las estrellas: sombras en el cielo que reescriben constelaciones y eclipsan Venus.

Asia tuvo que aceptar que lo que decía la mujer tenía cierto sentido: si los ciervos volaran —y era ese un gran "si"—, volarían en invierno. Empezaría a fijarse a partir de ahora, mientras no llegara la primavera.

—Amparo Castaño sólo bebía ginebra —dijo la mujer—. Fue la Reina de Inglaterra, que en paz descanse cuando muera, quien la inició en la bebida. Sí, con esa gente andaba Amparo: con la élite. Y en la élite todos van con sus ginebras de lujo, sus especias exóticas y sus vasos de oro, pesados como ellos solos. Al final, sólo hay una forma de destacar.

—¿Cuál?

—Con el hielo, obviamente.

Obviamente.

—Para su hielo, Amparo Castaño aparcaba los camiones al final de un glaciar y dejaba que se fueran llenando poco a poco. "Hecho a hielo lento", decía el eslogan. Era una mujer de negocios. Lo sobrante, que era mucho, lo vendía. Perdía la exclusividad que había ido a buscar al Himalaya, pero ganaba un dinero que necesitaba para mantener su tren de vida. Chu-chu.

»El invierno siguiente mandó fletar un barco. Su destino: la Antártida —dijo la mujer, describiendo un arco en el aire con su mano —. La expedición llegó al Polo Sur en pleno verano austral. Ella esperó en el barco, bebiendo gintonics con ese toque salado de los icebergs costeros, intentado ver algún pingüino al vuelo en un despiste. A la vuelta decidió no compartir con nadie ese hielo. Exclusividad sobre dinero.

»Pronto descubrió que entre las élites algo sin precio es algo sin valor. Lo tuvo que poner a la venta, en cubitos, unidades limitadas, diez mil francos suizos la pieza. Amparo Castaño volvió a obtener beneficios y volvió a encontrarse engullida por el grupo. Un grupo más reducido, sí, pero grupo al fin y al cabo.

Amparo Castaño seguía caminando por el patio, hablando con el auxiliar, que sonreía y asentía en todo momento. A decir verdad, tenía aspecto de haber sido besada en la mano en su juventud por el príncipe de algún país ya disuelto.

—Hacía tiempo que el hombre había dejado de ir a la Luna —continuó la mujer—. Años atrás, el Challenger había volado por los aires. Yo estaba ahí. Yo lo vi. KA-BUM —y abrió el puño y sus dedos salieron despedidos en todas direcciones—. ¿Sabes qué hay en el espacio?

Asia asintió con la cabeza y dijo:

—Espacio.

La mujer sonrió.

—Has ido a lo seguro, ¿eh? ¿Qué hay entre el espacio?

—Estrellas.

—Pero no puedes meter una estrella en un vaso de cristal. Desde aquí se vean así de pequeñas, pero son mucho más grandes que tú y que yo. Son violentas explosiones nucleares, buenas para calentar algo. Amparo Castaño quería lo contrario.

»Quería estar sola en la cima. A miles de kilómetros por encima de ella, de hecho. Necesitaba que todo el mundo supiera que su hielo era el más valioso de la Tierra, sin tener que marcar un precio. Por eso preparó una nueva expedición. ¿A dónde? A Europa.

»Una de las lunas de Júpiter: *esa* Europa.

Asia se sonrojó al recordar lo imbécil que se había sentido durante la primera conversación que había tenido con Lira, al mencionar precisamente a *esa* Europa.

—Construir un cohete no es tan sencillo como parece —siguió la mujer—. Mientras los ingenieros hacían cálculos de órbita y pruebas de motores, Amparo Castaño se divertía en sus fiestas. Estaba en Philadelphia cuando oyó algo que le hizo cambiar de planes: el Gran Cometa de nuestra era estaba a punto de surcar los cielos.

»¿Por qué ir a Júpiter, con lo lejos que está, si podía esperar a que el hielo espacial viniera a ella? Hubo que rehacer los planes y acelerar la preparación de la tripulación para poder realizar el abordaje del cometa cuando más cerca se encontrara de la Tierra, en abril del '97.

»El lanzamiento se hizo desde algún punto de Kazajstán en enero del '96. Amparo Castaño tuvo que sobornar a las autoridades para poder llevar a cabo su misión. Al parecer, uno no puede lanzar un cohete al espacio así porque sí, como quien catapulta gatos desde una terraza. Dentro iban tres tripulantes. Nunca más se supo de ellos.

Asia esperó a que la mujer continuara, pero al cabo de medio minuto decidió preguntar:

—¿Qué les pasó?

—No es una forma de hablar: no se supo más de ellos. A mí me gusta pensar que lograron abordar el cometa y decidieron quedarse ahí para disfrutar las vistas. Y cuando el cometa vuelva, en dos mil quinientos años, tendrán mucho que contarnos de los anillos de Saturno y del azul de Neptuno. Ojalá, pero no lo creo.

»Una vez le pregunté a Amparo Castaño qué había pasado. Me dijo que había volado demasiado cerca del sol. No sé si se refería al cohete o a ella.

La mujer siguió a Amparo Castaño con la mirada durante unos segundos. Luego se volvió hacia Asia y dijo:

—Y así fue cómo Amparo Castaño perdió todo su dinero. Si has de dilapidar una fortuna, mejor hacerlo lanzando un cohete al espacio. Y si has de morir, mejor morir hundiéndote en el sol.

Asia pensó si sentiría vértigo en una caída hacia el Sol. La verdad,

lo prefería a caer al vacío desde el pasillo frente a las aulas, durante un descanso entre clases, viendo la vida pasar en imágenes proyectadas sobre un suelo que se acerca a más y más velocidad, hasta que pasado y presente se encuentran en el último fotograma, y pobre señora de la limpieza, lo que va a tener que raspar.

—¡Asia!

Del otro lado del patio, Eulogio se acercaba a ellos. La mujer se levantó, se alisó el vestido, deshaciendo cualquier arruga que pudiera haberse hecho al sentarse, y salió a su encuentro. Entonces se detuvo de golpe, como si algo la anclara al banco, ladeó la cabeza y se volvió con el ceño fruncido.

—¿Te llamas Asia? —preguntó, señalándolo. Asia asintió con la cabeza—. Yo soy Celeste. Como el color.

¿Cómo podía haberlo asustado esa misma mujer tan sólo unos minutos antes, al verla sentada en ese mismo banco del que él se levantaba ahora? Claro que la última vez que la vio poco había de infantil en ese rostro que ahora sonreía.

Celeste caminó hasta Eulogio y se detuvo justo frente a él. Reclamó su atención con un gesto de esa mano sin anillos y Eulogio se agachó para escuchar lo que Celeste tenía que decirle al oído. Eulogio asentía y miraba a Asia, que se preguntaba de qué estarían hablando y qué hacía Celeste en ese centro. Y sobre todo se preguntaba por qué lo había llevado Eulogio a él allí.

La conversación secreta terminó y Eulogio se dirigió a Asia.

—Venga, es hora de irnos.

Asia se levantó del banco. Celeste preguntó:

—¿Puedo ir con vosotros?

—Sólo hasta la puerta —dijo Eulogio—. Ya lo sabes. No querrás que te vuelvan a castigar por escaparte de nuevo.

Celeste negó con la cabeza, pero los ojos le brillaban como les brillan a los niños traviesos cada vez que mienten. Cuando llegaron al vestíbulo, la recepcionista se puso en pie y se inclinó sobre el mostrador.

—¿A dónde te crees que vas, señorita?

Celeste se asomó por detrás de Eulogio, tras el que se había intentado esconder sin mucho éxito, y se encogió de hombros. Se detuvo ahí, junto a las puertas de cristal.

—¿Vendrás a visitarme hoy?

—Como siempre —respondió Eulogio, besándola en la frente.

Celeste asintió con firmeza, contenta con la respuesta.

—¿Y el chico Asia? ¿Vendrá más veces?

Eulogio miró a Asia a los ojos durante unos segundos antes de decirle a Celeste:

—Si tú quieres, sí.

Celeste volvió a asentir. Y sin decir nada más, cruzó de nuevo el recibidor y salió al patio.

Eulogio y Asia salieron por la puerta principal y empezaron a recorrer el sendero de grava que descendía a la sombra de los árboles. Hicieron el camino en silencio hasta que dejaron atrás el portal de hierro fundido. En el muro, en unas letras de metal que recordaban a las que había sobre cada uno de los bloques de la Residencia, un cartel en el que Asia no se había fijado al entrar decía "Los Cipreses: residencia de ancianos".

—Sé que tienes preguntas —dijo Eulogio—. Pero hoy no tengo tiempo para responderlas. Me pondré en contacto contigo en algún momento de la próxima semana. Supongo que no tendrás problema en regresar a solas a la Residencia.

Asia negó con la cabeza. El camino no tenía pérdida: sólo había que seguir la carretera, siempre ascendente.

—Bien —dijo Eulogio, y tomó el camino contrario, carretera abajo, adentrándose más en el valle, alejándose de la Residencia, yendo hacia sabe dios dónde.

Durante unos segundos, Asia lo observó alejarse. Estuvo tentado a seguirlo a una distancia prudencial, pero el crujido de la gravilla bajo sus pies lo delataría enseguida. Además, tenía mejores cosas que hacer que seguir a Eulogio: repasar para el examen de esa tarde, por ejemplo.

Emprendió el camino de vuelta, a solas. Se lo tomó con calma, disfrutando del paseo, permitiéndose pensar en lo que acababa de pasar: en Celeste, en qué hacía en esa residencia de ancianos si no aparentaba más de cincuenta años, en Amparo Castaño y su vida, en cuánto de ello sería verdad, en Eulogio y esa extraña forma de castigarlo por haberse llevado un microondas...

Unas pisadas lo sacaron de su ensimismamiento. El sonido de alguien corriendo cuesta abajo, acercándose a él, apareciendo por una curva del camino con unos pantalones cortos, pese al frío que hacía, y una sudadera con capucha que intentaba contener el largo cabello castaño.

Lira no se detuvo de golpe. Transformó su carrera en un paseo con la naturalidad con la que un pájaro alza el vuelo. Tenía las mejillas encendidas por el esfuerzo. Sudaba. Y cuando habló, su respiración estaba agitada.

—¿Tú también has salido a correr? —le preguntó a Asia. Luego recorrió su atuendo con la mirada y vio los pantalones vaqueros y el abultado abrigo. Hizo una mueca, confusa.

—He ido a pasear. Pero ya estaba de vuelta.

Lira se remangó y consultó su reloj.

—A mí aún me queda un rato. No querrás acompañarme, ¿verdad?

Es algo aburrido correr sola.

Asia odiaba correr. Más que nada en el mundo. Correr por correr. Lo odiaba de veras. Con lo que le gustaba correr detrás de un balón o para golpear en buena posición una pelota de tenis. Pero correr del punto A al punto B y luego volver... Lo detestaba.

Y aun así, tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para rechazar la propuesta de Lira.

—Quizás otro día —dijo, señalándose la ropa que llevaba.

—¿Qué te parece mañana? Dan bueno, como hoy.

De verdad que lo odiaba.

—Tengo que estudiar —dijo a regañadientes.

—Vaya.

—Quizás después de los exámenes.

Lira lo miró con los ojos entornados, como si estuviera decidiendo si le estaba dando largas para no tener que decirle que no a la cara o si su oferta era legítima.

—Ya sabes cuál es mi habitación. Así que si quieres, cuando estés libre, llámame y salimos juntos a correr —dijo Lira antes de reanudar la marcha, alejándose carretera abajo.

Asia miró atrás una vez, dos veces, tres. En el camino de vuelta a la Residencia, tuvo algo más en lo que pensar. Entró por Recepción y atravesó el Comedor, vacío a esas horas, con una tenue sonrisa dibujada en los labios. Dos cocineras lo siguieron con la mirada.

—¿No es precioso ver a un muchacho enamorado? —comentó una a la otra, viendo al chico pasar—. Ay, María, de verdad te lo digo: ojalá sea un amor correspondido…

—¿Turno de mañana?

—Noche larga —dijo Ramón.

El guardia bostezó y se estiró. Echó un vistazo alrededor. Las cocineras empezaban a organizarse para un nuevo día de trabajo. Olía a café recién hecho y a zumo de naranja de bote. Ramón había llegado atraído por el olor de la primera tanda de bollería precocinada al salir del horno.

Alargó el brazo para coger un cruasán de la bandeja metálica donde estaban enfriándose. La cocinera le dio un cachete en la mano y lo amenazó con el dedo.

—Espera a que se enfríen, al menos —dijo. Se giró y empezó a sacar patatas de un gran saco de tela—. ¿Qué te cuentas? ¿Alguna novedad?

—Mmh-mm —negó Ramón con la boca cerrada. Cuando la abrió, unas pequeñas volutas de humo salieron al aire.

—Eres incorregible —dijo la cocinera, sonriendo y meneando la cabeza—. Está siendo un año tranquilo, ¿verdad? Salvo lo de aquella máquina expendedora, la noche del apagón. Espero que el chico esté bien.

Ramón tragó con dificultad el trozo de cruasán ardiendo. Apoyó el resto en la encimera.

—¿Qué chico?

—El chico al que le cayó la máquina encima —respondió la cocinera—. Le pilló una pierna. Pobre. Iba para futbolista, decían. Y todo por querer unas cuantas chocolatinas gratis. Que tristeza más grande. Rezo por él —dijo, santiguándose.

Ramón se metió en la boca lo que quedaba de cruasán, ya más frío. No se molestó en corregir a la cocinera. En las dos semanas desde el apagón, había oído una docena de versiones distintas de qué le había pasado a la máquina.

—Supongo que el Director estaría hecho una furia —dijo la cocinera, empezando a pelar las patatas—. Normal, por otra parte: rompen una de sus máquinas y además nadie sabe quién lo hizo.

—Supongo que el chico al que le cayó encima, ¿no? —dijo Ramón.

—Ah, claro —dijo la cocinera. Se limpió una gota de sudor de la frente con el dorso de la mano y siguió pelando patatas—. Aunque creo que ese pobre chico sólo pasaba por allí. ¿No pasaba por allí ese chico, el que iba para futbolista, María? —preguntó a voz en grito, para que la otra cocinera la oyera—. Sí, eso creo —dijo sin esperar

respuesta—. Alguien empujó la máquina y un pobre inocente lo paga así.

Ramón se mantuvo en silencio. Vio cómo María cruzaba la cocina hasta llegar junto a ellos.

—Pobre chico, sí —dijo María—. Lo tendré en mis oraciones.

Tras santiguarse, sacó los cruasanes al Comedor. Ramón esperó cinco segundos para salir tras ella: no quería parecer desesperado. María dejó la bandeja de los cruasanes sobre una mesa. Una pequeña multitud de los residentes más madrugadores se abalanzó sobre ellos. Al dispersarse, sólo quedaban dos. Ramón los cogió, pero no se los llevó a la boca inmediatamente. Se los comería de camino a su coche, o quizás al llegar a casa, quién sabe.

Emprendió la marcha y a punto estuvo de darse de bruces con una chica cargada con una bandeja de desayuno. Ramón se fijó primero en las tres tazas de café y en el pequeño montón de galletas. Siguió subiendo, apenas deteniéndose medio segundo en el busto de la chica. Pronto llegó a un rostro pálido, con coloretes, y a unos ojos de un azul claro muy brillante que miraban fijamente los dos cruasanes que él sostenía en la mano.

—Te los estaba reservando —dijo Ramón, y dejó los cruasanes sobre la bandeja de la chica.

Claudia no sabía si agradecerle el gesto al guardia de seguridad o rechazar esos bollos manoseados. Pero olían tan bien y tenían un aspecto tan apetitoso en comparación con las galletas...

—Ah, ya que estamos… ¿Puedes decirle a tu amigo Asia que el lunes es un buen día para repetir? Misma hora, mismo lugar.

—¿*Repetir* qué?

—Él ya sabe. ¿Se lo dirás, guapa?

Antes de que Claudia pudiera decirle que el guapa se lo podía ahorrar, el guardia se giró y salió por la puerta de Recepción. Claudia se quedó unos segundos allí, algo confusa por lo que acababa de pasar.

—¿Te sientas o qué? —le gritó Alba desde una mesa cercana.

Claudia recorrió los metros que la separaban de su compañera de habitación y se sentó con ella.

—¿Qué quería Ramón?

—¿El guardia? —preguntó Claudia, señalando hacia el lugar donde se habían encontrado—. Nada. Toma.

Claudia compartió con Alba uno de los cruasanes. Empezaron a desayunar, aunque Claudia no tenía demasiado apetito. Alba lo notó.

—¿Otra vez nerviosa? —preguntó. Claudia asintió con la cabeza—. Seguro que te sale genial. Además, piensa que es el último examen. Mañana a estas horas estarás en tu casa, durmiendo plácidamente en tu cama, y cuando vuelvas a la Residencia tendrás por delante una semana de completo relax.

—La semana que viene ya hay clases de nuevo.

Alba soltó una risa lenta y nada natural mientras meneaba la cabeza de un lado a otro.

—Ay, Claudia, Claudia… A veces me olvido de lo poco que sabes de la vida. Hay clases, sí. Pero ¿qué más da? ¿No crees que te mereces unas pequeñas vacaciones tras un mes encerrada? ¿No nos lo merecemos todas? Más que merecerlas: son necesarias. Hay que armarse de fuerzas para el jueves.

—¿Qué pasa el jueves?

—¿Qué va a pasar? Que por fin podremos salir. ¿No lo echas de menos?

Claudia asintió. Echaba de menos lo llevaderas que se hacían las clases de la tarde del jueves, y cómo volaba el tiempo en los Jardines tras la segunda copa, y quedarse hablando en la calle cuando los locales cerraban. Echaba de menos el Playa Club, donde la falta de luz y el ruido de la música obligaban a bailar aunque no quisieras y a hablar tan de cerca que era imposible que los labios no acabaran por chocar.

—Un poco sí —dijo—. Aunque con el frío que hace estos días, casi apetece más quedarse en la habitación viendo alguna peli, ¿no?

—Para eso hay otros días. Además, es tradición que esa semana haga buen tiempo.

—¿Tradición de quién? —preguntó Claudia, riéndose.

—De dios todopoderoso que está en los cielos manejando el clima —dijo Alba, alzando la vista a los altos techos del Comedor—. Nos recompensa por ser buenas chicas durante el invierno. ¿Qué pasa? ¿No me crees?

Claudia se rió ante la cara de absoluta indignación que Alba tenía las narices de poner.

—No, no te creo, *guapa* —dijo.

—¿Qué te apuestas?

—Una copa.

—Vale. Si hace buen tiempo, el jueves me pagas una copa —dijo Alba—. En el Playa —añadió.

Claudia apretó los labios. Las copas del Playa eran las más caras de todos los locales a los que iban.

—Está bien. Pero si hace malo, *tú* me invitas a *mí* a una copa. —Claudia alargó la mano para cerrar el trato—. ¿Hecho?

Alba le estrechó la mano. Sonriendo, la miró a los ojos y dijo:

—Hecho.

Claudia volvió de buen humor a su habitación después de que Alba subiera al bus para ir a clase. Iba silbando distraída por los subterráneos cuando algo en la sala de estudio hizo que se detuviera. Abrió la puerta y se asomó sin entrar.

—¿Qué haces despierto a estas horas?

A Asia le sorprendieron varias cosas. La primera, oír la pregunta de Claudia aun con los auriculares puestos. Tardó unos segundos en darse cuenta de que la música no sonaba. Puede que hubiera dejado de sonar hacía horas. Lo que llevaba al segundo motivo de sorpresa: ¿qué hora era?

Sólo entonces fue consciente de la claridad que se colaba por las ventanas de la sala de estudio. Se notó las orejas calientes y doloridas al quitarse los auriculares. Consultó la hora en su móvil, recuperado tras la mojadura de hacía unas semanas: pasaban de las nueve de la mañana.

—¿Llevas toda la noche estudiando? —preguntó Claudia, que había entrado en la sala y se acercaba a él.

El cerebro de Asia parecía haber estado esperando esa pregunta para desatar el cansancio acumulado. Le empezaron a picar los ojos. Bostezó y se estiró, intentando paliar el agarrotamiento de los brazos. Se levantó con dificultad. Cuando intentó hablar, no logró pronunciar palabra. Tosió para aclararse la garganta. Dijo:

—Sí.

No había sido su intención. Había bajado la noche anterior para repasar unos cuantos ejercicios. Pero resultó que esa noche sólo estaban él y el cotilla de los apuntes, que también estaba preparando el examen de Física. Sin motivos para mirar en dirección a la puerta cada cinco minutos, había acabado entrando en una especie de trance en el que su cerebro y su mano parecían ser lo único que existía en el universo, y las hojas se fueron llenando de ejercicios resueltos.

La llegada de Claudia había roto esa burbuja de concentración. Ahora tenía frío y sentía la mano agarrotada. Empezó a preocuparse por el estado en el que llegaría al examen de la tarde.

—Vete a dormir —dijo Claudia—. Venga, te ayudo a recoger.

Mientras Asia tiraba los vasos de café a la papelera, Claudia recogió todas las hojas desperdigadas por la mesa y las metió en la mochila de Asia. Fuera, en el pasillo, frente a la máquina expendedora de café y al hueco de la de alimentos que todavía no habían repuesto, Claudia le entregó la mochila.

—Por cierto, antes, en el Comedor, me encontré con Ramón, el guardia de seguridad. ¿Me dijo algo de que el lunes era un buen día para repetir, a la misma hora y en el mismo lugar? Dijo que lo entenderías, no sé.

Asia se limitó a asentir con la cabeza.

—¿No me vas a contar qué es?

—Otro día. Ahora necesito dormir.

—No, ya. ¿Quieres que te llame por teléfono cuando vayamos a coger el bus? Por si te quedas dormido.

—Sí, mejor. Que como me pierda el examen, con lo que he estudiado…

Se despidieron sin ceremonias: Asia necesitaba aprovechar cada segundo para dormir. Subió las escaleras y fue hasta su habitación arrastrando los pies. No veía el momento de tumbarse en cama. Metió la tarjeta en la cerradura y abrió la puerta despacio, con cuidado de no hacer ruido para no despertar a Fran.

La habitación estaba bien caldeada, como siempre. Asia dejó la mochila en el suelo, junto al armario, se quitó la sudadera y los vaqueros, puso la alarma del móvil para dentro de menos de cinco horas y se metió en la cama.

Diez minutos después todavía seguía despierto. Abrió los ojos. La luz que se colaba por las rendijas de la persiana iluminaba lo suficiente la habitación como para apreciar en toda su magnitud la sobriedad de ese techo sin estrellas. Era perfecto para aburrirse e inducir el sueño. O lo sería si la mente de Asia no estuviera tan activa.

El cerebro le bullía como si estuviera lleno de hormigas bañándose en aceite hirviendo, chisporroteando y saltando en todas direcciones, provocando pequeños incendios por toda la cocina. Debería haber dejado de estudiar horas antes y permitir así que su cerebro se enfriara lo suficiente para poder cerrar los ojos y no ver vectores deslizantes y momentos de inercia.

Lo intentó de nuevo. Cerró los ojos con fuerza, buscando aplacar el picor, e intentó no pensar en nada. A las fórmulas de Física las sustituyeron entonces cientos de miles de palabras que animaban a Asia a que durmiera de una maldita vez, si fuera posible, y que no dejaban de preguntarle si creía que ese método de dejar la mente en blanco le estaba funcionando o qué.

Apretó los dientes y pataleó, frustrado. Luego se relajó y por un momento sólo escuchó los ronquidos de Fran en la cama de al lado.

Eso era. Por eso no podía dormir: por culpa de Fran y de sus ronquidos. Sonaban a motosierras destrozando vajillas de porcelana, o a una tormenta dentro de una habitación llena de latas de Coca-Cola vacías. Cuando Fran se despertase, Asia podría dormir al fin.

El despertador de Fran no tardó en sonar. Asia fingió dormir mientras oía cómo Fran se levantaba de la cama entre quejidos. Sus pasos se dirigieron al baño. Unos segundos después se oyó el ruido de la ducha.

Se le ocurrió entonces una idea: ¿y si se escondía debajo de la cama? Así, cuando Fran saliera del baño, se encontraría la cama de Asia vacía, cuando juraría haberlo visto durmiendo tan sólo unos minutos antes. No podía haberse levantado tan temprano, pensaría Fran. Y si hubiera salido de la habitación, lo habría oído. ¿Era posible que Asia se hubiera esfumado? Oh, no: ¿y si nunca había existido?

Asia contuvo un ataque de risa. ¿Estaba perdiendo la cabeza? *No sé, ¿estás volviéndote loco, Asia?*, preguntó la voz. Tú calla. No me hables cuando estoy aquí, bajo la cama.

En ese techo de viguetas tampoco había estrellas, ni falta que hacía. Cualquier iluminación no haría más que deslucir la austeridad de ese armazón de madera y metal, de ese esqueleto del descanso. Bajo él, Asia era igualmente incapaz de encontrar el sueño.

No recordaba la última vez que se había quedado dormido. ¿Había que seguir algún protocolo especial? ¿Existían unas palabras mágicas que había que pronunciar? ¿Había algún botón que apretar para abandonarse al sueño y dormir por fin?

Quizás había llegado el momento de rendirse. Además de sueño, tenía hambre. Podría ducharse en cuanto Fran saliera del baño y desayunar con él. Y ya que estaba despierto, limpio y con el estómago lleno, aprovecharía la mañana para hacer la maleta. ¿Sería entonces ya la hora de bajar al examen?

¿Cuánto tiempo crees que te va a llevar hacer esa maleta diminuta que tienes, Asia? Y ya que estamos, ¿cuándo piensas recuperar tu maleta grande del Almacén?

Vale, hacer la maleta apenas le iba a llevar unos minutos. En este mes que llevaba sin pasar por casa, se había acostumbrado a lavar la ropa en la lavandería de la Residencia. Ese fin de semana sólo tendría que llevar algo de ropa limpia para ir a comer a casa de sus abuelos el domingo. El sábado sólo iba a necesitar el pijama.

Y el domingo por la noche, cuando volviera a la Residencia, debería acostarse temprano para no llegar tarde a su nueva cita con Eulogio. Quizás ese sería un buen momento para bajar al Almacén y recuperar la maleta, sí.

Dos preguntas planteadas, dos resueltas. Si mantenía esa progresión iba a hacer el examen de su vida. No le vendría mal, teniendo en cuenta cómo le había ido en los anteriores. Estaba claro que los exámenes de la universidad en nada se parecían a los del instituto. Todas sus esperanzas estaban depositadas en el examen de Física dentro de unas pocas horas, si es que alguien lograba encontrarlo a tiempo ahí, escondido bajo su cama.

La ducha seguía sonando y Asia seguía despierto. Para no dormir, bien podría no dormir en la habitación de Claudia. Iría a visitarla y se metería en su cama mientras ella estudiaba. Después ella se tumbaría a su lado. Las sábanas estaban frías. Claudia desprendía calor. Cerró los ojos.

Se dejó caer de espaldas. Fue un impacto blando. Llevaba lloviendo semanas en el bosque. Soplaba un viento cálido que arrastraba con él las nubes, dejando a la vista un cielo cubierto de estrellas. Alguien las había unido con líneas rectas. Observó las constelaciones que

formaban.

Reconoció enseguida al Panadero, con su ojo solitario. El otro lo había perdido en la Explosión del Horno de Leña que había formado la Vía Láctea, con esos extraños vacíos de estrellas con forma de ciervo. Más al norte, la Casa de las Costureras brillaba impaciente, esperando que una estrella fugaz se colara por la ventana y la Costurera Mayor pudiera por fin enhebrarla en la Aguja.

El suelo estaba frío y el tiempo no paraba de pasar. Las estrellas no dejaban de moverse. Por la izquierda apareció el morro del Coche Teledirigido, una de las constelaciones de más reciente descubrimiento. En unas horas lo seguiría El Niño. Él controlaba el coche. Su cabeza se mantenía siempre fija en el Norte y todo giraba a su alrededor. Los pies del Niño describían cada noche un amplio arco.

¿Qué fuerza tendría una patada de esos pies imaginados? Asia se sentó en el suelo. Apartó las hojas y encontró un palo con el que escribir en la tierra.

Era todo distancia y velocidad angular y masa de las estrellas y del espacio vacío entre ellas. Era Física. Era sencillo. O debería serlo. Pero la falta de sueño le nublaba la vista. Llevaba horas despierto. Puede que días. Y tenía frío, como Carla

Se le nota en la piel erizada, tumbada en su cama, sola. Pobre. Se frota los muslos para entrar en calor. Se hace un ovillo y se vuelve a estirar. La almohada le molesta. La aparta. Se tumba boca abajo sobre ella. No encuentra la postura. Se mueve adelante y atrás, deslizante.

Es un rozamiento que no se puede despreciar, una rugosidad suave imposible de calcular. A Asia le faltan dedos para llevar las cuentas. Todo va demasiado rápido. Todo es un momento. Y Carla arde al tacto. Bésame aquí y dime si tengo fiebre. Tiembla. Se muere de frío. Se acatarra. Su voz es ronca. Suda. Su pelo son llamas. Mira al techo y no ve las estrellas ni el mensaje que hay en ellas. Es un sol. Explota...

Asia abrió los ojos. No sabía dónde estaba ni qué pasaba. Creía recordar el ruido de una puerta cerrándose. Le parecía algo muy lejano, casi un recuerdo de su infancia. Era difícil precisar cuándo había ocurrido con todo ese ruido que le impedía concentrarse. Si al menos la habitación estuviera en silencio…

Podría estarlo. Con tal de que el teléfono dejara de sonar, todo quedaría en calma y Asia podría por fin dormir. Se revolvió en la cama y tanteó con la mano la mesilla de noche de Fran hasta que se topó con el teléfono. Descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja.

—Mmm —se quejó.

—¿Dormías? —preguntó Claudia.

—Mmm.

—Vamos a coger ahora el bus para comer en la Escuela. ¿Bajas ahora o más tarde?

—Mmm.

—Bueno, pues te reservamos un sitio en el aula. No te quedes dormido.

Claudia colgó. Asia no tenía ni idea de a dónde habían ido las cinco horas que habían pasado desde que se había metido en cama. Desde luego no las había invertido en calmar el picor de ojos o en paliar el sueño que ahora lo obligaba a cerrarlos de nuevo.

Los abrió de golpe. Del auricular del teléfono, descolgado sobre su pecho, le llegaba el molesto pitido de la línea comunicando. Un sonido acelerado a juego con los latidos de su corazón. Asia se incorporó a toda prisa en la cama y cogió el móvil. Pasaban de las tres y media.

—No, no, no...

El bus estaba a punto de salir. Si lo perdía, no llegaría a tiempo al examen de las cuatro. Con lo que había estudiado…

Se vistió a toda prisa, cogió el móvil, la cartera y la mochila y salió de la habitación. Por un fin de semana que fuera a casa sin maleta no pasaba nada. Aún tenía ropa en el armario.

Echó a correr por el pasillo. Menos mal que su habitación no estaba en el segundo piso o en los áticos. Si no, quizás se habría llegado a plantear saltar por la ventana para ahorrar así un buen puñado de segundos. Ese viernes confió en que sus piernas le hicieran cruzar a tiempo la planta baja de su Bloque.

Salía por la puerta, listo para salvar de un salto los tres escalones de la entrada, cuando el bus pasó ante él, todo ruido de motor aumentando revoluciones y marchas engranándose, cogiendo cada vez más velocidad.

Fue como si alguien hubiera accionado un interruptor en su interior. La adrenalina que lo impulsaba desapareció, y con ella toda esperanza. Asia se detuvo de golpe, resbalando. El autobús también.

El corazón le volvió a latir con fuerza. Esa inyección de sangre, junto con la bofetada del frío aire de finales de enero, hizo que sus piernas se activaran de nuevo. Echó a correr hacia un bus que ahora lo esperaba.

Subió jadeando. El conductor lo miró de mala manera antes de cerrar las puertas y arrancar sin esperar a que Asia se agarrara a alguna de las barras. Perdió el equilibrio y se precipitó a trompicones hacia la parte trasera. Por suerte evitó caerse. No sólo por la vergüenza de una caída así, con toda la gente mirando, sino porque estaba seguro de que si acababa en el suelo se quedaría dormido ahí mismo.

Se agarró a una de las barras verticales cerca de las puertas traseras y se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

—Al final has corrido sin mí.

Asia bajó la mirada hacia el asiento que tenía al lado, desde donde

Lira lo miraba. Quiso decir algo, pero bastante tenía con respirar.

—Me debes una, por cierto —añadió Lira al poco rato, cuando el bus aceleraba de nuevo, alejándose de la Residencia.

Asia la miró sin comprender.

—Por haber detenido el bus para que te pudieras subir —explicó ella.

—¿Fuiste tú?

—Mm-mmh —asintió—. Bueno, yo avisé al conductor, que es lo que cuenta. Y menos mal. Tienes un examen ahora, ¿no? Algo le oí decir a Carla —dijo, antes de que Asia pudiera preguntar cómo sabía eso—. El caso es que es un milagro que estés aquí. Es algo mágico.

—Tanto como mágico…

—¿No te lo parece? —preguntó Lira—. Piensa en todo lo que ha tenido que suceder para que tú estés ahora mismo aquí, en vez de sentado en las escaleras de la entrada de tu bloque, lamentándote por haber perdido el bus. Si yo no me hubiera quedado dormida y hubiera cogido el bus anterior, como era mi intención; si me hubiera sentado en el otro lado; si aun sentándome aquí, no se me hubiera dado por mirar por la ventana; si al verte no hubiera gritado "¡espera!", o si el conductor no me hubiera hecho caso; si tú hubieras salido tan sólo unos segundos más tarde. Cualquier pequeño cambio y tú no estarías ahora aquí. Si eso no es un milagro...

Asia se quedó callado mientras el bus pasaba de largo ante la Facultad de Filología. Se fijó en que Lira llevaba entre sus piernas una pequeña maleta.

—Pero es que por esa lógica, ¿no sería…?

Asia se interrumpió. El bus acababa de detenerse en Arquitectura. Las puertas se abrieron y un par de decenas de estudiantes se bajaron. Asia ocupó uno de los asientos que quedaron libres, delante de Lira. Se volvió hacia atrás para seguir hablando con ella.

—¿No sería todo lo que pasa un milagro?

Lira negó con la cabeza.

—No. Hay cosas que van a suceder pase lo que pase. Más bien, que no se ven afectadas por pequeños cambios. Piensa por ejemplo en por qué estás tú aquí. No digo ahora en el bus. Me refiero a por qué has acabado estudiando en Coruña. Estoy segura de que detrás de tu decisión de estudiar aquí no hay una serie de coincidencias imposibles. Para que el resultado hubiera sido otro, tendrían que haber sucedido cambios muy importantes. Por eso que estudies aquí no es ningún milagro.

El bus negociaba ya la última rotonda antes de la parada de la Escuela de Caminos.

—Pero hay situaciones mucho más susceptibles al cambio —siguió Lira—. Como esta de ahora. Es ahí donde están los milagros. Porque

ahora mismo estamos viviendo una realidad rara, estadísticamente hablando. Algo exclusivo y extraño. Un regalo improbable. Si eso no te parece mágico...

El bus se detuvo y Asia se puso en pie: esa era su parada, y por más que quisiera seguir hablando con Lira, tenía que alejarse de ese milagro y adentrarse en la inevitabilidad del examen de Física.

—A partir de hoy voy a tener más tiempo libre —dijo Asia, hablando a toda prisa, cediendo el paso a todos los que, como él, tenían que bajarse—. Avísame cuando salgas a correr.

Lira asintió con la cabeza y Asia bajó del bus.

—¿Qué te parece el lunes por la mañana? —pregunto Lira, asomándose por la puerta.

Asia sonrió.

—Perfecto.

—A las diez en Recepción —dijo Lira antes de que las puertas se cerraran y el bus arrancara.

Asia se quedó allí de pie, mirando cómo el bus se alejaba, sonriendo pese al cansancio, olvidándose por un momento del examen, sin recordar que la mañana del lunes ya había quedado y que no iba a poder acudir a la cita con Lira salvo que ocurriera un milagro.

Interludio:

Abuelos

Era un día soleado y sin viento en la aldea. A esas horas de la mañana todavía hacía frío. Dentro de la casa, la cocina de leña estaba encendida. Olía a humo de carozo. Las ventanas estaban empañadas por el calor.

El padre de Asia enseguida se hizo cargo de poner las ollas más pesadas al fuego. La abuela aprovechó que su hijo había tomado el mando para saludar a Asia. Le dio dos besos y un billete a escondidas.

—No te quites el abrigo —dijo entonces el abuelo, asomado a la puerta—. Ven conmigo.

Asia se subió de nuevo la cremallera hasta arriba y lo siguió afuera. En la casa de los abuelos siempre había alguna tarea que hacer, y unas manos jóvenes nunca venían mal. A Asia le gustaba ayudar a su abuelo. Al menos así el tiempo se le pasaba más rápido hasta que llegaran sus primos.

—¿Qué tal los exámenes? —le preguntó mientras bajaban por la rampa de la entrada y se dirigían al lateral de la casa.

—Difíciles.

—¿Suspenderás alguno?

—Puede.

Como mínimo dos. Para empezar, el de Dibujo. Y ni siquiera se había presentado a Cálculo.

—Aparte de eso, ¿qué tal todo? ¿Qué tal las clases? ¿Te gusta la carrera? —le preguntó el abuelo mientras buscaba entre un manojo de llaves la de la bodega.

—Creo que sí. Es pronto para decirlo. Es difícil, pero estoy aprendiendo mucho. Sí. Sí me gusta.

El abuelo, que acababa de abrir la puerta, se volvió hacia Asia y estudió su rostro durante unos segundos.

—Voy a enseñarte algo —dijo entonces, volviendo a cerrar la puerta con llave. Se colgó el manojo del cinturón y echó a andar.

Asia lo siguió. Se alejaron de la casa. Había una vaca parda pastando plácidamente en mitad del prado. Cuando pasaron a su lado, la vaca levantó la cabeza y los miró sin dejar de rumiar. Su cola estaba quieta, salvando energías para cuando llegara el calor y las moscas no la dejaran tranquila.

La hierba crujía bajo sus pies al atravesar las zonas sombrías. Una tenue neblina flotaba a un palmo del suelo. Allá donde daba el sol, la humedad del terreno les mojaba el calzado. No había más nubes en el cielo que las que surgían de la chimenea de la cocina.

La finca descendía suavemente hasta el comienzo de la pendiente abrupta del valle, casi un precipicio, que ahora tenían a sus pies. Oculto por los árboles de la ladera, el río sonaba con fuerza, cargado con el agua de las lluvias de enero. Allí, al final de la finca, estaban las ruinas de una casa de piedra.

A Asia siempre le había gustado esa casa. Lo que quedaba de ella, al menos. En las piedras desgastadas había historias por contar. Para Asia, la casa en ruinas era parte natural del paisaje, como el valle o los prados o los animales. Y al igual que no preguntaba por el origen de la vaca, nunca le había preguntado al abuelo qué hacía allí esa casa derruida.

Había llegado el momento de saberlo.

—Cuando yo tenía tu edad, mi abuelo me cogió del brazo y me guió hasta aquí, como yo hago contigo ahora, hasta el borde de esta finca que ya era nuestra entonces. "Esta es tu casa", me dijo.

»Pero aquí no había nada salvo unas vistas fantásticas del valle. Sobre todo los días en los que el río bajaba cargado de niebla. Era tan espesa que casi se podía cruzar a la ladera de enfrente caminando sobre ella.

»Vistas, nada más había. Y sin embargo mi abuelo insistía en que esta era mi casa. Era un hombre sabio, mi abuelo. Muy inteligente, sí señor. Un poco como yo. Todo el mundo sabe que la inteligencia se salta una generación. Para muestra nuestros padres, Asia.

El abuelo le sonrió con complicidad.

—Mi padre no era tonto, ni mucho menos. Pero era demasiado serio. Demasiado práctico. Le interesaba lo que podía serle útil, nada más. Y el tuyo… Bien sabe Dios que quiero a mi hijo, pero no podía ser más diferente de mí. Y diferente de su abuelo, ya puestos, gracias a Dios. Qué disgusto me llevé cuando dejó los estudios. Pero él nunca fue un hombre de libros. Ni falta que hace.

Asia asintió con la cabeza, aunque en realidad estaba confuso. Casi le avergonzaba reconocerlo, pero le costaba pensar en su padre como alguien con una personalidad marcada. Y no porque no la tuviera, sino porque siempre lo había mirado desde tan cerca que le era imposible distinguirla. Necesitaba alejarse para que la imagen tuviera sentido. Ahora, a través de los ojos del abuelo, se hizo una idea de lo que podía llegar a aprender si se interesaba.

—Y luego estás tú —dijo, revolviéndole el pelo—. Has salido a mi abuelo y a mí. Listo como un enjambre de abejas y callado como la miel. Tenías que verte de niño, cómo escuchabas en silencio, prestando atención. Lo sorprendente era que nadie tenía ninguna duda de que te estabas enterando de todo. Y sin embargo, tardaste mucho en hablar.

—No tendría nada que decir.

El abuelo se echó a reír.

—Exacto. Otros niños repiten sin parar la única palabra que saben, orgullosos de su logro. Tú no. Tú escuchabas y esperabas el momento adecuado para hablar, porque no tenías necesidad de demostrar nada, ¿verdad?

Asia se encogió de hombros. Había sido un niño callado. Todavía lo era. No había para tanto. Pero ya se sabe lo que les gusta a los abuelos presumir de los nietos, así que no le llevó la contraria al suyo.

—Sí, se salta una generación... —dijo el abuelo más para sí que para Asia. Luego miró al chico—. Lo dice la ciencia. Y lo que dice la ciencia va a misa. Igual que lo que decía mi abuelo. Palabra sagrada, sí señor. Y si decía que este terreno vacío era mi casa, es que lo era.

El abuelo se aclaró la garganta de forma teatral, y dijo:

—"Esta es tu casa y aquí vives con tu familia. ¿La ves?". Yo no veía nada, pero dije que sí. ¿Qué otra cosa iba a decir? Entonces me dio un bofetón. "¿No has visto venir el golpe?", me preguntó. Yo, desde el suelo, conteniendo las lágrimas, negué con la cabeza. "Bien", dijo él. "No vuelvas a contestarme en tu vida lo que creas que quiero oír".

El abuelo miró a Asia.

—No voy a pegarte —aclaró, lo que hizo que su preocupación aumentara: en ningún momento se le había pasado por la cabeza que el abuelo pudiera pegarle—. Tú no necesitas estímulos físicos para aprender. Aquellos eran otros tiempos. Las caras eran más duras y el suelo más blando. Un bofetón de vez en cuando formaba parte de la educación de cada niño. Todo se olvidaba más rápido.

»Mi abuelo me tendió la mano para levantarme del suelo. Luego me preguntó qué veía aquí. No hizo falta que me recordara que quería oír la verdad. Así que me concentré en el terreno vacío y cerré los ojos. Vi una casa. Era de piedra, de una sola altura. Cosa rara: por aquí las casas no eran así. Nunca lo habían sido. Ni siquiera hoy lo son. Pero eso era lo que veía, y eso fue lo que le dije a mi abuelo.

Asia miró lo que quedaba de casa. Por la fachada principal, casi conservada al completo, se podía adivinar que había sido una casa pequeña de una sola altura. Del resto de los muros apenas quedaban unas cuantas piedras aquí y allá. Más que una casa parecía el marco de las vistas del valle.

—Aunque era la primera vez que pensaba en ello, supe que siempre había querido construir una casa aquí mismo. Fue una sensación extraña que nunca antes había tenido y que sólo tuve una vez más en mi vida: la primera vez que vi a tu abuela. Sentí como si me hubieran revelado una verdad absoluta de forma espontánea. Lo sentí más de lo que sentí la bofetada de mi abuelo. Fue una sensación maravillosa.

El abuelo se acercó a lo que quedaba de casa y empezó a recorrer

con parsimonia su perímetro. Sonreía mientras sus manos acariciaban las piedras que quedaban. Apenas se había separado de Asia unos metros, pero parecía estar muy lejos de él, a toda una vida de distancia.

Completó un recorrido que tenía mucho de ritual y se detuvo de nuevo en el punto inicial. Su sonrisa cambió. Su mirada se perdió del otro lado del umbral de la entrada, donde en su día hubo una robusta puerta de roble con una aldaba con forma de cabeza de león.

—Y era tan realista que la gente del pueblo nunca la utilizaba —le explicó a Asia—. Mejor. Así conservaba toda su fiereza de dientes puntiagudos y garras afiladas. Pero ¿era una aldaba si nadie la utilizaba para lo que había sido creada? Qué tiempos aquellos en los que el mayor de los problemas de esta casa era la crisis de identidad de la aldaba…

El abuelo le cedió el paso a Asia. El chico atravesó el umbral delante del abuelo. Había pasado muchas veces de un lado al otro de ese muro a medio derrumbar. Pero esa vez, con la invitación de su abuelo, no sólo atravesó el muro, sino que entró en una casa. Una casa donde había vivido gente. Donde su abuelo había dormido y comido. Donde había reído al escuchar alguna anécdota divertida. Donde había llorado al darse descalzo un golpe contra la pata de algún mueble.

No era una casa derruida. Era un hogar.

—Lo fue, al menos —dijo el abuelo—. Todavía recuerdo la primera piedra que puse.

—¿Fue esta? —preguntó Asia, señalando un bloque de piedra a la altura de su pecho.

El abuelo le reprobó el comentario con la mirada, pero Asia se fijó en que se estaba esforzando por contener una sonrisa.

—Fue esta —le corrigió, señalando una piedra que apenas asomaba de la tierra—. Tenía dieciocho años.

—Una piedra joven.

—Asia… —dijo el abuelo, meneando la cabeza—. Calla y escucha, ¿quieres? Tenía tu edad y ya estaba construyendo mi propia casa. Mi abuelo venía a ver cómo evolucionaba la obra. Poco a poco. Piedra a piedra. Dediqué unos cuantos días a hacer un banco para que él pudiera sentarse tranquilamente a observar. Luego seguí con mi trabajo. Sin descanso. Día tras día. Lloviera o hiciera sol. Con frío o calor. Y disfruté cada minuto que le dediqué. ¿Sabes por qué?

—¿Porque esta casa era tu sueño?

—Exacto —dijo el abuelo, chasqueando unos dedos fortalecidos tras toda una vida escribiendo a tiza—. Era mi sueño, y cada día que pasaba veía mi sueño materializarse ante mí. No hay nada más satisfactorio que crear algo de la nada. Y no porque puedas por fin

verlo o tocarlo. No. Lo mejor de crear algo es poder compartir tu visión con el resto del mundo.

»Cuando terminé, todo el pueblo pudo ver al fin cómo era la casa que con tanta claridad yo había visto en mi cabeza aquella mañana en la que mi abuelo me enseñó por primera vez el lugar donde se acabaría erigiendo. Era una casa magnífica, moderna, distinta a todas las demás. Y qué vistas tenía…

El abuelo de Asia cruzó lo que en su día fue la habitación principal y se sentó en los reducidos restos de la fachada trasera. Asia se sentó a su lado. El angosto valle se extendía a sus pies. Durante unos minutos contemplaron las vistas en silencio. Era un día soleado, pero los árboles sin hojas le daban un aspecto frío y muerto al bosque. Hasta allí arriba les llegaba el violento sonido del río.

—Era una casa demasiado buena como para no compartirla con nadie —siguió el abuelo. Luego sonrió y le dio un pequeño codazo en las costillas a Asia—. Dime: ¿tienes novia?

Asia negó con la cabeza.

—Pero seguro que hay alguna chica especial, ¿verdad? —insistió el abuelo.

Asia se encogió de hombros. No pudo evitar ruborizarse pensando en Carla o en Claudia o en Lira, no estaba del todo seguro.

—Entiendo —dijo el abuelo, riendo—. Cuando yo tenía tu edad también tuve novias así, con las que me lo pasaba bien en las fiestas de los pueblos, echando unos bailes, a las que traía aquí y les enseñaba las vistas que había desde la habitación principal. Novias a las que invitaba a mi casa, pero con las que no quería compartir mi hogar.

»Con cuantas más chicas estaba, más difícil veía encontrar una con la que querer compartir la casa que había construido con mis propias manos. Y de repente, a falta de una, aparecieron dos. Eran hermanas, de muy buena familia. Y muy guapas. Me planteé casarme con la mayor. Entonces conocí a la pequeña y la elegí a ella.

»Le pedí la mano a su padre y él me la entregó. Así se hacía por aquel entonces, como una especie de negocio. Su familia venía de fuera. Tenían dinero. La nuestra, tierras. Era una buena alianza y yo un buen partido.

»Desde el día de la pedida de mano las cosas se precipitaron. Los preparativos de la boda fueron breves. Antes de ser plenamente consciente de lo que estaba pasando, me sorprendí vistiéndome con el traje con el que se había casado mi padre y que había estrenado mi abuelo muchos años atrás. Él me anudó la pajarita. Y mientras lo hacía, me preguntó: "¿La quieres?". Titubeando, dije que sí.

»Mi abuelo me dio una bofetada. Fue un golpe suave que apenas hizo que girara la cabeza. Incluso sirvió para espabilarme y para que

mi rostro perdiera la palidez enfermiza que lucía ese día. "Esta vez te voy a dar una segunda oportunidad antes de pegarte de verdad", me dijo. "¿La quieres?".

»Yo tomé aire y me tragué el orgullo y la vergüenza. "¿Cómo puedo saber si la quiero de verdad?", le pregunté. "Lo supiste con la casa", dijo él. "¿Se supone que eso es lo que tengo que sentir para casarme?", pregunté. "¿Una certeza absoluta de que la quiero?".

»Esta vez mi abuelo se rió. "¿Quién ha dicho nada de que necesitas quererla para casarte? Has encontrado a una mujer de buena familia, joven y guapa. Te dará muchos hijos, si eso es lo que quieres. Cualquier hombre del pueblo mataría por estar en tu situación. Yo sólo quiero saber si la quieres. Sobre todo por saber si tú lo sabes".

»Si era completamente sincero conmigo mismo, sabía la verdad: no la quería. Al menos de momento.

El abuelo de Asia hizo una última pausa. Larga. Teatral.

—"La madurez es saber conformarse", dijo mi abuelo la mañana de mi boda. "Haces bien en casarte con ella. Haces mejor en no engañarte y reconocer lo que sientes. Así las desilusiones serán menores. Y ¿quién sabe? Quizás con los años aprendas a quererla, como hice yo con tu abuela".

»Yo asentí y tragué saliva. Me miré al espejo. Había recuperado el color en el rostro y la pajarita estaba perfecta. Entré en la iglesia con la cabeza alta y paso decidido. Frente al altar estaba tu abuela. La más bella de entre todas las mujeres que allí había, como siempre. Y en ese momento lo supe: la quería —dijo el abuelo, sonriendo, con la mirada perdida en sus recuerdos.

Asia se quiso perder también con él. Pero en vez de recuerdos se conformó con las vistas del valle a sus pies. Sólo recordaba haber bajado hasta el río una vez, el verano que uno de los hermanos de la abuela había venido de visita desde Argentina. Fueron hasta una pequeña cascada. La abuela había contado que...

Asia volvió de pronto al presente. Miró a su abuelo.

—La abuela no tiene hermanas —le dijo.

El abuelo sonrió.

—Dos hermanos mayores —corroboró el abuelo.

—Pero...

—Escucha siempre los consejos de tus mayores, Asia. Son gente que han cometido muchos errores y tienen mucho que enseñarte. Y ten en cuenta esos consejos a la hora de tomar una decisión. Pero a la hora de la verdad, tú tienes la última palabra. Tú tienes el derecho a cometer tus propios errores.

»Entré en esa iglesia con la cabeza alta, decía. Hasta entonces todo había llegado más o menos porque sí, porque era lo que me apetecía hacer o lo que se me daba bien: construir esta casa, dedicarme a la

enseñanza... Ese día sentí cierto orgullo por haber tomado la primera decisión de mi vida adulta. La primera en la que pensaba en el futuro. Iba a casarme con una mujer preciosa a la que tendría que aprender a amar. Íbamos a vivir desahogados sin más preocupación que los nombres que les pondríamos a nuestros hijos. Estaba nervioso y algo asustado, no te lo voy a negar. Pero eso no hacía más que acentuar esa sensación de haber dejado atrás cualquier resto de niñez. Porque, pese al miedo, seguía caminando por el pasillo, entre los bancos, ante la mirada de dos familias felices por la unión que estaban a punto de presenciar.

»Y entonces vi a tu abuela. Vestida de rojo, afinando su violín. Al fondo, frente al altar. Detrás de la mujer que estaba a punto de convertirse en mi esposa y de su padre. Detrás del cura y de los dos monaguillos. Y de algún modo delante de todos ellos.

Asia tenía tantas preguntas que sintió que iba a explotar si no hacía al menos una para aliviar la presión. Dejó escapar la que más le ardía dentro.

—¿La abuela toca el violín?

El abuelo lo miró con el ceño fruncido.

—Tocaba. ¿No lo sabías?

Asia negó con la cabeza.

—¿Cómo crees que se ganaba la vida?

—No sé —dijo Asia, avergonzado. Suponía que la abuela había sido siempre ama de casa, como ahora—. Nadie me lo ha contado nunca.

—¿Lo has preguntado?

Asia volvió a negar. Al igual que le pasaba con su padre, la abuela había sido siempre la abuela, sin más. Para él sólo existía un domingo al mes, en esa casa, rodeada de toda la familia. Era esa mujer risueña y callada, un poco como él mismo, que se pasaba horas pelando patatas con unas manos encogidas. En el contexto de esa cocina de leña, Asia nunca se había interesado por saber cómo había sido la abuela de joven.

Sabía algo más sobre el abuelo. Había sido maestro. Ya se encargaba él de recordarlo en cada comida, contando anécdotas de su larga carrera en la enseñanza. Sentado a la cabecera de la mesa, captaba la atención de todo el mundo con esa voz forjada al frente del aula, ligeramente áspera por todo el polvo de tiza que había inhalado a lo largo de los años.

La abuela, enfrente, se limitaba a corroborar de vez en cuando algún detalle que pudiera parecer inverosímil y a negar categóricamente las invenciones más descabelladas del abuelo. Él fingía enfadarse. "Cuéntalo tú, entonces", decía cruzándose de brazos, pero sin dejar de sonreír. La abuela rechazaba casi siempre la

invitación de forma cortés. Aunque algún día, si había bebido suficiente vino, se animaba a hablar. Entonces todos escuchaban. Y no por ese respeto tácito que se tiene a los ancianos, sino porque hablaba de tal forma que hacía que todo el mundo callara y escuchara, sin necesidad de alzar la voz.

Eran raras las ocasiones en las que eso sucedía. Habrían sido dignas de recordar incluso si ocurrieran a diario. Cuando hablaba, todos contenían el aliento. Lo acababan soltando al unísono en forma de carcajada. La abuela tenía ese don. Y entonces todas las miradas se volvían al abuelo, que retomaba la historia.

La abuela nunca era la protagonista. Era anónima. Era invisible.

—Era música —dijo el abuelo—. La habían contratado para tocar durante la ceremonia. El padre de la novia quería demostrar el poder de su familia. Y si para eso había que traer a una violinista del extranjero, se hacía.

—¿De dónde es la abuela? —preguntó Asia, cada vez más confuso.

—¿La abuela? De aquí al lado. Pero por aquel entonces se hacía llamar Olga Petrova. La gente le pagaba como si hubieran tenido que traerla en volandas desde Vladivostok. Cosas de ricos...

»Allí estaba, con su vestido rojo y su violín desvencijado. Lo tenía apoyado en el hombro, con la oreja muy cerca de las cuerdas. Con una mano las iba pellizcando con delicadeza, una a una, y escuchaba con atención. Tras cada sonido ajustaba ligeramente cada una de las clavijas. Volvía entonces a repetir el proceso. Pin. Pin. Piin. A medida que giraba las clavijas, ladeaba la cabeza más y más. Al final, cuando quedaba satisfecha con el resultado, sonreía sin abrir los ojos y pasaba a la siguiente cuerda. A la siguiente clavija. Pan. Pan. Paan.

»Todavía puedo escuchar ese sonido cuando cierro los ojos. Llegaba nítido a mis oídos gracias a la sonoridad de la iglesia. El silencio sepulcral que se había hecho a mi entrada también ayudaba. Yo no me había dado cuenta y tu abuela tampoco. Ella seguía afinando su violín y yo seguía mirándola a ella.

»Ajustó ligeramente la última clavija y su sonrisa se ensanchó. Su mano izquierda ocupó su lugar en el mástil. La derecha sujetó con delicadeza el arco. Sólo entonces fue consciente del silencio de la iglesia. El padre de la novia la miraba con los ojos muy abiertos y le hacía gestos apremiantes con la mano: era hora de que empezara a tocar. ¿Es que no había visto acaso que el novio había realizado ya su entrada triunfal? ¿Qué más daba que lo tradicional fuera que el novio esperara la entrada de la novia al son de la música y no al revés? Toca, Petrova, toca.

»Sus dedos, largos y ágiles, apretaron las cuerdas con firmeza y la iglesia vibró anticipándose al sonido. Me miró a los ojos por primera vez. Cuando el arco rasgó las cuerdas supe que era con ella con quien

quería compartir esta casa. Y como suele decirse, desde ese momento fuimos felices y comimos perdices.

El abuelo guardó silencio. Asia no se lo podía creer.

—¿Cómo que *desde ese momento*? ¿Qué hiciste? ¿Llegaste junto al cura y le dijiste que te lo habías pensado mejor y que te querías casar con la violinista rusa, si no era molestia?

Estaba indignado. En parte por la falta de detalles de la historia del abuelo. Pero sobre todo por ser ahora, con dieciocho años, cuando se enteraba de todo esto.

—Ay, ojalá —dijo el abuelo, suspirando—. La de problemas que me habría ahorrado. No me atreví, pese a estar delante del amor de mi vida. O precisamente por eso. Es difícil de explicar.

El abuelo entendió correctamente el silencio de Asia como un "inténtalo".

—Verás, cuando vi a tu abuela no fue amor a primera vista: fue algo más profundo todavía. Fue la absoluta certeza de que algún día estaríamos juntos, pasase lo que pasase. Incluso casándome con otra mujer delante de ella. Sé que es absurdo, pero es lo que sentí. Fue la misma sensación que tuve cuando decidí construir esta casa —dijo el abuelo, señalando a su alrededor.

A Asia no le parecía absurdo. Para nada.

—Así que seguí adelante. Lo único que recuerdo de la ceremonia son los ojos de tu abuela cada vez que la miraba de forma furtiva. Y el sonido de su violín, claro. Eclipsaba la voz del cura con una incesante melodía triste, llena de nostalgia por un futuro lejano. Ella dice que dejó de tocar en cuanto yo llegué al altar, pero yo escuchaba la música igualmente.

»Y es por esa música que no dejaba de sonar en mi cabeza que el cura tuvo que repetirme hasta en tres ocasiones si aceptaba a esa mujer que estaba frente a mí como mi legítima esposa. Fui un cobarde y dije que sí. ¿Qué otra cosa podía decir? Los murmullos se acallaron y la novia respiró aliviada. Su padre me miraba con odio, pero a mí no me importaba, porque detrás de él estaba tu abuela, tocando sin parar ese violín suyo.

»La ceremonia acabó y la música pasó de estar sólo en mi cabeza a sonar de nuevo entre las piedras de la iglesia. El banquete se celebró en la casa de la familia de la novia. Había cuatro mesas largas bajo las parras y un pequeño claro a modo de pista donde bailar la música que tu abuela tocaba.

»Tocaba para mí. Eso lo sé yo y lo sabe tu abuela, por mucho que ella lo niegue. La acompañaba una pequeña banda. Ella era la estrella. Por momentos dejaba el violín y se ponía a cantar. Cómo cantaba...

»En un descanso de la banda, Olga bajó del pequeño escenario y se sentó a una mesa para beber algo. Yo me senté a su lado. No

hablamos. No dejamos de mirarnos.

»Años después me enteré de que alguien propuso un brindis. Por los novios, dijeron. Mi esposa se puso en pie y me buscó con la mirada. Lo mismo hicieron el resto de los invitados. Cerca del escenario había una mesa vacía con un vaso a medio beber. Y en los caminos, una pareja bien vestida se alejaba cogida de la mano.

Protegidos del viento por los muros que todavía se mantenían en pie y con el sol del mediodía sobre sus cabezas, empezaba a hacer calor. Se estaba muy bien allí sentados, oyendo el rugir del río en el fondo del valle.

—Mira, Asia: no me siento orgulloso de cómo me comporté ese día. Creí que podría esperar, que volvería a encontrarme con tu abuela cuando llegara el momento. Pero resulta que el momento era ese. Hice lo que tenía que hacer. Tenía que vivir con tu abuela, igual que tenía que construir esta casa y dedicarme a la enseñanza.

»Sé que he sido afortunado. No todo el mundo acaba haciendo lo que está destinado a hacer. A veces porque las circunstancias se lo impiden. Otras veces por miedo a perseguir su destino. Porque que algo sea tu destino no significa que no tengas que esforzarte por conseguirlo. Yo me he esforzado mucho, bien lo sabe Dios. Y he pagado un gran precio por conseguir todo esto. Todo tiene un precio. Toda acción tiene su consecuencia. Fugarme con tu abuela el día de mi boda me salió caro.

»Destrozaron mi casa. Tantos años de esfuerzo y ni siquiera pude compartirla un solo segundo con la persona que amaba. Cambié un sueño por otro. Me dolió mucho más de lo que pueda parecer. Si volvimos al pueblo al año de habernos escapado fue precisamente por estas vistas. Por esta casa. Por hacer de ella por fin un hogar.

»Tu abuela conoció la misma casa que conoces tú, Asia. Se lo llevaron todo. Incluso la mayoría de piedras de los muros. Si dejaron la fachada casi intacta fue para que todo el mundo recordara que aquí había habido una casa. Para que la gente no olvidara lo que yo había hecho.

»Y dejaron otra cosa: la aldaba con forma de león. Estaba medio enterrada a unos metros del hueco de la puerta, pisoteada e ignorada. Me hace gracia que no tuvieran valor para llevársela. La encontró tu abuela. La cogió y se hizo un colgante con ella. Un colgante pesado y aparatoso, nada que ver con el tuyo. Alguna vez me lo he probado. No sé cómo aguanta con él puesto todo el día. Pero ella dice que es lo mínimo que puede hacer, el mínimo peso que puede cargar por la destrucción de este hogar.

Asia se acarició instintivamente el colgante por encima de la ropa. Todavía no se había acostumbrado a sentir junto a la piedra de río el anillo que Celeste le había lanzado en el almacén, antes de las

navidades.

—¿Por qué no la reconstruiste?

El abuelo se rascó la cara durante unos segundos mientras pensaba la respuesta, aunque Asia supuso que era algo a lo que le había dado muchas vueltas.

—Había pasado un año desde la boda cuando volvimos —repitió —. Un año es muy poco tiempo, y más en un pueblo pequeño como este. No éramos bienvenidos aquí. La visita fugaz de ese verano nos sirvió para comprobar cómo estaba el ambiente. Llegamos de noche, sin ser vistos, y nos marchamos al amanecer después de ver qué habían hecho con mi casa.

»Eran tiempos difíciles para gente como nosotros. Durante los siguientes años nos fuimos moviendo de pueblo en pueblo. Acabamos por resignarnos e ir a vivir a Vigo. Allí habría más trabajo para los dos. Allí nació tu padre. Allí vivimos hasta que me jubilé, poco después de que tú nacieras.

»Tu abuela y yo nos vinimos a vivir aquí, a la antigua casa de mi familia. Somos gente de campo. Fuimos felices viviendo en la ciudad porque habríamos sido felices viviendo en cualquier lugar mientras estuviéramos juntos. Pero nacimos en el campo y moriremos en el campo, cuidando animales, respirando aire fresco, dejando que el sol marque los horarios, sin prisa.

»Poco había cambiado en el pueblo desde nuestra última visita, salvo que ahora aquí vivía mucha menos gente. Sin ir más lejos, la familia de la que había sido mi esposa se habían largado. En parte por eso volvimos. Podría haber mandado reconstruir mi casa entonces, pero no lo hice. A mi edad no me veía levantado muros y tejados con mis propias manos, y esta casa no se merecía ser construida de otro modo. Además, creía que algo habían hecho bien los energúmenos que la destrozaron.

»Al dejarla así, en ruinas pero todavía reconocible como una casa, erigieron un monumento. Esa era su intención, por supuesto: que nadie se olvidara de lo que yo había hecho aquel día. Un recuerdo a mi falta de honor. Pero para mí esta fachada y estas ruinas representan el primer día que vi a tu abuela. Son un monumento al día que me enamoré por primera y última vez.

»En un futuro tremendamente lejano —dijo el abuelo, guiñándole un ojo a Asia—, cuando tu abuela y yo ya no estemos aquí, este pedazo de tierra pasará a manos de tu padre. Todo está arreglado para que así sea. Y de tu padre pasará a ti. Así lo quiero yo. Podrás hacer entonces con estas ruinas lo que quieras. Por eso quería que supieras que esto no es un hogar, Asia: es un símbolo.

»Recuérdalo, ¿quieres? Sería una pena que una historia así acabara sepultada por muebles baratos y muros prefabricados. Y ahora será

mejor que volvamos: deben de estar todos preguntándose dónde demonios nos hemos metido.

Se levantaron a la vez de los restos del muro donde se habían sentado a hablar. El abuelo gruñó un poco al ponerse en pie, pero no necesitó ayuda de Asia. Echaron a andar por la suave pendiente de la finca.

—Una cosa más —dijo el abuelo, deteniéndose a mitad de camino. De la casa les llegaba el alboroto habitual de cada reunión familiar: sus tíos y sus primos habían llegado—. No le menciones nada de esto a tu abuela.

—¿Por qué?

Esta vez, al abuelo parecía costarle de verdad encontrar las palabras adecuadas. Se frotaba las manos, nervioso, y abría la boca sólo para cerrarla un segundo después con frustración. Al final se decidió.

—Los recuerdos nunca vienen solos, bien empaquetados de forma individual. Están ahí, flotando, agarrados unos a otros para no hundirse. Puedes tirar de uno, pero después vendrán más. Para mí, hablar del día que conocí a tu abuela es hablar de música y de su violín —dijo, sonriendo apenas perceptiblemente—. Y sé que para ella es igual. Sólo que en su caso la cadena de recuerdos acaba en un lugar que no quiere visitar.

El abuelo apretó los labios y torció el gesto. Siempre hablaba con naturalidad, pero Asia sabía que era la clase de naturalidad que tienen los profesores tras treinta años repitiendo la misma lección. La clase de naturalidad que se obtiene tras el duodécimo borrador. Esa mañana de febrero el abuelo estaba pisando terreno virgen.

—Tu abuela ya no puede tocar el violín —dejó escapar al fin—. Tuvo que dejarlo hace muchos años. Antes de que tú nacieras. Perder su violín...

El abuelo de Asia miró hacia algún punto del cielo, a lo lejos. Asia pudo ver lágrimas en sus ojos. El abuelo carraspeó, intentando aclararse la garganta.

—Era parte de ella. Y aunque nada le impedía seguir cantando, dejó de hacerlo. Supongo que cada melodía que entonaba le recordaba que jamás podría volver a arrancar ninguna nota a su violín. Era demasiado para ella. De la noche a la mañana la música desapareció de su vida.

»Sólo alguna vez, cuando está distraída, tararea sin pensar. Incluso llega a cantar en sueños, a espaldas suyas.

El abuelo se quedó unos segundos en silencio, mirando el suelo y meneando la cabeza. Luego resopló y se puso de nuevo en marcha. Asia caminó a su lado.

—¡Ahí vienen! —gritó uno de los primos pequeños de Asia cuando

los vio bordear la casa.

Cuando entraron en la cocina, el abuelo hizo una amplia reverencia que fue recibida con aplausos. Asia pasó desapercibido. Sólo la abuela se fijó en él.

—Espero que el abuelo no te haya aburrido mucho con sus historias —le dijo, sujetándole la mano con una de las suyas, débiles y retorcidas. Sonriente, genuinamente preocupada por el bienestar de su nieto.

Asia se obligó a sonreír a su vez y negó con la cabeza. Cruzó una mirada con la abuela, pero enseguida la apartó. Apretó los labios para que no le temblara la barbilla y siguió a la abuela con la mirada camino de la cabecera de la mesa, fijándose por primera vez en una mujer a la que había visto cientos de veces antes.

—¿A qué esperáis para serviros? —dijo la abuela antes de sentarse —. ¡A comer!

Sus palabras eran música para los oídos. No volvió a hablar durante el resto de la comida.

Ruinas

—¿Qué haces despierto tan temprano?

Asia apagó el despertador y se incorporó en la cama. Fran lo miraba desde detrás de la estantería, esperando una respuesta.

—He quedado —dijo, levantándose.

—¿Con quién?

Asia no respondió. Sacó del armario unos pantalones cortos de deporte y una sudadera con capucha.

—¿Con quién has quedado?

—Voy a ir a correr.

Fran lo miró unos segundos, como si esperara que Asia dijera que no, que era broma, que cómo iba a ir a correr si él nunca corría.

—¿Con quién? —insistió.

El timbre del teléfono le dio a Asia la excusa perfecta para no tener que responderle. Rodó sobre la cama y descolgó.

—¿Sí?

—¿Asia? Soy Eulogio.

—Ah.

—Hoy no voy a poder acompañarte.

—¿Acompañarme a dónde?

—¿No te dio Ramón mi mensaje?

Asia se quedó callado unos segundos, pensando. Se lo había dado, sí, por parte de Claudia, la mañana del examen de Física, tres días atrás. Se le había olvidado por completo.

—¿Queda para otro día, entonces? —preguntó Asia.

—No. Celeste te espera.

—¿Y voy yo solo?

—Sabes el camino, ¿no?

—Sí, pero...

—Bien. La recepcionista ya te conoce, te dejará pasar sin problemas.

Asia guardó silencio durante unos segundos.

—¿Sigues ahí? —preguntó Eulogio.

—Sí, sí. Es sólo que… ¿Qué pasaría si hoy no pudiera ir?

Ahora el silencio vino del otro lado de la línea. Un silencio tenso que hizo que Asia se arrepintiera de haber planteado siquiera esa posibilidad. Fran, de pie junto a la puerta del baño, lo interrogaba con la mirada.

—¿No puedes ir hoy? —preguntó Eulogio, pronunciando cada palabra de una forma casi palpable.

—Supongo que tendré que cambiar algunos planes…

—Sí, supongo que tendrás que hacerlo —dijo antes de colgar.

Asia se quedó escuchando el silencio de la línea durante unos segundos antes de hacer como Eulogio y colgar también sin despedirse. Aunque claro, de nada servía despedirse de una línea que comunicaba.

—¿Quién era? ¿A dónde tienes que ir? ¿Qué planes tienes que cambiar?

—Ahora no tengo tiempo, Fran. Llego tarde.

Asia salió de la habitación antes de que Fran insistiera en saber más de su vida, de lo miserable que era ahora por haber quedado con Lira en la única hora de toda la semana que ya tenía ocupada.

No iba a poder ir a correr con ella, pero de todas formas tenía que avisarla. Atravesó el Comedor y salió por la puerta de Recepción. Allí la esperó, ensayando mentalmente una disculpa.

Lira llegó unos minutos después. El pelo le caía como una cascada por delante del hombro derecho, dándole a su rostro una asimetría extrañamente armónica. Brillaba al sol de esa mañana de lunes. Se detuvo frente a Asia y usó una de las gomas de su muñeca para hacerse una coleta. Bostezó y se estiró, mirando al cielo.

En su rostro, Asia vio asomarse la más leve de las sonrisas. Suficiente para que se olvidara de la disculpa que había estado ensayando. Improvisó.

—¿Vamos? —dijo, señalando con la cabeza hacia la carretera que bajaba junto a la Residencia. Ya se preocuparía después de la visita a Celeste.

Lira asintió y echaron a andar. Tampoco era cuestión de ponerse a correr a las primeras de cambio, por muy cuesta abajo que fuera el camino. Dejaron atrás la Residencia y siguieron paseando, callados.

Era un silencio lleno de ruido. Crujía la gravilla suelta sobre el asfalto a cada paso, cantaban los pájaros desde árboles pelados, gritaba la voz en la cabeza de Asia, pidiéndole que dijera algo, que ese silencio tan prolongado empezaba a ser ridículo, que al menos si no iban a hablar que corrieran, que para algo habían quedado.

Por último, un gato pegó un chillido antes de escabullirse delante de ellos, escalando el muro de piedra de una de las pocas casas que allí había.

Lira se detuvo. Asia la imitó.

—Maldito gato —murmuró Lira entre dientes mientras se agachaba y cogía una piedra del borde de la carretera.

Se incorporó y, con un movimiento fluido, se la lanzó al gato. La piedra impactó contra el muro. El gato, asustado, saltó un metro en el aire antes de caer del otro lado de la tapia, al césped de un jardín bien cuidado.

Asia corroboró entonces una cosa y descubrió otra: Lira era zurda y odiaba los gatos.

—Has fallado.

—Claro que no. Sólo quería asustarlo por haberme asustado a mí.

—Ya.

Lira suspiró y meneó la cabeza. Se agachó a coger otra piedra y dijo:

—¿Ves esa señal de ahí?

Era una señal de límite a cincuenta kilómetros hora, como si los escasos coches que pasaban por ahí se atrevieran a ir más rápido por esa carretera revirada y estrecha, llena de baches. Estaba a unos diez metros de ellos. No era un lanzamiento tan sencillo.

—¿Ves el cero? —continuó Lira.

La cosa se ponía interesante: acertar en el interior del cero era algo al alcance de muy poca gente.

—¿Ves el caracol que hay en el centro?

Asia se giró hacia Lira. La miró, esperando encontrar algún indicio de que estuviera tomándole el pelo. Pero no: toda su concentración estaba fija en el caracol que ahora sacaba los cuernos al sol en el interior del cero de esa señal.

Lira hacía saltar la piedra en la mano, familiarizándose con su forma y peso. La sujetó entre el índice y el pulgar y dejó caer el brazo a un costado de su cuerpo. Respiró hondo y su pecho subió una vez, dos veces, tres. Rascó el asfalto con el pie izquierdo antes de apoyar todo el peso en él. Llevó el derecho hacia delante, apuntando hacia la señal, poniéndose de lado, con la mirada siempre fija en su objetivo. Tomó aire una vez más.

Llevó la mano izquierda hacia atrás, levantó el pie derecho y todo se detuvo durante una décima de segundo, en equilibrio: el viento y el tiempo y el mundo.

El pie derecho se abalanzó hacia delante. Le siguió el resto del cuerpo. La piedra fue un borrón saliendo de su mano. Al instante hubo un estruendo metálico. Sonó a primera campanada del año. La piedra se desintegró al chocar contra la señal. Cuando el polvo se asentó, había una marca gris a apenas un centímetro del caracol, que ahora se acurrucaba en el interior de su concha.

—Has vuelto a fallar —dijo Asia, intentando no parecer demasiado impresionado por lo que acababa de presenciar.

Ahora le tocaba a él poner a prueba su puntería. Cogió otra piedra del borde del camino y la sopesó en su mano, como había visto hacer a Lira. La estaba haciendo botar cuando Lira se la arrebató en lo más alto de la trayectoria.

—No: podrías darle por error.

Lira dejó caer la piedra al suelo y reanudó la marcha. Asia la vio

alejarse durante unos segundos antes de seguirla.

—¿Dónde has aprendido a lanzar así? —preguntó al alcanzarla.

—En una vida anterior fui cazadora.

—¿Fuiste ropa?

—No.

Hubo un largo silencio tremendamente incómodo.

—¿Y cazabas lanzando piedras? —preguntó Asia, intentando salvar la conversación. Funcionó.

—Mm-mmh. Era una vida muy anterior, de las primeras que tuve. Fui una excelente cazadora. Por eso ahora no les doy a los animales: para redimirme por todas las vidas que quité.

—¿Y cómo es que recuerdas una vida anterior?

—No lo recuerdo, pero tiene que ser eso. ¿Qué otra explicación puede haber? ¿Que haya jugado al *baseball* como *pitcher* durante años?

Algo en la forma en la que Lira había pronunciado las palabras "béisbol" y "pitcher" le hicieron creer a Asia que seguramente esa fuera la verdadera razón, aparte de que la otra opción era esa patraña de la vida anterior, claro.

Le vinieron a la mente entonces muchas preguntas que tendría que conformarse con hacerle en otro momento, porque se encontraron de golpe frente a la verja de Los Cipreses. Asia se sorprendió de lo corto que se le había hecho el camino esa vez, ahora que no temía por su vida a cada paso que daba.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Lira.

Asia podría haberle dicho la verdad, pero le pareció más justo que Lira entrara a Los Cipreses con la misma información con la que había entrado él una semana antes.

—No sé —dijo, y se acercó al interfono—. Vamos a averiguarlo.

Lira se rió. Asia llamó al timbre.

—Espera... ¿En serio?

Una voz crepitante dijo algo ininteligible. Asia respondió:

—Yo.

Las puertas se abrieron. Cuando Asia se giró para mirar a Lira, intentó que su cara demostrara la misma sorpresa que la de ella. Luego, entró.

—¿Qué haces?

—Vamos, antes de que la cierren.

A regañadientes, Lira lo siguió. El portal se cerró tras ellos.

El silencio era más intenso de ese lado de la verja. La atmósfera, más densa. La luz filtrada entre las ramas rompía el aire, pinceladas intangibles de polvo en suspensión.

—¿Qué crees que habrá al final del camino? —preguntó Lira.

—Ya que hemos llegado hasta aquí... —dijo Asia, y siguió andando.

Lira caminaba a su lado. Giraba la cabeza constantemente para comprobar que nadie los alcanzaba por detrás, atenta a cualquier sonido.

—Como nos pillen...

—Nos han dejado pasar. La culpa es suya, ¿no?

Lira asintió, más tranquila. Aun así, cuando el edificio apareció ante ellos, se apartó instintivamente del camino y se escondió detrás de un árbol. Asia se echó a reír.

—Sal de ahí, anda.

Lira se asomó por detrás del tronco.

—No.

—¿No tienes curiosidad por saber qué es este sitio?

—Mmh-mm. Ya no.

—Tenemos que pedirles que nos abran la verja si queremos salir. Venga.

—Pero ¿y si nos matan? —preguntó, escondiéndose un poco más.

Ahora sólo los ojos eran visibles. Esos ojos oscuros, de tormenta. Asia se acercó a ella.

—¿Por qué iban a matarnos?

—Porque quizás esto sea un centro de investigación ultrasecreto.

—Me imagino que los centros de investigación ultrasecretos no dejan pasar a cualquiera que llame al telefonillo y diga "yo", ¿no?

—Sí, si a lo que se dedican es a experimentar con jóvenes a los que les gusta meterse donde no deben. Entonces dejarían entrar precisamente a todo aquel que llame y diga "yo". Hemos caído directamente en su trampa.

A Asia le hizo gracia que Lira hubiera pensado lo mismo que él. Quizás había algo en el aspecto de ese edificio que evocaba esa clase de experimentos ilegales. O quizás sus cerebros estuvieran conectados porque estaban destinados a encontrarse y a enamorarse y a casarse y a tener hijos, quién sabe.

—Yo voy a entrar de todas formas: puede que los experimentos que hagan conmigo me den poderes extra.

—¿Poderes extra? ¿Qué poderes tienes ahora? —preguntó Lira, levantando una ceja.

—Los básicos: puedo modificar la mente de la gente para que digan lo que yo quiera, por ejemplo —dijo Asia, y echó a andar hacia las puertas de cristal del edificio.

Lira lo alcanzó y se quedó un poco por detrás de él, como si quisiera esconderse tras su cuerpo.

—Hazlo conmigo entonces.

—No —dijo Asia. Las puertas se abrieron—. Me quita mucha energía. Será mejor que me reserve para hacerlo con la recepcionista y que nos deje pasar.

Asia se acercó con seguridad al mostrador. Lira le pisaba los talones. La recepcionista oyó ese par de pasos superpuestos y levantó la cabeza de la revista que estaba leyendo a escondidas. Miró a Asia por encima de las gafas.

—Ah, te estaba esperando. ¿Puedes firmar aquí? Celeste está en el patio.

Asia firmó a toda prisa y se giró para ver la cara de Lira. Era una mezcla de sorpresa y desconfianza, treinta-setenta. La recepcionista reparó en ella.

—Es mi prima —explicó Asia—. ¿También tiene que firmar?

—No hace falta. Podéis pasar.

Asia guió a Lira a través de las puertas de cristal hasta la galería. De ahí pasaron al patio interior.

—Eres un mentiroso.

Asia abrió mucho los ojos y fingió ofenderse.

—¿Yo? ¿En qué he mentido?

—¿Soy tu prima?

—Bueno, vale...

—Y todo ese rollo de "vamos a comprobar qué es este sitio". ¿Cuántas veces has estado aquí? ¿Y *qué es este sitio*, ya puestos? —preguntó Lira, mirando boquiabierta el techo acristalado—. ¿Y quién es Celeste? —añadió, menos enfadada ya.

De todas las preguntas que Lira le hacía, había una que reclamaba su atención por encima del resto, saludando de pie en el banco bajo el árbol sin hojas del otro extremo del patio.

—Ella es Celeste —señaló Asia.

Celeste bajó de un salto al suelo y los esperó sentada en el banco, alisándose la falda de otro vestido de flores, con los brazos cubiertos por la misma chaquetilla de lana a la que sólo le quedaba un botón.

—Vienes con una amiga —dijo en cuanto llegaron a junto de ella.

—Sí.

—¿Tiene nombre tu amiga? ¿Tienes nombre, amiga del chico Asia?

Lira dio un paso al frente y se presentó. Celeste estaba encantada.

—El chico Asia y la chica Lira, con su nombre de estrellas —dijo Celeste entonces—. Sentaos en el suelo. Tenía una historia para ti, pero me temo que la vas a tener que compartir con Lira. Espero que haya suficiente para los dos.

Asia se sentó sin hacer preguntas. Lira tardó unos segundos en imitarlo. Al final se sentó a su lado. Se quitó la goma del pelo y empezó a peinárselo con los dedos. Celeste se aclaró la garganta.

—Hay una iglesia al final de un camino junto a un río —dijo, gesticulando con la mano—. Pasando un molino con musgo en los muros y un hueco en el techo de pizarra. Siguiendo el ruido del agua entre las rocas. Hay un pequeño puente al que le faltan tablones. Está

lleno de babosas. ¡No las piséis!: trae mala suerte. Y el ruido...

Celeste se sacudió un escalofrío.

—Hay una pequeña puerta de madera con la pintura desconchada por la lluvia y por el tiempo y por la falta de cuidados. Es así de alta —dijo, poniendo su mano a un metro del suelo—. Se salta fácil, pero más fácil es abrirla.

»A partir de ahí el sendero está limpio, salvo cuando llueve y todo se llena de barro. En los charcos se ocultan ranas. Fuera hay algún sapo. Tampoco los piséis, ¿vale? Es más, intentad no pisar nada que no sea el propio suelo. Sí, esa es una buena lección. Yo he tenido que aprenderla a la fuerza.

»La hierba de ese lado del cercado está siempre bien cuidada. Siempre verde y húmeda, a la sombra de árboles tan viejos como la iglesia que rodean. Árboles que todavía se mantienen en pie, fuertes y robustos y llenos de pájaros y de insectos palo, me imagino. Creo que es lo mejor: asumir que todas las ramas están llenas de insectos palo, aunque no los veamos. Así nos evitamos sorpresas el día que todos echen a volar a la vez.

»Y esté el cielo cubierto de nubes o de insectos palo, o sea el sol quien domine el firmamento ese día, o sea de noche y haya allá arriba un trozo de luna, llegamos a la iglesia.

»Hay un campanario sin campana y un tejado sin tejas. No hay bancos. Y sin bancos no hay pasillo. Tampoco hay gente sentada, ni gente de pie, ni gente agachada, ni gente que echa a correr huyendo de la guerra o de la peste. Y falta un muro tras el altar. Nadie sabe dónde acaba la iglesia y dónde empieza el bosque. Nadie sabe a qué acuerdo han llegado los dioses. ¿Quién manda en ese umbral?

»Oh, y hay un pequeño cementerio con cinco tumbas sin nombre. Allí la hierba crece más fuerte, no sé por qué. Y si te acercas con cuidado puedes darle terrones de aire a los caballos de piedra. Son caballos lentos. Quizás porque les sobra tiempo o les falta el cuerpo.

»Y allí, unido a lo que queda de muro, hay un banco de madera. Es madera de roble centenario, de esos que hacen falta unos cuantos amigos para rodearlo. No hay un lugar mejor donde sentarse que ese banco, en esa iglesia, en ese bosque. Es un sitio al que ir a enamorarse. Es un sitio al que volver para morir.

»En la iglesia del final del camino junto al río, pasando el molino y la puertecilla de madera, hay un coro elevado donde tumbarse a ver las estrellas las noches despejadas sin luna. Y en el silencio de ese cielo lleno de luz, la iglesia te habla.

En Los Cipreses también se hizo el silencio. Un silencio lleno de ruido: el de los ancianos paseando despacio y el de Asia arrancando briznas de hierba con las manos, distraído.

—¿Y qué dice? —preguntó Lira.

Celeste llevaba medio minuto con la mirada perdida en las flores de su vestido. Levantó la cabeza y miró a Lira.

—¿Qué dice la iglesia cuando te habla? —preguntó de nuevo.

—Te dice lo que te tiene que decir, quieras oírlo o no. Me dice algo a mí y te dice algo distinto a ti. Te lo dice de un modo que no puedas hacer nada más que oírlo. Y después vuelve el silencio y tú te quedas allí, sabiendo algo que en realidad ya sabías, pero a lo que nunca antes habías prestado atención. Te obliga a enfrentarte a ello. Eso te dice la iglesia cuando te habla.

Los ojos de Celeste se habían ido apagando poco a poco. Su mirada se volvió a perder, esta vez en sus propias manos desnudas. Las juntaba y las separaba, dejando escapar los dedos de una entre los de la otra, como quien no quiere soltar la mano de alguien al que ama.

—Tengo algo para ti —dijo de pronto Asia, poniéndose en pie.

Y ya que estaba en pie, ayudó a Lira a levantarse.

—¿Para mí? —preguntó Celeste sin mucho entusiasmo.

—Sí.

—¿Un regalo? —dijo con un deje infantil en la voz.

—Algo así.

Se llevó la mano al cuello y tiró de su colgante para sacar a la vista la piedra y el anillo. Luego, abrió el metal lo justo para sacarlo del cordel. Sujetó el anillo entre dos dedos y se lo ofreció a Celeste.

—Es tuyo.

Celeste se inclinó hacia delante en el banco para observar de cerca el anillo. Con una mano fue repasando uno a uno los dedos desnudos de la otra. Se detuvo en el anular. Guardó silencio.

—No pude coger el resto —dijo Asia—. Seguramente sigan en el Almacén.

—El resto no importan. No eran míos. Iban a juego con el abrigo.

Celeste cogió por fin el anillo y lo estudió entre sus dedos. Lo acarició con delicadeza, entreteniéndose en el metal resquebrajado, donde quedaba claro que ese anillo dorado no era de oro. Quizás tampoco la piedra fuera una esmeralda, al fin y al cabo.

Pero que no fuera un anillo caro no lo hacía menos valioso. Sólo había que ver el mimo con el que Celeste lo acariciaba y cómo la humedad había vuelto a esos ojos de bosque.

—Gracias —dijo mientras cerraba de nuevo el anillo como buenamente podía antes de ponérselo—. Gracias de verdad.

Celeste se echó a llorar. Fue un llanto contenido, casi feliz. Reparador, de los que sueldan anillos. Lira se acercó a ella y posó una mano en su cabeza. Celeste levantó la mirada. Sonreía. Le acarició la mejilla a Lira.

—Ven a visitarme cuando quieras, chico Asia. Y tú puedes venir también, chica Lira, con tu nombre de estrellas.

Al salir de Los Cipreses, Lira fue la primera en romper el silencio.

—Celeste… ¿Es familiar tuya?

—No, es la tercera vez que la veo.

Caminaban cuesta arriba por la carretera, de vuelta a la Residencia.

—Creo que es la mujer de Eulogio, el de mantenimiento —añadió Asia.

—¿Y qué haces visitándola tú?

—No lo sé.

Lira miró a Asia entornando los ojos.

—¿Cómo no lo vas a saber?

—Me lo ha pedido Eulogio, pero no sé con qué motivo.

—¿Sois amigos o qué?

—Conocidos, más bien. Y quien dice pedir, dice ordenar.

—¿Por qué te lo ha ordenado?

Asia suspiró. Casi prefería correr que tener que responder a todas esas preguntas.

—Supongo que es una especie de castigo: hubo un malentendido y me llevé algo que era suyo.

—¿El anillo?

—No: un microondas.

—¿Robaste un microondas? No tienes pinta de delincuente.

—Porque no lo soy, y no lo robé. Fue un malentendido —repitió Asia—. Lo devolví al Almacén en cuanto supe que era suyo.

—¿A qué Almacén?

—Hay un Almacén en los subterráneos del Bloque 6. Allí fue donde vi a Celeste por primera vez, al llevar el microondas. Se había escapado y…

—¿Qué?

Asia se había detenido en el camino. No le apetecía explicarle a Lira lo que había pasado en el Almacén aquella mañana de diciembre.

—Me entretuve con ella, con todo el tema de los anillos que perdió, y Eulogio me pilló —se limitó a decir—. Si hubiera salido un poco antes me habría librado del castigo.

—Pues a mí me ha gustado visitarla —dijo Lira.

—Ya, y a mí. Si no me gustara, no te habría traído.

—No parece un castigo muy malo…

No lo parecía, pero no iba a ser Asia quien se quejara. Eulogio sabría lo que estaba haciendo.

—Bueno, ¿corremos o qué? —preguntó Lira entonces.

Asia no tenía muchas ganas. Lira lo animó:

—Míralo así: cuanto más corramos hoy, más podremos beber el jueves, para compensar. Vamos.

Lira arrancó. Asia la siguió a regañadientes. Prefería seguir

caminando y sólo ganarse una copa el jueves. Tras un mes sin oler una gota de alcohol, una copa bastaría para que la lengua se le soltara y poder así mantener una conversación decente con Lira, sin silencios incómodos. Y lo bien qué estaría viajar a casa al día siguiente sin resaca...

Lagunas

La cabeza le estaba a punto de estallar. Asia lo creía de verdad. Iba a ser una muerte horrible, mucho peor que caer desde cien metros de altura ante la mirada de sus compañeros de clase, Felipe Docampo incluido, y que fuera su risa lo último que oyera antes de estamparse contra el suelo.

Tenía la boca seca y ganas de vomitar. Sentía que le habían sacado todos los huesos del cuerpo y se los habían vuelto meter, uniéndolos a los músculos con imperdibles para que se asentaran de nuevo en su sitio. No podía dormir. No quería estar despierto para aguantar ese sufrimiento. Dio tantas vueltas en la cama, pataleando, que a punto estuvo de caer de rodillas al suelo. Se puso en pie.

La claridad que se colaba por la ventana le quemaba los ojos. Las náuseas fueron a más. Se tambaleó hasta el baño y se arrodilló frente al retrete. Tras varias arcadas sintió el sabor de la bilis en la garganta, pero no vomitó. Escupió un par de veces y apoyó la espalda contra la pared, gimoteando por el esfuerzo. Quería morirse. Prometió no volver a beber jamás.

El frío de los azulejos contra la piel le hizo ser consciente por primera vez de que estaba sin camiseta. Tampoco se había puesto el pantalón del pijama. Las únicas prendas que llevaba eran los calzoncillos y un calcetín que se había olvidado de quitar la noche anterior, suponía...

No recordaba cómo había vuelto a la Residencia.

Cuando las náuseas se le pasaron, consiguió ponerse en pie. Se miró al espejo. Un chico pálido y enfermizo le devolvió una mirada llena de ojeras en un rostro enmarcado por unos pelos fuera de control. Tiró de uno de los mechones de la frente y comprobó que no faltaba mucho para que le sobrepasara la nariz.

Asia abrió el grifo y se lavó la cara con agua fría. Se enjuagó también la boca, pero no fue suficiente para deshacerse del sabor dulzón del alcohol mezclado con el ácido de la bilis. A ciegas, estiró la mano y tanteó durante unos segundos en busca de su cepillo de dientes, en vano. Alzó la cabeza, confuso.

No era que el cepillo de dientes no estuviera en su sitio: era Asia quien no estaba en su baño. Cerró los ojos con fuerza. Hizo una mueca.

—¿Demasiado cargada?

Tragó con dificultad. Le pidió a Fran un poco más de Coca-Cola. Bebió un nuevo sorbo.

—Mucho mejor.

Asia nunca había visto los Jardines tan llenos, pese al frío que hacía. Había gente sentada a lo largo de todo el perímetro de la fuente. Seguro que más de uno acababa cayendo dentro, en cuanto las copas que empezaban a tomar se le subieran a la cabeza.

—Deberías beber más lento —le recomendó Fran.

—Tú deberías beber más lento.

—Yo tengo más cuerpo: el alcohol me afecta menos. Podría beberme toda esta botella y…

Fran vomitó entre unos contenedores. Asia se echó a reír.

—A ti también te haría gracia si lo hubieras oído presumiendo de su aguante al llegar a los Jardines.

Carla no estaba de humor. Tiraba del brazo de Fran para llevárselo hasta los taxis.

—Que estoy bien —decía Fran, arrastrando las palabras—. Ahora estoy bien. Antes no estaba bien, pero ahora estoy bien. Algo que comí, los hielos, me cogió el frío. Ahora estoy bien.

Se soltó del brazo de Carla y se tambaleó hacia Asia. Carla los siguió hasta la puerta de un local, enfadada.

—¿Por qué no vamos a dónde siempre? —le preguntó a Asia.

—Claudia dijo que iba a estar aquí dentro.

Había mucha gente y poco espacio. Asia recordaba una pared de vaca. ¿Puede ser? Como si tuviera vacas dibujadas o algo. ¿Había ubres que sobresalían? ¿O quizás estuviera tapizada a manchas negras sobre fondo blanco? Una pared de vaca, vamos. Se volvió a echar agua en la cara. Miró a su alrededor.

Reconoció ese baño. Había estado antes ahí. Había visto ese secador y esos cepillos del pelo. Había visto a Carla lavándose las manos en ese mismo lavabo. Pero ¿por qué había dormido en su habitación?

Estaba casi seguro de que había dormido solo. Si alguien más hubiera compartido cama con él, habría acabado en el suelo tras tanta vuelta y tanta patada. Quizás aún siguiera ahí, durmiendo bajo la cama. Asia entreabrió la puerta del baño y se asomó con cautela. No había nadie más en la habitación. Salió del baño.

El reloj de pared marcaba las dos de la tarde. Encontró su ropa desperdigada por el suelo. Se vistió a toda prisa. El móvil y la cartera seguían dentro de los bolsillos de su pantalón. No había rastro de la tarjeta de su habitación.

Se sentó en la cama. Le latía la cabeza a cada pulso del corazón. No era agradable. Necesitaba una aspirina o una inyección de morfina o cualquier cosa que consiguiera calmarle el dolor. Al menos ahora entendía por qué le dolía tanto: había un eco ahí dentro, por culpa del hueco dejado por los recuerdos que le faltaban.

Cerró los ojos de nuevo, intentando sumergirse en el mismo estado al que había llegado en el baño, intentando recordar. Pensó en los Jardines y en el Orzán y en esa pared de vaca, fuera lo que fuera, y en Carla y en Fran, pero ninguna imagen nueva acudió a su mente. Al final se rindió. Era hora de largarse.

Pasaría por su habitación. Y si Fran no estaba ahí, iría al Comedor. Sí: por una vez le sentaría bien comer la grasienta comida de la Residencia. Puede que hasta repitiera en un intento de llenar con macarrones los huecos de su memoria.

Estaba listo para salir cuando oyó pasos del otro lado de la puerta. El característico chasquido de la cerradura desbloqueándose hizo que Asia buscara instintivamente dónde esconderse. La puerta se abrió antes de que pudiera mover un músculo. Lira se asomó.

—Ah, ya estás despierto —dijo, entrando.

Asia no sabía qué hacer ni qué decir. Terminó por asentir en silencio, como si esa afirmación aportara alguna información que Lira no tuviera ya.

—Carla me dijo que quizás siguieras aquí.

Lira dejó el abrigo sobre su cama y entró al baño. Asia sintió una extraña mezcla de decepción y alivio. Durante un segundo había creído que había pasado la noche con Lira, pero que no lo recordaba en absoluto. Se alegró de que no fuera así.

—Ah, me ha pedido que si te veía te dijera que tu tarjeta la tiene ella —dijo Lira, asomándose por la puerta del baño unos segundos después, con el cepillo de dientes en la mano—. Así que eso: tiene tu tarjeta.

—¿Por qué tiene Carla mi tarjeta?

—Si no lo sabes tú... —dijo Lira, encogiéndose de hombros y entrando de nuevo al baño.

¿Por qué le había dado su tarjeta a Carla? ¿Había perdido Fran la suya? Pero aun así, ¿no tendría más sentido que ellos hubieran dormido en la habitación de Carla y Asia en la suya? ¿Por qué lo habían hecho al revés? ¿Por qué Asia no lograba recordar nada? ¿Por qué lloraba Carla?

Sentada en el borde del paseo, balanceando los pies un metro sobre la arena, sola. Asia tardó unos segundos en fijarse en ella. Había salido del Playa en busca de aire fresco. Lo necesitaba. Pero Carla lloraba, y por un momento se olvidó de todo. Se sentó a su lado en el paseo.

—¿Estás bien?

—¿Mmh?

—Que si estás bien. Tienes mala cara —dijo Lira, mirándolo desde el baño—. ¿Quieres una aspirina?

—¿Tienes?

Lira se rió. Asia la oyó revolver en el baño durante unos segundos.

Apareció con un vaso de agua y una pastilla que dejó sobre la mesilla de noche. Asia se sentó en la cama para tomársela.

—¿Tanto bebiste, al final? Cuando nos vimos no ibas tan mal.

Asia tragó la pastilla con dificultad. Cuando paró de toser, preguntó:

—¿Nos vimos?

Lira frunció el ceño.

—¿Que si nos vimos? Sí, Asia: nos vimos. Estuvimos hablando un buen rato en los Jardines antes de que te fueras cuando Claudia te llamó.

Claudia… Lo había llamado, sí. Asia hablaba con Lira de algo, no recordaba de qué. Probablemente no lo habría recordado incluso si no hubiera bebido. Sólo tenía oídos para su risa. Y cuando ella hablaba, él no hacía más que mirarla a los labios.

Y Claudia lo llamó. Fue sólo un momento. Le dijo algo. Cualquier cosa. Asia no escuchaba. Le dijo que sí, que sí, y que se verían luego en algún sitio. Sólo quería volver junto a Lira. Pero al volver, Lira se había ido.

—¿No nos volvimos a ver?

Lira abrió la boca y la cerró sin decir nada. Apretó los labios y torció el gesto. Luego dijo:

—Yo a ti sí. Te habría saludado, pero no quería interrumpir —dijo, sonriendo antes de apartar la mirada.

—¿Interrumpir qué?

Lira suspiró. Miró de nuevo a Asia. La luz de la tarde hacía que sus ojos brillaran más claros, como el mar en un día despejado.

—Os vi en el Playa —dijo—. Pero no te preocupes: no voy a decir nada. No es asunto mío con quién te líes o te dejes de liar.

Asia sintió algo parecido al impacto de un rayo, supuso. Hubo un fogonazo de luz y la piel se le erizó. Todas sus vísceras vibraron con los graves. Claudia se acercó a saltos, toda rizos dorados y mejillas coloradas, y se lanzó a sus brazos. Por fin la veía. Por fin la sentía. Y sus labios…

El dolor de cabeza empezaba a pasársele, pero cada vez se sentía peor. Sentía que había dado diez pasos atrás en su relación con Lira, que todo lo conseguido cuando visitaron juntos a Celeste se habían esfumado. Que había vuelto a aquella noche después de las navidades en la que no había forma de que las palabras fluyeran.

Quería decirle que ni siquiera se acordaba de haber hecho nada anoche. Que no sabía por qué había besado a Claudia. Ni siquiera le gustaba. Porque no le gustaba, ¿no? Claudia era guapa y le había caído bien desde el primer momento, pero no le atraía. Entre ellos sólo había amistad. Nada más que amistad. Aunque a veces, tumbado en cama, recordaba la mañana en la que Claudia se había pegado a él

y había sentido su cuerpo contra el suyo. Había sentido su calor y por un momento se había olvidado de que entre ellos sólo había amistad y que no le atraía para nada.

¿Le gustaba Claudia? ¿Debería gustarle? No estaría mal que le gustara, la verdad. Ya que Lira no le convenía, por todo ese asunto de que tenía novio, y que lo mejor era no volver a tener más acercamientos peligrosos a Carla, ya fuera por teléfono o en persona, Claudia era la opción ideal. Y más ahora que se habían liado en el Playa.

¿Era vinculante ese beso? ¿Estaban saliendo juntos a ojos de dios o de quien sea que manejara esos asuntos? ¿Se enfadaría Claudia si se enterara de que Asia había dormido en la habitación de Carla, su antiguo amor unilateral, en su primera noche como novios? ¿Eran novios, o había que cerrar ese acuerdo de alguna otra manera? ¿Heredarían sus hijos los bucles rubios de Claudia y la imaginación tremendista de Asia?

—Bueno, ¿sigue en pie lo del lunes?

—¿Qué pasa el lunes? —preguntó Asia, todavía perdido en sus pensamientos.

Lira suspiró y puso los ojos en blanco.

—Ayer hablamos de volver a quedar para correr.

—Ah —dijo Asia—. Sí, ya me acuerdo.

—Ya.

—Para correr y para visitar a Celeste, ¿no?

—Mm-mmh —asintió Lira—. Pero ¿te importa quedar a las doce? El domingo dormiré en casa de Antonio y creo que no podrá acercarme a la Residencia hasta esa hora.

—Ah, sí, sin ningún problema —dijo Asia, sintiendo que algo en su interior se resquebrajaba.

Ningún problema en absoluto, no señor. No es asunto de Lira con quién se líe Asia, y no es asunto de Asia con quién se acueste Lira. Todo estaba en orden. Lira tenía su vida y Asia tenía la suya. Una vida que estaba a punto de empezar junto a Claudia. ¿Era Lira feliz con Antonio? Porque Asia sí lo sería con Claudia. Ya lo era. Para nada se sentía peor que al despertarse sólo por oír en boca de Lira ese nombre: Antonio. Un nombre horrible, además, de señor de cincuenta años con bigote. Allá ella con Antonio, y mejor para él que no pudiera llegar hasta las doce: más tiempo para dormir y descansar, que falta le hacía.

—Nos vemos el lunes, entonces —dijo Lira.

Asia asintió con la cabeza y salió de la habitación sin decir nada más. En realidad, todo esto simplificaba muchísimo las cosas. Lira y él eran compañeros de correr y de visitar a Celeste en Los Cipreses, nada más. Y quizás con el paso del tiempo acabaran siendo amigos. Sin líos ni preocupaciones. Algo sencillo, sin sobresaltos. Un tipo de relación

que a Asia le venía muy bien porque en realidad no sentía por Lira nada más que un ligero interés por conocerla. Sí. Así era y así sería por siempre, porque Asia estaba harto ya de enamorarse de quien no debía, y esta vez iba a poner todo su esfuerzo en evitarlo.

Respuestas

Fue un lunes de mediados de febrero cuando Asia se lo preguntó a Lira.

Salir a correr los lunes acabaría convirtiéndose en una rutina agradable en la que no siempre corrían y en la que no tenía por qué ser lunes. No siempre paraban en Los Cipreses. Había "días malos", le decía Eulogio por teléfono algunas mañanas, en los que era mejor no visitarla.

En los días menos malos había veces que Celeste se quedaba callada en mitad de una frase, con la cabeza gacha, y cuando levantaba de nuevo la mirada sus ojos se habían apagado. Era ese el momento de irse, de dejarla sola con lo que fuera que estuviera pensando.

Otros días estaba realmente habladora, aunque lo que dijera tuviera más de monólogo que de conversación. A Asia y Lira no les importaba sentarse a escuchar en silencio.

El día que la primera hoja apareció en el árbol bajo el que siempre se sentaban, con marzo ya avanzado, fue uno de esos días buenos.

—Ah, ya está aquí la primavera —dijo, oyendo a los pájaros trinar a través de las ventanas abiertas del techo de cristal—. Dicen que la primavera llega porque los osos se despiertan tras la larga hibernación, y las flores y las hojas se asoman con cautela, mitad asustadas, mitad maravilladas, a ver cómo se desperezan y bostezan y cómo echan a correr por las praderas. Pero yo no me lo creo.

»Veréis, la primavera tiene una explicación científica. La culpa es del sol, que se frota el frío del invierno con sus brazos de llamas, pero se pasa de calor. Es un aumento lento que alcanza su apogeo en verano. Pero mientras crece el calor, también crecen las hojas para crear algo de sombra y para que la más tenue de las brisas pueda decir "aquí estoy yo".

»A él no le importa trabajar al sol. Sentada a la sombra, llevo la cuenta de cada cincelada con las hierbas que arranco. Cerceno las briznas, olor a primavera. Él talla movimiento en la madera. Deja a la vista la esencia, lo que él sabe que está ahí y nadie más puede ver de momento. Les da vida a los árboles muertos. Y al final del día, encendemos una hoguera con las virutas que sobran y hacemos el amor a cielo abierto.

»Hubo muchas otras primaveras: con nevadas en la playa, con tantísimo calor que hasta el agua se derretía. Hubo una que fue un otoño, con sus hojas marrones, sus trencas con botones de hueso, sus

eucaliptos llenos de koalas.

»Y después está *la* primavera. Todo lo demás se puede perder, pero esa primavera la recordaremos por siempre. Es nuestra primavera. Nuestra y de nadie más.

»Algún día también vosotros tendréis la vuestra. Quizás sea esta que ahora empieza aquí, en este árbol, en esta rama, en esta hoja que ha nacido hoy. Quizás sea otra dentro de muchos años. Pero la tendréis. Y sólo entonces sabréis que los verdaderos secretos no se pueden desvelar ni aunque los cuentes.

Ese día, en el camino de vuelta a la Residencia, Asia no pudo parar de pensar en si Celeste, con ese "vuestra", se refería a una primavera conjunta para él y para Lira.

Pero la primavera todavía no había llegado ese lunes de febrero en el que Asia decidió hacerle la pregunta a Lira. Volvían juntos hacia la Residencia, sin prisa pese a las amenazantes nubes grises, después de que Celeste no pudiera recibirlos: uno de esos días malos. Tras una curva del camino, Lira asustó a un gato lanzándole una piedra.

—¿Por qué siempre haces eso? ¿No te basta con asustarlos una vez?

—Son gatos distintos. Alguien tiene que darles una lección. Hay que mantenerlos a raya, que sepan que los tenemos vigilados. Si no, si cogen confianza, sabe Dios qué podrían llegar a hacer.

Y ahí fue donde Asia hizo la pregunta. No se lo pensó. Fue como si la pregunta se hubiera cansado de estar dentro de Asia y necesitara estar dentro de Lira.

—Oye, ¿has oído hablar del incendio de gatos?

Lira lanzó la segunda piedra contra un árbol cercano, distraída. Ploc.

—Claro.

—¿Sí?

A Asia el corazón le empezó a latir con fuerza, pero aún era pronto para emocionarse. Que Lira hubiera oído hablar del incendio de gatos no quería decir que el incendio de gatos fuera real.

—Todo el mundo conoce esa expresión —dijo Lira, lanzando otra piedra a otro árbol. Ploc.

—¿Expresión?

Ploc.

—Sí: un incendio de gatos —dijo Lira, girándose hacia Asia—. Una situación que se te va de las manos. Empieza con un gato en llamas y se extiende sin control. —Ploc—. Estoy empezando a pensar que eres tú quien no sabe qué es un incendio de gatos, Asia.

—Claro que lo sé —dijo, seguro de sí mismo, pero no lo suficiente como para mantenerle la mirada a Lira—. Es como cuando organizas una fiesta en tu casa y permites que cada invitado traiga a su vez a

unos amigos, y esos amigos invitan a otros amigos, y así sucesivamente, y te encuentras con mil personas cuando sólo contabas con diez, ¿no?

—No: eso es una reacción exponencial. Deberías saberlo, tantas matemáticas que estudias. En un incendio de gatos lo que importa no es sólo *cuánto* se extiende el fuego o la velocidad a lo que lo hace, sino *cómo* se extiende. Importa que sean gatos los que ardan. Importa que sufran. Importa que no sea necesario que dos gatos entren en contacto para que el fuego salte de uno a otro: basta con que arda el entorno para que las llamas prendan en los gatos cercanos. Importa que sean los gatos los que lo lleven a un lado o a otro, según a dónde decidan ir ellos.

»Un incendio de gatos afecta a cada una de las personas que lo sufren, y afecta a cada una de sus decisiones, y las decisiones afectan a la propagación del incendio. Porque un gato puede decidir quedarse quieto y morir consumido por las llamas. Pero como los gatos son unos malditos egoístas, deciden ir a donde hay más gatos, extendiendo el daño.

Ploc.

Asia pensaba en el incendio de gatos una semana después, a solas con Celeste, sentados los dos en el banco bajo el árbol sin hojas.

—No ha venido tu amiga, la chica Lira.

Asia negó con la cabeza. No había ido, en efecto. No estaba junto a la puerta de recepción a las diez, ni lo estuvo en los siguientes veinte minutos. Asia terminó por cansarse de esperar. Si al final aparecía, sabía dónde podía encontrarlo.

—Una pena. Me gusta cómo mira con esos ojos verdes suyos.

—Son grises.

Celeste se rió y meneó la cabeza, como diciendo: Asia, Asia...

—¿Sabes qué pasa? Que tienes miedo. Te asusta acercarte a la chica Lira, como si toda ella estuviera hecha de estrellas, y no sólo su nombre. Si te atrevieras a mirarlos de cerca, verías que son verdes. Pero no puedes mirar de cerca si tienes miedo a que te vean. Y tú lo tienes. Por eso llevas el colgante por dentro de la ropa. Tienes miedo a mostrar quién eres y por eso callas.

—No callo.

—Sí callas. Callas y escuchas. Callas y escuchas y miras, pero estás quieto, al margen, queriendo ser invisible. Déjate ver. Habla.

—No tengo nada que contar.

Celeste volvió a reírse.

—Chico Asia, chico Asia... Todo el mundo tiene algo que contar. Todo el mundo tiene preguntas que hacer. Pero tú tienes miedo a saber, y por eso callas.

Era cierto que Asia tenía preguntas que hacer. A Lira, por ejemplo.

Y a Eulogio. Y a Celeste, por supuesto. Igual era el momento de hacerlas.

—¿Por qué estás aquí, Celeste?

Si Celeste encontró la pregunta inapropiada, lo disimuló bien. Qué menos, después de empujar a Asia a hacérsela. Sonrió, juntó las manos y dijo:

—Por la generosidad del señor Docampo.

—¿Juan Docampo?

Asia nunca había visto un rostro cambiar de expresión tan rápido. Las manos de Celeste pasaron a alisar de forma nerviosa su vestido. Miró a Asia con los ojos muy abiertos, negando con la cabeza.

—No. No, no, no. Juan no es ningún señor. Me refiero a su padre.

Celeste tomó aire y lo soltó lentamente por la nariz. La seriedad de su rostro desapareció y fue sustituida por una expresión más amable y mucho más triste.

—Necesito que me cuiden, chico Asia. Que me vigilen. Es por mi bien, lo sé. A veces se me olvida y me escapo, pero al final siempre vuelvo. En realidad me tratan muy bien en Los Cipreses. Es un sitio bonito y la gente es muy habladora. Sé que podría haber acabado en un lugar mucho peor. Pero el viejo Docampo se ocupó de mí. Soy su último buen acto en vida.

»Algún día, cuando me cure, podré escaparme y no volver. Podré huir con Eulogio y vivir juntos otra vez. No quiero decirlo en voz alta, pero... —Celeste hizo que Asia se acercara a ella, y le susurró—: Creo que me estoy poniendo bien.

Asia asintió con la cabeza y sonrió ante la sonrisa contagiosa de Celeste, tan infantil y llena de gracia.

—Nos iremos lejos —siguió en voz alta—. Tan lejos que nadie pueda encontrarnos. Nadie que nosotros no queramos. Tú sí podrás visitarnos. Si quieres, claro. ¿Querrás?

—Claro.

—Bien —dijo Celeste.

Su sonrisa se fue apagando, desvaneciéndose poco a poco, fundiéndose con la única nube que se veía a través del techo acristalado que cubría el patio interior. Una nube a la que acabaron acompañando muchas más. Nubes grises que anticipaban una lluvia que llegaría a la hora de comer.

—¿Hoy tampoco vas a ir a clase? —le preguntó Fran en el Comedor, sentados a su mesa habitual.

—Puede que a Álgebra —dijo Asia, intentando encontrar un pedazo de filete que pareciera comestible—. Obviamente no voy a ir a Cálculo ni me voy a quedar a Dibujo.

Tres semanas después de los exámenes, por fin habían salido todas las notas. La última en aparecer en el tablón había sido la de

Topografía. A Asia no le sorprendió descubrir que había suspendido. Era la asignatura que peor había preparado, con todo el lío del apagón y su primera visita a Los Cipreses la misma mañana del examen.

Había aprobado el resto de exámenes, excepto Cálculo, al que no se había presentado, y Dibujo, en el que la profesora lo había acusado de copiar.

—Pues yo que tú hablaría con la de Dibujo, precisamente —le decía Claudia ahora.

—¿Y qué quieres que le diga: que no estaba copiando? Si no me creyó durante el examen, ¿por qué me va a creer ahora?

—No sé. Pero no es justo. Una cosa es que suspendas porque te haga entregar el examen sin haber tenido tiempo a acabarlo, y otra que te ponga un cero y no te puedas presentar hasta el año que viene.

—Explícaselo tú. Seguro que te hace más caso que a mí.

—Quizás lo haga, pero otro día: hoy no voy a bajar a clase.

—¿Tú tampoco? —preguntó Fran—. Pues no os pienso pasar los apuntes.

—Podemos conseguirlos de otro modo, tranquilo.

—Sí, pídeselos a Joaquín...

—Decía conseguir los tuyos sin tener que pedírtelos.

—Ni se os ocurra. Y yo que tú no iría a hablar con la de Dibujo —dijo Fran, mirando a Asia—. Bastante suerte has tenido. Según el de Cálculo, lo normal si te pillan copiando son dos años sin poder presentarte a examen. Incluso han llegado a expulsar a gente por cosas parecidas a lo tuyo.

—¿Han expulsado a gente por no copiar?

Hubo entonces un silencio tenso en la mesa. Carla, que se había dedicado a escuchar, miró a un lado y al otro, pasando la mirada de Fran a Asia. Al final le dijo a Fran:

—Será mejor que subamos, ¿no? Que yo sí que voy a ir a clase —añadió, sonriendo, en un vago intento de relajar la tensión.

Los dos se levantaron. Asia y Claudia se quedaron sentados, tomándose todo el tiempo del mundo para acabar el postre.

—¿Qué mosca le habrá picado? —preguntó Claudia unos minutos después, en los subterráneos, camino de las habitaciones.

—¿A Fran? Igual esperaba mejores notas, no sé.

—No creo. Lleva raro desde antes de eso. Desde el primer jueves después de los exámenes, diría. Bueno, y tú igual.

—¿Yo? ¿Raro con él?

—Con él llevas raro desde que está con Carla, pero ese es otro tema —dijo Claudia—. Digo raro conmigo.

—No estoy raro contigo.

—¿Hace cuánto que no vienes a visitarme?

—No sé —dijo Asia, encogiéndose de hombros—. Pero tú también

llevas unas semanas rara.

—Sí, yo sí, lo admito. Desde ese mismo jueves, además. Igual la bebida ese día estaba en mal estado y nos ha afectado a todos, no sé. Pero ahora ya estoy mejor. Mucho mejor. Y quiero que vengas a mi habitación.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer hasta la clase de Álgebra? Tengo café. Además, así podremos hablar.

—¿Hablar de qué?

—De esa noche, precisamente. Venga.

Claudia tenía razón: estaba raro con ella. Cada vez que la veía, temía que sacara el asunto de su encuentro en el Playa. Hasta ahora había podido evitarlo. Pero quizás era momento de dejar de huir, de enfrentarse de una vez a su miedo a lo desconocido, a cómo sería pasar de ser amigos a ser algo más. Asia nunca había tenido novia. Quizás fuera momento de tenerla.

Así que acompañó a Claudia a la habitación que compartía con Alba. Claudia se apresuró a cerrar la ventana para que la lluvia no se colara dentro.

—Veo que habéis estado redecorando —dijo, fijándose en que las camas ahora estaban juntas, con las mesillas de noche a los lados.

Asia se descalzó y se tumbó sobre ellas. Claudia puso la cafetera al fuego.

—Sí, bueno —dijo, tumbándose junto a Asia—. Es mejor así.

Estuvieron un rato en silencio, mirando el techo, hasta que la cafetera empezó a burbujear. Claudia se levantó y sirvió dos tazas de café. Le llevó una a Asia a la cama.

—Siéntate al menos para tomarlo.

Asia se incorporó para coger la taza. Claudia se sentó en la cama frente a él, con sus cabellos rubios enmarcando una cara pálida, los mofletes sonrosados por el frío de esa tarde cada vez más desapacible.

—Supongo que te imaginas de qué quiero hablar… —dijo Claudia.

Asia asintió con la cabeza y dijo:

—Del beso.

—Bueno, sí. Del beso y de todo lo que vino después. Ay, Asia, estoy completamente enamorada...

A Asia se le atragantó el café. Claudia sonreía, más sonrojada todavía, avergonzada por lo que acababa de confesar. Asia no sabía qué decir. Él no creía estar completamente enamorado de Claudia. En realidad dudaba siquiera que estuviera parcialmente enamorado. Si no iba a ser capaz de corresponder su amor, quizás lo mejor fuera que no dijera nada. Pero lo dijo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Esas cosas se saben. Lo sé desde hace mucho

tiempo, además, desde la primera vez que la vi.

Asia frunció el ceño.

—Espera, ¿de quién hablas?

—¿Cómo que de quién hablo? De Alba. ¿De quién voy a hablar?

Asia tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba mirando a Claudia con la boca abierta. La cerró a toda prisa.

—No sé qué te sorprende tanto, si nos viste en el Playa —dijo Claudia, frunciendo el ceño.

Asia seguía en estado de shock. Dejó el café sobre la mesilla de noche: temía que en cualquier momento se le olvidara que lo estaba sujetando y lo dejara caer sobre la cama.

—Pensaba que te ibas a alegrar por mí…

Asia sacudió la cabeza para intentar despejar la bruma que le nublaba la mente. Estaba totalmente aturdido.

—Y me alegro —dijo, y su voz le sonó muy distante—. Es sólo que... Mira, no recuerdo casi nada de esa noche. Pero sí recordaba haber estado contigo en el Playa. Hasta nos abrazamos, ¿no?

Claudia asintió, seria. Asia se rascó la cabeza y bajó la mirada a la colcha. Lo que iba a decir iba a sonar ridículo, pero tenía que decirlo si no quería que Claudia se pensara lo que no era.

—¿Sabes qué pasa? Que por algún motivo creía que nos habíamos besado, tú y yo.

Levantó la cabeza y miró a Claudia a los ojos. Esos ojos azules que le sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que unas carcajadas rompieron el silencio.

—¿Qué dices? —preguntó Claudia, todavía riendo, nerviosa—. Ay, Asia… No te ofendas, pero no eres mi tipo. Para nada.

—No, ya, ahora ya lo sé —dijo Asia, muerto de vergüenza.

Claudia seguía riéndose.

—¿Por qué pensabas eso? Espera… No te gustaré, ¿no?

—No, no. No es eso. Es decir, supongo que me pareces atractiva...

—Porque lo soy.

—…pero no me gustas de esa manera —dijo, y se sintió tan aliviado de reconocerlo al fin tras semanas intentando convencerse de que era una buena idea iniciar una relación con Claudia que toda la vergüenza se le esfumó al instante.

—¿Por qué me ibas a besar, entonces, si no te gusto?

—Y yo qué sé... Pensaba que tú me habías besado a mí y yo me había dejado llevar. Había bebido mucho, ¿vale? —intentó justificarse Asia ante la mirada de incredulidad de Claudia, que volvía a reírse de él—. No sé exactamente qué hice esa noche, pero estoy seguro de que me besé con alguien.

—¡Bien por ti! —dijo Claudia, levantando la mano para que Asia se la chocara.

Asia apretó los labios y meneó la cabeza.

—*Bien por mí* no. Sigo sin saber qué pasó esa noche.

—Ya, ya. Pero ¿por qué pensabas que era conmigo con quien te habías liado?

—Por cosas —dijo Asia. Cosas que ahora le parecían una estupidez —. Porque recordaba alegrarme al verte en el Playa y habernos abrazado, y quizás entre la confusión de la oscuridad y la música alta... No sé.

—Oh, créeme: sé a lo que te refieres.

—Además —siguió Asia—, puede que Lira hubiera mencionado algo que me hizo pensar eso.

—¿Tu novia Lira?

—No es mi novia.

—De momento. ¿Y qué te dijo?

—Nada. Creo que nos vio en el Playa y pensó que estábamos juntos. Juntos, *juntos*.

—Uh, así que alguien está celosa, ¿eh? —dijo Claudia, volviendo a ofrecerle la mano en alto para que se la chocara.

Asia se rió a su pesar. Se alegraba de que Claudia estuviera de nuevo de tan buen humor.

—No está celosa —dijo Asia—. Y tenías razón: tiene novio.

—Oh —dijo Claudia, bajando de nuevo la mano—. ¿Lo conoces?

—Sólo de nombre: Antonio.

—Antonio… ¿Uno de segundo? ¿Del Bloque 6?

—No es de la Residencia, creo.

—Bueno, hay muchas otras chicas disponibles. Esa tan misteriosa con la que te has liado, para empezar.

A Asia no le apetecía hablar de eso ahora mismo. Quizás se lo hubiera imaginado todo, por muy real que le pareciera el recuerdo de esa lengua abriéndose paso entre sus labios, como ahora lo hacía el café. Miró a Claudia. Decidió cambiar de tema.

—Así que tú y Alba, ¿eh? Ahora entiendo lo de las camas —dijo, mirando alrededor, dando un nuevo sorbo.

—Sí: es por el sexo.

A Asia le entró la risa. A punto estuvo de escupir el café.

—Nos besamos en el Playa aquella noche —explicó Claudia, tumbándose en la cama—. Fue como tú decías, en realidad: estábamos bailando y fui a decirle algo, no recuerdo el qué, y en vez de hablarle al oído, creí que me iba a escuchar mejor si le hablaba cerca de la boca, ¿sabes? Que la música estaba tan alta que seguro que me entendía mejor si notaba la vibración de mi aliento en sus labios. Y estábamos tan cerca que nos besamos.

Claudia suspiró, sonriendo con la mirada perdida en el techo. Luego miró a Asia.

—Me gustó desde que entró por la puerta de la habitación, cargada con las maletas. Miento: en realidad me gustó desde que la vimos llegar en su Golf del año de la pera, ¿recuerdas?

Asia se acordaba, sí. Alba había llegado poco después que Lira, algo antes que Carla, aquella tarde de finales de septiembre.

—Intenté que no me gustara —siguió Claudia—. Iba a ser un año muy duro si me enamoraba de mi compañera de habitación. Y más al ser un amor no correspondido. Alba tenía novio, no sé si lo sabías.

Asia negó con la cabeza.

—Pues sí. Fue un alivio enterarme. Sabía que no tenía ninguna posibilidad con ella, así que me relajé. Era fácil ser su amiga. Sentía que podía contarle cualquier cosa sin que me juzgara.

»Una noche ella me estaba hablando de su primer amor y después yo le hablé del mío. Se llamaba Julia. Teníamos siete años. Yo siempre quería estar con ella, ¿sabes? Siempre quería jugar con ella. Siempre quería agarrarla de la mano. Y siempre que oía su nombre, me ponía colorada. Y al pronunciarlo temía que la gente se diera cuenta de lo que sentía, que mi "Julia" no era como el de ellos.

»Nunca le había contado eso a nadie. Alba fue la primera. La única, hasta ahora. Para que veas lo que te aprecio —dijo—. Pero ya llegaremos a eso.

»A partir de ese momento nuestra relación cambió. Fue un cambio sutil, una unión más intensa, más real. Creo que porque al fin me sentía yo misma ahora que no había ningún secreto entre nosotras.

»Y no era yo la única que había cambiado al hacer mi confesión. Según me dijo Alba hace un par de días, fue en ese mismo momento cuando algo dentro de ella le hizo decir "oh". "Oh", como en "quiero que me cuentes más cosas que nunca le hayas contado a nadie, quiero verte vulnerable y poder ser vulnerable delante de ti también, quiero que los secretos que tengamos sean nuestros, de las dos a la vez. ¿Es eso una simple amistad? ¿O es algo más?".

»Pero yo entonces eso no lo sabía, y sentía que me había librado de un secreto pero otro había ocupado su lugar: Alba me gustaba, y eso no se lo podía contar, porque a Alba le gustaban los chicos. Tenía novio y era feliz con él. No había más. Tenía novio y punto.

»Tenía novio, hasta que de pronto no lo tuvo. Me habría gustado consolarla, estar ahí para ella, que viera lo mucho que me importaba, pero no necesitó mi consuelo. La veía más feliz que nunca. Yo no quería pensar que pudiera ser por causa mía, pero a veces dejaba volar la imaginación y lo pensaba. ¡Sería tan maravilloso que así fuera! Y mientras tanto me limitaba a disfrutar de su compañía, que era mucha, a pesar de no vernos nada durante el día y de que en el Comedor sólo coincidíamos para desayunar.

»Pero por las noches estábamos juntas. Veíamos alguna película o

hablábamos sin más. Y cada vez dormíamos menos, porque cada vez nos quedábamos despiertas hasta más tarde, hablando. Me costaba muchísimo darle las buenas noches y quedarme callada, intentando dormir, escuchando su respiración a un metro de mí. Así que muchas veces hablaba hasta que ella se quedaba dormida, o ella me hablaba hasta que yo me quedaba dormida. Llegué a quedarme dormida hablando algún día.

—¿Cómo?

Claudia se encogió de hombros.

—No sé. Hablando cada vez más bajito. Si me concentraba, podía hablar mientras empezaba a soñar. Decía cosas muy bonitas entonces. No tenían sentido, pero eran bonitas. Alba me decía que eran bonitas, al menos.

»Y entonces llegó el beso en el Playa, la culminación de algo inevitable, y todo se vino abajo.

Claudia hizo una larga pausa en la que aprovechó para beber lo que le quedaba de café.

—Si estaba rara estos días era por lo que pasó después de que nos besáramos. Fue un único beso. Aunque ya quisieran ese único beso muchas parejas que llevan años saliendo. Jamás había sentido nada igual. Fue como si, afuera, el tiempo corriera a toda velocidad y todas las personas a las que quiero se estuvieran muriendo, pero no me pudiera importar menos porque Alba y yo estábamos juntas por fin. Y durante unos segundos maravillosos tras el beso, lo pareció. Apoyó su frente en mi frente y me besó en la nariz. Pero luego vi cómo algo en ella cambiaba. Cómo empezaba a llorar y a negar con la cabeza. Se fue y la seguí afuera. Forzó una sonrisa y se limpió las lágrimas con la mano. Me dijo que menuda tontería, que qué borrachas estábamos y que qué vergüenza pensar en lo que habíamos hecho al día siguiente al despertarnos, que cuánto nos íbamos a reír.

»Pero al día siguiente ella se había ido antes de que yo me despertara. Y el domingo a la noche, cuando nos volvimos a ver, ninguna se rió. Ninguna dijo nada. Ella ni me miraba, y yo no la podía mirar a ella sin echarme a llorar. Nos dormimos enseguida y al levantarme ella ya había bajado a desayunar. Esa noche no durmió en la habitación.

Claudia paró de nuevo. Tomó aire durante unos segundos.

—Mira que sé que esta historia acaba bien —le dijo a Asia, obligándose a sonreír—. Pero aun así no sabes cuánto me cuesta hablar de esos días. Pero lo voy a hacer de todos modos, ¿vale? Porque necesito sacármelo del pecho y necesito que tú lo oigas, Asia.

»Alba volvió con su novio. Jamás he sido más miserable que durante esa semana en la que dormía a solas en la habitación. Bueno, "dormía" —se rió Claudia, aunque parecía a punto de echarse a llorar

—. No podía dormir y no podía comer y apenas podía respirar. Y si tú no estuvieras ocupado intentando evitarme, te habrías dado cuenta de que no estaba para nada bien.

Asia agachó la cabeza, avergonzado.

—Ahora da igual —dijo Claudia—. De hecho, gracias a ti la cosa cambió.

—¿Yo qué hice?

—Nada. Contaba contigo y no hiciste nada. Sí, tenías tus motivos. Unos motivos cobardes y estúpidos, por cierto, pero bueno, da igual, ahora no quiero meterme en eso. El caso es que no me podía creer que no te interesaras lo más mínimo en mí. Fran lo hizo. Carla también. Pero yo necesitaba tu atención, y no la recibí. De noche, sola en la habitación, imaginaba discusiones contigo. Me imaginaba que te gritaba: ¡¿QUÉ COÑO TE PASA?! ¡¿NO VES QUE NO ESTOY BIEN?!

Asia dio un pequeño salto en la cama. Claudia se rió, pero no se molestó en disculparse por asustarlo.

—Te gritaba, pero después de discutir mentalmente contigo, seguía enfadada. Porque realidad tú no tenías la culpa. La culpa era mía, ¿no? Es más: había sido una hipócrita contigo, diciéndote que te olvidaras de Lira y buscaras a otra, que la Residencia estaba llena de chicas, cuando yo me había enamorado de quien menos debía enamorarme.

»Así que discutía conmigo misma. Y una vez más, al acabar seguía enfadada. Necesitaba tener una discusión de verdad. Necesitaba decirle unas cuantas cosas a Alba. Así que una tarde me quedé esperando a que volviera de clase. Se sorprendió de verme ahí. Sólo venía a buscar unas cosas y ya se iba, pero yo me interpuse entre ella y la puerta y le dije que no, que no se iba a ir de allí hasta que habláramos. Y hablamos.

»Le dije lo que sentía. Sin lloros ni dramas. Estaba cansada de pasarme las noches compadeciéndome de mí misma. Le dije que lo sentía, que no era mi intención, pero que la quería.

Claudia, de espaldas a la puerta, negó con la cabeza. Apretó los labios. Sus ojos azules brillaban por la humedad, pero no iba a llorar, no. Ya había llorado bastante.

—¿Sabes qué? No. No lo siento. No lo siento para nada, Alba. Estoy harta de pedir perdón. Si no quieres volver a verme, dímelo. Ahora mismo, dímelo y pediré el cambio de habitación. Mírame a los ojos y dime que no puedes seguir compartiendo habitación conmigo. Dime de nuevo que todo ha sido un error y ríete de nuestro beso. Yo no me río.

Alba tampoco se reía. Le temblaba la barbilla. Tenía la mirada fija en el suelo. Su pecho subía y bajaba con cada respiración. Claudia dio un paso hacia ella. Alba no se movió.

—Mírame a los ojos y dime que no sentiste nada cuando nos besamos. Dime que tú sí que lamentas haber tonteado conmigo. Dime que sientes que yo me haya creído lo que no era. Dime que tu corazón no se acelera cuando nos miramos a los ojos de cerca. Dime que tu respiración no tiembla cuando respiramos el mismo aire. Dímelo ahora. Mírame a los ojos y dime simplemente que no, que no sientes nada por mí, y me iré ahora mismo y no volverás a verme jamás. No te volveré a molestar.

Alba cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera contener las lágrimas. Nada más lejos de la realidad. Sintió la caricia de Claudia en la barbilla. Sólo entonces alzó la cabeza y abrió los ojos.

Quiso negar. Quiso que todo fuera sencillo. Tenía una oportunidad de volver a la normalidad. Claudia se la estaba dando. Sólo tenía que decir que no, que nada sentía fuera de una simple amistad, y ya no tendría que preocuparse de tener que tratar con ella cada vez que iba a la habitación. Ya no tendría que esconderse. No tendría que huir.

Pero no era de Claudia de quien huía, ¿verdad? Huía de lo que era cuando estaba con ella, del cambio, del derrumbe de todo lo que creía cierto hasta ahora, de una felicidad imprevista…

¿Cómo iba a decirle a Claudia que el beso había sido un error, si en las noches que pasaba en vela no podía pensar en otra cosa? ¿Cómo iba a pedirle que se cambiara de habitación, si jamás había sido más miserable que en esas semanas que habían pasado separadas? ¿Cómo iba a seguir negando que sentía nada por ella, si jamás había estado más nerviosa en su vida que ahora que Claudia daba un paso más, la mano aún en su barbilla, sin aire entre los cuerpos? Si su respiración agitada era la respiración agitada de Claudia. Si sus ojos vidriosos eran los de ella. Su cuerpo, sus labios, su corazón… Todo era suyo, todo era de ella.

Y si había todavía alguna duda, el beso acabó por confirmar lo que Alba sospechaba: que hasta besar a Claudia nunca había besado de verdad.

—Pobre Alba —dijo Claudia, poniéndose en pie y llevando las tazas al fregadero—. Yo lo pasé mal, sí. Pero al menos tenía claro quién era y qué quería. Sé que no es nada fácil, por eso no la culpo por lo mal que lo pasé en esas semanas que ella se fue. Además, tenemos toda una vida por delante para recuperar el tiempo perdido. Empezando por hoy: vamos a tener nuestra primera cita de verdad.

—¿Ahora?

—En un rato, sí. Nos vamos a encontrar en el centro y vamos a pasear y a tomar algo y a cenar e ir al cine o lo que sea. Así que disfruta de Álgebra sin mí, si puedes.

Asia no creía que pudiera. No ahora que ya no tenía motivos para evitar una conversación incómoda con Claudia. Las clases a su lado se

hacían siempre más llevaderas, jugando a los cuadrados o intentando hacer reír al otro hablando por lo bajo. Sin ella, Asia tendría que atender sí o sí a la pizarra. Porque si ya era difícil hablar con Fran normalmente durante una clase, con lo concentrado que siempre estaba tomando apuntes, últimamente la cosa era casi imposible.

Así que decidió que estaba la tarde para echarse una siesta, oyendo la lluvia caer. Soñó con labios cuarteados por el frío, brillantes por una lengua que no dejaba de humedecerlos. Labios sin rostro detrás, salados y suaves. También soñó con matrices traspuestas, así que al despertar tuvo la sensación de no haber desperdiciado del todo la tarde.

Asia seguía algo dormido cuando bajó a cenar. Ahora no iba a conseguir dormir hasta las diez de la mañana. Viviría con jet lag sin necesidad de haber viajado. Era algo que pegaba con alguien que se las había apañado para perder una maleta sin tener que subir a ningún avión.

Fran y Carla se acababan de sentar a la mesa cuando Asia llegó. Cenaron en relativo silencio hasta que Carla le preguntó a Asia por Claudia.

—Ha quedado —se limitó a decir Asia, jugando con unas patatas a las que le faltaban unos cuantos minutos de freidora.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes —dijo Carla tras estudiar durante unos segundos el rostro de Asia.

—De verdad que no lo sé —repitió Asia, sonriendo esta vez.

—¿Por qué no me lo dices?

—No sé de qué me hablas.

—¡Asia, dímelo!

—Si te dice que no lo sabe es que no lo sabe —dijo Fran—. No seas pesada.

Carla resopló por la nariz. Asia bajó la cabeza y se concentró en sus patatas, que tan apetitosas le parecían ahora. No quería presenciar una discusión entre Carla y Fran. Afortunadamente, ellos tampoco querían que Asia la presenciara. Se limitaron a acabar de cenar envueltos en un silencio incómodo que no romperían hasta llegar a la habitación. Pero de esa pelea Asia sólo oiría los coletazos finales varios minutos más tarde, tras su conversación con Blas.

Porque Blas acababa de entrar al Comedor, y mientras Fran y Carla salían a esa noche lluviosa de mediados de febrero, Asia se quedó a oír lo que Blas le tenía que contar.

—He estado pensando en lo que me dijiste —fueron sus primeras palabras.

—¿Qué te dije?

—Aquí no —dijo, mirando a su alrededor, quitándose el sombrero empapado—: cualquiera podría oírnos. Vamos a aquella mesa de la esquina.

Asia acompañó a Blas hasta la mesa más alejada. Asia tuvo que esperar mientras Blas engullía la comida: dos platos de sopa que a esas horas había desarrollado una pátina de grasa que apenas permitía hundir la cuchara.

—¿En qué has estado pensando? —le preguntó en cuanto no hubo más sopa que sorber ruidosamente.

Blas se limpió la boca con la manga de su gabardina negra y cogió un cuchillo para cortar un trozo de manzana.

—En lo que hablamos la última vez que nos vimos —dijo, bajando la voz—. ¿Recuerdas? Me dijiste que alguien como Juan Docampo no regala las cosas. Que si me había dado la habitación era a cambio de algo, aunque yo no supiera a cambio de qué. En eso he estado pensando. En realidad todo viene de que yo tenía algo que él quería.

—¿Qué tenías?

Blas se metió el trozo de manzana en la boca. Asia esperó pacientemente a que acabara de masticarlo.

—Una mesa —dijo—. Una mesita pequeña, de estas que hay en los recibidores, de las que tienen un cajón y sobre las que se ponen cartas o las llaves o un cuenco con caramelos. ¿Sabes lo que digo?

Asia asintió con la cabeza.

—¿Y Juan Docampo te dio la habitación a cambio de la mesita?

—No. La mesita era suya, en realidad. Bueno, había sido de su padre, pero ahora era suya.

»¿Recuerdas que Ramón me hizo trabajar para Eulogio en el Almacén? Pues bien, justo en esa época Juan Docampo estaba con las obras de los áticos del Bloque 3 para mudarse a vivir aquí. Antes allí estaban las oficinas, al parecer: Dirección y Administración y todo eso. Cada día traían al Almacén muebles y archivadores y mil mierdas, por eso Eulogio necesitaba ayuda. Y al acabar, allá por junio, Eulogio me dejó que me llevara algo. Yo quería quedarme con un escritorio enorme con mil cajones, pero la mesita era más fácil de meter en mi habitación.

»Pues bien, a los pocos días llaman a mi puerta y voy y abro y ¿sabes quién es? Juan Docampo. Venía a interesarse por mí, por cómo estaba después de lo de Marcos, lo del coma y tal. Y en eso que repara en la mesita y como quien no quiere la cosa me pregunta de dónde la he sacado y yo le miento y le digo que me la he traído de casa y él dice “qué curioso, porque juraría que este es el sello de mi familia”, y lo era, grabado en el pomo del cajón.

»Así que le digo la verdad. Parte de la verdad, bueno: que he estado ayudando a Eulogio en el Almacén, pero no le digo por qué he

acabado ahí, y que me llevé la mesita porque allí se iba a echar a perder.

Blas se metió un nuevo trozo de manzana en la boca. En el Comedor apenas quedaba nadie ya. Las cocineras habían empezado a guardar las bandejas en la cocina. Algunas luces estaban apagadas.

—Él siguió revisándola. Abrió el cajón y lo cerró. Me dijo que estaba bien, pero que no me iba a poder quedar la mesita, que hiciera el favor de llevársela ahora mismo a su mujer. Me abrió la puerta y todo, muy amable, y yo ahí que voy con la mesita a los áticos, y al volver resulta que Juan Docampo sigue en mi habitación. Me hace pasar y me pide que me siente. Él se queda de pie y me pregunta qué he hecho con los papeles que había en el cajón, si es que había algo: si los he tirado a la basura o qué. Y yo le digo que no había nada, y él "¿seguro?", y yo "completamente".

»Se me quedó mirando un minuto entero sin decir nada, te lo juro. Y entonces me dijo que parecía un chico listo, y los chicos listos saben a quién arrimarse y, *sobre todo*, con quién no enemistarse, ¿entiendes? Eso me dijo: "¿entiendes?". Y yo asentí con la cabeza.

—Pero no entendías nada.

—¿Qué iba a entender? Pero él pareció contento con mi respuesta, dijo "bien" y me preguntó si iba a seguir en la Residencia el curso siguiente, que el plazo para reservar habitación se abriría pronto pero que yo no tenía que preocuparme, que había una habitación triple en los áticos que llevaba mi nombre, por todo lo sufrido durante ese curso y por el trabajo hecho en el Almacén, me dijo.

Blas mordió directamente la manzana para aprovecharla al máximo. Tiró el corazón en el plato vacío de sopa.

—Así que ahí lo tienes: lo había olvidado, pero ahora ya recuerdo a cambio de qué me dio Juan Docampo mi habitación.

Blas se puso en pie. Llevó la bandeja al carrito.

—¿Qué? —preguntó Blas cuando reparó en cómo lo miraba Asia.

—Tienes que estar de broma.

—Yo nunca bromeo. Eso es lo que pasó.

—Eso serían las cosas que pasaron, pero no es lo que pasó —matizó Asia—. ¿No te das cuenta de que darte gratis la habitación durante cuatro años a cambio de lo que viviste ese curso no es muy distinto a que te la dé a cambio de nada?

—Y aun así es lo que pasó —dijo Blas, escurriendo el sombrero y poniéndoselo, listo para salir a la noche lluviosa.

—Vale, sí, pero míralo desde el punto de vista de Juan Docampo. ¿Por qué fue a verte a tu habitación ese día? Porque si de verdad era para interesarse por ti después de lo de Marcos, lo habría hecho mucho antes. ¿Y si fue allí precisamente porque sabía que tenías la mesita, pero no quería parecer desesperado por recuperarla? ¿Y si

hubiera algo en la mesita, en el cajón, unos papeles, que fueran importantes para él? ¿No tendría sentido entonces que intentara recuperarlos sin levantar sospechas de su importancia, no fuera a ser que tú aún no te hubieras dado cuenta?

—Mmmm…

—¿Y no tendría sentido entonces que, una vez los papeles no estaban ahí, y ante la posibilidad de que tú los tuvieras y supieras de su importancia, intentara comprar tu silencio con, no sé, una habitación de lujo?

—¿Estás diciendo que Juan Docampo cree que sé algo sobre él que no quiere que se sepa?

—Sí.

—Pero yo no sé nada.

—Ya. Pero eso él no lo sabe. Y te diré una cosa: tiene que ser algo importante para estar dispuesto a gastarse en ti tanto dinero sólo ante la remota posibilidad de que lo sepas, ¿no crees?

Blas se quedó un rato mirando a Asia, atusándose la barbita de chivo, asintiendo despacio con la cabeza, perdido en su mundo. Sus ojos brillaron durante un instante. Sonrió y dijo:

—Nah.

Se caló el sombrero. Sin despedirse, se adentró en la noche, bajo la lluvia. Asia, desde la entrada del Comedor, siguió su silueta hasta que desapareció. Meneó la cabeza. Una y no más.

Canciones

El vestuario olía a cloro y a espuma de afeitar, a taquillas cerradas y bancos de madera, a suelos mojados y a vapor, a polvos de talco y gorros de silicona y colonia de hombre. Hacía calor. Asia acababa de entrar y ya sudaba. No había nadie más a esas horas de la mañana de otro lunes gris de mediados de marzo. Del otro lado de la puerta se oían voces y ruidos de salpicaduras y algún que otro pitido por encima de la música que sonaba a todo volumen.

Asia se desvistió y se puso el bañador. Hacía meses que no lo usaba, desde antes del verano. Le venía grande. Tuvo que apretar bien el nudo para asegurarse que no se le bajara al nadar. Las chanclas se le ajustaron perfectamente. Al parecer era más difícil perder peso en los pies. Con el gorro y las gafas en la mano, salió del vestuario.

Llevaba casi medio año en la Residencia y era la primera vez que entraba en la piscina. En parte porque, al igual que el gimnasio, había que pagar para usarla. No era cara, pero la molestia de tener que pasar por Recepción y tratar con esa mujer era suficiente como para quitarle las ganas a uno de comprar un abono. Y por otro lado, nunca le apetecía demasiado ir a nadar durante el invierno, porque por muy a cubierto que estuviera la piscina, el choque térmico al salir de esos caldeados vestuarios al frío exterior siempre conseguía acatarrarlo.

Ahora la primavera se acercaba y el frío se retiraba ya. Habían llegado las lluvias, eso sí. Pero a Asia poco le importaba mojarse después de haberse mojado. Por eso estaba hoy allí. Por eso y porque Lira se lo había propuesto esa mañana por teléfono.

Fue agradable por una vez no despertarse con la voz grave de Eulogio del otro lado de la línea. Aunque la voz de Lira también tenía cierta gravedad. Pero era una gravedad distinta. Una gravedad cálida, como de tormenta lejana o de susurro bajo las mantas.

—¿Dormías? —preguntó.

Asia tardó cinco segundos en pronunciar un “no” tan pastoso que a punto estuvo de no salir de sus labios. Lira se rió.

—Mira, como está lloviendo y no podemos ir a visitar a Celeste, te voy a proponer una cosa.

Y media hora después ahí estaba Asia, caminando con cautela por el suelo de baldosas que bordeaba la piscina. Tenía miedo a resbalar y quedar en ridículo delante de las señoras de la clase de aquagym, o de caer en una mala postura y romperse una pierna por cuatro sitios, o cualquier otra desgracia similar.

Al final logró llegar a una de las calles que estaban libres sin

caerse. Se sentó en el borde de la piscina con cuidado y chapoteó con los pies en el agua mientras le daba vueltas al gorro entre las manos, intentando decidir cuál era el derecho y cuál el revés en ese gorro sin logos.

Así estaba cuando vio aparecer a Lira por la puerta de los vestuarios de las chicas. Dejó de chapotear. Dejó de darle vueltas al gorro. Sintió que el calor del agua se le subía a las mejillas a través de los pies.

Lira estaba guapa, incluso con el gorro puesto. Era negro, y de algún modo conseguía ocultar todo su pelo. El bañador era de un granate muy intenso, oscurecido por el agua de la ducha obligatoria que se acababa de dar. Muy ajustado, una segunda piel. Vio a Asia y le sonrió sin enseñar los dientes, un movimiento casi imperceptible de la comisura de los labios. Asia se caló el gorro de cualquier manera y se metió en el agua, hundiéndose hasta el fondo.

Vio la silueta de Lira sentarse donde segundos antes había estado él. Salió a la superficie y se quedó flotando ahí, frente a ella, a un metro de distancia, moviéndose hacia delante y hacia atrás como una medusa indecisa.

—No os volví a ver la otra noche —dijo Lira.

Asia se hundió un poco más en el agua. No, no los había vuelto a ver el jueves anterior. Ni a él ni a Claudia.

Fran y Carla no habían salido. Con Alba resfriada, sólo Claudia lo acompañó a la fiesta de Aparejadores. Era la primera fiesta universitaria de verdad, de las que tenían lugar en los aparcamientos de las facultades, con carpas enormes donde servían cervezas en vasos de litro desde la mañana hasta horas después del último concierto, ya de madrugada.

Pero ese jueves la lluvia hizo que la fiesta se celebrara en el aparcamiento cubierto, con sus techos bajos y sus columnas de hormigón. Era imposible distinguir a nadie entre toda esa masa de gente en penumbras. Aun así, fue fácil dar con Lira.

—Nos fuimos poco después del concierto —dijo Asia, flotando en el agua—. A Claudia no le apetecía bajar a Coruña y yo no iba a bajar solo. ¿Tú bajaste?

—Mm-mmh —asintió Lira.

—¿Y qué tal?

—Bien —dijo sonriendo, con la mirada perdida en los ventanales del fondo, por donde la luz gris de esa mañana de marzo se colaba en la piscina.

A Asia no le gustó nada cómo había sonado ese *bien*. Y menos le gustó todavía que un simple *bien* le hiciera sentir tan mal.

Bajar a la fiesta había sido un error, sin duda. Lo supo desde el momento que acabó el concierto. Seguramente lo supiera desde antes,

desde el primer acorde de la primera canción, pero durante todo ese tiempo su mente estaba a otras cosas, demasiado abrumada como para pensar en nada. Lo supo durante todo el fin de semana, aunque no quisiera darle importancia, y ahora lo constataba.

Un *bien* y una ligera sonrisa bastaban para que la mente de Asia se llenara de imágenes que no quería ver: Lira tumbada en el suelo, exhausta, y sonriendo fundida en un abrazo con alguien con pinta de llamarse Antonio, entre otras cosas. Eran imágenes pesadas que terminaron por hundirlo al fondo de la piscina.

Un chapoteo lo devolvió a la superficie. Lira se había metido en el agua y ahora flotaba cerca de él. Se puso las gafas y sus ojos quedaron ocultos tras las lentes de espejo. Lentes doradas, de competición, sin duda.

—Venga, que aquí no podemos pasear —dijo Lira antes de impulsarse en la pared y salir disparada. Emergió diez metros más allá y empezó a nadar.

Asia se puso las gafas y la siguió. O lo intentó.

Hacía mucho que no nadaba. Lo notó en la torpeza de sus movimientos y en cómo sus manos creaban enormes turbulencias a cada brazada, en cómo se olvidaba de mover las piernas para mantenerlas a flote y en lo pesados que notó los brazos a partir del cuarto largo.

Lira no tardó en alcanzarlo. Asia la sentía muy cerca, metiéndole presión, haciéndole cosquillas en los pies. Esperó todo un largo tras él antes de adelantarlo. Lo dobló otras tres veces antes de detenerse a descansar.

Asia se alegró de verla de pie al final de la piscina, con sólo la cabeza asomando fuera del agua. Se detuvo a su lado y se quitó las gafas. Tenía la respiración agitada y notaba caliente la cara. Lira respiraba con normalidad, aunque también parecía algo acalorada.

—Nadas de pena —le dijo.

Asia no supo que responder.

—Creía que nadabas bien —siguió Lira.

—¿Por qué creías eso?

—Porque me lo dijiste.

—¿Cuándo?

—El jueves que nos vimos en los Jardines.

—Ah... —dijo Asia. Con razón no lo recordaba. Se sonrojó todavía más, avergonzado: era algo extraño de lo que presumir en mitad de un botellón—. Es que estoy bajo de forma —se justificó, aunque para alcanzar el nivel de Lira iba a tener que adoptar una forma que nunca había tenido. Forma de delfín, por ejemplo.

—Ya —dijo Lira, y empezó a estirar los brazos por encima de su cabeza—. Oye, ¿qué te pareció el concierto? Que ya vi que estabas en

las primeras filas, pero no tuve ocasión de preguntártelo al acabar. ¿Te gustó?

Asia se mordió la lengua para contener una risa tonta. ¿Que si le había gustado el concierto? No había podido dejar de pensar en él durante todo el fin de semana. Aunque la palabra correcta no era pensar. Era algo distinto. Eran flashes que lo golpeaban en el pecho de vez en cuando y lo dejaban sin aire durante unos segundos. Escuchaba entonces una melodía o un riff de guitarra. Sentía vibrar sus entrañas al ritmo de una batería pesada. Y oía…

Oía su voz quebrada y dolida. Eran esquirlas de miel. Era hielo en llamas. Las últimas palabras de la última canción todavía resonaban en su mente, en bucle. *Stars don't care about you, my love, but I do / stars don't shine inside you, love, I do / stars can't walk you down the aisle, love / but they can guide you.* Cerraba los ojos y veía...

Veía a Lira con los ojos cerrados y los labios húmedos, rosados, cantándole al oído a través del micrófono. La veía abrazada a la guitarra, cuerpo contra cuerpo, moviéndose a merced de la música. La veía tirada en el suelo, sudando, exhausta, la voz desgarrada, gritando. Y sentía...

Sentía que no había nada que hacer. Que estaba perdido. Que por más que lo intentara no podía dejar de pensar en ella. Y menos si era incapaz de decirle que no a momentos como este, a estar flotando junto a ella, a solas, a medio metro. Bajar a esa fiesta había sido un error. Se había enamorado de Lira, y ahora ni él mismo podía negarse a ver la verdad. De nada valía ya engañarse.

—Estuvo muy bien, sí. No sabía que tenías un grupo.

Lira levantó una ceja.

—¿Cómo qué no? Pues te lo dije.

—¿Cuándo?

¿Cuándo iba a ser, sino ese estúpido día en el que el estúpido alcohol le había inundado su estúpido cerebro, matando recuerdos por doquier? Y lo peor no era todo lo que había olvidado. Lo peor era que la estúpida voz de su cabeza había sobrevivido a la intoxicación.

Oh, vamos, protestó la voz, risueña, *¿qué harías sin mí, mi pequeño Asia? Estamos juntos en esto, no te olvides. Quiero lo mejor para ti. Y como muestra de buena fe, te digo que hay recuerdos de esa noche que no se han perdido del todo. Hay recuerdos que aún están por aflorar. Como este que asciende ahora, mi dulce Asia. Este que se asoma ya. ¿Lo ves? ¿Lo oyes?*

—¿Me contaste algo de una escultura en la fuente de los Jardines? —preguntó Asia, esforzándose por recordar—. Ese jueves, digo. ¿Puede ser?

—Mm-mmh.

Sí, ahora lo recordaba.

Había apostado con Lira a que alguno de los chicos que estaba sentado en el borde de la fuente iba a acabar cayendo al agua.

—Pues que tengan cuidado —dijo Lira, mirando por encima del hombro de Asia hacia la fuente—. Hace años murió alguien por caerse dentro.

Asia tuvo una corazonada en ese momento. ¿Y si quien había muerto fuera un chico de la Residencia durante una novatada que se fue de las manos?

Pero no.

—Fue un vagabundo —explicó Lira—, durante uno de los inviernos más fríos del siglo pasado. Se metió a coger las monedas que la gente lanzaba a la fuente. La gente prefiere confiar en la suerte antes que en los vagabundos. Lo encontraron muerto al día siguiente, congelado, con todos los dedos rotos. Al parecer otro vagabundo se los rompió uno a uno para poder abrirle los puños y recuperar las monedas que había cogido.

A Asia le pareció una manera horrible de morir.

—Hay una pequeña escultura dentro de la fuente —siguió Lira—. Una mano que busca ayuda y no la encuentra.

—¿Podemos verla?

—Ahora no, que igual algún borracho te empuja en cuanto te asomes.

En la piscina, Asia dijo:

—Me dijiste de ir a verla otro día, cuando hubiera menos gente.

—Mm-mmh.

—Pero no va a haber otro día.

—¿Por qué no?

—Porque de aquí a mayo todos los jueves es la fiesta del patrón de alguna facultad: Informática, Derecho, ADE, Sociología, Náutica, Arquitectura, Caminos… Y luego vienen los exámenes finales. Dudo que volvamos a bajar a los Jardines en lo que queda de curso.

—Sabes que los Jardines también existen otros días, además de los jueves de madrugada, ¿no? —preguntó Lira—. Sabes que de día son incluso más bonitos, sin borrachos ni basura tirada por ahí, ¿no?

Asia no había reparado en ello. Los Jardines sólo parecían existir cuando él estaba ahí, bebiendo con sus amigos para hacer frente al frío.

—¿Te vas a quedar este fin de semana en la Residencia? —le preguntó Lira.

—¿Por qué?

—¿Te quedas o no?

—Puede. No lo había pensado. ¿Tú?

—Puede. Mira, si resulta que al final tú te quedas y yo me quedo, podemos bajar el sábado por la mañana a Coruña y te enseño la

escultura. ¿Te parece buena idea?

Asia no tenía palabras. Se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza.

—¿Sí? —preguntó Lira, sonriendo también—. Genial.

Asia se sentía flotar. Vale que estaba flotando, literalmente, pero sentía que su pecho se hinchaba como nunca. A Lira le parecía genial que bajara con ella a solas a pasear por Coruña. Genial. Genial era mejor que *bien*. Mucho mejor que *bien*.

—Y después podemos ir a comer a un sitio del que me han hablado. Es barato y tienen buen pescado, no las varitas de merluza que sirven aquí.

—Suena muy bien —dijo Asia, esforzándose por contener la alegría ante una posible cita con Lira.

—¿Sí? —volvió a preguntar Lira, alzando una ceja.

A Asia le entró la risa.

—De verdad. Es más, ahora que me acuerdo: este fin de semana tengo que quedarme sí o sí aquí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Tengo que... Uhmm… Tengo que poner una lavadora el viernes, y no me voy a ir dejando la ropa sin secar, ¿no?

Ahora fue Lira la que rió.

—Supongo que eso sería malísimo para la ropa, sí.

Se quedaron un rato en silencio, flotando uno frente al otro. Lira miraba de vez en cuando hacia el pecho de Asia, donde descansaba su colgante, su piedra de río. Alargó la mano y la cogió.

—Es bonita —dijo—. Mereció la pena que te tiraras a por ella.

Asia se quedó mirando a Lira con el ceño fruncido.

—¿También hablamos de eso? —preguntó, no sabía si enfadado o sorprendido.

—Mm-mmh. Ya te dije que estuvimos hablando un buen rato.

—¿Qué te conté?

Lira suspiró. Habló a toda prisa.

—Que te lanzaste desde lo alto de un puente porque creías haber visto un pez y quisiste atraparlo. Que tu abuela tuvo que saltar a por ti y te encontró boca abajo en el agua. Que cuando te levantó tú sonreíste como si nada hubiera pasado y le ofreciste tu puño y dijiste "pez" antes de abrirlo, pero en vez de un pez, en tu mano había una piedra de río. Esta piedra de río que ahora llevas colgada del cuello.

Asia miró a Lira, serio. Dejó escapar un suspiro. La miró a los ojos. Celeste tenía razón: eran verdes. De un verde muy oscuro, casi gris, pero verdes.

—Eso no fue lo que pasó en realidad —dijo Asia.

—¿Me mentiste? —preguntó Lira, fingiendo sorpresa.

Asia negó con la cabeza.

—No. Durante años, mientras mi abuela pudo hablar, era esa la

historia que contaba. Era la que yo sabía. La que mis padres sabían. No fue eso lo que ocurrió.

Asia tomó una gran bocanada de aire, preparándose para contar algo que no había contado nunca antes.

—Tenía cuatro años. Estaba sentado en el borde del puente y me caí de espaldas. Mi abuela saltó detrás de mí sin pensárselo, sin tener en cuenta la poca agua que llevaba el río. Se rompió una pierna al caer. Cuando llegó hasta mí, yo no respiraba.

Asia sintió que le faltaba el aire en la piscina. Sentía la mirada de Lira sobre él.

—Estuve sin respiración un rato. Un minuto. Algo más, quizás. En el hospital, mientras esperaba por el resultado de las radiografías, mi abuela le contó a mi madre la misma historia que yo te conté a ti en los Jardines, la versión en la que su niño no moría ni por un segundo. A ojos de mi madre, a mí no me había pasado nada. Una anécdota que contar en el futuro. Fue mi abuela la que se llevó la peor parte: una pierna rota y haber visto a su nieto, al primero que vio nacer, sin vida durante un momento.

Asia se hundió en el agua. Se quedó un rato allí abajo. Cuando emergió, Lira seguía mirándolo. Alargó la mano hacia su colgante una vez más, acariciando con sus dedos la suave piedra gris.

—¿Estabas muy unido a ella?

Asia se obligó a echar la vista atrás lo suficiente como para poder decir que sí con seguridad. Prefería no pensar en los últimos años. La caricia de Lira pasó del colgante a la cara. Asia cerró los ojos un momento.

—¿Sabes qué? —dijo Lira—. Yo también acabo de recordar que este fin de semana tengo que quedarme en la Residencia. No quiero que la cerveza que voy a meter el viernes en el congelador acabe explotando.

Asia se rió entre dientes. Se frotó los ojos de cualquier manera antes de abrirlos.

—Eso sería una tragedia, desde luego —dijo.

Lira, borrosa, flotaba ante él. Sonreía.

—No nos va a quedar otra alternativa que bajar el sábado a Coruña —dijo.

Asia asintió con la cabeza. Quizás no hubiera sido tan mala idea haber bajado al concierto, al fin y al cabo. Quizás no estuviera del todo mal eso de estar enamorado. Al menos no lo parecía, ahora que iba a tener una cita con Lira.

Lira

El sábado llegó la primavera. Trajo consigo cielos despejados en una mañana fresca que amenazaba con entrar en calor. Lira y Asia se sentaron juntos en la parte trasera del autobús. Eran varias las parejas que habían tenido la misma idea que ellos y se disponían a pasar el día en Coruña.

El bus arrancó a las doce en punto. A través de la ventana Asia vio un paisaje verde en el que no solía fijarse cada vez que bajaba a clase. Cierto era que esas tardes el bus iba tan lleno que muchas veces acababa lejos de las ventanas, de pie en el pasillo, luchando por colar un brazo entre los cuerpos de la gente para poder asirse a algo y no caerse con el primer frenazo brusco o con la primera curva cerrada. Ahora lo único que se interponía entre él y el paisaje era Lira.

El pelo suelto le caía sobre un hombro, como solía llevarlo a menudo, con unas ondulaciones de un castaño oscuro que se empeñaban en brillar cuando atrapaban la luz del sol. También le brillaban los labios. Eran de un rojo pálido que Asia sabía natural. Así se los había visto cuando salían a correr y en la piscina. De vez en cuando los humedecía con la lengua al hablar. Cuando su mirada se perdía, pensativa, los mordía.

Asia se sentía extraño sentado junto a Lira. No porque fueran en silencio. Se sentía cómodo en los silencios con ella. Eran muchos los segundos que pasaban sin hablar cuando iban o volvían de Los Cipreses, o cuando flotaban en la piscina descansando entre largo y largo. No. Ese día se sentía extraño porque se sentía torpe incluso sentado.

Se había puesto sus mejores tenis, que resultaban ser los únicos de vestir que tenía. Eligió también sus vaqueros preferidos. Y como preferidos que eran, eran los que usaba casi cada día. Al menos la camiseta que llevaba era nueva. Bueno, nueva no. Tenía más de un año, pero nunca se la había puesto porque hasta entonces le quedaba pequeña. Se había pasado meses en el fondo del armario, doblada. Ahora le servía y era la única prenda planchada que llevaba, de un blanco impoluto. La cazadora negra de falso cuero le daba calor. La llevaba doblada sobre el regazo.

Lira iba con un vestido abotonado. Estaba rara con él, como rara es una nevada en pleno verano. Lo llevaba abrochado hasta arriba, el cuello perfecto, las mangas dobladas por encima del codo.

—Bueno, ¿qué tienes preparado para mí esta mañana? —preguntó Asia en cuanto se bajaron del bus en el centro.

—Vamos primero a los Jardines. Y después seguimos caminando hacia la Ciudad Vieja para comer.

Como a Asia el plan le parecía perfecto, echaron a andar. Lo hicieron en silencio, salvo cuando se cruzaban con un perro. Asia los veía moviendo sus cortas patitas a toda velocidad o con la lengua fuera, babeando, o moviendo la cola de pura felicidad o rindiéndose y retando a su dueño a que los arrastrara durante lo que quedaba de camino, y no podía evitar señalar y decir a toda velocidad, con la urgencia que requería la situación:

—Un perro.

Lira se reía y preguntaba dónde, si es que no lo veía al momento. Pronto ella también empezó a localizarlos para Asia. Estaba claro que a Lira le gustaban mucho más los perros que los gatos.

—¿Tienes perro?

—Mmh-mm —negó Lira. Abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada. Luego puso una cara triste que a Asia le hizo mucha gracia y dijo—: No soy buena teniendo mascotas.

—¿Cómo se puede ser mala en eso?

—Para empezar, nunca estábamos mucho tiempo en la misma casa, así que nunca he tenido perro. Sé que era una excusa, porque aunque te mudes al otro lado del mundo siempre hay una forma de que tu mascota vaya contigo. Pero era lo que me decía mi padre, y a mí no me gustaba, pero lo aceptaba. Era pequeña e iba a ser yo la que tuviera que ocuparme del perro. Demasiado trabajo para una niña. Así que sólo me dejaba tener peces.

»Me compró dos. Eran mágicos, ¿sabes? Cada pocos días cambiaban de tamaño y de color. Fui muy feliz ese verano con mis peces mágicos. Pero llegó el curso y, claro, yo no hacía más que presumir de mis peces cambiantes ante toda mi clase. Era la niña nueva, pero también era la niña de los peces mágicos, así que todos se hicieron amigos míos.

»Entonces llegó el día en que supe la verdad. Los peces cumplían cuatro meses y yo les llevé algo de tarta. Al día siguiente se la habían comido toda, con lo grande que era el trozo. Y, claro, no sólo se pusieron muy grandes, sino que se multiplicaron. Hasta la pecera cambió: de esas esféricas a una de esas grandes, rectangulares, con tapa y filtros del agua. Le estaba contando a todos mis amigos lo que había ocurrido cuando alguien dijo: «¿no te das cuenta de que tus padres tienen que comprarte peces nuevos porque no dejas de matarlos a base de comida?»

Lira se quedó callada. Se había parado con el semáforo en rojo, y ahora que estaba en verde para cruzar seguía sin moverse. Miraba al suelo. Su rostro se endureció.

—No son unas palabras bonitas de oír para una niña de seis años.

Y menos de boca de un profesor.

Lira compuso una sonrisa triste y echó a andar a paso ligero para llegar al otro lado antes de que el hombrecillo verde dejara de parpadear. Asia iba a su lado.

—Mira que lloré ese día. Si no hubiera faltado a muchísimas más clases años después, pensaría que las lecciones que me perdí esa mañana son la causa de que ahora se me den tan mal las matemáticas.

»Seguía llorando cuando llegué a casa. Mi padre me preguntó qué me pasaba y yo se lo conté. Le pregunté si era verdad que mis peces no eran mágicos y él me dijo que ya no. Que lo habían sido pero que ya no. Que la gente dice que la magia no existe, pero se equivocan. La magia existe, sólo que no suele durar mucho. Con suerte unos cuantos años. Quizás toda una vida si se la cuida bien. Si se mima y se pasa de generación en generación con cariño, la magia puede llegar a parecer perenne, pero nunca lo es. Mis peces fueron mágicos durante cuatro meses.

Lira tenía los ojos empañados. Se rió con una risa nerviosa y se enjugó las lágrimas con las manos.

—Perdona —dijo, evitando la mirada de Asia, avergonzada—. Sé que parece una tontería llorar por algo así.

A Asia le entraron ganas de abrazar a Lira allí mismo, caminando junto a los Jardines, en mitad de ese día primaveral perfecto.

—No lo es —dijo Asia.

Lira lo miró.

—Ya sé que no lo es. Por eso digo que lo parece —dijo—. Sé que a la gente se lo parece.

—A mí no.

—Tú no eres gente.

Asia no supo cómo tomarse esas palabras.

—¿Qué soy?

Lira se encogió de hombros. Se frotó los ojos una vez más y desdobló una de las mangas de su vestido. Empezó a intentar abrochar los botones del puño mientras caminaban junto a los árboles.

—¿Tú lloras? —preguntó.

—Sí. Todo el mundo llora.

Lira resopló y meneó la cabeza.

—Deja al resto del mundo tranquilo, ¿quieres? ¿Lloras tú?

—Sí —repitió Asia.

—¿Cuándo fue la última vez que lloraste?

Asia abrió la boca para responder al instante, pero la cerró sin decir nada. Luego apretó los labios, pensativo.

—¿No lo recuerdas?

—Sí. Pero son cosas que cuesta contar.

—A mí no me cuesta contar cuándo fue la última vez que lloré.

—Porque acaba de ser ahora mismo y yo estaba delante.

—Ya, bueno. ¿Cuándo fue la tuya?

—En navidades. Bueno, justo antes de las vacaciones.

—¿Aquí? Quiero decir, ¿en la Residencia?

Asia asintió con la cabeza.

—¿Por qué lloraste?

Asia alzó la vista al cielo azul. Unas cuantas gaviotas volaban hacia el puerto. En realidad no estaba seguro de por qué había llorado aquella mañana después de su primer encuentro con Celeste. Algo sospechaba, sí, pero no le apetecía compartirlo con Lira ahora mismo.

—Por cosas —se limitó a decir.

Lira lo miró y estudió su rostro unos segundos. Asintió como si comprendiera exactamente a qué cosas se refería Asia y no insistió más. Dejó que se alejara un poco, adentrándose en los Jardines de Méndez Núñez siguiendo uno de los senderos que allí había. Caminaba muy despacio, concentrada todavía en abrocharse los botones de su puño. Allí, a la sombra, hacía algo más de fresco, aunque a Asia seguía sobrándole la cazadora.

—¿Sabes que es por culpa de todos esos peces que maté a base de comida que odio a los gatos? —dijo Lira en cuanto Asia la alcanzó de nuevo.

Asia no lo sabía. ¿Cómo podía saber algo así?

—Bueno, y por culpa de mi padre. Porque el día que volví llorando del colegio y me confesó que había estado cambiando los peces, también le pregunté si era cierto que habían muerto todos por mi culpa, por quererlos demasiado y darles demasiada comida. Y mi padre me dijo que no, y se acercó mucho a mí —dijo Lira, acercándose mucho a Asia—, y miró a un lado y al otro —dijo Lira, mirando a un lado y al otro—, y me susurró al oído —dijo Lira, susurrando al oído a Asia, tan cerca que Asia sentía el movimiento de sus labios en la oreja — que a los peces los había matado el gato del vecino.

Lira se separó de Asia.

—Como lo oyes —dijo—. Y yo me lo creí, y cada vez que veía al Señor Garras paseándose tan altivo por los tejados lo miraba con todo el odio que una niña de seis años puede acumular, que es mucho.

Lira frunció el ceño y se imitó a sí misma, pero el gesto perdió mucho dramatismo al quedar roto por una sonrisa furtiva.

—Pero claro, llegó el día en que uno de los muchos peces que ahora tenía se murió. Me lo encontré flotando boca arriba y fui en busca de mi padre. Él, al verlo, dijo “maldito Señor Garras” y agitó el puño al cielo para maldecirlo de verdad. Y yo tendría seis años, pero no era tonta, Asia. Me ofende que se te ocurra pensarlo siquiera. Así que le dije a mi padre: si no hay signos de violencia, ¿cómo pudo haberlo matado el gato del vecino?

»Mi padre volvió a hacer eso de mirar a los lados —Lira lo hizo de nuevo— y susurrarme al oído —los labios de Lira volvieron a rozar la oreja de Asia— que los gatos eran demasiado listos como para ir dejando evidencias de sus asesinatos por ahí, y que el Señor Garras, si es que ese era su verdadero nombre, era el más inteligente de todos los gatos, y que no lo podía demostrar, porque no tenía ni el equipamiento ni los conocimientos necesarios, pero que tenía grandes sospechas de que había envenenado a mis peces.

Lira volvió a alejarse de Asia y se cubrió la mano con la boca y abrió mucho los ojos, llena de sorpresa. A Asia le entró la risa.

—Así que creo que es normal que no confíe en los gatos. Es más, durante un tiempo creí que eran venenosos, porque nunca había visto a ninguno llevando consigo una jeringuilla o un pequeño frasco con una calavera dibujada. A día de hoy todavía no he acariciado uno. No me fío.

Lira por fin se había abrochado el puño de la camisa. Ahora sus esfuerzos se centraban en el de la otra manga.

—¿Puedes ayudarme?

Asia se acercó y se concentró en los pequeños botones.

—¿Por qué viajabas tanto de pequeña? —le preguntó a Lira mientras abrochaba el primer botón.

—Por trabajo.

Asia asintió con la cabeza, comprensivo.

—¿Cosías balones?

Asia sintió la mirada de Lira sobre él, pero no apartó la vista del puño del vestido.

—Por el trabajo de mi padre, idiota. Nunca supe exactamente qué hacía. Algo de ventas o relaciones comerciales o algo así para alguna multinacional. Nunca me importó, y él nunca quiso explicármelo. Sólo sé que estaba ahí por las mañanas para llevarme al colegio y que al volver de clase ya estaba en casa de nuevo con la comida preparada. Si para disfrutar de ese horario teníamos que mudarnos de aquí para allá de vez en cuando, qué se le iba a hacer… Lo importante era que estábamos juntos y que podía cuidarme. Mi madre murió al poco de nacer yo —dijo Lira, respondiendo a una pregunta que Asia no se había atrevido a hacer.

—Lo siento —dijo Asia, mirando a Lira a la cara. Ahora era ella la que mantenía la vista fija en los botones de su puño.

—No pasa nada. Siempre me dicen que me parezco muchísimo a ella. Que tengo sus ojos y su pelo y todo lo demás. Debió de ser una mujer excepcionalmente guapa, ¿no crees?

Asia no pudo evitar reírse. Lira alzó la vista esta vez, sonriente.

—Algo fuera de lo común, sin duda —dijo Asia—. ¿Y dónde vivisteis?

—Mis primeros cuatro años aquí, en Coruña. Después dos años en Madrid y otro en Londres, hasta que nos fuimos a Estados Unidos cuando tenía ocho años.

—¿Era allí donde jugabas al béisbol?

Asia iba ya por el tercer botón.

—Mm-mmh. No era muy buena bateando. Le intentaba dar con tanta fuerza a la pelota que a veces se me escapaba el bate de las manos. Una de esas veces le di a un pájaro. Ya me dirás tú qué se le había perdido a un pájaro en un campo de *baseball*.

—¿Mataste un pájaro?

—Se murió. Yo ya no sostenía el bate. Soy inimputable. Además, el crimen ya ha prescrito. Pero desde ese día decidí que lo mejor sería que me limitara a lanzar, que era algo que se me daba bastante mejor.

Asia se entretuvo abrochando el último botón.

—Vivimos un año en Tempe, Arizona. Luego, otros dos en Kansas City, Missouri. Es el mejor nombre de ciudad del mundo, miles de puestos por encima de Kansas City, Kansas. Tienen la mejor barbacoa de todo el país. Volvimos varias veces sólo para comerla cuando vivíamos en Denver.

Asia terminó de abrochar el botón. Lira no retiró la mano.

—Fue allí donde nos quedamos los siguientes cinco años. Me gustaba vivir ahí, al pie de las Rocosas. Viajamos mucho en coche por toda esa parte del país. Fuimos a Yellowstone varias veces. Íbamos bastante a Utah, también. Teníamos amigos ahí.

—¿En Salt Lake City?

—Mm-mmh. ¿Por qué conoces Salt Lake City?

—Porque sé cosas —dijo Asia, encogiéndose de hombros—. Y por Stockton y Malone.

—¿Abogados?

Asia se echó a reír.

—Jugadores de baloncesto de los Utah Jazz.

—En Utah no hay jazz.

—Es cómo se llama el equipo, a mí no tienes que decirme nada.

—Ya. ¿Por qué le pondrían ese nombre?

—Ni idea. Igual repartieron los nombres al azar, como hicieron con el tuyo.

Lira puso una cara de ofendida que no engañaba a nadie y se apartó de Asia.

—Perdona, pero mi nombre está perfectamente elegido. No como otros que yo me sé.

—Como los Utah Jazz. —Lira asintió—. O los Albacete Cumbia.

Lira rompió a reír, haciendo que unos pájaros salieran volando de entre las ramas del árbol más cercano.

—A ver, hay nombres que no tienen explicación alguna —siguió

Asia, sonriendo muy orgulloso de sí mismo—. No hay que darle más vueltas.

—¿Y el tuyo?

—Es sólo un nombre.

—¿Podrías haberte llamado de cualquier otra forma?

Asia no tuvo que pensarse demasiado la respuesta.

—No.

—¿Por qué te llamaron Asia? ¿Es un nombre habitual en tu familia?

—Más o menos. En mi familia, las mujeres tienen un don: son capaces de saber, nada más quedarse embarazadas, si van a tener un niño o una niña. Así que, cuando mi madre se quedó embarazada, estaba segura de que iba a tener una niña. Eligió un nombre acorde a ello. Cuando se enteró de que quien venía era yo, no supo que hacer. Llevaba tantos meses llamándome con el nombre que había elegido que le costaba imaginarse otro distinto. Le prometió a mi padre que encontraría uno. Pero llegó el día de mi nacimiento y yo seguía con el mismo nombre. Mi madre tenía tantas ganas de ponerme el nombre de su madre, de mi abuela, la que me salvó la vida y me hizo este colgante, que no quiso buscar otro.

»Pero, claro, no puedes llamar Anastasia a un niño.

Lira se quedó un rato mirando a Asia con el ceño fruncido.

—No puedes llamarte Anastasia —dijo.

—Ya. Pero para mi madre y mi abuela, ese era mi nombre y no había más que hacer. Pensaron en ponerme Anastasio, pero no era lo mismo. Fue mi padre quien propuso recortarlo y ver si en el registro lo aceptaban. Y lo aceptaron, como es obvio —dijo Asia, señalándose a sí mismo con un gesto teatral.

»Así que no, no podría haber tenido otro nombre. Me llamo así por mi abuela Ana. En realidad es como si compartiéramos un sólo nombre. Ella usaba una parte y yo otra.

Lira se quedó un rato pensativa, mirando a Asia a los ojos. Esa mañana eran de un verde a juego con las hojas que les daban sombra.

—¿Y dices que tu nombre no tiene sentido? ¿Sabes qué significa “Anastasia”?

Asia lo sabía, sí, y sabía hacia dónde se encaminaba la conversación, y no le apetecía discutir con Lira sobre el destino o cómo quiera que ella llamara a la coincidencia de que su nombre —su nombre completo, el que le había puesto su madre antes de nacer, el nombre de su abuela— se ajustara tan bien a alguien que había estado sin pulso ni respiración durante algo más de un minuto. No era más que una casualidad. Nada más. Ojalá no lo fuera. Ojalá su abuela hubiera vuelto a la vida tras morir por primera vez, como había hecho él.

—¿Dónde está la escultura esa de la mano? —preguntó Asia, caminando hacia la fuente, alejándose de Lira.

A su espalda, notó cómo Lira tardaba unos segundos en seguirlo. Cuando llegó hasta él, no hizo ningún comentario respecto al repentino cambio de tema.

—Tienes que buscarla tú —dijo—. Si no, no tiene mérito.

Asia dio una primera vuelta alrededor de la fuente sin lograr ver nada. Lira lo observaba en silencio. Primero en la distancia, cruzada de brazos, quizás todavía molesta por el comportamiento de Asia, y luego siguiéndolo de cerca y chasqueando la lengua de vez en cuando.

—Yo que tú me pararía ahí —dijo cuando Asia iba por la mitad de la tercera vuelta.

—¿Aquí?

—Mm-mmh. Y miraría muy bien hacia ahí —dijo señalando con un vago gesto de su mano un punto cerca del centro de la fuente.

—No sé cómo mirar muy bien.

—Así —dijo Lira, y entornó los ojos y se inclinó sobre la fuente.

Asia se apoyó en el borde y la imitó. El agua estaba algo turbia y costaba ver el fondo. Vio varias formas que resultaron ser sombras. Pero allí donde Lira había señalado había algo, sí. Asia tenía medio cuerpo sobre el agua en un intento por acercarse algo más a esa mano que no se dejaba ver.

Entonces Lira lo salpicó.

El agua le mojó la camiseta y le entró en los ojos. Cuando por fin pudo abrirlos vio a Lira en el suelo, muerta de risa, sin importarle que su vestido se le manchara de tierra o que se le vieran las bragas. Asia la miró con gesto serio, con las manos en la cintura, meneando la cabeza.

—Eres idiota —le dijo a Lira, que se levantaba ya y se sacudía el polvo del vestido.

—Es que veía que estabas pasando calor.

Asia se secó la cara con la cazadora. Fracasó en su intento de mostrarse enfadado. Era imposible no sonreír viendo lo orgullosa que estaba Lira de lo que había hecho.

—¿Existe siquiera esa escultura?

—Mm-mmh. Está ahí de verdad, pero hoy el agua está muy turbia y no se ve bien. Ya que estás mojado puedes meterte en la fuente y tocarla.

—No, gracias.

Lira se encogió de hombros.

—No estás enfadado, ¿no? —preguntó, acercándose a Asia.

Asia negó con la cabeza. Lira le apartó un mechón mojado de la cara.

—¿Seguro?

—No estoy enfadado. Pero me vengaré de todos modos.

—Eso no vale.

—Claro que vale.

—¿Y qué me vas a hacer?

Asia se encogió de hombros y echó a andar.

—Dímelo —insistió Lira minutos más tarde, mientras atravesaban la plaza de María Pita. Las banderas del ayuntamiento apenas ondeaban. No se veía una sola nube en el cielo. Volvía a hacer calor al sol.

Asia negó con la cabeza. Lira gruñó frustrada.

—No me vas a hacer nada —dijo mientras caminaban por las calles peatonales de la Ciudad Vieja—. ¿Y sabes por qué? Porque soy adorable.

Sin dejar de caminar, Asia se fijó en Lira. Se volvía a pelear con las mangas de su vestido. Y tan centrada estaba en ellas que estuvo a punto de chocar con una señora a la que no vio venir y con la que se disculpó con un "lo siento, señor" entre dientes.

—Puede que seas algo adorable, sí.

Lira sonrió.

—Pero, en serio, no me hagas nada —advirtió a Asia.

—Ya veremos...

Lira se pasó los siguientes cinco minutos reaccionando de manera exagerada a cualquier movimiento de Asia. Concentrada en un ataque sorpresa que nunca llegó, se perdieron. Tuvieron que preguntar varias veces el camino al restaurante por las estrechas calles de la Ciudad Vieja.

Era un local acogedor. Parecía pequeño, con sólo media docena de mesas a la vista. Pero al fondo, pasando la barra, había una puerta que daba a un patio trasero. Allí, entre muros cubiertos de vegetación y unas lonas que tapaban del sol, había más mesas. A Asia y a Lira los sentaron en una de las pequeñas, de las que estaban reservadas a parejas. Pidieron pescado.

Al acabar fueron a tomar un café a un sitio distinto. Encontraron una cafetería con sillones de cuero y paneles de madera en las paredes. Se sentaron en una de las mesas y pidieron dos cafés con leche. Sobre una mesita junto a la barra había varios periódicos. Lira se levantó y cogió uno de ellos. Pidió también un bolígrafo a la camarera.

—Me encantan los crucigramas —dijo con una sonrisa, y abrió el periódico por la parte de los pasatiempos.

Asia la observó durante dos minutos en los que Lira no dejó de escribir ni un solo segundo. Asia movió entonces su silla hasta colocarse junto a Lira y echó un vistazo a un crucigrama casi resuelto.

—No puedes inventarte las respuestas —protestó entre risas.

—Anda que no —dijo Lira, rellenando los últimos huecos en blanco—. Así es mucho más rápido.

—No tienes que ser rápida. Se llaman pasatiempos por algo.

—Mi tiempo es demasiado importante como para gastarlo en hacer a medias un crucigrama. Soy una chica tremendamente ocupada.

—Es un honor que estés aquí hoy conmigo, entonces.

—Pues sí. Deberías sentirte afortunado.

Lira le sonrió y volvió a bajar la vista al periódico. Fue pasando las páginas, deteniéndose de vez en cuando a leer algo que parecía interesarle.

—Se está bien aquí —dijo, cerrando el periódico y doblándolo.

Asia estuvo de acuerdo. Se estaba bien allí. Sólo había un cliente más en toda la cafetería y ahora se levantaba para pagar y marcharse. Olía a café recién molido y a bollos recién hechos. Había una chimenea apagada. Se estaba bien allí y se estaría mucho mejor en invierno, tras anochecer. Estar allí dentro una tarde de lluvia y viento, tomando un café y hablando de cómo había ido el día, de cómo han ido las clases, cariño, o como sea que nos llamemos ahora que somos novios. ¿Estás listo ya para salir? ¿Qué te parece que hoy durmamos en mi piso? Podemos empezar a ver una peli. ¿Qué te parece?

—¿Qué te parece, Asia?

Asia meneó la cabeza. Por la ventana que daba al callejón se colaba la claridad de una tarde primaveral.

—¿Qué me parece el qué?

—Ir a pasear.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿No se estaba tan bien aquí hace unos segundos?

—Sí. Pero ahora quiero ir a pasear. Quiero enseñarte algo.

—¿Es otra escultura apenas visible en el fondo de otra fuente?

—No. Ojalá, pero no —dijo Lira entre risas—. Está sobre tierra firme, sin agua cerca. Puedes confiar en mí —añadió, poniendo su mano sobre la de Asia y mirándolo a los ojos.

—Ya. Está bien: vamos.

Se levantaron de la mesa. Mientras Lira devolvía el periódico a su sitio, Asia pagó los cafés.

—Genial... —dijo Lira, desanimada—. Ahora voy a tener que invitarte yo la próxima vez que quedemos.

—Vaya.

Salieron a la calle. A Asia el día le pareció todavía más perfecto que a la mañana. El cielo era más azul y el aire más puro. Seguía haciendo calor. Seguía sobrándole la cazadora, que ahora llevaba al hombro. La gente con la que se cruzaba lo miraba y sonreía, cómplices de su felicidad, sin duda.

Entraron a una tienda de artículos de segunda mano. Estuvieron un buen rato viendo los pósters y las figuras de acción y los juegos de mesa antiguos con post-its en las cajas avisando de las piezas que faltaban. Luego, Asia buscó entre las novelas de a dos euros algún nombre familiar. Lira se acercó por detrás.

—Este lo he leído —decía de vez en cuando, mirando por encima del hombro de Asia—. Y este. Ese de ahí también. Y ese. Y...

—¿De qué va ese? —preguntó Asia al final.

—Uhmm... De un Gatsby que es grande.

—¿Qué es un Gatsby? —preguntó Asia, conteniendo la risa.

—Un perro —dijo Lira, apoyando la barbilla en el hombro de Asia.

—¿Y ese?

—¿Ese? De un tipo que es de fuera, de otro país.

—Así que "El extranjero" va de un extranjero.

—Mm-mmh.

Asia le iba a preguntar a Lira de qué iba "El señor de las moscas", aunque se lo podía imaginar, cuando la campanilla de la puerta sonó y un nuevo cliente entró en la tienda. A Asia el hombre le resultó familiar, con su pelo largo, su barba y su forma de vestir como si tuviera quince años menos de los que tenía. Cruzaron una mirada. Luego, el hombre miró a Lira y sonrió.

—¡Capulla! —dijo—. ¿No se suponía que este finde no estabas?

—Cambio de planes —dijo Lira, sonriendo y yendo a saludar al hombre—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a por algo de inspiración, digamos.

—¿Vinilos?

—Sí, bueno, y que Rober lleva un negocio paralelo de botánica, no sé si me entiendes —dijo, susurrando, señalando con la cabeza al dependiente, que ahora se movía por el fondo del local catalogando películas—. ¿Ensayamos mañana, entonces? Ya que estás aquí...

—Puede. Hablo con Antonio y te digo algo.

—Por la tarde, a poder ser, ¿vale? —dijo, y le dio una palmadita en el hombro. Luego echó a andar hacia el fondo—. ¡Rober, capullo, que yo también soy cliente, coño, atiéndeme!

Lira meneó la cabeza, riendo entre dientes. Se volvió hacia Asia y le dijo:

—Venga, te invito a un helado.

Salieron a la calle sin llevarse nada, aunque podrían haberlo hecho, porque Rober, el dependiente, había desaparecido en la trastienda junto al amigo de Lira.

—¿Quién era ese? Me sonaba de algo.

—Debería —dijo Lira—. Es Juancho, el batería de *Sandy At The Games*. Mi grupo —aclaró.

Asia se cortó de preguntarle nada más: ni si había cambiado de

planes por él, ni de los posibles planes que podría tener con el dichoso Antonio al día siguiente que le impidieran ensayar.

Tras los helados en la Marina siguieron paseando. Era agradable recorrer sitios distintos que el camino de la Residencia a Los Cipreses, por más que a Asia le gustara mucho ese camino, con sus árboles y su silencio de carretera bacheada sin tráfico alguno.

Allí, en la ciudad, la intimidad no se la proporcionaban la ausencia de otras personas. Al contrario. Estaban solos entre la gente, como lo estaban todos los demás. Y aunque los miraran, era algo pasajero. Otro par de caras que pronto olvidarían, quizás la semilla del sueño de esa noche.

El último bus de vuelta a la Residencia salía a las ocho. Llegaron con tiempo de sobra a la parada y se sentaron a esperar y a descansar tras todo el día paseando. Había otras tres parejas que habían bajado con ellos al mediodía y que ahora compartían la espera para el viaje de vuelta. Una espera que se hizo corta, viendo el tráfico pasar hasta que los llamativos colores del bus de la Residencia Docampo aparecieron a la vuelta de la esquina.

Se sentaron juntos. Lira se rindió al cansancio y apoyó la cabeza en el hombro de Asia, con todo su pelo castaño a modo de almohada. Enseguida se quedó dormida. Asia no se movió en todo el camino para no despertarla. Tuvo que contener las ganas de mirarla y comprobar una vez más lo adorable que podía llegar a ser.

Había sido un buen día. Un día de esos días que recordaría por mucho tiempo. Años más tarde, cuando les contara a sus hijos cuándo se había enamorado de mamá, les hablaría de ese día. Sería una mentira sin maldad. Se había enamorado de Lira la primera vez que la vio en las salas de estudio. Antes incluso de hablar con ella frente a las máquinas expendedoras. Y se había enamorado todavía más la primera vez que la oyó cantar, en el pasillo de los subterráneos, frente a las máquinas expendedoras. Y su amor por ella creció el día que la vio sobre ese escenario de palés, en ese aparcamiento de hormigón.

Pero había sido ese día con ella cuando Asia se negó a luchar contra lo que sentía. No quería esperar más, por mucho que sintiera que, no importaba cuánto tiempo pasara, él y Lira estaban destinados a estar juntos. No estaba seguro de si ella sentía lo mismo, por más que se lo pareciera por momentos, pero nada hay seguro en la vida, de todos modos. Y estaba Antonio, sí. El maldito Antonio. Pero había sido con Asia con quien Lira había pasado el día en Coruña, ¿no? Era sobre el hombro de Asia donde Lira apoyaba la cabeza y dormía.

El viaje llegó a su fin. El bus se detuvo frente al Bloque 4. La gente empezó a levantarse de sus asientos para bajar.

—Lira —susurró Asia.

Lira protestó, adormilada, como si pidiera cinco minutos más en

cama.

—Lira —repitió Asia, ahora entre risas.

Lira murmuró algo y abrió los ojos. Se separó de Asia y miró alrededor, confusa. Al final se levantó. Esperó a que Asia también lo hiciera para bajar del bus. Anochecía ya y se había levantado un viento frío que recordaba a los más despistados que todavía faltaba mucho para el verano. Asia agradeció por fin haber llevado consigo la cazadora.

Acompañó a Lira hasta la entrada del Bloque 1. Por el camino Lira bostezó y se desperezó. Cuando llegaron junto a las escaleras de la entrada, parecía ya completamente despierta de nuevo.

No tardaron en ser los únicos que quedaban allí afuera, en silencio, como el resto de la Residencia. Era el momento de despedirse. Asia lo sabía. Sabía que hasta ese momento el día había sido perfecto. Y que precisamente por eso tenía que acabar ahora. Pero eran ya treinta los segundos que llevaban allí de pie y todavía no se había despedido. Tampoco Lira.

Asia, querido, dijo la voz, *esta es la parte más fácil. Sabes lo que tienes que decir. Sabes lo que tienes que hacer. Di lo bien que te lo has pasado. Di lo mucho que te has divertido y recuérdale a Lira que te debe un café. Ya está. Simple y conciso.*

Sí, pero...

Pero nada, dijo la voz, algo más metálica, algo más afilada. *Eso es todo. Deja que ella te responda y despídete con un abrazo y un par de besos en las mejillas. Os volveréis a ver. Créeme. ¿Cuándo te he fallado?*

Lira jugaba con los botones del puño de su vestido. Mantenía la cabeza baja y parecía sonreír. Asia se mordió el labio, frustrado. Sabía que la voz tenía razón, pero no quería despedirse de Lira. No aún. Le daba igual que el día fuera perfecto o no. Lo que quería era que nunca acabara. Pero ya no tenían excusa para seguir juntos. Ya no tenían ningún sitio al que ir paseando ni ninguna hora que matar hasta coger el bus.

Si quería seguir junto a Lira tendría que dejar de esconderse tras planes inocentes y admitir la verdad. Y admitir la verdad era exponerse a que Lira dijera que no. Tenía miedo a dar ese paso.

Se llevó la mano al pecho. Bajo la camiseta sintió su colgante. Se acordó de Celeste.

Asia tomó aire. El corazón se le aceleró. Le tembló la voz incluso antes de hablar. Le tembló en el pecho y en la garganta. Tenía miedo, sí. Y también tenía algo que proponerle a Lira.

—Lira.

—¿Mmh? —preguntó ella, levantando la cabeza y mirando a Asia.

Estaban muy cerca. Asia no se había dado cuenta de lo cerca que estaban. De lo verdes que eran sus ojos a esa distancia. De cómo el

viento agitaba su pelo, mechón a mechón. De cómo Lira se humedeció los labios una vez más. Brillaban rojos en un cielo negro.

—¿Te apetece...?

—Chss —dijo ella, poniéndole un dedo sobre los labios.

Asia sonrió. Abrió la boca para protestar, pero Lira se la tapó ahora con toda la mano.

—Chss, escucha —dijo susurrando—. ¿Oyes eso?

—¿Oír qué? —dijo, librándose de la mano de Lira, confuso—. Yo no…

Pero se calló. Él también lo oía ahora. Sirenas que se acercaban y luces azules que se reflejaban en los árboles que rodeaban la Residencia. Minutos después apareció el primer coche de policía.

—Entraron con las pistolas desenfundadas y avanzaron por el pasillo pegados a las paredes. Se pusieron a ambos lados de la puerta, listos para echarla abajo de una patada. Desde dentro empezaron los disparos. ¡FHA-KUDT! ¡FHA-KUDT!

Varias cabezas se giraron en las mesas cercanas para ver de dónde venía ese ruido. Sabiéndose con la atención de un público cada vez más numeroso, Joaquín exageró todavía más los gestos. Rodó por el suelo y disparó otras dos veces. Una bala lo alcanzó y cayó de espaldas. Se puso de pie y cogió el vaso de Asia. Bebió dos largos tragos en los que la mayoría del agua le resbaló por la barbilla. Se limpió con la manga y retomó la historia.

—Un policía muerto. Una pena: era su primer día de trabajo. Y peor: otro policía muerto. Y el segundo, pobre: era su último día antes de jubilarse. Qué pena más grande. Qué mal. Pero nadie les mandó ponerse delante de la puerta con las manos en alto. ¿Qué pretendían? Si fuera yo habría volado la cerradura de un disparo desde la otra punta del pasillo. ¡PJIUH, PJIUH! Dos disparos, para asegurarme. Y entraría corriendo a toda velocidad: ¡Policía! ¡Todo el mundo al puto suelo! ¡Las manos arriba! Y, ¡PAN!: inmovilizado con una llave de judo.

—Ni se te ocurra tocarme —dijo Fran.

—Aunque claro —dijo Joaquín, retrocediendo y sacudiéndose las manos—, no se puede inmovilizar a alguien que ha desaparecido.

—¿Quién disparó a los policías? —preguntó Carla.

—Fuego amigo.

—¿Cómo va a ser fuego amigo si disparaban desde dentro de la habitación? —preguntó Claudia.

—Ah, porque desde la central enviaron dos patrullas —dijo Joaquín, poniendo un pie en el asiento de Claudia, como si fuera un anciano en los vestuarios de un gimnasio, y apoyando la mano en el respaldo de la silla—. Una llegó por arriba y entró por la puerta principal del Bloque 2. La otra aparcó abajo, junto a Recepción, y subió desde los subterráneos. Tardó mucho más, claro. La otra patrulla ya estaba dentro, investigando, cuando ocurrieron los disparos.

Volvió a formar una pistola con las manos. Claudia aprovechó la ocasión para agarrarle el pie que tenía apoyado en su silla y tirar de él hacia arriba. Joaquín perdió el equilibrio y cayó de espaldas a la vez que disparaba: “ZUT-PAHH...”.

El Comedor se llenó de risas. Muchas de las personas dejaron de

prestar atención y volvieron a centrarse en su cena. Los que no lo hicieron pudieron ver cómo Joaquín intentaba levantarse sin usar las manos, al estilo de los ninjas en las películas de los ochenta.

—Ni siquiera estabas aquí el sábado —dijo Claudia mientras Joaquín se ponía en pie con dificultad.

—Sí que estaba, lista. Pero estaba en el Bloque 6, en la habitación de mi novia. No la conocéis. No es de la Residencia. Y entonces escuché un ruido, desnudo. Y le pregunté a ella: ¿qué ha sido ese ruido? ¿Disparos? ¿Han sido disparos, mi novia? Y ella, desnuda, me respondió: puede ser, tengo miedo, no quiero morir. Y yo le dije...

—Joaquín, cállate —le espetó Claudia, cansada de aguantarlo.

Joaquín soltó una risita irónica.

—¿Para qué me preguntáis por lo que ha pasado si no queréis escucharlo?

—Nadie te ha preguntado nada, maldito mentecato. Te has acercado porque nos has oído hablar del tema y te has puesto a inventar, como siempre.

—¿Estabas tú en la Residencia acaso? —le preguntó Joaquín a Claudia.

—No, pero Asia sí. Y nos estaba contando qué pasó hasta que tú llegaste con tus malditas mentiras.

Joaquín buscó apoyo en Asia y en Carla y en Fran y en las mesas cercanas. Nadie dijo nada.

—¿Qué? —gritó entonces, girándose y oteando las mesas del fondo, como si alguien lo hubiera llamado—. Tengo que volver a mi mesa, chicos, lo siento, chicos. Hablamos otro día, ¿vale?

Joaquín se alejó. Se volvió hacia atrás para ver si lo estaban mirando y a punto estuvo de tropezarse dos veces con dos mesas distintas antes de llegar a la suya. Ya allí, se sentó y se concentró en su cena sin levantar la cabeza del plato.

—En fin... —dijo Claudia—. ¿Qué estabas diciendo?

Asia cogió el vaso para beber algo de agua. Recordó que Joaquín había bebido de él y se le pasó la sed.

—Nada, que tuve que esperar a que los policías salieran del Bloque para poder ir a la habitación. Y cuando por fin salieron, el Director los acompañaba. Estuvieron un rato junto a los coches patrulla. No parecían muy preocupados. Al contrario: hablaban y reían como si fueran viejos amigos. La verdad, no tenía pinta de que hubiera pasado nada grave.

—Pues yo he oído que la policía vino porque una chica amenazó con tirarse desde la ventana de su habitación —dijo Fran—. Y se tiró, pero como su habitación estaba en la planta baja no le pasó nada.

—Y yo que alguien había denunciado un robo —dijo Carla—. Al parecer se habían llevado todas sus cosas, incluido el retrete. Pero

resultó que era un chico que había vuelto borracho y había entrado en la habitación que no era y había meado en el armario.

—A mí Alba sí que me dijo algo de una desaparición —dijo Claudia—. Que unos tipos estaban fumando y que se acumuló tanto humo en la habitación que uno de ellos desapareció delante de los otros tres. Luego resultó que se había desmayado y había acabado debajo de la cama. Lo encontró uno de los guardias, que fue ahí después de que saltara el detector de humos. Estaba al borde de la muerte, medio ahogado en su propio vómito.

—Si hubiera pasado eso habría venido una ambulancia, no la policía —dijo Asia.

—Ya, claro… —dijo Claudia, y se quedó pensativa un rato.

Asia dudaba mucho que alguna de esas cosas fuera cierta. Y dudaba que alguna vez se llegara a saber qué había ido a hacer allí la policía ese sábado de marzo. Y era una pena: le gustaría saber quién había tenido la culpa de estropearle ese día con Lira. Tenía unas cuantas palabras para él.

Otros tiempos

Asia entró corriendo al Comedor para evitar pasar un segundo más del necesario bajo la lluvia torrencial de esa primera mañana de abril. Frenó con cuidado para no resbalar en el suelo de baldosas, aunque si tenía que caer, mejor caer a esas horas, justo después del desayuno, cuando no había nadie allí para verlo. Cruzó a paso lento entre las mesas vacías, dejando pequeños charcos a cada pisada, y llegó a Recepción. Se quedó allí, esperando de pie. Todavía era temprano.

—¿Quieres algo?

Asia se giró hacia el mostrador. La recepcionista lo miraba sin molestarse en parecer amable.

—No. Estoy esperando a alguien.

—Ya. Pues que sepas que aquí no puedes esperar.

—¿No puedo esperar *aquí*? —preguntó Asia.

Si algún sitio se debería usar para esperar a la gente era ese mismo. Hasta había un banco frente al mostrador de Recepción, junto a una planta de plástico. Si no se sentaba ahora era por no mojarlo.

—No se puede, no. Y menos molestándome. ¿Y si tengo que atender a alguien?

Asia abrió la boca, incrédulo. ¿Cómo iba a molestar, esperando en silencio ahí a que Lira llegara? Meneó la cabeza y resopló. Se acercó al mostrador.

—¿Qué haces? —preguntó la mujer, repentinamente asustada.

Asia se apoyó en el mostrador. Ya que era tan profesional, que lo atendiera a él.

—Sí, mira: quería unas fichas para la lavadora y la secadora.

La mujer entornó los ojos y dejó a un lado el crucigrama que estaba haciendo.

—No me tomes el pelo, niño.

—¿Por qué le voy a estar tomando el pelo? —preguntó Asia, todo educación y buenos modales.

—Porque si de verdad quisieras las fichas, habrías venido directamente aquí para que te las diera en vez de quedarte esperando por tu amiguita ahí de pie. Sí, os veo todas las semanas y nunca os digo nada. Pero ahora te lo digo a ti: este no es un punto de encuentro.

Asia se concentró en mantener la calma. Respiró hondo dos veces antes de responder.

—Las quiero de verdad, sólo que tenía pensado cogerlas después. Pero ya que tengo que esperar, aprovecho para hacerlo ahora. ¿Me las

puede dar, por favor? —dijo Asia, sacando unas cuantas monedas de su cartera y dejándolas sobre el mostrador.

La mujer se quedó mirando a Asia durante unos segundos en silencio.

—¿Me estás diciendo que vas a poner una lavadora a dos días para las vacaciones de semana santa?

Asia se echó a reír. Fue una risa de pura incredulidad que no le sentó nada bien a la mujer de Recepción.

—¿Qué tiene de gracioso, niño?

—Nada, nada —dijo Asia, obviando ese "niño" que la mujer se empeñaba en añadir—. Sólo espero que mi madre me crea cuando le diga por qué le llevo toda esa ropa sucia para que lave en casa.

La mujer de Recepción cogió de malos modos las monedas que Asia había dejado sobre el mostrador y las metió en un cajón sin molestarse siquiera en contarlas. Con la misma delicadeza, le lanzó las dos fichas metálicas de la lavadora y la secadora. Cerró la ventanilla, se puso en pie y salió de Recepción con un cigarrillo en los labios y el mechero en la mano. Se puso a fumar fuera, protegida de la lluvia por el alero de la cubierta del Comedor.

—¿Se puede saber qué le has hecho a la mujer del Director para que se ponga así?

Asia se giró. No se había dado cuenta de que Lira llevaba unos segundos allí, en el vestíbulo de Recepción.

—¿Esa es la mujer del Director? —preguntó Asia, mirando cómo la mujer seguía despotricando sola entre calada y calada.

Genial. Primero el hijo y ahora la mujer. ¿Con cuántos familiares más de Juan Docampo podría enemistarse? Aunque la verdad era que últimamente su relación con Felipe Docampo era mucho mejor.

Sí, por inexistente, dijo la voz. *Si apenas vas por clase, ¿dónde esperas encontrártelo, mi pequeño Asia?*

Bueno, por lo que fuera. Se alegró al menos de que la mujer no conociera su nombre. Aunque eran muchas las mañanas que lo había visto ahí, esperando por Lira. Quizás sí lo supiera. Quizás ese mismo día, durante la comida, la mujer le mencionaría a su marido lo insolente que había sido ese chico de nombre inventado. Ya sabes, hombre, ese del que nos ha hablado alguna vez nuestro Felipudito, uno de su clase. El que le pegó sin venir a cuento el día de la presentación del curso, sí. Ese mismo. Expúlsalo ya, por Dios. No quiero que duerma bajo este techo ni un solo día más, Juan Docampo, Director de la Residencia Docampo y marido mío, mi amor, mi vida, dulce luz del amanecer, mi caballito de mar.

—No le he hecho nada —dijo Asia, volviendo al vestíbulo, entre Lira y la planta de plástico.

—Ya. Oye, ¿y tu mochila?

Asia se encogió de hombros con toda la libertad que la falta de la mochila le permitía.

—Hoy no me apetecía nadar.

—Bien, porque a mí tampoco —dijo Lira. Ella tampoco traía mochila. En su mano sostenía un paraguas—. Había pensado que podríamos ir a Los Cipreses. Hace tiempo que no vamos.

Hacía tiempo que no iban, sí. La lluvia de la última semana les había obligado a ir a la piscina las mañanas que habían quedado. Y aunque a Asia le parecía una buena idea bajar junto a Lira a Los Cipreses, apretujados bajo el paraguas, tuvo que rechazar su propuesta.

—Hoy no podemos ir a visitar a Celeste —dijo.

—¿Por qué no? ¿Sólo porque llueve? Para eso está el paraguas.

—No es eso. Eulogio me ha llamado para decirme que hoy no fuera.

Lira se quedó mirando a Asia con los ojos entornados. Fuera, la mujer del Director apuraba su cigarrillo.

—Siempre te llama los días de lluvia.

—Ya.

—¿Y nunca le has preguntado por qué no puedes visitar a Celeste cuando llueve?

Asia negó con la cabeza.

—Quizás no salga al jardín los días de lluvia.

—¡Si es un jardín cubierto! —dijo Lira. Luego, su rostro se relajó y un amago de sonrisa apareció en sus labios—. ¿Sabes qué? Vamos a averiguarlo ahora mismo. ¿Sabes dónde podemos encontrar a Eulogio a estas horas?

—Podemos probar en el Almacén...

Y probaron. Al llegar se encontraron con que las puertas del Almacén estaban abiertas y las luces encendidas. Asia se asomó y escuchó con atención. No oyó ningún ruido.

—No está —dijo, y entró. Lira lo siguió.

—Si no está, ¿por qué entras?

—Porque tengo que coger unas cosas.

—¿Qué cosas?

Lo primero, la maleta. Ya era hora de recuperarla. Además, no podría haberlo hecho en mejor momento: justo antes de semana santa, cuando más ropa tenía que llevar a casa. Seguía donde la había dejado, debajo de una mesa, cerca de la puerta. La sacó de ahí y la puso a la vista, para no olvidársela de nuevo al salir.

—¿Estás robando?

—No, es mía. Tiene mi nombre y todo, ¿ves? —dijo Asia, señalando la etiqueta de identificación.

—¿Por qué tienes una maleta aquí? ¿Puedo traer yo la mía, la

grande? Porque la tengo ocupando espacio en el armario y no la voy a volver a usar hasta que me vaya.

—No creo que puedas. No es un almacén para uso de los estudiantes. La mía está aquí porque me la olvidé cuando la usé para devolver el microondas que me había llevado.

—El que robaste —dijo Lira mientras Asia miraba a su alrededor sin saber bien a dónde dirigirse ahora—. ¿No fue el día que conociste a Celeste?

—Sí. Y ese día Celeste perdió más anillos que el que le devolví —dijo Asia, poniéndose de rodillas y metiendo el brazo por debajo de una estantería. Cuando se levantó, le enseñó a Lira el anillo que había encontrado—. Debería haber dos más. Dijo que no eran suyos, pero quizás pueda devolvérselos a Amparo Castaño de una vez. Busca por ahí.

—¿Por qué me suena tanto ese nombre? —preguntó Lira, frunciendo el ceño.

—Porque Celeste nos habló de ella. No, espera: eso fue el primer día que fui a visitarla. Tú no estabas. No sé. Quizás la haya mencionado alguna otra vez. Siempre está paseando por ahí con un abrigo de piel.

—Puede ser —dijo Lira, aunque no parecía muy convencida.

Se pusieron a buscar los anillos. Tardaron cinco minutos en dar con ellos. Lira encontró uno abollado junto a una pared, casi oculto por el polvo. Bajo una mesilla de noche apareció una mitad del último. La otra mitad estaba a dos metros de allí, cerca de un colchón desgastado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lira.

—Ahora podemos esperar aquí a ver si Eulogio aparece o podemos irnos y hablar con él otro día. Y ya le daremos los anillos a Celeste la próxima vez que vayamos a visitarla.

—O podemos ver si está ahí.

Lira salió del Almacén esquivando la maleta de Asia y cruzó al otro lado del pasillo para llegar al Taller. Sin llamar antes, accionó el manubrio. La puerta se abrió.

El Taller era mucho más pequeño de lo que Asia se esperaba. Y pese a no haber ventanas a la vista, había cierta claridad que se colaba por la pared del fondo, como si no fuera del todo opaca, como si no fuera del todo una pared…

Asia pasó entre las dos grandes mesas de trabajo que ocupaban el centro de la sala y llegó a esa pared blanca, lisa, que se mecía suavemente, que respiraba y dejaba a la vista una tenue discontinuidad, un borde recto allí donde las dos lonas se superponían por unos pocos centímetros, en el medio. En el suelo, un peso las mantenía unidas. Asia lo retiró y se abrió paso entre las gruesas

cortinas plásticas, como quien entra en la sala refrigerada de un matadero. Aunque, la verdad, si del otro lado se hubiera encontrado cuartos de vaca colgando del techo se habría sorprendido menos.

Unas ventanas alargadas, horizontales, en lo alto de la pared de enfrente dejaban entrar la luz grisácea de esa mañana de lluvia, iluminando una sala acogedora, con sillones y alfombras y lámparas de pie, con estanterías repletas de libros y varios caballetes con cuadros aquí y allá. Algunos apenas eran bocetos: unas pocas líneas sobre el lienzo blanco o una masa de color informe. Otros parecían totalmente terminados, con firma y todo. Había también algunas esculturas de madera y de metal, pequeñas, sobre las mesas.

—Mira, ese eres tú —dijo de pronto Lira, que había seguido a Asia hasta allí, y ahora señalaba uno de los cuadros.

—¿Eso de ahí? No se parece en nada mí —dijo Asia.

Era un cuadro gris, como si todo el fondo estuviera hecho de nubes de tormenta. Y en el medio, iluminado de una forma que Asia no lograba comprender, había un niño. No tenía forma de niño, pero era un niño. Asia lo veía y Lira también.

—Sí, tenéis la misma mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa —dijo Lira, señalando de nuevo al cuadro—. Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Uhmm…

Miró durante unos segundos el cuadro y luego se volvió hacia Asia. Lo miró fijamente con esos ojos verdes suyos. Asia se preguntó cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta de que eran verdes. Un verde muy oscuro, casi gris, sí, pero verdes. Claro que Celeste tenía razón: tenía miedo de cruzar la mirada con Lira. Al menos al principio. Ya no. Ahora la buscaba. Al mirarla, sentía que no quería hacer otra cosa durante el resto de su vida. Pero entonces su corazón se aceleraba y sentía que quería hacer muchas cosas más. Muchísimas más, sí.

—¿Ves? —dijo Lira de pronto—. ¡Lo estás volviendo a hacer!

—¿Hacer qué?

—Mirar así. Como el niño del cuadro. Como si fuera la primera vez que ves algo. No, no es eso... Es más bien como si supieras que es la última vez que vas a ver algo, ¿sabes? Como si...

Lira desvío la mirada y se quedó de pronto callada.

—¿*Como si* qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Calla. He oído un ruido.

Asia no se iba a contentar con ese cambio de tema, pero lo cierto

es que él también lo había oído. Otro ruido que interrumpía un momento con Lira. Esta vez fue algo menos dramático que unas sirenas de policía: el chasquido de una puerta abriéndose y el silencio de unos pasos deteniéndose. Y luego, una voz que preguntaba:

—¿Quién anda ahí?

Lira abrió mucho los ojos y se llevó el dedo a los labios. Miró alrededor y buscó dónde esconderse.

—¡Soy yo! —dijo Asia.

—¿Qué haces? —susurró Lira, tirando de la manga del abrigo de Asia para que él también buscara escondite detrás de uno de los sillones.

Asia se zafó del agarre.

—Hemos venido aquí buscando a Eulogio, ¿recuerdas? ¿Para qué te escondes?

Lira se irguió y puso los brazos en jarra.

—Ah, es cierto —dijo, riéndose entre dientes.

Las luces se encendieron y los pasos de Eulogio se volvieron a oír. No tardó en aparecer por la abertura entre los plásticos, con el mono azul de trabajo oscurecido por la lluvia.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —preguntó al verlos.

Aunque habló con su tono grave habitual, había cierto alivio en su voz, como si se alegrara de que fueran ellos y no unos gamberros cualesquiera quienes se habían colado en su Taller.

Asia se quedó callado. Ahora era él quien no parecía recordar qué habían ido a hacer ahí. Lira acudió a su rescate.

—Queríamos hacerte una pregunta. Me llamo Lira. Soy...

—Sé quién eres.

Eulogio consultó su reloj. Suspiró.

—*Una* pregunta: tengo cosas que hacer.

Asia asintió con la cabeza y abrió la boca para hablar. Lira se le adelantó.

—¿Qué es este sitio?

Asia se giró hacia Lira, concentrado en decir con la mirada que eso no era lo que querían preguntarle, aunque en realidad lo que más curiosidad le ocasionaba en ese momento era precisamente qué hacía una sala como esa en un lugar como aquel, separada del taller por unas cortinas plásticas.

Eulogio se sentó en uno de los sillones con tapicería de flores y cruzó una pierna sobre la otra. Sacó un cigarrillo del bolsillo de su mono azul y jugueteó con él entre los dedos. Con un gesto, les indicó a Asia y a Lira que se sentaran frente a él. Los miró durante unos segundos en silencio. Luego dijo:

—¿Qué ibais a preguntarme en realidad?

Asia se revolvió en su sillón, incómodo ante la posibilidad de que

Eulogio pudiera leer la mente. Pero no era eso.

—Porque me cuesta creer que hayáis venido hasta aquí para preguntarme qué es esta sala —continuó sin darles tiempo a responder —, teniendo en cuenta que no sabíais de la existencia de esta sala hasta que habéis entrado en el Taller buscándome. El universo se rige por unas leyes de causalidad que uno no se puede saltar cuando le convenga. Así que decidme qué habéis venido a preguntare en primer lugar o esta conversación se ha acabado.

Esta vez Asia se adelantó a Lira.

—¿Por qué no podemos ir a visitar a Celeste hoy? —preguntó—. ¿Está bien?

Eulogio se llevó el cigarrillo a la boca y fingió dar una calada con él apagado. Resopló para expulsar un humo que todavía no existía.

—Celeste nunca está *bien*. Tiene sus días malos y sus días menos malos. Hoy es uno de los malos, pero nada fuera de lo habitual.

—La hemos visitado en días malos ya —dijo Asia, recordando esas mañanas en las que la luz de los ojos de Celeste desaparecía por completo—. ¿Por qué no podemos ir hoy?

—¿Es porque llueve?

Eulogio se volvió hacia Lira. La estudió con la mirada durante unos segundos.

—Puede —dijo al final—. Mirad, podréis visitarla a la vuelta de semana santa.

—¿No nos vas a responder?

—Prometí responderos a la otra pregunta. Además, ya os he dicho que puede que tengas razón y no podáis visitarla porque llueve. Lo único que necesitáis saber sobre Celeste es que os tiene mucho aprecio. Dice que desde que la visitáis se encuentra mucho mejor.

—¿Y tú? —preguntó Asia—. ¿La encuentras mejor?

Eulogio tomó aire de nuevo. Una respiración profunda, por la nariz.

—Sí. Pero ya la he visto mejorar tantas veces como yo he dejado de fumar —dijo, meneando el cigarrillo entre los dedos. Sacó un mechero del mismo bolsillo de donde había sacado el cigarrillo. —¿Fumáis?

Asia y Lira negaron con la cabeza.

—Hacéis bien —dijo, y encendió el cigarrillo. Esta vez la calada fue auténtica. El humo que exhaló se mezcló con su barba y nubló su rostro durante un instante—. Así que queréis saber qué es esta sala. Puedo deciros qué era.

Eulogio dio una nueva calada. Luego una tercera, y la mitad del cigarrillo se había consumido ya.

—Los sillones y estanterías son cosa mía. El resto sigue más o menos como cuando esto era un taller de pintura.

Eulogio señaló hacia la pared del fondo. Tras una de las estanterías había un fregadero donde lavar los pinceles y demás útiles de pintura. A Asia le recordó al fregadero que había en el aula de plástica de su instituto: blanco, con botes de disolvente al lado y pinceles asomando de una botella de plástico cortada y reconvertida en vaso.

—¿Taller de pintura para quién? —preguntó Lira.

—Para lo residentes de entonces.

—¿Pero para nosotros ya no?

—Eran otros tiempos. Cuando Juan Docampo sustituyó a su padre, reconvirtió algunos de los talleres y espacios comunes en salas de estudio, reubicó las oficinas que antes había en el Bloque 3 en otros, pero no llegó a hacer nada con esto, así que lo hice mío.

—Pero en realidad es nuestro —dijo Lira.

—No. Lo fue en tiempos del viejo Docampo. Pero tal como os lo dieron, os lo quitaron.

—Así porque sí, de la noche a la mañana.

—Básicamente.

—¿La gente no protestó? —preguntó Asia.

Eulogio dio una última calada al cigarrillo, larga y profunda, antes de apagarlo en el cenicero que había sobre la mesa. Expulsó el humo hacia un lado para mantenerlo alejado de Asia y Lira.

—Protestó, pero no lo suficiente. O no la suficiente gente protestó. O protestó la gente necesaria, de la forma pertinente, pero de nada sirvió en cuanto Juan Docampo empezó a expulsarlos uno a uno de la Residencia hasta que no quedó nadie a quien le importara el asunto. Y desde hace años nadie reclama nada: no se puede recuperar lo que no sabes que era tuyo.

—Ahora nosotros lo sabemos —dijo Lira.

—No importa. Si importara, no os lo habría contado. Es demasiado tarde para hacer algo. En realidad fue tarde desde el momento en que Juan Docampo decidió cancelar el proyecto de su padre.

—¿Qué proyecto? —preguntó Asia.

—El de todos esos talleres que cerró —explicó antes de ponerse en pie—. La idea que el viejo Docampo tenía de lo que tenía que ser el paso por la universidad era muy distinta de la que hoy tiene su hijo. Al principio, mientras el viejo Docampo vivía, parte del presupuesto de la Residencia se dedicaba a abastecer esos talleres y a organizar una fiesta al final del curso en la que se exponían todos los trabajos que se habían creado durante el año.

—¿Una fiesta aquí? —preguntó Lira, sorprendida.

—Eran otros tiempos —recalcó Eulogio, dirigiéndose ya hacia la separación. Asia y Lira se levantaron también—. Ahora ese dinero se dedica a que tengáis wifi en vuestras habitaciones. Preguntad a vuestros compañeros qué prefieren y veréis por qué las protestas

estaban destinadas a fracasar.

Eulogio atravesó las cortinas plásticas. Asia y Lira lo siguieron en silencio. El taller parecía mucho más frío ahora que venían de esa sala con luz natural y sillones estampados. Las herramientas de las paredes parecían mucho más burdas comparadas con las estanterías repletas de libros. La pizarra oscura pedía a gritos que alguien dibujara algo en ella.

—Vale: puede que no merezca la pena contarle esto a nadie —reconoció Lira—. Pero nosotros podemos venir aquí cuando queramos, ¿no?

Eulogio se detuvo de golpe y se giró. Sus ojos brillaron durante un instante, como si la sonrisa que quedaba oculta bajo su barba luchara por escapar de algún modo. Miró a Lira durante un largo rato. Al final dijo:

—No puedo hacer nada por evitar que entréis si la puerta está abierta, pero tenéis que saber que esta zona está prohibida para los estudiantes.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es un "estáis en la universidad, es momento de que seáis responsables de las decisiones que toméis, así que si queréis arriesgaros a que un guardia os pille merodeando por aquí y os acabe poniendo una falta grave, allá vosotros".

Lira asintió, seria. Eulogio los acompañó hasta la puerta. Se despidió de ellos desde ahí, sin salir del taller. Asia pensó que cada vez que iba en busca de una respuesta se encontraba con más preguntas.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Lira un par de minutos después, tras cruzar corriendo la rampa de hormigón, a salvo de la lluvia en los subterráneos del Bloque 3.

Asia no sabía qué hacer. Esa mañana había bajado al encuentro de Lira con la intención de proponerle tomar juntos un café, quizás en su habitación, quizás en la de ella. Ahora sentía que el momento había pasado. Quizás otro día.

—Supongo que pondré una lavadora —dijo, metiendo la mano en el bolsillo y sacando las fichas que la mujer del Director tan amablemente le había dado—. Puedes hacerme compañía mientras —dijo por decir.

Y para su sorpresa, Lira dijo que sí, que vale, que total no tenía nada mejor que hacer.

Subieron juntos hasta su habitación. Fran no estaba.

—Qué habitación tan...

—Sosa.

—No, hombre —dijo Lira, mirando las paredes sin decorar y el techo sin estrellas—. Decir que es sosa sería hacerle un cumplido. ¿Por

qué no tenéis decoración?

—Porque Fran me lo prohíbe —dijo Asia, metiendo las últimas prendas en la maleta que acababa de recuperar, dándole uso por primera vez en más de tres meses.

—Fran no te prohíbe nada, no mientas.

—Me prohíbe escuchar música por los altavoces.

Asia cerró la maleta y extendió el asa. Lira lo miraba con una ceja levantada.

—¿A qué horas te prohíbe escuchar música por los altavoces, Asia?

—Eso es irrelevante. ¿Vamos?

Lira meneó la cabeza y se rió. Asia dejó que saliera delante de él.

—¿Por qué hay tanta gente junto al tablón de anuncios? —preguntó Lira cuando Asia salió al pasillo—. ¿Habrán cambiado el horario de buses?

—No creo. Habrán colgado el cartel de alguna fiesta.

Esos eran los dos únicos usos que hasta ahora Asia había visto del tablón de anuncios de su pasillo. Había uno como ese en todas las plantas bajas de todos los Bloques, cerca de la puerta de entrada.

De todos modos, la curiosidad hizo que se acercaran al pequeño tumulto, apenas cinco personas, que se había reunido frente al tablón.

Mientras se abría paso entre la gente, Asia sintió el mismo nerviosismo que cuando se acercaba a ver las notas recién publicadas en el tablón de la Escuela. Era un nerviosismo extraño ese, como si su estómago supiera que estaba a punto de ver un anuncio distinto a todos los que había visto hasta ahora. Y así era.

No habían publicado un nuevo horario de autobuses, no.

No habían colgado el anuncio de ninguna fiesta universitaria, no.

Habían empapelado todo el tablón con decenas de copias del mismo cartel. Un cartel donde destacaban unas letras en rojo, todo mayúsculas: «DESAPARECIDO».

Y sobre las letras, en blanco y negro, barbita de mago y sombrero incluidos, el rostro serio de Blas.

Interludio:

Semana Santa

—Benditos sean los ojos que te ven, Asia. ¿Hace cuánto que no venías por aquí? Diría que años.

—Desde septiembre. ¿Me siento aquí?

—Sí, sí. Pues de verdad que parecen años. ¿Has crecido?

—No creo —dijo Asia, acomodándose en uno de los asientos para que le lavaran el pelo.

—Pues lo parece. Y has adelgazado, ya lo creo. Ya me lo dijo tu madre: este mi niño no me come nada nadita, Sonia, de tanta tensión por los estudios que tiene.

Asia dudaba que su madre hubiera pronunciado alguna vez tales palabras, pero no dijo nada. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dejó que el agua tibia le empapara el pelo.

—Y yo le dije —siguió Sonia—: Vera, querida, eso es que tu niño está enamorado, si lo sabré yo, que no se me habrán enamorado mis niños miles de veces de tanto corazón que tienen mis pobres criaturas. Y ahora que estás aquí... ¿Qué tal el agua? Ahora que estás aquí, dime: ¿quién tiene razón? ¿A que estás enamorado? ¡Ay, si es que hasta se te nota en la piel!

Asia se miró el dorso de la mano: no se notó nada. Durante el siguiente minuto, Sonia centró toda su atención en lavarle el pelo. Al acabar le hizo pasar a una de las sillas giratorias frente a los espejos. Ajustó la altura, le ató una capa negra al cuello y, encendiendo la maquinilla eléctrica, le preguntó:

—¿Como siempre?

Por inercia, Asia estuvo a punto de decir que sí. Se corrigió a tiempo.

—Quería cortármelo poco. Como ahora, pero quitándole esto de largo —dijo, separando un poco el índice y el pulgar—. ¿Podría ser?

El zumbido de la maquinilla cesó de golpe. Sonia lo miró en el espejo. Torció los labios y chasqueó la lengua.

—Uhmm... Podría, sí. Pero sólo si me dices cómo se llama ella.

—¿Cómo se llama quién?

—Tu chica. La que te quita el sueño y el hambre.

—No hay ninguna...

El zumbido de la maquinilla volvió a llenar la peluquería. En el espejo, Sonia sonrió. Asia dudaba que fuera a rapárselo en contra de su voluntad, pero prefirió no arriesgarse. Suspiró. Y en ese suspiro, Sonia vio su rendición. El zumbido cesó de nuevo.

—¿Y bien?

Asia tomó aire. En el último segundo decidió que no le apetecía mencionar a Lira.

—No es por una chica.

—Oh —dijo Sonia. Y luego—: Oh... No sabía que... Tu madre nunca me dijo que... ¿Tu madre sabe que...? No pareces... Aunque con ese nombre... ¿Cómo...? ¿Cómo se llama el chico?

Asia aguantó diez segundos de un silencio incómodo, especialmente para Sonia.

—No es eso. Es por el chico que ha desaparecido. Supongo que te habrás enterado.

—Ahhh —dijo Sonia—. ¿En Coruña?

Asia asintió con la cabeza.

—No sabía que había desaparecido un chico. ¿Lo conocías?

—¿No ha salido en las noticias?

Sonia cogió las tijeras y empezó a cortar.

—No que yo sepa. Me habría enterado. Siempre que sale algo de Coruña presto más atención, ¿sabes? Por ti. Y por tu madre, claro. Una ha de ser buena profesional y siempre estar al día para dar conversación. Es tan importante como saber hacer un buen corte. Menudo temporal tuvisteis este invierno, por cierto, ¿no? Con cortes de luz y todo, ya lo creo. Aunque tú lo sabrás mejor, que estabas ahí, ¿verdad?

—Sí, sí... ¿No suelen anunciar las desapariciones en las noticias?

La tijera pasaba ahora cerca de la oreja derecha de Asia. Fzit, fzit. El suelo se iba llenando de mechones oscurecidos por el agua.

—Algunas. Todas sería imposible. ¿Sabes que cada día desaparecen cerca de cien personas en España?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Asia, escéptico.

—Profesionalismo —dijo Sonia, sin dejar de cortarle el pelo—. Nunca se sabe cuándo el dato me puede ser útil para una conversación. Y mira, hoy me lo ha sido. Eso sí —dijo, apartando las tijeras y buscando los ojos de Asia en el espejo—: no es una conversación muy agradable. Ya verás como tu amigo aparece pronto. La gran mayoría lo hacen. Tú preocúpate sólo de los estudios. Y búscate una chica, ¿quieres? Que te estás quedando en los huesos, y el amor te vendrá bien, ya verás, que mis chicos se ponen como ceporros cada vez que se enamoran...

25

Suposiciones

—No seas paranoico.

—Primero Fran, luego Claudia y ahora tú. ¿Por qué estáis todos tan interesados en que no sea paranoico? ¿Qué ocultáis?

En su habitación, junto a la ventana con vistas a las pistas deportivas, apenas visibles a esas horas bajo la luz naranja de las farolas que las rodeaban, Carla se echó a reír. Asia sonrió satisfecho antes de recuperar la seriedad.

—Sólo digo que no debemos descartarlo.

—¿Debemos? A mí no me metas en esto, Asia.

—¿No te importa qué haya podido ser de Blas?

—No mucho, la verdad. Pero es que no creo que le haya pasado nada. Y si le ha pasado algo, él se lo ha buscado por traficar con drogas.

—Presuntamente.

—Todo el mundo lo dice. Tú mismo me has dicho que Alba te lo comentó hace meses.

—Son rumores, nada más. No sabes si es cierto o no.

—Ah, ¿pero tú sí que sabes que le ha pasado algo?

—¡Ha desaparecido! Si eso no es *pasarle algo*…

—Ya sabes a qué me refiero. Se habrá metido en algún lío y habrá huido. Ya aparecerá cuando las cosas se calmen, o ya lo encontrará la policía y lo detendrá. Lo que es seguro es que Juan Docampo no ha tenido nada que ver con su desaparición. ¡Tch! —le cortó antes de que pudiera volver a explicarle su teoría—. Además, no sé por qué Blas te importa tanto de repente.

—Porque lo conocía.

—¿Cuáles son sus apellidos? ¿Qué estudiaba? ¿Tienes su número de teléfono?

Asia se quedó callado.

—Eso pensaba… —dijo Carla—. No está muerto, Asia.

—No lo puedes saber.

—¡Ni tú tampoco! Pero no hay ningún motivo para que un chico de veintipocos años muera de forma repentina. Navaja de Ockham.

—¿Es esa la explicación más simple? Porque cuando un joven desaparece de forma repentina y está dos semanas sin dar señales de vida, la explicación más probable es que no tenga vida de la que dar señales.

—No seas tremendista.

—No lo soy, pero es la sensación que tengo. Ojalá me equivoque —

dijo Asia. Su mirada se perdió por la ventana durante unos segundos. Luego volvió a mirar a Carla—. Dejémoslo en que mientras Blas no aparezca cualquier teoría es factible: puede estar tanto vivo como muerto.

—Ah, como el gato, ¿no?

Asia conocía bien a Carla, así que por un momento dejó de pensar en Blas e intentó mantenerse serio mientras preguntaba:

—¿Qué gato, Carla?

—Sí, el gato aquel. Lo dimos en Física el año pasado, ¿te acuerdas? Sí que te acuerdas.

Asia negó con la cabeza. Carla apretó los puños llena de frustración.

—¡A ver! ¿Cómo se llamaba? —preguntó—. ¿El gato de Schnauzer?

Asia no pudo contener la carcajada.

—Sí, el gato de Schnauzer.

—Pues eso. Es como el maldito gato ese, sólo que en este caso Blas está vivo, escondido en la casa de algún compinche. O quizás se haya fugado a Portugal. Ya verás.

—Puede ser.

—*Es*. Todo va a salir bien —le dijo Carla, y le dio unas conciliadoras palmadas en la espalda—. Ahora di: ahhhh.

—No.

—Di ahhh y suena como un indio.

—No.

Carla dejó de golpearle la espalda a Asia, se cruzó de brazos y lo miró con el ceño fruncido.

—Es mi habitación. Tienes que hacer lo que te mando.

—Soy tu invitado, tienes que tratarme bien.

—No eres mi invitado. Has venido tú porque has querido.

—Pues ya que soy yo el que se sacrifica para visitarte, lo menos que puedes hacer es no obligarme a sonar como un indio, ¿no?

Carla se lo pensó durante unos segundos y al final se encogió de hombros.

—Bueno, vale. ¿Qué quieres hacer?

—No sé.

—¿Quieres tumbarte?

Asia se había pasado la tarde tumbado en su cama, leyendo. No había ido a clase porque a la única clase a la que podía ir era Álgebra, y por una hora no le merecía la pena bajar a la Escuela. Pero por más tumbado que hubiera estado, siempre podía tumbarse un rato más.

—Vale —dijo, y rodeó la estantería para tumbarse en la cama de Carla.

—Esa es mi cama.

—¿Y?

Carla se quedó de pie. Miró a Asia y luego la cama vacía de Lira.

—Hazme un hueco.

Asia dobló las piernas y recogió los pies. Carla se echó a reír.

—Ahí no, idiota. No soy un perro. Hazme un hueco a tu lado.

Sin esperar a que Asia se moviera, Carla se tumbó y empujó a Asia contra la parte trasera de la estantería. No tardaron en encontrar acomodo uno junto al otro, tumbados boca arriba, mirando un techo en el que las estrellas no brillaban por estar la luz encendida.

A Carla le había hecho ilusión que, justo esa noche que Fran estaba ocupado con un boletín de Cálculo, Asia hubiera ido a visitarla sin avisar, pese a tener que aguantar lo de la desaparición de Blas durante media hora. Ahora estaban tumbados en silencio, como tantas otras veces. Carla apagó la luz: le apetecía ver las estrellas.

—No te duermas —le advirtió a Asia.

—No me voy a dormir.

—Bueno, por si acaso.

Tras unos minutos de absoluto silencio, Asia preguntó:

—¿Qué pasa si me duermo?

—Que entonces me dormiría yo también.

—El sueño no es cont...

—Sí es contagioso. Se contagia hombro con hombro. Así que no te duermas, que no quiero que me vuelva a coger el frío por dormir destapada.

A Carla le pareció sentir que Asia sonreía a su lado. Se tumbó de costado y lo miró. La tenue luz de las estrellas iluminaba apenas su rostro.

—Asia... —susurró.

—Qué —dijo Asia, tumbándose también de lado.

Carla sintió el impulso de preguntarle si él también estaba pensando en aquella noche de enero en la que se habían susurrado al oído a través del teléfono. A veces aún recordaba esa noche cuando no podía dormir, sola en su cama. Se convertía en la princesa de la historia y se abandonaba a la voz de Asia.

Y al acabar, mientras su respiración recobraba el ritmo normal, cerraba los ojos con fuerza y se preguntaba qué estaba haciendo, y pensaba en otra noche en la que lloraba y la voz de Asia le había preguntado si estaba bien, y durante un tiempo pensó que sí, que ahora estaba bien y que todo iba a cambiar, pero todo había permanecido igual...

—¿Ibas a decirme algo? —preguntó Asia.

Pese a la poca luz de la habitación, Carla podía verse reflejada en los ojos oscuros de Asia. Se revolvió nerviosa en la cama y se tumbó boca arriba, concentrándose en unas estrellas que no hacían que su

corazón se acelerará con sólo mirarlas.

—¿Por qué llevabas tanto tiempo sin visitarme? —le preguntó al final.

—He estado ocupado.

—¿Haciendo qué? Y no me digas que has estado estudiando.

Asia se rió.

—No, no he estado estudiando. Puede que me apeteciera estar solo.

Carla se volvió de nuevo hacia Asia. Le apartó un mechón de pelo que amenazaba con metérsele en el ojo. Estaba tan cambiado... Apenas quedaba nada ya del niño que había conocido hacía algo más de dos años, con su pelo corto y su cara redonda. Poco quedaba de esos mofletes que con tanta facilidad se ruborizaban ante la menor insinuación. Y su lengua apenas se trababa ya, por más que la conversación subiera de tono.

—¿Te apetecía estar solo? —preguntó Carla—. ¿O con Lira?

Ah, no: aún quedaban resquicios de ese Asia original. El rojo de las mejillas fue visible incluso bajo la penumbra verde de las estrellas. Movió los pies, incómodo, y apartó los ojos de los suyos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque comparto habitación con ella, no sé si te acuerdas. No es que seamos amigas íntimas, pero cuando le pregunto a dónde va así vestida, en pantalones cortos y tenis, a las diez de la mañana, me lo dice. Mucho salís a correr últimamente, ¿no?

—Tampoco tanto. Algún que otro lunes, nada más.

—¿Y sólo quedas con ella para correr? —preguntó Carla, intentando sonar despreocupada.

—Mm-mmh —asintió Asia.

—¿No la viste el último fin de semana que te quedaste en la Residencia, cuando lo de la policía? Porque creo que ella también se quedó, ¿no?

—Puede —dijo Asia, y se volvió a tumbar boca arriba, mirando las estrellas del techo—. ¿Es cosa mía o las estrellas están distintas? Parece que se hubieran movido desde la última vez que las vi.

—No creo.

—Si se las apañan para moverse en la inmensidad del universo, ¿por qué no van a poder moverse aquí dentro?

—Igual las movió Lira, que para algo las pegó ella.

—¿Son suyas? No sabía...

—Es guapa Lira, ¿verdad?

Asia se giró hacia ella.

—Tú también lo eres —dijo.

Carla le dio un suave puñetazo en el pecho.

—No seas pelota —dijo, aunque no pudo evitar sonreír—. No lo

decía por eso. Es sólo algo en lo que estaba pensando. Y tiene unos ojazos.

—Los tuyos también son bonitos.

—Asia... —le advirtió Carla—. Los de ella son más exóticos, así, grises.

—Son verdes.

—¿Lo son? Bueno, supongo que tú lo sabrás mejor que yo, ¿no?

Asia no dijo nada. Carla sentía como si algo le oprimiera los pulmones, obligándola a hablar. Así que preguntó:

—¿Te gusta?

—¿Quién?

Carla no le pegó esta vez, aunque ganas no le faltaron.

—¿Quién va a ser? Lira.

Asia no dijo nada. Tampoco hacía falta: por la forma en la que apartó la mirada, estaba claro que Lira le gustaba. Y seguro que a ella le gustaba Asia. ¿Cómo no iba a gustarle?

—Qué bonito: mi mejor amigo y mi compañera de habitación —dijo Carla, obligándose a sonreír—. La mayor historia de amor de todos los tiempos.

Asia se echó a reír.

—Calla.

—¿Le vais a poner mi nombre a vuestros hijos?

—Sí, a todos.

—Qué fuerte. Ya decía yo que te notaba raro, y era porque estabas enamorado.

Asia se quedó callado de nuevo.

—Ay, ¿de verdad la quieres?

Esta vez Carla no pudo disimular la inquietud. Se incorporó sobre un codo y estudió el rostro de Asia. Él chasqueó la lengua, incómodo. Seguía evitándole la mirada.

—No lo sé —dijo—. ¿Qué más da? Lira tiene novio.

—¿Tiene novio? —preguntó Carla, sorprendida.

—Sí: Antonio.

Carla rompió a reír. No era su intención, pero no lo pudo evitar.

—¿De dónde has sacado que Antonio es el novio de Lira? —preguntó Carla, todavía riéndose—. Por Dios, qué asco. No, no.

—Pero si… ¿No me dijiste tú que Lira dormía con él las noches que no estaba aquí?

—Sí, pero Antonio tiene como cincuenta años. Es un amigo de su padre, creo. Toca con ella en su grupo y ensayan en su casa, por eso Lira nunca está por aquí. ¿No te lo comentó ella?

—No. Ni tú tampoco.

—Ay, Asia, creí que lo sabías —dijo Carla, acariciándole el pelo—. ¿Por qué no preguntaste?

Asia se encogió de hombros.

—¿No tiene novio, entonces?

—Eso ya no lo sé —dijo Carla, bajando de la cama y poniéndose en pie. Encendió la luz—. Pregúntaselo a ella.

—No puedo preguntarle eso. ¿No puedes averiguarlo tú? Con disimulo. ¿No es eso lo que hacen los amigos?

Carla frunció el ceño y se tragó las palabras. Sí, eso era lo que hacían los amigos, y Asia era su amigo. Nada más que su amigo. Quién sabe lo que podría haber sido en el pasado. Quién sabe lo que les depararía el futuro. Pero ahora mismo eso es lo que eran: amigos.

—Veré qué puedo hacer.

Asia sonrió y le dio un beso en la frente. Carla se enfurruñó sin mucho esmero.

—Vuelve a besarme en la frente y te mato —dijo, señalando con un dedo a Asia.

—Crece. Hasta que no crezcas, es donde me queda más a mano besarte.

Asia consiguió llegar a la puerta antes de que Carla se lanzara sobre él. Entre risas, la abrió y salió. Carla se frenó en el umbral.

—Tienes suerte de que no pueda darte una paliza ahí fuera.

—¿En la habitación sí habrías podido? —preguntó Asia, caminando de espaldas, alejándose por el pasillo.

—Claro —dijo Carla, elevando la voz para que Asia pudiera oírla en la distancia—. ¡Pero en el pasillo cualquier guardia podría vernos y yo acabaría en prisión!

Una puerta se abrió y alguien se asomó.

—¡Shhhh!

Asia levantó las manos, todo inocencia, y se despidió de Carla con un gesto de la cabeza antes de desaparecer tras la esquina. La chica que se había asomado al pasillo seguía mirando a Carla con odio. Carla puso los ojos en blanco y se metió en la habitación. Cerró de un portazo y caminó despacio hasta su cama. Se dejó caer boca abajo contra el colchón, su boca aplastada contra la almohada, y ahogó en ella un grito de frustración. Se obligó a meterse en la cama antes de quedarse dormida y encendió la radio. Se concentró en las canciones. Escuchó tres y media antes de quedarse dormida.

La despertó la voz de Lira, del otro lado de la puerta.

—*Eras tú quien… ¡Eras tú quien quería que yo estudiara!* —dijo, alzando la voz—. *Te hice caso y lo he probado, ¿no? Me he esforzado y… Bueno, vale, pero he aprobado igual. Te he demostrado que soy capaz de hacerlo y… No, eres tú la que no me escucha. Te dije que esto no era para mí y no me hiciste caso. Y ahora te lo repito… Es tiempo suficiente para mí... ¡Porque sé lo que quiero!… No, perdona, mi padre… Porque él confiaba en mí… Me da igual, ya he comprado el billete* —dijo, y vino

entonces la pausa más larga. Carla no podía oír lo que decía la mujer del otro lado del teléfono. Luego, cuando Lira volvió a hablar, su voz sonó más calmada—. *Mira, es mi dinero. Dinero que he ganado haciendo lo que me gusta, aunque a ti te parezca una pérdida de tiempo. Si para hacer lo que quiero tengo que renunciar al resto de mi dinero, vale, quédatelo, pero ya he tomado mi decisión, te guste o no. Tienes un mes para decidir si te importa más el dinero de mi padre o yo.*

La cerradura de la puerta chasqueó. Lira entró con el móvil en la mano y el ceño fruncido, apretando los dientes por pura frustración. Luego, levantó la cabeza y vio a Carla incorporada en su cama.

—Perdona si te he despertado —dijo con un deje agresivo todavía en la voz.

Carla negó con la cabeza. No quería entrometerse, pero lo hizo de todos modos.

—¿Con quién hablabas?

Lira dejó la mochila en su cama y empezó a quitar ropa usada.

—Con mi tía. Se cree que… —dijo, y se tomó unos segundos para respirar hondo. Luego, miró a Carla a la cara—. Nunca se ha tomado mi música en serio. Para ella, lo más importante es que yo fuera a la universidad. Bien: aquí estoy —dijo, forzando una sonrisa y abriendo los brazos—. Lo peor es que actúa como si le cogiera de sorpresa, cuando desde el principio le dije que si venía aquí era para estar cerca de Antonio y del resto del grupo, que los estudios me daban igual, pero ella siempre confió en que para mí *Sandy At The Games* fuera sólo un pasatiempo, que en cuanto empezara la carrera vería lo que era de verdad importante, que haría amigos de mi edad, que me echaría novio y que sería *una chica normal,* sus palabras.

Lira entró al baño. Salió con el bañador y el resto de las cosas de la piscina en la mano. Lo metió todo en la mochila.

—¿Y no has hecho amigos? —preguntó Carla desde la cama.

—Alguno —dijo Lira, cerrando la mochila.

Carla se mentalizó para hacer la siguiente pregunta. Se lo había prometido a Asia, como buena amiga que era, y no iba a tener otra oportunidad mejor.

—¿Y novio?

Lira se echó la mochila a los hombros. Resopló por la nariz y miró a Carla.

—No puedo meterme en una relación con fecha de caducidad —dijo—. En el fondo es liberador, ¿sabes? Me da una excusa para pasármelo bien sin más, para estar con un chico u otro sin comerme la cabeza. Es casi un ritual después de los conciertos —dijo Lira, sonriendo esta vez de verdad, con complicidad.

—Entonces, ¿no hay nadie que te guste de verdad? —preguntó Carla, intentando que su voz sonara despreocupada.

Lira miró el reloj de la pared antes de responder.

—No puedo permitírmelo, así que no me lo permito. Este sería el peor momento para enamorarme, la verdad... Llego tarde, te dejo dormir ya.

Lira salió de la habitación. Llovía, una vez más. Pese a lo gris del día y a la discusión con su tía, no estaba de mal humor. Había peores formas de pasar una mañana de abril que flotando en la piscina, en compañía.

Una carta

—¿Una carta?

—Sí, una carta.

—¿Para mí?

La mujer de Recepción puso los ojos en blanco y resopló.

—Te llamas Asia, ¿no? No creo que haya más Asias en esta Residencia.

La mujer le entregó la carta de malos modos a través de la ventanilla de Recepción.

—Gracias.

—Y dile a tu amigo que las cartitas te las mande a casa, ¿quieres? Que esto no es una oficina de correos.

Asia forzó una sonrisa y se unió a Lira junto a las puertas de acceso a la piscina.

—No sabía que se pudieran recibir cartas en la Residencia —dijo ella.

—Yo tampoco.

—¿Quién es Luis López López? —preguntó Lira, leyendo el sobre por encima del hombro de Asia.

—Ni idea. Igual la carta no es para mí. Ah, no, sí lo es —dijo Asia girando el sobre.

En la parte delantera, bajo la dirección de la Residencia, aparecía su nombre pulcramente escrito seguido de dos garabatos ilegibles a modo de apellidos, como él mismo firmaba los exámenes cuando tenía prisa: no es que lo fueran a confundir con otros Asia.

—¿Qué haces? —dijo de pronto Lira—. No la abras aquí. ¿Y si es una carta-bomba?

—¿Por qué me iban a mandar una carta-bomba?

—Pues para que te explote en la cara.

—Sé cómo funcionan las cartas-bomba, Lira… Decía que quién iba a querer atentar contra mí.

—No sé, uno de tus múltiples enemigos mortales, quizás. Ya la abrirás cuando estés a solas.

—De morir, morir sólo yo, ¿no?

—Sería un buen detalle por tu parte, sí.

Asia se rió, y aunque el sobre no parecía contener más que un simple papel, decidió que ya lo abriría después, en su habitación, tras examinarlo a contraluz, no fuera a ser. Guardó la carta en la mochila y se despidió de Lira momentáneamente al entrar al vestuario.

Habría preferido quedar con ella para visitar a Celeste, pero una

vez más llovía. Entre una cosa y otra hacía mucho que no la veían. Esperaba que pronto llegara el buen tiempo. Mientras tanto, tendría que conformarse con nadar con Lira.

Aunque más que nadar, flotaron mientras se contaban qué habían hecho durante las vacaciones de semana santa. Lira se había quedado en Coruña, ensayando y dando conciertos en distintos locales de la Ciudad Vieja con *Sandy At The Games*. Asia se había cortado el pelo.

Después, jugaron a soltar todo el aire de los pulmones y hundirse hasta el fondo, repentinamente densos, y aguantar allí hasta que los músculos empezaban a arder por la falta de oxígeno. Qué bien sabían esas primeras bocanadas de aire tras salir de nuevo a la superficie. Tras un par de largos para desentumecer las extremidades, pararon de nuevo y aprovecharon que no había nadie vigilando la piscina para quitarse los gorros.

Para Asia era una sensación maravillosa librarse de ese trozo de tela, no tanto porque le resultara molesto, sino porque se sentía mucho más seguro de sí mismo con el pelo al aire. Lira en cambio estaba guapa incluso con esa calvicie de silicona, aunque Asia la prefería como ahora, con el pelo castaño cayéndole como una cascada sobre el hombro, enmarcándole de forma asimétrica el rostro.

—Voy a estar de cumple —dijo ella.

—Como todo el mundo.

—Ya, pero yo dentro de una semana, listo. El lunes. No tienes por qué regalarme nada.

—No tenía pensado hacerlo.

—Porque tampoco sabías que era mi cumple. Pero ahora lo sabes, y te digo que no hace falta que me regales nada.

A Asia se le ocurrió entonces que quizás podría regalarle algo a Lira. Algo bonito. No. Algo especial. Algo que sólo él le pudiera regalar. Algo con lo que demostrarle lo atento que estaba a todo lo que ella decía.

—¿En qué piensas?

Lira estaba sentada en el borde de la piscina, escurriéndose el pelo mientras chapoteaba con los pies en el agua. Asia pensaba en lo especial que tendría que ser el regalo para aproximarse siquiera a lo que sentía por ella.

No le iba a decir eso, por supuesto. Aunque quisiera, no habría podido, porque una voz furiosa alteró de pronto la tranquilidad de la piscina.

—¿Se puede saber qué haces sin gorro, chico? —gritó la socorrista, que acababa de volver a su puesto de trabajo.

Lira se puso en pie y se giró hacia Asia. Con los brazos en jarra, meneó la cabeza, claramente decepcionada. Asia la miró con odio fingido desde la piscina.

—¿Estás sordo o qué? —gritó la socorrista, rodeando la piscina para acercarse a ellos.

Asia sabía que no debía hacerlo, pero la idea apareció en su mente y fue incapaz de rechazarla. Así que, sin dejar de mirar a Lira, frunció el ceño y empezó a gesticular con las manos. Vio cómo Lira abría la boca, incrédula, y cómo la socorrista se detenía de golpe y se ponía colorada. Se acercó entonces despacio hasta Lira. Con la más dulce de las voces le dijo:

—¿Le puedes decir a tu amigo que no se puede estar dentro de la piscina sin gorro, por favor?

Desde el agua, Asia miró expectante a Lira, que cerró los ojos y suspiró antes de mirar a Asia y empezar a gesticular como buenamente podía. Asia no puso cara de haber comprendido el mensaje hasta que Lira le dedicó un último gesto algo obsceno, estratégicamente oculto de la vista de la socorrista.

Asia se disculpó con la socorrista con su mejor cara de lástima y salió del agua en silencio. Tuvo que hacerlo en dos tiempos, apoyando primero las rodillas en el borde tras un primer impulso y poniéndose luego en pie con dificultad. Entrelazó su brazo con el de Lira y echaron juntos a andar hacia los vestuarios.

—Se supone que estás sordo, no ciego —murmuró Lira sin apenas mover los labios y sin dejar de mirar al frente—. No necesitas mi guía.

—Es más divertido así.

—¿Vas a fingir ser sordo cada vez que esté esta socorrista?

Asia miró hacia atrás. La socorrista los seguía con la mirada, todavía algo cohibida por lo que acababa de pasar. Asia le sonrió. Volvió a mirar al frente.

—No lo sé —susurró—. No lo creo. Quizás ocurra un milagro para entonces.

—El milagro será que no acabes en el infierno por esto.

—No creo que en ninguna parte de la biblia se prohíba hacerse pasar por sordo para librarse de una bronca en la piscina.

—Anda que no. ¿Y el octavo mandamiento?

—¿Ese no es el de “no comerás carne humana”? —preguntó Asia mientras gesticulaba con la mano.

A Lira se le escapó la risa por la nariz. La socorrista los miró sonriendo.

—Ya me contarás un día cuáles son según tú los diez mandamientos —dijo Lira, todavía de espaldas a la socorrista, junto a las puertas de los vestuarios.

Asia asintió y se soltó del brazo de Lira. Quedaron ahora frente a frente, todavía unidos por la mano, apenas un roce yema contra yema, pero un roce que se negaba a desaparecer. Los ojos de Lira estaban especialmente grises, reflejo del cielo de esa mañana lluviosa de abril.

Eran unos ojos que podría estar mirando toda una vida sin nunca cansarse de ellos. Capaces de pasar de una sonrisa ligera a la más intensa profundidad en apenas un parpadeo. Capaces de acelerar el corazón y quitar todo el aire de los pulmones. De haber estado todavía en la piscina, Asia se habría hundido incluso por debajo del fondo. Se alegró de no poder hablar: si lo hubiera intentado, de su boca no habría salido sonido alguno. Y cuando Lira se inclinó hacia él, sus piernas temblaron.

El beso es en la mejilla. Lira se va. Asia suspira.

El ruido de la lluvia sacó a Asia de ese estado extraño en el que se había sumido, como flotando en el tiempo. Entró al vestuario, se duchó y se vistió. Al acabar, seguía pensando en Lira. La oía del otro lado de la pared, usando el secador de pelo. Otro día más tocaba esperar por ella, pero no quería hacerlo en Recepción. Se sentó en un banco y sacó la carta de la mochila. La examinó a contraluz.

No parecía que dentro hubiera una bomba o ántrax o algo distinto a un simple papel. La humedad del vestuario le facilitó abrir el sobre sin rasgarlo. La carta era un único folio doblado varias veces. Lo estiró sobre su muslo y leyó:

Escribo esto en un mostrador de Correos. La oficina está a punto de cerrar. La he cagado. Tenías razón. Corro peligro. Quise exprimirle algo más. La he cagado. Me busca, lo sé. He de huir. No puedo decirte a dónde. La he cagado. Esta noche. Me buscan, lo he visto, lo noto, me persiguen. Esta noche, el Casino, si todo sale bien me iré del país. Si pierdo, no, si perdiese no puedo volver, mi casa no es segura, mi madre, no puedo volver a la Residencia. Pero por si acaso. Pueden leer esto, si lo interceptan. Pero por si acaso por si pierdo por si no puedo por si todo sale mal de nuevo necesito tu ayuda y que vayas a donde a que vayas a que busques mi pista donde están encerrados, no enterrados. Si todo sale mal. Saldrá bien. Pero por si acaso. Me echan.

B.

El mago

Dieron las doce y Asia siguió leyendo, a solas en su cuarto, haciendo tiempo. Cuando dejó el libro en la mesilla eran casi las tres. Ahora sí. Se puso en pie. Había llegado la hora de ir al encuentro de Blas. Quizás.

Los pasillos estaban vacíos. Las puertas de los Bloques, cerradas. Sólo la de los subterráneos permanecía abierta. Tendría que caminar más, pero no tenía prisa.

Es decir, la tenía, porque su corazón latía como si se lo hubieran trasplantado de un colibrí. La sangre le cosquilleaba dentro de las venas y sus pies se movían a pasos muy cortos. Pero poco importaba tardar dos minutos o diez, con tal de que nadie lo viera.

Al llegar a los subterráneos se alegró de que no hubiera nadie en las salas de estudio. Atravesó el pasillo. Ninguna lavadora centrifugaba en la lavandería. Ninguna secadora planeaba robar un calcetín. Y, sobre todo, ningún guardia se fumaba un cigarrillo en la puerta lateral del Bloque 3.

El suelo estaba mojado. El cielo, cubierto. Los guardias estarían ahora mismo viendo la tele en alguna de las salas comunes, dejando pasar el tiempo, mientras él subía por la rampa de hormigón sin ser visto y giraba hacia la izquierda. Bloque 3, 2, 1.

La humedad del césped penetró a través de la fina tela de los tenis mientras bajaba hacia las pistas deportivas. Allí se dirigía, acompañado de un tintineo apagado a cada paso que daba, amparado por las nubes y la lluvia de una desapacible noche de abril.

Bajó por las gradas de hormigón. Al llegar al suelo desgastado de las pistas, siguió bajando. Porque allí había unas escaleras que se adentraban en la tierra tras una de las canastas. Un muro de hormigón de un metro de alto las cercaba, para que ningún jugador incauto cayera por ellas persiguiendo una pelota que había salido de fondo tras un tiro que no había tocado aro. Y al final de esas escaleras había unas puertas. Dobles. De metal. Cerradas desde hacía años.

Asia chapoteó en dos centímetros de agua acumulada para llegar hasta ellas. Sacó el móvil del bolsillo y lo usó a modo de linterna, sabiéndose oculto del mundo exterior. Apuntó hacia las puertas. Esperaba ver unas gruesas cadenas atrancándolas, pero lo único que encontró fue una simple cerradura algo oxidada.

Accionó el manubrio recubierto de plástico negro y tiró. No ocurrió nada. Respiró aliviado.

Estaba seguro de que era allí donde debía buscarlo. Tenía sentido.

Si de verdad Blas creía que podían interceptar el correo, y si de verdad temía que Juan Docampo lo pillara de vuelta en la Residencia, ese era un buen lugar donde encontrarse. Arriesgado, sí, pero no le sería muy difícil adentrarse en la noche sin ser visto, como el propio Asia acababa de hacer.

Tenía sentido, sí, pero no había rastro de su presencia, con esa puerta cerrada y sin forzar. Aunque bueno...

Apuntó con la linterna del móvil hacia el suelo encharcado. Las únicas hojas que había flotando eran las que el viento había arrancado de los árboles y arrastrado hasta allí. Ninguna nota de Blas explicándole dónde se escondía ahora que no tenía dinero para huir, a modo de segunda pista de una búsqueda del tesoro. Mejor. Al parecer le había ido bien en el Casino. ¿Quién se lo hubiera imaginado?

Tocaba volver a la habitación antes de que algún guardia lo descubriera. No estaba seguro de que estuviera prohibido estar ahí de pie, en mitad de la noche, con los pies hundidos en un palmo de agua fría, pero prefería no comprobarlo. Aunque ya que estaba allí...

Asia, querido, ¿intentas engañarme?, dijo la voz. *¿Intentas que crea que se te acaba de ocurrir que, ya que estás aquí, por qué no ver qué hay detrás de estas puertas? Sabes que estaba contigo esta tarde cuando fuiste al Almacén, ¿no?*

En la pared del Almacén, junto al cuadro de luces, había un panel con llaves colgadas, algunas con nombre y otras sin nombrar. Esa tarde, Asia había estudiado las primeras sin encontrar la que buscaba, así que había cogido todas las llaves anónimas y se las había guardado en uno de los bolsillos pequeños de sus vaqueros, bien apretadas, para que no hicieran demasiado ruido al andar.

Ahora las sacó con dificultad. Eran siete. Cogió la primera y la introdujo en la cerradura. O lo intentó. Por más que probó a meterla de una manera o de otra, la llave no entró. La guardó de nuevo en el bolsillo. Tenía seis oportunidades más.

Una a una probó a meterlas en la cerradura. Algunas entraron. Y de las que entraron, una giró. Le costó, y tuvo miedo a que se rompiera, pero giró. El chasquido de la cerradura retumbó al final de las escaleras. Asia temió que lo pudieran haber oído en la Residencia. Pero si eran capaces de oír ese chasquido, también oirían los latidos de su corazón de colibrí, que ahora se ralentizaba y latía con más fuerza. El eco de sus latidos resonaba bajo tierra. Accionó la manilla. La puerta se abrió.

Tomó aire y apuntó con la luz hacia dentro.

Siempre había supuesto que lo único que vería allí el día que abriera las puertas sería un montón de material deportivo acumulado en un cuartucho de dos por tres. Pero la luz de la linterna de su móvil no encontró obstáculos en el pasillo que se abría ante sus ojos. Un

pasillo amplio y corto, que se hundía en una oscuridad sepulcral.

Nervioso y algo asustado, Asia cruzó el umbral sin dejar de pensar en la historia que Blas le había contado, la que le había llevado a buscarlo allí, precisamente, la del incendio de gatos y el Bloque 7 calcinado, con los cadáveres enterrados y encerrados tras las puertas de metal para que no pudieran hacer daño a los vivos. Y allí estaba él, yendo a su encuentro.

Al encuentro de algo que no existe, le recordó la voz. *Porque aquí no ha habido ningún incendio. Y, aunque lo hubiera, no habrían dejado los cadáveres calcinados tras unas puertas cualesquiera, ¿no crees? Aquí no hay nada que ver, por más que esto parezca mucho más grande de lo que cabría esperar para un simple almacén deportivo, ¿no?*

A Asia no le gustó nada como el tono de la voz fue pasando de la frialdad habitual a una preocupación genuina, susurrándole cada vez con menos fuerza, como si ella también sintiera el miedo que él sentía a cada paso que daba. Porque puede que no hubiera cadáveres calcinados esperándolo a la vuelta de la esquina, pero eso no hacía que la oscuridad en la que se adentraba fuera menos asfixiante. No hacía que la débil luz de la linterna de su móvil encontrara algo que explicara qué era ese lugar, aparte de pura oscuridad, olor a humedad y una trampa mortal si a la puerta le daba por cerrarse a sus espaldas.

Era una noche oscura esa que había dejado atrás. Pero aun así, al girarse, vio el hueco de la puerta recortado en la pared. La presencia de esa franja de penumbra lo reconfortó durante unos segundos. Los latidos de su corazón se redujeron a un murmullo en su pecho. Volvió a enfrentarse a la oscuridad con energías renovadas.

El pasillo se acababa unos dos metros más adelante: la luz de la linterna dejaba de chocar contra las paredes y pasaba a diluirse en esa oscuridad absoluta a la que se dirigía desde un principio. Sus pasos se hicieron más lentos todavía, como si temiera que la causa de esa oscuridad fuera un agujero negro que acabaría por absorberlo si se acercaba demasiado.

Claro, porque caminando despacio tienes tiempo a notar el tirón gravitacional y serías capaz de retroceder antes de ser engullido, ¿verdad, Asia?, dijo la voz, apenas un hilo ya. *Seguro que también piensas que, si un coche fuera directo hacia ti, serías capaz de saltar lo suficiente como para apoyarte en el capó e impulsarte por encima del techo, cayendo de pie sobre el asfalto, ileso, ¿no?*

Asia sintió la necesidad de girarse de nuevo. Creía haber oído un ruido a sus espaldas mientras la voz le hablaba. Apagó la linterna del móvil y se concentró en escuchar, con la vista fija en la puerta en penumbra. No oyó nada salvo los latidos de su corazón: sonaban ahora a tambores de guerra. Las manos le sudaban. Empezaba a tener frío en los pies empapados.

Volvió a darle la espalda a la puerta. La oscuridad lo engulló. Ya no tenía tanta curiosidad por saber qué era ese sitio. Con lo bien que estaba metido en cama, leyendo, con unos calcetines secos envolviendo sus pies. Con lo a mano que estaba la luz en su habitación y lo mucho que iluminaba. Ahí, bajo tierra, la linterna de su móvil no hacía más que crear sombras. Aun así, las prefería a la oscuridad total que ahora lo rodeaba. La encendió de nuevo.

Ocurrió en un instante. Asia levantó la mano para alumbrar más a lo lejos. De pronto, el móvil se le resbaló entre los dedos sudorosos. Contuvo el aliento mientras los reflejos tomaban el control. El pie se movió hacia delante, intentando evitar que el móvil se estrellara contra el suelo. Lo consiguió. Pero la patada hizo que el teléfono saliera despedido.

El haz de luz se reflejó brevemente en el techo del pasillo antes de seguir deslizándose. Dejó de tener techo que iluminar, adentrándose en la negrura total que Asia tenía delante, alejándose más de él. Sólo unos pies frenaron su avance. Y en esa oscuridad, la luz encontró una silueta que iluminar.

Asia gritó, y con él gritó también la voz. El corazón le latió una sola vez y la onda expansiva le vació de aire los pulmones. Que le dieran al móvil... Se giró sobre sus talones tan deprisa que a punto estuvo de caerse, listo para echar a correr.

Pero no cayó. Se mantuvo en pie. Y al final del pasillo vio como otra silueta lo observaba, recortada contra la penumbra de la puerta abierta.

El corazón se le desinfló. Las piernas le fallaron. Se tambaleó y se apoyó contra la pared.

Hubo un chasquido que retumbó en el pasillo y las luces se encendieron. Cerró los ojos, cegado por la repentina claridad. Se tiró al suelo, hecho una bola, protegiéndose de lo que pudiera pasar.

No pasó nada.

Despacio, se irguió y retiró los brazos de la cabeza. Se atrevió a abrir los ojos. Ramón, el guardia de seguridad, lo miraba desde la puerta, apoyado en la pared del pasillo, francamente entretenido ante lo que veía.

Asia se giró hacia el otro lado, hacia una oscuridad que ya no era tal. Su móvil seguía iluminando desde abajo lo que ahora veía que era una silueta de madera de contrachapado. Un simple decorado. Porque donde antes había oscuridad, ahora había un teatro.

—Ahora mismo podría cerrar la puerta y dejarte encerrado aquí para siempre —dijo Ramón desde el final del pasillo—. ¿Crees que alguien oiría tus golpes desde las pistas deportivas?

Asia se agachó para recoger su móvil y apagar la linterna. La pantalla se le había astillado, pero todavía funcionaba. El corazón le

latía ahora como laten los corazones: imperceptiblemente, de forma regular, bombeando una sangre que arrastraba con cada latido el cosquilleo nervioso de las extremidades, calmando el picor.

Ya no tenía miedo, pese a que la amenaza de Ramón fuera mucho más real que la de unos cuerpos sin vida.

—Es broma —dijo Ramón antes de echar a andar por el pasillo hacia él.

Caminaba con esa cadencia tan habitual en él, como si se sintiera observado y quisiera dejar claro que sí, que era digno de observar. Y mientras caminaba, hacía girar su linterna sobre la palma de la mano con la habilidad que dan cientos de noches de aburrimiento patrullando los pasillos de la Residencia. Al llegar junto a Asia, se sentó de un salto en el escenario. El balanceo de sus piernas le recordó al de las de Lira esa misma mañana en la piscina.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó Ramón.

—Encontré unas llaves.

Ramón miró a Asia con los ojos entornados. Dejó de balancear las piernas.

—¿Dónde: en el Almacén, colgadas en la pared? —Asia no contestó —. ¿Por qué has entrado aquí?

—No sé. Me imaginé que alguna de esas llaves abriría esas puertas de ahí —dijo, señalando hacia el final del pasillo.

—¿Y qué esperabas encontrar?

—Nada.

Ramón volvió a balancear las piernas.

—¿Me estás diciendo que tienes por costumbre ir abriendo puertas que encuentras cerradas?

Asia se movió nervioso, intentando de paso que los pies le entraran en calor.

—No —dijo, confuso—. No es ninguna costumbre. Lo he hecho *una* vez. ¿Y qué más da por qué haya entrado aquí? ¿Está prohibido o no?

—Lo está.

Asia ya lo suponía.

—Bueno. ¿Cuál es mi castigo? ¿Una falta grave?

Ramón suspiró y se puso en pie sobre el escenario con agilidad.

—Estoy empezando a pensar que intentas ocultarme algo, Asia. Normalmente, cuando descubro a algún residente haciendo algo prohibido, tienden a negarlo todo.

—¿Y alguna vez funciona?

—No. Pero aun así, cuando alguien se autoinculpa con tanta rapidez, lo único que puedo pensar es que no quiere que lo castigue por algo peor.

—Es sólo que tengo los pies empapados y estoy cogiendo frío. ¿Qué puedo haber hecho peor que haber robado unas llaves y haber

entrado en un sitio en el que está prohibido entrar? ¿Qué es esto, por cierto? ¿Un teatro? —preguntó Asia, mirando a su alrededor.

Desde luego lo parecía. Frente a él estaba el escenario, decorado todavía con algunos árboles de cartón. A su espalda tenía el patio de butacas, en ligera pendiente. Costaba ver las filas del fondo, con los focos apuntando directamente a los ojos de Asia.

—¿Qué puedes haber hecho peor? —preguntó Ramón—. No sé. Quizás pretendías llevarte algo de aquí. Hay cosas muy valiosas, si sabes dónde venderlas. O quizás hayas entrado buscando a alguien. Quién sabe...

Asia guardó silencio. Ramón lo miró durante unos segundos antes de dirigirse hacia un lateral del escenario, despareciendo entre bastidores. Salió un minuto después vestido con una túnica de mago y portando en la mano un cayado.

—¿Qué me dices? —preguntó Ramón.

—¿A quién voy a estar buscando aquí, si las puertas estaban cerradas?

Ramón chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano. Luego dio un golpe con el cayado en el suelo de madera del escenario.

—Olvídate de eso. Me refería a este atuendo. ¿Qué te parece? Bonito, ¿verdad?

Ramón se giró sobre sus talones con elegancia, aprovechando todo el polvo acumulado sobre las tablas durante años. La túnica de mago se llenó de aire al girar con él. Brilló con mil colores, y por un momento Asia temió que cuando Ramón completara el giro el escenario estuviera vacío: así de mágica parecía esa túnica. Pero no. El giro terminó y Ramón seguía allí, ante Asia. Se apoyó en el cayado y, proyectando la voz de manera innecesaria, dijo:

—Este traje tiene tantos años como la Residencia. Lo confeccionó una chica que hoy en día ha vestido a más de una princesa.

»Normalmente, para cada obra se hacían unos trajes en concreto. Después, la tela se reutilizaba una y mil veces, cortándola y volviéndola a coser. Acabo de ver por ahí detrás un gorro de ruso que juraría que comenzó siendo un disfraz de oso, y entre medias sirvió de capa para un guerrero celta.

»Nadie se atrevió a deshacer este traje, pero era tan bonito que a la gente le dio pena que sólo se usara una vez. Así que en la obra del año siguiente hubo un pequeño papel para un mago, pese a que la trama nada tenía que ver con la magia. Lo mismo ocurrió al siguiente. Al cuarto, nadie dudaba de que el traje iba a acabar apareciendo de algún modo. La forma en la que lo integrarían en la obra pasó a ser el secreto mejor guardado de cada curso. Y a cada minuto que pasaba sin que el traje hiciera acto de presencia, la tensión aumentaba. Cuando por fin aparecía, todo el público se volvía loco de alegría.

»Es una sensación difícil de igualar, la del júbilo colectivo. Y más cuando estás subido aquí arriba, recibiendo los aplausos. Porque más de una vez fui yo quien llevé esta túnica, ¿sabes? Los estudiantes me lo pedían. Venga, Ramón, me decían, no hay nadie con tanta percha como tú, haznos el favor. Anda, Ramón, me suplicaban de rodillas, que sólo tu espigada figura puede hacer justicia a esta maravilla de traje.

La mirada de Ramón se perdió en las últimas filas del patio de butacas. Sonreía complacido con sus recuerdos, ya fueran verdaderos o inventados. Asia lo observó en silencio hasta que no pudo aguantar más.

—¿Los estudiantes hacían obras de teatro?

La sonrisa de Ramón se curvó, regresando de nuevo a su forma habitual, más fría e irónica.

—Sí, es para lo que se usan los teatros, Asia. Otros hacían películas o cortos o... cosas visuales que proyectaban también aquí. Algunos formaban grupos de música y daban conciertos. La gente sacaba tiempo de donde podían a lo largo del curso, y la última semana de junio, después de San Juan, cuando casi todo el mundo había acabado ya los exámenes, se exponía todo lo creado aquí, y en el Comedor, y al aire libre si el tiempo acompañaba.

Era la segunda vez que Asia oía que antes en esa Residencia se celebraban fiestas habitualmente, y seguía costándole imaginárselo. En marzo, dos guardias habían ido a su habitación una noche. Habían recibido una queja de que allí estaban montando alboroto, sólo porque al dar las doce él, Claudia, Alba y Carla le habían cantado el cumpleaños feliz a Fran.

—Eran otros tiempos —dijo Ramón—. Tiempos más... interesantes, con todo lo que eso implica. No voy a negar que haya noches que no los eche de menos, mientras veo la teletienda en una sala común.

—¿Qué pasó? ¿Cómo es que las cosas han cambiado tanto?

—¿Qué pasó? La vida pasó. O la muerte, míralo como quieras. Juan Docampo se hizo con el control de la Residencia.

—Y se cargó el proyecto de su padre.

—¿Qué sabes tú de ese proyecto? —preguntó Ramón, sentándose de nuevo al borde del escenario.

—Poco. Eulogio lo mencionó de pasada una vez.

Ramón asintió con la cabeza. Volvió a balancear las piernas.

—¿También prohibió él las novatadas?

—No, eso fue antes.

—¿Por qué las prohibieron?

—Porque había que prohibirlas. Hacía tiempo que se veía que algo iba a pasar. Juan Docampo siempre lo decía. Su padre, sin embargo, no veía nada malo en que sus jóvenes se divirtieran un poco para

empezar el curso. Decía que no había mejor manera de estrechar lazos.

»Al final ocurrió el accidente. El viejo Docampo dio un paso atrás: se sentía culpable. No fue el mismo desde entonces. Todavía se lo veía por la Residencia, pero era su hijo quien se ocupaba de casi todo. Su salud empeoró mucho. Juan Docampo tuvo la decencia de no suspender el proyecto de su padre hasta su muerte, dos años después.

—¿Qué accidente?

—Si no lo sabes, no me corresponde a mí decírtelo.

—¿A quién le corresponde?

Ramón negó con la cabeza.

—¿Hubo un incendio? —probó Asia.

—¿De qué clase de incendio estamos hablando? —preguntó Ramón, como si pudiera leer la mente de Asia. Al ver la expresión de sorpresa de su rostro, se echó a reír—. No hubo ningún incendio. No deberías creer todo lo que te diga Blas.

—¿He de creer que en su primer año trabajó para Eulogio en el Almacén?

—Puede.

—¿Y que vendía pastillas en la Residencia?

—¿De dónde has sacado eso?

—Es lo que dice la gente últimamente.

—Tampoco deberías creer a la gente.

—No sé. Creo que esta vez pueden tener razón.

—Olvídate de Blas y olvídate de si traficaba con pastillas o no —dijo Ramón, perdiendo su sonrisa ladeada por un momento, aunque pronto la recuperó.

Se puso el cayado sobre los hombros, por detrás del cuello, colgando de él las manos. Asia tuvo ante sí la crucifixión más laxa de la historia.

—¿Sabes que eres la primera persona en ocho años que intenta entrar aquí? —preguntó. Asia dio por perdida cualquier esperanza de que le contara qué accidente había supuesto el fin de las novatadas—. No que lo consigue: que tan siquiera lo intenta.

»El año que Juan Docampo cerró el teatro fueron muchos quienes protestaron. Cada semana las puertas aparecían forzadas, estas y las principales, abiertas de par en par para que cualquiera pudiera entrar. En esa época los guardias teníamos todo el poder que el viejo Docampo no nos había querido dar.

»No me entiendas mal: siempre le estaré agradecido al viejo Docampo por contratarme después de que me despidieran de mi anterior trabajo. Lo único que sabía hacer a esas alturas era ser guardia de seguridad, y sólo él confió en mí. Fue un gran Director, pero era demasiado blando con los estudiantes. La de informes que

rellené en mis primeros años aquí para nada. Se los llevaba y los guardaba en un cajón sin ni siquiera leerlos.

Ramón suspiró y bajó el cayado al suelo.

—Que Dios lo tenga en su gloria y todo eso —dijo, mirando al techo—. Pero no niego que me alegré de que su hijo tomara el control. No tanto porque cerrara el teatro y convirtiera los distintos talleres en salas de estudio. No. Si de algo me alegré fue de que no le temblara la mano a la hora de aplicar sanciones y expulsar a quienes se empeñaban en desobedecer.

Ramón sonrió con la mirada perdida en los asientos vacíos del fondo. Tomó aire. Recitó:

—Dicen que el poder es dulce, pero no, no lo es. No empalaga. El poder es salado. Da sed. Es delicado el equilibrio del poder.

Bajó de un salto del escenario y fue a sentarse junto a Asia en la primera fila.

—Con Juan Docampo al mando, acabamos expulsando a todos aquellos que querían que las cosas volvieran a ser como antes. Al cabo de un año ya no quedaba nadie en la Residencia con interés en reabrir el teatro. Tapiamos la entrada principal y cerramos estas puertas. De un año para otro ya no había ningún estudiante que recordara ver el teatro abierto. Se olvidaron de él así de rápido —dijo, chasqueando los dedos—, como suelen suceder las cosas en un sitio como este, donde cada generación dura apenas dos años.

»Así que la siguiente generación llegó a una Residencia totalmente cambiada, donde reinaba el orden, donde los guardias teníamos todo el poder. Pronto descubrimos que de nada servía tener el poder si nadie hacía nada para saltarse las normas. Al principio era el miedo a la expulsión lo que hacía que los chicos se comportaran. Poco después, os comportabais bien porque era lo cómodo. Juan Docampo os domesticó, y eso hizo mi trabajo irrelevante de nuevo. Cobro por pasear y por fumar cigarrillos y por ver la teletienda o los partidos de la NBA los viernes de madrugada, básicamente.

»Pero al final uno se aburre de no hacer nada. Es un tedio que amenaza con extenderse al resto de mi vida si no lo combato disfrutando de las pequeñas cosas que todavía se pueden hacer en esta Residencia.

—¿Como alquilar microondas a espaldas de Juan Docampo?

Ramón sonrió y asintió con la cabeza.

—Como eso, sí, entre otras cosas de las que no te voy a hablar porque no son asunto tuyo. Pero un hombre como yo necesita algo de acción. No estaría mal volver a tener chicos a los que poner faltas por entrar en sitios prohibidos en mitad de la noche.

—Como a mí.

—A ti no. He aprendido la lección. Nadie tiene por qué saber que

has entrado aquí, sobre todo Juan Docampo, pero no estaría mal que toda la Residencia recordara qué hay tras esas puertas, no sé si me entiendes. Que haya algo de revuelo.

—Es decir, me dejas irme sin castigo a cambio de que te consiga otros a los que castigar.

—No exactamente. Te dejo ir porque ya es hora de que pasen cosas.

—¿Y si no se lo cuento a nadie?

—Da igual. ¿No te das cuenta? Ya están pasando cosas —dijo Ramón, poniéndose en pie y señalando a su alrededor—. No importa si lo cuentas o no. Hay algo en ti que te ha llevado hasta aquí. Tienes una curiosidad que todavía no se ha saciado, porque todavía no sabes la verdad. Pero la sabrás. Confío en ti.

—¿Qué verdad?

—Eso es algo que vas a tener que descubrir tú mismo. Yo sólo puedo animarte a que sigas. Soy un simple actor secundario —dijo, dando un nuevo giro para mostrar la majestuosidad de la túnica de mago—. Tú eres el protagonista. Sal ahí y trae el caos, Asia: me aburro tanto...

Regalos

—Así que tenía yo razón: Blas está bien —dijo Carla en el bus, cuando Asia le contó su encuentro con Ramón, el guardia de seguridad, en ese teatro abandonado.

Volvían ya a la Residencia. Carla se había saltado las clases de la tarde para acompañar a Asia a comprar un regalo de cumpleaños para Lira. Fran también había querido participar. Entre los tres habían reunido el dinero suficiente para un detalle: un par de peces de colores y una pecera esférica, de plástico. Aunque al final Asia había cambiado de opinión y ahora viajaba con un gran paquete rectangular sobre las rodillas: un terrario de metacrilato, con su isla y su estanque, para que la tortuga estuviera cómoda. No le había importado pagar él solo la diferencia, había dicho.

—Está bien, sí, pero también tenía yo razón: huyó por culpa de Juan Docampo.

—Sí, bueno: según Blas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que todo eso del casino y de que lo perseguían me suena a película, como la mitad de las cosas que te ha contado. Pero sí lo quieres creer, allá tú...

El bus se había detenido en la parada de Arquitectura. Algunos compañeros de clase de Carla la saludaron al subir. ¿Habría sido su día mejor que el de ella?

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó Asia cuando el bus arrancó de nuevo, renqueante, negociando las curvas más cerradas de la parte final de la subida.

—¿Qué? —preguntó Carla, distraída—. Sí, sí.

—¿Estás segura?

—¿Por qué no voy a estar segura?

—No sé. Porque te noto rara. Cuando bajamos estabas de buen humor. Ahora...

—¿Ahora qué? —preguntó, mirándolo a la cara.

Asia se tomó unos segundos para responder.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó al final.

—¿Por qué iba a estar enfadada contigo? ¿Has hecho algo para enfadarme?

—¡No lo sé! Por eso pregunto.

—Da igual —dijo Carla, desviando la mirada hacia la ventana. Nadie se subió en la parada de Filología.

—Entonces es que sí que he hecho algo.

Carla resopló por la nariz y volvió a mirar a Asia.

—Da igual, en serio. Es una tontería. Si te lo cuento no conseguiré más que sentirme todavía más tonta de lo que ya me siento. ¿Quieres eso?

—Sí.

—¡Se supone que tienes que decir que no!

—Pero es que si algo te ha molestado, no será una tontería. No para ti. Y si no lo es para ti, tampoco lo es para mí.

—Déjalo, de verdad que no tiene importancia —dijo Carla, volviendo a desviar la mirada. La Residencia se veía a lo lejos, algunas ventanas iluminadas pese a que todavía no había anochecido, entre ellas la de su habitación. Suya y de Lira—. Es sólo que a mí nunca me has hecho un regalo así.

Asia miró a Carla, que se empeñaba en no mirarlo a él. No había forma de leer qué pensaba con sólo ver su perfil. ¿Estaba celosa porque no le había importado pagar más por un regalo mejor para Lira? Podría ser, pero...

—Sí que lo he hecho. Por tu despedida. Te compré un regalo.

Carla se rió sin ganas.

—Lo comprarías, pero nunca me lo diste —dijo, y se volvió hacia Asia. En sus ojos dorados había más información que en la curva de su pequeña nariz—. No apareciste por la playa, no sé si te acuerdas. Porque yo sí.

Asia se acordaba. No había ido a la playa pese a que su padre le había sugerido que fuera, que la vida seguía, que le vendría bien estar con sus amigos un día como ese. No había ido y no se había despedido de Carla antes de que se fuera a pasar el verano a Escocia. No le había podido dar el regalo que le había comprado.

—Aún lo tengo guardado. Este puente, cuando vaya a casa, te lo traigo.

—Diez meses después.

—Ya, bueno, me había olvidado de él hasta ahora.

—¿Qué era?

—Qué es. No te lo voy a decir. Si has esperado diez meses, puedes esperar una semana más.

Carla frunció el ceño. Esta vez parecía más dudosa que enfadada.

—¿Cómo sé que lo compraste hace diez meses y no esta semana?

—Porque hay un ticket regalo. No creo que puedas cambiarlo ya, pero servirá como prueba de compra al menos. Y porque tienes mi palabra también, qué demonios. ¿Por qué iba a mentirte en algo así?

Carla se encogió de hombros.

—¿Es ropa? Mi regalo, ¿es ropa?

—Puede.

—¿Es un pijama?

—Calla.

—¡Es un pijama! ¿Es bonito, al menos?

—¿Cómo que *al menos*? Un pijama es un regalo genial. Mucho mejor que una tortuga, incluso. Un pijama te mantiene caliente por las noches. Una tortuga no.

Habían llegado a la Residencia. Asia bajó del bus con cuidado de no menear mucho el paquete. Carla, de mejor humor, bajó con las manos vacías. Se las llevó la boca.

—Nos hemos olvidado de pasar por la panadería —dijo—. ¿Dónde vamos a poner las velas?

Asia no lo sabía, pero confió en que algo se les ocurriría de ahí a la hora de cenar. De paso, pensaron también qué nombre ponerle a la tortuga. Resultó que ambos problemas tenían la misma solución. Cuando Fran llegó de clase, tenían todo listo. Bajaron juntos al Comedor. A la vuelta, después de que Asia cogiera el paquete en su habitación, fueron a la de Carla. Pese a tener la tarjeta para abrir, llamaron al timbre. Cuando Lira abrió la puerta, los tres gritaron al unísono eso de:

—¡Felicidades!

Lira los dejó pasar. Parecía aturdida. Contenta y aturdida. Saludó con dos besos en las mejillas a Fran, que entró primero. A Carla le dio un abrazo. A Asia y al regalo los miró con una expresión extraña, una mezcla de enfado y sonrisa contenida. A él no lo besó ni lo abrazó. Sólo dijo:

—¿Qué es eso?

Por toda respuesta, Asia le entregó el paquete. Lira lo dejó con cuidado sobre su cama y lo observó en silencio unos segundos antes de rasgar el papel sin contemplaciones. Dio un grito de sorpresa y levantó durante un instante la cabeza para mirarlos a los tres, que la observaban con atención. Luego, con un par de violentos movimientos, dejó al descubierto el tortugario.

—Que sí, que se llama así, que me lo dijeron en la tienda —explicó Asia.

—¡Ah, que hay una tortuga! ¡Pensaba que era una pecera! —dijo Lira, cada vez más emocionada, metiendo las manos en el tortugario para coger la tortuga—. ¿Qué tiene aquí pegado?

La tortuga emergió entre las manos de Lira. Encima del caparazón tenía una vela sobre una base de hojalata.

—Nos olvidamos de pasar por la panadería para comprar algo sobre lo que poner las velas —explicó Asia, señalándose a sí mismo y a Carla—. Así que te presento a Tarta, la tortuga.

—Tarta Oruga —matizó Carla—. Y el nombre no es negociable.

Lira miró a Tarta Oruga con los ojos entrecerrados.

—Me encanta. Pero ni se te ocurra prenderle fuego a mi tortuga —

dijo, protegiéndola contra su pecho de un Asia que se acercaba ya con una caja de cerillas entre las manos.

—Puedes quitarle la vela si quieres y soplarla aparte. No será tan divertido, pero bueno.

Así lo hicieron. Asia se colocó la vela sobre la palma de la mano y Fran lo ayudó a encenderla. Cantaron entonces un "cumpleaños feliz" que empezó con timidez y acabó con golpes en la pared desde la habitación de al lado, quejándose del ruido.

—¡Es mi maldito cumpleaños!

—*¡Eso nos ha quedado claro!* —respondió una voz del otro lado de la pared—. *¡Pero hay gente que madruga y que quiere dormir!*

—¡Si no son ni las doce! Cómo las odio —añadió Lira en voz baja —. Sabes quiénes son, ¿no? —le preguntó a Carla—. Son esas gemelas de segundo.

—¿Las brujas? ¿Qué? —se defendió ante la mirada de Asia y Fran —. Es que tienen pinta de brujas. Tienen el pelo negro y una verruga en la nariz. Las dos. Y no es que sean muy agradables, como habéis podido comprobar. Así que sí: brujas las dos.

A Lira el enfado ya se le había pasado. Miraba embelesada a Tarta, la tortuga, y le hacía carantoñas en la cabeza. Dedicaron los siguientes minutos a llenar de agua el tortugario y a buscarle un lugar adecuado. Acabaron por vaciar uno de los estantes más bajos de la estantería y lo pusieron allí, para poder ver a Tarta Oruga desde todos los puntos de la habitación.

La tortuga venía con instrucciones. Lira leyó en alto el pequeño panfleto que le habían entregado a Asia en la tienda y todos aprendieron qué cuidados básicos requería y cuánta comida era demasiada comida. Venía en un bote de plástico y tenía aspecto de pequeñas larvas. Desgraciadamente, no era la comida de aspecto más asqueroso que habían visto en las últimas horas. Estuvieron hablando de cómo se podía convertir un simple bistec en algo tan incomestible como lo que les habían servido durante la cena. Fran se llevó entonces la mano a la frente.

—Me he dejado los lápices en la habitación —le dijo a Carla—. ¿Me acompañas y te los doy?

—Me los puedes dar mañana por la mañana.

—Mañana me voy a olvidar.

—Pero...

—Ven y te los doy ahora y así nos olvidamos del asunto.

—Está bien... —accedió al fin.

Fran se acercó a Lira para despedirse y desearle una vez más feliz cumpleaños, aprovechando que todavía quedaban unos minutos para las doce. Lira le dio otros dos besos. De Carla se despidió con la mano. Asia lo observó todo desde detrás de la estantería, junto a Tarta, la

tortuga. La puerta no tardó en cerrarse.

—Eres idiota —dijo Lira en cuanto se quedaron a solas.

—¿Hablas conmigo o con la tortuga?

—Nunca le diría algo así a la señora Oruga —dijo Lira, poniéndose de rodillas sobre la cama de Carla y dando unos golpecitos en el cristal para atraer sin éxito la atención de Tarta—. Te dije que no hacía falta ningún regalo y me vienes con esto. Por eso eres idiota.

—¿No te gusta? Si no te gusta, dímelo. No creo que la pueda devolver, pero seguro que se puede hacer una buena sopa con ella.

Lira abrió mucho los ojos y puso las manos a los lados del tortugario, sobre las paredes de cristal.

—No hables así delante de ella —le advirtió a Asia, susurrando.

Asia se echó a reír.

—¿Acabas de intentar taparle los oídos?

—Sí, pero ahora que está nadando no quería mojarme las manos. Además, al no tener orejas no sé dónde están sus oídos. Y sí que me gusta. Claro que me gusta. Me encanta. Ya me encantaba cuando pensé que era un pez de colores, pero me encanta más así. Parece tan robusta y tan difícil de empachar hasta la muerte... Gracias, Asia.

Asia maldijo a la estantería que se interponía entre ellos. La rodeó, pero sus piernas no consiguieron llevarle hasta Lira. En su lugar le hicieron pasear sin rumbo por la habitación. Acabó donde solía acabar cada vez que estaba allí: frente a la pizarra blanca, cerca de la puerta. Alguien había unido los puntos que él había dibujado en un rincón mucho tiempo atrás, formando una especie de rombo de líneas azules.

—¿Dibujaste tú esto? —le preguntó a Lira.

Lira se había tumbado en la cama de Carla. Tuvo que incorporarse para mirar lo que Asia le señalaba.

—Mm-mmh. Bueno, más o menos. Había unos puntos y los uní.

—Ya. Los puntos los dibujé yo.

Lira terminó por sentarse en la cama con las piernas cruzadas. Miraba a Asia con la cabeza ladeada, jugueteando con el pelo a un lado de la cabeza, como tantas otras veces le había visto hacer Asia, sobre todo en la piscina.

—¿Cuándo?

—Hace meses. En enero. La noche del apagón. Hubo un apagón el día ese del temporal —dijo Asia, recordando que esa noche Lira no estaba en la Residencia.

—Ahí ya nos conocíamos, ¿no?

Asia asintió con la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada —dijo Lira, distraída.

Asia no insistió. Se quedó un rato mirando a Lira en silencio. Ella tenía la mirada perdida en algún punto de la cama de Carla. Asia se

sentó en la otra. El movimiento hizo que Lira levantara la cabeza y viera a Asia mirándola. Pero esta vez, al contrario que tantas otras veces, Asia no sintió la necesidad de apartar la mirada al verse sorprendido.

Una vez más se preguntó cómo había podido llegar a pensar que esos ojos eran grises. Eran de un verde intenso. Verde oscuro. Verde como el aire de un bosque una mañana de verano, cuando la bruma todavía no se ha disipado y recibe los primeros rayos del sol. Verde Lira.

—He estado componiendo una canción —dijo de pronto ella—. ¿Quieres oírla? No tiene letra todavía.

Sin esperar a que Asia respondiera, Lira cogió la guitarra acústica que tenía en un soporte junto al armario. Volvió a sentarse en la cama de Carla, las piernas cruzadas, la guitarra apoyada sobre ellas. Mano derecha en el mástil. Mano izquierda sobre las cuerdas.

—Voy a cantar bajito para que las brujas de al lado no protesten, ¿vale?

Asia asintió con la cabeza. Lira hizo lo mismo: estaba lista. Empezó a acariciar las cuerdas con delicadeza. Luego entró la voz. Balbuceaba algo que sonaba a inglés, pero no lo era. Unos simples garabatos donde apoyar la melodía. Cantaba con los ojos cerrados, concentrada. Su voz se quebraba de vez en cuando de una forma que hacía que Asia se quebrara también. Era una canción tremendamente melancólica, como de último día de campamento o de páginas finales de una novela que te atrapa.

—Se titula *Straight lines crossing* —dijo al acabar, dejando la guitarra de nuevo en su soporte—. Eso sí lo sé.

Ahora Asia comprendía a qué se debía esa melancolía.

—Es algo triste, ¿no? El título.

—¿Por qué te parece triste? —preguntó Lira, sentándose de nuevo en la cama de Carla—. Son líneas que están destinadas a encontrarse en algún momento. Me parece una imagen bonita.

—Sí. Y después de encontrarse se separan para siempre.

Lira volvía a juguetear con su pelo.

—Mejor eso que nunca llegar a cruzarse, ¿no?

El silencio tenso que vino después quedó roto por unos pasos al otro lado de la puerta. Lira se levantó de la cama justo en el momento en que la cerradura se desbloqueaba con un chasquido y Carla entraba cargada con una bolsa de plástico.

—Ya tengo los lápices —dijo, meneando la bolsa.

Asia supo entonces que había llegado el momento de marcharse.

—Te acompaño a la puerta —dijo Lira.

Lira salió al pasillo y arrimó la puerta tras ella. Era hora de despedirse una vez más. A estas alturas, Asia ya debía de haberse

acostumbrado. Pero no.

Siempre era un momento delicado. Un momento en el que Asia se sentía vulnerable. Por algún motivo perdía durante un instante el dominio de sus emociones. Y ahora, de nuevo ante Lira, creía saber por qué: cada vez que se despedía de ella no podía evitar preguntarse si ese iba a ser su último abrazo. Si lo fuera... Si supiera que lo iba a ser... Si fueran líneas rectas a punto de encontrarse, ¿cómo se despediría de ella?

Esa noche el abrazo fue largo. Hubo un beso en la mejilla y un "gracias por el regalo" susurrado al oído y un "hablamos para ir a visitar a Celeste o a la piscina o lo que sea, ¿vale?". De vuelta a la habitación, Asia supo que habría más despedidas.

Música y estrellas

La persiana había quedado sin bajar. La luz de media mañana iluminaba ya toda la habitación. ¿Toda? No. Un pequeño reducto tras la estantería permanecía todavía a la sombra. Allí se cobijaba Fran, roncando. Se había acostado tarde la noche anterior y ahora lo pagaba. Asia abrió la ventana y se sorprendió al notar una ráfaga de aire caliente en la cara. Abril se iba con calor.

Se vistió con unos vaqueros y una camisa remangada y abierta sobre una camiseta blanca. Al salir al exterior tuvo que usar la mano a modo de visera para paliar el reflejo del sol en el pequeño muro de hormigón sobre el que Lira estaba sentada, esperándolo ya junto al bus, con un pantalón corto y una sencilla camiseta blanca de asas, el pelo todavía húmedo, los ojos ocultos tras las gafas de sol. Bostezó y bajó del muro de un salto.

—¿Vamos? —dijo, y cogió su mochila y subió al autobús delante de Asia.

Se sentaron hacia el fondo, juntos. Fueron en silencio hasta que la última persona se bajó en la parada de Caminos.

—¿Son los vaqueros que te compraste ayer? —preguntó Lira.

Lo eran, sí. La tarde anterior Asia había decidido bajar a Coruña a comprar unos pantalones que no se le estuvieran escurriendo todo el tiempo. Compró también una nueva sudadera con capucha, que el calor inesperado de esa mañana no le había dejado estrenar. Al volver de comprar, en las escaleras de la entrada del Bloque 2, se cruzó con Carla y con Fran.

—¡Ah! ¡Aquí estás! —dijo Carla al verlo—. Vamos a bajar al cine con Claudia y con Alba. ¿Vienes?

Asia no se lo tuvo que pensar demasiado.

—No, gracias.

—A ver, no pienses que sobras, ¿eh? Que no es una cita doble: sólo somos cuatro personas yendo a cenar y al cine y a tomar algo después.

—No es por eso. Aunque sí que sobraría, porque volver en taxi después siendo cinco es más lío. Pero tengo cosas que hacer, de todos modos. De verdad.

—¿Qué tienes que hacer?

—Vamos a perder el último bus —le dijo Fran a Carla, tirándole del brazo para que se moviera.

—¿Qué planes tienes? —gritó aun así Carla, antes de subir al bus.

Asia se limitó a encogerse de hombros y a sonreír. El bus arrancó y Asia lo siguió con la mirada, viendo cómo se alejaba, llevándose a

todos sus amigos con él.

No todos. Asia no tenía planes, en realidad, pero podría tenerlos. Así que en vez de entrar a su Bloque, se dirigió al Bloque 1. Un minuto más tarde, llamó a la puerta de la 1205. Lira se sorprendió al abrirle.

—Carla no está.

—Lo sé. Venía a verte a ti.

Lira entornó los ojos, algo desconfiada.

—¿Qué me traes? —preguntó, mirando la bolsa donde Asia llevaba la ropa recién comprada.

—Igual te queda todo un poco grande.

Lira sacó la sudadera de la bolsa. Se la puso por encima de la camiseta que llevaba. Le quedaba algo grande, sí. Las manos no llegaban a asomársele por las mangas.

—Casi podría usarla como vestido —dijo, comprobando el largo—. Un vestido algo corto, aunque calentito. Y con capucha. ¿Cómo me queda?

—Mal.

—No creo —dijo, mirándose en el espejo de cuerpo entero, junto a la pizarra—. Lo que pasa es que tienes envidia porque me queda mejor a mí que a ti.

—No sabes cómo me queda a mí.

—Tienes razón.

Lira se quitó la sudadera y se la entregó a Asia para que se la probara.

—Vale, te queda mejor a ti —reconoció Lira—. Puedes quedarte con tu ropa.

—¿Y puedo pasar?

Asia seguía bajo el marco de la puerta. Lira se lo pensó durante unos segundos antes de decir que sí, que ya que había ido hasta ahí qué menos que entrar, y que si quería algo para beber.

—Tengo té.

—¿Sólo té?

—Sí. ¿Quieres?

Asia se encogió de hombros. Lira fue hasta la cocina y puso agua a calentar. Atardecía ya y la luz de la mesilla de noche parecía ir cobrando cada vez más intensidad. Sobre la cama de Lira había una guitarra.

—Mañana tengo un concierto en Santiago. Estaba ultimando una de las canciones. ¿Quieres oírla?

Asia quería. Se sentó en la cama de Carla, apoyado contra la estantería. Lira se sentó en la suya, la guitarra sobre las piernas. Rasgó un poco las cuerdas para comprobar que, en el tiempo que se había separado de ella, la guitarra no se hubiera quedado repentinamente muda. Tuvo que ajustar ligeramente un par de clavijas para afinarla.

Miró a Asia a los ojos antes de componer el primer acorde. Luego los cerró.

Ahora, en el bus, Asia intentaba recordar la canción. Por más que se esforzara, ninguna melodía acudía a su mente. Le había gustado, eso sí. Mucho. Se moría de ganas de volver a oírla esa noche.

El bus se detuvo en la parada de la estación de tren. Allí se bajaron los dos. Lira con el pelo mojado secándose ya al sol. Asia con sed.

—¡El té!

Asia no creía que fuera así como acabara la canción, pero así fue como acabó ese atardecer en la habitación de Lira. Dejó la guitarra de nuevo sobre la cama y fue a apartar del fuego un agua que ya hervía. Asia se quedó donde estaba, incapaz de moverse. Incapaz de hablar.

—Toma.

Lira le puso entre las manos una humeante taza de té. Sopló durante unos segundos antes de llevársela a los labios. Apenas los mojó. Más que un sorbo fue una especie de beso que le sirvió para comprobar que el té estaba todavía demasiado caliente.

—¿Qué te ha parecido la canción? —preguntó Lira, sentándose de nuevo en su cama, frente a Asia.

—Es... triste.

—Sí.

—Me ha recordado a otra canción tuya. A la última que tocasteis en el concierto que fui a ver. ¿Puede ser?

Lira asintió en silencio, seria, sin apartar la mirada de Asia.

—Puede ser. Tratan de lo mismo.

Asia volvió a llevarse la taza a los labios. Esta vez el té no le llegó a quemar. Bebió un poco y sintió cómo el calor le bajaba por la garganta y le reconfortaba por dentro.

—¿De qué tratan?

Lira se estiró para dejar la taza de té sobre la mesilla de noche. Se revolvió un poco en la cama, inquieta, buscando una postura más cómoda. Al final cruzó las piernas y cogió la guitarra. Se apoyó en ella.

Asia empezó a sentirse nervioso ante la evidente incomodidad de Lira. Quizás no debería habérselo preguntado.

—No tienes por qué...

—No, quiero hacerlo. Quiero responderte. Sólo que no suelo hablar del tema, y no sé por dónde empezar. No sé qué palabras decir. Con las canciones es más fácil —dijo Lira.

Sus dedos se posaron entonces sobre las cuerdas, rasgando con la yema de los dedos un acorde cálido y repetitivo.

—En las canciones puedo hablar de lo que quiero sin que la gente lo sepa. Puedo desahogarme delante de cientos de personas y sentirme a la vez protegida. Cada canción es el guardián de un secreto.

El acorde cambió, y cambió también el ambiente. Ahora había cierta melancolía en esa habitación iluminada únicamente por una pequeña bombilla de luz anaranjada. El té de Asia seguía caliente.

—Me será más fácil si me imagino que tú eres mi canción. Que vuelco en ti mi secreto.

El último rasgueo fue cortante. El sonido cesó al momento. Lira se bajó de la cama y dejó la guitarra en su soporte, junto al armario.

—Túmbate aquí conmigo —le dijo a Asia, dando unas palmaditas sobre el colchón.

Asia dejó su taza sobre la mesilla de noche. Se tumbó junto a Lira en su cama, brazo contra brazo, pegados, mirando al techo en silencio durante un minuto. Un minuto en el que lo único que se escuchó fue la respiración de Lira. Una respiración cada vez más profunda, como cuando en la piscina se preparaba para aguantar bajo el agua más tiempo que Asia.

Al final estuvo lista. Asia lo supo por la forma en la que soltó todo el aire una última vez. Giró la cabeza para mirarla y la vio con los ojos cerrados. Los abrió para hablar.

—Esas dos canciones tratan de mi padre —dijo, e hizo una larga pausa antes de añadir—: Murió cuando yo tenía quince años.

Encontraron la estación de tren más vacía que de costumbre. Era normal: Asia sólo iba ahí algún viernes por la tarde, cuando estaba llena de estudiantes esperando el último tren para volver a casa.

Ese miércoles al mediodía no tuvieron que hacer cola para comprar los billetes, pero les tocaba esperar una hora por el tren. Salieron a los andenes y se sentaron en uno de los bancos vacíos con vistas a las vías. Lira bostezó.

—Creo que voy a dormir. ¿Me avisas cuando tengamos que subirnos al tren?

—No.

Lira miró con odio a Asia y se pegó un poco más a él. Tiró de su brazo para que Asia se escurriera en el banco. Cuando estuvo a la altura adecuada, apoyó la cabeza en su hombro.

—Así tendrás que despertarme sí o sí, o los dos perderemos el tren —dijo Lira con una voz ronca que Asia sintió como una suave vibración en sus pulmones.

El pelo de Lira le hizo cosquillas en el cuello. Un tren arrancó sin dejar tras él ningún rastro de vapor. Asia cerró los ojos.

—Mi padre dejó un día el trabajo y me dijo que nos volvíamos a casa. Yo no me lo tomé muy bien. Llevábamos tres años viviendo en Denver. Tres años seguidos en la misma ciudad. En el mismo instituto. Tres años jugando al béisbol con las mismas compañeras. Allí viví mi primer beso y mi primer desamor. Allí estaba mi hogar. Pero la decisión era definitiva: en dos semanas nos íbamos.

Lira hablaba con la vista fija en el techo. Sus dedos tamborileaban nerviosos sobre el colchón, al costado de su cuerpo. De vez en cuando rozaban la mano de Asia.

—Cada día que pasa estoy más convencida de que lo hizo a propósito. Podría haberme dicho que tenía que hacer las maletas, que al día siguiente nos mudábamos de nuevo. No sería la primera vez. Supongo que funcionaba mejor cuando era pequeña y la tristeza por dejar atrás a mis amigos duraba tanto como tardaba en hacer unos nuevos.

»Esta vez me dio dos semanas para despedirme. Dos semanas en las que estuve enfadada con él y apenas le hablé. Pero dos semanas que aproveché al máximo con mis amigos. Es una experiencia liberadora, perder la excusa de "ya habrá tiempo para hacerlo". Disfruté como si no hubiera un mañana. Y cuando llegó el último día, me fui sin más. Sin fiesta de despedida ni notas emotivas. Sin lloros. Quería que el recuerdo que tuvieran de mí fuera el de esas dos últimas semanas.

La mano de Lira buscó la de Asia. En cuanto los dedos se entrelazaron, el tamborileo cesó.

—No te voy a mentir: a veces era duro para mí soportar ese secreto. Cada plan que mis amigos hacían para después de mi partida me dolía como si me clavaran agujas entre las costillas. Pero creo que al final fue lo mejor. Para mí y para ellos.

»Puede que fuera algo egoísta al negarles la oportunidad de despedirse de mí, pero no quería que me trataran de forma diferente por saber que me iba. Y cada vez que, años después, me enfadaba con mi padre por no haberme dicho cuánto tiempo le quedaba, pensaba en esas dos semanas con mis amigos. Si me lo hubiera dicho no habría podido disfrutar esos últimos días con él. Lo echaría de menos en vida —dijo Lira, negando con la cabeza—. Ya me hartaría de echarlo de menos después.

Lira rió. Una risa fugaz y triste, llena de lágrimas.

—Lira.

—¿Mmh?

—El tren.

Lira abrió los ojos y apartó la cabeza del hombro de Asia. Se puso en pie con lentitud y se desperezó sin cortarse.

—Te odio —dijo entre bostezo y bostezo.

—No me odias.

—Sí. Últimamente no haces más que despertarme.

—Deja de quedarte dormida sobre mí, entonces.

—No. Eres mi almohada. Ese era el trato.

—¿Qué trato?

—El que firmaste cuando aceptaste que te pusiera en la lista para no pagar en mi concierto. Estaba en la letra pequeña. Aquí —dijo,

dándose unos golpecitos en la sien.

Lira cogió su mochila del suelo y se dirigió al tren, que ya esperaba en la vía 4. Asia dejó que se alejara sin protestar. Había cosas mucho peores que ser su almohada.

—¿Vienes o qué?

Echó a andar tras ella. Entraron al tren por la primera puerta que vieron. Era un tren de los antiguos, de los que no tenían mesas entre los asientos ni bandejas en los respaldos. Encontraron un vagón vacío y se sentaron frente a frente, junto a la ventana.

El tren no tardó en arrancar. Lira miraba fascinada cómo el paisaje desfilaba ante la ventana. Asia la miraba a ella.

—¡Mira, vacas! —señaló Lira de pronto, pegándose más al cristal.

Asia miró hacia fuera. Allí estaban las vacas, dejando de pastar por un momento para ver pasar al tren.

—¿Crees que podrías ganarle a una vaca? —preguntó Lira cuando las vacas quedaron atrás.

—¿En una pelea?

—Mm-mmh.

—¿Por qué iba a pelearme con una vaca?

—No sé. Igual ella quiere pelearse contigo y tú no tienes otra opción que defenderte.

—¿Por qué iba una vaca a querer pelearse conmigo?

—Porque está de mala leche.

Asia se llevó la mano a la cara y meneó la cabeza. Lira sonreía, orgullosa de su chiste.

—Si no me quedara otra que pelear con ella, supongo que sí, que podría ganarle —dijo Asia al final.

—Venga, hombre. ¿A una vaca? ¿Nunca has visto lo que le cuesta a un torero matar a un toro? Y eso que tienen ayuda de esos caballos con lanzas.

—Las lanzas no las tienen los caballos —dijo Asia, riendo ante la idea de un cruce de caballo y puercoespín.

—Bueno, ya me entiendes. ¿Y crees que tú puedes ganarle a una vaca con tus propias manos?

—Con mis propias manos no, pero casi. Sólo necesitaría un objeto.

Un túnel llegó y se fue, y Lira no aguantó más.

—¿Qué objeto? ¿Una pistola? ¿Un rifle? ¿Un cañón? ¿¡Un tanque!?

Asia negó todas las veces.

—Un guante —dijo.

Lira miró con el gesto torcido a Asia.

—¿Un guante? ¿Vas a retarla a un duelo?

—No. Uno de esos guantes blancos de látex que los pediatras hinchan como un globo para entretener a los niños mientras les ponen una vacuna, ya sabes. Yo haría lo mismo.

—¿Distraerla con un guante?

—No: usar el guante como un muñeco de vudú —dijo Asia, y cogió su mano y fingió hincharla como habría hecho con el guante—. Esto es la ubre, y con un alfiler explotaría el guante. Por la propiedad transitiva del vudú, la ubre también explotaría y la vaca moriría deslechada.

Lira no pareció muy convencida con el plan de Asia.

—De todas formas, nunca intentaría matar una vaca —dijo Asia—. A no ser que fuera la Vaca Suprema o algo así y estuviera dominando al resto de vacas. Entonces sí la mataría y yo sería el señor de las vacas. Y mi primera y única medida sería liberarlas a todas. Pero liberaría unas cuantas en los campos de café, por probar.

Lira sonrió y se inclinó hacia delante en el asiento.

—Y podrías mandar otras a los campos de cacao —dijo.

Asia asintió con la cabeza.

—Y el resto, como hasta ahora, en los campos de leche.

—¿Los campos de leche son los que hay antes de que salgan los definitivos?

Asia no pudo aguantar la risa. Se alegró de no estar bebiendo nada, porque habría dejado a Lira completamente empapada. Aunque quizás habría sido lo justo. Así se vengaría de ella por haberle salpicado en la fuente de los Jardines, hacía ya más de un mes. Ese día había empezado a conocer de verdad a Lira. Y cuanto más sabía de ella, más quería saber.

—Volvíamos a casa —siguió Lira, tumbada en la cama—. Si es que tras diez años yendo de aquí para allá seguíamos teniendo una casa a la que volver. El vuelo de vuelta salía desde New York. En vez de volar hasta ahí, fuimos en coche. Hasta me dejó conducir por algunas carreteras sin tráfico, atravesando Kansas, después de parar a comer en Kansas City, Missouri.

Lira sonrió, recordando esos tiempos de delincuencia juvenil en los Estados Unidos.

—Tuvimos todo un día para visitar New York una última vez. Al día siguiente, el taxi nos llevó al puerto. "Vamos a ir en barco", me reveló entonces mi padre.

Lira se rascó la frente sin soltar la mano de Asia. Volvió a bajarlas al colchón.

—Era un velero pequeño, suficiente para los dos. Navegamos hacia el sur pegados a la costa durante unos días. Desembarcábamos de vez en cuando para ir a alguna playa o visitar algún pueblo. No teníamos prisa. Y mientras tanto, mi padre me enseñaba a navegar. Iba a necesitarlo para cuando nos adentráramos de verdad en el océano.

Lira hablaba en voz baja, casi susurrando. Parecía más animada ahora. Asia la sentía sonreír de vez en cuando.

—Lo mejor eran las noches despejadas —dijo con una de esas sonrisas que se notaban en la voz—. Nos tumbábamos en la cubierta y jugábamos a inventar constelaciones. Sólo había una que no podíamos tocar.

Lira se revolvió un poco en la cama. Con la mano libre tanteó la mesilla de noche que tenía a su izquierda. Apagó la luz. El techo se llenó de estrellas.

—Esa de ahí soy yo —dijo, señalando con su mano y la de Asia una figura familiar—. Esa es Lira.

Asia no tardó en reconocer el mismo rombo que entre él y Lira habían dibujado en la pizarra. Sólo que en vez de puntos y líneas azules, estaba formado por estrellas de luz verde.

—El resto de constelaciones podían ser lo que quisiéramos. Las estrellas eran siempre las mismas, pero las historias cambiaban. Y con cada historia mi padre me regalaba un trocito de él. Yo le regalaba trocitos míos. Aunque hubiera sabido que no iban a durar, le habría dado todos mis trocitos sin pensarlo.

»Cuando veo las estrellas, lo oigo a él. Oigo su voz en el barco, con el sonido del mar contra el casco y el silencio de la noche en mitad del Atlántico. Una voz grave que hacía temblar la cubierta de madera y me hacía cosquillas en los pulmones. Y lo mejor es que lo que oigo no son las historias que me contaba. Esas las he olvidado.

Lira soltó la mano de Asia y se giró de costado. Asia la imitó. Frente a frente, Asia veía el brillo de las estrellas reflejado en la humedad de los ojos de Lira, tan verdes ahora. Sonreía.

—Oigo historias nuevas, Asia. Historias suyas. Tantos trocitos suyos me dio que todavía puedo oírlo. No puedo nunca más hablar con él, pero él habla conmigo. De eso hablan mis canciones.

Asia acarició el pelo de Lira. La besó en la frente. Ella cerró los ojos y las estrellas parecieron apagarse un poco. Cuando los abrió, miró a algún punto cerca de la cabeza de Asia.

—Me temo que el té se ha quedado frío —dijo, riendo entre lágrimas, hundiendo su cara en el pecho de Asia.

Fue un abrazo en el que las lágrimas de Lira mojaron la sudadera recién comprada de Asia. Un abrazo que duró lo que tenía que durar, hasta que las respiraciones se acompasaron. Cuando Asia se despertó, había anochecido por completo.

Lira dormía, apoyada sobre su pecho. Protestó en sueños cuando Asia se movió para salir de la cama. Asia cogió las tazas de té y las llevó al fregadero. A su espalda, oyó como Lira se revolvía en la cama y encendía la luz. Sintió sus pasos acercándose a la cocina. Se volvió para ver cómo se sentaba en el escritorio, subiendo de un salto. Asia empezó a lavar las tazas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asia dejó las tazas limpias junto al fregadero. Se secó las manos en un trapo y miró a Lira.

—Claro —dijo.

—Es sobre Carla.

Asia dejó el trapo de nuevo sobre la encimera.

—¿Qué pasa con Carla?

—¿Qué sientes por ella?

—¿Por Carla? —preguntó Asia, confuso—. Es mi amiga.

—¿Sueles ir besando a tus amigas?

—Yo no…

—Os vi —dijo Lira, seria, balanceando las piernas como si estuviera sentada al borde de la piscina—. Sabes que os vi. Ya lo hemos hablado.

—¿Cuándo?

—Cuando dormiste aquí, después de aquel jueves en los Jardines. Te dije que no era asunto mío con quien te liabas. Te dije que no iba a decir nada. ¿Lo recuerdas?

Asia lo recordaba, sí. Claro que sí. Por aquel entonces pensaba que Lira hablaba de Claudia. Pero no. Asia no se había besado con Claudia. Claro que no. Había sido Carla.

—¿Qué sientes por ella?

—Nada —dijo Asia, aturdido. Le estaba costando asimilar la información.

Lira dejó escapar una risita irónica.

—Ya.

—Es cierto —dijo Asia—. Me gustaba, pero ya no.

—¿Desde cuándo no?

—No lo sé. No sabes el tiempo que llevaba intentando olvidarla, y ahora no me doy cuenta de cuándo pasó. Pero ya no pienso en ella como antes. Ahora…

—¿*Ahora* qué?

Asia tomó aire y lo soltó lentamente por la nariz. ¿A qué tenía miedo?

—¿Sabes en qué pienso últimamente? En lo que me dijiste hace meses cuando coincidimos en el bus, cuando lo paraste por mí. ¿Recuerdas? Lo de apreciar los momentos raros, los que sólo sucedían en una de cada cien vidas. Dijiste que esos eran los verdaderos milagros. Que era algo mágico.

Lira asintió, seria.

—Vale. Pero entonces ¿esto qué es? —dijo Asia, señalándose a sí mismo y a Lira, sentada en el escritorio, acercándose a ella—. Porque esto no es raro. Esto no es una casualidad. Desde el primer día que hablé contigo siento que de cien vidas que viviéramos, en las cien nos habríamos encontrado, de algún modo u otro.

Asia había llegado junto a Lira. Sus ojos quedaban a la misma altura. Tan cerca. Tan verdes.

—Así que en eso te equivocabas.

—¿En qué? —preguntó Lira.

Su voz era apenas un susurro. Más que oírla, Asia la sintió vibrar en sus propios labios.

—En pensar que algo como esto no es mágico. Porque no vivimos cien vidas: vivimos una —dijo él, susurrando a su vez, respirando el mismo aire que Lira, rozando sus labios con cada sílaba, sintiendo unas cosquillas que había que aplacar.

Asia se había imaginado ese primer beso tantas veces que lo sentía casi como un recuerdo. Había besado a Lira en la piscina al final de cada largo. La había besado camino de Los Cipreses, y de vuelta a la Residencia, y frente a Celeste, bajo el techo acristalado. La había besado el día de su cumpleaños, justo antes de que Carla los interrumpiera. La había besado en todos y cada uno de los lugares que habían visitado juntos aquel sábado de marzo. La había besado al final de ese día, frente a la entrada de su Bloque, y ni las sirenas de policía habían logrado importunarlos. La había besado en situaciones que no habían vivido, en sueños, y había sentido el tacto de sus labios y el calor de su lengua y su sabor, y un escalofrío le había recorrido la espalda. Se había despertado con la respiración agitada y sudando, preguntándose si, llegado el momento, sentiría algo parecido cuando la besara de verdad.

Ahora sabía que no. Que era imposible llegar a imaginar algo así.

Asia sintió una corriente eléctrica cuando sus labios chocaron. Y cuando sus lenguas se encontraron, la corriente le recorrió todo el cuerpo, imantándolo, erizándole la piel y haciendo que se pegara más a Lira y que Lira se pegara más a él. Sintió que perdía el control.

Era una pérdida de control necesaria, en la que los instintos más primarios tomaban el mando. Ese beso era su beso y el de toda la humanidad antes que ellos. Era un momento fuera del tiempo, infinito y fugaz a la vez. Era una sed imposible de saciar y un trago de agua fresca tras estar a punto de morir ahogado.

Cuando se separaron, Lira lloraba.

Cerró los ojos con fuerza y meneó la cabeza. Unas lágrimas le corrieron por las mejillas. Apretó los labios y abrió los ojos. Asia la miraba preocupado, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Perdona —dijo Lira, riéndose entre las lágrimas—. No es nada, de verdad.

Hundió la cara en las manos y ahogó un grito. Se secó las lágrimas.

—Ven mañana conmigo a Santiago —le dijo a Asia—. Iba a ir por la tarde con Antonio y el resto en la furgoneta. Pero ven conmigo en tren al mediodía. Podemos comer juntos y visitar la ciudad. Juancho

tiene un piso cerca de la catedral. Nos vamos a quedar a dormir ahí. ¿Vendrás?

Asia se acercó un poco más a Lira. Bailaba con los ojos cerrados, sintiendo la música dentro de ella, saltando y moviendo la cabeza a un lado y a otro, siguiendo el ritmo con todo el cuerpo. El pelo sudado pegado a la cara. Los brazos en alto. Se llevó la cerveza a los labios. Había sido un buen concierto y ahora tocaba celebrarlo.

Volvieron al piso los últimos. Juancho les había dejado una llave y una habitación libre: la del fondo, la que había sido de sus padres, con la cama de matrimonio y el baño propio.

—Necesito una ducha —dijo Lira al entrar.

Se metió en el baño. Asia se descalzó y se tumbó sobre la cama. Había bebido lo suficiente para que a las palabras les costara un poco salir por sus labios, pero no tanto como para que la habitación le diera vueltas. Le empezó a entrar algo de sueño, pero aguantó despierto hasta que dejó de oír el agua caer al otro lado de la puerta del baño. Un minuto después, Lira salió envuelta en una toalla.

Seguía haciendo calor. Lira abrió la ventana y se dejó caer sobre la cama, junto a Asia, el pelo mojado sobre la almohada. Y así tumbada se puso a cantar.

Su voz era un susurro entre dientes. Apenas un balbuceo. Miraba a Asia mientras cantaba. Asia no había encontrado nada tan interesante en la vida. Nunca había oído una melodía tan fascinante. No podía apartar los ojos de sus labios. Cómo se movían, cómo se curvaban de vez en cuando al sonreír. Cómo brillaban después de humedecerlos con la lengua durante una fracción de segundo de silencio. Luego volvía a cantar, elevando un poco la voz.

Cuando Asia le quiso decir que los demás estaban durmiendo, Lira lo calló con un dedo sobre los labios y un "chss chss chss" encajado sin esfuerzo en el ritmo. Pero Asia no se iba a dejar amilanar así como así. Siguió insistiendo, y Lira usó toda la mano esta vez para silenciarlo. Asia le hizo a Lira lo que Celeste le había hecho a él cuatro meses atrás, en el Almacén: sacó la lengua y le hizo cosquillas en la palma de la mano hasta que Lira no aguantó más.

Lira dio un gritito y se rió y se limpió la mano contra la toalla. Se giró hacia Asia y la toalla se abrió. No pareció importarle. Cogió aire y casi gritó su melodía, ese balbuceo que salía a borbotones entre sus labios. Para que se callara, Asia la besó.

Lira le supo igual que la noche anterior, en su habitación. Sintió la misma electricidad. La misma pérdida de control. Esa sed insaciable.

Pero esa noche, en Santiago, sin nadie que pudiera interrumpirlos en cualquier momento, tenían todo el tiempo del mundo para intentarlo. Para beber hasta quedar llenos y vaciarse de nuevo. Para que las manos se enredaran en el pelo. Para acariciar cada centímetro

de piel. Para hundirse en los ojos del otro y reaparecer sin cuerpo, sólo nombre, en la garganta. Un quejido y un lamento. Un mordisco y un instante de silencio antes del final. Y después el tiempo vuelve a correr.

El ruido de la calle se colaba por la ventana abierta. Con él entraba también una brisa fresca. Sobre las sábanas arrugadas, Asia dibujaba con caricias constelaciones en la piel de Lira. Boca abajo, Lira giró la cabeza y lo miró. Dijo:

—Quédate este puente en la Residencia. Quédate conmigo. Quiero ir a visitar a Celeste el viernes, aunque sea festivo. Y el resto del tiempo...

—¿*El resto del tiempo* qué?

Lira se giró. Boca arriba, invitó a Asia a que se acercara. Se besaron. Asia sintió la sonrisa de Lira contra sus labios.

—Ya se nos ocurrirá qué hacer el resto del tiempo.

Un día perfecto

Desde el momento en que la luz que se colaba por la ventana lo despertó, Asia supo que ese viernes iba a ser un día especial. Se levantó de la cama con energía, completamente descansado, cinco minutos antes de que sonara el despertador, sin resaca pese a haber salido la noche anterior.

En el baño, frente al espejo, comprobó que la almohada le había ahorrado durante la noche el trabajo de pelearse contra su pelo. Se vistió y salió al pasillo. La Residencia estaba en silencio. La mayoría de estudiantes se habían ido a sus casas para aprovechar al máximo el puente del primero de mayo. Algunos, como Fran y Carla, iban a usar ese fin de semana largo para hacer una última escapada antes de los exámenes. Habían madrugado y se habían ido en el coche de Carla. Los que se habían quedado para ir a la fiesta de Arquitectura de la noche anterior todavía dormían.

Como esa mañana Asia no tenía pensado correr, se pasó por las máquinas expendedoras a por un café y algo de desayunar. En vez de una, fueron dos las chocolatinas que cayeron. Todo iba tan bien que hasta el café sabía a café.

Atravesó la lavandería y salió por la puerta lateral del Bloque 3. La sudadera le sobraba. Hacía un día fantástico. Ni siquiera tuvo que esperar a llegar a Recepción para ver a Lira: le bastó con girarse al oír unos pasos a su espalda.

Allí estaba, toda silueta y pelo suelto, atravesando la lavandería, silbando una melodía extrañamente melancólica que chocaba contra ese día casi veraniego. El corazón de Asia latía al ritmo de los pasos de Lira. Pero no era un latido seco, de esos que se sienten en el pecho. No. Latía con un eco que le llenaba todo el cuerpo y le calentaba por dentro tanto como el sol lo hacía por fuera.

—¿Qué? —preguntó Lira, sonriente, en cuanto llegó junto a él.

Asia sabía a qué se refería. ¿Por qué me miras así? ¿Por qué me miras como si jamás hubieras visto algo igual?

—Nada —dijo.

La besó. Un beso corto. Un saludo. Y luego dijo:

—Tengo algo para ti.

Le ofreció la chocolatina que le sobraba.

—Es que la máquina expendedora me dio dos.

—Vaya, yo que pensaba que habías tenido el detalle de comprarme una.

—Te estoy dando la que pagué. Yo me quedo la gratis.

Lira entornó los ojos. Asia se encogió de hombros.

—Anda, vamos —dijo ella.

El Comedor estaba tan vacío como siempre a esas horas. Navegaron entre las mesas hasta salir a Recepción. Ese día perfecto le deparó a Asia otra sorpresa: no tener que soportar la cara de perpetuo malhumor de la mujer del Director. Pasaron por delante del mostrador vacío y volvieron a salir al exterior. Echaron a andar por la carretera en dirección a Los Cipreses.

El polen en suspensión hacía que los rayos de sol que se colaban entre las ramas parecieran corpóreos, como cables tendidos para asegurarse de que los árboles se mantuvieran en pie. Asia temió por la integridad de un pájaro que los atravesó volando, trinando, sin ser consciente de que había estado a punto de morir decapitado por un rayo de sol.

—Hoy no hay gatos —observó Lira tras dejar atrás la última casa antes de Los Cipreses.

—Ya. De nada.

—¿Has quitado a todos los gatos del camino por mí? —preguntó Lira, pestañeando de forma exagerada.

—Sí. No conscientemente. Pero es gracias a mí. Es que hoy es un día perfecto, ¿sabes?

—Hace muy buen día, pero de ahí a que sea perfecto...

—El tiempo no tiene nada que ver, aunque hoy algo ayuda. Este es un día perfecto porque siento que es perfecto. Más que sentirlo, lo sé. No sé por qué, pero lo sé. La suerte está de mi lado hoy. Por eso me salieron dos chocolatinas en la máquina. Por eso no hay gatos.

Lira no parecía muy convencida. Le pegó un mordisco a su chocolatina. Cuando la mezcla de galleta, chocolate y caramelo se le despegó de los dientes, preguntó:

—¿Y no trae mala suerte mencionar que es un día perfecto? En el *baseball* pasa. Es gracioso ver a los comentaristas esforzarse en no mencionar que el *pitcher* está lanzando un partido perfecto.

—No sé cómo funciona en el béisbol. Pero los días perfectos están por encima de las supersticiones. Son demasiado poderosos como para poder echarlos a perder tan sólo por hablar de ellos.

—¿Y en un día perfecto puedes intentar lo que sea y siempre tendrás éxito?

—Si es lo que de verdad quieres, sí.

—¿Incluso volar?

—Puede.

—Vuela.

—No quiero volar.

—Todo el mundo querría volar si pudiera —dijo Lira.

—Ya, pero ahora no quiero volar. Estoy bien aquí. Quizás más

tarde me apetezca.

Lira volvió a mirar a Asia como si no estuviera segura de si le estaba tomando el pelo o no.

—Tu día perfecto es una patraña.

—No lo es. Es algo completamente real. Hay estudios y todo.

—¿Dónde?

—En la biblioteca de alguna universidad —dijo Asia, encogiéndose de hombros—. Este es mi día perfecto y nada de lo que digas me va a hacer cambiar de opinión. No hay ningún otro sitio en el que me gustaría estar ahora mismo. Si eso no es la perfección...

—Te conformas con poco.

—Puede que esa sea la clave. Aunque no creo que esto sea poco —dijo Asia, abriendo los brazos y señalándolo todo: el camino y los árboles y los pájaros volando, ese día de primavera que parecía verano, a Lira.

La verja de Los Cipreses puso fin a la conversación. Hicieron el camino entre los árboles en silencio, como si tuvieran miedo a que una palabra suya pudiera romper la sensación de encontrarse en lo más profundo de un bosque. Casi podían sentir los árboles crecer a cada segundo, a medida que sus hojas procesaban la luz del sol. Casi podían oír los pequeños crujidos de los polluelos rompiendo el cascarón, si es que entre esas ramas había nidos, y si es que esa era época de cría.

Cuando entraron por las puertas automáticas de cristal, la recepcionista los recibió con alegría.

—Tomad —dijo, y les dio unas piruletas.

Asia miró a Lira con suficiencia. Lira meneó la cabeza, negándose a creer que unas piruletas constituyeran prueba suficiente para corroborar la existencia del día perfecto de Asia.

—Ya, pero son las pequeñas cosas las que hacen un día perfecto —dijo Asia, quitando el envoltorio de la piruleta a la primera mientras caminaba y se la metía en la boca en el momento en que salía al patio interior.

El envoltorio de Lira también salió con facilidad.

—¿Sabes? Quizás tengas razón —dijo Lira tras dar los primeros lametones a la piruleta—. Quizás un día perfecto no sea más que una sucesión de chucherías gratis. Y quizás más tarde podamos hacer todavía más perfecto el día. ¿Se han ido ya Carla y Fran? Porque si se han ido, podemos ir a tu habitación, o a la mía, da igual, y matar de alguna forma el tiempo hasta la hora de comer. ¿Qué te parece? ¿Asia?

Pero Asia ya no escuchaba. Había echado a andar a grandes zancadas a través del patio, directo a Celeste. Estaba sentada en su banco de siempre, bajo el árbol de siempre, con su vestido de siempre.

Pero había dos cosas distintas. La primera era la falta de su chaquetita de punto. La segunda...

—¿De dónde has sacado ese sombrero? —preguntó Asia con la respiración agitada.

La sonrisa de Celeste se tambaleó un poco ante la brusquedad de la pregunta. Se quitó el sombrero y lo sostuvo entre las manos.

—¿Este sombrero?

—¿Qué pasa? —preguntó Lira cuando llegó junto a ellos.

—Sí, ese sombrero. ¿De dónde lo has sacado, Celeste?

Celeste miró primero a Lira y luego a Asia. Sus manos le daban vueltas al sombrero negro sobre su regazo. Su sonrisa se ensanchó y les pidió a los chicos que se acercaran a ella. Tenía un secreto que confesarles.

—¿Estáis listos?

Lo estaban. A Asia el corazón ahora le latía como caballos desbocados sobre hielo.

—Me lo dio un mago —dijo Celeste, sonriendo con entusiasmo infantil.

—¿Cuándo te lo dio?

Celeste se encogió de hombros y se ruborizó un poco.

—Bueno, se lo cogí. Es que era muy bonito, como el abrigo de Amparo Castaño.

—¿Cuándo? —insistió Asia.

—La última vez que salí. ¿Hace dos días? Creo que sí.

—¿No vino el mago aquí?

—No —dijo Celeste, meneando la cabeza.

—¿Dónde lo viste?

Celeste sonrió, dispuesta a dar indicaciones. Se inclinó hacia delante y...

—Ese mago... —comenzó a decir Lira minutos después, cuando ella y Asia dejaban atrás Los Cipreses—. ¿Quién es?

—Blas.

—¿El de los carteles? ¿El chico desaparecido?

—El mismo.

—¿No decías que se había marchado lejos de aquí?

—Eso creía.

Pero según las indicaciones de Celeste, Blas se encontraba mucho más cerca de lo que Asia pensaba.

—Tenéis que seguir la carretera, siempre hacia abajo —les dijo en el jardín, bajo el techo acristalado. Esa mañana todas las ventanas estaban abiertas, atrayendo una brisa casi veraniega—. Al final hay un puente sobre un pequeño río. Después la carretera empieza a subir de nuevo. No vayáis por ahí. Hay un camino de tierra justo antes del puente, a la derecha, pegado al río. Seguidlo y llegaréis al molino. Es

fácil.

Tras una curva del camino Asia vio el final de la bajada y el inicio de la subida, en la otra ladera del valle. El puente era corto, con muros bajos de piedra a los lados, estrecho. La superficie que un día fue adoquinada estaba ahora recubierta del mismo asfalto bacheado que el del resto de la carretera. El río bajaba con fuerza, alimentado por las lluvias de los últimos meses. A la derecha, justo antes del puente, estaba el camino. Celeste no les había mentido.

Era un sendero de tierra que comenzaba con una bajada pronunciada hasta el río. A partir de ahí el camino subía y bajaba, a veces rozando el agua, otras dejando que unos árboles con los troncos llenos de musgo se interpusieran entre ellos y el río. Pese a lo caluroso del día, allí hacía frío, culpa de la humedad y de la sombra perpetua y del agua pulverizada al chocar contra las rocas. Ese ambiente no favorecía nada a que el corazón de Asia recuperara el ritmo habitual. Era imposible respirar y sentir que los pulmones se llenaban de aire. Era como respirar miedo.

—¿Te dijo algo el mago, Celeste?

Celeste frunció el ceño. Miró a Asia como si le hubiera hecho la pregunta más estúpida de la historia.

—Los magos no hablan.

El ruido del agua era cada vez más ensordecedor. Se estaban acercando al molino. Tras una nueva loma, lo vieron. Era el mismo molino que Celeste les había descrito en su día, cuando les había hablado de la iglesia derruida que había al final de ese camino.

Era de piedra, con un agujero en el techo de pizarra. Allí, el estruendo del agua eran tan grande que conseguía atravesar la piel. Atravesaba también el cráneo, y por un momento conseguía acallar los pensamientos de Asia. Entre todo ese ruido, encontró calma. Respiró hondo y sintió el aire frío y húmedo llenando sus pulmones. Fue directo a la puerta. Lira lo seguía de cerca.

Era una puerta que desentonaba con el resto del molino. Una puerta de madera en buen estado. No había rastro de óxido en las bisagras de hierro fundido. Tenía cerradura, pero la puerta sólo estaba arrimada.

Asia tomó una última bocanada de ese aire puro y fresco del exterior, preparándose para lo que se pudiera encontrar dentro. Lira se pegó a su espalda.

Se iban ya del jardín cuando Lira se detuvo y se volvió hacia Celeste.

—Celeste, ¿cómo sabes que era un mago?

Asia empujó la puerta. No hubo chirrido de bisagras ni más ruido que el del agua cayendo desde dos metros de altura sobre un lecho de rocas. La claridad del fondo de un valle siempre en sombras entró

ahora por la puerta. Se colaba también por el hueco en el techo de pizarra. El tiempo se detuvo durante un solo segundo.

—Porque levitaba —dijo Celeste, y su sonrisa infantil hizo que Asia se estremeciera.

En el molino, el tiempo volvió a correr. El grito de Lira desgarró el aire. Blas levitaba. Sus pies a medio metro del suelo. Su cuerpo recto, un brazo a un costado, el otro pegado al pecho, doblado, la mano junto al cuello. Su rostro... Y ese olor.

Asia soltó el aire. Retrocedió. Ya no oía el río corriendo a su lado ni a Lira llorar. El molino era una mancha gris ante sus ojos. Los cerró y vio de nuevo a Blas colgado del techo, muerto. Vomitó.

Sueños

Hace un frío húmedo, de río. No tiene dónde cobijarse. Aún está a tiempo de volver por donde ha venido, de echar a correr si las piernas le respondieran, pero le pesan como si estuvieran llenas de arena. Y la noche ya está ahí.

Hay un lugar donde refugiarse. Unas ruinas: piedra y musgo y un techo bajo el que cubrirse de la lluvia que empieza a caer. Le moja la ropa y se la pega al cuerpo. Le cuesta respirar. No quiere ir hacia allí. Las piernas lo llevan igual.

El corazón le late con fuerza. Los puños se tensan. La casa en ruinas se abre.

Dentro no hay nada. Nada de nada. Un vacío absoluto. Un blanco infinito. Un zumbido agudo. La luz lo ciega. Quiere estar sordo. No quiere sentir más esa presión en los oídos, esa vibración en sus pulmones que no le deja gritar. Quiere gritar y no puede. Se muere.

Un grito ahogado despertó a Asia. Tardó en darse cuenta de que era su propia voz la que había oído. Abrió los ojos y vio a Lira de pie, en medio de la habitación en penumbra. Ella lo miró con cara de preocupación. Se sentó en la cama y le pasó la mano por la frente.

—¿Otra pesadilla?

El corazón le latía a doscientas pulsaciones por minuto. Un sudor frío cubría toda su piel. Apretó los dientes y asintió despacio. Quiso decir algo, pero no fue capaz de vocalizar.

—Es temprano todavía —dijo Lira, entendiéndolo de algún modo —. Sigue durmiendo. Vuelvo ahora, ¿vale? Me llevo tu tarjeta.

Asia asintió con la cabeza. Se dejó besar en la frente y olvidó toda la información que acababa de recibir. Antes de que Lira saliera de la habitación, ya se había quedado dormido de nuevo.

Es domingo, finales de junio. Una mañana ajetreada en casa. La puerta de la entrada está abierta. La de la habitación del fondo, cerrada. Cuando se abre, el doctor sale con gesto resignado, mil veces ensayado ante el espejo.

—Ahora sólo queda esperar.

Todos entran en la habitación: mamá y papá y los tíos. Hasta Katerina se quiere colar.

—Llévate a la gata de aquí, Asia, cariño. Sácala a pasear.

Asia sujeta la correa y se lleva a Kitty Kat de ahí. Sale afuera y la deja libre. Kati von Kat echa a correr y trepa por el tronco del roble más cercano, que resiste estoicamente sin quejarse de los arañazos de la gata. Y cuando Katherine, My Dear desaparece entre las ramas, Asia

entra de nuevo.

De la habitación del fondo llega un ruido. Un ronquido. Una respiración crujiente que hace que Asia sea consciente de lo sencillo que es respirar para él. Intenta acompasar su respiración a la de la abuela. Se acerca paso a paso a ella. Cada vez más lento. Cada vez más débil.

Un quejido. Un último lamento. Un instante de silencio que rompe el corazón. Luego, los pasos apresurados de su tío, entre llantos. Asia lo mira y quiere avisarle de que es inútil huir, que el dolor lo persigue. Pero no dice nada. Lo ve salir y se vuelve hacia la habitación del fondo. Se asoma.

—Ya no hay nada que ver, cariño —dice mamá.

Sonríe, y es un error. Por proteger a su hijo, ella baja la guardia. Su barbilla tiembla y sus ojos se humedecen. Lo abraza. No hay nada que ver, pero entre los brazos de mamá, Asia mira igualmente.

Ve una habitación perfectamente normal. Las ventanas están abiertas. Las cortinas se agitan con un aire que nadie respira ya. Se está echando a perder. ¿Es que nadie lo ve? Y en la cama encuentra calma. Por primera vez en años, calma. Y él respira hondo y el teléfono suena: es Fran.

—¿Vienes a mi casa a ver el partido?

Asia niega con la cabeza.

—¿Por qué no?

Asia vuelve a negar.

—¿Tienes miedo a que Dani Güiza falle un penalti?

Asia sabe que nada de lo que pueda hacer Dani Güiza podrá hacerle sentir miedo o alegría o ninguna otra emoción. Ni él, como delantero suplente de la selección, ni nadie. Está roto. No de dolor, como su tío. No. Asia no funciona. Algo está mal dentro de él.

—¿Irás mañana a la fiesta de Carla?

Asia se encoge de hombros. Fran cuelga. Se duerme y se despierta. De nuevo hay ajetreo en la casa. Los zapatos de vestir hacen ruido por el pasillo. Están hechos para llenar de ecos la nave de la iglesia.

Todo brilla. Todo es bello. Asia se sienta y se levanta según se lo ordenan, sin saber bien por qué. Una señora llora. Asia la mira con recelo. Sabe a ciencia cierta que a la abuela no le caía bien. Pero ahí está, desgañitándose. Se lleva la mano a la frente y se desmaya. Mira de reojo mientras la arrastran fuera de la iglesia, como si bajo el calor de principios de verano fuera a recuperar la compostura. El cura asiente, serio, y golpea con fuerza el púlpito.

—Eso es. Es un día triste porque hoy nos deja... —baja la cabeza y consulta las notas, empieza a pasar hojas, levanta la mirada y pide ayuda con un gesto, un monaguillo se acerca y le susurra algo al oído — nuestra hermana Ana: hija y abuela y madre, quizás no por ese

orden. Querida por todos. Sólo hay que ver lo llena que está la iglesia. Da gusto.

Chasquea los dedos y reclama de nuevo la atención del monaguillo, que sale diligente por el pasillo, cepillo en mano, exigiendo generosidad a la gente.

—Llorad, sí, pero por otra parte no lloréis. Dejad que vuestros corazones se llenen de la dicha del Señor.

De la fila de atrás llega la risa del primo Pablo.

—La *dicha* —enfatiza el tío Carlos, meneando la cabeza. El cura sigue.

—Pues Ana está ahora en un sitio mejor. Ha dejado atrás este mundo lleno de miserias y de garrapatas y pasea ahora entre nubes de algodón de azúcar. Qué envidia, ¿verdad? Quién estuviera ahí y no aquí. Cantemos.

Todos se ponen en pie a la vez y Asia los imita. Del coro se eleva una voz:

Oh, Señor, creador del mundo, hombre del año
acoge en tu seno al nuevo cordero en dejar el rebaño
el último en salir disparado hacia el cielo
volando

Oh, Señor, tu palabra es wolframio, es tungsteno
ilumina al rebaño camino a tu seno
con la gracia incandescente de tu verba

Vuelve a reír su primo.

—Su *verba* —vuelve a enfatizar su tío.

¡Señor! Perdona nuestros pecados, nuestras ofensas
castiga a los peces, perdona a las presas
perdónalos a ellos que no saben lo que hacen
de paso, perdóname a mí, por si acaso

—Daos la paz.

Pero lo único que se dan es la mano. Asia saluda a un montón de gente que lo mira con gesto serio.

—Tu abuela era una persona maravillosa. La paz sea contigo.

—Tu abuela era la mejor persona que he conocido. La paz sea contigo.

—Ojalá hubiera muerto mi abuela y no la tuya. ¡Qué mujer, tu abuela! La paz sea contigo.

Asia asiente y se sienta. Tiene hambre, pero no le apetece hacer cola por un trozo tan pequeño de pan. Tampoco le gusta el vino,

aunque al parecer el cura lo quiere sólo para él. Se limpia los morros en la manga de su túnica de mago y dice:

—Si alguien quiere decir algo sobre Ana, el púlpito es suyo —y lo ofrece con un gesto teatral maravilloso, caminando hacia atrás para hacer paso al aluvión de voluntarios que espera.

Pero nadie sube al estrado. Asia mira a todo el mundo: a todos los que le han dado la paz y a todos sus familiares, que lloran. Todos lo miran a él. Le hacen gestos con la cabeza para que hable, que él lo hace muy bien. Que seguro que algo puede decir de la abuela. Que hable del colgante o de ese nombre que comparten a su manera. Que diga algo. No te quedes callado. Llora al menos, Asia. Haz algo. ¿Es que no la querías? ¿Por qué no lloras? ¿Por qué no hablas? ¿Qué coño te pasa? Bicho raro. Inhumano. No tienes corazón. Qué suerte que tu abuela esté muerta y no pueda verte así. Con lo que ella te quería a ti. Qué decepción. Qué decepción. Qué decepción...

Asia oyó la puerta cerrarse y los pasos de Lira de vuelta en la habitación. Mantuvo los ojos cerrados. Sintió su ropa caer al suelo y el peso de su cuerpo en el colchón. Tumbados de lado, Lira lo abrazó. La frescura de su piel se diluyó en el calor de Asia hasta que los dos cuerpos alcanzaron la misma temperatura.

—Despierta —susurró ella.

Asia negó con la cabeza. Lira se rió. Le mordió la oreja, apenas una caricia, y volvió a susurrar:

—Despierta.

Había urgencia en su voz, pero Asia mantuvo la calma. Todavía estaba medio dormido, aunque el tacto de la mano de Lira consiguió despertarlo de golpe. Puede que el resto de su cuerpo estuviera ya caliente, pero seguía teniendo las manos frías.

—Despierta o...

La mano de Lira empezaba a entrar en calor. Asia también. Abrió los ojos y se encontró una habitación llena de luz. Luz gris, pero luz. Era una mañana nublada la que se colaba por la ventana.

—¿O qué? —preguntó con voz ronca.

Por toda respuesta, Lira lo soltó y se apartó de él. Asia se vio obligado a girarse, a enfrentarse a ella, cara a cara. A mirar de cerca esos ojos de mar en tormenta que brillaban incluso sin luces que reflejar.

—Ya estoy despierto. ¿Contenta?

—Mmh-mm —negó Lira, sonriendo.

Asia buscó sus labios. Lira se apartó.

—Mmh-mm —volvió a negar, riendo.

Se tumbó boca arriba. Asia se incorporó sobre su codo. Tiró poco a poco de la sábana, descubriendo a Lira hasta llegar al ombligo. La quiso destapar más, pero Lira se lo impidió.

—Es que no llevo nada.

—Así no haces que tenga menos ganas de destaparte.

—Hay demasiada luz... —protestó débilmente.

Asia se asomó por el borde de la cama y vio su camiseta tirada en el suelo. La cogió y la estiró con cuidado.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Lira, cuando la camiseta le cayó sobre la cara.

—Hala, solucionado.

Bajo la tela, Lira rió. Murmuró algo ininteligible. Asia dobló con cuidado la camiseta para descubrirle la boca.

—Sigue habiendo demasiada luz *para ti*...

—Chss —dijo Asia antes de besarla.

Y cuando Lira buscó de nuevo su boca, fue Asia quien la esquivó. Una vez. Dos veces. Al final, Lira se mordió el labio, frustrada, y dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada, los ojos cubiertos. La sábana no encontró resistencia en esta ocasión.

Asia se sentó con las piernas cruzadas. Durante un minuto no hizo nada más que observar el cuerpo desnudo de Lira. La delicadeza de su cuello. La curva de sus clavículas y la de sus pechos. Ahora se movían al ritmo de su respiración, arriba y abajo. Su ombligo ovalado. Sus manos cruzadas sobre el pubis. Sus piernas estiradas. Sus pies.

Lira los movía, nerviosa por no saber qué pasaba. Cuando ya estaba a punto de quitarse la camiseta de encima, notó cómo los dedos de Asia se cerraban con delicadeza en torno a sus muñecas. Los dedos se desentrelazaron. Con las manos a los costados de su cuerpo, se sintió expuesta, lista para que Asia la tocara.

Primero fue una caricia en el costado que hizo que la piel se le erizara. Luego un beso en el cuello y un mordisco en el hombro. La boca de Asia iba dejando una estela húmeda a su paso. Lira sentía calor y luego frío. Cada vez le costaba más respirar. Se humedeció los labios y dejó escapar un gemido cuando la lengua de Asia atrapó su pezón.

Quería más. Necesitaba más. Su cuerpo respondía al instante a cada roce, a cada beso, a cada pequeño mordisco. Sintió la mano de Asia sobrevolar su cuerpo a apenas un milímetro de la piel, siempre hacia abajo, haciendo que cada vello fuera a su encuentro. Al final encontró dónde perderse. Dónde enredarse.

Lira sonrió. Seguro que Asia notaba su calor. Pronto sentiría su humedad. Ella ya sentía su respiración agitada en el cuello, la barbilla, la boca. La abrió y buscó sus labios con la lengua. Apenas los rozó. Sintió la sonrisa de Asia aún con los ojos tapados. Volvió a buscarlo, pero ya no estaba allí. Movió las caderas para ir al encuentro de su mano, pero Asia la evitó también.

Era tanta la electricidad que corría por sus cuerpos que se habían

convertido en imanes, sí. Se repelían. Lira prefería cuando eran polos opuestos y se atraían sin remedio.

Hubo un cambio en el peso sobre el colchón. Asia se movió hacia los pies de la cama y a Lira se le aceleró el corazón. Hizo falta poco roce para que sus piernas se abrieran. Para que doblara las rodillas y se ofreciera. Si Asia quería mirar, que mirara.

El beso en el muslo la cogió por sorpresa. El segundo, un poco más arriba, no. Para el tercero ya había expectación. Ya no quedaban muchos más centímetros de piel que recorrer. Tragó saliva, y una vez más fue al encuentro de Asia. Él se rió y dijo:

—No.

El agarre en las caderas fue firme. Devolvió a Lira de nuevo al colchón. Se rió de pura frustración. La risa se le atragantó en cuanto sintió el aliento de Asia. Lo supuso cálido y húmedo. No podía estar más cerca.

Pero Lira se equivocaba: sí podía estar más cerca. Sí podía hacer cosquillas con la lengua sin llegar a tocar de verdad. Tenía ganas de gritar. Se agarró a las sábanas. Desesperada, movió las caderas buscando a Asia. Él volvió a esquivarla.

Se dejó caer de nuevo. Sintió sonreír a Asia entre sus piernas. A ella no le hacía nada de gracia. Gruñó frustrada. Quería sentir su lengua ya. Necesitaba sentirla. No podía más. No podía...

No pudo contener el gemido. De sorpresa y de alivio y de puro placer. Toda la Residencia la habría oído, y no podía importarle menos. Notaba la garganta seca y las palmas húmedas. Se las secó contra la piel. Contra los pechos, apretando, sintiéndose latir el corazón.

Le asustó descubrir que Asia podía leer su mente. Porque eso hacía. ¿Cómo si no podía seguir unas instrucciones que ella nunca llegaba a dar? Instrucciones que ella ni siquiera sabía explicar con palabras. A su cerebro le asustaba lo que Asia pudiera adivinar. Su cuerpo lo agradecía.

La respiración de Lira se volvió violenta. No podía parar de moverse. Asia la agarró por las caderas, sujetándola a la cama, impidiendo que saliera flotando. Porque Lira se sentía flotar. Se sentía fluir. Se derretía. Era magma y era volcán, y era también miles de pájaros echando a volar a la vez.

Era un cosquilleo que subía desde lo más profundo de su ser. Un redoble de tambor, cada vez más rápido. Vibrando. Era incapaz de soportar más tensión. A punto de romperse. Tan cerca. Casi ahogándose. Tan cerca, sí...

Era una náufraga a merced del mar y era el propio océano asesino. Temblaba sin control. Ya no había vuelta atrás.

Asia la agarraba con fuerza, pero no era suficiente. Se enganchó a

las sábanas hasta que las sacó del colchón. Se le rompió la respiración. Abrió la boca.

—Me voy...

Lira arqueó la espalda y cerró las piernas. Si se iba flotando, que Asia se fuera con ella. Al menos un poco más, hasta que todo acabara. Hasta que la corriente cesara y dejara de temblar. Hasta que el mar recuperara la calma y no hubiera llamas que apagar. Un segundo más. Un último latigazo de corriente recorriéndole la espina dorsal. Nada más.

Cuando cayó de nuevo al colchón tenía mucho aire por respirar. No tenía fuerzas para hacerlo. Había soltado a Asia y flotaba sobre la cama, pero no tenía miedo de salir volando. Se sentía vacía y ligera. No podía dejar de sonreír.

Asia le retiró por fin la camiseta. Lira entornó los ojos. Le molestaba la luz grisácea de esa habitación, viniendo como venía del negro más absoluto, de revivir los segundos previos a la creación.

Él parecía cansado. No totalmente extenuado como ella, pero sí cansado. Cansado y excitado, eso era obvio. Lira quería hacer algo por él. Quería devolverle el favor, aunque fuera imposible. Pero no le quedaba un gramo de fuerza en el cuerpo.

—¿Qué tal? —preguntó Asia.

Lo hizo de tal forma, con una preocupación tan genuina e inocente, que Lira sintió la necesidad de pasarle los brazos por el cuello y tirar de él hacia ella. Lo besó por fin. Ni siquiera le importó notar su propio sabor. Al contrario, eso volvió a excitarla. La corriente volvió a circular por su espalda. Volvían a ser imanes. Polos opuestos que se atraen.

Y sí: se puede estar más cerca. Una vez más. Una última vez...

El sueño venció a Asia poco después. A Lira nada le habría gustado más que dejarse vencer también, pero no podía ser. Era tarde ya. Llevaba días siendo tarde. Se levantó de la cama y recogió su ropa, desperdigada por el suelo. Ya se ducharía después.

Perdió un minuto viendo a Asia dormir, permitiéndose dudar. Negó con la cabeza y se secó las lágrimas con la mano. Sacó dos cosas del bolsillo: la tarjeta de Asia y un anillo. Lo dejó todo sobre la mesilla de noche y salió de la habitación.

El ruido de la puerta al cerrarse volvió a despertar a Asia. Oyó los pasos de Lira, alejándose esta vez por el pasillo. Miró hacia la mesilla y vio el anillo. Sin saber qué hacía ahí, se volvió a quedar dormido. Esta vez no había sueño recurrente al que volver. No había nada: sólo un vacío placentero que se comía las horas y las convertía en un descanso más que necesario.

Lo despertó un grito agudo y una risa. Abrió los ojos y vio a Fran ante él, meneando la cabeza.

—¿Quieres hacer el favor de taparte?

Desde la puerta, Carla se esforzaba por no mirarlo directamente. Asia se tapó como pudo con las sábanas bajeras que Lira había arrancado. Se sentó en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero. Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las nueve —dijo Fran—. Acabamos de llegar —añadió, señalando hacia su maleta y hacia Carla, igualmente cargada, todavía reticente a entrar.

Asia se rascó la cabeza. Le estaba costando espabilarse. ¿Llevaba durmiendo todo el día?

—¿Puedes acercarme una botella de agua? —le pidió a Fran.

Fran fue hasta la cocina. Carla se atrevió a asomarse.

—¿Tienes algo para mí?

—¿Qué?

—El agua —dijo Fran, lanzándole la botella—. ¿Cuándo llegaste?

—¿Algo para ti? —le preguntó Asia a Carla, ignorando a Fran.

—Sí. Bueno, da igual, ya me lo darás. Voy a dejar las cosas a mi habitación y bajo, ¿vale? —le dijo a Fran—. ¿Tú bajas a cenar con nosotros?

Asia se dio cuenta de que no había comido en todo el día. Tampoco recordaba haber cenado gran cosa la noche anterior. Llevaba en realidad unos días sin ningún apetito...

Apretó los dientes y se concentró en controlar una náusea. No podía permitirse pensar en Blas. En cuanto se calmó, el estómago volvió a rugirle.

—Bajaré, sí. Tengo que ducharme antes.

—¿Me llamáis cuando estéis listos, mejor?

—Sí —dijo Fran—. ¿Sabes si Claudia ha llegado ya? —le preguntó a Asia—. Tengo que ir a por unos apuntes que le dejé la semana pasada.

Asia se encogió de hombros. Fran decidió salir de todos modos camino de la habitación de Claudia, junto a Carla. Los dos se fueron y dejaron a Asia solo de nuevo. Seguía algo aturdido. En la ducha cayó en la cuenta de que no les había dicho a Fran y Carla que se había quedado el puente allí. Seguro que pensaban que había vuelto de casa esa misma tarde y se había echado una siesta desnudo.

El teléfono sonó justo cuando Asia salía del baño. Envuelto en la toalla, se sentó en su cama deshecha y descolgó. Era Carla.

—¿No teníamos que avisarte nosotros a ti? —preguntó Asia, ya más despejado—. Fran todavía no ha vuelto de la habitación de Claudia y yo estoy sin vestir.

—No es eso.

De pronto, Asia entendió qué era lo que le pedía antes Carla.

—No tengo tu regalo —dijo, recordando que le había prometido traerle el pijama de ovejas y pantalón a cuadros escoceses.

—Ah… ¿Te olvidaste de él? Pensé en recordártelo, pero se me pasó.

—No he ido por casa.

—Oh —dijo Carla—. ¿Te quedaste aquí este puente?

—Mm-mmh.

Hubo una larga pausa.

—¿Tú solo?

Asia sintió que se ruborizaba.

—¿Por qué llamabas?

—Por Lira.

—¿Qué pasa con Lira?

—¿Te quedaste con ella?

Asia resopló por la nariz.

—¿Llamabas para preguntarme eso? —preguntó, y su voz sonó más fría de lo que pretendía.

—No, pero… ¿Te quedaste con ella o no?

—Sí.

—Ah, vale... ¿Y cuándo se fue?

—¿Qué?

—Que cuándo se fue.

—¿Cuándo se fue de mi habitación, dices?

Hubo una nueva pausa todavía más larga.

—¿Sigues ahí, Carla?

—¿Puedes venir por aquí?

—¿Por qué...?

—Ven, ¿vale? —le pidió Carla con una voz cansada. Colgó.

Asia se quedó mirando el auricular como si pudiera ofrecerle alguna respuesta. Con una sensación extraña en el estómago, todavía sin estar despierto del todo, se vistió y fue hasta la habitación de las chicas. Llamó a la puerta. Carla abrió al instante.

—¿Estás bien? —le preguntó a Asia, abrazándolo.

Asia se dejó abrazar, confuso. Con Carla entre sus brazos, alzó la mirada. Lo primero que vio fue el colchón de la cama de Lira, azul, desnudo. Se deshizo sin mucha delicadeza del abrazo y entró en la habitación. El armario de Lira estaba abierto y vacío. En su parte de la estantería no quedaba nada, salvo Tarta, la tortuga, en su tortugario.

—¿Qué ha pasado?

Carla lo miraba desde la puerta. Su expresión demostraba la misma confusión que la de Asia.

—Esperaba que tú me lo dijeras. ¿No has estado con ella estos días?

La mirada de Asia saltó de Carla al armario vacío de Lira y de

nuevo a Carla. Se sentía como si estuviera atrapado en uno de esos sueños que lo atormentaban desde hacía dos días.

—Estuve con ella hoy, hace un rato —dijo Asia—. Por la mañana, bueno —se corrigió—. Pero… Pero…

Asia sacó el móvil del bolsillo. Estaba hecho una pena, con la pantalla astillada desde que se le había caído en el teatro hacía unas semanas. Llamó a Lira. El teléfono no dio señal.

—Ya lo he intentado yo —dijo Carla, acercándose despacio a Asia —. Te ha dejado una nota.

Carla señaló con la cabeza hacia el tortugario. Había un papel pegado a una de las paredes de metacrilato. Asia cruzó la habitación y despegó el papel. "Para Asia", decía. Nada más. Por más que lo giró una y otra vez, no aparecieron más palabras.

—Al parecer quiere que tú la cuides —dijo Carla, acercándose a Asia por detrás y poniéndole una mano en el hombro.

Asia se quedó unos instantes mirando a Tarta Oruga, que ahora nadaba feliz, ajena a lo que pasaba fuera de esas cuatro paredes transparentes.

—¿Estás bien? —repitió Carla.

Asia negó con la cabeza. Se sentó en la cama de Lira. En la que había sido su cama, al menos. Ahora era un simple colchón azul.

—No me puedo creer que no te haya dicho que se iba —dijo Carla, sentándose a su lado—. ¿No has estado con ella estos días? ¿No te mencionó nada de nada?

—¿Otra vez? —preguntó Asia, elevando la voz—. Sí, he estado todo el tiempo con ella, he dormido con ella, hemos…

Asia cerró los ojos y respiró hondo. Habían visto a Blas juntos. Habían llamado a la policía juntos. Habían encontrado consuelo cada uno en el otro sin necesidad de hablar. Habían compartido tantas cosas en estos días…

—Pero no te ha dicho que se iba.

Asia negó con la cabeza. Carla apoyó la mano sobre la suya y se preparó para hablar una vez, dos veces. A la tercera dijo.

—Quizás te llame mañana.

Pero al día siguiente Lira no llamó, ni al otro. Y cuando Asia llamaba, el teléfono seguía comunicando. Hasta que dos días más tarde una voz femenina le informó de que el número marcado no estaba asociado a ningún terminal y que dejara de llamar, ¿vale, Asia?, por favor, ¿no ves que no quiere hablar contigo?, que no quiere verte más, bastante aguantó después de que la llevaras a ver a Blas, deje un mensaje después de la señal, diga lo que quiera, total nadie lo va a oír, total las palabras ya no significan nada, nada tiene sentido, y el teléfono marcado ya no existe, cuida a la tortuga. Adiós.

Interludio:

Domingo en coche con mamá

—¿Llevas todo?

—Sí, mamá —dijo Asia con voz cansada, cerrando la puerta del coche. Se puso el cinturón. Al oír el click, frunció el ceño—. No, espera.

Se desabrochó el cinturón y abrió la puerta. Salió corriendo.

—Ya sabía yo. Quien no tiene cabeza tiene piernas. Date prisa, que ya llegamos tarde.

Asia entró en casa, esquivando las cajas amontonadas en el salón, y subió los escalones de dos en dos. Entró en su habitación y fue directo al armario. Ahí sólo quedaban unas cuantas mantas desgastadas. Mamá no había decidido todavía si quería guardarlas o quemarlas o cortarlas en trozos para hacer trapos con ellas. Y junto a las mantas, una bolsa de papel. Comprobó que la caja que contenía el regalo de Carla seguía allí dentro.

Cogió la bolsa y salió corriendo de la habitación. Bajó de tres en tres los escalones. Al llegar al final de las escaleras, tropezó con una de las cajas de cartón. La caja no se movió. Asia sintió en su cadera la dureza de un centenar de libros amontonados. ¿No podría haberse chocado contra la caja donde estaban guardados los cojines?

Salió cojeando por la puerta de la entrada. Metió la bolsa con el regalo de Carla en el maletero y volvió a subirse al coche. Se abrochó el cinturón. Arrancaron.

—Estás muy callado —dijo mamá veinte minutos después, levantando por fin el pie del acelerador tras comprobar que iban a llegar a tiempo a la estación—. ¿Te pasa algo?

—¿Qué me va a pasar?

—No sé, por eso te pregunto. Pero estás raro. ¿Por qué no viniste a casa el puente?

—Fran y Carla tampoco volvieron.

—Fran y Carla no son mis hijos. Y sé más de su vida de lo que sé de la tuya, por cierto. ¿Fuiste con ellos a Gijón?

—Me quedé en la Residencia.

—¿Tú solo?

—No.

Durante el siguiente minuto, nadie dijo nada. Acababan de entrar en Vigo. Ese domingo por la tarde las calles estaban vacías y los semáforos abiertos.

—¿Estás así por una chica?

Asia miró por la ventanilla. El cielo estaba cubierto de nubes

grises, pero no llovía. Se esforzó en no pensar en Lira. Fingió no darse cuenta de que a esas horas hacía exactamente una semana estaba durmiendo, feliz, mientras ella recogía todas sus cosas y se iba sin decir por qué. Quizás nunca lo llegara a saber...

—¿O es por lo del chico ese?

Asia volvió la cabeza y miró a mamá. Tenía los ojos fijos en la carretera, como debe ser.

—Lo vi en las noticias —explicó sin que Asia tuviera que preguntar nada—. Veintitrés años: un niño... ¿Lo conocías?

Asia tragó saliva con dificultad y reprimió una náusea. Le costaba pensar en Blas sin sentir de nuevo ese hedor que los golpeó al abrir la puerta del molino.

—No —mintió, mirando por la ventanilla—. Sólo de vista. Al parecer no tenía muchos amigos en la Residencia.

—Pobre. ¿Qué puede llevar a un chico tan joven a hacer algo así? Con toda su vida por delante… Cada vez que lo pienso…

—No pienses en eso, mamá.

—Pero lo pienso. Y pienso sobre todo en su madre. No puedo llegar a imaginar lo que tiene que estar sintiendo esa pobre mujer. Perder a tu niño así, sin nunca llegar a saber por qué, por poco consuelo que sea... Preguntarte cada noche si hay algo más que podrías haber hecho, si deberías haber estado más atenta, si deberías haberte preocupado más por él, estar más pendiente de si algo le pasaba, de los problemas que tenía, de si podrías haber ayudado de alguna forma, como sea.

Asia apartó la mirada de los ojos vidriosos de mamá. Un semáforo se puso en rojo y el coche se detuvo.

—Asia, no quiero llegar a saber si es eso lo que se siente —dijo, mirándolo.

—Mamá…

—¿Es por la casa? ¿Es eso?

De todas las cosas que había en la mente de Asia, la casa era lo único de lo que se veía con fuerzas a hablar.

—Es que no entiendo por qué tenemos que venderla —dijo, aferrándose a ese tema.

La próxima vez que volviera, al acabar los exámenes, ya no tendría una casa a la que volver. No la suya, al menos.

—Porque no es sólo nuestra, cariño. Tus tíos querían vender su parte, como es lógico. Y nosotros no podemos permitirnos comprársela. Ojalá pudiéramos... Pero ya sabes que en realidad el dinero nos viene muy bien. Es una suerte haber encontrado comprador tan pronto, con los tiempos que corren.

—¿Y dónde vamos a vivir?

—De momento en la aldea, con tus abuelos. Después, quién sabe.

Habrá que ir allá donde encontremos trabajo.

—¿Y yo?

—A ti te quedan dos meses de curso. Céntrate en los estudios e intenta conseguir la beca, que el dinero de la casa puede parecer mucho, pero no lo es. Ya veremos después dónde pasas las vacaciones. Y si tienes algún problema, llámame, ¿vale? Lo que sea.

—¿Incluso si son de Física?

Mamá se rió.

—Incluso si son de Física, sí, cariño. No te voy a poder ayudar, pero llámame igual: me gusta oír tu voz.

El semáforo se puso en verde. Arrancaron.

Recuerdo de Toledo

—Oh, ¿es para mí? ¡Ay, Asia! ¡No tenías por qué haberte molestado! Eres un sol. ¿Qué digo un sol? Eres *el* Sol. Iluminas mi vida y haces que...

Asia le lanzó a Carla el cojín que tenía entre las manos.

—Calla, idiota, y ábrelo de una vez —dijo, sentado con las piernas cruzadas, la vista fija en el colchón azul.

Carla, en su cama, abrió la caja que Asia había dejado sin envolver diez meses atrás. Tras el crujido del papel de seda, Carla dijo:

—Oh, son ovejas.

Asia levantó la cabeza en el momento en el que Carla sacaba el pijama.

—Es largo —dijo Carla, asomándose por encima del pijama, extendido ante ella.

—Era para que te lo llevaras a Escocia —le recordó Asia—. Recuerdo que siempre te quejabas de lo fría que era la casa de tus tíos las noches de verano.

—Voy a probármelo.

Carla dejó el pijama sobre las piernas de Asia y se levantó. Empezó a desabrocharse los botones del pijama que llevaba. Uno. Dos. Tres. No levantó la cabeza hasta que el cuarto estuvo desabrochado. Sonrió al ver a Asia sentado en la cama de Lira, reclinado hacia atrás, apoyado en sus codos y mirando con atención alguna estrella del techo. Carla se giró. Sólo Tarta, la tortuga, vio cómo se desabrochaba los botones restantes. Al final habían decidido que era mejor que se quedara ahí y que Asia la visitara a menudo. La parte de arriba del pijama se deslizó por su espalda desnuda y cayó al suelo entre las dos camas. Asia ya no miraba al techo.

Fue turno entonces para los pantalones. Carla deshizo el nudo de la cintura y cayeron al suelo de forma poco ceremoniosa. Sólo tuvo que dar unos pequeños saltitos para liberar los pies de la tela.

No hacía frío, pero Carla tenía erizada la piel. La de la espalda y la de los brazos, que ahora cruzaba sobre su pecho antes de girarse para decirle a Asia que le pasara el pijama con un ligero temblor en la voz.

Asia le tendió la camiseta. Carla la cogió y se la puso. Sin prisa. Sin girarse. Sin taparse. Al acabar, cogió los pantalones largos de la mano de Asia y terminó de vestirse.

Con su pijama de ovejas y su piel erizada, Carla rodeó la cama de Lira y fue hasta el espejo de cuerpo entero. Asia se sentó contra el cabecero y miró a Carla mientras ella comprobaba cómo le quedaba su

nuevo pijama con esas ovejas tan mullidas saltando por la camiseta y con ese pantalón a cuadros que recordaban a Escocia, con sus prados verdes y cielos grises, donde el pelo cobrizo de Carla no llamaba la atención.

—¿Qué te parece? —preguntó Carla.

—Es el pijama más bonito del mundo.

Con los brazos en jarra, Carla lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo me queda?

Carla dio una vuelta completa para que Asia la pudiera ver bien. Después entrelazó las manos bajo su vientre y se balanceó adelante y atrás, esperando a que dijera algo. Y Asia podría haber dicho muchas cosas.

Como lo extraño que le resultaba que, pese al evidente frío que Carla estaba pasando, sus mejillas estuvieran encendidas.

O lo incómodo que se estaba sintiendo con ese balanceo constante de Carla, con esas manos entrelazadas y apretadas contra la tela del pantalón.

O lo mucho que se acordaba ahora de aquella noche de enero en la que habían hablado por teléfono. Cómo se parecía ahora Carla a la princesa de esa historia.

—Te queda bastante bien.

—¿Sólo bastante?

—¿Muy bastante?

Carla asintió con la cabeza y sonrió. Luego tiró de la camiseta hasta acercarla a la nariz para olerla. Al hacerlo, dejó al descubierto un vientre tan pálido como el resto de su piel.

—Creo que debería echarlo a lavar antes de usarlo. Pásame el otro pijama.

Dándole la espalda, Carla volvió a quitarse la camiseta. Asia apartó la mirada, pero quiso la casualidad que Carla se mostrara reflejada en el espejo, con su vientre plano y sus pechos pequeños, y sus finos dedos peleándose de nuevo con los botones, abrochándolos uno a uno hasta que la única piel visible fue la del cuello.

Asia se dejó escurrir en la cama hasta quedar tumbado. Se concentró en las estrellas del techo mientras Carla se quitaba los pantalones. Lira no se las había llevado. Reconoció Vega y el resto de las estrellas que formaban su nombre de constelación.

Y mientras tanto, Carla había terminado de vestirse. Dejó el pijama regalado en la bolsa de la ropa sucia y fue hasta su cama. Sacó por completo el papel de seda de la caja.

—Hay una nota —dijo Carla.

—Será el ticket regalo. Puedes mirar la fecha si quieres, por si aún tienes dudas de cuándo te lo compré.

—No, es otra cosa. Es tu letra —dijo Carla, sosteniendo en alto la

nota.

Asia se incorporó en la cama. Era su letra, sí. Y aunque había olvidado cada una de las palabras que había escrito, sabía lo que era.

—No hace falta que lo leas.

—Pero es para mí. Pone mi nombre.

—Ya, pero al final cambié de opinión y no iba a dártela. No sé cómo ha acabado dentro de la caja —dijo Asia, levantándose de la cama.

Carla se llevó la nota al pecho.

—¿Dices cosas malas? ¿Me insultas? ¿Es eso?

—¿Por qué iba a acompañar un regalo con una nota en la que te insulto?

—Yo qué sé... ¿Por qué no quieras que la lea, entonces?

—Porque la escribí según lo que sentía en su momento. Ahora no siento lo mismo: ya no tiene sentido que la leas. No sé si alguna vez lo tuvo, la verdad.

Carla sabía que nada bueno iba a salir de leer esa nota, pero quizás no tuviera otra oportunidad de saber qué sentía —qué había sentido— Asia por ella. Nada de suposiciones: la verdad, directa desde su corazón.

Miró a Asia. Él se limitó a encogerse de hombros y a tumbarse de nuevo sobre la cama vacía de Lira: le estaba dando permiso. Poco, pero suficiente. Sentada en su cama, empezó a leer:

> *¿Recuerdas esa noche de diciembre en Toledo, caminando de la mano, inventando a cada paso una nueva historia a dos voces? ...*

Carla levantó la vista del papel y sonrió: sí, se acordaba. Era la semana antes de las navidades, la última noche de la excursión de cuatro días que siempre hacían los de segundo. Las luces de navidad engalanaban las estrechas calles del casco histórico de Toledo. Fran se había adelantado, hablando con su madre por teléfono. Carla y Asia lo seguían a lo lejos, dándole algo de intimidad. Caminaban juntos, bien pegados, intentado combatir el aire frío que ascendía desde el río y se colaba entre las calles empedradas, vacías ese miércoles rozando la medianoche.

—Érase una vez un pueblo de piedra —empezó Carla—. Los suelos y las casas y las puertas: todo de piedra. Y las ventanas no eran más que huecos en los muros por donde se colaba el viento y el frío.

—Los habitantes del pueblo tenían mantas hechas de ovejas para mantenerse calientes —siguió Asia—. Ovejas enteras y vivas. Irradiaban calor porque comían brasas. Y no te rías, que es cierto esto que te cuento.

—Ya sé que es cierto: yo vivía en ese pueblo. ¿Y sabes qué? ¡También vivías tú!

—Sí —corroboró Asia—. Qué tiempos aquellos... Todos vivíamos bien en ese pueblo de piedra, sin más preocupaciones que encargarnos de que las ovejas comieran suficientes brasas. Hasta que llegaron los monstruos, claro.

Doblaron una nueva esquina y enfilaron una calle indistinguible de la anterior. Fran, todavía al teléfono, se giraba de vez en cuando para asegurarse de que lo seguían.

—Estaban hechos de viento y de hojas caídas —siguió Asia—. Cuando llegaron, en otoño, eran marrones y crujían al caminar.

Carla sintió un pequeño escalofrío. Puede que por una repentina ráfaga de aire frío o por el recuerdo imaginado de esos monstruos. Sacó una mano del bolsillo de su abrigo y la metió en el de Asia. Allí había espacio para las dos. Su mano estaba caliente. Su tacto la reconfortó.

—Sigue —le pidió a Asia.

—El juego no es así.

—Da igual, sigue. Me gusta escucharte.

Asia resopló por la nariz. Una nube de vaho se desvaneció en el aire. Siguió.

—Los monstruos se deshacían en mil hojas con cada ráfaga de viento y se recomponían en las esquinas, allí donde el aire se arremolinaba. Y cuando se tenían en pie, espantaban golondrinas.

A Carla se les escapó la risa por la nariz.

—¿Por qué espantaban golondrinas?

—Para que se fueran y pudiera llegar el invierno. Eso hacían los monstruos: acortar los días y traer el frío. Y en ese pueblo de piedra, sin ventanas en las casas, eso implicaba una cosa: más trabajo para las ovejas come-brasas.

—¡Estaban compinchados los monstruos con los que tenían las plantaciones de carbón! —dijo Carla, y esta vez fue a Asia a quien se le escapó una carcajada.

Y en ese momento Carla había sentido un calor que la había reconfortado por dentro pese al frío de esa noche de diciembre. Siguió leyendo.

> *¿Recuerdas el frío al cruzar el puente sobre el Tajo, y cómo buscaste cobijo en mi abrazo, y las cosquillas de tu pelo cobrizo en mi barbilla, y la luna aferrándose a las aguas por no irse río abajo...?*

¿Cómo iba a recordar Carla esas cosquillas si ella no las había sentido? Pero todo lo demás... Y apoyada de espaldas sobre el pecho

de Asia, rodeada por sus brazos, recordaba también cómo se mecía con cada respiración suya.

No quería que el viaje acabara. Si pudiera elegir, se pasaría el día con Fran y Asia de excursión en excursión, paseando de la mano o emocionándose ante cuadros pintados hace siglos o dibujando todos los momentos vividos con ellos, como ese de ahora del puente. Aunque Fran ya lo hubiera cruzado y no estuviera a la vista, dibujaría a Asia abrazándola, susurrándole al oído el final de la historia que se habían inventado. Dibujaría a color sus labios enrojecidos por el frío y esos ojos marrones que la miraban como nadie antes la había mirado.

> *Debería haberte besado entonces. Y puede que sea una tontería, pero durante un instante creí que tú también sentías lo mismo. Debería haberte besado y no lo hice. Debería haberte dicho que te quiero, porque te quiero, Carla, pero no lo hice ahí, en el puente sobre el Tajo, esa noche de diciembre, así que lo hago ahora, por escrito, en el último momento, porque necesito que lo sepas aunque sea ya demasiado tarde, aunque leas esta nota estando ya en Escocia, lo siento pero no puedo guardar este secreto por más tiempo, si es que es un secreto, si es que no lo sabes ya, si es que prefieres no saberlo, pero te quiero. Me lo saco de dentro y espero así por fin volver a respirar. Aunque sólo sea por eso habrá valido la pena decirte la verdad.*

Carla mantuvo la vista en el papel durante un minuto entero. Sentía la mirada de Asia sobre ella, tumbado todavía en la cama de Lira.

—Pues no me insultas, no —dijo Carla al final, obligándose a sonreír.

—No creo que hayas leído nada que no supieras —dijo Asia.

Carla tuvo que apartarle la mirada. Ahora era a ella a quien le costaba respirar. ¿Por qué, si en el fondo siempre había sabido que Asia sentía algo por ella? Repasó la nota. Nada de lo que había leído le había hecho sentirse así, no. Era lo que no estaba escrito —lo que a Asia no le había costado decir esta vez—, lo que le encogía el estómago.

La quiso, pero ya no. Ahora quería a Lira. Todavía, pese a haberle roto el corazón, pese a haberse marchado sin haberle dicho nada...

—Lira sabía que se iba a ir desde hace al menos un mes —dijo Carla del tirón, cerrando los ojos, avergonzada de contárselo o de no habérselo contado antes, no estaba segura.

Asia se incorporó en la cama de al lado. Una vez más, Carla se sintió observada. Sin mirarlo todavía, se explicó:

—La oí hablando por teléfono con su tía. Tenía comprado un billete de avión, no sé a dónde. Algo que ver con su grupo, creo. Fue al día siguiente de que me pidieras que averiguara si tenía novio —se acordó de pronto Carla. Se atrevió a mirar a Asia—. ¿Recuerdas? Me dijo que no se podía permitir algo así. Que no podía permitirse enamorarse porque sabía que no iba a durar.

Asia la miraba serio, en silencio. Carla siguió hablando:

—Creí que lo sabías, que ella te habría dicho que se iba. No entiendo por qué no lo hizo, Asia, de verdad. Siento que te haya usado así, que hayas sido parte de su ritual...

—¿Qué ritual? —preguntó Asia con un hilo de voz, conteniendo rabia o decepción o quién sabe qué emoción. Nada bueno.

—Es lo que me dijo ella, que sólo buscaba pasárselo bien, sin complicaciones: un chico para después de cada concierto, de usar y tirar. Ese ritual.

Asia no aguantó más. Se levantó y se calzó a toda prisa. No soportaba estar más tiempo ahí.

—Asia... —suplicó Carla.

Él la ignoró. Salió dando un portazo.

Los días robados

Asia no logró dormirse hasta las tres de la tarde, después de que Fran entrara a por las cosas de clase después de comer. Cuando se fue, con seis horas por delante con la habitación para él, Asia se permitió pensar en Lira. No en su marcha ni en lo que Carla le había revelado la noche anterior: en ella, en el tacto de su piel, en el sabor de sus labios, en su voz susurrada al oído, en las formas de su cuerpo entre sus manos.

Se despertó cinco horas después, todavía de día. Se duchó y decidió bajar a cenar nada más abriera el Comedor, cuando Carla y Fran todavía no hubieran vuelto de clase, cuando menos gente cuchicheara al verlo pasar, señalándolo sin cortarse, susurrando con voces demasiado altas si no era ese el que se había encontrado colgado al chico raro del sombrero, el que se había suicidado por culpa de las drogas, que te digo yo que algo me huele mal en ese asunto, seguro que él tuvo algo que ver, mira qué pintas, nadie que fuera inocente tendría esa palidez y esa falta de apetito, se lo comen los remordimientos, como poco es culpable por inacción, ¿sabes lo que te digo?, que si era tan amigo del fulano del sombrero, que lo era, que yo los vi hablando juntos más de una vez, debería haber hecho algo más por él, ¿no crees?, y no dejarlo morir colgado de una cuerda, en un molino, pudriéndose como un jamón mal curado…

Se detuvo a escasos metros de la entrada del Comedor para reprimir las náuseas que el recuerdo de Blas traía siempre asociadas. El olor a aceite usado tampoco ayudaba. Dio media vuelta y echó a andar sin rumbo fijo. El aire del atardecer le sentó bien. Se estaba levantando viento. Hacía calor. Se acercaba una tormenta, aunque el rugido que llenó el aire en ese momento fue el de un bus repleto de los estudiantes que sí habían bajado a clase esa tarde.

Asia no se vio con fuerzas para encontrarse con tanta gente. Buscó refugio en el Bloque 4. Y una vez allí, las opciones fueron dos: esconderse tras la planta que había a mitad de pasillo, junto a las escaleras, o bajar a los subterráneos. Eligió la que no era totalmente ridícula.

Era la cuarta vez que estaba en esos subterráneos. En la primera se había llevado un microondas junto a Carla. En la segunda lo había devuelto y había conocido a Celeste. La tercera había ido con Lira en busca de Eulogio y acabaron en una sala con sillones, en el Taller. Allí fue Asia esta vez.

Llamó a la puerta. Tras unos segundos de espera sin obtener

respuesta, la abrió. Eulogio no estaba. Seguramente su jornada de trabajo habría acabado ya. Se preguntó dónde dormiría. ¿Tendría una habitación en la Residencia?

Asia atravesó el Taller y fue directo a las cortinas plásticas de separación. Navegó entre sillones iluminados por la luz del atardecer que se colaba por los ventanucos elevados y echó un vistazo alrededor, paseando entre las esculturas y los cuadros. Dejó de lado el lienzo gris, el del niño que según Lira se parecía a él en la forma de mirar, y centró su atención en el más grande de todos, uno del interior de una iglesia con un hueco en la pared tras el altar, con el verde del bosque de fondo, luces y sombras intensas, casi palpables, como si en vez de pintura hubieran usado realmente rayos de sol.

Se olvidó de la iglesia y fue hasta la estantería. Cogió el primer libro que le llamó la atención, el primer nombre que reconoció: Hemingway. Nunca había leído nada suyo. Se llevó el libro a uno de los sillones tapizados, encendió la lámpara que había al lado y lo abrió por la mitad, y leyó durante un tiempo, y descubrió que a Hemingway le gustaba mucho andar en bicicleta y apostar y beber y vivir en París y enlazar frases, y afuera anochecía ya cuando Asia dejó el libro de nuevo en su lugar. Quizás lo tomara prestado si no encontraba nada mejor.

Pasó los dedos por los lomos de los libros de la fila inferior, distraído, preguntándose si Fran y Carla habrían acabado de cenar ya, si estarían ya de vuelta en la habitación de ella, si Asia podría volver a la suya sin miedo a encontrárselos. Iba por la segunda fila cuando algo lo hizo detenerse. Tenía la sensación de haber visto un nombre familiar. Retrocedió libro a libro, lomo a lomo, leyendo concentrado, hasta que encontró lo que buscaba.

Escrito en letras blancas sobre un fondo negro, el nombre de Amparo Castaño le devolvía la mirada.

Asia cogió el libro, lleno de curiosidad. Así que Amparo Castaño, además de empresaria, había sido escritora. Se llevó el libro hasta el sillón y lo abrió por el principio, como se abren los libros que uno quiere leer de verdad.

Había una dedicatoria: «A mis chicos». Asia pasó de página y leyó el primer párrafo del primer capítulo. Decía así:

«Los ojos de Amparo Castaño, de un azul intermitente, dejaron de brillar cuando el agente tuvo la decencia de cubrir con una manta su cabeza cercenada. Las luces de policía buscaron nuevas superficies donde reflejarse: el reloj del Ayuntamiento, que marcaba...».

Asia, confuso, meneó la cabeza, bien sujeta al resto de su cuerpo, y cerró el libro. Se fijó por primera vez en la portada. Ahí lo ponía bien claro, con letras grandes: *Amparo Castaño*. Pero Amparo Castaño era el título del libro, no la autora. Debajo, en letras ligeramente más

pequeñas, leyó: «C.S. Vilas».

Giró el libro y echó un vistazo a la contraportada. Allí sólo había un pequeño resumen de la trama de la novela: «Amparo Castaño, la excéntrica millonaria famosa por su intento de traer hielo del cometa Hale-Bopp, aparece decapitada en plena Plaza Mayor. Es el caso más complicado hasta la fecha para la Detective Salgueiro. ¿Conseguirá resolverlo antes de salir de cuentas?».

Asia estaba cada vez más confundido. Abrió de nuevo el libro y buscó información sobre el autor en algún lado. No encontró nada. Fue de nuevo hasta la estantería. Junto al hueco que había dejado *Amparo Castaño* encontró otra docena de libros firmados indistintamente como C.S. Vilas o Celeste S. Vilas.

Con el corazón acelerado, cogió una edición de bolsillo de *Los días robados*. En la contraportada se encontró con un rostro familiar: una Celeste quince años más joven, con la cara más llena y sin canas en el pelo, le sonreía sin apenas torcer los labios, con unos ojos llenos de color, pese al blanco y negro de la foto.

Un ruido en el piso de arriba le recordó a Asia dónde estaba. Decidió irse, antes de que lo pillaran husmeando donde no debía. Se apresuró a dejar los libros donde los había encontrado. Metió *Amparo Castaño* entre las ediciones de bolsillo de *Tambores de niebla* y *Salgueiro asesina*, y se encontró con que en el estante no había hueco para *Los días robados*. Era como si el resto de los libros se hubieran hinchado en cuanto tuvieron la ocasión.

Supuso que no pasaría nada por llevárselo, que en realidad había otra edición de *Los días robados* ahí, en tapa dura. Con el libro metido en el bolsillo frontal de su sudadera, salió de allí.

Los más rezagados volvían de cenar. En la habitación, Fran se había marchado ya. Otra noche más que Asia dormiría solo. Bueno, dormir…

Se sentó en la cama y sacó el libro. En la portada, una chica se asomaba por encima de la balaustrada de un puente peatonal, uno de esos puentes de ciudad europea, de los que unen dos calles paralelas flanqueadas por edificios estrechos, de ladrillo oscuro y tejados a dos aguas. La chica observaba su reflejo en el río. Sus reflejos, más bien, porque eran varias las siluetas que le devolvían la mirada.

Le dio la vuelta al libro. Se encontró de nuevo con el rostro sonriente de Celeste en la contraportada. Sintió una punzada de pena al verla así, tan joven y llena de vida, tan lúcida. Bajo la foto, el texto decía: «Celeste S. Vilas (Betanzos, 1960). La pluma más brillante de su generación. Cuando no está escribiendo novelas, dedica su tiempo a presionar a su editorial para tener control absoluto sobre el contenido de las solapas de sus libros: biografías, *sinópsises*, bellísimas fotografías en blanco y negro…».

Unas gotas del tamaño de puñitos de bebé comenzaban a golpear la ventana. La dedicatoria de la primera página era similar a la de *Amparo Castaño*: «A E.: el amor de mi vida. A G.: mi vida, mi amor». Asia tomó aire, preparándose para sumergirse en *Los días robados*. Pasó de página. Empezó a leer.

La lluvia arreciaba afuera. Dentro, Lucía se llevaba el paquete equivocado de la tienda de antigüedades. Podría haberlo devuelto al darse cuenta del error, pero es que ese anillo era tan bonito... «Y era perfecto para ella. Le sentaba como... Bueno, le sentaba muy bien». Fue a partir de ahí cuando empezaron a pasar cosas extrañas.

Un trueno hizo que Asia levantara la cabeza del libro. Al bajarla de nuevo, Lucía tuvo su primer recuerdo ajeno después de besar a su novio. Tras la confusión inicial llegó el enfado y la pelea. Fue una ruptura fea, de ropa volando por la ventana y tazas haciéndose añicos contra la pared.

Asia leyó durante horas. Sólo paró cuando se dio cuenta de que lo que creía otro trueno lejano era en realidad el rugido de su estómago. Esa noche no había cenado. En realidad, no recordaba cuándo había comido por última vez. Fue a la cocina y se hizo dos sándwiches con el queso de Fran y volvió a la cama. Los fue comiendo a mordiscos pequeños entre párrafo y párrafo.

La tormenta estaba ya sobre la Residencia. Cada trueno hacía vibrar las ventanas. Cada relámpago hacía que las luces parpadearan, amenazando con apagarse durante un instante. Mientras tanto, Lucía metía una canasta en el último segundo y todas sus compañeras de equipo la abrazaban. Tantos recuerdos robados a la vez hicieron que se desmayara. Al despertar en el hospital, ya no podía ver a sus compañeras de la misma manera, para bien o para mal.

De vuelta en casa, en el paquete del anillo, bajo el fondo de cartón, Lucía encontró una nota que había pasado por alto hasta ahora...

¿Le habría contado Carla lo de Lira si no hubiera leído la nota que Asia le había escrito tanto tiempo atrás? ¿Por qué había esperado a ese momento? ¿Qué habría visto Asia si se hubiera quedado cuando Carla llamó por él, si se hubiera dejado agarrar de la mano? ¿Sentiría su lástima genuina y sincera, de amiga que se preocupa por él? ¿O había algo más? ¿Por qué no se lo había dicho antes?

Asia cambió de postura en la cama. La lluvia golpeaba la ventana con fuerza: la tormenta iba a más. Lucía lanzó el anillo al río, harta de sentir lo que los demás sentían: sus más profundas penas, sí, pero también sus alegrías. Harta de que una sonrisa iluminara su rostro por culpa de un recuerdo ajeno, de ser feliz sin motivo, sin merecérselo.

Asia estaba harto del esfuerzo que tenía que hacer por mantener su mente en silencio. Leía una y otra vez la misma frase, pero las palabras rebotaban contra la voz de su cabeza, que insistía en hablarle

de Lira, de todas las dudas que siempre tuvo con ella y que durante un momento creyó resueltas.

Nunca te quiso, decía la voz. *¿Por qué iba a quererte? ¿Por qué iba a elegirte a ti, entre todos sus pretendientes? Porque los tuvo, mi pequeño Asia, ya has oído a Carla. Sólo buscaba pasárselo bien. ¿Creías ser el único que ha sentido ese cosquilleo en el estómago al verla subida al escenario, susurrándole al micrófono, contoneándose junto a la guitarra al ritmo de la música? ¿A cuántas cervezas la habrán invitado? ¿Cuántos labios la habrán besado? ¿Cuántas…?*

Asia cerró el libro de golpe, a diez páginas del final. La voz se rió.

Fuiste uno más, mi pequeño Asia. ¿Crees que se ha molestado en explicarle al resto que se iba? No, ¿verdad? ¿Por qué iba a hacerlo contigo? ¿Por ser el último? Estabas ahí en el momento adecuado, nada más. Te usó y en el fondo lo sabías. ¿Es por eso que decidiste llevarla a ver a Blas? ¿Fue esa tu venganza?

La voz volvió a reír. Asia reprimió unas nuevas náuseas a la vez que una punzada de dolor le perforaba la cabeza. Por si fuera poco, el despertador de Fran empezó a sonar. Con los ojos cerrados, tanteó sin cuidado sobre la mesilla de noche. Consiguió apagarlo, después de casi tirar un vaso de agua al suelo. En el camino de vuelta, su mano se topó con otra cosa: pequeña, metálica, con una piedra engarzada. Confuso, cogió el anillo.

Era un anillo familiar. No sólo porque llevaba toda la noche leyendo sobre él. Ese anillo ya había estado entre sus dedos antes. Lo había llevado durante dos meses pegado al pecho, junto a la piedra de río, antes de devolvérselo a Celeste. Sin embargo, estaba ahí, en su poder de nuevo, entre sus dedos, y ahora, con la luz gris de una mañana lluviosa, recordó a Lira volviendo de algún lado y dejando sobre la mesilla de noche la tarjeta de la habitación y ese anillo, algo más de una semana atrás, el día que se fue sin decirle nada.

Asia forzó el anillo para abrirlo y colgárselo de nuevo del cuello. Sólo había un sitio de donde Lira podría haber sacado el anillo aquel primer domingo de mayo. Y puede que se hubiera esfumado sin darle ninguna explicación a él, pero quizás sí se hubiera despedido de Celeste.

Vestido como estaba, Asia sólo tuvo que calzarse antes de salir de la habitación. Debería haber cogido un chubasquero, porque llovía cuando salió, y seguía lloviendo cuando la recepcionista de Los Cipreses lo saludó con sorpresa.

—¡Cómo has madrugado hoy! —dijo. Luego, se deslizó hacia atrás en su silla de escritorio y echó un vistazo al patio interior—. Creo que Celeste está en el salón. No le gusta salir cuando llueve, ¿sabes? Creo que es por el ruido de la lluvia contra el techo de cristal. Yo lo encuentro relajante, pero puede ser molesto para algunos. Quizás al

llegar a cierta edad...

Asia firmó de cualquier manera en el libro de visitas y pasó a la galería, dejando a la recepcionista con la palabra en la boca. Bastante le dolía la cabeza como para soportar su voz chillona un segundo más del necesario.

Eran pocos los ancianos que había paseando por el jardín interior. Quizás por la hora que era, o quizás porque la recepcionista tuviera razón y muchos no soportaran el estruendo de la lluvia contra el techo acristalado. O tal vez lo que no soportaran fuera el calor que allí hacía, con las ventanas cerradas para que nadie se mojara.

Asia rodeó el jardín. Al fondo de la galería estaba el salón, tras unas puertas dobles abiertas de par en par. Entró.

La tele estaba al fondo, a un volumen que Asia supuso necesario para el público que había congregado frente a ella. Los ancianos, sentados en cómodos sofás, la miraban absortos. Algunos daban cabezadas. No habían dormido nada la noche anterior, como todas las noches desde hacía años, les dirían a sus hijos cuando los visitaran.

Una pareja jugaba a las cartas en una de las mesas junto a las cristaleras con vistas al jardín interior. En la mesa de al lado, cuatro ancianos jugaban al dominó con el ímpetu de señores de cincuenta años en el bar del pueblo.

—Cualquier día nos rompen la mesa —dijo una de las enfermeras.

—Cualquier día se rompen los dedos —dijo su compañera.

Las ventanas del otro lado del salón daban a los terrenos traseros de Los Cipreses. La lluvia parecía caer ahora con más intensidad. El día era más gris y el viento soplaba con más fuerza, poniendo a prueba la flexibilidad de las ramas más expuestas. Allí estaba Celeste.

Quizás fuera por la luz de ese día gris o porque en vez de sus habituales vestidos de flores estaba en pijama, pero Asia la encontró más apagada que nunca. Miraba por la ventana con la mirada perdida, sin parpadear, sin moverse, con el sombrero de Blas en su regazo, ese sombrero de mago que ahora usaba a modo de manta. El carraspeo de Asia la sacó de su ensimismamiento. Lo miró, y por un momento sus labios se curvaron en una débil sonrisa.

—Llueve —dijo Celeste.

Asia se sentó frente a ella en el saliente bajo la ventana.

—Estás empapado.

Celeste alargó una de sus delgadas manos para apartarle un mechón mojado de la frente. Luego movió la cabeza a un lado y a otro, mirando por encima del respaldo del sillón.

—¿No ha venido la chica Lira, chico Asia?

Asia sintió una pequeña punzada en el estómago. Quizás la sintiera toda su vida al oír ese nombre. Negó con la cabeza.

—Así que se ha ido de verdad… —dijo con la mirada perdida.

Asia se inclinó hacia delante.

—Celeste, ¿te vino a visitar Lira a solas hace poco?

Celeste miró a Asia y sonrió como a veces sonreía ella: como si sintiera mucha lástima por él.

—Vino un domingo, sí —dijo—. Los domingos es cuando hay más visitas. Y entre toda esa gente, entre hijos y nietos y perros que tenían que quedarse fuera, estaba la chica Lira, con su nombre de estrellas y su cara de sueño. Estaba triste, aunque ella dijera que no. Tiene ojos que no mienten, ¿sabes? Claro que sí. Claro que lo sabes.

—¿Por qué estaba triste Lira?

—Por amor —dijo Celeste, sonriendo ahora de verdad—. Pero sólo se está triste al querer a alguien si ya no vas a verlo más. Es la peor de las tristezas. Venía a escucharme a mí, pero yo quise que hablara ella. También sé escuchar muy bien, ¿sabes?

»Me habló de la vez que nadó en mitad del Atlántico. Durante un día entero no sopló el viento. El velero apenas se movía. Su padre tiró el salvavidas al mar y se quedó allí, junto al barco, sin ninguna corriente que lo arrastrara...

—¿Quieres nadar?

Lira miró a su padre y se asomó por la borda. Sintió un vértigo que la revolvió por dentro. Su corazón empezó a latir con fuerza. Le costaba respirar. Volvió a mirar a papá.

—Vale. Pero no me dejes atrás.

Papá se echó a reír hasta que una mueca de dolor lo obligó a parar. Negó con la cabeza y prometió que no, que no se iría, que si quería podía agarrarse al salvavidas.

—No, quiero nadar de verdad.

Miró a su alrededor. Estaban solos en mitad del Atlántico. Ni un barco a la vista. Eran ellos y las nubes y el cielo azul y el océano en calma. Se desnudó, y antes de tener tiempo a pensárselo, saltó al mar.

Notó el agua más caliente de lo que se esperaba. Buceó en diagonal, alejándose del barco, adentrándose en las profundidades del océano, hasta que los pulmones le empezaron a arder. Sólo entonces empezó a ascender. Rompió la superficie del agua y tomó una gran bocanada de aire. Luego, flotó boca arriba, intentando no pensar en todo lo que ocurría a sus espaldas, en esa inmensidad desconocida que comenzaba a llenarla de miedo.

Pero Lira no había saltado al mar para ignorarlo y dedicarse a mirar al cielo.

Tomó aire, cerró los ojos y se concentró en el agua que la sostenía, en cada pequeña gota que se amontonaba para auparla tres mil metros sobre el fondo del océano, en todas las criaturas que, al mirar hacia arriba, verían la silueta de una chica tremendamente asustada que aun así no se movía.

Tenía los oídos bajo la superficie, y oía…

Oía toda la fuerza de un mar en calma. Oía lo que habían oído los primeros seres microscópicos que habían poblado los océanos tres mil millones de años atrás. El océano había estado ahí desde siempre y seguiría ahí mucho después de que Lira no estuviera. Parecía imposible que pudieran compartir el tiempo, pero lo compartían. Ahora mismo lo compartían.

El océano no la sostenía. Ella era el océano. Lo era ahora, por unos minutos, tumbada boca arriba, sintiendo el calor del sol en su pecho y toda la fuerza de la creación en su espalda. Era insignificante y era todopoderosa, era eterna.

—En ese momento encontré una calma que nunca antes había sentido y que seguramente nunca vaya a volver a sentir. Y al volver al barco, mi padre lo vio en mi mirada, y supo que todo iba a ir bien.

Celeste miró a Asia a los ojos.

—Le di mi anillo —dijo—. Todo olía a despedida, aunque ella no dijera nada. Quería que tuviera algo mío. Se echó a llorar. Yo no quería que llorara.

Celeste se quedó callada. Asia esperó pacientemente, hasta que no pudo esperar más.

—¿Te dijo algo más? ¿Te dijo por qué se iba? ¿Te dijo algo de mí?

Celeste asintió con la cabeza, sonriente de nuevo. A Asia se le aceleró el corazón.

—Me dijo que vendrías. Me dijo que me harías preguntas y que lo sentía, pero que ya tenías todas las respuestas. No me dijo nada más. Me abrazó y se fue con el anillo de vuelta a algún sitio. Es un anillo mágico, ¿sabes?

Asia asintió, distraído. ¿Qué respuestas tenía ya?

—Quien lo lleva, puede robar un día a cada persona que toca —siguió Celeste—. Puede robarle sus recuerdos y sus emociones. Puede saber exactamente qué piensa. Es una magia muy poderosa, poder ver cómo es de verdad una persona. Es algo que asusta, ¿verdad? Se lo advertí a la chica Lira, con su nombre de estrellas. Espero que me hiciera caso.

Asia no quiso pensar en qué recuerdo de los que Lira había visto en él la había hecho salir huyendo aquel domingo sin decirle nada. Cerró los ojos con fuerza y meneó la cabeza. ¿De verdad se creía que el anillo que llevaba ahora al cuello tenía poderes? ¿De verdad estaba tomando como cierta la palabra de Celeste, que era incapaz de distinguir ficción de realidad, que los había enviado a descubrir el cadáver de Blas con una sonrisa en el rostro?

Celeste miraba ahora fijamente el sombrero que tenía sobre el regazo como si fuera la primera vez que lo veía. Frunció el ceño y le dio vueltas entre las manos. Levantó la cabeza y miró a Asia. Volvió a

sonreír.

—Llueve.

Asia asintió de nuevo. Quizás fuera momento de dejar a Celeste en paz.

—Estás empapado —dijo Celeste, y alargó una mano sin anillo para apartar un nuevo mechón mojado de la frente de Asia.

Asia frunció el ceño, confuso. ¿No acababa de vivir todo esto unos minutos antes? ¿Le iba a preguntar ahora de nuevo por qué no había ido Lira con él?

Pero no. Fue otra cosa la que dijo.

—Ven, vamos a secarte. No querrás que te coja un resfriado, ¿verdad, amor?

Celeste se levantó del sillón y alargó una mano hacia Asia para ayudar a levantarlo. Asia se dejó agarrar, pero se quedó sentado, desconcertado, y la mano de Celeste, mojada tras acariciarle el pelo una segunda vez, resbaló entre la suya.

Fue un instante, nada más. Un solo instante en el que Asia vio la tragedia ante él. Vio cómo Celeste se caía hacia atrás sin que él pudiera hacer nada por ella. Vio en sus ojos un pánico que hizo que se le helara la sangre. Un pánico que poco tenía que ver con una caída de espaldas hacia un sillón acolchado. Era algo mucho peor.

Era el pánico de una vida que se va, del peso de la responsabilidad y la culpa que llegan. Del arrepentimiento por lo callado y por lo dicho. Algo iba mal. Algo iba terriblemente mal.

El golpe fue suave. La caída de Celeste apenas hizo que el sillón se moviera del sitio. Sin embargo, Asia sintió algo parecido a la onda expansiva de una explosión nuclear. Y todo por la rapidez con la que la luz desapareció de los ojos de Celeste. Un cambio brusco que ya había presenciado antes una vez.

La barbilla de Celeste empezó a temblar. Tomó una respiración honda y agitada, de puro pavor. Hundió la cara en las manos y empezó a sollozar.

—No, no, no, no, no, no, no...

Asia miró a su alrededor. Nadie parecía darse cuenta de lo que estaba pasando: ni los ancianos que veían la tele, ni los que jugaban a las cartas o al dominó, ni las enfermeras que se encargaban de que no faltara agua para poder tragar las pastillas. Se levantó y se arrodilló frente a Celeste.

—No, no, no, no, no, no...

—Celeste...

Celeste se calló. Por un momento sólo se escucharon sus sollozos, ahogados por sus manos. Levantó lentamente la cabeza y miró a Asia a los ojos. Unos ojos tristes. Ojos de bosque tras un incendio. Ojos humeantes y sin futuro.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Qué te hago? —preguntó Asia con apenas un hilo de voz, cogiendo las manos de Celeste entre las tuyas.

Y otra vez ahí estaba esa sensación. Ese pánico insondable. Esos ecos que aumentaban a cada repetición. Una rabia imposible de aliviar. Y cuánta tristeza. Asia no sabía que la tristeza pudiera llegar tan profunda. Apartó las manos antes de que su cabeza se llenara de pensamientos que quería evitar a toda costa.

Celeste miró hacia abajo y cerró los ojos. Respiró hondo una vez. Cuando los abrió, dijo:

—¿Por qué me engañas así?

A Asia también le temblaba la barbilla. Le temblaban las manos y la voz.

—Yo no te engaño. Jamás haría eso...

—Me engañas —dijo Celeste. Resopló por la nariz. Frunció los labios. Parecía a punto de enseñar los colmillos en cualquier momento. Bajo la ceniza de sus ojos había todavía fuego—. Me engañas y me haces daño —dijo con una voz más potente—. ¿Quién eres?

Asia empezó a sentir que se desmoronaba por dentro.

—Soy Asia, Celeste. Tu chico Asia.

—No eres mi chico, Asia —escupió ella—. ¿Quién te envía?

—Nadie me envía. Tienes que creerme. Yo...

—Quieres hacerme daño —dijo Celeste, furiosa, levantando una mano.

Asia cerró los ojos con fuerza y se preparó para recibir el golpe, derrotado.

Pero el golpe no llegó. Asia abrió los ojos y vio a una de las enfermeras sujetando a Celeste por detrás. Gritaba y pataleaba. De algún modo, Celeste consiguió revolverse y librarse lo justo del amarre para abalanzarse sobre Asia. Asia se puso en pie y retrocedió de un salto. Celeste sólo alcanzó a agarrarlo por el colgante.

Asia sintió una punzada de dolor en el cuello antes de que el cordel se rompiera. Salió despedido hacia atrás y chocó contra la ventana. El cristal se astilló. Celeste pataleaba ahora con los pies en el aire, sujeta por una enfermera treinta kilos más pesada que ella y que ahora se aseguraba a conciencia de que no pudiera volver a escaparse.

Por un momento en el salón se mezclaron los gritos de Celeste con un nuevo testimonio en la televisión. Todas las cabezas se giraron para ver cómo se la llevaban. Asia se dejó caer al suelo, resbalando contra el cristal, exhausto. Hundió la cabeza entre los brazos.

Los gritos de Celeste se apagaron y sólo quedó la televisión. Un minuto después volvió el dominó. En el suelo, Asia lloraba.

—¿De dónde vienes? ¡Estás empapado! ¿De dónde has sacado...? ¿No es ese el sombrero de Blas? Asia, ¿estás bien? Tienes mal aspecto. ¿Dónde has...?

—¡QUIERES CALLARTE DE UNA VEZ, FRAN! ¡DIOS! ¿QUÉ HACES AQUÍ?

Fran cerró la boca y frunció el ceño. Recuperó el paso que los gritos de Asia le habían hecho retroceder.

—Esta también es mi habitación.

—Cuando te interesa.

—Cuando sea, que para algo pago por ella. ¿Llevas todo el día a la lluvia? ¿De dónde has sacado eso?

Asia tiró el sombrero de Blas sobre su cama. Se quitó también la sudadera. Pesaba una tonelada, empapada como estaba. Del bolsillo sacó el móvil. Dudaba que esta vez pudiera resucitarlo.

—Sólo quiero darme una ducha y dormir —dijo.

Estaba muerto de frío y agotado tras haberse pasado todo el día a la intemperie. Se había ido de Los Cipreses pese a que le habían ordenado que se quedara, que en cuanto volvieran de ocuparse de Celeste iban a curarle el corte en la cabeza que se había hecho al chocar contra el cristal. Pero Asia se fue. Se levantó y se fue, sin más: con una herida que empezaba a mancharle de sangre el cuello de la camiseta y con el sombrero de Blas, que recogió del suelo. Se fue sin su colgante. Sin la piedra de río y sin ese anillo que Lira le había dejado. Salió de allí sin que nadie lo retuviera y echó a caminar bajo la lluvia, cuesta abajo, primero sobre el asfalto desgastado de la carretera, luego hundiendo los pies en el barro del sendero que llevaba al molino.

No se atrevió a entrar, pese a la lluvia. Se sentó ahí fuera, en un árbol caído, dejando que el rugido del río le impidiera pensar. Funcionó. A cambio, el dolor de cabeza había ido en aumento. Era tal la presión dentro del cráneo que la voz no tenía espacio para hablar. Aunque Asia casi podía oírla de todos modos, riéndose de él, echándole la culpa por lo que acababa de pasar, del daño que le había hecho a Celeste por no hacer caso a Eulogio, por ir a visitarla un día de lluvia, por estúpido que le pareciera esa prohibición en su momento. ¿Y todo por qué? ¿Por buscar una explicación a la marcha de Lira? Como si algo de lo que Celeste pudiera decirle sirviera para aliviar el dolor de ese abandono.

Si pudiera oírla, la voz le preguntaría por qué se creía con derecho

a trasladarle su preocupación a Celeste, a molestarla, a romper el delicado equilibrio de su salud. ¿No recordaba su primer encuentro, cuando le pidió que la ayudara, las manos en torno al cuello, que apretara y se la llevara de allí? Pues bien: puede que al final lo hubiera logrado.

Si fuera la voz la que hablara, Asia podría gritarle que se callara de una vez, podría fingir ignorarla, sacudir la cabeza y negar cada una de las afirmaciones que la voz hiciera, tacharla de loca, de mentirosa, de querer hacerle daño.

Pero no es la voz, ¿verdad, mi pequeño Asia? ¿Mi dulce Asia? ¿Mi pobre Asia? No es la voz, porque nunca ha sido la voz.

El agua del río se apagaba, y eso era mala señal. Asia no podía permitirse pensar. Cuando pensaba, el frío se iba y ya no llovía. Cuando pensaba, olía a verano y la luz no era gris, de mañana lluviosa en el bosque: era verde, filtrada por unos robles en esplendor. El cielo azul. La hierba fresca, recién regada. Cuando pensaba, viajaba en el tiempo dos años atrás. Volvía a su casa, a su cuarto, y oía cómo el viento traía su nombre por la ventana abierta.

—¡Asia! ¿Puedes bajar? Tu abuela está algo nerviosa.

Mi pequeño Asia. Mi dulce Asia. Mi pobre Asia.

Sólo él podía tranquilizarla cuando se ponía así, llena de furia, fuera de sí. En esos momentos de enajenación total era a él a quien siempre reconocía. Nunca olvidaba su nombre. Al verlo, sus ojos cobraban vida. Ojos de bosque, marrones y verdes.

Siempre lo has sabido, y ahora no puedes dejar de verlo, ¿verdad, mi Asia querido?

Esa tarde de julio estaba sentada a la sombra de los robles. Asia la oyó antes que verla. Gritaba. Alguien le había robado todo el dinero, todo su oro, las joyas, la casa, se habían llevado el monedero, doce botones y un abrigo de piel, y habían querido robarle el pelo.

—¡Me tenéis aquí encerrada! ¡Quiero salir!

—Señora Ana, nadie la encierra, ya está afuera. Mire qué sol, mire qué cielo —decía la cuidadora, haciendo señas a Asia para que se acercara rápido—. Acá viene su nieto. Mire, mire.

Asia se acercó con paso lento. Se obligó a sonreír. Su sonrisa siempre conseguía calmarla. La misma sonrisa del niño de cuatro años que se despertó escupiendo agua con una piedra de río bien sujeta en la mano.

Pero esa vez no te reconocí, ¿verdad, mi pequeño Asia?

El molino, el ruido del río, el silencio de una tarde de verano bajo los robles, Fran en la habitación.

—¿Has comido? —le preguntó—. Tienes una pinta horrible, de verdad. ¿Te ha pasado algo? ¿De dónde has sacado el sombrero? Estás… ¿Eso es sangre?

Asia tomó una respiración profunda.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —dijo, intentando no gritar para que el dolor de cabeza no aumentara, si es que podía aumentar más.

—Me preocupas.

Asia se rió por la nariz.

—No creo que nunca te hayas preocupado mucho por mí.

¿Y tú por él?, dijo la voz. *¿Tú por alguien? Ni mi muerte pudiste llorar. Te di la vida, mi pobre Asia. Te la di junto al río. Te di mi aire y los latidos de mi corazón. Te di mi nombre. Te lo di todo, ¿y así me lo pagas, mi pequeño Asia? Te di el colgante y lo has perdido. Te di todo mi amor y al irme tú sólo sentiste alivio. ¿Tanto rencor me tienes por aquella tarde de verano en el jardín?*

Algo iba terriblemente mal. La abuela gritaba. Quería que la dejaran en paz, que la dejaran volver a casa.

—Abuela, ya estás en casa —dijo Asia.

La voz le temblaba. Se acercó con cautela. Ella gritó.

—¡NO! ¡Dejadme marchar! ¿Por qué me hacéis esto? ¿POR QUÉ ME ODIÁIS?

—Abuela, no te… Nadie te odia. Nosotros te queremos —dijo, conteniendo las lágrimas, acercándose más, exponiéndose a ella—. Yo te...

Pero ella gruñó. Apretó los dientes y gruñó, y los nudillos se le pusieron blancos cuando intentó levantarse de la silla donde llevaba dos años postrada. Gruñó por la ira que la impulsó a levantar la mano para atacar a Asia, su dulce Asia, su pequeño Asia, y Asia estalló sin necesidad de que la mano impactara en su cara. Lloró como nunca había llorado, como no volvería a llorar hasta esa misma mañana, cuando vio algo más que los mismos ojos de bosque de su abuela en Celeste.

Ahora no había forma de no verlo, de recordar el momento en que su abuela murió para él, un año antes que para el resto, gruñendo y alzando la mano y callándolo antes de que pudiera decirle una última vez que la quería. Cerraba los ojos y olía a verano y la veía llena de ira, ya estuviera muerto de frío junto al molino o como ahora en su habitación, ante Fran, que lo miraba en silencio, como si estuviera buscando con cuidado qué contestar.

—Claro que me preocupo por ti —dijo con voz pausada.

Asia volvió a reírse. Notó como Fran empezaba a perder la paciencia. Mejor. Quería discutir. Necesitaba distraerse.

—¿Lo dices por Carla? —preguntó Fran.

—No sé. ¿Lo digo por Carla?

Fran resopló y dio dos pasos adelante.

—¿Tú podías quererla y yo no? ¿Es eso? Y aun así, aunque tú

nunca me dijiste nada, como sabía que te gustaba, nunca intenté nada con ella, porque...

Asia no tuvo que forzar la risa esta vez.

—Nunca intentaste nada, ya…

—Nunca, hasta que decidiste dejar de hablarle durante todo el verano. Yo estuve allí para ella. Si te vas a enfadar, enfádate contigo. La culpa es tuya. Y aun así, porque me preocupo por ti, intenté llevarlo en secreto al principio para no hacerte daño, aunque a ti no te importara hacerle daño a ella. Eres tú quien nunca se ha preocupado por nadie, y menos por mí. Te comportas sin pensar en lo que yo pueda sentir, como si nada de lo que haces pudiera afectarme.

—¿Qué te he hecho?

—Parece que nunca quieras estar en la misma habitación que yo.

—¡Si paso media vida contigo!

—¿Cuándo ha sido la última vez que hemos hablado de verdad? Meses. Meses, Asia, desde que estoy con Carla, porque no vaya a ser que me preguntes qué tal estoy y te hable de ella, ¿no? Te comportas como si te hubiera traicionado, cuando eres tú… Bah. Déjalo.

—No, a ver. ¿*Cuando soy yo* qué? ¿Cuándo te he traicionado yo?

—Cada vez que estás a solas con Carla —dijo Fran. Las palabras le salieron atropelladamente, como si cada una llevara mucho tiempo unida a la siguiente.

—Carla es mi amiga. ¿Por qué no iba a poder estar a solas con ella?

Ahora fue Fran quien soltó una risotada afilada.

—¿Besas a muchas de tus amigas, Asia? ¿O sólo a las que tienen novio?

Era la segunda vez que tenía esa misma conversación. ¿Cómo podía traerle tantos problemas un beso que no recordaba?

—¿Cómo tienes los cojones de sentirte traicionado por mí —siguió Fran—, cuando tú aprovechas la mínima oportunidad, la mínima discusión entre Carla y yo, para intentar robármela?

—Carla no es tuya para que yo pueda robártela.

—Vete a la mierda, Asia, ya sabes a lo que me refiero.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Que lo niegues! ¡Que te defiendas! ¡Que digas algo!

Fran miraba a Asia con una intensidad que asustaba. ¿Era odio? ¿Estaba esperando a que Asia hablara para partirle la cara? La idea casi le parecía tentadora. Creía merecerlo. Y quizás un puñetazo lograra hacerle perder el conocimiento. Qué bien le vendrían esas horas de sueño. Qué bien poder librarse momentáneamente del dolor de cabeza y de todos los recuerdos.

Pero no. No era odio lo que se asomaba a los ojos de Fran. Era otra cosa. Era miedo. Miedo a descubrir una verdad que ya intuía. Miedo a

que Asia le dijera que Carla lo había besado a él, y no al revés. Que todos sus temores, todas sus dudas, se confirmaran entonces.

—¿No vas a decir nada?

Asia cerró los ojos ante una nueva oleada de dolor de cabeza. Había cambiado de opinión. Quería que esa discusión acabara. Quería que todo acabara: el dolor y el frío y las imágenes que se agolpaban en su mente. Quería meterse en la ducha antes de morir congelado. Quería que el agua le escaldara la piel y que el vapor lo adormeciera. Quería dormir treinta horas seguidas. Ya vería entonces si quería despertar. Abrió los ojos y soltó el aire.

—La besé, sí. Y lo habría hecho más veces si ella no hubiera vuelto junto a ti esa misma noche. ¿Contento?

Fran meneó la cabeza.

—No sé quién eres —dijo—. No quiero saberlo.

Asia se encogió de hombros, como si no le importara oír la profunda decepción en la voz de Fran. Apretó con fuerza los labios, aguantando las ganas de volver a llorar. Fran salió dando un portazo. Asia entró al baño.

En la ducha, oyó el agua del río entre las rocas. La puerta del molino mecida por el viento. Blas dentro. Tampoco había llorado por él. Su madre se llevó el cuerpo y Asia no se molestó en preguntar dónde iba a ser el entierro. Dudaba que hubiera ido. ¿Para qué? Si Blas no se había molestado en dejar ninguna nota, ¿por qué iba a despedirse él? Lo único que había dejado atrás era el sombrero. Celeste lo había cogido y ahora lo tenía él, un recuerdo de algo que no quería recordar.

Asia limpió el espejo empañado. Se sintió desnudo sin su colgante, sin la piedra de río y el anillo sobre su pecho. ¿Y si Celeste se había llevado algo más que el sombrero cuando encontró a Blas en el molino? ¿Y si sí que había una nota que lo explicara todo? Algo que sirviera de consuelo al menos a la madre de Blas. Unas últimas palabras de su hijo, por terribles que fueran por tardías.

En el neceser de Fran encontró ibuprofeno. Se metió dos en la boca y bebió directamente del grifo. Se vistió y salió de la habitación, decidido a volver a Los Cipreses. Hablaría con alguna de las enfermeras que estaban en el salón a la mañana y les diría que venía a recuperar el colgante que Celeste le había arrancado, que por favor buscaran a ver si estaba en su habitación, y que de paso buscaran una nota manuscrita. Sí, quizás funcionara.

Era la hora de cenar. Las salas de estudio estaban vacías. Las mesas, llenas de apuntes. Asia les echó un vistazo a las máquinas expendedoras y el estómago le rugió. Quizás no fuera buena idea ir ahora a Los Cipreses. Podría ir al día siguiente, tras haber comido, tras haber dormido al menos doce horas. Podía pasar una noche sin el

colgante. Podía esperar un poco más para oír las últimas palabras de Blas, si resultaba que las había dejado por escrito y no se las había llevado ya el viento sin nadie que las oyera. Sí, lo mejor sería...

—¿Qué haces aquí?

Asia se volvió hacia la voz. Apoyado distraídamente en la pared, con las manos en los bolsillos, peinado con un exceso de gomina, Felipe Docampo esperaba una respuesta.

—¿Qué haces *tú* aquí? —dijo Asia.

Felipe Docampo sonrió, enseñando unos dientes demasiado blancos y perfectos, y señaló con un gesto de su cabeza la puerta que tenía a la izquierda: el despacho de los guardias.

—He quedado para cenar con mi padre, pero obviamente hoy está algo ocupado. ¿A dónde ibas?

—A cenar —dijo Asia, y decidió en ese momento que sí, que iba a cenar, que lo necesitaba más de lo que necesitaba su colgante o confirmar sus sospechas sobre la existencia de una última nota de Blas.

—¿Llevas aquí ocho meses y todavía no sabes el camino al Comedor? —preguntó Felipe Docampo, separándose de la pared y caminando hacia Asia.

—Claro que sé el camino.

—Pues no lo parecía, quedándote parado como un idiota al salir de las escaleras. Pero tranquilo, yo te puedo ayudar: es por ahí.

Asia chasqueó la lengua y se dio la vuelta. Echó a andar. No estaba de humor para aguantar a Felipe Docampo. No solía estarlo nunca, hoy mucho menos.

—Aunque me sorprende que bajes a cenar tan tranquilo, recién duchado, tan relajado.

Asia se detuvo y se volvió a girar.

—¿Qué dices?

—Eso, que no esperaba verte aquí. Y mucho menos verte así.

—¿*Así* cómo?

Felipe Docampo se encogió de hombros. Su sonrisa se ensanchó, y Asia sintió que la rabia crecía dentro de él.

—Así, como si nada hubiera pasado —dijo Felipe Docampo.

Asia miró a Felipe Docampo con los ojos entornados. No dijo nada.

—Oh, vamos —dijo él, sin borrar esa estúpida sonrisa de su rostro —. No me vengas ahora con que no sabes de qué te hablo.

—Claro que lo sé —dijo Asia—. Lo que no sé es por qué lo sabes tú.

—El asilo también pertenece a mi padre. Se entera de todo lo que pasa ahí.

—¿Y después te lo cuenta todo a ti tu papi?

—No me cuenta *todo* mi *papi* —dijo, apretando un poco los dientes,

con un extraño brillo en los ojos—. Sólo las cosas interesantes, como cuando alguien hace algo más que esperar pacientemente su hora, ¿sabes lo que te digo? Eso es algo que siempre me ha resultado fascinante. Esas cosas sí que me las cuenta.

Hubo una larga pausa en la que sólo se oyó el murmullo proveniente del despacho de los guardias. Asia sintió que la voz quería decirle algo, que le gritaba, reclamando su atención. Pero él no quería escucharla.

—Oh, Asia... —dijo Felipe Docampo, riendo ahora—. Creí que lo sabías. Me dijiste que lo sabías. ¿De qué pensabas que estaba hablando?

La cabeza le dolía ahora como si se le fuera a partir en dos. El corazón le latía a mil por hora. Le sudaban las manos. No podía ser.

—Si la he visto esta mañana…

Felipe Docampo dejó de reír y se acercó a Asia.

—Lo sé —dijo—. ¿Y qué tal fue vuestra conversación? ¿La notaste feliz y relajada? ¿O quizás tu visita la alteró un poco?

Asia apretó los labios y cerró los ojos. No soportaba ver la cara de Felipe Docampo ante él. Si volvía a ver sus dientes blancos, se los echaría abajo de un puñetazo.

—Ahora entiendo por qué estás aquí y no encerrado en tu habitación. O en un tren de vuelta a casa, vamos. Si yo fuera tú, intentaría ponerme fuera del alcance de Eulogio cuanto antes. ¿Qué crees que te hará si te ve? ¿Qué crees que hará ahora que sabe que fuiste tú quien alteró de esa forma a su mujer? ¿Que eres tú el culpable de su muerte?

Asia apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le hundieron en la palma de las manos. Sintió la sangre brotar despacio. Abrió los ojos, pero nada cambió. No estaba en una de esas pesadillas que sufría desde la aparición de Blas. Aquello era real.

Todo estaba desenfocado. La silueta de Felipe Docampo ante él. Y en mitad de su rostro difuminado, Asia distinguió perfectamente esos dientes blancos que se empeñaba en mostrar.

—Sigues sin creerme... ¿Cuándo te he mentido yo, Asia? ¿No te dije la verdad sobre Fran y tu amiga? Además, ¿qué clase de mentira horrenda sería esta? ¿Por qué te diría que Celeste…?

—¡CÁLLATE! —gritó Asia, avanzando hacia Felipe Docampo, que se volvió a reír.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Vas a pegarme? Sabes que mi padre está aquí al lado, ¿verdad? Sabes que como me pongas la mano encima acabarás expulsado, ¿no?

A Asia no le interesaba lo que Felipe Docampo tuviera que decir. Le ardían los ojos. La cabeza le iba a estallar de verdad. Lo sabía. Y casi quería que así fuera. Que acabara de una vez el dolor. Que

cesaran los sudores fríos y las náuseas. Nunca se había encontrado peor.

—Yo sólo soy el mensajero —siguió Felipe Docampo—. ¿Crees que he disfrutado dándote esta pésima noticia? Claro que no. Me he reído de los nervios, supongo. No me imagino lo que debes estar pasando. La culpa que debes estar sintiendo. Primero tu amigo Blas y ahora Celeste, a la que tanto visitabas. Tienes que estar preguntándote, como lo hago yo, como lo hacen muchos, si quizás no es casualidad. Yo no podría vivir con esa culpa dentro, ¿sabes? Si yo supiera el mal que puedo llegar a hacer a la gente, me quitaría de en medio.

Asia cerró los ojos con fuerza de nuevo. Sintió unas lágrimas calientes caer por las mejillas. Volvía a apretar los puños, hurgando en las heridas. Se mordió el labio hasta notar el sabor de la sangre. Cualquier cosa para olvidar el dolor de cabeza. Cualquier cosa para dejar de sentir cómo la voz le desgarraba el cerebro con palabras llenas de esquirlas. *Porque Felipe Docampo tiene razón, Asia. Antes de que tú llegaras, Blas era feliz en su habitación, viviendo en la ignorancia. Míralo ahora.*

No…

Sí. Y ya viste el efecto que tienes en… que tenías en Celeste, cómo se puso ese primer día en el almacén, cómo se puso esta mañana, y ahora… Dos de dos. Y Fran. Mira el daño que le has hecho a él. Y a Carla. Y lo mal que lo pasó la pobre Claudia en su momento, cuando no le prestaste atención cuando más lo necesitaba. Y lo que preocupas a tu madre. ¿Es que no haces nada bien? Felipe Docampo tiene razón.

—Al menos te queda el consuelo de que los que ha muerto por tu culpa son Blas y Celeste. ¿Te imaginas que hubiera sido alguien que importara de verdad?

Asia no aguantó más. Gritó y soltó un puñetazo sin abrir los ojos. Golpeó la pared. Sonó a nueces abiertas a martillazos, metálico, como el sabor de la sangre en su boca. Sonó a huesos rotos. Abrió los ojos y lo único que vio fue una neblina roja. La cabeza ya no le dolía tanto. Oyó voces y gritos. Alguien discutía. Al final sintió que le agarraban por el codo y se lo llevaban de allí. Se dejó guiar.

A ciegas, subió unas escaleras y recorrió un pasillo. Se detuvo un momento ante una puerta. El sonido le llegaba como si estuviera buceando a dos metros de profundidad. Entreabrió los ojos y no vio más que unas siluetas borrosas antes de que la claridad lo obligara a cerrarlos de nuevo. Una mano lo empujó suavemente por la espalda.

—Siéntate aquí. Creo que tengo hielo.

Se sentó en una cama. Tenía el brazo derecho cerca del pecho, con cuidado de no mover la mano. Le dolía como no creía que algo pudiera doler.

—Deja que te mire bien la mano.

Asia, con los ojos cerrados, obedeció. Movió el brazo con cuidado. Tenía miedo de que en cualquier momento le tocaran la mano. Si ya le dolía en contacto con el aire, no se podía imaginar lo que sentiría en cuanto notara algo de presión.

—Creo que va a hacer falta algo más que hielo. Vas a tener que ir al hospital. ¿Te encuentras bien?

Asia negó lentamente con la cabeza. Cada vez recibía el sonido de forma más nítida.

—Voy a llamar a un taxi para acompañarte. ¿O crees que necesitas una ambulancia? Ponte el hielo, que algo te aliviará. Y abre los ojos, ¿quieres?

Asia intentó abrir de nuevo los ojos. Consiguió dejar de lado el dolor durante unos segundos, lo suficiente para que la vista se le acostumbrara a la claridad de la habitación. Frente a él, Claudia buscaba un número en su móvil. Levantó la vista del teléfono y miró a Asia con el ceño fruncido.

—¿Por qué coño le has pegado un puñetazo a la pared?

—Fallé —masculló Asia.

—¿Cómo pretendías acertar, si Felipe Docampo estaba un metro más a la izquierda?

Asia se encogió de hombros. Acercó la bolsa con hielos a su mano herida. La reacción con el frío hizo que flexionara los dedos sin querer. Un latigazo de dolor se le extendió desde la mano a todo el cuerpo. La visión se le nubló de nuevo. Vio cómo Claudia movía la boca y se acercaba a él. Todo se movía. El mundo se inclinaba y giraba sin control. El dolor desapareció.

Luego, nada. Una oscuridad total que dio paso a un techo con estrellas blancas. Estrellas fugaces. Estrellas brillantes. Era la más aburrida de las constelaciones: una simple línea recta.

—Chico, ¿puedes decirme tu nombre?

Asia cerró los ojos. ¿Tenían que detener la camilla justo bajo una de las luces del pasillo? Notó que se ponían de nuevo en marcha. Sintió el aire fresco de esa noche de mayo en su rostro. Ya no llovía. Las luces de la ambulancia parecían más soportables que las del interior. Abrió los ojos. Un gran número de curiosos se habían reunido para ver qué pasaba.

—¡Chico! ¿Tu nombre? —volvió a preguntar el médico.

—Asia —respondió con un hilo de voz.

Lo último que vio Asia antes de cerrar los ojos fue la cara de desconcierto del médico. Lo último que oyó fue:

—Si tú lo dices….

Se desmayó de nuevo.

Interludio:

Si una noche de mayo una enfermera

Lo había despertado una punzada de dolor, creía. Una tenue luz de ambiente en la pared iluminaba lo suficiente la habitación para ver a Claudia dormida en el sillón de la esquina, acurrucada bajo una manta azul. Asia, tumbado en la cama, se destapó.

Le habían tenido que enyesar toda la mano. No estaba seguro de si sentía los hierros que le habían puesto o si se lo estaba imaginando, ahora que el efecto de los calmantes se diluía. Poco importaba la diferencia, si el dolor era real.

También le dolía la cabeza. Ya no era esa sensación insoportable que había sentido en los subterráneos. Le dolía el cogote, allí donde se había golpeado contra el cristal a la mañana. Le habían tenido que dar puntos.

Fue al baño. Descubrió que con su mano derecha inutilizada le iba a resultar bastante difícil realizar hasta las tareas más sencillas. Volvió de nuevo a la habitación. El rugido de su estómago lo asustó y le recordó que lo último que había comido habían sido unos sándwiches de queso, y de eso hacía ya casi veinticuatro horas.

La puerta estaba entreabierta. Quizás alguna de las enfermeras del turno de noche pudiera darle algo de comer. Salió al pasillo y echó a andar hacia el mostrador de mitad de planta, sintiendo el agradable frescor del suelo de baldosas bajo sus pies descalzos.

—Hola —lo saludó una enfermera—. Aquí no se puede fumar.

La enfermera salió de detrás del mostrador y guió a Asia hacia las escaleras. Subieron hasta la azotea. Una suave brisa le revolvió el pelo. Apenas quedaban nubes en el cielo. Empezaba a amanecer.

—¿Quieres?

Asia miró el cigarrillo que la enfermera le ofrecía.

—No puedo —dijo, y le enseñó la mano escayolada.

La enfermera tiró el cigarrillo por encima del borde de la azotea y sacó uno nuevo para ella.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó con el cigarrillo apenas sujeto entre los labios—. Tenemos un amigo en común, Asia.

—¿Dónde?

—Aquí. Deberías visitarlo. Seguro que junto a su cama hay una bandeja con una cena sin comer —le dijo, guiñándole un ojo.

—¿Y dónde está esa habitación?

La enfermera dio una larga calada al cigarrillo y expulsó el humo lentamente por la nariz. Asia empezó a toser. Se apartó de la enfermera y se asomó al borde de la azotea. Cientos de metros más

abajo, la ciudad todavía dormía. ¿La despertaría el ruido de un chico estrellándose contra la acera?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se apartó del borde y respiró aliviado el humo de tabaco que la enfermera no dejaba de soltar.

—La habitación, sí —dijo entonces—. Pasa.

El sillón, vacío, estaba junto a la cama. Y en la cama había un chico durmiendo como un angelito. Una máquina pitaba rítmicamente a su lado.

—¿Este es nuestro amigo en común?

Pero no había rastro de la enfermera: sólo el olor a tabaco había entrado con él. Se acercó para verlo mejor. Nada, no le sonaba ni un poco. Echó un vistazo a la habitación. Había plantas y fotos sobre la mesilla de noche, y un jersey a medio tejer en una silla, junto a dos largas agujas de calceta y un ovillo de lana. A los pies de la cama había una carpetilla. La cogió. El chico se llamaba Marcos.

Marcos, como el compañero de habitación de Blas el primer año en la Residencia. Marcos, sí, el que se había golpeado la cabeza contra la puerta por resbalar en un suelo manchado de leche. Marcos, que se había quedado en coma y que todavía no se había despertado.

Asia se sentó en el sillón junto a la cama. Había oído cientos de veces que las personas en coma podían oír todo lo que les decían. ¿Cuántas veces habría oído Marcos llorar a sus padres? ¿Cuántas veces habría oído a los doctores decir que no había nada que hacer salvo esperar? ¿Cuántos lamentos de enfermeras al verlo ahí postrado, tan joven el pobre, yo si fuera él casi prefería estar muerta, sabes, vas a ir a tomar algo después del trabajo, va el doctor López, ya ha firmado los papeles del divorcio, tendrías que ver su pisito de soltero?

Quizás no lo oyera todo. Quizás en el coma también hubiera una fase de sueño, como un nuevo escalón con el que no se cuenta al bajar unas escaleras. Una sacudida en el estómago y ahí estás, hundido en un mundo de sueños dentro de un mundo de sueños. Quizás Marcos viera eso como la realidad y cada noche, al dormirse, volvía a tener esa pesadilla tediosa y repetitiva en la que estaba tumbado en una cama y oía a su madre calcetar unos patucos para el bebé de Gloria, que hay que ver lo mono que es, tan gordito y con esos piececitos de pollo o algo.

Ahora Asia era incapaz de decir en qué fase se encontraba Marcos. Cogió la bandeja de comida y la apoyó en las piernas. Había puré de patatas con guisantes y dos rodajas de zanahoria cocida.

—Ya veo por qué no la has tocado.

Marcos no se rió. Tampoco pareció encontrar de mal gusto el comentario. Asia siguió hablando.

—Tenemos un amigo en común, ¿sabes? Bueno, lo teníamos. No sé si te cuentan a menudo malas noticias. Me imagino que sí, que la

gente viene aquí y se desahoga, ¿no? Que te cuentan todos sus problemas, todos sus miedos, que lloran ante ti como lloran cuando están solos. Y, mientras, tú escuchas. No es fácil encontrar a alguien que escuche de verdad, que no esté esperando el momento adecuado para entrar en la conversación y soltar su rollo, que para algo ha estado aguantando el rollo del otro, que tampoco era para tanto, que lo que me pasa a mí, verás, eso sí que tiene tela.

Asia se comió una croqueta, tan crujiente ella, tan rellena de puré de patata con guisantes y dos rodajas de zanahoria cocida. Ayudó a que bajara con un sorbo de agua con burbujas. Creía que había un nombre más adecuado para esa bebida, pero ahora no le apetecía pensar en ello.

—Blas ha muerto —soltó—. Esas son las malas noticias que te traigo, lo siento.

Guardó un minuto de silencio. Marcos se unió a él, rindiendo tributo a su antiguo compañero de habitación que, contra todo pronóstico, no lo había sobrevivido.

—Se ha… Ay… Se ha suicidado. Si quieres te hablo de otra cosa. Quizás este sea un tema incómodo para ti, ¿no? Seguro que hay días que pierdes la esperanza. Seguro que has soñado millones de veces que saltabas desde la azotea del hospital, ¿verdad?, cabeza por delante, como aquella noche que no recuerdas, cuando te diste contra la puerta. Pero esta vez el impacto bastaría para cumplir su cometido.

Los pitidos de la máquina llenaron el silencio. Asia suspiró.

—¿Qué es peor? ¿Que, al ser un sueño, nunca llegas a chocar contra el suelo? ¿O que en vez de despertarte vuelves de nuevo a ese estado intermedio perpetuo en el que estás?

Marcos no quiso contestar.

—En tu caso lo entendería. De verdad que sí. Tendría algo de heroico, creo yo: quitarse la vida para evitar más sufrimiento a aquellos que te quieren. Para permitirles pasar página sin remordimientos. Que dejaran de malgastar su esperanza contigo y la pudieran dedicar a otras cosas. A diseñar calcetines antideslizantes en tu nombre o algo por el estilo, no sé.

Marcos permaneció impasible. Asia respetó su decisión de no hacer declaraciones.

—Pero no entiendo por qué Blas se ha quitado la vida —dijo, golpeando la bandeja con su mano izquierda, creando ondas concéntricas en la sopa que hacían que los guisantes y las dos rodajas de zanahoria cocida subieran y bajaran como unas barquitas mecidas por el oleaje—. ¿No huyó precisamente porque temía lo que Juan Docampo pudiera hacerle? ¿No temía por su vida?

La máquina pitaba ahora algo más acelerada, al ritmo de los latidos del corazón de Asia.

—¿Por qué se iba a suicidar alguien que teme por su vida? No tiene sentido. Si no lo hubiera visto yo con mis propios ojos... Pero lo vi.

La máquina empezó a pitar cada vez más rápido. Las líneas verdes se agitaban en la pantalla.

—Lo vi… —dijo Asia, la mirada perdida, llevándose una mano al cuello desnudo.

La puerta del molino se abría despacio. La luz se colaba por el hueco del techo, iluminando el polvo en suspensión, haciendo explícitos los rayos de sol. Sería una imagen bella si no fuera por Blas, ahorcado, balanceándose, una mano atrapada entre la soga y el cuello. Luchando por su vida.

—Ayúdame... —balbuceó con su último aliento.

Asia se derrumbó de rodillas, llorando.

—Lo siento. Lo siento... Llego tarde.

—No. Estás a tiempo. Haz algo. Ayúdame....

Asia apretó los puños y golpeó el suelo, desesperado. Una corriente de dolor le invadió la mano derecha. El pitido de la máquina cesó. Abrió los ojos y vio un techo con olor a hospital, nada más. Desde la esquina de la habitación, acurrucada bajo la manta, Claudia lo miraba con cara de preocupación.

—¿Una pesadilla? —preguntó.

—La mano —dijo, levantando el brazo enyesado.

Pero había algo más. Cerró los ojos con fuerza, tratando de recordar. No había sido una pesadilla, no. Había soñado otra cosa. Algo importante. Algo vital que ahora no podía concretar.

—Duerme, lo necesitas —dijo Claudia, volviendo a acurrucarse en el sillón—. Y yo también —añadió, bostezando.

Y Asia se durmió con la esperanza de volver al sueño donde lo había dejado. No lo consiguió.

El regreso de Asia a la Residencia no fue tan espectacular como su salida. El taxi los dejó a él y a Claudia frente a las puertas de los Bloques a media mañana. Sin sirenas anunciando su llegada, nadie salió a recibirlos.

—Ayer, la mitad de la Residencia estaba aquí, junto a la ambulancia —le explicó Claudia—. Parecían moscas atraídas por las luces, de verdad. ¿Y sabes quién estaba en primera fila? Joaquín. Te vio salir en la camilla y se puso a gritar: «¡Está muerto! ¡Oh, Dios mío! ¡Otro más no! ¿Cuándo va a acabar esta pesadilla? ¡Qué desgr...! Ah, no: se mueve. Sí, se mueve, chicos. Creo que es la mano. La va a perder, eso es seguro. Se la van a tener que cortar por la gangrena, ya veréis. A mi tío le pasó lo mismo en la rodilla, y ahora tiene una rótula de metal que tiene que engrasar cada poco».

—No recuerdo nada de eso.

—Ya, porque ibas dormido.

—Estaba inconsciente.

—Lo que sea —dijo Claudia, bostezando—. Voy a echarme una siesta antes de bajar a comer. No he podido dormir apenas en toda la noche en ese maldito sillón. Te aviso cuando baje al Comedor, ¿vale?

Asia asintió con la cabeza. Se alejaba ya Claudia por el pasillo, camino de su habitación, cuando la llamó.

—Gracias —le dijo cuando se volvió.

—¿Por pensar en ti para bajar a comer?

—Por haber llamado a la ambulancia. Por haberte quedado en el hospital conmigo. Por todo lo de anoche, la verdad.

Claudia chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia.

—Claro que sí —dijo Asia—. Si no fuera por ti, a saber cuánto tiempo habría pasado hasta haber ido al hospital. Podría haber perdido la mano por culpa de la gangrena, incluso. Así que gracias. Eres una amiga de verdad. No te merezco.

Claudia sonrió y sus mofletes se volvieron algo más colorados de lo normal.

—No me mereces, no. En los últimos meses me has tenido totalmente abandonada —dijo. Asia agachó la cabeza, avergonzado. Sabía que Claudia tenía razón—. Pero eso ahora no importa. Me necesitabas, y ahí estaba yo. Sé que tú habrías hecho lo mismo por mí. Y ahora déjame tranquila, que necesito dormir, ¿quieres?

Asia volvió a su habitación de buen humor, agradecido por tener a

Claudia como amiga. También se sentía flotar, aunque quizás eso tuviera más que ver con los calmantes. Llegó ante su puerta sin ser consciente del camino que había tomado. Tardó en abrirla por tener que sacar la tarjeta de su bolsillo derecho con la mano izquierda.

Al entrar le sorprendió encontrarse la habitación a oscuras a esas horas. Sólo la claridad que se colaba desde el pasillo le permitió ver el bulto en la cama de Fran. Cerró con cuidado, intentando no hacer ruido.

—Puedes encender la luz si quieres —dijo Fran en la oscuridad.

Asia se quedó de pie junto a la puerta, sin hacer nada.

—No quería despertarte —dijo al final.

—No estaba durmiendo.

A Asia le preocupó que Fran estuviera tumbado en cama a esas horas, a oscuras, despierto. Encendió la luz y preguntó:

—¿Estás bien?

—¿Que si *yo* estoy bien? —dijo Fran, incorporándose de pronto en la cama—. ¿Qué te ha pasado? Y yo que creía que ayer tenías mal aspecto...

Asia se miró en el espejo de cuerpo entero de la pared. Tenía un aspecto lamentable: ojeras de mapache, la camiseta del revés, con las costuras hacia afuera. Y luego estaba la mano, claro, enyesada por completo.

—Se me ha roto —dijo, levantando el brazo.

—¿Se te ha roto? —preguntó Fran, abriendo mucho los ojos—. ¿Sola?

—Más o menos. ¿Qué haces en cama?

—Nada.

—Ya, eso es obvio.

—¿Por qué tienes la camiseta del revés?

—Porque Claudia seguía medio dormida cuando me ayudó a ponérmela —dijo Asia, y empezó a pelearse con ella para quitársela.

El brazo derecho salió sin problemas, pese a lo aparatoso de la escayola. Encontró serias dificultades para sacar el izquierdo. Mordió la manga e intentó retirar el brazo, pero fue inútil. Al final, Fran se levantó de la cama y lo ayudó.

—Gracias. Y ahora, ¿me vas a decir qué hacías en cama?

—¿Por qué voy a decirte qué me pasa cuando tú nunca me cuentas nada de lo que te pasa a ti?

—Porque algo me dice que tú quieres hablar del tema.

Fran volvió a sentarse sobre su cama, las piernas cruzadas, acariciando la colcha con ambas manos, ya que podía.

—¿Por qué lo crees?

—Porque estás hablando conmigo como si ayer no hubiéramos discutido.

—Me ha cogido por sorpresa verte así. Pero no me he olvidado de lo de ayer. Y puede que esté así por eso, que me sienta mal por las cosas que nos dijimos.

—¿Estás así por eso?

Fran meneó la cabeza de un lado a otro y resopló. Luego pasó unos segundos estudiando sus manos, como si pudiera leer en ellas las palabras que estaba a punto de decir.

—Lo he dejado con Carla —dijo sin levantar la cabeza.

Vino entonces un silencio tan arrollador que Asia sintió que perdía el equilibrio. Notó que le faltaba el oxígeno y que se mareaba.

—Oh —dijo.

—Sí: oh.

Asia no sabía qué decir. Murmuró entre dientes que iba a subir la persiana. Cruzó la habitación y se tomó su tiempo para hacerlo. Mientras, Fran se levantó de la cama de nuevo, dispuesto a hablar.

—Anoche, después de discutir contigo, discutí con ella —dijo Fran a su espalda—. En el Comedor. Y luego en su habitación. Y en la discusión salió tu nombre.

Asia seguía sin saber qué decir.

—¿Quieres saber por qué ya no estoy enfadado contigo? Porque ahora sé que ayer no me dijiste la verdad —dijo Fran.

Asia frunció el ceño, confuso.

—Ah, ¿no?

—No hace falta que sigas mintiendo. Sé que lo hiciste para protegerme, que dijiste todo eso para que la culpa recayera en ti y no en Carla. Pero tú no tienes la culpa de que ella se haya enamorado de ti, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa forzada, la voz temblorosa.

Asia empezaba a sentirse incómodo. Repasó con la mirada la habitación para no tener que ver la cara de Fran, que parecía que en cualquier momento se fuera echar a llorar. Estaba repasando su colección de libros cuando las palabras de Fran cobraron sentido en su mente embotada por los calmantes.

—Espera, ¿qué?

Fran parecía no haberlo oído.

—Y tampoco es que hayas intentado algo con ella a mis espaldas.

Asia tragó saliva y se ruborizó. Era cierto que no lo había hecho. Es más, había intentado alejarse lo más posible de Carla. Y cuando vio que eso era imposible, había aceptado que él y Carla sólo podían ser amigos.

¿Por qué dices sólo?

Asia agradeció con ironía la intervención de la voz. Como si él no se hubiera dado cuenta también.

No había intentado nada, pero había momentos entre él y Carla que estaba seguro de que Fran no habría visto con buenos ojos, como

aquella charla por teléfono, o la noche siguiente en su habitación, durante el apagón. O la última vez que se habían visto, hacía dos días, cuando le regaló por fin el pijama y no cerró los ojos mientras ella se lo probaba.

Asia no había intentado nada con Carla, ni mucho menos, pero era como si se viera irremediablemente atraído hacia ella, sobre todo ahora que Lira no estaba. Y cuando estaba cerca, sentía su calor. Carla seguía siendo un sol. Quizás su sol, por mucho que la última vez que la había visto se había marchado dando un portazo.

—Puede que yo fuera el primero en hacerme amigo de ella —dijo Fran—. Pero vosotros siempre estuvisteis más unidos. Lo vuestro tiene más sentido. En el fondo siempre lo supe.

A Asia le pareció que Fran decía esas cosas para intentar aparentar que en realidad estaba bien, que su corazón no se había roto en mil pedazos, que sólo habían sido unos rasguños, ¿ves?, y ya estoy curado. ¡Y qué alegría sería veros felices a los dos, mis mejores amigos! ¡Qué poco rencor os guardo a cada uno, por diferentes motivos! Pensaba que esto sería difícil, Asia, por cómo te lo tomaste tú, ¡pero no lo es! ¡No lo es para nada! ¡Qué bien estoy! ¡Y qué forma tan natural y nada preocupante de expresar mis sentimientos!

—No creo que sea buena idea —dijo Asia.

—¿Lo dices por mí? —Asia asintió. Fran se puso serio—. ¿Crees que me va a doler menos si es otro quien acaba junto a Carla? No. Seremos mejores amigos de lo que fuimos novios, créeme.

Asia no dijo nada. Empezaba a tener frío, así, sin camiseta.

—No te voy a decir lo que tengas que hacer —siguió Fran—. Pero como me entere de que dejas pasar esta oportunidad por miedo a hacerme daño, cogeré un martillo y te romperé la otra mano.

Asia se echó a reír. Fran contuvo una sonrisa.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

Fran sonrió ahora abiertamente. Asia sintió que toda la tensión entre ellos desaparecía en un instante. Le entraron ganas de llorar, para bien. Fran también pareció relajarse. Se estiró y empezó a rebuscar en sus estantes algo para desayunar. Le ofreció una galleta a Asia.

—¿Y tu colgante?

Asia acabó de masticar la galleta y la tragó con dificultad.

—Lo perdí.

—¿Tiene algo que ver con tu mano rota?

Asia asintió con la cabeza.

—Más o menos.

—¿Me lo vas a contar?

El teléfono de la habitación empezó a sonar. Fran estaba más

cerca. Miró un momento a Asia y al final respondió la llamada.

—Es para ti —dijo.

Asia se acercó. Fran sostenía el teléfono tapando el micrófono.

—Prométeme que después me contarás qué te ha pasado.

—Lo prometo.

Fran volvió a la cocina. Asia se sentó en la cama, teléfono en mano.

—¿Sí?

—¿Asia? —preguntó una voz de mujer vagamente familiar.

—Sí.

—El Director quiere verte.

—¿Ahora?

Del otro lado del teléfono, la mujer resopló.

—No, ahora no. A las dos en el ático del Bloque 3. Ven sin comer.

Antes de que pudiera preguntar nada, la mujer colgó.

Asia se quedó unos segundos mirando el teléfono sin entender qué acababa de pasar.

—¿Para qué te han llamado de Recepción? —preguntó Fran desde detrás de la estantería, con un vaso de zumo en la mano.

Por eso le sonaba la voz de la mujer... Se quedó un rato pensando en lo que acababa de oír. Ese día le costaba procesar la información. Puede que fuera por los calmantes o por las secuelas del golpe en la cabeza, o porque le habían puesto los puntos demasiado tirantes y le constreñían el cerebro. O quizás fuera la falta de sueño que arrastraba desde hacía una semana. La noche anterior tampoco había dormido demasiado. Cada vez que apretaba la mano en sueños, una nueva oleada de dolor lo despertaba.

Y entre oleadas de dolor, soñaba que dormía a la intemperie. Era el movimiento de la cubierta lo que lo despertaba a cada poco. Al abrir los ojos veía más estrellas de las que jamás había visto, tan brillantes en esa noche sin luna en el Atlántico Norte. Tan brillantes y lejanas. Sobre todo ella.

—¡Asia!

Asia meneó la cabeza para despabilarse.

—¿Mmh?

—¿Te acabas de quedar dormido sentado?

Asia se levantó de la cama con dificultad.

—Puede ser —dijo, pasándose la mano buena por la cara.

—¿Qué querían de Recepción?

—Nada. Tengo que ir a ver al Director.

—¿Ahora?

—No. Me ha invitado a comer a su casa. Creo.

—¿Por qué te invita a comer el Director?

—Para expulsarme, supongo. ¿Ves esto? —dijo, levantando la

mano derecha.

—Sí, lo veo —dijo Fran, frunciendo el ceño.

—Me la rompí al intentar darle un puñetazo a Felipe Docampo. Me lo encontré ayer en los subterráneos.

—¿Y le diste?

Asia negó con la cabeza.

—Le di a la pared. Pero supongo que la intención es lo que cuenta, ¿no?

—No creo que el Director haya estipulado en el contrato que esté prohibido intentar pegar a su hijo —dijo Fran.

—Ya, bueno. Pero a lo mejor me acusa de causar daños a la Residencia.

—¿Qué daño le vas a hacer a una pared?

—Le di fuerte... —dijo Asia, moviendo de nuevo la mano escayolada para que Fran se fijara en ella.

Fran bebió un sorbo de su zumo de naranja.

—¿Y crees que Felipe Docampo estará ahí?

—No lo sé. Quizás haya pasado la noche aquí. No me extrañaría que quisiera estar presente para ver cómo su padre me expulsa.

—Quizás sólo te obligue a disculparte con él —dijo Fran—. Igual con verte humillado se conforman.

—Puede ser.

En realidad lo dudaba. Si lo que había oído de Juan Docampo era cierto, lo mínimo que podía salir de esa comida era su expulsión. Quizás no debería acudir. Quizás podría irse él antes de que lo echaran. Irse con la cabeza bien alta, por su propia voluntad.

Pero llegaron las dos y Asia se encontró subiendo las escaleras hacia los áticos del Bloque 3. Más que nada porque no se había visto con fuerzas para hacer las maletas con sólo una mano.

Se encontraba mejor tras una ducha y una siesta y un par de calmantes más. Afrontó el último tramo de escaleras con energía. Había un pequeño rellano al final. Una robusta puerta de madera le cerraba el paso. Alzó la mano para llamar, pero decidió que sería mejor usar el timbre. Mientras esperaba, se sintió tranquilo.

Oyó pasos del otro lado de la puerta. Luego, tras el satisfactorio chasquido de las cerraduras desbloqueándose, Juan Docampo apareció en el umbral.

Era tan alto como Fran, pero había algo en su postura que le hacía parecer más imponente, una cierta elegancia sobria y fría. Un cierto aire de nobleza, con su ropa informal pero impecablemente planchada. Frente a él, Asia parecía un superviviente de la guerra. Un superviviente recién duchado, al menos.

—Adelante —dijo Juan Docampo, sonriendo.

Asia entró y se encontró con una vivienda que en nada se parecía a

las habitaciones de un piso más abajo.

Era un ático de planta abierta. Al menos hasta donde veía Asia. Estaba seguro de que había más habitaciones tras las paredes que tan lejanas parecían. Tenía que haberlas. Al menos un dormitorio y un baño. Espacio había, desde luego.

—¿Por qué no vamos al salón? La comida estará lista enseguida.

Asia siguió a Juan Docampo a través de la estancia. Una encimera de mármol separaba el salón de la cocina. Allí, su mujer bebía una copa de vino blanco mientras vigilaba lo que fuera que estuviera en el horno. Asia la miró con curiosidad. Se le hacía raro verla lejos de Recepción. Ella lo miró como siempre lo miraba: con una cara de pocos amigos que no se molestaba en disimular.

—Mi mujer hace los mejores canelones a este lado del Mediterráneo —dijo Juan Docampo—. ¿Quieres algo de beber? ¿Agua? ¿Coca-Cola?

Asia negó con la cabeza. Le empezaba a preocupar tanta cordialidad.

—¿Una cerveza? —preguntó Juan Docampo, sonriendo con complicidad—. ¿Un vinito? ¿Un whisky?

Asia no creyó que fuera buena idea mezclar alcohol con los calmantes.

—Una Coca-Cola está bien —dijo al final con timidez.

Juan Docampo asintió satisfecho. Miró hacia la cocina. No tuvo que decir nada para que su mujer fuera hasta la nevera y les llevara una Coca-Cola fría. De un bien surtido mueble-bar, Juan Docampo se sirvió un whisky con pinta de ser muy caro, de los de botella con tapón de corcho. Se sirvió dos dedos en un vaso de cristal esmerilado. Lo mezcló con un poco de agua.

—Tienes mejor aspecto que ayer —dijo Juan Docampo, acomodándose en la que seguro que era su butaca favorita—. Siéntate, por favor.

Asia se sentó en un sofá a juego, de cuero marrón, muy mullido. Juan Docampo dio un sorbo a su whisky y se recostó en la butaca.

—¿No bebes?

Asia seguía con la lata de Coca-Cola en la mano.

—Sí.

Miró a su alrededor. La mesa quedaba demasiado lejos, así que acabó apoyando la lata en su pierna. Tomó aire y frunció el ceño.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Juan Docampo, divertido.

—Probablemente. Pero tengo que aprender a hacerlo yo solo, ¿no? —dijo Asia, levantando su mano enyesada.

—¿Tienes para mucho tiempo?

—¿Con la lata?

Juan Docampo se rió.

—Con la mano.

Asia se las apañó para inmovilizar lo suficiente la lata contra su cuerpo para poder abrirla con la mano izquierda. El chasquido fue tan reconfortante como el de las cerraduras de la puerta del ático abriéndose unos minutos antes, pero con más burbujeo.

—Mes y medio, más o menos.

—¿Qué te has roto?

Asia dio un sorbo a la Coca-Cola. Se encogió de hombros.

—Varios huesos.

Juan Docampo volvió a reír.

—¿No sabes cuántos?

—Supongo que me lo dijeron, pero no estaría prestando atención. No es que me vaya a curar más rápido por saber que son siete los huesos rotos.

—¿Son siete?

—No creo —dijo Asia, repentinamente preocupado—. Esos son muchos, ¿no?

—¿Tienes miedo a no poder volver a usar la mano como antes? —preguntó.

—Hasta ahora no lo tenía.

Bebió otro sorbo de Coca-Cola. Las burbujas de gas se unieron a su creciente nerviosismo. ¿Y si nunca recuperaba la habilidad en su mano? ¿Podría volver a escribir de nuevo? ¿Podría teclear sin dolor en el ordenador?

—Seguro que no es nada, hombre —lo tranquilizó Juan Docampo —. Yo me he roto algún hueso de la mano alguna vez. Con un puñetazo, precisamente —dijo, sonriendo con complicidad—. Sólo que yo acerté en la cara de mi contrincante. Eso no evitó alguna que otra fractura. Y mira ahora —dijo, haciendo florituras con la mano.

Asia respiró aliviado. Más que nada porque suponía que si le hubieran dicho que la funcionalidad de su mano corría peligro se acordaría. Estaba seguro de que lo único que le habían dicho los médicos era que por favor no pegara más puñetazos a paredes de hormigón, y que iba a sentir mucho dolor, pero que iba a salir vivo de esta, aunque no pudiera aplaudir durante un tiempo.

—La comida está lista —anunció la mujer de Juan Docampo desde la cocina.

Juan Docampo apuró el whisky y se levantó de la butaca.

—¿Vamos?

Asia se planteó imitar a Juan Docampo y acabar la Coca-Cola en un par de largos tragos, pero le pareció que no tendría la misa elegancia. Supuso que no pasaría nada por llevarse la lata a la mesa. Se levantó del sofá y siguió a Juan Docampo hacia la parte del salón que hacía las veces de comedor. Allí había una mesa de madera oscura

con manteles individuales sobre los que había una vajilla y una cubertería a juego. Ocuparon dos de los asientos. La mujer de Juan Docampo llegó poco después con una humeante fuente de canelones.

Asia respiró hondo. Olía de maravilla, a salsa de tomate casera y a bechamel y a queso gratinado y a sábado de otoño cuando su madre preparaba espaguetis con carne picada y pasaban la tarde leyendo en el salón mientras afuera llovía.

La mujer del Director le sirvió los canelones a Asia. Se concentraron en la comida durante un tiempo. Asia lo agradeció. Más que nada por lo mucho que le estaba costando apañárselas con sólo la mano izquierda y lo mucho que le estaba frustrando no poder ayudarse del pan para empujar.

Salvo por esa lucha con la comida, Asia estaba cómodo. Y fue esa consciencia de su comodidad lo que hizo que se pusiera nervioso. ¿Y si esa comida era su última comida? Una suerte de última voluntad impuesta. Todo buenos modales y cortesía antes de comunicarle que estaba expulsado.

Juan Docampo lo miró durante unos segundos y dejó los cubiertos sobre el plato. Se limpió la boca con su servilleta de algodón antes de hablar.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te he invitado a comer.

Asia asintió con la cabeza y su preocupación no hizo más que aumentar. ¿Podía Juan Docampo leer la mente?

—Quería disculparme contigo. Esto era lo menos que podía hacer por ti.

Asia no se esperaba algo así. Apretó los labios para no mostrar sus emociones. Temía que en cuanto se relajara, Juan Docampo se echara a reír y dijera que todo era una broma y que por supuesto que estaba expulsado, que esto te pasa por intentar partirle los dientes a mi hijo, con la de dinero que me he dejado en ellos.

—Siento mucho todo lo ocurrido ayer. Me enorgullezco de proporcionar un ambiente tranquilo en esta Residencia para que los estudiantes podáis dar lo mejor de vosotros mismos. Sin distracciones. Sin líos.

»Puedes imaginarte lo mucho que me molestó lo que pasó ayer. Lo mucho que me dolió, incluso. No sólo porque uno de mis estudiantes resultó herido —dijo, señalando a Asia de forma teatral, como si estuviera hablando para todo un auditorio—, sino por las tremendas distracciones que un incidente como este ocasiona. Y más aún en estas fechas, con los exámenes tan cercanos.

Asia seguía impasible. En el otro extremo de la mesa, la mujer de Juan Docampo seguía comiendo en silencio.

—Y si me duele que uno de mis estudiantes, uno de vosotros, sea

quien provoque los problemas, imagina cómo me siento cuando el causante es mi propio hijo. Por eso he querido que vinieras, Asia. Para disculparme en su nombre. Ayer, mientras estaba reunido, os oí discutir. Oí algo de lo que te dijo. Esas no son formas de comunicar una noticia tan trágica, y entiendo que reaccionaras así. A veces Felipe puede ser un poco…

Gilipollas.

—...insensible. Ha nacido con dinero y poder, y se cree que nada de lo que haga va a tener repercusiones negativas. La culpa es nuestra, claro —dijo, señalando a su mujer—, por no haber sabido educarlo como era debido, y por eso me disculpo. Es una pena que no acertaras a darle en la cara —dijo, y volvió a sonreír, invitando a Asia a que también lo hiciera—. Habría sido una valiosa lección para él, y quizás habrías necesitado una escayola menos aparatosa.

Asia sonrió sin mucho esfuerzo. Se sentía extraño, como si le estuvieran estafando sin darse cuenta, que es como funcionaban las estafas, claro. Aunque pensándolo bien, todo lo que sabía de Juan Docampo lo había aprendido de Blas y Celeste. No eran las fuentes de información más fiables. Quizás ese fuera el verdadero Juan Docampo: amable y gracioso, algo pomposo tal vez.

—Hay otra cosa de la que quería hablar contigo —dijo Juan Docampo cuando su mujer se levantó de la mesa, poco después—. Es sobre Eulogio: no tienes que preocuparte por él.

Asia no estaba seguro de a qué se refería. ¿No tenía que sentir lástima por él, por su terrible pérdida, tan reciente?

—Quiero que entiendas que esto que te voy a decir no es lo que yo pienso, ni mucho menos, sino lo que Eulogio puede llegar a pensar —empezó a explicar Juan Docampo—. Conociéndolo como lo conozco, existe la posibilidad de que haga alguna tontería. Que dolido como está se dé a la bebida de nuevo y crea que lo justo sea hacerte pagar por lo que has provocado. Por lo que él piensa que has provocado —se apresuró a matizar—. Existe la posibilidad de que Eulogio vuelva y cometa una locura.

—¿Eulogio se ha ido?

Juan Docampo se tomó un tiempo antes de responder, como si le hubiera sorprendido que de todo lo que había dicho fuera la marcha de Eulogio lo que llamara la atención de Asia.

—Sí. Ayer fue un día ajetreado. Fui a verlo en cuanto pude, ya bien entrada la tarde. Me encontré su habitación vacía. Es entendible: ya nada le ata aquí. Lo normal es que no vuelva. Por si acaso, ayer me reuní con los guardias de seguridad precisamente para eso, para ordenarles que estuviera atentos y no le dejaran poner un pie en esta Residencia, por tu bien.

Asia no sabía cómo sentirse ante lo que acababa de oír. Eulogio no

le parecía una persona agresiva. Algo fría y brusca, sí, pero no agresiva.

—¿Puedo preguntar por qué crees que Eulogio podría llegar a hacer algo así? Volver a por mí, digo.

—Porque lo conozco desde hace muchos años. A él y a Celeste. Eran los protegidos de mi padre, siempre el centro de atención de las fiestas que organizaba. Ella siempre tan encantadora, con sus historias y sus mentiras y sus ocurrencias. Nunca sabías qué Celeste te ibas a encontrar. Y él tan serio, tan hombre, siempre con un vaso en la mano, con barba espesa ya a los veinte años, dispuesto a partirse la cara con cualquiera. Era escultor, ¿sabías? Y también pintaba.

—¿Quién? ¿Eulogio?

—Sí. Y tenía una tienda de muebles en el centro. Cosas exclusivas. Esa mesa de ahí la hizo él.

Juan Docampo se giró y señaló una intrincada mesita de tres patas entrelazadas, hecha a partir de una sola pieza de madera.

—Igual te preguntas cómo acabó alguien así trabajando de encargado de mantenimiento en la Residencia... Verás, Eulogio lo perdió todo por culpa de la bebida. Primero fue la tienda. Luego dejó de esculpir y pintar. Y al final perdió también a su mujer.

Juan Docampo hizo una pausa para servirse un poco más de vino.

—Sí, perdió a Celeste. La abandonó, más bien. Y Celeste no se lo tomó bien. Siempre tuvo ese punto de locura que la hacía tan interesante, que hacía sus novelas tan impredecibles. Porque Celeste era escritora, no sé si lo sabías.

A Asia no le apetecía explicar que había encontrado los libros de Celeste en el taller de pintura de Eulogio. Volvió a hacerse el sorprendido.

—Cuando Eulogio la dejó, se derrumbó. Empezó a tener menos cuidado con las drogas que tomaba. Intentó suicidarse más de una vez.

Juan Docampo chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—Mi padre les tenía mucho aprecio a los dos. Él los había descubierto. Creyó en ellos desde el principio, en su arte. Cuando se enteró de lo mal que estaba Celeste, acudió en su ayuda. Hizo que la ingresaran en Los Cipreses. Decía que allí la tratarían mejor que en un psiquiátrico, que necesitaba tranquilidad y cariño. Y por el dinero no habría problema: todos los gastos correrían por su cuenta. Además, así podría ir a visitarla todos los días.

Juan Docampo bebió un sorbo de vino. Le ofreció un poco a Asia, que negó con la cabeza.

—También acabó por ocuparse de Eulogio. Le ofreció trabajo en la Residencia, algo estable donde poder tenerlo controlado, lejos de la bebida, cerca de Celeste, por si algún día quería enmendar sus errores. Eulogio aceptó, e incluso tras la muerte de mi padre su plan siguió

adelante. Yo me encargué de echarle un ojo a Eulogio y de mantener a Celeste bien cuidada, hasta ahora...

Juan Docampo suspiró y su rostro se volvió serio, casi compungido.

—Que Celeste recayera era cuestión de tiempo, nada más. Sólo un necio te echaría la culpa a ti. Un necio como mi hijo, sí —dijo, adelantándose a Asia—. O Eulogio, cegado por el duelo, aunque en el fondo sepa que el responsable es él. Sabía lo que podía ocurrir y ahora se odia a sí mismo por ello. Pero siempre es más fácil echarle la culpa a otro, desahogarse con alguien externo.

Asia estaba de acuerdo. Ayer la había tomado con la pared, que nada le había hecho. Ahora se arrepentía, con el efecto de los calmantes diluyéndose poco a poco y dejando paso al dolor. Notaba cada placa de hierro, cada tornillo, si es que era eso lo que le habían hecho para enderezar los huesos. No recordaba gran cosa de la noche anterior. Creía haberse desmayado de nuevo al ver la radiografía y despertar cuando le metían la mano en una olla de yeso fundido. Tal vez se lo hubiera imaginado todo.

Si le hubiera partido la cara a Felipe Docampo su mano estaría mejor, aunque lo más probable era que lo hubieran expulsado de inmediato y ahora se encontrara haciendo las maletas y volviendo a casa con sus padres. Bueno, a casa… A casa de sus abuelos, en la aldea, esperando a que le llegara la denuncia por agresión.

Pero de nada servía imaginar un pasado distinto. En la realidad en la que vivía le había pegado a un muro de hormigón y ahora tenía por mano un guante de látex, de los de hacer explotar ubres a las vacas, relleno de arena, creía. Ya le preguntaría a Claudia qué le habían dicho exactamente en el hospital.

—Estás muy callado.

Asia meneó la cabeza y entornó los ojos hasta que Juan Docampo apareció de nuevo con nitidez ante él.

—Soy así.

—¿Lo eres? Vaya. Por algún motivo tenía otra imagen de ti. Aunque supongo que el sentimiento es mutuo, ¿verdad?

Juan Docampo sonrió. Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas por el vino, pero su lengua seguía pronunciando cada sílaba con precisión. Haría falta mucho más que una botella de tinto para hacerle perder la compostura.

—Soy consciente de los rumores que hay sobre mí, Asia. Y por la forma en la que te has comportado hasta ahora, sé que has oído alguno de ellos.

—¿Cómo me he comportado hasta ahora?

Juan Docampo volvió a sonreír. Se recostó en su silla.

—Eres un chico listo, salta a la vista. Al menos para alguien como

yo. Una de mis mejores virtudes es la capacidad de leer a la gente. Sé qué quieren y qué piensan en todo momento. Esa es la verdadera clave de mi éxito en los negocios. Todo lo demás, todo lo que has podido oír, es mentira.

»Estás guardando las distancias, y te entiendo. No te fías de mí. Yo tampoco lo haría si hubiera oído lo que tú has oído, si entrara aquí creyendo lo que tú crees.

—¿Qué creo?

—Que estás aquí porque quiero algo de ti. Que esta comida es demasiada molestia para disculparme contigo por algo que otro ha hecho, por mucho que ese otro sea mi hijo.

Juan Docampo se inclinó sobre la mesa. Miró a Asia a los ojos durante unos segundos, en silencio. Asintió despacio con la cabeza, los ojos entornados, concentrado.

—No te fías de mí porque crees que he tenido algo que ver con el suicidio de Blas. ¿Es eso?

Asia tardó unos segundos en negar con la cabeza. Juan Docampo mostró una sonrisa tímida.

—Una vez más, no te culpo. Si yo hubiera recibido la carta que tú has recibido, pensaría exactamente lo mismo.

Asia empezó a sentirse incómodo de verdad. ¿Cómo sabía Juan Docampo lo de la carta?

—Quiero dejar bien clara una cosa: nada en el mundo me preocupa más que esta Residencia. Nada me importa más que vosotros. ¿Por qué crees que me trasladé aquí? —dijo Juan Docampo, abarcando todo su ático con un gesto de sus brazos—. Nada se me escapa, Asia. Nada.

—¿Aunque para eso tengas que inspeccionar el correo privado de los residentes?

La pregunta salió por la boca de Asia sin que él lo ordenara. Se arrepintió al instante por el tono. Estaba a punto de pedir perdón cuando Juan Docampo sonrió.

—Sólo el correo sospechoso.

—¿Qué tenía de sosp...?

—¿Qué tenía de sospechoso un sobre dirigido a “Asia”, sin apellidos ni número de habitación ni ninguna otra identificación? Tú me dirás. A mi mujer le llamó la atención. A mí también, así que lo abrí. Más que nada para ver si había alguna información adicional que me permitiera saber a quién tenía que entregárselo. Ya sabes qué encontré dentro.

»Decidí entregarte la carta de todos modos, pese a lo que Blas había escrito en ella. ¿Sabes por qué?

Asia negó con la cabeza. Sentía que estaba en mitad de una partida de ajedrez, pero no conseguía siquiera recordar cómo se movían los peones.

—Blas confiaba en ti. Yo me hacía una idea del lugar de reunión que mencionaba en la carta, pero parecía que tú lo sabías a ciencia cierta. La prioridad era encontrarlo cuanto antes.

—Si leíste la carta, sabías que Blas había desaparecido por voluntad propia —dijo Asia—. ¿Qué interés tenías en encontrarlo?

—Tenía miedo de que le pasara algo. Era obvio que Blas había recaído.

Asia frunció el ceño, confuso.

—¿Recaído en qué?

Juan Docampo se tomó su tiempo para responder. Bebió el poco vino que le quedaba en la copa y se sirvió más. Luego tomó aire y dijo:

—Blas era esquizofrénico.

Hubo un largo silencio que no bastó para que Asia asimilara la información. Juan Docampo siguió hablando.

—En su primer año en la Residencia, al poco de empezar el curso, vino a verme a mi despacho. Había oído unos rumores sobre las novatadas, sobre su prohibición, y quería resolver las dudas conmigo. Me dijo que su compañero de habitación le había hablado de un incendio que había tenido lugar hace años.

—El incendio de gatos… —murmuró Asia.

Juan Docampo esbozó una sonrisa triste.

—Veo que aún seguía a vueltas con eso. Pues bien, quería saber si era cierto que mi padre había ocultado la muerte de media docena de personas, quién sabe cuándo exactamente. En el primer momento pensé que se trataba de una broma, de una novatada precisamente. Le puse una falta a él. El problema vino cuando fui a ponerle una falta a su compañero y descubrí que Blas no compartía habitación con nadie, pese a que él me insistió en que sí, en que había sido su compañero de segundo quien le había hecho ir hasta ahí. Marcos, lo llamaba. Nunca lo olvidaré.

Asia estaba cada vez más confundido. ¿Marcos no era real? ¡Pero si había hablado con él en el hospital! No, espera… Eso había sido un sueño, ¿no? Sí, un sueño en el que sólo Asia hablaba, lógicamente. Habían hablado de Blas, que tampoco existía ya.

—Podría tratarse de una broma, pero no me lo pareció. Me puse en contacto con su madre. Al parecer, ahora que ella no estaba encima de él a todas horas, había dejado de tomar la medicación y había sufrido otro brote. Le prometí que yo me ocuparía de que no volviera a pasar, de tenerlo vigilado.

—¿Por eso pagabas por su habitación en los áticos? ¿O eso es otra de las invenciones de Blas?

—Le ofrecí esa habitación de forma prioritaria y a un precio especial, pero no era gratis ni mucho menos. No me gusta llevarme

méritos que no me merezco. Y no me cuesta reconocer mis errores. Estuve pendiente de él durante los primeros años, pero últimamente, viendo que no ocasionaba problemas, me relajé.

Juan Docampo se quedó mirando por la ventana, pensativo. Lloviznaba.

—Esa carta fue la confirmación de mis dudas. Ordené a Ramón que estuviera pendiente de ti por si te reunías con Blas. Supongo que tú viste como una buena señal que no hubiera rastro suyo en el punto de encuentro, que las cosas le habían ido bien y ahora estaba en un lugar seguro. Yo me temí lo peor. Acerté.

A Asia le dolía cada vez más la mano. Sentía también cómo una neblina le inundaba el cerebro. Le costaba asimilar toda esa información.

—Estas cosas cuestan, lo sé —dijo Juan Docampo.

—¿Qué cosas? —preguntó Asia, levantando la vista del mantel.

—Asumir que lo que creías cierto no lo era. Sustituir una verdad por otra. Te llevará un tiempo hacerte a la idea.

Asia asintió en silencio. Poco importaba ya que se acostumbrase o no. Si hubiera sabido antes la verdad, quizás habría podido hacer algo más por Blas. Haberle quitado esas ideas de la cabeza. Aunque si ya no era capaz de ocuparse de sus propias ideas, dudaba que pudiera ocuparse de las de otro. Ahora, lo que le rondaba por la cabeza era...

—¿Sí? —preguntó Juan Docampo.

—¿Es cierto que traficaba con pastillas?

Juan Docampo resopló por la nariz.

—Algo así. La policía las encontró en su habitación cuando la registraron. Eran las pastillas de su medicación. Al parecer, las había ido acumulando y se dedicaba a venderlas a quien se las quisiera comprar. Cuando las vi, supe que Blas estaba en problemas, y parte de la culpa era mía por no haberle prestado la atención necesaria durante los últimos años.

»La policía dijo que no podía hacer gran cosa, que todo hacía indicar que Blas se había ido por voluntad propia, aunque no sé cuánto de propia es la voluntad cuando la dicta una mente enferma.

»Y lo peor es que estaba tan cerca… Habría sido tan fácil dar con él, hacer algo por él, ayudarlo… Qué lástima.

Qué pena, sin duda. Asia empezó a sentir que sus nervios se calmaban, que la neblina de su cerebro se disipaba. Las piezas parecían por fin encajar. Ahora lo único que se preguntaba era cómo no se había dado cuenta antes de que el comportamiento de Blas no era para nada normal...

Se levantaron de la mesa.

—Han sido unos días muy duros para ti, Asia. Te sentará bien tomarte unas pequeñas vacaciones antes de los exámenes. Vete unos

días a casa. Tus profesores lo entenderán.

Asia sintió que los hierros de la mano se trasladaban a su estómago.

—No quiero dar problemas a mis padres. Hemos vendido nuestra casa y están en pleno traslado a casa de mis abuelos. No quiero darles más trabajo.

Juan Docampo asintió con la cabeza.

—Los entiendo perfectamente, aunque en mi caso es al revés: acabo de comprar una casa de veraneo en Nigrán y estamos redecorándola para tenerla lista para julio.

—Yo soy de Nigrán.

—¡No me digas! Un momento… —Juan Docampo desapareció tras uno de los tabiques del apartamento y volvió al cabo de unos segundos con una carpetilla de cartón. Entre contratos y demás papeles sacó unas fotos—. ¿No será esta tu casa?

El estómago de Asia dio una sacudida, como si en el interior de su cuerpo hubiera desaparecido repentinamente la gravedad. La expresión de su rostro lo dijo todo. Juan Docampo se echó a reír de pura incredulidad.

—Mira que llevaba años buscando algo por esa zona y hará cosa de un mes mi agente me viene con esta propiedad, recién salida al mercado. ¿Por qué la habéis vendido? Da igual, creo que por hoy ha sido suficiente —se contuvo Juan Docampo—. Necesitas descansar. Siento mucho todo lo que ha pasado, Asia. Siento lo de Celeste y siento lo de tu mano. Siento que mi hijo sea un imbécil y siento que te hayas tenido que mudar por mi culpa, de verdad.

Asia se limitó a asentir de nuevo. Parecía mentira. Tenía que ser mentira. ¿Qué probabilidades había de que su casa acabara en manos del Director de su Residencia?

—¿Sabes? Me gustaría invitarte a comer con nosotros en alguna otra ocasión. Me gusta tu presencia. Además, podremos hablar de esto —dijo, dando unos golpecitos en la carpetilla de cartón—. Podrás hacer de una especie de guía turístico, si te parece bien, claro.

Asia dejó escapar un suspiro. Aunque no le pareciera bien, creía que no tenía otra opción. Además, si la comida estaba tan rica como los canelones que había probado hoy, la visita merecería la pena. Y Juan Docampo no era para nada como había esperado. No le había caído del todo mal.

—Está bien —dijo al final.

—Perfecto. Nos vemos pronto. Y cuídate, Asia. De verdad. Olvida todo lo que ha ocurrido: tienes por delante un futuro prometedor. Lo veo en ti, y en esas cosas nunca me equivoco.

La primera en arder

El viento sopla con fuerza en lo alto del campanario. El pelo agitado, las piernas temblando. Un cosquilleo en el estómago al mirar hacia abajo. Nunca mires hacia abajo: mira al frente, mira a la cara a los pájaros posados en las copas de los árboles más altos del bosque. Ahora no cantan: se ríen de ti, de tu torpeza. Cien metros de caída mortal, si no llega a ser por esa cuerda. Caes, y en tu caída te aferras a ella, la agarras con fuerza y haces sonar la campana una sola vez, un solo tañido que sientes en tu mano y te despierta.

Asia se quedó unos segundos jadeando en la cama, intentando que el dolor cesara, preguntándose si habría alguna forma de desconectar durante un mes y medio los nervios de su mano derecha, al menos mientras durmiera.

—¿Estás bien? —le preguntó Fran, asomándose por detrás de la estantería, a punto de llevarse una galleta a la boca.

—Sí... Es la mano. A veces intento cerrarla en sueños.

—¿Y no puedes pedirles a los médicos que hagan algo?

—¿Qué van a hacer?

—No sé, ponerte una escayola para dormir.

Asia se incorporó en la cama y levantó el brazo.

—Debajo de todas estas firmas ya hay una escayola.

Se las habían hecho casi todas el viernes al mediodía, en el Comedor. Joaquín se le había acercado con un rotulador en la mano.

—Anda, ven aquí, que tanto blanco está pidiendo a gritos una *lúbrica*.

—¿Una qué? —preguntó Claudia.

—Una *lúbrica*.

—¿No será una rúbrica?

—La tuya, quizás. Pero cuando soy yo el que firma es una *lúbrica*, porque mi caligrafía es tan bella que todas las nenas que la ven se…

Claudia lo interrumpió con una arcada. Asia se habría reído si la arcada no le hubiera parecido tan real. Claudia se alejó de allí, pálida. Joaquín acabó de firmar y le pasó el rotulador a un amigo suyo.

—¿Es verdad que lo de la mano te lo hiciste rompiendo el cristal de la máquina expendedora? —le preguntó, dejando el rotulador apoyado en la escayola mientras esperaba la respuesta de Asia, creando un círculo de tinta negra que crecía por momentos.

Asia lo miró con el ceño fruncido.

—Eso fue en enero.

—Ya, pero si hubieras ido al hospital justo después te habrían

pillado. Has estado listo ahí, esperando lo suficiente para que la gente no pudiera relacionar los dos hechos. Pero no toda la gente es tan espabilada como yo —dijo el amigo de Joaquín, dándose unos golpecitos en la sien usando la mano en la que sostenía el rotulador, dibujándose unos puntitos negros en la mejilla—. Pero tranquilo, no le diré nada a nadie, chico.

La mayoría de los que firmaron después tampoco conocían a Asia de nada. Sólo querían saber si los distintos rumores que habían oído eran ciertos. Asia dijo que sí a casi todo: se la había pillado con la puerta de la habitación, y con la del armario, y con la del autobús, y con la mampara de la ducha, y se había destrozado los dedos al intentar hacer crujir los nudillos tres veces seguidas, y se los habían aplastado con un martillo por un ajuste de cuentas con la misma gente que le suministraba las pastillas a Blas.

Eso sí, negó varios de los rumores que decían que se la había roto en alguna práctica sexual, y también le dijo que no a la única persona que le preguntó si era cierto que le había dado un puñetazo a una pared, porque le parecía la forma más estúpida de romperse la mano de todas cuantas había oído ese viernes.

—Pero podrían ponerte otra escayola más ajustada —dijo Fran, dejando a un lado sus galletas por un momento—. O rellenarte la que tienes con espuma aislante. O podríamos bajar al laboratorio el lunes, en el descanso largo, y te la relleno con hormigón, que seguro que les sobra algo.

—El hormigón quema la piel, así que no, gracias.

—Oh, mira quien ha estado prestando atención en Materiales —dijo Fran, sonriendo y aplaudiendo.

Asia chasqueó la lengua, aunque se levantó de la cama de buen humor. Se encontraba bien, pese al dolor de la mano. Se había tomado unos días de descanso, preocupándose sólo de comer y dormir, e intentado acostumbrarse a hacer todo con la mano izquierda. Había pensado alargar ese periodo de recuperación hasta el lunes, pero se sintió con fuerzas para volver a su vida ese sábado por la mañana. Tenía mucho que hacer.

Para empezar, iba a ponerse a estudiar sin falta para no echar el curso a perder. Ya eran dos las asignaturas a las que no se iba a presentar, pero nada le impedía esforzarse por aprobar las otras cinco, aunque para eso tuviera que aprender a escribir con la izquierda.

Y con todo lo que tenía que estudiar, no le iba a quedar tiempo para pensar en lo que no debía pensar, que básicamente era todo lo que había pasado hasta ahora: en Blas y en Celeste y en Eulogio, en lo que creía de ellos y en lo que había aprendido en su charla con Juan Docampo tres días atrás.

Tampoco quería pensar en Lira, que era ya agua pasada. *No, mala*

elección, Asia. Porque no quieres que una cosa te lleve a otra y acabar pensando en Blas, ¿recuerdas? Lira es historia antigua. Sí, mucho mejor. Es un punto en la distancia, nada más. Tres meses de tu vida. Una estación. Nada.

Y, si pudiera, preferiría no tener que escuchar la voz, aunque eso no parecía depender de él. Por un momento creyó que dejaría de oírla al golpear la pared, que no sólo la estaba silenciando en ese momento, sino para siempre. Pero no. Ahí seguía. Quizás jamás se fuera. Bueno. Esperaba que no le molestara demasiado. No quería distracciones.

Sí, porque Asia tenía por delante un mes y medio sin sobresaltos ni sorpresas. Un mes y medio de rutina. Estudiar y comer y dormir e intentar olvidar y sólo preocuparse por los exámenes. Sí, eso haría. Y sabía que era lo correcto, porque nada más decidirlo sintió cómo se libraba de un peso enorme. El peso de la incertidumbre, quizás.

Ligero, se vistió, cogió la mochila, se despidió de Fran hasta la hora de comer y bajó a estudiar. Era un día soleado de mediados de mayo. La sala de estudio reflejaba una luz casi cegadora, con todo el blanco de sus paredes, mesas y sillas. Se sentó donde siempre, de espaldas a las ventanas del fondo, con vistas al pasillo de los subterráneos. Dedicó toda la mañana a organizar los apuntes. A la tarde se pondría a estudiar de verdad.

A la hora de comer, Fran y Claudia lo llamaron desde el pasillo para que bajara con ellos. Dejó todas sus cosas sobre la mesa para que no le quitaran el sitio y los acompañó. Ese día había filetes empanados y patatas sorprendentemente bien fritas. Empezó a comerlas una a una, con la mano, mirando cómo Fran y Claudia saboreaban sus filetes. Claudia, sintiéndose observada, levantó la cabeza y terminó de masticar el trozo que se había metido en la boca.

—¿Necesitas ayuda para cortar el filete?

Asia, avergonzado, asintió con la cabeza. Claudia se rió y cogió el plato de Asia. Cortó todo el filete en trocitos, como hacen las madres con los niños pequeños, y se lo devolvió.

—Ahora cómelo, ¿eh? —dijo Claudia un minuto después, viendo que Asia todavía no había tocado el plato—. Que mi trabajo me ha dado cortarlo.

Asia sonrió y se llevó un trozo de filete a la boca…

—¿En qué pensabas? —le preguntó Claudia.

Asia tragó el trozo de carne con dificultad.

—En el trabajo que os voy a dar cada vez que haga falta cortar algo.

—Si fuera por mí comerías el filete entero a mordiscos, que conste, como hacían los neandertales —dijo Fran.

—Los típicos filetes empanados que comían los neandertales, claro —dijo Claudia.

—Pues sí. ¿Qué iban a comer si no? ¿Pizza, como los romanos?

—Los romanos no comían pizza.

—Los de ahora sí.

—Ah, ¿cuando hablas de los romanos te refieres a los actuales romanos?

—Claro. Si no diría "los antiguos romanos".

—No sabes usar las comillas.

—"¿Ah, no?"

Claudia gruñó de pura frustración.

—Vuelve a hacer las comillas con los dedos y te los corto y te los meto en las orejas y en la nariz y te hago comer el filete entero, como quieres tú que haga Asia, hasta que te atragantes y te mueras por no poder respirar.

Fran abrió mucho los ojos y apretó los labios para no decir nada que pudiera enfadar más a Claudia. Asia intervino:

—Igual es un poco excesivo, ¿no?

—Puede ser —dijo Claudia. Volvió a mirar a Fran y le dijo—: Retiro lo de meterte los dedos en las orejas, que total no hace falta taponarlas para que mueras asfixiado. ¿Mejor así?

El que estuvo a punto de morir asfixiado fue Asia, que le dio por reírse mientras bebía agua y casi se atraganta. Claudia le dio unas palmadas en la espalda hasta que dejó de toser.

—¿Estás bien?

Asia asintió con la cabeza. Intentaba recobrar el aliento todavía, pero se encontraba bien. Mejor de lo que se había encontrado en mucho tiempo. Se podría decir que estaba contento, incluso.

Aunque no era una alegría pura la que sentía. Era más bien agridulce. Una especie de nostalgia por lo que podría haber tenido durante todo el año, por lo que había tenido durante las primeras semanas del curso, cuando su mayor problema era la comida que se iba a encontrar cada día en el Comedor.

¿Cómo había pasado de la felicidad de esas primeras semanas del curso a lo que había vivido esos últimos días? ¿Qué había hecho para que todo se torciera tanto? Ojalá lo supiera. Ojalá hubiera un momento al que poder regresar y cambiar el curso de la historia.

Lo hay, dijo la voz, con ese tono meloso que le daban los calmantes. *¿Sabes qué hizo que todo cambiara? Carla. Todo empezó con Carla. Dejaste de hablar con Fran por culpa de Carla. Blas se puso en contacto contigo por su culpa también, por llevarse del almacén ese microondas. Y al devolverlo, ¿a quién conociste? Lo ves, ¿verdad?*

Sí, todo empezó con Carla, mi dulce Asia. ¿Sabes?: siempre me ha recordado a una gata, con sus ojos dorados y la forma en la que arquea la espalda cada vez que se despereza. El incendio de gatos de Blas nunca existió, pero en este Carla fue la primera gata en arder, dijo la voz.

Asia, sentado ya ante sus apuntes en la sala de estudio, negó con la cabeza sin mucha convicción. No quería echarle la culpa a Carla, porque sabía que la culpa no era suya. Pero aun así no podía quitarse de la cabeza que su vida había ido a peor desde el día que apareció por sorpresa en la Residencia. Ahora no podía dejar de pensar en ella.

Carla, que le había robado a Fran durante la mayor parte del curso y ahora se lo devolvía malherido, que le había mentido a la cara para no herir sus sentimientos y lo había llamado cobarde, que lo había besado y que al parecer ahora lo quería.

Carla, con la que se había enfadado por ocultarle una información tan importante sobre Lira, o por habérselo contado cuando ya de nada le servía, no estaba seguro.

Carla, que ahora entraba por la puerta y atravesaba la sala de estudio con un vestido de flores, su pelo cobrizo recogido en una trenza.

Se sentó frente a Asia. Dejó caer todo el material de dibujo sobre la mesa sin importarle el ruido que hacía y se inclinó hacia delante para susurrar, preocupada:

—¿Qué te ha pasado?

Asia tragó saliva y bajó la mirada a la mesa. Tenía miedo de que si la miraba a los ojos ella pudiera adivinar lo que había estado pensando unos segundos antes.

Sin levantar la mirada de los apuntes, fingiendo que su llegada no lo había distraído de su cometido, dijo:

—¿Sabes cuando a algunos niños les ponían un parche en el ojo porque tenían el otro ojo vago y necesitaban ejercitarlo? Esto es lo mismo.

Carla chasqueó la lengua.

—Boh. A ver, ¿qué te ha pasado? Espera, ¿no serás tú el que metió la mano en una picadora de carne y perdió todos los dedos? Ay, Asia...

Asia frunció el ceño y levantó la mirada de sus apuntes. Carla lo miraba con verdadera preocupación en sus ojos.

—¿De dónde has sacado eso?

—Se lo oí a una de las brujas. Mis vecinas de habitación, ya sabes: las gemelas. ¿Es verdad lo de la picadora de carne? Dime que no has perdido los dedos.

Un amago de sonrisa se asomó al rostro de Asia.

—Están todos aquí dentro, tranquila.

—¿Enteros?

—Más o menos. Me he roto algunos. ¿Por qué iba a meter la mano en una picadora de carne?

—Yo qué sé, a veces haces cosas sin sentido. ¿Qué has hecho para rompértelos?

—Le di un puñetazo a una pared —murmuró Asia entre dientes,

bajando la mirada a la mesa de nuevo.

—¿Ves? —dijo Carla, echándose a reír.

Todos los que estaban estudiando ahí los miraron. Carla se disculpó. Después se volvió hacia Asia y le preguntó en voz baja:

—¿Te parece que salgamos a tomar un café?

—Tú no tomas café.

—Pero puedo mirarte mientras lo tomas —dijo Carla—. Y así hablamos.

—¿Hablar de qué?

—Será por cosas de las que hablar… Vamos.

Salieron juntos de la sala de estudio. Carla, con su vestido de flores y su espalda descubierta y sus sandalias. Asia, con su bañador azul y su camiseta roja y sus chanclas. Del bolsillo sacó unas pocas monedas para coger un café. Una de ellas se le resbaló entre los dedos y cayó al suelo. Rebotó sobre el hormigón y rodó hasta desparecer bajo la máquina expendedora.

A Carla le hizo mucha gracia la cara que Asia puso mientras recontaba las monedas en la palma de su mano.

—Creo que voy a tener que pasar sin café —dijo Asia—. A no ser que me dejes algo de dinero.

Carla había bajado sin la cartera.

—Pero tengo té en la habitación —dijo—. Si te vale. ¿Quieres? Podemos hablar allí, mejor.

Asia bajó la mirada a su mano, como si de repente esperara que hubiera más monedas de las que había contado. Luego miró hacia la máquina y una vez más a las monedas. Al final miró a Carla.

—Está bien —dijo, guardándose las monedas en el bolsillo de su bañador azul—. Está bien —repitió con la misma falta de entusiasmo —. Vamos.

La ventana estaba abierta. Una débil brisa agitaba las hojas del árbol más cercano, haciendo que la luz que se colaba en la habitación se meciera suavemente. Tarta, la tortuga, descansaba al sol en su isla de plástico después de comer por primera vez en unos cuantos días. Pequeñas burbujas empezaban a formarse en el fondo del cazo donde Carla había puesto el agua a calentar. Asia no había perdido el tiempo y ya estaba ocupando su cama, sentado con las piernas cruzadas, apoyado contra el cabecero. Carla, de pie contra la pared, frente a él, lo miraba.

—¿Me vas a contar por qué le has dado un puñetazo a una pared?

Asia frunció los labios.

—No me apetece hablar de eso.

Carla resopló por la nariz. Intentó mantener la calma.

—Nunca te apetece hablar de nada.

—¿Me vas a contar tú dónde has estado metida estos días?

—Sí. Yo sí. Por eso he ido a verte a la sala de estudio.

—¡Si bajaste con las cosas de clase!

—Bueno, porque tengo una entrega el lunes. Puede que bajara a trabajar y esperaba que tú estuvieras ahí. Si no, te habría buscado después, que te quede claro. ¿Te vale eso?

Asia se encogió de hombros. Carla se tomó unos segundos para que sus pulsaciones bajaran de nuevo a un ritmo normal.

—He pasado unos días en casa —dijo—. Necesitaba aclarar las ideas. Supongo que Fran te ha contado que lo hemos dejado.

Asia, sentado en la cama, asintió con la cabeza.

—¿Y te dijo por qué?

Asia negó. Carla estudió su rostro durante unos segundos. Si Fran no se lo había dicho, se lo diría ella. Para eso mismo quería hablar con él. Pero no podía quitarse de la cabeza la mano escayolada de Asia.

—¿En serio no me vas a decir qué te ha pasado?

—Ya te lo he dicho: no me apetece hablar del tema.

—Pero a mí sí me apetece que lo hagas.

—No puedes obligarme a hablar.

—Sí que puedo. ¿Por qué le pegaste un puñetazo a una pared? ¿Eh, Asia?

Asia apretó los labios y negó con la cabeza. Carla rodeó el escritorio para coger el móvil.

—¿A quién vas a llamar?

—A tu madre. Es decir: voy a llamar a tu madre de verdad —repitió con un tono menos cortante—. A ver si ella me dice qué te ha pasado.

Asia se la quedó mirando unos segundos.

—No tienes su número.

—Sí que lo tengo —dijo Carla, enseñándole la pantalla a Asia—. ¿Ves?

—No llames —dijo Asia, levantándose de la cama.

—¿Por qué? —preguntó Carla, alejando el teléfono del alcance de Asia.

—Porque ella no sabe nada.

—¿Tampoco le has dicho a ella por qué le pegaste a la pared?

—No le he dicho siquiera que me he roto la mano.

Carla se quedó mirando a Asia unos segundos, en silencio, quieta. Al final bajó la mano en la que sostenía el móvil. En la cocina, el hornillo eléctrico empezó a chisporrotear por culpa del agua hirviendo que salía a borbotones del cazo. Carla dejó el móvil de nuevo sobre su escritorio y retiró el cazo. Volvió junto a Asia.

—¿Por qué no le has dicho nada a tu madre?

—Porque no quiero preocuparla. No creo que vuelva a casa hasta final de curso, con todo lo que tengo que estudiar para los exámenes.

Para entonces ya me habrán quitado la escayola.

—¿Sabes qué creo? Que te da igual preocuparla o no. Lo que no quieres es que te pregunte por qué has hecho algo así. No quieres tener que decirle que no estás bien. No quieres que te haga hablar, como estoy haciendo yo ahora.

—Tú no estás haciéndome hablar —dijo Asia—. Estás hablando tú. Piensa lo que quieras. Di lo que quieras. Me da igual.

—Vale. ¿Pues sabes qué pienso? Que estás así por Lira.

—¿*Así* cómo?

—Así: mal. Tan mal como para desahogarte contra una pared y romperte una mano y hacer como si nada hubiera pasado. Y te entiendo. Entiendo que estés mal, digo. Debe de ser duro que la chica de la que estabas enamorado se vaya sin decirte nada.

Asia soltó una risita irónica por la nariz y negó con la cabeza.

—O tal vez ya te hayas olvidado de Lira. Tienes facilidad para olvidarte de esas cosas. Quizás estés así por Blas. ¿Quién sabe? Cualquier otra persona estaría mal si viera lo que tú viste. Cualquier otra persona estaría mal si perdiera a un amigo así.

—Blas no era mi amigo.

—No sería tu amigo, pero hablabas con él. Lo conocías bien.

—Ah, ¿ahora lo conocía bien? —dijo Asia, elevando la voz—. Porque recuerdo que cuando desapareció tú misma me dijiste que no tenía que pensar en él, que apenas lo conocía. Me dijiste que no tenía que preocuparme por él, que era una estupidez pensar que pudiera haberle pasado algo malo, y mira…

—¿Entonces estás así por Blas?

—¿Quieres que te diga que sí? ¿Que le di un puñetazo a la pared porque me echaba la culpa de lo que le había pasado a Blas? ¿Que podría haberlo ayudado?

—¿Podrías haberlo ayudado?

—¡No lo sé! Si supiera lo que sé ahora, quizás.

—¿Qué sabes?

Asia cogió aire y lo soltó lentamente. Miró a Carla y meneó la cabeza una vez más. Pero esta vez era distinto a las veces anteriores. Había un amago de sonrisa en sus labios. Carla también sonrió.

—¿Ves cómo sí que puedo obligarte a hablar? —dijo—. Sólo tengo que enfadarte.

—Se te da bien enfadarme.

—Ya, bueno: el sentimiento es mutuo. ¿Qué es lo que sabes ahora de Blas?

—Que estaba mal.

—¿Mal como tú?

—No. Mal de la cabeza. Mal de verdad. Estaba enfermo. Se imaginaba cosas.

—¿Oía voces?

Asia se quedó un largo rato callado, pensativo, con la mirada en el suelo.

—No. Igual voces también, pero era algo más grave. Era esquizofrénico. ¿Sabes las pastillas con las que supuestamente traficaba? Al parecer eran las pastillas de su medicación. Las vendía en vez de tomárselas, y eso hizo que su psicosis fuera a más. Creía que el Director lo perseguía. Por eso huyó. Por eso acabó como acabó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hace unos días el Director me invitó a comer y me lo contó.

Carla frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Quería disculparse conmigo por lo que había hecho su hijo. Fue el miércoles, justo después de volver del hospital.

—¿Fue él quien te hizo eso de la mano?

—No. Ya te he dicho que le di un puñetazo a la pared.

—Ah, es verdad.

—Pero él estaba ahí.

—¿En la pared?

—Delante de ella.

—¿Querías darle a él y fallaste?

—Más o menos.

—¿Qué te hizo para que quisieras pegarle un puñetazo?

—No callarse.

Carla fue a decir algo, pero cerró la boca sin llegar a decir nada. Asia la miró durante unos segundos en silencio. Luego se echó a reír.

—A ti no te voy a pegar un puñetazo por no parar de hablar —dijo.

Carla se rió aliviada y se encogió de hombros.

—Bueno, nunca se sabe. ¿Qué quieres decir con “más o menos”?

—¿Cómo?

—Querías darle un puñetazo y fallaste, *más o menos* —recapituló Carla—. ¿Cómo es eso? ¿Querías dárselo o no? ¿Fallaste o no?

Asia cerró los ojos y respiró hondo. Carla esperó. Había conseguido que empezara a hablar. Ahora sólo era cuestión de ser paciente.

—Creo que le habría dado el puñetazo a la pared aunque Felipe Docampo no estuviera ahí —dijo Asia, abriendo los ojos para mirar a Carla—. ¿Quieres saber por qué le di un puñetazo a la pared? Porque quería dejar de oír la voz de mi cabeza.

Cara miró a Asia en silencio. Se sentó en la cama, a su lado.

—¿Qué te decía esa voz?

—Cosas. Todavía me dice cosas. Pensaba que iba a dejar de oírla después del puñetazo, pero sigue aquí —dijo Asia, dándose unos

golpecitos en la sien con la mano escayolada.

—¿Ahora te habla?

Asia negó con la cabeza. Después dijo:

—Sí. No estoy loco. Sé que no estoy loco. Sé que no es real. Ni siquiera es una voz, en realidad. No oigo nada. Pero es como si tuviera pensamientos que se enfrentan a mí, ¿sabes? Que me llevan la contraria. Que me obligan a pensar en lo que no quiero pensar. Que me echan cosas en cara. Y siento como si fuera otra persona la que me lo dice.

Asia miró a Carla a los ojos de nuevo, ahora tan cerca que Carla se podía ver reflejada en ellos, en esa humedad superficial y en esa profundidad tan oscura.

—Es la voz de mi abuela la que oigo.

—Oh.

—Y sé que no es ella, porque ella nunca me hablaría así, pero es su voz.

—¿Por qué oyes su voz?

—No lo sé. No. Sí que lo sé, creo. Empecé a oírla el día de tu fiesta de despedida, precisamente. ¿Sabes por qué no fui? ¿Sabes por qué no pude darte mi regalo hasta hace unos días?

Carla lo sabía. Fran se lo había acabado diciendo. Pero aun así negó con la cabeza. Quería que se lo dijera Asia. Quería que él lo dejara salir.

—Mi abuela murió el día antes —dijo Asia, con la vista fija en el suelo una vez más.

Se llevó la mano izquierda al cuello, luego al pecho, al esternón, e hizo una mueca. La volvió a bajar. Respiró hondo. A Carla le latía el corazón con fuerza.

—El entierro fue esa tarde. Fue ahí, en la iglesia, cuando empecé a oír su voz.

—¿Y qué te dijo?

Asia cerró los ojos con fuerza y sonrió. Apretó los labios y meneó la cabeza. Miró a Carla.

—Que hablara. Que me levantara y hablara. Que dijera algo por ella. Algo de verdad. Algo de corazón. Que dejara salir lo que tenía dentro.

—Y no lo hiciste.

—No.

—Ni siquiera nos dijiste a Fran y a mí dónde estabas. No nos dijiste qué había pasado —dijo Carla, concentrándose en controlar su tono de voz.

Asia bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza de nuevo.

—¿Por qué? ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque no quería estropearte tu fiesta. No quería que te sintieras

mal por no poder venir al entierro porque tenías muchas cosas que preparar.

Carla se levantó de la cama y empezó a pasear por la habitación, resoplando. Se detuvo frente a la puerta del baño y miró a Asia.

—¿No querías que yo me sintiera mal por no poder ir o no querías sentirte tú mal si yo te decía que no podía ir?

Asia no respondió. Siguió con la cabeza gacha, mirando el suelo. Carla apretó los puños, frustrada.

—Habría estado a tu lado, Asia. Habría estado a tu lado sin dudarlo, y Fran también. Habríamos estado ahí para apoyarte si tú nos hubieras dejado. Pero en su lugar, Fran se tuvo que enterar por su madre al día siguiente y yo no me enteré hasta mediados del verano, cuando Fran por fin me lo dijo, viendo que estaba claro que tú no lo ibas a hacer.

—Igual no quería que estuvieras a mi lado —dijo Asia—. Igual a lo que tenía miedo era a que dijeras que sí, que claro que estarías ahí conmigo sin dudarlo. ¿Sabes qué pensé...?

Asia apretó los labios y resopló por la nariz.

—¿Sabes qué pensé cuando murió mi abuela? Ese mismo día, mientras mis padres estaban en el tanatorio, ¿sabes qué era lo único en lo que podía pensar?

Carla negó con la cabeza. Asia sonrió. Una sonrisa triste y asqueada. Una sonrisa que daba lástima de sólo verla. Luego, empezó a hablar con una voz cada vez más acelerada.

—Me imaginaba cómo sería la tarde siguiente, cómo llegaría a la iglesia con mi familia, cómo recibiría los pésames de los familiares que no había visto en el tanatorio, cómo te vería llegar e iría hacia ti, disculpándome sin sentirlo por dejar una conversación a medias con un puñado de primos segundos, cómo me mirarías con los ojos llorosos, cómo me abrazarías y me cogerías de la mano y no me la soltarías mientras entrábamos juntos a la iglesia, cómo me la apretarías con cariño cada vez que mis ojos se anegaran de lágrimas, cómo me animarías a subir al púlpito para decir unas palabras que harían llorar a todos los presentes, especialmente a ti, y cómo al volver a tu lado al banco me besarías en los labios como si fuera lo más normal del mundo, porque lo era, porque te quería y en el fondo tú también me querías a mí. Pensaba en eso y sonreía, y entonces me preguntaba qué coño estaba mal dentro de mí para que fuera eso lo que se me pasara por la mente en un momento así.

Carla lo miraba ahora con la misma pena con la que lo habría mirado un año atrás, durante el entierro de su abuela.

—Por eso no te dije nada, porque no quería que estuvieras sentada a mi lado sujetándome la mano mientras todos lloraban menos yo, que me vieras feliz por tenerte ahí conmigo, por verte llorar por mí

mientras yo no lloraba por nadie, que vieras lo que habría visto mi abuela. Por eso empecé a oír su voz esa tarde: porque algo no estaba bien dentro de mí, y sigue sin estarlo, por eso la sigo oyendo.

—Asia...

—No —dijo Asia, rechazando la caricia comprensiva de Carla—. ¿Sabes qué? Si pudiera volver al pasado, volvería a esa tarde en la que fantaseaba con la enésima versión de nuestro primer beso y te habría llamado para darte la noticia. Ojalá hubieras venido a la iglesia y hubieras visto cómo soy de verdad. Quizás así no hubieras decidido cambiar de opinión y venir a estudiar aquí. No habrías vivido estos meses con Fran, pero tampoco habríais roto. Seguiríais siendo buenos amigos. Y no sabes cómo de diferente sería mi vida y la de Blas y la de Celeste y la de Eulogio.

Carla no tenía ni idea de quién era Celeste, pero ahora había otras cosas que ocupaban su mente. Había intentado no enfadarse. Bastante había aguantado.

—Vale, vuelve al pasado y llévame al entierro de tu abuela para que vea como no lloras por ella. ¿Te crees que algo así bastaría para que decidiera no venir aquí? ¿No te das cuenta de que vine pese a que sabía que algo no iba bien dentro de ti? Porque algo no va bien dentro de una persona que deja de hablar a su mejor amiga de la noche a la mañana. Algo no va bien en alguien que oculta algo tan importante como la muerte de su abuela a sus dos mejores amigos.

»Pero ya que puedes volver al pasado, ¿por qué no volver un poco más atrás? ¿Por qué no volver a aquella noche de diciembre en Toledo? ¿Por qué no volver al puente? ¿No decías en tu carta que deberías haberme besado entonces? ¿Por qué no vuelves al pasado y me besas, y sales así de una vez por todas de dudas? O mejor: ahórrate ese viaje. Decías en la carta que seguramente era una tontería, pero que te había parecido que por un momento yo podría haber sentido algo por ti. No era ninguna tontería. En ese momento te habría devuelto el beso. Así que ahí lo tienes: duda resuelta.

»O viaja a hace una semana y retira a tiempo la carta. Rómpela y siéntate en la cama mientras me pruebo el pijama que me has regalado. Hazlo por mí. Era más feliz antes de darme cuenta de que ya no sientes nada de lo que habías escrito. Que ya no me quieres. ¿Cómo vas a seguir queriéndome, cómo vas a querer a nadie después de que Lira te haya roto el corazón? ¿Te crees que eres el único que deja volar la imaginación? Vuelve al pasado y retira esa carta y permíteme seguir pensando que yo estoy aquí para ti, apoyándote en estos momentos tan duros, recordándote que siempre estoy a tu lado, pese a las peleas y las discusiones. Haz que me siga sintiendo mal por no atreverme a decirle a Fran la verdad: que por más que esté a gusto con él, ya no lo quiero, porque quiero a otra persona. Porque te quiero a

ti, y creo que tú todavía podrías sentir algo por mí en cuanto superes lo de Lira.

»Esa carta podría haber servido para que me olvidara de lo que sentía por ti y valorara lo que tenía con Fran. Pero no. En ese momento me di cuenta de que quizás nos estuviéramos turnando para querernos sin nunca llegar a coincidir, por un motivo o por otro. Me di cuenta de que lo único que podía hacer era dejar de ser uno de esos motivos.

»Por eso corté con Fran. Por eso quería hablar contigo hoy: para decirte lo que siento, porque necesito que lo sepas. Aunque tú no sientas lo mismo por mí en estos momentos. Pero yo estaré aquí para ti, pese a la facilidad que tienes para enfadarme, o quizás precisamente por eso mismo. Haces que me hierva la sangre, Asia. Y tú puedes decir lo que quieras, pero creo que en el fondo sientes algo parecido por mí. Y aunque no lo sientas, seguiré estando aquí cada vez que necesites oír una voz distinta a la de tu abuela, una voz que se preocupe por ti, que haga que tu voz suene por encima de cualquier otra.

Carla sintió una calma que pocas veces antes había experimentado. Se sentía llena de energía. Era un sol.

—Y tú al menos eres un cometa. Puede que desde que conociste a Lira te hayas alejado de mí, pero siento que puedes acercarte de nuevo. Pues bien: aquí estaré. Seré tu sol siempre que tú quieras que lo sea. ¿Vas a querer azúcar con el té?

Interludio:

Buenas noticias

—¿Va todo bien?

—¿Por qué iba a ir algo mal?

—Bueno, porque no sueles llamar salvo para dar malas noticias.

—Una vez, mamá. Una sola vez lo hice.

—¿No te has roto nada más, entonces?

—No.

—¿Estás durmiendo bien? ¿Estás comiendo? ¿Estudias?

—Sí.

—¿Sí a todo? ¿O a qué estás respondiendo? ¿Para qué llamabas?

—Para preguntaros qué tal estáis... ¿Estás ahí?

—Sí, sí, perdona. He ido a llamar a tu padre. ¿Puedes repetir lo que acabas de decir?

—Que llamaba para preguntar qué tal estáis...

—Estamos bien, Asia. Tu padre dice que estaría mejor si el jardín fuera un poco más pequeño, pero eso ya lo decía antes.

—¿No se os hace raro?

—Algo sí, pero porque la casa está muy cambiada. Tendrías que verla. Es increíble lo que se consigue tirando un par de tabiques y con unos cuantos muebles bien puestos. ¿Cuándo acababas los exámenes?

—El 30.

—¿Y de verdad no necesitas que te vayamos a buscar?

—No.

—Bueno. Mejor para nosotros. Ya verás cómo ha quedado la casa cuando llegues. ¿Estás estudiando?

—¿Otra vez? Sí, estoy estudiando.

—¿Mucho?

—Sí, mamá. Los exámenes que he hecho me han salido bien.

—¿Y te apañas para escribir?

—Más o menos. No es que haya que escribir mucho en un examen de Álgebra. Oye, una pregunta: cuando Juan Docampo vaya a la casa, ¿dónde...?

—Hay una habitación para ti en la casita, Asia.

—¿Qué casita?

—Ah, ¿no te lo había contado? Están terminando una casita para nosotros al lado del cobertizo de las herramientas. De momento seguimos en la casa. Quizás por eso no sea raro aún: hacemos lo mismo que cuando la casa era nuestra, sólo que ahora cobramos por cortar el césped o limpiar el salón. Juan Docampo ha sido muy generoso al ofrecernos el trabajo. No tendría por qué haberlo hecho.

—Ya.

—Ah, por cierto, ¿a qué no sabes quién ha hecho la instalación del gas en la casita?

—Pues no.

—Intenta adivinarlo.

—¿Papá?

—Sí, claro. Si tu padre se hubiera ocupado de la instalación de gas ahora mismo estarías sabiendo de mí por las noticias. Juan Docampo ha contratado a un profesional. ¿No conoces a nadie que se dedique a eso?

—No.

—Pregúntale a tu amiga Carla a qué se dedica su padre.

—¿Tengo que preguntárselo con ese tonito?

—¿A tu amiga Carla?

—Mamá, no sé qué habrás oído...

—¿Yo? Nada de nada. Sólo sé que Carla es buena chica. Raquel siempre me lo decía: madera de nuera. A ella también la he visto hace poco. Me ha dicho que Fran no está muy bien.

—Ya.

—Asia.

—Qué.

—Hay veces que las cosas son así. Tu padre me ha contado que hacía tiempo que Carla te gustaba. Ahora entiendo muchas cosas de estos meses. No ha debido ser fácil para ti, claro, y yo de boba hablándote de Fran y Carla como si nada. Pero por eso mismo no quiero que le des más vueltas de las necesarias, ¿vale? Yo sólo quiero que seas feliz. Estoy segura de que Fran lo entenderá, ¿no crees? ¿Eh?

—Sí.

—¿Lo sabe ya?

Lo sabía, sí. Al final había sido imposible de ocultar, como había sido imposible vulnerar las leyes de la física y no acabar junto a Carla.

Echando la vista atrás, Asia era incapaz de saber el momento exacto en el que todo cambió. Quizás no existiera. Quizás esperaba algo como lo que le había contado Claudia en su momento cuando le habló de Alba: como si algo se resquebrajara y no hubiera vuelta atrás. Pero en su caso sentía que había sido más bien como si algo se fundiera: poco a poco, pero de forma irreversible, cada vez más cerca del sol.

Había hecho de la visita a Carla una rutina con la excusa de alimentar a Tarta, la tortuga, ya que estaba a su cargo. Y una vez allí, a cada día que pasaba le costaba más volver a su habitación. Era tan sencillo tumbarse en la cama vacía de Lira y hablar con Carla mientras miraban las estrellas... Era tan fácil reír con ella, y discutir con ella, e inventar historias con ella... Era tan difícil aburrirse con ella.

Y eso era lo que Asia se había propuesto para lo que quedaba de curso, ¿verdad? Que todo fuera sencillo. Encontrar una rutina en la que no tuviera que pensar demasiado. Y con Carla no tenía que pensar. Las palabras fluían con ella. Se dejaba llevar.

El momento más difícil era el de volver a su habitación, cada vez más entrada la noche. Siempre sentía que estaba dejando una conversación a medias, o una historia a medias, o una discusión a medias. Siempre sentía que estaba dejando la vida a medias. Por Fran. Por no hacerle más daño del necesario.

Pero su madre tenía razón: lo importante era que Asia fuera feliz. Lo importante era que en ese mes y medio que le quedaba de curso todo fuera sencillo. Y lo sencillo era no despedirse de Carla hasta la mañana siguiente. Así que Fran lo había acabado sabiendo, sí.

—Dice que se alegra por mí de verdad.

—Yo creo que sí.

—¿Aunque esté mal, como dice su madre?

—Aunque esté mal, sí. Una ruptura no se supera de la noche a la mañana, pero se acaba superando. No has hecho nada malo y él lo sabe. Eso es importante. Ya lo has pasado mal el tiempo suficiente. Ahora te toca ser feliz. ¿Lo eres?

Asia creía que sí, que lo era. Parecía que por primera vez en mucho tiempo las cosas le iban bien, que el mayor drama de su vida en estos momentos era no poder compartir del todo su felicidad con Fran.

Parecía mentira que su plan de no complicarse la vida le estuviera funcionando. Y le habría salido a la perfección si la segunda carta hubiera llegado tan sólo unos días después de cuando lo hizo.

Otra carta

Sentada frente a él, Carla frunció el ceño y se giró para ver qué era lo que había atrapado la atención de Asia. Tras la puerta de cristal, Fran le hacía gestos con la mano para que saliera. Asia se quitó los auriculares y los dejó sobre la mesa.

—Vuelvo ahora —le susurró antes de levantarse y atravesar una sala de estudio llena de gente.

A esas horas del viernes había un ambiente tenso en la Residencia. Los que tenían su último examen esa mañana todavía no habían vuelto de hacerlo. Los que lo tenían a la tarde, como Carla, aprovechaban las últimas horas del curso antes de las más que merecidas vacaciones de verano. Había quien ya había acabado, pero esa gente se había ido a casa ya o no estaba despierta a esas horas de un viernes de junio.

Carla ya tenía las maletas guardadas en el coche, junto con toda la ropa de invierno y todos los apuntes que había ido acumulando durante el curso. Nada más acabar el examen se iría a pasar un fin de semana largo a casa. Volvería el martes, a tiempo para celebrar San Juan en la playa con Asia y Fran y Claudia y Alba y con todos los que quisieran sentarse alrededor de su hoguera.

Girada en su silla, con los brazos apoyados sobre el respaldo, Carla vio cómo Fran y Asia hablaban en el pasillo de los subterráneos, delante de las máquinas expendedoras. Asia no parecía demasiado contento con lo que Fran le contaba. Lo vio suspirar y mover la cabeza, resignado. Al final, Fran se fue por donde había venido, no sin antes despedirse de Carla con la cabeza. Ella le devolvió el saludo. Asia volvió a entrar en la sala de estudio. Carla lo siguió con la mirada hasta que estuvo de nuevo sentado frente a ella.

Durante un minuto mantuvo la vista fija en sus apuntes, sin leer lo que allí había. Ni siquiera se había puesto los auriculares de nuevo, ni cogido el bolígrafo entre los dedos de su mano izquierda. Distraído, metió un dedo por el borde de la escayola y se rascó.

—¿Qué? —le preguntó Carla.

Asia levantó la mirada. Tomó aire y lo dejó salir lentamente. Se inclinó sobre la mesa.

—Tengo que ir a comer con el Director —dijo.

—¿Otra vez? —preguntó Carla, cansada.

Asia asintió con la cabeza.

—Hoy quería que comiéramos juntos... —dijo Carla.

Estaba nerviosa por culpa de ese último examen. Tenía que

aprobarlo. Había ido sacando adelante los parciales anteriores, pero si suspendía tendría que recuperar toda la asignatura en septiembre. No quería pasarse el verano estudiando Historia del Arte.

Así que estaba nerviosa, sí, y quería comer con Asia para distraerse antes del examen. Él siempre conseguía tranquilizarla cuando lo necesitaba. Siempre conseguía hacerla reír y que los nervios se esfumaran con cada carcajada.

—Lo siento —dijo Asia.

Parecía sentirlo de verdad. Puso su mano sobre una de las de Carla y la miró a los ojos. Carla vio cómo un brillo empezaba a aparecer en ellos, anticipando la sonrisa que comenzaba a dibujarse en sus labios.

—¿Qué? —preguntó Carla de nuevo.

Conocía bien esa cara. Era la cara de cuando se le había ocurrido algo. Esa media sonrisa de anticipación. Esa forma en la que movía los labios, como si estuviera ensayando las palabras que estaba a punto de decir. Y ese...

—Estaba pensando...

Siempre estaba pensando. Carla sonrió y asintió con la cabeza, preparada para oír lo que le fuera a proponer.

—Estaba pensando que mi próximo examen es el martes, así que tengo tiempo de sobra para recuperar estas dos horas de estudio que me voy a perder ahora —dijo—. Porque me voy a perder estas dos horas, ¿sabes? Y tú también.

Carla se rió entre dientes, intentando no molestar a la gente que sí estaba estudiando.

—No puedo.

—Claro que puedes. Lo que pasa es que tienes miedo a dejar de estudiar porque si suspendes por poco le echarás la culpa a esas dos horas que yo te hice perder la mañana del examen.

—Te echaría la culpa a ti.

—Échamela.

Carla meneó la cabeza. La mano de Asia seguía sobre la suya, acariciándole la piel con suavidad.

—¿Estudiarías por mí en verano si suspendo? ¿Te presentarías por mí al examen? No, ¿verdad?

—Porque no se puede.

—Por lo que sea. Como soy yo la que tendría que estudiar, soy yo la que decido si estas dos horas me hacen falta. Y me hacen falta.

Ahora fue Asia quien negó con la cabeza.

—¿Sabes que ayer por la noche hablaste en sueños?

Carla torció el gesto.

—¿Sí?

—Mm-mmh. Decías algo de una tal Maggio —dijo Asia, moviendo la mano como si hubiera nacido en la misma Nápoles—. Cara Maggio.

Esta vez Carla no pudo contener la carcajada. Una decena de cabezas se giraron para mirarla con un enfado evidente.

—¿Caravaggio?

—Bueno, eso —dijo Asia sin darle importancia a la corrección.

—¿Y qué decía? —preguntó Carla, intrigada y divertida a la vez.

Asia apretó los labios y cerró los ojos, esforzándose por recordar.

—Decías una y otra vez: barroco, claroscuro, Cara Maggio. O Caravaggio, bueno. Y decías también: ¡dejadlo votar! —dijo Asia, exclamando a susurros.

—¿Dejadlo votar? —preguntó Carla, totalmente confundida ahora, intentando aguantar la risa que por algún motivo le subía hasta la garganta.

—Sí. ¡Dejadlo votar! ¡Por dios, dejadlo votar! ¡Dejad votar al santo!

—¿Que dejaran votar al santo? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Qué dices?

—Eso decías —dijo Asia, encogiéndose de hombros.

Carla ladeó la cabeza. ¿A qué santo tenían que dejar votar? ¿Y quiénes? Bajó la vista a sus apuntes y empezó a pasar hojas, llena de curiosidad. No le sorprendía saber que había hablado en sueños de Caravaggio. Era lo último que había estudiado antes de irse a dormir. Sabía reconocer su estilo sin problemas, pero apenas había tenido tiempo para estudiar los nombres de sus obras.

Pasó una nueva hoja y allí estaban, impresas a todo color para poder apreciar bien cada detalle. Una obra atrapó su atención desde el principio, con esa luz tan característica entrando en diagonal por la ventana y esas sombras casi sólidas en torno a la mesa. Y ahí estaba el título.

Las carcajadas fueron tan intensas que Carla no se molestó en detenerlas. Se levantó y salió de la sala de estudio, pidiendo disculpas a todo el mundo con un gesto de la mano. Asia la siguió unos segundos después.

—Maldito idiota —le dijo Carla todavía entre risas en cuanto Asia cerró la puerta de la sala de estudio—. ¡Vocación, no votación! ¡La vocación de San Mateo!

Asia, sonriendo, se encogió de hombros.

—Te entendería mal eso también. Quizás dijeras: ¡dejadlo vocar! No sé.

Carla meneó la cabeza. No quería darle la satisfacción a Asia de dejarle ver que había ganado, pero le estaba costando contener la sonrisa.

—El caso es que estás más que preparada para el examen. Sobre todo si cae ese cuadro en concreto. Además, ahora no puedes volver a entrar, después del escándalo que has montado.

—Eres idiota —dijo Carla, acercándose a Asia.

—Lo sé.

Carla le pasó los brazos por encima de los hombros y lo besó para borrarle esa estúpida sonrisa de suficiencia que se le había dibujado en el rostro. Se había salido con la suya y estaba muy orgulloso de sí mismo, de eso no había duda.

—Como me caiga ese cuadro me voy a echar a reír y me van a echar del aula y voy a suspender y tú te las vas a tener que apañar para hacer por mí el examen de septiembre —dijo Carla, despegando por un momento sus labios de los de Asia.

—Tienes mi palabra.

Carla lo miró con los ojos entornados.

—Tu palabra no vale nada —dijo, dándole otro breve beso en los labios—. Tienes que prometérmelo.

—¿Cómo, si mi palabra no vale nada?

—Puedes prometérmelo sin palabras —dijo Carla, sonriendo con complicidad.

Asia se echó a reír.

—¿Aquí?

—Aquí no, idiota. En la habitación. Puedes prometérmelo y si me lo prometes bien, puedo prometértelo yo a ti después —dijo, hablándole muy cerca de la boca, rozándole los labios con cada palabra, pegado a Asia, sintiendo su excitación—. ¿Qué te parece?

Por cómo la besó y por cómo la cogió de la mano para echar a andar por el pasillo, le debió de parecer un plan excelente.

La habitación estaba tal y cómo la habían dejado esa mañana: con la ventana abierta y la cama deshecha. La pizarra estaba llena de garabatos que Asia había ido haciendo durante el último mes. Solía coger el rotulador cada vez que Carla hablaba con sus padres por teléfono. Era fácil diferenciar los primeros de los más recientes. A fuerza de practicar, Asia había ganado mucha habilidad en su mano izquierda. Carla lo sabía bien.

Muchas veces se dejaba desnudar por él. Despacio. Tampoco había prisa. Hasta que la había. Carla lo apremiaba entonces, pero eso sólo empeoraba las cosas, porque entonces Asia ralentizaba sus acciones, y lo que antes había hecho en segundos ahora le llevaba un minuto entero. Sus movimientos se volvían torpes de pronto. Sus dedos rozaban la piel de Carla y le hacían cosquillas mientras intentaba quitarle la camiseta.

Curiosamente, nunca le llevaba más de dos segundos deshacerse del sujetador. Esa mañana ni siquiera haría falta: Carla no se había molestado en vestirse para bajar a estudiar. Tenía pensado ducharse antes de bajar a comer. Ya se quitaría entonces el pijama de ovejas y se pondría el fresco vestido veraniego que había dejado preparado la

noche anterior.

Cerró la puerta. Asia tiró de su camiseta, obligándola a abalanzarse sobre él. Se besaron de nuevo, ahora con la intensidad de saberse completamente a solas. Asia no perdió el tiempo. Le bajó el pantalón del pijama, arrastrando con él las bragas. La empujó de nuevo contra la puerta. Carla sintió el tacto frío de la madera en sus nalgas. Separó un poco las piernas, invitando a Asia a que la tocara. Aceptó.

Carla odiaba que Asia sólo pudiera usar una mano. Quería que se recuperara pronto. Quería que tuviera diez manos más si fuera posible.

—Quítate la camiseta.

Carla asintió con la cabeza y obedeció sin rechistar. La lanzó al suelo. Asia dio un paso atrás y la miró como siempre hacía: como si fuera la primera vez que la viera desnuda, como si nunca hubiera visto algo más fascinante que sus pechos pequeños. Se volvió a acercar y fue directo a ellos, besándoselos, atrapando sus pezones con la lengua y jugando con ellos hasta que Carla, entre risas, le empujó la cabeza para que siguiera bajando. Había mucho más que besar.

Recorrió su vientre con la lengua y al llegar al ombligo lo rodeó y volvió a subir. Carla se echó a reír.

—¡No es una rotonda! —protestó.

Asia la volvió a besar, pegado a ella. Carla estaba atrapada, y lo único en lo que podía pensar era en que Asia se apretara todavía más contra ella. Pero se separó y le hizo levantar los brazos y le atrapó las muñecas con su única mano, por encima de su cabeza. Le mordisqueó la nariz y el hombro, le hizo cosquillas al olisquearle el cuello. Luego hizo lo mismo con la axila.

—Apestas.

Carla giró la cabeza para olerse. No apestaba. Olía, pero no apestaba. Si apestara, Asia no metería la nariz ahí. Si apestara, no le estaría lamiendo ahora, mezclando saliva con sudor, haciéndole cosquillas y provocándole un escalofrío al sentir cómo el aire entraba en contacto con la humedad de su piel.

Le soltó las muñecas y volvió a separarse. Tiró de ella y la sitúo frente al espejo. Allí sólo estaba ella y la mano de Asia destapando y tapando a su antojo, apretando y recorriendo su piel, ciñéndose a su cuerpo. Le daban ganas de besar los labios entreabiertos que veía frente a ella, unir con vaho sus respiraciones entrecortadas, sentir la dureza de esos pezones contra los suyos, el frío del cristal en la piel.

Como si pudiera leerle la mente, Asia dejó que las dos Carlas se unieran, que se estremecieran al sentir el contraste de temperatura, que gimieran con anticipación a medida que los besos de Asia descendían por el surco de sus espaldas, que les mordiera las nalgas y su lengua explorara cada rincón de su ser.

Carla cerró los ojos y se fundió contra el espejo. Lo golpeó con la mano. Del otro lado de la pared el golpe sonó amortiguado, pero fue suficiente para que las gemelas, de carne y hueso estas, se revolvieran incómodas en sus sillas y perdieran la concentración. Al poco rato empezaron a oír un sonido familiar. Una de ellas consultó extrañada la hora. La otra apretó con fuerza el bolígrafo entre los dedos.

—¿Por qué no pones música?

—Sí, mejor —dijo la otra, levantándose de la silla—. ¿Alguna emisora en concreto?

—No, la que sea. Esa misma vale —dijo en cuanto el ruido blanco de una emisora sin sintonizar llenó la habitación—. ¿Pero puedes subir el volumen?

—Sí, sí. Voy un momento al baño.

—Ah, vale, vale.

Al ruido blanco de la radio y a los gemidos amortiguados que llegaban de la habitación de al lado se le sumó el sonido de la ducha. La otra gemela intentó seguir estudiando, pero cada jadeo que le llegaba del otro lado de la pared la alejaba de sus apuntes a su pesar.

Cruzó las piernas y apretó los muslos. Por algún motivo se imaginó montada en una escoba voladora, aferrándose con fuerza a ella, sintiendo el viento en su cara, cayendo en picado y frenando en el último segundo, deslizándose hacia delante por el mango y luego acelerando de nuevo y resbalando un poco hacia atrás. El aire en la cara le daba sed. Se mordió los labios. Volaba en mitad de la tormenta. Se estaba empapando. El ruido de la lluvia era ensordecedor. Los truenos sonaban extraños, tan dulces, tan suaves, cada vez con más intensidad, cada vez más seguidos, cada vez más agudos. Volaba entre las nubes, apretando bien la escoba entre sus muslos, intentado guiarla con movimientos de sus caderas cada vez más bruscos. Ahí estaba, en plena tormenta, a punto de ser alcanzada por el rayo. Sólo un poco más. Sólo un poco más...

Sentada en el suelo, intentando recuperar el aliento, Carla oyó lo que parecía ser un bolígrafo cayendo de la mesa al otro lado de la pared. Se preguntó si las brujas la habrían oído. Sonrió al pensar lo poco que le importaba.

—¿Vamos a la ducha? —propuso Asia, tumbado de espaldas en la cama de Lira, con la cabeza colgando, mirando a Carla del revés, del mismo modo que hacía muchos meses Carla lo había mirado a él.

Carla se levantó del suelo y consultó lo hora.

—Aún no. Es temprano.

—¿Y qué quieres hacer?

Carla sonrió y alzó las cejas. Asia se echó a reír.

—Me lo debes. Por dejarme tirada para comer.

—¿Puedo descansar un rato al menos?

—Sí —dijo, acercándose a Asia—. Diez minutos.

Se arrodilló en el suelo y le cogió la cara entre las manos. Lo besó así, del revés. Luego lo ayudó a levantarse y fueron juntos hasta la cocina. Mientras se servía un vaso de agua, Carla, sonriendo, le dijo:

—Después túmbate como estabas ahora, ¿vale?

Asia se echó a reír.

—Vale.

—Me lo debes —repitió ella antes de beberse el vaso entero sin tomarse un respiro.

Al acabar, lo llenó de nuevo y bebió dos sorbos más.

—Tengo que hacer pis —dijo entonces, pasándole el vaso a Asia.

—Siempre tienes que hacer pis.

Carla sonrió y se encogió de hombros.

—¿Sabes qué quiere esta vez el Director? —preguntó, entrando al baño.

Dejó la puerta abierta. Asia entró tras ella. Se apoyó en el lavabo mientras Carla se sentaba en el retrete.

—Supongo que querrá que le diga de una vez si acepto o no su oferta.

—¿Y qué le vas a decir?

Asia se encogió de hombros. Habían pasado dos semanas desde la última vez que había comido en el ático de Juan Docampo. Al igual que la primera vez, su mujer lo había llamado por teléfono una mañana para decirle a qué hora tenía que presentarse. Nada más. Más que una invitación, era una orden.

Ese día Juan Docampo le habló de lo contento que estaba con el trabajo de sus padres en su nueva casa. Asia volvió a agradecerle la contratación, pero Juan Docampo le quitó importancia al asunto.

—¿Quién mejor que los antiguos dueños para cuidar la casa? ¿Quién va a poner más cariño para tener bien arreglado el jardín? Tus padres eran los mejores candidatos para el puesto. Su contratación no tiene nada de obra de caridad.

Llegó entonces el tema principal del día: al no poder presentarse al examen de Dibujo Técnico, Asia tenía casi imposible mantener la beca en la Residencia para el año siguiente. Las plazas eran limitadas y su asignación quedaba fuera de las manos de Juan Docampo, por mucho que dirigiera la Residencia.

—Pero quizás podamos llegar a un acuerdo, porque me interesaría mucho que el año que viene siguieras aquí. Tengo planes para ti. ¿Qué te parecería que diéramos un paso más en esta relación? Que la profesionalizáramos, en cierta medida. Nos reuniríamos periódicamente y te enseñaría todo lo que sé, que es mucho. A cambio tú me prestarías tu atención, que sé que es mucha también, y harías ciertos trabajos para mi Fundación, empezando desde abajo,

conociendo a la gente. Y si la cosa va bien, si alcanzas el potencial que sé que tienes, llegarías en un futuro no muy lejano a dirigirla. Es el sueño que tenía para mi hijo, pero sé que no está hecho para esa vida. Tú sí. Créeme.

Sería un año intenso, entre las clases normales y esa especie de clases particulares. Así que lo más sencillo sería que Asia estuviera a mano, que siguiera en la Residencia al menos un año más. Y por eso Juan Docampo le ofrecía otro incentivo: la habitación de Blas, libre de cargo.

—Considéralo una inversión. Estoy apostando por ti desde el principio porque sé los beneficios que alguien de mi plena confianza, guiado por mí, puede otorgarme. Piénsatelo, ¿quieres? —dijo antes de despacharlo.

Y Asia se lo había pensado. Era una oferta casi irrechazable: la mejor habitación de la Residencia y la promesa de un puesto de trabajo antes siquiera de terminar su primer curso en la universidad. ¿No era eso lo que llevaba un tiempo buscando? ¿Esa estabilidad, ese futuro ya planeado? La decisión debería estar clara.

Pero no podía dejar tirado a Fran.

Porque Fran y él iban a seguir compartiendo habitación el curso siguiente. Ese era el plan desde el principio. Fran se había molestado en mantener su amistad en los momentos más complicados, cuando más difícil se lo había puesto Asia. Había demostrado ser un verdadero amigo también ahora que el que lo pasaba mal era él.

En ese sentido había demostrado ser mucho mejor que Asia. No podía dejarlo tirado y que tuviera que compartir habitación con cualquier desconocido. Si Asia tenía que buscarse un trabajo para poder pagarse la habitación, que así fuera. Por interminables que se le hicieran los días. Por poco tiempo que le quedara para estar con Carla. Sonaba horrible, mucho peor que la oferta de Juan Docampo, pero al menos se sentiría más libre, aunque no tuviera tiempo para disfrutar de esa libertad.

Entonces Fran acudió de nuevo a su rescate, para variar. No de forma intencionada esta vez. Fue una noche después de cenar, en la habitación. Asia estaba metiendo algo de ropa limpia en la mochila antes de volver junto a Carla cuando Fran le dijo:

—Voy a coger una habitación individual.

Asia levantó la cabeza y miró a Fran. Estaba apoyado contra la estantería, con las manos entrelazadas y mirándose los pies.

—¿Qué?

—El año que viene. Lo he estado hablando con Claudia. Alba se va a ir a un piso con sus amigas el año que viene y Claudia no quiere tener que compartir habitación con otra persona. Dice que tuvo tanta suerte con que le tocara Alba este año que seguro que el que viene le

tocaría alguien horrible, y que de todos modos va a pasar mucho tiempo en el piso de Alba.

A Asia no se le estaba pasando por alto las vueltas que Fran estaba dando a la historia. Y aún seguía.

—Así que cuando se abra el plazo de inscripción vamos a hacer cola para coger dos habitaciones en el Bloque 5, pared con pared o una frente a la otra. Son sólo un poco más caras que las dobles, pero creo que estará bien no compartir habitación por primera vez en mi vida.

Fran sonrió sin mucha alegría. Se atrevió a mirar a Asia a los ojos.

—Sé que este no era el plan, Asia. Sé que debería haberte avisado con más tiempo. Es algo que ni me había planteado, pero en cuanto Claudia lo mencionó supe que era lo que necesitaba. Sí. Necesito intimidad, poder madrugar y encender las luces sin miedo a despertarte, poder estudiar sin interrupciones, poder estar a solas, sin más. No es nada personal.

Asia sabía que convivir con él no debía de ser lo más cómodo del mundo, con esos horarios cambiados suyos. Pero creía que sí que había algo personal en esa decisión. Tenía que haberlo. Si no, no le habría costado tanto decírselo. Y lo entendía perfectamente, porque cuando era Fran quien salía con Carla, a Asia le habría gustado no tener que compartir habitación con él. Más que nada para no tener que imaginarse qué estarían haciendo cada noche que Fran no dormía allí. Esa ausencia hacía que le fuera imposible no pensar en ellos.

Ahora, era Asia quien dejaba su cama vacía todas las noches. Eran sus sábanas sin usar las que le recordaban a Fran dónde estaba Asia en esos momentos. Y para él debería ser mucho peor. Porque en su imaginación podía ver claramente a Carla. En la cama vacía de Asia vería el cuerpo desnudo de Carla. En el silencio de una noche en vela oiría el sonido ronco de su voz excitada.

—No pasa nada —le dijo—. De verdad. Yo también había pensado en cambiarme a una habitación individual.

—Ah, ¿sí? —preguntó Fran, y la culpa pareció desaparecer de su rostro.

—Sí —dijo Asia, guardando una camiseta limpia en la mochila—. No es que no me guste compartir habitación contigo...

—Claro, claro.

—Pero no estaría mal tener alguna de las veinticuatro horas del día para mí solo.

Fran sonrió, esta vez de manera más sincera. Dejó escapar un suspiro de alivio.

—No sabes cuánto me alegro de que lo entiendas, Asia. Eh, y podrías pedir tu habitación cerca de las nuestras, unas de las del centro del pasillo, junto a la sala común. Sería como tener nuestro

propio salón.

Asia sonrió y asintió en silencio. Se echó la mochila al hombro y no quiso preguntarle a Fran cuántas veces habían pisado la sala común de su pasillo en lo que iba de curso. Aunque quizás el curso siguiente, sintiéndose completamente cómodos en su segundo año en la Residencia, lo hicieran más a menudo. Quién sabe...

En el baño, Carla estiró una pierna para tocar la de Asia con la punta de los dedos y sacarle así de su ensimismamiento.

—¿Qué le vas a decir a Juan Docampo? —repitió.

Carla sonreía allí sentada, con las rodillas juntas y los pies separados, como si estuviera muy orgullosa de sí misma por estar haciendo pis delante de Asia. Él se echó a reír y se acercó a ella. Le pasó la mano por el pelo. Sus dedos se enredaron en los mechones cobrizos. Carla miraba hacia arriba. Asia la besó. Un beso húmedo primero, tierno después. Carla ronroneó cuando Asia la besó en la frente. ¿Qué le iba a decir a Juan Docampo?

—Que sí.

Juan Docampo sonrió y asintió con la cabeza.

—Sabía que acabarías aceptando —dijo, pasándole un brazo por encima del hombro y guiando a Asia hacia el salón—. Y lo siento mucho, pero hoy no te permito que rechaces una copa. Esto hay que celebrarlo en condiciones.

Juan Docampo sirvió dos dedos de whisky en sendos vasos. Le ofreció uno a Asia y brindaron.

—Por un futuro brillante.

Asia se limitó a sonreír y a beber. Fue extraño tomar un sorbo y no sentir arcadas. Sintió cómo una parte se evaporaba en su boca, dejando un sabor a roble viejo y cierto regusto a día nublado sobre los páramos de Escocia. Al tragar, no le quemó la garganta.

Lo bebió a tragos cortos, saboreándolo. Lo terminó justo antes de que la mujer de Juan Docampo los llamara a la mesa. Ese día había preparado paella. Asia agradeció que las tres veces que lo habían invitado a comer tuvieran la consideración de no preparar nada que necesitara ser cortado.

La comida transcurrió del mismo modo que las dos veces anteriores. La mujer de Docampo comió en silencio y se retiró antes de que Asia y el Director acabaran. Esta vez Asia aceptó también una copa de vino. Charlaron durante cerca de una hora. Aunque una vez más, fue Juan Docampo el que llevó todo el peso de la conversación. Asia se limitó a escuchar alguna que otra anécdota de sus tiempos en la universidad. Prestaba atención y sonreía cuando tenía que sonreír, se preocupaba cuando se tenía que preocupar y se reía cuando la risa lo sorprendía.

Quizás fuera por eso por lo que a Juan Docampo le caía tan bien

Asia. Porque si había algo que a Juan Docampo parecía gustarle era que le prestaran atención. Y a Asia la atención se le caía de los bolsillos. Tenía para Juan Docampo y para su mujer, a solas en la cocina. Tenía para las botellas de vino vacías y para el reloj de la pared de enfrente.

—Creo que es hora de que me vaya.

Juan Docampo miró hacia atrás y luego consultó su reloj de muñeca. Tenía las mejillas coloradas y sudaba. Su peinado, siempre perfecto, parecía resentirse con el calor.

—Sí. Aunque ya no necesites la beca, tienes que estudiar. Sí. Ese es tu trabajo ahora. Y el curso que viene va a ser más duro todavía, te lo advierto. Por las clases y porque voy a ser muy exigente contigo. Pero merecerá la pena, ya verás. Las horas que pases conmigo serán más valiosas que cualquier máster. ¡Y gratis! Que digo gratis... ¡Cobrando! No tendrás queja...

Fueron juntos hasta la puerta. Allí, Juan Docampo se quedó mirando a Asia durante unos segundos en silencio. Entonces, sus ojos se abrieron de golpe y dio un respingo, sonriendo, como si acabara de acordarse de algo.

—Casi se me olvida —dijo, golpeándose la cabeza con los nudillos —. Esto llegó esta mañana. Es para ti.

Le ofreció una carta con su nombre escrito en una letra que Asia no reconoció. Fue a coger el sobre, pero Juan Docampo no lo soltó.

—La he leído. Te la voy a dar porque confío en ti, pero creo que deberías olvidarte de la carta. Me decepcionaría que no tomaras la decisión adecuada. Y hagas lo que hagas, me enteraré, que no te quepa duda —le advirtió al final.

Los ojos de Juan Docampo recuperaron la sobriedad durante la fracción de segundo en que los fijó en los de Asia. El chico asintió con la cabeza y la tensión sobre la carta desapareció.

—Bueno —dijo Juan Docampo, abriéndole la puerta de la entrada, recuperando el tono jovial de la comida—. La semana que viene pásate un día por Recepción, cuando puedas, y mi mujer se encargará de dejar todo preparado para el curso que viene, ¿vale?

Asia dobló como pudo el sobre y lo guardó en el bolsillo de sus pantalones cortos. Salió del apartamento de Juan Docampo con una sensación extraña que se fue acentuando a cada escalón que bajaba. Cuando llegó a los subterráneos, el malestar era ya imposible de obviar. Era un grito que quería abrirse paso desde el interior de su cuerpo. Un grito ininteligible de momento, pero un grito al fin y al cabo. Pocas veces un grito era presagio de buenas noticias.

Entró en la sala de estudio. No había rastro de los apuntes de Carla sobre la mesa. En esos momentos estaría empezando su último examen del curso. Asia se sentó en su sitio, de espaldas a la ventana, y

sacó el sobre del bolsillo. Su corazón se saltó tres latidos antes de volver a bombear. Ya sabía a qué se debía esa sensación que quería abrirse paso desde su interior: en el ático de Juan Docampo, al doblar el sobre para guardarlo, debía de haber captado de refilón el nombre que aparecía en el remite. Ahora lo tenía ante él.

Contuvo el aliento y abrió el sobre.

Por fin iba a tener noticias de Lira.

Otra tarde de San Juan

Era una nota escueta. Sólo una pregunta y una cita para unos días después:

> *¿Recuerdas lo que nos contó Celeste la primera vez que la visitamos juntos? Nos vemos allí la noche de San Juan, al atardecer.*

Por más que se hubiera propuesto olvidar, Asia lo recordaba. Y durante los días que faltaban para el martes, a solas en la habitación que había sido de Lira, en la que la había besado por primera vez, en la que había dibujado su nombre de estrellas con puntos azules en la pizarra blanca, había recordado muchas más cosas.

Ahora, esos recuerdos lo mantenían despierto una noche más. Pensó en romper la carta en pedazos y quemarla, como si eso sirviera de algo, como si así fuera a olvidar la fecha y el lugar del encuentro. Se revolvió en la cama.

Echaba de menos a Carla. Echaba de menos la forma en la que se quejaba cuando le daba calor y cómo se separaba entonces, buscando el frío del panel de madera de la estantería. Echaba de menos cómo volvía a acurrucarse contra él a los pocos minutos, cómo ronroneaba cuando sus cuerpos encajaban, cómo le tiraba del brazo para que la rodeara con él, cómo a veces se reía en sueños y se despertaba confusa por lo que acababa de pasar.

Asia era feliz con Carla. Sólo por eso no debería siquiera plantearse acudir a la cita con Lira. Y menos aún en San Juan. Carla volvía el día siguiente a Coruña sólo para pasar esa noche con él y con el resto de sus amigos. Lo había llamado después de cenar y le había dicho que su padre le había dado un buen montón de madera.

—Y no te creas que son cajas de cartón, eh.

—Ya, porque eso no es madera.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero. Es madera de verdad. Madera de árbol. Leña, vamos. Trozos así de grandes. No me puedes ver, pero estoy separando mucho los brazos —dijo, y su voz llegó apagada, alejada del teléfono.

Asia se echó a reír a carcajadas. Pero hubo algo en los segundos que vinieron después, mientras recuperaba el aliento, que hicieron que Carla le preguntara:

—¿Estás bien? Te noto raro.

—Sí, sí. Es sólo que… Me apetece verte.

Asia notó la sonrisa de Carla al otro lado del teléfono. Sintió una punzada en el estómago.

—Mañana ya nos vemos. ¿A qué hora saldrás del examen? ¿Sobre las siete?

—Puede que antes.

—Bueno. Yo llegaré sobre esa hora, ¿vale? Que total hasta que tú no estés no voy a poder entrar en la habitación. ¿Le has dado de comer a Tarta?

Asia echó un vistazo a la tortuga. Nadaba. Parecía nerviosa, como si supiera que su legítima dueña estaba a punto de reaparecer casi dos meses después...

Lira estaba a punto de reaparecer y sólo le había dejado a Asia un mensaje críptico. ¿Por qué no lo había llamado? ¿Por qué no se había molestado en explicarle qué hacía ahí?

Porque Lira no es la clase de personas que da explicaciones, ¿verdad, Asia?, dijo la voz.

Sí, la voz había vuelto tras un mes de ausencia, desde el momento en que Asia se había atrevido a hablarle de ella a Carla. Tantas cosas habían cambiado entonces…

¿Y por qué las vas a estropear? No te mereces a Carla. ¿Es eso lo que piensas? ¿Que no te mereces esta felicidad? ¿Por eso estás dispuesto a tirarlo todo por la borda reuniéndote con Lira?

Pero Asia no iba a renunciar a Carla. Si se reunía con Lira, si al final lo hacía, sería sólo para… ¿Para qué? ¿Qué pretendía decirle? ¿Qué quería sacar de ese encuentro?

Oh, mi pequeño Asia, mi dulce Asia, mi embustero preferido, mi inocente Asia, sabes perfectamente lo que quieres que pase cuando veas a Lira. Sabes que el enfado inicial desaparecerá en cuanto te pida perdón, en cuanto te explique el verdadero motivo por el que se tuvo que ir sin avisarte. ¿Serás capaz de mirarla a los ojos, a esos ojos de un verde tan profundo, y no perdonarla?

El despertador cogió a Asia con la mirada fija en el techo. Las estrellas no brillaban, ocultas por la luz gris que se colaba en la habitación. Llovía. No: si Asia acudía al encuentro sería para despedirse de Lira como era debido, para olvidar cualquier rencor que pudiera tener.

Pues explícale eso a Carla y seguro que te entiende, sí, dijo la voz. *Seguro que te anima a que te reúnas a solas con la persona que te ha roto el corazón y a la que todavía no has olvidado.*

Asia se revolvió en la cama y ahogó un grito contra la almohada. Nadie le obligaba a ir. Podría salir del examen y volver a la Residencia y encontrarse a Carla esperando frente al Bloque 1, apoyada en su coche, el vestido veraniego ciñéndose a su cuerpo por una repentina ráfaga de viento, un beso tras cuatro días sin verse, el maletero lleno

de leña lista para arder, el fuego y el mar y un montón de papeles que quemar para olvidarse de todo lo malo de ese año, que había sido mucho.

Pero sabía que eso no serviría para que se olvidara de Lira. Cuando viera las cenizas elevarse al cielo, desearía ser ligero como ellas y volar de vuelta a la Residencia. Quizás no fuera tarde para la cita. Quizás lo estuviera esperando. Quizás todavía siguiera ahí, llena de respuestas. Porque Asia estaba ahí, lleno de preguntas, como ahora estaba lleno de sueño.

No había dormido nada y apenas había estudiado. Podría aprovechar la mañana para preparar una chuleta: tal vez escribiendo en la escayola, entre las firmas y los dibujos. Como si fuera a funcionar… Como si su profe de Topografía, preocupado por él, no fuera a acercarse y echar un vistazo a su mano, como habían hecho hasta ahora el resto de sus profesores.

Lo mejor sería llegar descansado al examen e intentar suplir el conocimiento que le faltaba con pura inspiración. La lluvia comenzaba a arreciar. Se concentró en el tamborileo contra la ventana, en ese cosquilleo a ráfagas, y se durmió. Lloviznaba todavía cuando entró en el aula y se sentó junto a Claudia. Esperó a que alguien entregara el examen antes que él para levantarse y salir sin haber escrito nada. Había dejado de llover. Las nubes se disipaban.

Tenía que ir a la cita con Lira, ahora lo sabía. Necesitaba resolver esas dudas que durante casi dos meses se había esforzado en olvidar y que ahora habían resurgido con más fuerza todavía. Tenía que ser sincero consigo mismo y reconocer que había llegado el momento de enfrentarse a la verdad, sin miedo. Seguro que Carla lo entendería.

Y pese a eso, lo primero que hizo al volver del examen, cuando la vio apoyada en su coche, su vestido veraniego hinchándose por una repentina ráfaga de viento, fue contarle una mentira.

Le dijo que Juan Docampo lo había citado otra vez, que había intentado librarse pero había sido imposible, que lo sentía, que no creía que fuera a llevarle mucho tiempo, que bajaría a la playa después y los buscaría a ella y Fran y Claudia.

—Llegaré antes de que consigáis encender la hoguera.

Carla lo miró a los ojos durante lo que pareció un minuto entero. Al final sonrió y dijo:

—Pero no tardes, ¿vale?

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el Bloque 1. Asia la agarró de la mano y la obligó a girarse. Su pelo dibujó un arco cobrizo en la tarde de junio. Pegó un gritito de sorpresa, el inicio de una risa que Asia acalló con un beso de verdad, de ojos cerrados y cuerpos pegados, sin importar quien pudiera verlos. Luego, un beso delicado, sonrisa contra sonrisa, a modo de lazo. Cuando se separaron le dijo:

—Te quiero.

Era la primera vez que lo decía. Se le escapó entre los labios, sin pensar. No le importó que ella no dijera nada. Le bastó esa sonrisa y el brillo dorado de sus ojos. Esta vez sí la dejó marcharse. La vio alejarse y se sintió en calma, hueco por dentro, como una campana, listo para que su tañido se oyera en lo más profundo del bosque. Allí era donde acabaría esa noche.

Eran las ocho cuando salió de la habitación. La mitad de la Residencia se preparaba para bajar a la playa a celebrar la noche de San Juan. La otra mitad había bajado ya, como Carla, Claudia y Fran. Asia no. Él iba en sentido contrario, a un encuentro para el que todavía faltaban horas. ¿Tenía que ser ese uno de los atardeceres más tardíos del año?

Los nervios que lo habían empujado a salir de la habitación le fueron abandonando a medida que recorría el camino hacia Los Cipreses. Hacía tanto que no iba por ahí que se había olvidado de lo sobrecogedor que podía ser el silencio de una carretera por la que nunca pasan coches.

Tras una curva del camino, la verja de Los Cipreses obligó a Asia a pensar una vez más en Celeste. Se había perdido su entierro, si es que se había celebrado. ¿Habría ido Eulogio o sería cierto que había desaparecido, ahora que nada lo ataba aquí ya? ¿No querría despedirse de Celeste? ¿No habría estado al acecho por si Asia se presentaba, listo para vengarse, que de un funeral saliera otro, como si de una boda se tratase, que en vez de ramo lanzaran la corona de flores?

Eulogio desapareció de su mente en cuanto dejó atrás Los Cipreses. Tomó el desvío justo antes del puente: un camino estrecho, embarrado por las lluvias de esa mañana, serpenteando junto al río. Siguió el ruido del agua entre las rocas hasta llegar a un pequeño puente al que le faltaban tablones. Estaba lleno de babosas, atraídas por la humedad de la madera mojada. Asia tuvo cuidado de no pisarlas: daba mala suerte.

Tras cinco minutos de caminata entre charcos con ranas, tras ver algún que otro sapo escondido entre la maleza, llegó hasta una pequeña puerta de madera con la pintura desconchada. La encontró cerrada. Era tan baja que no le habría costado saltarla, pero la abrió, que para algo era una puerta. Las bisagras chirriaron. Unos pájaros agitaron sus alas, amagando con salir volando. Se quedaron en sus ramas. Asia siguió adelante.

La hierba de ese lado de la cerca estaba bien cuidada. Verde y mojada, a la sombra de árboles tan viejos como el mismo bosque, árboles que todavía se mantenían en pie, fuertes y robustos y llenos de pájaros y de insectos palo, asumió Asia para evitar llevarse un susto si

ese día les daba a todos por echar a volar a la vez.

Esa tarde el sol todavía brillaba entre las ramas más altas cuando Asia llegó por fin a la iglesia.

Estaba seguro de haberla visto antes, quizás en otra vida: ese campanario sin campana y ese tejado sin tejas. Recordaba esa luz que se filtraba entre los árboles como si ya hubiera estado allí, aunque jamás se había adentrado tanto en el valle.

En lugar de un arco y unas puertas dobles de madera, había un gran hueco en la fachada de la iglesia. Asia fue hasta allí, intentando no hundirse demasiado en el barro. Le pareció que era un buen lugar para esperar a Lira, sentado en una de esas piedras caídas. La oiría llegar antes de verla aparecer entre esos robles centenarios. Tendría unos segundos para sacudirse los nervios y repasar una vez más qué le iba a decir.

¿Y qué le vas a decir, mi pequeño Asia? ¿La vas a saludar? ¿Le vas a gritar? ¿Vas a enfadarte con ella y no respirar hasta que el rojo de tu cara se imponga a la luz verde del bosque? ¿Le vas a preguntar "por qué, Lira, por qué te fuiste sin decirme nada, por qué vuelves ahora, por qué quieres que nos veamos aquí"?

Asia chasqueó la lengua. Ya improvisaría algo en cuanto la viera, cuando quiera que fuera eso. ¿Qué entendería Lira por atardecer? ¿Esperaría a que el sol se hundiera en el mar? Si fuera así, la espera se le iba a hacer interminable.

Se concentró en repasar uno a uno los dibujos y firmas que había ido acumulando en su escayola durante el último mes. Casi oculta entre la maraña de tinta, emborronada por el paso del tiempo, encontró la primera.

—Te la debo —le había dicho Fran una noche en la habitación, destapando un rotulador negro y acercándose a él con una sonrisa—. Por todas las escayolas que me firmaste a mí.

—Porque no parabas de romperte los brazos.

—Sólo fueron dos veces.

—Dos veces más que la mayoría de gente. Y una vez la pierna.

—Porque crecí veinte centímetros en un año. Tenía las extremidades demasiado largas para el grosor de mis huesos.

—Y no parabas de caerte.

—Porque me costó un tiempo acostumbrarme a mi nuevo centro de gravedad —se justificó Fran, acercándose más a Asia, que lo miraba desde su cama, sentado, con el libro que estaba leyendo sobre las piernas.

—Me da igual, no vas a firmarme la escayola.

—¿Por qué no?

—Porque ya no somos niños. ¿Cuándo has visto a un adulto con una escayola llena de firmas?

—Eh… ¿Todo el rato?

—Ya.

Fran se detuvo y volvió a tapar el rotulador. Asia retomó la lectura.

—Te la voy a firmar mientras duermes y no hay nada que puedas hacer para evitarlo —dijo Fran.

—No te atreverás…

Esa noche, Asia se acostó mucho más tarde que Fran, como era habitual. Cuando se despertó, su firma estaba allí. Sólo hizo falta ese cebo para que vinieran las demás. Los dibujos habían llegado más tarde, con Asia despierto, mirando a Carla dibujar, cambiando de vez en cuando de postura, como si fuera el lienzo quien tuviera que posar.

En cinco días tenía que volver al hospital para que le quitaran la escayola. Perdería entonces los dibujos y las firmas, incluida esa primera de Fran...

Pero eso ahora no importaba, porque entre el piar alegre de los pájaros Asia oyó el chirrido metálico de la puertecita de madera y el crujido de las piedras del camino bajo unos pasos que se acercaban.

Se puso en pie. Se secó el sudor de la mano en el pantalón. Carraspeó para comprobar que no había perdido la voz desde que le había dicho a Carla que la quería.

El corazón se le aceleró, diez latidos por cada paso. Su propia respiración agitada era ya todo lo que oía. No debería haber acudido a la iglesia. No estaba preparado para volver a ver a Lira.

Los pasos se detuvieron y también se detuvo el corazón de Asia. Era una suerte que no estuviera preparado para volver a ver a Lira, porque no era Lira quien acababa de aparecer por el camino.

Eulogio

Asia se sintió como si hubiera bajado un escalón y alguien hubiera retirado de pronto el suelo bajo sus pies: una caída libre interminable, sin nada a lo que aferrarse para salvar la vida. Eulogio se había detenido a cinco metros de él, al inicio del claro.

—Lira no va a venir —anunció con su voz grave.

Parecía recién salido del verano del ‘79: camisa de manga corta con tres botones desabrochados, el vello del pecho asomando, pantalones cortos y tenis de tela manchados de barro. Para colmo, se había dejado bigote.

Del bolsillo de su camisa entreabierta sacó un cigarrillo. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y se cacheó los costados y el trasero, como si por algún motivo se hubiera dejado el mechero pegado a la piel. Con el cigarrillo apagado en la boca, echó a andar hacia Asia.

Instintivamente, Asia retrocedió hasta que sus pies chocaron contra la piedra sobre la que había estado esperando sentado. Estuvo a punto de caerse de espaldas. Eulogio se detuvo de nuevo.

—No he venido a hacerte daño.

Eso era justo lo que diría alguien que quisiera acercarse a él para hacerle daño, pero Asia no expresó su escepticismo. No hizo falta.

—Sé lo que estás pensando, Asia.

—Ah, ¿sí? —preguntó con más seguridad de la que sentía. Dio un paso al frente. Más que nada para que la piedra contra la que había chocado dejara de arañarle las piernas—. ¿Y qué se supone que estoy pensando?

Eulogio no se movió.

—Piensas que esto es una trampa.

—¿No lo es?

—No. Necesitaba hablar contigo. La carta fue la mejor idea que se me ocurrió.

—Podrías haberme llamado.

—¿Me habrías cogido el teléfono?

Asia quiso decir que sí, que por qué no iba a hacerlo. ¿Sólo porque se sentía culpable de lo de Celeste? ¿O porque Juan Docampo le había advertido de lo violento que podía ser Eulogio? No dijo nada.

—Eso creía —dijo Eulogio.

—¿De qué quieres hablar?

—Te debo varias disculpas y explicaciones. Y creo que hay ciertas cosas que necesitas saber. Sólo te pido que me prestes una hora de tu

tiempo, no llevará más, te lo prometo. Luego podrás bajar a la playa a celebrar San Juan con tus amigos. Vamos.

Eulogio pasó a su lado y se coló por el hueco en la fachada de la iglesia, donde en su día había estado la puerta principal. Con un gesto, le pidió que le siguiera.

Asia respiró hondo. Todavía olía a tormenta, a tierra mojada, a atardecer templado en las profundidades de un bosque, a primeros días de verano. ¿Podía confiar en Eulogio?

No, es una trampa y vas a morir, mi ingenuo Asia. Vas a morir y yo diré "¿ves?", pero tú no podrás oírme porque estarás muerto.

Asia se detuvo en el umbral de esa fachada derruida, reticente a entrar. Eulogio se giró en mitad de la nave, su silueta recortada contra la luz que se colaba por la falta de muro tras el altar.

—Lleva años así: no se va a venir abajo hoy. No creo.

—No es eso.

—¿No te gustan las iglesias?

—No tengo buen recuerdo de mi última visita.

—No nos vamos a quedar dentro. Pero a no ser que te hayas traído un machete para abrirte paso entre la maleza, este es el camino más directo.

Eulogio reanudó la marcha. Asia vaciló antes de seguirlo a través de lo que en su día había sido el pasillo central. Ahora no había bancos que lo delimitara. Se dirigieron hacia el muro derruido tras el altar.

Se colaron por un hueco más pequeño que el de la entrada, con el tamaño justo para dos personas. Al salir, Asia sintió como si algo lo golpeara en el pecho.

En parte fue la luz del día tras atravesar la iglesia en penumbra.

En parte fue el aire cálido del verano tras dejar atrás el fresco interior.

En parte fue el verde de los árboles que rodeaban el jardín al que acababa de salir. Un jardín con un césped bien cuidado, con cinco tumbas llenas de musgo cerca de la línea de árboles, con unos bustos de caballos labrados en piedra, con un banco pegado a la pared trasera de la iglesia.

Allí se sentó Eulogio, soltando un lamento a juego con el crujido de sus rodillas. Dio unas palmaditas en el banco de madera para que Asia se sentara a su lado. Él se sentó con el silencio que le permitían los treinta años que los separaban.

El sol iluminaba las copas de los árboles más altos. Los pájaros entonaban melodías agridulces, llorando la marcha de la primavera, excitados ante las posibilidades que el verano traía consigo. La suave brisa que mecía las hojas no parecía molestarlos.

—¿Cómo sabías que iba a venir?

Eulogio miró a Asia a los ojos.

—Confié en que quisieras volver a ver a Lira. Me dijo que no habíais hablado desde que dejó la Residencia.

Asia intentó tragar saliva. No fue capaz.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Pero no he venido a hablar de Lira.

—¿Pero sí que puedes usar su nombre para engañarme?

—Sí, porque esto es importante. Si de verdad hubieras querido hablar con ella, lo habrías hecho, como hice yo, ¿no crees?

Eulogio se descalzó sin ayuda de las manos. Acarició el césped mojado con la planta desnuda de los pies, limpiándose el barro que había logrado atravesar la tela. Asia resopló por la nariz.

—¿Y no podrías haberme dado unas indicaciones más claras para llegar aquí? —preguntó, dirigiendo su enfado hacia Eulogio.

—Has llegado, ¿no?

—Sí, pero…

—No quería que Juan supiera nada de este encuentro. Y llámame paranoico, pero teniendo en cuenta que te dio la carta ya abierta, creo que hice bien en tomar ciertas precauciones. Dame un minuto.

Eulogio se levantó, descalzo como estaba, y entró en la iglesia por el hueco de la pared. Asia oyó unos pequeños ruidos que no supo identificar, seguidos de un pequeño grito de júbilo. Eulogio volvió a salir por el hueco del muro, agitando en su mano una caja de cerillas y sonriendo.

—Sabía que las había dejado ahí —dijo, sentándose de nuevo en el banco y encendiendo una cerilla a la primera.

No le hizo falta usar la otra mano a modo de barrera contra el viento. La llama apenas se tambaleó cuando la acercó al extremo del cigarrillo. Dio una profunda calada y un todavía más profundo suspiro.

—¿Cómo sabes lo de la carta? —preguntó Asia cuando ya no pudo contenerse más.

—Me lo han contado. Eso y que te ha invitado varias veces a comer, y que te ha hecho unas propuestas más que interesantes para el curso que viene, entre otras cosas.

—¿Quién te lo ha contado?

—¿Tú qué crees?

Sólo había una opción.

—¿Su mujer?

—Su mujer tiene nombre —dijo Eulogio.

—Ya, pero nunca me la ha presentado.

Eulogio sonrió y dio una nueva calada.

—No puedo decir que me sorprenda. Se llama Susana.

—¿Y Susana espía para ti? —preguntó Asia, confuso.

Eulogio negó con la cabeza.

—No espía para nadie. Pero le gusta hablar para desahogarse, y Ramón está siempre dispuesto a escucharla. Bueno, a eso y a más cosas.

Asia no era quien de juzgar lo que hiciera o dejara de hacer la mujer de Juan Docampo. Aunque viendo cómo la trataba las tres veces que había comido con ellos, no le extrañaba que necesitara buscar algo de afecto en los brazos de Ramón.

Junto a Asia, Eulogio fumaba, las piernas estiradas, una cruzada sobre la otra, descalzo, mirando al cielo. No parecía que tuviera mucha prisa para hablar, pese a las molestias que se había tomado para reunirse con Asia. Como si le estuviera leyendo la mente, dijo:

—Puedes preguntar lo que quieras: me resulta complicado saber por dónde empezar.

—¿Y si no quiero hacerte ninguna pregunta?

Una nueva calada y un nuevo suspiro. Eulogio miró a Asia a los ojos.

—¿No quieres hacerme ninguna pregunta?

Asia se encogió de hombros. Se había esforzado tanto durante el último mes y medio en olvidarse de Eulogio que ahora le costaba encontrar preguntas que hacerle. Las notaba ahí, flotando en sus pulmones. Eran una masa difusa. Intentó relajarse. Se concentró y sintió cómo esa masa ascendía hasta su garganta. Parecía que todas las preguntas quisieran salir a la vez, pero no era posible. La primera que logró atravesar el estrechamiento no era la pregunta más urgente, pero por alguna había que empezar.

—¿Por qué te has dejado bigote?

Eulogio se rió. Una risa seca, de madera quebrándose. Una risa acompañada de volutas de humo y de algún pájaro que salió volando, asustado por el ruido. Se atusó el bigote con el índice y el pulgar y se rascó una barbilla que pronto necesitaría un nuevo afeitado.

—Porque Celeste lo odiaba —dijo.

Eulogio se lo volvió a peinar, distraído, enmarcando una sonrisa triste y perdida. Suspiró. Y ese aire que dejó ir con tanta facilidad hizo que Asia fuera más consciente de todo el aire que le faltaba a él.

—Lo odiaba como se odian las cosas que nos atraen irracionalmente —siguió Eulogio, sin prestar atención a Asia—. Como cuando alguien que odias crea algo brillante. Celeste odiaba cómo me quedaba el bigote, y odiaba la atención que atraía. En especial la suya.

»Y durante estos años no me apetecía nada llamar la atención. No me apetecía ver cómo Celeste me miraba de la misma manera con bigote o sin él, porque pocas veces Celeste era menos Celeste como cuando no odiaba mi bigote.

Eulogio volvió a llevarse el cigarrillo a los labios. Asia, con la

mirada fija en el césped entre sus pies, cerró los ojos. Ahora era otra cosa lo que se le acumulaba en la garganta. Sentía que si no lo dejaba salir, se acabaría ahogando. Sin abrir los ojos, dijo:

—Lo siento.

Asia notó la mirada de Eulogio sobre él. Luego sintió una mano sobre su hombro.

—Lo sé.

—No. Lo siento de verdad.

—Asia —dijo Eulogio, obligándolo a abrir los ojos y mirarlo a la cara—. Lo sé. Si sólo puedo conseguir una cosa hoy, si sólo puedo sacar algo de esta conversación, es que te vayas de aquí sabiendo que no tienes nada de lo que culparte. Quiero que lo entiendas. Es muy importante que lo entiendas.

Asia apretó los labios con fuerza y asintió.

—Juan Docampo me ha dicho algo parecido. Que yo no he hecho nada. Que Celeste había… Que había tenido problemas antes.

Eulogio alejó la mano de Asia. Dio una nueva calada.

—¿Qué más te ha contado?

—Que era escritora. Que tú pintabas y esculpías. Que bebías... —siguió Asia, cada vez hablando con menos seguridad—. Que lo perdiste todo por la bebida. Que Celeste perdió la cabeza y que por eso estaba ingresada en Los Cipreses.

Eulogio se levantó de un golpe del asiento, sin quejidos ni crujidos esta vez. Tenía la respiración agitada. Empezó a dar vueltas por el césped, frente a Asia.

—¿Por casualidad te dijo por qué me di a la bebida? —preguntó Eulogio, furioso.

Asia negó con la cabeza, asustado.

—Claro que no —dijo Eulogio, volviendo a caminar, esta vez más despacio, más calmado—. Claro que no.

Eulogio se detuvo y se pasó las manos por el pelo.

—Supongo que no hay forma de evitarlo: si quiero que lo sepas todo, he de empezar por el principio.

Eulogio se acercó de nuevo al banco, caminando a pasos largos y lentos por el césped. Se sentó junto a Asia. Tomó aire. Con la mirada perdida en el bosque, lo soltó con las seis primeras palabras de su historia:

—Celeste y yo teníamos un hijo.

Gabriel

Eulogio sacó un nuevo cigarrillo del bolsillo. Se le rompieron dos cerillas antes de conseguir encender una tercera. Se puso en pie y empezó a pasear por el césped, descalzo. Asia le dio todo el tiempo del mundo.

—Han pasado diez años y todavía me cuesta hablar de ello.

—No tienes por qué hacerlo.

Asia sentía un nudo en la garganta formado por las seis palabras que Eulogio había pronunciado del tirón hacía unos segundos. Seis palabras que explicaban muchas cosas, suficientes para Asia, pero había más.

—Tengo que compartir este peso con alguien, ahora que Celeste no está. Y ese alguien tienes que ser tú: no es una historia agradable, pero necesitas conocerla para entender cómo hemos acabado aquí. Necesitas saber toda la verdad.

Asia asintió con la cabeza y le dio permiso para que le contara lo que tuviera que contarle. Eulogio se llenó los pulmones de aire puro una última vez, y en el aire encontró la continuación de su historia.

—15 de octubre del '98. Llovía. Yo estaba en la Fundación Docampo, montando una exposición. Celeste y Gabriel venían de camino, paseando. No recuerdo qué planes teníamos para después. Si hubiéramos quedado en otro sitio… Pero a Gabriel le gustaba mucho el museo de la Fundación. Se pasaba tardes enteras allí mientras yo trabajaba en el taller. Podía estar horas delante de un mismo cuadro, mirándolo con una atención impropia en un niño de ocho años…

Eulogio sonrió con la mirada perdida en el bosque.

—No sé cuándo me enteré de lo que pasó, pero esto es lo que ahora sé: mientras esperaban para cruzar la calle, hubo un alboroto en una joyería cercana, un intento de atraco, al parecer. La gente echó a correr en todas direcciones, gritando y empujándose. El caos hizo que Gabriel se soltará de la mano de Celeste. Un hombre tropezó y cayó sobre la calzada. Un coche frenó de golpe y perdió el control sobre el asfalto mojado. Chocó contra el semáforo e invadió la acera dando vueltas sobre sí mismo, hecho un amasijo de hierros, fuera de control.

Eulogio dio tres hondas caladas a su cigarrillo, como si quisiera nublar con el humo del tabaco los recuerdos de ese día. Recuerdos de sonidos lejanos, de un coche estrellándose contra el bajo de un edificio, de sirenas crecientes. Recuerdos del tiempo pasado sin que su mujer e hijo aparecieran, de una preocupación que pronto pasó a ser ansiedad, antes de transformarse en algo imposible de definir, algo

que esperaba que nadie tuviera que vivir jamás.

—Fue un accidente —dijo, dejando que el humo saliera lentamente junto con sus palabras—. Ni te imaginas la cantidad de horas que he perdido imaginándome qué habría pasado si uno solo de los hechos que se sucedieron esa tarde fuera diferente: si yo hubiera ido a casa en vez de que ellos vinieran a verme, si hubieran salido unos segundos antes o unos segundos después, si hubieran ido por otro camino, si nadie hubiera intentado atracar esa joyería, si el coche hubiera chocado contra el semáforo unos centímetros más hacia la derecha y en vez de salir dando vueltas hacia un lado lo hubiera hecho hacia el otro.

»Y lo único que conseguía era torturarme. Ya me dirás de qué servía imaginarme un mundo en el que Gabriel seguía vivo si cada vez que entraba en la cocina veía el mismo dibujo colgado en la nevera, si cada vez que abría la puerta de su habitación la encontraba perfectamente ordenada.

»Cuando bebía, todos esos escenarios desaparecían, junto con la realidad. Flotaba en un mundo sin tiempo en el que nada pasaba, donde nada sentía. Y mientras tanto, afuera el tiempo corría. El accidente quedaba cada vez más lejos. Cada vez los recuerdos eran más borrosos y el dolor más débil. A lo que hacía no se le podía llamar vida, pero al menos había dejado atrás todos esos "sis" que me habían torturado durante meses.

»Celeste no. Celeste se agarró a ellos. A uno de ellos, en concreto. Se agarró tan fuerte a ese "si" que acabó por arrastrarla fuera del mundo.

Eulogio dejó que el cigarrillo se le consumiera entre los dedos. Mirando al suelo, murmuró entre dientes:

—"Si tan sólo le hubiera agarrado más fuerte la mano..."

Un pájaro alzó el vuelo, recortándose contra el atardecer de finales de junio. La brisa creó suaves ondas en la hierba. Agitó la camisa de Eulogio y el pelo de Asia. Si la iglesia no hubiera perdido la campana años atrás, quizás habría roto el silencio con un tañido solemne por las vidas perdidas.

—Era cuestión de tiempo —siguió Eulogio—. No recuerdo gran cosa de esos dos primeros años. Todo se mezcla en una masa informe de pésames y ataques de rabia y botellas vacías. Y en eso sí tenía razón tu amigo Juan Docampo: dejé de pintar y esculpir por culpa de la bebida, dejé de trabajar, dejé de ver a Celeste porque no soportaba verla así. Perdí todo lo que tenía.

Eulogio sonrió con tristeza.

—Entonces el viejo Docampo acudió al rescate. Acogió a Celeste en Los Cipreses y me ofreció un puesto en la Residencia. Fue su último gran gesto con nosotros. Murió al poco tiempo, tras un par de años

enfermo. Lo de Gabriel le afectó mucho. Era su padrino.

»Nos conocimos gracias a él, ¿sabías? Celeste y yo. En una de sus fiestas. Cómo le gustaban las fiestas al viejo Docampo…

Eulogio volvió a sentarse en el banco junto a Asia.

—Durante años, Celeste se mantuvo estable: sin episodios graves, sin signos de mejora, pero lejos de ser ella. Hasta que llegaste tú.

Eulogio miró a Asia a los ojos.

—No sé si te acuerdas del día que la conociste.

Como si pudiera olvidarse de esa mañana de diciembre en el almacén…

—Celeste se dio cuenta mucho antes que yo —dijo Eulogio—. Siempre tuvo esa capacidad para ver las cosas como realmente eran. Yo podría decir que en ese momento estaba cegado por la rabia, porque lo estaba: primero, porque *alguien* me había hecho cruzarme toda la Residencia para atender una emergencia inexistente.

Asia se ruborizó y agachó la cabeza.

—Y sobre todo —siguió Eulogio— porque no sabía qué habías hecho para que Celeste se pusiera así. Cuando se calmó lo suficiente para hablar, me lo dijo: no habías hecho nada. Era sólo que le recordaste mucho a nuestro hijo.

Asia levantó la cabeza. Se encontró de frente los ojos de Eulogio. Había una extraña calidez en esa mirada azul.

—No es fácil comparar a un niño de ocho años con un chico de dieciocho. Pero hay algo en ti que recuerda a Gabriel, algo en tus ojos que va más allá de ese marrón oscuro que compartís. Algo en la forma de mirar que tienes tú y que él tenía. Eso es lo que Celeste vio desde el primer momento.

»En tus ojos lo vio a él. Gabriel habría empezado la universidad este mismo año. Celeste pensaba que eso no era ninguna casualidad. Y aunque a mí no me hacía mucha gracia fomentar todavía más su desconexión con la realidad, decidí que no sería tan mala idea que os volvierais a ver.

»Verás: puede que Celeste hubiera visto a nuestro hijo en ti, pero también se dio cuenta de que no era así. Ese momento de claridad en el Almacén fue algo que me dio esperanzas. Si de algún modo tu presencia podía arrastrarla de nuevo a este mundo, merecía la pena probarlo. Aunque doliera, como suele doler enfrentarse a la verdad. No había nada que perder por intentarlo.

»Así que te usé, y me disculpo por ello. Te usé para ver si lograbas devolverme a mi Celeste. Y ella quiso volver a verte. Le gustabas. Así que no había nada que perder: si mi plan no funcionaba, al menos tus visitas no le harían ningún mal.

Asia sintió una punzada en el estómago. Las visitas no le habían hecho ningún mal, hasta que se lo hicieron, hasta que decidió romper

la única regla que Eulogio le había impuesto. Le empezó a temblar la barbilla.

—No, Asia, la culpa es mía —dijo Eulogio, obligándolo a mirarlo a la cara—. Los días de lluvia Celeste estaba especialmente sensible, como si viviera atrapada en esa tarde de octubre de diez años atrás. Sabía que no era buena idea que te viera entonces. Debería haber sido más claro contigo, pero por aquel entonces no estaba listo para hablarte de Gabriel.

»No sé qué te llevó a visitar a Celeste esa mañana. Tampoco me importa. Porque al final fue esa visita la que logró lo que yo llevaba tanto tiempo buscando, aunque tardara unos días en reconocerlo. Lograste lo único que podías lograr en realidad: trajiste la paz.

—¿Qué paz traje?

—La que Celeste necesitaba. La que llevaba diez años buscando. No sé cómo, pero esa mañana en Los Cipreses hiciste que Celeste dejara de culparse por la muerte de Gabriel.

Asia frunció el ceño.

—Yo no hice nada.

Eulogio se encogió de hombros.

—Quizás nada de lo que fueras consciente. Pero a Celeste le sirvió. No seré yo quien intente entender cómo funcionaba su mente, sana o enferma.

—Le sirvió, pero aun así...

Eulogio volvió a suspirar.

—Es lo que ella decidió, Asia —dijo—. Es lo que tenía que pasar. Es lo que en el fondo yo sabía que pasaría, aunque no me permitiera pensar en ello.

—¿No te importa que Celeste haya muerto?

Eulogio miró a Asia durante unos segundos en silencio, serio.

—Claro que me importa.

—Tal como hablas, no lo parece.

—Porque es difícil de explicar.

—Inténtalo —dijo Asia, cortante.

Eulogio se pasó una mano por el pelo y alzó la vista al cielo. Suspiró.

—Que lo primero que hiciera tras volver a ser ella misma fuera quitarse la vida me confirmó lo que llevaba un tiempo pensando: Celeste hacía mucho que había muerto y esto era su infierno. Aquí pagó su penitencia durante diez años, hasta que tú la liberaste de la culpa que sentía.

»Así que claro que me dolió su muerte. Pero, ante todo, sentí alivio por ella, porque por desgracia hay momentos en los que lo único que puedes pedir es que se acabe el sufrimiento.

Eulogio respiró hondo. El sol había quedado completamente oculto

tras los árboles. Los colores se extendían por el cielo, perdiéndose en el azul oscuro del este.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

Asia lo entendía, sí. Lo entendía mejor de lo que le habría gustado. Hasta entendería que Eulogio no hubiera llorado en su funeral, de tantas lágrimas que habría derramado mientras Celeste vivía, viendo en lo que se había convertido.

—Este era su sitio preferido en el mundo. Lo descubrimos juntos cuando éramos jóvenes. Puede que aquí concibiéramos a Gabriel. Aquí están sus cenizas, entre las tumbas sin nombre, junto a los caballos de piedra —dijo Eulogio, señalando hacia el pequeño cementerio en la linde del bosque.

»Cuando Celeste se escapaba, solía venir aquí. Venía a verlo a él y a encontrarse a sí misma. Decía que la iglesia le hablaba. No sé: yo nunca oí nada. Ahora que no está, ya no tengo motivo para venir a cuidar el césped, o a mantener limpia la iglesia, o preocuparme de darle una nueva capa de barniz a este banco. ¿Y sabes qué? Me parece perfecto que esta sea su iglesia: de Gabriel y Celeste. Que el bosque la engulla. Que sea sólo de ellos y que descansen en paz.

Eulogio, con la mirada perdida en la línea de árboles, se levantó, todo gruñidos y crujidos. Sacó una bola de papel del bolsillo de donde habían salido hasta ahora los cigarrillos. Jugueteó con ella entre los dedos, distraído, paseando por el césped.

Asia seguía sentado en el banco, mirándolo ir de aquí para allá. Había una pregunta que le rondaba la cabeza. Fue a decir algo, pero se calló. Volvió a abrir la boca dos veces más sin pronunciar palabra.

—¿Sí? —lo invitó a hablar Eulogio.

Asia frunció el ceño.

—¿Por qué crees que Juan Docampo no mencionó lo de Gabriel cuando me habló de vosotros?

Eulogio resopló por la nariz, una especie de risita irónica.

—Se le habrá olvidado. ¿Por qué crees que se ha interesado tanto por ti? —preguntó de repente—. Esa oferta de ser tu mentor, la habitación para el año que viene, que haya comprado tu casa y les haya dado trabajo a tus padres...

—Lo de mi casa fue una casualidad.

—¿Crees que no sabía que era tu casa cuando la compró?

—¿Y compró una casa sólo para ayudarme? ¿Para disculparse conmigo?

—No. Compró una casa porque quería una casa. Compró la tuya para tenerte bien atado. Si no la hubierais puesto a la venta, habría encontrado alguna otra forma de meterse en tu vida. Les habría dado trabajo a tus padres en algún otro lugar, por ejemplo. Se las habría apañado para que sintieras que le debes algo.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que hace, y lo hace bien. Sabe cómo ganarse a la gente.

—¿Por qué querría ganarme a mí?

—Porque ve potencial en ti, ¿no? Eso es lo que dice él.

—Y tú no lo crees.

—Sí lo creo.

—Pero no crees que ese sea el motivo real.

Eulogio pareció volver a encontrar dificultades para encontrar las palabras adecuadas. Sacó un nuevo cigarrillo y lo encendió. Aspiró el humo y lo soltó por la nariz.

—Esta es la parte difícil de la conversación —dijo.

—¿Más que lo de Gabriel y Celeste?

—Sí. Mucho más. Lo que te he contado hasta ahora era importante, porque te debía una explicación por todo lo que había pasado este año. Merecías saber qué papel habías jugado en mi vida.

»Lo que te voy a contar ahora va a influir en la tuya directamente. He pensado mucho en cuánto contarte. Así que discúlpame si crees que dejo alguna pregunta sin responder, pero lo hago por tu bien, créeme.

Eulogio dio tres nuevas caladas al cigarrillo. Asia estaba cada vez más nervioso.

—Creo que Juan sospecha que sabes algo.

Asia frunció el ceño. Sentía que ya había tenido antes esa conversación.

—¿Algo de qué?

—Algo que podría hacer que perdiera La Residencia, la Fundación Docampo, todo. Así que está haciendo todo lo posible para que veas lo mucho que perderías tú con su ausencia. Está intentando comprar tu silencio.

—Pero yo no sé nada —dijo Asia, y en ese momento la sensación de *déjà vu* fue tan intensa que se mareó.

Cerró los ojos con fuerza y olió una noche lluviosa de febrero en el Comedor, y oyó sus palabras salir de la boca de Blas. Él tampoco sabía qué había hecho para ganarse el favor de Juan Docampo. Esa fue la última vez que hablaron, y todo lo que le contó había resultado ser una mentira, una invención de su mente enferma.

—Ya, pero eso él no lo sabe.

A Asia la cabeza le estaba a punto de estallar e iba a llenar de sesos el suelo del Comedor y el jardín de la iglesia simultáneamente, con cuatro meses de diferencia, y todavía había más, porque Blas estaba enfermo y Marcos no existía y todo lo que era verdad era mentira, eso le había dicho Juan Docampo en su ático, donde los sesos amenazaban con mezclarse con la salsa boloñesa de los canelones, y Asia le había

creído porque todo encajaba ahora, porque todas las dudas quedaban resueltas salvo una, porque el comportamiento errático de Blas tenía sentido ahora, porque traficaba con sus propias pastillas, aunque el tratamiento para la esquizofrenia no aumentara la concentración, precisamente, pero todo lo demás tenía sentido por fin, salvo esa cosa, salvo esa duda, esa sombra en la que Asia no había querido detenerse, salvo esa silueta en blanco y negro en millones de papeles, en los carteles que cubrían la Residencia y la ciudad con la cara de Blas y su nombre y su edad y ninguna referencia a su enfermedad, cuando lo normal es que su madre lo supiera, ¿no?, ella que había pegado cientos de carteles a mano, que tanto había sufrido, lo normal es que lo anunciara, ¿no?, porque la situación era urgente y cualquier detalle serviría para encontrarlo y para entender a qué se podía deber el posible comportamiento errático de ese chico con sombrero. ¿No?

—¿Te encuentras bien?

Si Juan Docampo le había mentido en eso...

—¿Blas trabajó para ti en el Almacén? —preguntó Asia con los ojos cerrados, notando como su cuerpo volvía a un solo lugar—. En su año de novato.

—Sí, unos meses. Yo necesitaba ayuda para organizarlo todo y Blas nos debía un favor a Ramón y a mí.

—¿Por qué?

—Le habíamos ayudado a solucionar un problema. Un accidente en su habitación del que Juan podría haberse pensado lo que no era. Su compañero quedó en coma. Un asunto bastante feo.

… Juan Docampo le había mentido en todo.

Asia apretó los puños. El izquierdo, con fuerza. Apenas pudo contraer el derecho, atrapado todavía en la escayola. No sintió ningún dolor. Abrió los ojos.

—¿Dejaste que se llevara una mesita del Almacén?

—Sí.

—¿Qué había en esa mesita?

—No creo que quieras saberlo, Asia. Por tu bien.

—Porque hasta ahora guardar secretos te ha funcionado a la perfección, ¿no?

—Asia… —le advirtió Eulogio.

—Blas nunca lo supo. Yo quiero saberlo.

Eulogio resopló por la nariz y apretó los labios.

—Como quieras. Si quieres saberlo todo, te lo contaré todo.

Asia asintió, decidido.

—Había unos papeles en el cajón de la mesita —dijo Eulogio—. Documentos que el viejo Docampo había dejado preparados para que la Residencia mantuviera la misma filosofía cuando su hijo lo relevara. Juan había ido asumiendo el control en los últimos años, cuando su

padre estaba enfermo. Al viejo Docampo no debió de gustarle lo que vio, así que se aseguró de dejar dinero suficiente para mantener su visión durante los siguientes veinte años, quisiera Juan o no.

—Pero el acuerdo no se llevó a cabo.

—Docampo puso el contrato en funcionamiento poco antes de su muerte, pero no llegó a anunciarlo. Así que el acuerdo estaba vigente, pero no lo conocían más personas de las estrictamente necesarias para que funcionara: Juan y uno de los abogados de la Fundación y alguien del banco. Nadie más, que yo sepa.

Asia empezaba a comprender la peculiaridad del asunto.

—¿Lo cancelaron?

Eulogio negó con la cabeza.

—El viejo Docampo se aseguró de blindarlo para que el dinero se destinara a lo que él quería y que cada año sólo se pudiera retirar lo necesario para mantener abiertos los talleres de pintura y el teatro y poder celebrar el festival de fin de curso. Pero no es difícil emitir unas cuantas facturas falsas para hacer creer que el dinero se está empleando en material de pintura y cámaras fotográficas y premios en metálico, siempre y cuando nadie investigue a fondo el asunto. Pero ¿quién lo iba a investigar? El público no tenía ni idea de lo que Docampo había dejado preparado, y en la cuenta había dinero suficiente para comprar a las pocas personas que sí lo sabían.

—Pero eso es… malversación de fondos o lo que sea, ¿no?

—Sí.

—Y tú tienes esos papeles.

—Tengo la copia del viejo Docampo, la que estaba en su mesita, sí.

Asia miró a Eulogio. Sintió un peso en el estómago.

—Desde hace cuatro años, la tienes.

Su voz sonó vacía de toda emoción. Eulogio bajó la mirada al suelo.

—¿Por qué no has hecho nada?

—Por lo mismo por lo que Juan confía en que tú no lo hagas en caso de que supieras la verdad: porque, con él en la cárcel, mi vida habría sido peor.

Asia quería entenderlo. Quería ponerse en su situación. ¿Qué demonios? Estaba en su misma posición, ¿no? Pero, aun así, no podía más que sentir una gran decepción.

—¿Cuánto te pagaba?

Eulogio lo miró y meneó la cabeza.

—¿Crees que vendería mi integridad por dinero? No. Me callé por Celeste. Mientras el viejo Docampo vivió, estuvo pagando la estancia de Celeste en Los Cipreses. Blindó el futuro de la Residencia, pero no se le ocurrió blindarla a ella. Juan cortó el grifo y yo no tenía dinero suficiente para mantenerla en Los Cipreses. Durante unos meses tuve

que trasladarla a un psiquiátrico. Me mataba no poder visitarla más que unos minutos al final de cada día. Y cuando la veía… Celeste no estaba hecha para estar encerrada en un sitio así.

»Y de pronto ocurrió el milagro. Cuando Juan empezó con las obras en los áticos, empezaron a llegar los antiguos muebles de su padre. Estanterías llenas de los libros de Celeste, alguna que otra pieza mía que todavía conservaba, y una mesita con un cajón cerrado con llave. No me costó abrirlo. Dentro, entre otra documentación, estaba ese contrato.

»Le enseñé una copia del contrato a Juan y le prometí que nadie más lo sabía. Si no me creyó, si quiso cubrirse las espaldas comprando a Blas, no es cosa mía. Yo sólo quería que Celeste volviera a Los Cipreses. Le propuse un trato. Él no estaba del todo de acuerdo en que yo me quedara el contrato, pero al final aceptó. Sabía que a mí no me interesaba delatarlo.

—Mientras Celeste siguiera viva.

Eulogio asintió con la cabeza.

—Supongo que aceptó el acuerdo pensando en ganar tiempo para hacerse con el contrato y destruirlo, pero no lo consiguió. Me imagino que los primeros días después de la muerte de Celeste debieron de ser un suplicio para él, sabiendo que ya nada me ataba a él y que en cualquier momento podría sacar a la luz lo que sabía.

—Pero no hiciste nada —dijo Asia—. Podrías haberlo hecho y no lo hiciste.

—No, no lo hice, porque en esos primeros días en lo que menos pensaba era en esos papeles. Me fui de la Residencia porque necesitaba alejarme de allí. Tardé una semana en recuperar cierta normalidad. Y cuando lo hice, ya era tarde para actuar.

—¿Por qué?

—En parte por ti. Porque ahora el mayor perjudicado de lo que pasara ibas a ser tú. Pero, aunque quisiera, no podría haberlo hecho. Cuando me fui de la Residencia, no me llevé los papeles conmigo. Siguen ahí, ocultos. Habría ido a por ellos, pero era demasiado arriesgado.

—¿Dónde están?

—Olvídalo, Asia. No merece la pena. Tú eres el único que tiene algo que perder con la caída de Juan Docampo. Eres el menos indicado para hacer nada.

—¿Y el resto de los estudiantes?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Está bien que Juan Docampo se quede con un dinero que les pertenece? ¿Que nos pertenece a todos?

Eulogio suspiró y se frotó la cara con las manos.

—Juan Docampo no se está quedando con vuestro dinero. Ha

gastado una pequeña cantidad para que el asunto no salga a la luz y otra parte en Celeste, pero el resto lo ha invertido en la Residencia: muebles modernos, puertas con cerraduras electrónicas, salas de estudio, wifi en las habitaciones... Nadie se queja por eso. Sería estúpido por tu parte hacer nada.

Asia intentó calmar su respiración. Quizás sí que fuera estúpido hacer algo, como lo había sido para Eulogio hasta ahora. Él no había hecho nada. Nada de nada...

—Tú no hiciste nada por Blas —dijo Asia de pronto—. Podrías haberlo ayudado cuando huyó de Juan Docampo y no hiciste nada.

Eulogio apretó los labios y bajó la vista al suelo. Asia se puso en pie, furioso.

—Necesitaba ayuda y tú te quedaste callado.

—Asia…

—Sí, lo sé: fue por Celeste.

—Y porque no tenía ni idea de que podría llegar tan lejos. Si lo hubiera sabido…

Eulogio apretó los puños y ahogó un grito.

—Por eso he vuelto —dijo, volviéndose hacia Asia—. Por eso estoy aquí. Porque es mi culpa que Blas haya muerto. Porque no quiero que a ti te pase nada. Y nada te pasará mientras Juan Docampo crea que los dos tenemos esos documentos. Aprovéchate de la situación, Asia.

Asia paseaba nervioso por el jardín, resoplando por la nariz. Le hervía la sangre. Comenzaba a oscurecer. El viento empezaba a llevarse las últimas nubes que quedaban. Esa noche sin luna las estrellas iban a brillar con fuerza allí, en mitad del bosque.

—¿No crees que a estas alturas Juan Docampo sabe que no tienes los papeles? ¿Que si los tuvieras ya los habrías publicado? ¿No crees que, si sabe eso, habrá rebuscado en la Residencia para encontrarlos?

—Probablemente. Pero dudo que los haya encontrado. Están bien escondidos.

—¿Has hecho copias?

—No. No quería que acabaran en otras manos. Cuanta más gente lo supiera, más probable sería que alguien quisiera hablar. Perdería mi trato de favor. Con tal de que Juan pensara que yo había hecho copias, que seguro que lo pensaba, no tenía que preocuparme de que rebuscara entre mis cosas para intentar hacerse con el original.

—Pero ahora sabe que no las has hecho.

—O que si las he hecho están todas en la Residencia, que viene a ser lo mismo.

Asia se dejó caer de nuevo en el banco. Notó la pared de la iglesia caliente ahora que el ambiente se estaba volviendo más frío. Se sintió derrotado. Quería hacer lo correcto, pero ¿qué era lo correcto?

Si se callaba, podría seguir en la Residencia un año más. Quería

seguir en la Residencia un año más. Quería compartir con Carla la habitación de Blas. La cama de matrimonio a ras de suelo y los sofás y la bañera. Quería volver a su casa cada vez que fuera a pasar el fin de semana con sus padres. Quería que ellos fueran felices.

—¿Dónde has escondido los documentos? —insistió—. Necesito saberlo. No creo que haga nada con ellos, pero necesito saberlo.

Eulogio estudió el rostro de Asia durante un minuto entero. Al final dijo:

—En uno de los libros de Celeste.

—¿Metidos entre las páginas? —preguntó Asia, frunciendo el ceño.

—No —dijo Eulogio, sonriendo—. Cualquiera podría encontrarlos ahí. Los he metido entre las tapas y el forro. Un trabajo delicado.

—¿En qué libro?

—*Los días robados*, se llama.

A Asia se le volvió a acelerar el corazón.

—Pero dudo que puedas entrar al Taller —dijo Eulogio—. Me imagino que Juan Docampo tendrá a buen recaudo la copia de las llaves que siempre hay en el Almacén, si es que no ha cambiado la cerradura por si a mí se me ocurría volver.

—Sólo quería saber dónde estaban —repitió Asia—. No pienso tocarlos.

—Eso espero, de verdad... No voy a retenerte más tiempo. Supongo que querrás bajar a Coruña a pasar San Juan con tus amigos.

Asia asintió con la cabeza. Se levantó del banco y miró a Eulogio a los ojos. Se sentía extraño, como si se alegrara de haber hablado con él y a la vez deseara no haber ido hasta ahí. Pero había ido, y ahora Eulogio le devolvía la mirada.

—Esto es para ti —dijo, entregándole la bola de papel que antes había sacado del bolsillo de su camisa—. Celeste quería que lo tuvieras.

Asia la cogió y se la guardó en el bolsillo. Eulogio lo miró durante unos segundos en silencio, como si quisiera añadir algo más. No lo hizo. Asia se despidió de él con un gesto de la cabeza, nada más, y se metió por el hueco en el muro para atravesar la iglesia. Hizo el camino de vuelta sin apenas ser consciente de los pasos que daba.

Llegó a su habitación. Su cama estaba sin hacer, las sábanas limpias perfectamente dobladas sobre el colchón desnudo. La última luz de la tarde se colaba por la ventana abierta. Todo estaba en silencio. Quizás fuera el único estudiante en la Residencia a esas horas. Se dejó caer en la cama y se quedó unos minutos mirando el techo, intentando asimilar todo lo que Eulogio le había contado.

Se sentía tan desanimado que ni la voz de su cabeza tenía nada que decirle. Había ido a la iglesia a por respuestas, y por primera vez las había recibido. No las que esperaba, eso sí. Seguía sin saber nada de

Lira, pero ya le daba igual. Eulogio tenía razón: si quisiera, habría buscado la forma de ponerse en contacto con ella. Si quisiera respuestas las habría tenido.

Preferiría no saber la verdad. Preferiría no tener ni idea de lo mucho que habían sufrido Celeste y Eulogio. No saber nada de Gabriel. ¿Habrían sido amigos? ¿Se parecerían en algo más que en la forma de mirar? ¿Qué sería de sus propios padres si el día que cayó al río no hubiera recuperado la respiración?

Asia abrió la boca y tomó una bocanada de aire. Luego, otras tres. Sentía que se ahogaba, y no estaba seguro de por qué. ¿No sabía ya todo lo que quería saber? ¿No había averiguado por fin por qué Blas había recibido su habitación? Fue lo último de lo que hablaron en persona. Después había recibido la carta que lo había llevado a descubrir qué se escondía tras las puertas de metal al final de las escaleras.

Era la primera persona en intentar entrar al teatro en años, le había dicho Ramón. A nadie le importaba ya el teatro ni el taller de pintura ni la muerte de Blas ni la prohibición de las novatadas. A nadie le importaba ya el pasado. ¿Por qué iba a importarles? ¿Acaso no era la universidad el inicio de una nueva vida? La vida adulta. La vida lejos de casa. Lejos de la supervisión de los padres. La vida soñada. La vida planeada. Era el momento de escoger a qué dedicarse durante el resto de la vida. No era el momento de mirar atrás, de preocuparse por lo que fue. Nada de eso —las puertas cerradas, las historias inventadas, las mujeres perdidas— entraba en el examen. Nada importaba.

La gente tenía razón. Ahora Asia también se daba cuenta de que nada de eso importaba, que lo único que le había traído era sufrimiento y dudas y problemas y huesos rotos. Había muerto gente porque él no se había conformado con hacer lo que tenía que hacer. Si se hubiera dedicado a estudiar desde el principio… Si se hubiera olvidado de Blas… Si hubiera obviado unas risas en el Almacén…

Si no hubiera ido esa noche a la iglesia esperando reunirse con Lira…

Asia se levantó de la cama y fue hasta la estantería. Tenía que comprobarlo. No podía dejarlo pasar. Entre sus libros buscó *Los días robados*. No lo había llegado a acabar. Lo había lanzado al suelo la mañana que visitó a Celeste por última vez, con el último capítulo todavía por leer. Fran debía de haberlo colocado en su momento ahí, en el estante, junto con los demás libros. Lo cogió. Era la edición de bolsillo, tal como creía recordar. En ese libro no había forro que despegar para esconder unos documentos.

Esa confirmación hizo que sintiera cierto alivio. Casi prefería no tener que tomar la decisión de qué hacer con esos papeles. No le

costaría fingir que no sabía nada de ellos. Se le daba bien olvidar. Se olvidaría de todo lo que Eulogio le había contado. Se olvidaría de saber que Juan Docampo le había mentido. Se olvidaría del pasado. Tenía ante él el inicio de su vida. Con Carla. Con una habitación triple en los áticos. Con clases particulares de uno de los hombres más poderosos de Coruña.

Se olvidaría del colgante que le faltaba. Se olvidaría de su abuela. Se olvidaría de Lira. Se olvidaría de Celeste.

Asia metió la mano en el bolsillo de su pantalón corto. Sacó una simple bola de papel. Podría ser basura. Sólo tenía que deshacerse de ella sin desplegarla para que lo fuera. ¿No quería olvidar todo lo que había aprendido ese día? Cuanto menos supiera, menos tendría que olvidar.

Apretó el papel entre su mano.

Sólo tienes que tirarlo, mi pequeño Asia, dijo la voz con un tono tan dulce que Asia se estremeció. Era casi una súplica. *Tíralo*, siguió. *Por favor. Porque sabes lo que es, ¿no? Es la nota que Blas dejó en el molino. La que Celeste cogió junto a su sombrero. Nada bueno sale de las últimas palabras de un muerto. Nada que te vaya a servir. Nada que te vaya a ayudar.*

Ya. Ya. Tienes razón. Tienes toda la razón.

Pero…

Asia abrió la mano. Deshizo con cuidado la bola. Había algo dentro. El papel era nota y envoltorio a la vez. Algo cayó sobre el escritorio. Cerró los ojos con fuerza y tomó aire una última vez antes de abrirlos y leer.

No era la última nota de Blas. Era Celeste quien le hablaba desde el papel.

Interludio:

Celeste S. Vilas (1960-2009)

ahora veo que la vida es un cuadro ya pintado
donde el tiempo son momentos
pinceladas al azar
a mis padres les dejo unas muertes tempranas
siendo abuelos todavía
el regalo de una vida que no tienen que olvidar
a mi amor le digo
con la fuerza de una iglesia que lucha por vivir
que te quiero
al galope de caballos esculpidos con las manos
te quiero
a la sombra de una hoguera una noche de abril
y quiero
dejarle al mundo un poco de mí
en páginas manchadas de recuerdos inventados
y llevarme un poco del mundo para dártelo a ti
por fin, mi vida
aunque tú no hayas tenido que esperar
yo he esperado
por abrazar y por haber besado
y a asia
a mi pobre pobre chico asia
le doy su colgante de amor
envuelto en esta nota
y le pido perdón
por el filo de la piedra rota
por todo este dolor
y le regalo
el sonido de mi voz
una vida por pintar
un tiempo que se agota

Asia

Tuvo que intentarlo dos veces. Creyó que con golpearlo sería suficiente, pero no. Si quería romper el cristal, tenía que atravesarlo, que su mano enyesada no se detuviera hasta dos centímetros más allá de la ventana. Arrodillado en la jardinera, alzó de nuevo el brazo y soltó el revés.

Esta vez la ventana no le devolvió el golpe. En lugar de a su mano, toda la energía fue a parar al cristal. Se hizo añicos.

El ruido fue ensordecedor. Asia miró hacia arriba, esperando que en cualquier momento media docena de ventanas se iluminaran y se abrieran, y por ellas se asomaran otros tantos curiosos. Pero esa noche los curiosos estaban todos celebrando San Juan en la playa y ninguna luz se encendió en el lateral del Bloque 6, en la parte más alejada de la Residencia.

Asia se deshizo de los trozos de cristal que habían quedado pegados al marco para no cortarse cuando entrara. Una vez más, la mano escayolada le resultó útil.

Le volvía a doler. Quizás el primer golpe había sido peor de lo esperado. Quizás sus huesos no estuvieran tan soldados como creía y cuando le quitaran la escayola en unos días le informarían de que aún había huesos rotos. Ahora mismo lo parecía, pero no había tiempo que perder quejándose.

Asomó la cabeza por el ventanuco. La piedra de río se balanceó, colgada de nuevo de su cuello, astillada y rota ahora. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, empezó a vislumbrar siluetas: sillones, estanterías, cuadros sobre caballetes. Allí estaba todo, mucho más abajo de lo que recordaba.

Las veces que había estado dentro no le había parecido que los ventanucos estuvieran a tanta altura. Pero lo estaban. Eran unos dos metros de caída. Aunque tampoco es que se fuera a lanzar de cabeza. El plan era meter primero las piernas y descolgarse agarrado al marco. Desde ahí, el salto sería sencillo, aun a ciegas. Ya sería mala suerte que hubiera algo apoyado contra la pared que hiciera que el apoyo no fuera limpio y acabara con una pierna rota, pidiendo a gritos que por favor lo sacrificaran, como hacían con los caballos.

Intentando no pensar en la caída, fue introduciendo poco a poco las piernas. Cuando las tuvo dentro, colgando, usó los antebrazos como tope contra el borde inferior del ventanuco y se descolgó todo lo que pudo. La presión del borde contra su pecho le quitó la respiración. Al no poder disponer de ambas manos, eso era lo máximo que se

podía descolgar. Desde ahí no podía dejarse caer sin más. Si lo hacía, temía darse con la barbilla contra el borde. Iba a tener que impulsarse hacia atrás y confiar en caer de pie.

Intentó coger aire en vano. Cerró los ojos un instante, visualizando el movimiento. Los abrió. Se impulsó como pudo hacia atrás, soltando el amarre de los brazos, rompiendo cualquier contacto con la pared del taller de pintura. Voló por el aire. Quizás porque esperara caer eternamente, el contacto con el suelo le cogió por sorpresa y le hizo perder el equilibrio. Cayó de espaldas, indefenso. Se habría abierto la cabeza si un sillón no se hubiera interpuesto en su camino.

Quedó perfectamente sentado durante un instante, hasta que las leyes de la física entraron en funcionamiento y el sillón volcó debido al impulso recibido. Asia dio una voltereta hacia atrás y quedó tumbado boca abajo.

Notaba el corazón latiéndole contra el suelo. Al menos estaba vivo y no creía haberse roto nada importante. Mientras se recuperaba del susto, se obligó a recordar la decisión a la que había llegado hacía una hora en su habitación.

Había pensado en las últimas tres conversaciones que tuvo con Blas.

La primera, en persona, en el Comedor, cuando Asia había conjeturado con lo que ahora resultaba cierto: Juan Docampo temía que Blas supiera su secreto, por eso había comprado su silencio. Blas había desdeñado su teoría. Pero ¿y si no lo había hecho? ¿Y si hubiera decidido aprovechar la situación y sacar un dinero extra a Juan Docampo, viendo que su estancia en la Residencia llegaría a su fin al final de ese curso? Eso explicaría la segunda conversación, por escrito.

En la carta, Blas estaba en apuros. ¿Cómo se habría tomado Juan Docampo ese burdo intento de extorsión? ¿Cómo le habría sentado descubrir que había malgastado su dinero en comprar el silencio de un imbécil? Mal, seguro. ¿Tanto como para amenazarlo, como para perseguirlo hasta que no le quedara otra salida que ahorcarse? A Asia siempre se le hizo raro que alguien que temiera por su vida acabara suicidándose. Quizás por eso había tenido la última de las tres conversaciones.

Fue en un sueño, pero contaba igual. La forma en la que ahora le latía el corazón al recordarlo le hacía saber que era tan real como las otras dos. Había visto a Blas en el hospital, junto a la cama de Marcos, colgando de una viga del molino y le había pedido ayuda con la voz entrecortada de los ahorcados, aunque fuera tarde para él, y recordó algo que en el fondo siempre había sabido, que algo no terminaba de encajar en el suicidio de Blas, que en el primer golpe de vista, cuando abrió la puerta del molino y lo vio flotar, antes de que el hedor le hiciera retroceder dos pasos, antes de que Lira gritara y se echara a

llorar, antes de vomitar, ya se había percatado de que una mano colgaba inerte a un costado y la otra había quedado atrapada entre la soga y el cuello, como quien se afloja el nudo de la corbata cuando le aprieta demasiado.

Un suicida que teme por su vida y un ahorcado que busca respirar. No tenía sentido, salvo que el suicidio no fuera tal, que alguien lo hubiera obligado a echarse una soga al cuello para humillarlo.

Si Blas le había pedido ayuda en su última conversación, iba a ayudarlo, aunque para eso tuviera que comprometer su futuro con tal de asegurarse de que el culpable de su muerte acabara pagando por lo que había hecho de un modo u otro.

Así que ahí estaba ahora, a solas, incorporado en el suelo, en una sala a oscuras, recuperado ya de la caída, listo para coger lo que había venido a buscar.

Asia se levantó y fue hasta las estanterías. La luz que se colaba por los ventanucos bastaba para leer los títulos de los lomos. Ahí estaba: *Los días robados,* en tapa dura. Lo abrió y estudió el forro interior. Nada hacía indicar que hubiera sido despegado y vuelto a pegar de nuevo, pero al tacto parecía más grueso de lo normal, como si estuviera acolchado.

Buscó algún objeto afilado entre los útiles de pintura junto a los fregaderos. No encontró nada. Por suerte, del otro lado de la separación había un taller lleno de herramientas.

Allí no había ventanas elevadas por las que se pudiera colar la tenue luz de las farolas. Asia cruzó la sala a oscuras, esquivando las mesas de trabajo. Al llegar junto a la puerta, accionó el interruptor.

Las luces chisporrotearon antes de encenderse del todo. Tardó unos segundos en acostumbrarse a la repentina claridad. Después, se dio prisa. De entre todas las herramientas colgadas en la pared, cogió un cúter, se llevó el libro a una de las mesas de trabajo y se preparó para realizar la primera incisión.

Tuvo cuidado de cortar el forro lo más cerca del borde que pudo. El sonido del papel rasgándose lo relajó. Su pulso se volvió firme. Llegó a la esquina y empezó a cortar hacia abajo con más seguridad. Un nuevo quiebro, otro lado más. Listo.

Dejó el cúter sobre la mesa y pasó esa nueva hoja que sus tres cortes acababan de crear. Eulogio no le había mentido.

Sacó el papel y lo desplegó. Tenía pinta de documento oficial, con su sello en tinta azul y sus firmas originales. Dio la vuelta al libro e hizo lo mismo con el forro de la contraportada. Encontró un documento similar, la segunda parte del que había dejado sobre la mesa.

Leyó los documentos por encima. Con eso bastaría. No sería muy difícil probar que el dinero que Juan Docampo había sacado cada año

de ese fondo no se había utilizado para lo indicado. Sería su fin. Era lo menos que se merecía.

Asia se guardó los papeles en el bolsillo. Probó a abrir la puerta del Taller desde dentro, no fuera a ser que pudiera salir por ahí, aunque hubiera más riesgo de que lo descubrieran, pero nada, así que apagó las luces y volvió al taller de pintura con el libro en la mano. Lo dejó de nuevo en la estantería, como si nada hubiera pasado. Era hora de largarse. No sería la primera vez que lo pillaban por demorarse demasiado tras completar su cometido. Miró hacia el ventanuco por el que había entrado. Dejó escapar un suspiro.

Sin perder el tiempo, acercó una mesa a la pared, y sobre la mesa colocó un taburete. El conjunto cojeaba, pero tendría que valer.

Echó un último vistazo a la sala en penumbras, no fuera a ser que hubiera una escalera apoyada contra una de las paredes. Al final se conformó con la estructura que había montado.

Se subió al taburete, apoyándose en la pared para no perder el equilibrio, porque lo que antes era una leve cojera ahora se había convertido en todo un temblor que iba a hacer que alguna pata se partiera y él acabara en el suelo con el cuello roto. Intentó mantener la calma y pensar sólo en el hueco en la pared por el que iba a tener que salir.

Le quedaba a la altura del pecho. Apoyó los antebrazos del otro lado del marco, sobre la tierra de la jardinera. Durante un segundo sintió que la operación iba a resultar sencilla. Había hecho ese mismo gesto decenas de veces en la piscina de la Residencia.

Sólo que ahora no había agua que le ayudara a liberarse de parte de su peso, y no disponía de ambas manos para apoyarse en el borde e impulsarse, y la ventana era tan pequeña que no iba a poder subir una rodilla e incorporarse como solía hacer siempre que salía del agua. De todo eso se dio cuenta tras el primer intento fallido, cuando el desequilibrio de no poder usar su mano derecha hizo que el taburete se tambaleara hasta casi desaparecer bajo sus pies.

Con el corazón acelerado, Asia bajó de nuevo al suelo firme. Disponía de algo de tiempo, pero en algún momento tenía que salir de allí. Y si quería salir de allí, iba a necesitar toda la ayuda posible. Para empezar, la de su mano derecha.

En la penumbra de la sala, asintió con la cabeza para sí mismo, convenciéndose de lo que debía hacer. Volvió al Taller, encendió las luces y echó un nuevo vistazo a las herramientas. Descartó martillos y destornilladores. Cogió una sierra. La observó durante unos segundos. La dejó de nuevo en su sitio. Se decantó por lo que parecían unas tijeras de podar. Las probó. Cortaban mal, pero cortaban.

Le llevó más tiempo del que le habría gustado deshacerse de la escayola. La mano tenía mal aspecto, blanca y encogida, la piel

blanda. La flexionó despacio. Cerró los ojos y apretó los labios. Salir de allí le iba a resultar doloroso.

Dejó todo como se lo había encontrado, se subió de nuevo a la mesa y de ahí al taburete, sacó la escayola por el ventanuco y se mentalizó para salir él.

Tenía que conseguirlo a la primera, cuando su mano todavía no supiera a qué se iba a enfrentar. Tenía que hacerlo con el mismo ímpetu con el que había golpeado la pared.

Sacó los brazos y buscó un lugar cómodo donde apoyarse, donde poder impulsarse hacia delante para sacar toda la mitad superior del cuerpo. Después, se las apañaría para reptar y sacar las piernas, igual que hacía en la piscina. Sin elegancia ninguna, pero saliendo, que era lo que importaba.

Tomó aire. Flexionó ligeramente las piernas. Se impulsó con todas sus fuerzas.

El taburete se volcó en cuanto sus pies lo abandonaron. Asia vio a Blas una vez más. Esta vez no rehuyó la imagen. Se agarró a ella. Se agarró a la soga con todas sus fuerzas. Incluso se concentró en el hedor. Cualquier cosa con tal de no pensar en el dolor de su mano derecha.

Fue un segundo que duró una eternidad. De pronto se encontró con más de medio cuerpo sobre la jardinera. Sacó una rodilla y se impulsó como pudo. Se arrastró hasta conseguir salir por completo. Jadeando, se giró, tumbado boca arriba. Se llevó la mano derecha al pecho, intentando que nada la tocara. Le dolía tanto como el día que se la había roto, creía. Tenía ganas de llorar y de reír a la vez.

Sentía que había nacido de nuevo. Hasta vio la luz brillante que se supone que ven los bebés al nacer. En su caso era una linterna apuntándolo a la cara. No era la primera vez que le pasaba. Luego, la linterna se apagó y la silueta de Ramón se recortó contra la luz anaranjada de las farolas.

Antes de que Asia pudiera decir nada, Ramón lo mandó callar con un gesto de la mano. Se agachó junto a él.

—Lo siento —le dijo.

Asia frunció el ceño.

—¿Qué…?

—¡Lo tengo! —gritó, subiéndose sobre Asia, inmovilizándolo contra el suelo—. Lo tengo.

Asia giró la cabeza hacia la derecha. Por un momento se olvidó del dolor de la mano. Juan Docampo se acercaba caminando hacia él. Con calma. Sonriendo.

—No tienes ni idea del error que has cometido, Asia. Tranquilo: pronto la tendrás.

42

Final

—No hagas ninguna tontería mientras Ramón te registra.

—¿Puede un guardia de seguridad cachear a un estudiante? —preguntó Asia, de cara a la pared, las piernas algo separadas, las manos sobre la cabeza, como un vulgar delincuente.

—¿Puede un estudiante romper una ventana y robar quién sabe qué? —dijo Juan Docampo.

—No he robado nada —dijo Asia, mientras Ramón le palpaba los costados.

—¿A qué has entrado?

—No he entrado. Sólo he roto el cristal.

Ramón seguía con su cacheo, tomándose mucho tiempo para llegar a los bolsillos.

—¿Por qué lo has roto? —preguntó Juan Docampo.

—Porque estaba enfadado. Al final fui a la cita con Lira, a la de la carta —dijo Asia. Si iba a mentir, mejor mezclarlo con algo de verdad —. Tenía que haberte hecho caso y olvidarme del asunto. Cuando volví la tomé con lo primero que encontré. Lo siento.

Ramón había llegado ya a los bolsillos. Introdujo primero una mano en el derecho. Hacía mes y medio que Asia no guardaba nada ahí. Luego, el izquierdo.

Asia cerró los ojos mientras sentía cómo Ramón le quitaba los papeles que tanto le había costado coger. Notó cómo se retiraba hacia atrás y cómo Juan Docampo ocupaba su lugar. Pero él no iba a cachearle. Ese trabajo ya estaba hecho. Juan Docampo le apoyó una mano en la cabeza y se la empujó contra la pared.

—¿Me tomas por estúpido? —le susurró al oído—. ¿Por qué iba Lira a enviarte un mensaje tan críptico? ¿Qué le importaba a ella que yo supiera dónde era vuestro encuentro? Esta tarde estuve pendiente de ti desde el momento que no te subiste al bus con el resto de tus amigos. Te lo repito, Asia: en esta Residencia nada se me escapa.

Juan Docampo le dio un último empujón en la cabeza, aplastándole la cara contra el muro de ladrillo antes de retirarse. Asia se giró. Juan Docampo hablaba ahora en voz baja con Ramón. Asia cruzó una mirada con el guardia. Sus ojos no demostraron emoción alguna.

Asia no sabía qué hacer. Lo mejor era mantenerse callado y esperar a que Juan Docampo hablara. Cuando lo hizo, dijo:

—Vamos a dar un paseo, ¿quieres?

Asia no quería.

—¿A dónde?

Ramón le entregó su linterna a Juan Docampo y se marchó. Juan Docampo apuntó con la luz a los ojos de Asia.

—Arranca.

—¿Hacia dónde? —insistió Asia.

La linterna se movió hacia la carretera de Los Cipreses. Asia pensó en echar a correr, en huir como había hecho Blas cuando se sintió acorralado. Pero era tal la sensación de derrota que lo inundaba que no se veía capaz de dar dos zancadas sin rendirse. Terminó por hacer lo sencillo: obedecer. Se puso en marcha. Juan Docampo lo seguía un metro por detrás.

—Ahora a la izquierda —le indicó en cuanto llegaron a la carretera.

Como si Asia no lo supiera. Como si no imaginara a dónde lo llevaba.

Debían de ser casi las doce. No pudo evitar pensar en Carla, sentada junto a la hoguera junto a Fran y Claudia y Alba y quién sabe cuánta gente más. Seguro que Joaquín se había unido a ellos y ahora les estaría contando que en un par de horas iba a saltar la hoguera esa de ahí, sí, la que ha hecho el ayuntamiento, la de esa Torre de Hércules de cartón piedra, él la iba a atravesar como el héroe de acción que era, que le pediría a alguien que le sujetara la cerveza mientras saltaba, que no quería que se calentara, y al salir victorioso del otro lado echaría un largo trago y las nenas, oh, las nenas, caerían rendidas a sus pies. Pero Carla no lo escucharía. Ella estaría preocupada por Asia, por lo mal que lo tendría que estar pasando, atrapado con Juan Docampo una noche como esa, en esa cena a la que no se había podido negar. Pero seguro que la sobremesa no se alargaba mucho más. Seguro que Juan Docampo lo dejaba salir pronto. Quizás ya lo hubiera hecho. Quizás Asia estuviera caminando entre las hogueras, buscándola. Pronto lo vería, sí…

Pronto, si Asia estuviera donde le había dicho a Carla que estaría. No había habido cena con Juan Docampo, y sin embargo estaba con él, dejando atrás Los Cipreses, cogiendo el desvío antes del puente, metiéndose en el sendero, a punto de descubrir cómo de grande era el lío en el que estaba metido.

—Ese sitio no te trae buenos recuerdos, ¿verdad? —dijo Juan Docampo cuando dejaron atrás el molino.

Asia siguió avanzando en silencio junto al río. Juan Docampo soltó una risita fría por la nariz, pero no volvió a decir nada hasta unos minutos más tarde, mucho después de haber dejado atrás el puente lleno de babosas, llegando ya a la portezuela de madera.

—Es increíble lo que llega a hacer alguien cuando le apuntas con una pistola —dijo—. Lo fácil que obedece cualquier orden con tal de

que no dispares. “Coge ese tronco de ahí y llévalo al molino”. Sin problema. “Ata esta cuerda a la viga tal y como te digo, nada de intentar hacer un nudo que no vaya a aguantar”. Hecho. “Ponte la soga al cuello, Blas. Súbete al tronco. Bien. Quédate quieto. Muy quieto”.

Un escalofrío recorrió la espalda de Asia. Siguió caminando a paso lento, con cuidado de no resbalar con el barro del camino. Elevó la voz más de lo necesario, intentado sonar más seguro de lo que en realidad se sentía, y preguntó:

—¿Blas se suicidó porque lo amenazaste con dispararle?

Otra vez esa risa fría. Juan Docampo chasqueó la lengua varias veces. Dijo:

—No. Se negó a seguir obedeciendo cuando se vio con la soga al cuello. Me retó a que apretase el gatillo si quería verlo muerto. Como si esa fuera en algún momento mi intención. Como si la policía no fuera a investigar exhaustivamente una muerte por arma de fuego.

»Así que, antes de que pudiera quitarse la soga, volqué de una patada el tronco.

Asia se detuvo tras atravesar la portezuela. Sólo podía haber un motivo por el que Juan Docampo le estaba contando todo esto. Era un secreto, y Asia sabía cómo funcionaban los secretos: alguien se los contaba a él y él no se los contaba a nadie. Y sólo había una forma de asegurarse de que así fuera.

—¿A mí también me vas a obligar a suicidarme? —preguntó Asia sin volverse, elevando la voz, confiando en que Eulogio todavía siguiera por ahí y pudiera ayudarlo.

A su espalda, Juan Docampo chasqueó la lengua.

—No. Para vosotros tengo otra cosa en mente —dijo, empujando a Asia para que siguiera adelante.

Habían llegado ya a la iglesia. Apuntó con la linterna al interior. Con ese barrido de luz se fueron las esperanzas de Asia. De rodillas ante el altar, con las manos atadas a los tobillos y cinta americana tapándole la boca, estaba Eulogio. Tenía un ojo hinchado y la barbilla ensangrentada.

—Tiene mal aspecto tu amigo Eulogio, ¿no? —dijo Juan Docampo, incapaz de ocultar lo encantado que estaba de oírse a sí mismo—. ¿Qué digo tu amigo? Tu enemigo. Yo mismo te ofrecí protección por si decidía vengarse por lo que le habías hecho a Celeste, ¿recuerdas? Y, mira, tenía razón. Qué pena que no haya podido hacer nada para que no cayeras en su trampa, para que te reunieras con él en un lugar tan apartado como este. Qué gran idea elegir una de las pocas noches del año donde un disparo a medianoche no llama la atención, con todos los fuegos artificiales y petardos que se lanzan celebrando San Juan. Un tiro en la frente y listo. Quizás algunos más, para ensañarse, para

que sufras tanto como él ha sufrido con la muerte de Celeste, pero dejando una bala para él, para seguir los pasos de su amor. Qué romántico, ¿verdad?

Asia se volvió para mirar a Eulogio. No había pánico en sus ojos. Sólo culpa.

—Hasta pensarán que las heridas de tu mano son por haberte peleado con él —añadió Juan Docampo, riendo abiertamente ahora—. ¿No es increíble lo bien que me sale todo hoy?

No podía ser cierto. Esto no podía estar pasando.

—Cualquiera que investigue un poco a fondo…

—Cualquier detective daría las gracias por un caso tan sencillo como este. La pistola está a nombre de Eulogio, aunque él no lo sepa, y cuando registren tu habitación encontrarán la carta y comprobarán que la letra se corresponde con la suya. No habrá nada más que investigar. No hay nadie que pueda defender la inocencia de Eulogio. Será una tragedia para toda tu familia y amigos, por supuesto. Será un duro golpe para la Residencia, incluso. Que uno de sus antiguos empleados asesine así a uno de los residentes… A uno tan especial para mí como tú, Asia —dijo Juan Docampo con voz temblorosa y unas lágrimas asomando a sus ojos—. Con lo que me había preocupado por ti en los últimos meses…

Juan Docampo interrumpió su llanto con una sonrisa fugaz.

—Ahora, entra. Acabemos con esto cuanto antes.

Asia se metió por el hueco en la fachada de la iglesia. *Piensa*, dijo la voz, más dulce que nunca, más joven. Distinta. *Por favor, piensa en algo para salir de esta situación. Por favor. Piensa. Piensa, mi chico Asia. Piensa.*

—No diré nada, lo prometo. No diré nada a nadie —suplicó Asia, girándose despacio, buscando algo que le sirviera de ayuda. No había bancos tras los que esconderse ni objetos que blandir. Había una puerta lateral que estaba seguro de que daba a plena maleza y unas escaleras junto a la entrada que subían al campanario. Nada útil—. Déjame marchar y prometo no volver a la Residencia. Despide a mis padres, si quieres. Déjame marchar y no diré nada de lo que sé.

Juan Docampo miró a Asia a los ojos.

—Tu palabra no vale nada. Pero hay una forma de que me fíe de ti y te deje salir de esta con vida.

Juan Docampo, sin dejar de apuntar a Asia con la linterna, se llevó la mano a la espalda. Del cinturón sacó una pistola.

—Eulogio te tendió una trampa y te peleaste con él —volvió a elucubrar—. En el forcejeo, te hiciste con su pistola. Un solo disparo: defensa propia. Aquí, en el pecho —dijo, apuntando con la linterna a Eulogio, de rodillas frente al altar—. Te doy dos posibles finales, Asia, no te quejarás. En tu mano está cuál acaba saliendo a la luz.

Le tendió la pistola a Asia. Por primera vez se fijó en que Juan Docampo llevaba guantes.

Sólo quiere tus huellas, mi chico Asia, dijo la voz, mientras Asia alargaba la mano para coger la pistola. *El arma no está cargada. Vas a intentar dispararle a Juan Docampo y no va a pasar nada. Él lo sabe. Es una trampa. Después de eso, tendrá motivos de verdad para matarte. No la cojas, mi pequeño Asia. Mi amor. Mi vida. Es una trampa.*

Asia sabía que la voz tenía razón. Aun así, cogió la pistola. Porque mientras la tuviera él, Juan Docampo no la tendría.

Se lanzó contra él.

A Juan Docampo el movimiento lo cogió por sorpresa. El empujón le hizo perder el equilibrio. Agarró a Asia por el cuello de la camiseta, pero la tela se rasgó. Asia echó a correr hacia la entrada.

Ahora se arrepentía de no haber corrido más con Lira.

Si alcanzaba la salida antes de que Juan Docampo lo atrapara, y si no se resbalaba en el suelo embarrado, y si lograba encontrar el sendero a oscuras, esa noche sin luna, y si llegaba a la carretera con fuerzas suficientes para correr hasta la Residencia, entonces estaría a salvo. No era buena idea agarrarse a tantos "y si...".

En el último segundo giró de golpe y se metió en las escaleras que subían al campanario. A su espalda, oyó cómo Juan Docampo se pasaba de largo: lo había cogido por sorpresa.

Asia ascendía a toda prisa por la escalera de caracol, concentrado en no tropezarse con ningún escalón. Le empezaba a faltar el aliento. Por suerte, su idea nunca había sido subir hasta el campanario.

A mitad de subida encontró lo que estaba buscando. Sintió el cambio de textura de la pared exterior, de piedra a madera. Se detuvo y empujó. La puerta se abrió en silencio. Salió al coro elevado, cerró la puerta con cuidado y se pegó de espaldas a ella. Contuvo el aliento.

Los pasos de Juan Docampo apenas sonaban sobre los escalones de piedra. Se estaba tomando su tiempo en subir. Quizás creía que Asia estaba atrapado. Pero había aún una posibilidad de que esa hubiera sido la decisión acertada al final.

Notaba el corazón latiéndole en los huesos mal soldados de la mano. Le temblaba. La izquierda se mantenía firme, cerrada en torno a una pistola que ahora comprobaba que no tenía cargador. Había hecho bien en no intentar usarla.

Los pasos en las escaleras se detuvieron. La luz de la linterna se coló por la rendija de la puerta, bajo los pies de Asia. Ahora venía el momento clave.

Asia flexionó las rodillas y empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. No podía permitir que la puerta realizara el menor movimiento de vaivén cuando Juan Docampo comprobara si estaba cerrada con llave o no. Esperó en tensión durante unos segundos sin

que pasara nada. Luego, notó una presión prolongada, creciente. La aguantó con firmeza.

La presión se desvaneció. Asia oyó pasos del otro lado de la puerta: Juan Docampo seguía subiendo hasta el campanario.

Era la oportunidad que estaba esperando. Se obligó a contar hasta cinco para que Juan Docampo tuviera tiempo a subir unos cuantos escalones y la propia columna central de la escalera de caracol lo ocultara de su vista.

Iba a tener que bajar sin hacer ruido. Y una vez abajo, tenía que echar a correr sin mirar atrás. Sin pararse a desatar a Eulogio, siquiera.

Si Asia se salvaba, también se salvaría Eulogio. Juan Docampo no lo iba a matar con Asia como testigo. Sí, huyendo le estaba salvando la vida.

Por seguridad, contó hasta diez. Luego, con cuidado de que la puerta no chirriara, se metió de nuevo en las escaleras.

Al instante una mano lo agarró por el pelo y tiró de él. Asia gritó y pataleó. Juan Docampo lo arrastraba escaleras arriba, bufando por el esfuerzo, gruñendo con cada escalón que ascendía. Ahora sí que no había nada que hacer.

La puerta del campanario tampoco estaba cerrada. Juan Docampo tiró a Asia al suelo. Se arrastró, alejándose de él, hasta topar con los restos del muro que cercaban ese campanario sin campana. Se puso en pie con dificultad.

—Dame la pistola.

Asia se sorprendió de tenerla todavía en la mano. Miró a Juan Docampo y negó con la cabeza.

—Dámela, o… —dijo Juan Docampo, avanzando hacia delante.

Asia dio un paso atrás. Tropezó con los restos del muro y estuvo a punto de perder el equilibrio y precipitarse al vacío. No tenía salida. Alargó la mano para entregarle la pistola a Juan Docampo. Pero en el último segundo la tiró hacia atrás, por encima de su hombro.

Hubo unos segundos de completo silencio y luego el chapoteo de medio kilo de metal hundiéndose en el barro.

Juan Docampo apretó los labios y resopló por la nariz. Meneó la cabeza.

—Veo que tu estupidez no tiene límites, Asia. Baja a por ella, anda.

Asia agachó la cabeza, pero no perdió toda esperanza. Si bajaba delante, podría hacer un último intento desesperado de huir. Se mentalizó para lanzarse de cabeza si hiciera falta, para rodar y romperse un brazo con tal de llegar abajo con ventaja sobre Juan Docampo.

Echó a andar hacia las escaleras. Juan Docampo no le dejó dar un segundo paso. Le puso la mano en el pecho y negó con la cabeza,

sonriente.

—Tch, tch, tch —dijo—. Por ahí no.

El empujón cogió desprevenido a Asia. Sus pies volvieron a chocar contra los restos del muro, sólo que esta vez no pudo mantener el equilibrio.

Durante un instante eterno vio alejarse a las estrellas, cayendo, sin tener dónde agarrarse, y las estrellas lo miraban alejarse a él, brillando en el cielo. Y al llegar al suelo, todas se apagaron a la vez.

Epílogo

Es un atardecer digno de destrozar un lienzo en blanco con una explosión de color, con sus nubes bajas filtrando unos cuantos rayos de sol: unos pocos elegidos que atraviesan la iglesia en diagonal, del altar a la entrada, dividiendo Tierra y Cielo con líneas dibujadas sobre polvo en suspensión.

Huele a tierra mojada. Una tormenta de principios de verano, de gotas que explotan al caer, de gente corriendo a cobijarse. No es por eso por lo que la iglesia está llena a rebosar. Debería estar vacía. Si hubiera justicia en el mundo estaría vacía. Es demasiado pronto. Cincuenta años antes de tiempo, como poco. No hay suficientes historias que contar. No hay ninguna vida que celebrar. La gente está ahí para sufrir, para expresar lo que sienten: la rabia, el dolor, la inmensa pena de una vida no vivida.

—Oremos por nuestro hermano Asia, que Dios Todopoderoso lo acoja en su seno.

Pero nadie reza. El primo de Asia no tiene ganas de reír. Su padre le pasa un brazo por encima de los hombros y lo atrae hacia él. Los amigos del instituto están al fondo, en silencio. No era esa la imagen que tenían del reencuentro tras el primer año en la universidad.

Joaquín está callado por una vez, dos filas detrás de Claudia y Alba y Fran. A ellos por momentos les cuesta respirar, entre llanto y llanto. Sobre todo a Fran. Le falta el aire. Probablemente siempre le vaya a faltar un poco de aire. Un poco de vida.

—Nuestro hermano Asia era…

El cura alza la vista a una iglesia incapaz de guardar silencio. La baja de nuevo al púlpito. No hay nada que le apetezca leer. Nadie quiere oírlo hablar. Necesitan algo distinto. En días como hoy no valen las palabras vacías.

La abuela Olga se levanta, encorvada por el peso de su colgante. Lleva la aldaba de león por fuera de la ropa, sobre el pecho. Sube al altar. Cierra los ojos. Aprieta los puños.

—Asia era el silencio de una tarde de verano, la brisa agitando las hojas de los robles, el murmullo del río corriendo entre las rocas, la luz de un cielo azul sin nubes a la vista.

Canta. Su voz es una melodía sinuosa, decreciente. Vibra, pero no de indecisión. Se mueve buscando notas y más notas, arrancando matices a la piedra que la rodea. Toma aire.

—Y Asia era el temblor de la tormenta lejana, la espuma del agua que todo lo enfría, el otoño que tiñe de marrón los campos, un trueno

en mitad de la noche.

Su voz resquebraja el ambiente como si estuviera hecho de cristal. La aldaba de león ruge en su pecho. Los puños le tiemblan. Toma aire.

—Asia era un niño, sólo un niño. Era...

Se queda callada, escuchando el eco de su voz. El abuelo le ofrece su mano para que baje las escaleras. Él mira el púlpito y luego mira la iglesia. El bosque se quiere colar por el hueco tras el altar, con sus hojas verdes y sus pájaros cantando. Vuelve a su sitio sin decir nada. No se atreve. No sin haber preparado nada que decir, y no lo ha hecho. No ha tenido valor de enfrentarse a su interior, de poner en palabras lo que siente, de ver sus tripas sobre el papel, de corregir las frases una y otra vez, intentando transmitir lo que siente. Como si las palabras bastaran para expresar este dolor. No. Quizás al frente de un aula si pudiera. Quizás así si valiera, golpeando cada letra, levantando polvo con cada sílaba, apretando la tiza hasta romperla, hasta que los nudillos se pusieran blancos, hasta que se rompieran los propios dedos. Quizás escribiendo con las uñas hasta que asomaran los huesos. Quizás así sí pudiera escribir algo digno de leer en honor a su nieto. De ninguna otra forma. Se sienta en silencio.

En todo el silencio de esa iglesia a medio derruir, donde cada banco cruje bajo el peso de quienes querrían estar en cualquier otro lugar. Todos sollozan. Todos aprietan los dientes. Todos miran al frente por no mirar a quienes tienen al lado. Por no ver llorar a padres y hermanos, a amigos y primos. Para no ver a la madre, sentada al final de un banco, sola, completamente quieta. Para no tener que imaginar qué debe estar sintiendo en esos momentos.

Mamá...

Papá no ha entrado. Camina entre los árboles. Da dos pasos y se detiene. Se queda pensando en la última vez que habló con Asia, en su último abrazo, su última... Es trabajo de los hijos rememorar los últimos momentos con sus padres, no al revés. No está preparado. ¿Quién lo está? Echa a caminar de nuevo. Se pierde en el bosque. Pobre del desgraciado que se lo encuentre y le pregunte a qué se debe su dolor.

En la iglesia, el cura retoma el púlpito. Carraspea una vez. Ofrece sus palmas al cielo. Cierra los ojos e inspira. Reza en silencio a su Dios. Son días como hoy los que le recuerdan cuánto ama al Señor. Si no lo amara como lo ama, se preguntaría qué clase de maestro necesita la muerte de un joven para enseñar una lección.

—Te alabamos, Señor —murmura entre dientes y se retira al fondo. Quizás la Sangre de Cristo le infunda valor.

Las puertas se abren. La gente se gira. Carla: su vida, su sol... La luz del atardecer incendia su pelo cobrizo. Sus ojos dorados brillan como nunca deberían brillar unos ojos así. Nadie se fija en su pijama

de ovejas. No quería ir. No tenía fuerzas para ir, pero ahí está, recién salida de una cama demasiado grande, caminando por el pasillo hacia el altar. No era así como se imaginaba ese trayecto. Cada paso es más corto. No quiere llegar al final. No quiere ver el rostro de Asia. No quiere saber que bajo los párpados cerrados ya no hay unos ojos que la puedan mirar como sólo él la miraba. Que nunca más podrá enfadarse con él, por mucho que ahora quiera enfadarse con él por haberse ido tan pronto, sin avisar.

Echará de menos la forma en la que sonreía cada vez que la hacía reír a carcajadas. Echará de menos cómo la tocaba, esculpiendo con sus manos su forma verdadera. Echará de menos cómo conseguía alegrarla siempre que lo necesitaba. Cómo la calmaba. Cómo la hacía rabiar. Cómo la excitaba. Cómo la besaba. Cómo era.

Echará de menos las historias a dos voces. Echará de menos todos y cada uno de los momentos que no va a poder vivir junto a él. Todos los momentos que dibuje ahora serán sólo ficción. Mentiras. Nada.

Lo besa en la frente y se sienta junto a mamá. Las dos en silencio, la mirada perdida en el suelo. Se cogen las manos. Cierran los ojos.

—Si no hay nadie más que tenga algo que decir…

Es tarde ya. Los bancos crujen cuando todos se levanta a la vez. Desfilan en silencio por el pasillo. No dejan huellas sobre el polvo acumulado en el suelo. Se marchan ligeros, dejando las penas dentro. Que las absorba la iglesia, si puede. Que se derrumbe, si no. ¿Qué más da ahora?

Todos se van. Asia se queda. Solo. Jamás hubo un silencio como ese, sin nadie para oírlo. Dura poco.

La iglesia cruje. Un zumbido llega hasta el altar. La puerta se abre una vez más.

Gafas de sol. Vaqueros rotos. El pelo suelto cayéndole sobre el hombro.

Lira, su Lira, su constelación. Ella tampoco imaginaba así el momento de entrar en esa iglesia. Es su iglesia. Celeste se las dio a ellos, a los dos. Les enseñó cómo llegar. Les contó que, si la escuchas, la iglesia te cuenta la verdad. Camina hacia el altar y escucha, pero no oye nada.

Hay tantas cosas que quiere decirle a Asia. Tanto que explicarle. Tanto de lo que hablar… Pero no hay tiempo. La iglesia tiembla. Crepita como un leño en mitad de una hoguera. Como papel arrugándose. Como viento en un micrófono. Como el ruido blanco de la radio al atravesar un túnel.

Se inclina sobre el féretro abierto. Aparta el pelo de la frente de Asia con una caricia. Acerca sus labios al oído y susurra algo. Es una pregunta, pero Asia no la puede oír. La voz de Lira llega entrecortada. ¿Cómo dices? Repite.

El crepitar se intensifica. Lira se inclina todavía más. Apoya su mano sobre el pecho de Asia. Siente su colgante bajo la ropa. Toma aire. La iglesia tiembla. Cruje. Se va a derrumbar. No queda tiempo, pero es importante. Tiene que hacerle esa pregunta. Una sola pregunta. Sólo ella puede hacerla.

Los labios rozan su oreja. El ruido blanco cesa de golpe, tan sólo un instante, lo justo para que, con su voz dulce y grave, Lira pregunte:

—Dime, ¿sabes qué significa tu nombre?

Resurrección

Había un enjambre de abejas. Un móvil vibrando sobre una mesa de madera. Una ventanilla mal subida en plena autopista. Ruido. Ruido blanco. Interferencias.

—¿Cómo dices? Repite.

Una luz blanca se colaba a través de los párpados cerrados. Luego, volvió la oscuridad. Entre el crepitar de la radio —¿era una radio?— emergió una voz entrecortada. Sílabas inconexas. Nada.

—Como si te lleva años. Ya no hay prisa.

Otra vez ese crepitar y esa voz lejana. Otra vez esa luz blanca.

—No te preocupes por eso.

El resplandor volvió a desaparecer. El crepitar sonó más lejano. La voz también se alejó.

—Tú sigue buscando...

Hubo un momento de silencio absoluto. De completa oscuridad. De flotar en mitad del universo. Luego, una pequeña explosión.

La primera bocanada de aire le dolió tanto como la caída. Asia abrió los ojos. Las estrellas le devolvieron la mirada, borrosas, en silencio. La cabeza parecía a punto de estallarle. Le dolían todas las costillas. La boca le sabía a sangre. Intentó mover los pies. No pudo.

Se sentía atrapado, como hundido en un colchón demasiado blando. Notaba la nuca húmeda. Notaba todo el cuerpo húmedo, en realidad. Húmedo y viscoso. ¿Era sangre? ¿Había estallado al chocar contra el suelo? ¿Estallaban los cuerpos así, como si fueran globos de agua?

Sí, mi Asia, a veces estallan así. Pero no hoy. No tú. No es sangre eso que sientes. Es…

Barro.

Asia estaba medio hundido en un palmo de barro. Intentó mover los pies de nuevo. Hubo un ruido de succión cuando consiguió despegar una pierna. Luego vino la otra. Movió los brazos e intentó incorporarse. El dolor en las costillas lo obligó a tumbarse de nuevo.

Estaba vivo. Le dolía todo el cuerpo, pero estaba vivo. Todo parecía estar en su sitio. No había huesos asomando por ningún lado ni extremidades dobladas en ángulos extraños. Iba a salir de esta. No entendía cómo, pero iba a salir de esta. Le entraron ganas de reír. Las contuvo: bastante tenía con el dolor en las costillas al respirar.

Consiguió ponerse en pie con dificultad. Sabía que tenía que huir mientras pudiera. Tenía que echar a correr y pedir ayuda. Esta era su oportunidad. Había buscado la forma de librarse de la vigilancia de

Juan Docampo y lo había conseguido. Tenía que largarse mientras Juan Docampo siguiera pensando que Asia yacía sin vida en el suelo.

Si te vas ahora, Eulogio morirá, ¿lo sabes, no?, dijo la voz. *Mientras Juan Docampo piense que tú has muerto, nada le impedirá seguir adelante con su plan de fingir el suicidio de Eulogio.*

Bueno, pues le haría saber que seguía con vida. Cogería algo de ventaja y gritaría desde el bosque para que Juan Docampo tuviera que salir y viera que Asia ya no estaba ahí. No podía matar a Eulogio si había un testigo a la fuga.

Pero podría cambiar el plan, dijo la voz, dulce pero incisiva. *Podría matar a Eulogio de todos modos, un tiro en el pecho en vez de en la sien, y pasar de suicidio a asesinato, como te propuso cuando te dio la pistola. Tiene tus huellas, recuerda.*

O se iba en silencio y la muerte de Eulogio acababa siendo un suicidio, como la de Blas, con Juan Docampo saliendo indemne de nuevo, o huía gritando, siendo sospechoso de asesinato, con sólo su palabra para defender su honor, todas las pruebas en su contra, sin nada que sirviera de explicación a por qué Juan Docampo iba a querer asesinar a dos personas en medio de un bosque.

Si tuviera esos papeles en su poder, la cosa sería muy distinta.

Pero no los tienes.

Ya. Ojalá pudiera acercarse a él por la espalda, sigilosamente, y robárselos...

Pero no puedes.

Lo sabía. Y aunque los cogiera, no podría huir a tiempo...

Mi dulce Asia. Mi ingenuo Asia. Piensa, dijo esa voz tan llena de vida, esa voz que lo apoyaba, que lo quería.

Si al menos Ramón estuviera de su lado... ¿Se había equivocado al confiar en él?

Mi astuto Asia que en todo se fija

¿Por qué le había ordenado Juan Docampo a Ramón que siguiera buscando? Hace nada, por el walkie-talkie. ¿Por qué iba a seguir buscando...?

¿Lo ves ahora?, dijo la voz cargada de electricidad, sonriendo.

Y Asia sintió un escalofrío recorriéndole la espalda cuando supo la verdad: no era él quien se había equivocado al confiar en Ramón, y eso cambiaba por completo la situación.

Mi chico Asia. Mi valiente chico Asia. Es la hora.

Juan Docampo dejó de dar vueltas de un lado a otro, frente al altar. No tuvo que consultar su reloj para saber que acababan de dar las doce. El ambiente se llenó de explosiones. Los reflejos de colores en el cielo nocturno se colaban en el interior de esa iglesia en ruinas. Era la hora.

Quitó el seguro a la pistola y se situó a la derecha de Eulogio.

Apuntó a la sien, a quemarropa. Eulogio gruñó y se revolvió hasta caer de lado de forma patética. Tumbado sería, entonces. Juan Docampo volvió a apretar el cañón de la pistola contra el cráneo de Eulogio, con fuerza esta vez. Puso el dedo en el gatillo. Tomó aire…

—¡Eh!

Juan Docampo se volvió. Apuntó linterna y pistola a la vez al lugar de donde había llegado la voz, junto a la puerta. La luz barrió la pared. Allí no había nadie. Se movió hasta que el suelo embarrado bajo el campanario fue visible a través del hueco de la entrada. No podía ser… Ese… Ese niñato, ese estúpido… ¡Ese maldito hijo de la gran puta seguía con vida!

—¡No te escondas, Asia! No te voy a hacer nada —dijo, apagando la linterna para ocultar su propia posición, acercándose lentamente a la entrada.

Una risa llena de incredulidad se abrió paso por entre las explosiones de los fuegos artificiales, resquebrajando la oscuridad de la noche. Asia estaba ahí, del otro lado del muro. Juan Docampo alzó la pistola.

—Quieres matarme —dijo la voz de Asia.

Juan Docampo reanudó la marcha. Dio pasos lentos, intentando no hacer ruido, preparándose para encender la linterna y disparar en cuanto saliera de la iglesia.

—No *quiero* matarte, Asia. *Tengo* que hacerlo. Lo sabes tan bien como yo.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás. ¿Qué pensará Susana cuando se entere de lo que has hecho? —preguntó Asia. Su voz sonaba más lejana ahora.

Juan Docampo apretó los labios con fuerza. Resopló por la nariz.

—¿Te crees que a mi mujer le importa lo que haga para proteger lo que es nuestro? —gritó. Le daba igual ya delatar su posición. Estaba a punto de salir de la iglesia. Pronto lo tendría a tiro—. Mientras todo siga igual para ella, no se hará preguntas incómodas.

—No sé yo si estará muy contenta con la vida que lleva ahora.

Juan Docampo salió de la iglesia de un salto, encendiendo a la vez la linterna. El haz de luz no barrió más que árboles. Giró a su alrededor. Asia seguía escondido ahí cerca, lo sabía.

—No sabes nada —escupió, furioso—. Ese es tu problema, Asia. No sabes nada. No sabes mantenerte al margen. No sabes meterte donde no te llaman. No sabes que no se debe hurgar en el pasado.

Juan Docampo apagó la linterna de nuevo y aguzó el oído, esperando oír una respiración agitada o el sonido de una ramita rota o el chapoteo de un pie sobre el barro. Sólo oyó el ruido de los fuegos artificiales. Pero Asia se lo puso fácil.

—Sé algo que tú no sabes —dijo. Su voz sonó jocosa. Juan

Docampo apretó la pistola con fuerza y se dirigió en silencio hacia el sonido de esa voz que se reía de él—. Sé que Ramón no te va a volver a llamar al walkie-talkie esta noche para decirte que ha encontrado los papeles que está buscando en el Taller.

Juan Docampo sabía que no debería hablar, que si quería coger a Asia por sorpresa no debería darle ninguna pista sobre su posición. Pero no soportaba la insolencia de ese maldito niño que lo podía haber tenido todo y lo había tirado todo por la borda. Quería que abandonara toda esperanza, porque no la había.

—¿Y qué si no los encuentra esta noche? —preguntó, gritando, haciéndose oír por encima de las explosiones más cercanas—. No necesito tener los papeles en la mano para librarme de vosotros. Lo único que importa es que ahora sé dónde están.

Sabía por fin dónde estaban, sí. Por primera vez en años no habría ningún silencio que comprar. Nadie con el poder suficiente para hundirlo. Todo estaría perfectamente bajo control. La vida de dos personas era un precio justo por esa calma, por ese orden.

—Sabes dónde *estaban* —dijo Asia—. Sabes dónde estuvieron hasta esta noche, cuando entré en el Taller y los cogí. Me temo que llegaste demasiado tarde.

Juan Docampo dobló la esquina y encendió la linterna. Esta vez la luz iluminó el hombro de Asia asomando por detrás de uno de los grandes castaños que rodeaban la iglesia antes de que la maleza impidiera el paso.

—Tú no tienes nada —dijo, apretando los dientes, echando a caminar despacio hacia él, apuntándolo con la pistola, buscando un tiro más limpio.

—No, yo no —dijo Asia, desde el bosque—. Pero los tuve.

—No aprendes. ¿Crees que vas a conseguir algo comprando algo de tiempo? ¿Crees que me vas a hacer cambiar de opinión? No, Asia. Asume las consecuencias de tus decisiones. Yo estoy asumiendo las de las mías.

—Vale, mátame —dijo Asia, tras el árbol—. Ya que no puedes hacer otra cosa, mátame. Mátame y púdrete en la cárcel. Porque eso es lo que va a pasar cuando Ramón le entregue a la policía esos papeles y les cuente todo lo que ha pasado hoy.

Juan Docampo se echó a reír. Una risa nerviosa, sí. Se acercó un poco más al árbol tras el que Asia se escondía.

—Ramón me es fiel —dijo con más seguridad de la que de verdad sentía.

Ahora fue Asia quien rió. Su risa volvió a imponerse a los fuegos artificiales, que empezaban su traca final.

—Sí. Tan fiel como tu mujer. Son tal para cual.

Juan Docampo se estaba hartando. Quería volarle la cabeza a Asia

de un disparo. No. Antes le dispararía en las rodillas. Que sufriera. Quería que tuviera tiempo de arrepentirse de todo lo que estaba diciendo, del tiempo que le estaba haciendo perder. Sí. Y todo ese ensañamiento ensuciaría todavía más el nombre de Eulogio. Todo eran ventajas.

—¿No me crees? Llámalo —dijo Asia, inmóvil tras el árbol, apenas asomando su camiseta—. Pregúntale qué encontró en mi bolsillo al cachearme. Pregúntale por qué te dijo que no había encontrado nada. Y cuando tengas todas esas respuestas, pregúntate si tu plan sigue siendo tan perfecto como antes, Juan.

Juan Docampo echó un vistazo al walkie-talkie que colgaba de su cinturón. Luego meneó la cabeza, sacudiéndose de encima las dudas. Era demasiado tarde para echarse atrás. Aunque Asia estuviera diciendo la verdad y su plan perfecto ya no lo fuera tanto, iba a acabar con su vida esa noche. Actuaba en defensa propia, en defensa de todo lo que había hecho por la Residencia. Asia había querido acabar con todo eso. Se merecía morir.

Con las piernas ligeramente separadas para ganar estabilidad, Juan Docampo apuntó pistola y linterna al hombro de Asia. Estaba a unos cinco metros de él. No iba a fallar.

Llevó el dedo al gatillo. Soltó el aire por la nariz. Disparó.

La bala arrancó parte de la corteza del castaño y se llevó por delante el hombro de Asia. Del otro lado del árbol no llegó ningún grito de dolor. Es más, Asia volvía asomar el hombro por detrás del árbol, como si la bala no lo hubiera siquiera rozado.

Juan Docampo se acercó un poco más. Asia seguía sin moverse. Se aproximó al árbol por un lado. La maleza le impidió rodearlo por completo. Tampoco le hizo falta para descubrir que lo único que allí había era la camiseta de Asia, llena de barro y hecha jirones, enganchada a una rama baja.

Estaba a punto de pegar un tiro al aire para descargar la frustración cuando oyó ruidos del otro lado del muro.

Un par de metros detrás del árbol, en la fachada lateral de la iglesia, medio oculta por una maleza algo aplastada, había una puerta. Juan Docampo intentó abrirse paso. Las espinas de las zarzas se le engancharon a la piel. Se liberó del amarre y dio media vuelta. Corrió hasta la entrada principal de la iglesia y entró con la pistola alzada y el dedo en el gatillo. La linterna iluminó un altar vacío. Tras él, un borrón de tela salía por el hueco del muro. Juan Docampo disparó. La bala levantó una pequeña polvareda al impactar contra la piedra.

Iba a acabar con los dos, le daba igual el orden. Esta vez no se le iban a escapar. Salió por el hueco del muro, fijándose que no estuvieran esperándolo para atacarlo en cuanto se asomara.

La linterna iluminó un frente de bosque espeso, sin rastro de ellos.

Dudaba que pudieran adentrarse mucho en él. Si lo hicieran, el ruido los delataría. Intentó calmar su respiración para escuchar mejor. No oyó nada fuera de lo común, a parte de la traca final de unos fuegos cercanos.

En ese jardín había cinco lápidas tras las que esconderse y unos bustos de piedra de unos caballos tras los que parapetarse.

—¡Perdonaré la vida al primero que salga! —gritó Juan Docampo.

Esperó en vano una respuesta. No oyó nada más que silencio. No vio nada más que el reflejo azul en el cielo de algún fuego artificial aislado.

Está bien: si no querían salir, los obligaría a mostrarse. Un par de disparos al azar sobre las lápidas bastaría para que se movieran, supuso. Estaría atento a cualquier movimiento. Si nada ocurría, dispararía en otra dirección. Con tal de que le quedaran dos balas para ellos...

¿Cuántos disparos de advertencia se podía permitir? Sacó el cargador de la pistola para comprobarlo.

Un grito rompió el silencio de la noche. Eulogio, con los pies libres y las manos todavía atadas a la espalda, salió de detrás del caballo de piedra y se lanzó de un salto sobre Juan Docampo, derribándolo, haciendo saltar por los aires pistola, cargador y linterna.

Cuando Asia llegó hasta ellos, Juan Docampo había logrado darle la vuelta a la situación. Sentado a horcajadas sobre Eulogio, descargaba un puñetazo tras otro en su cara. La sangre empezaba a salpicar. Los golpes eran igual de violentos en las sombras gigantes de la pared.

Asia cogió la pistola y metió el cargador. El chasquido hizo que Juan Docampo dejara de golpear el cuerpo inconsciente de Eulogio y se volviera hacia Asia. Enseñó unos dientes llenos de sangre en una especia de sonrisa salvaje.

—¿Vas a dispararme? —preguntó Juan Docampo, levantándose y echándose encima de Asia.

Asia cerró la mano con fuerza en torno a la culata, olvidándose por un momento del dolor, y apretó el gatillo.

El disparo pasó rozando la oreja de Juan Docampo, que se lanzó al suelo hecho un ovillo, protegiéndose la cabeza con las manos. A Asia también le pitaban los oídos. Por un momento no oyó nada. Ante él tenía las sombras de Eulogio y Juan Docampo proyectadas contra la pared de la iglesia por la luz de la linterna. En el cielo, los reflejos azules de algunos fuegos artificiales se hacían cada vez más intensos.

El pitido en los oídos fue desapareciendo poco a poco. Pero en vez de oír explosiones a juego con las luces, oyó sirenas. Sirenas de policía que se acercaban cada vez más. Todavía tardarían en llegar a pie hasta ahí, pero lo había conseguido. Sin dejar de apuntar a Juan Docampo,

comprobó que Eulogio todavía respiraba. Estaba inconsciente y tenía mal aspecto, pero estaba con vida.

Se sintió de pronto más cansado de lo que jamás se había sentido. Sin camiseta y lleno de barro, el cuerpo lleno de arañazos tras abrirse paso entre la maleza, un corte profundo en la mano por sujetar su piedra de río rota, los dedos débiles y agarrotados, probablemente fracturados de nuevo, y un dolor en todo el pecho que iba y venía con cada respiración.

Y pese a ese cansancio que lo invadía y lo invitaba a echarse a dormir y no despertar jamás, fue consciente del movimiento de Juan Docampo, que intentó agarrarle el pie y derribarlo. Asia se liberó del agarre y le dio una patada en la cara, tumbándolo de nuevo en el suelo, de espaldas. Casi sin fuerzas, oyendo ya los gritos lejanos de la policía del otro lado de la iglesia, apuntó de nuevo la pistola hacia él.

—No me obligues a hacer otro disparo de advertencia —le dijo. Y sonriendo con los recuerdos de tiempos más sencillos, tiempos de paseos matutinos y caracoles posados en señales de tráfico, añadió—: Podría darte por error.

Interludio:

Despedidas

—El helicóptero sobrevolaba el bosque. FUTU-FUTU-FUTU-FUTU-FUTU. De pronto, entre los árboles, los focos alumbraron una iglesia. Y en el campanario, los brazos abiertos en cruz, sin miedo alguno: Asia.

Todo el Comedor miraba a Joaquín, de pie en una de las mesas.

—"Dispárame, puto", dijo Asia. "Dispárame aquí" — Joaquín se señaló la mejilla—. Así es, como un beso. Como diciendo: despídete de todo lo que has tenido hasta ahora. Y el Director disparó: KA-CHÁN —gritó, imitando el disparo de una pistola.

Asia reconoció que el retroceso del arma estaba muy bien logrado.

—Ah, pero Asia tenía un as en la manga. Se dejó caer hacia atrás y esquivó la bala. Le pasó rozando la nariz. Una caída de cien metros. Pero no le pasó nada, porque justo antes de caer al suelo hizo una *piruleta* y rodó y...

—¡Será pirueta! —gritó Claudia, que tuvo la decencia de ahorrarse terminar la frase con algún insulto.

—No: *piruleta,* porque fue tan perfecta que las nenas que lo vieran se lanzarían de rodillas a chup…

Claudia hundió la cara entre las manos y meneó la cabeza.

—No, si la culpa es mía por intervenir —dijo en voz baja mientras, al fondo, Joaquín seguía con la historia, en la que al parecer Asia había conseguido un fusil de asalto y disparaba sin discreción mientras reía como un loco.

Era la última noche del curso. La mayoría de estudiantes se habían quedado por curiosidad, por enterarse los primeros de toda la información que iba saliendo cada día sobre el tiroteo de la noche de San Juan. Para eso y para saber qué futuro le esperaba a la Residencia ahora que Juan Docampo estaba detenido, acusado de malversación de fondos y tentativa de asesinato y retención ilegal y posesión de armas y alguna que otra cosa más.

La Residencia iba a seguir funcionando. Las reservas de habitaciones hechas para el siguiente curso iban a mantenerse. Pero las cosas iban a cambiar.

—A Susana la han interrogado como posible cómplice en los asuntos de Juan, pero no tienen nada contra ella —le contó Ramón cuando fue a visitarlo al hospital.

Asia nunca se había llevado bien con la mujer del Director, pero se alegraba por Ramón. Se alegraba también de haber ido en su búsqueda la noche de San Juan, antes de ir al Taller a por los papeles.

Nadie se beneficiaría más de la caída de Juan Docampo que Ramón, así que Asia le había pedido ayuda. Primero, para atarle de nuevo el colgante al cuello. Él no había podido hacerlo con la mano todavía escayolada. Sin el colgante, sin la piedra de río rota y afilada, no habría podido cortar las ataduras de Eulogio.

Le había pedido también que mantuviera a Juan Docampo alejado del Taller mientras él buscaba los papeles. En eso le había fallado, pero había interpretado bien su papel y había avisado a la policía creyendo que Juan Docampo podría hacer alguna locura. No se imaginó que pudiera llegar tan lejos.

Por todo eso le daba las gracias.

—¿A mí? Gracias a ti. Lo único que pedía era un poco de caos y tú me traes esto.

Asia sonrió. Intentó no reírse. Las costillas rotas no se llevaban bien con las carcajadas.

—¿Volverás a hacer de mago en las obras de teatro? —preguntó Asia.

—Pff. Eso dalo por descontado. Ya has visto cómo me las gasto haciendo desaparecer papeles en mis manos.

Unos papeles que habían acabado publicados en la prensa esa misma semana, arrojando cierta luz al motivo por el que un empresario tan respetable como Juan Docampo la había emprendido a tiros con un estudiante y un extrabajador de su Residencia.

No fueron días fáciles para Felipe Docampo. Fran y Claudia coincidieron con él en el examen de Cálculo. Tenía mal aspecto: pálido, sin peinar, nervioso. No paraba de mirar hacia atrás todo el rato, como si se pensara que todos estaban hablando de él. El profesor creyó que estaba copiando y le hizo entregar el examen a los veinte minutos. Asia no podía decir que sintiera pena por él. Aunque supuso que tener un padre como Juan Docampo no debía de ser lo más fácil del mundo.

Tener de hijo a Asia, tampoco.

Llamó a mamá en cuanto le dejaron, al subirlo a la habitación, en el hospital. Eran las cuatro de la madrugada. Tenía tres costillas rotas, un tímpano perforado, se había vuelto a romper dos dedos, le habían dado puntos en la mano, le escocía toda la piel por los arañazos de las zarzas y sufría una conmoción cerebral. Lo primero que dijo cuando la voz de mamá, profundamente dormida, respondió la llamada, fue:

—Estoy bien.

Después vino lo de que se había caído y estaba en el hospital. No entró en detalles: no quería que se preocupara demasiado a esas horas de la noche. Tuvo tiempo de contárselo todo a sus padres a la mañana siguiente, cuando entraron en la habitación preguntando si sabía algo

de lo del tiroteo, ay, Asia, como te hubieras muerto por algo así te mataba, que a una madre no se le pueden dar esos disgustos.

Asia lo sabía perfectamente. Al verlos, se echó a llorar. No pudo evitarlo. El recuerdo de la iglesia llena de gente al atardecer, de mamá en silencio, de papá vagando por el bosque sin saber qué hacer, de los abuelos en el púlpito, lo había acompañado durante toda la noche.

—Creo que he hecho que os despidan —les dijo.

—Ya buscaremos otro trabajo —dijo papá, acariciándole el pelo—. Ya buscaremos otra casa. A estas alturas de nuestras vidas es más fácil que buscar otro hijo.

Dos habitaciones más allá, al otro lado del pasillo, estaba Eulogio. Le habían tenido que dar varios puntos en los labios, pómulo y ceja. Tenía un ojo hinchado y amoratado y un par de dientes rotos. Por lo demás, estaba bien.

Visitó a Asia los tres días que estuvo ingresado. Le costaba hablar por culpa de las heridas de la boca, pero hablaba. Le hablaba de Celeste y de Gabriel. Le hablaba de los buenos tiempos, de los recuerdos que tanto tiempo se había empeñado en olvidar por lo mucho que dolían. No dolían tanto compartiéndolos con alguien.

—Creí que te ibas a ir, que nada te ataba ya a aquí —le dijo Asia el tercer día, mientras salían por las puertas automáticas del hospital.

Sus padres le esperaban ya en el coche. Iba a pasar un par de días a casa de los abuelos, en la aldea. Se dejaría cuidar. Después, regresaría una última vez a la Residencia para despedirse en condiciones.

—Nada me ata a ningún sitio, en realidad —dijo Eulogio—. Y aquí conozco a alguna gente. Ahora sólo necesito encontrar un trabajo.

—Dicen que la Residencia busca un nuevo Director.

Eulogio se rió. Los puntos en la boca tampoco hacían buenas migas con la risa.

—No me interesa dirigir una residencia universitaria.

—Alguien tendrá que coordinar el Plan Docampo, ahora que por fin se va a llevar a cabo, ¿no? ¿Tampoco te interesa eso?

Eulogio sonrió ligeramente, lo justo para que los puntos no le tiraran. Se encogió de hombros.

—De un modo u otro nos veremos, Asia. Estoy seguro. Es lo que Celeste querría.

El Comedor irrumpió en aplausos. Joaquín se limpió las manchas de kétchup de la cara e hizo una reverencia. Carla se inclinó hacia Asia y le preguntó al oído:

—¿Hoy duermes conmigo? Puedes usar la cama de Lira para que no te aplaste las costillas sin querer.

A Asia le pareció un buen plan. Pero antes se pasó por su habitación. Apenas quedaba nada ya. Sus padres se habían encargado de recoger todo mientras estaba en el hospital. Se habían llevado

también gran parte de las cosas de Fran. A él sólo le quedaba una maleta con algo de ropa y los apuntes de Física. Carla y Asia irían a buscarlo tras el examen y volverían juntos a casa.

—Supuse que esto querrías tenerlo tú —dijo Fran. Le dio la edición de bolsillo de *Los días robados*—. Carla me ha hablado de Celeste.

Asia asintió con la cabeza.

—Había una nota también —siguió Fran—. Estaba toda arrugada. La he metido entre las páginas del libro.

Asia volvió a asentir. Miró a Fran, que lo miraba con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó Asia.

Fran se echó a reír.

—¿Yo?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, estoy bien. De verdad —añadió ante la mirada insistente de Asia. Hizo una pausa—. A veces…

Fran resopló por la nariz y apretó los labios.

—A veces me enfado con Carla. Siento que la ruptura vino de la nada, ¿sabes? Como si mi mayor miedo desde el principio no fuera que ella no sintiera lo mismo que yo, que sólo saliera conmigo porque yo estaba ahí cuando más lo necesitaba, como un buen amigo. Eso es lo que somos: mejores amigos que novios.

»Pero para vosotros siempre ha sido al revés. Este es el orden natural de las cosas. Me alegro de verdad por vosotros. Y no sabes cuánto me alegro de que estés aquí. Te daría un abrazo si no tuviera miedo a romperte algo, así que confórmate con estas palmaditas en la cabeza y vete, que algunos aún tenemos que estudiar.

Como Claudia. A ella no pareció molestarle la interrupción cuando Asia se presentó en su habitación unos minutos después, aunque estaba algo confusa.

—Por si no nos vemos mañana —le explicó Asia.

—¿No vas a ir al examen de Física?

—No. No he podido estudiar mucho los últimos días.

—Por lo que sea.

—Por lo que sea —repitió Asia, sonriendo.

En la habitación sólo quedaban las cosas de Claudia. Alba había acabado ya los exámenes y había vuelto a casa. Las camas seguían unidas. Asia se tumbó en ellas mientras Claudia lo miraba seria, apoyada en la pared, los rizos rubios enmarcándole los coloretes, en pijama corto de verano, la ventana abierta dejando entrar algo de brisa.

—Si no nos vemos mañana, Asia, quiero que sepas que te quiero, ¿vale? Te quiero como una hermana quiere a un hermano. Te quiero como se quiere a un perro.

Asia nunca había creído que esas palabras pudieran causarle tanta

ternura.

—Y ahora lárgate antes de que me llenes la habitación de lloros. Fuera.

Aun así, cuando se levantó, Claudia le dio un abrazo. Asia se lo devolvió, aunque doliera, aunque le crujieran las costillas, aunque los bordes de la piedra de río se le clavaran en la piel. Un abrazo sin más, sin miedo a que durara demasiado. Sin necesidad de hablar, Asia le pidió perdón por no haber estado ahí cuando más lo necesitaba. Podría haber sido un mejor amigo. Sería un mejor amigo en el futuro. La besó y le deseó buena suerte para el examen.

Salió de la habitación y tomó las escaleras, camino de la habitación de Carla. En el pasillo del segundo piso vio más puertas abiertas de las que jamás había visto en la Residencia. Se notaba que el curso se acababa. Vio despedidas y pequeñas reuniones de compañeras de pasillo. Saludó con un gesto de la cabeza a las vecinas de Carla, las gemelas, cuando pasó por delante de su habitación. Una se ruborizó. Otra cerró la puerta de golpe. Brujas…

Carla abrió en pijama, el pelo suelto, los pies descalzos, sonriente. Sus ojos dorados lo invitaron a acercarse. Sus labios entreabiertos pedían que la besara. La besó, y ella le devolvió el beso. Fue como el primer trago de agua fresca después de estar a punto de morir ahogado en el mar, sólo que más dulce. Carla besaba con todo su ser. Sus pechos se clavaban blandos en el corazón. Su vientre plano se hinchaba hasta que no quedaba espacio entre los cuerpos. Sus labios ardían. Era su sol, la estrella que más brillaba en esa habitación. La quería, y ella lo quería también. Se lo demostró como pudo, con cuidado de no hacerle daño.

Tumbados boca arriba, a oscuras, miraban las estrellas en silencio.

—Lira estuvo aquí ayer —dijo Carla.

Asia giró la cabeza para mirarla. Ella mantuvo la vista fija en el techo. Dijo:

—Se enteró de lo que te había pasado. Intentó llamarte. Ya le dije que llevabas mes y medio sin móvil. Al final vino aquí. Aún conserva la tarjeta de la habitación. Quiere que nos quedemos a Tarta.

Carla se tumbó de costado. Ahora fue Asia quien mantuvo la mirada fija en el techo.

—¿Te dijo algo más?

Carla apoyó su cabeza en el pecho de Asia, con cuidado. Cuando habló, las vibraciones de su voz hicieron que la oyera desde dentro de él, entre sus maltrechas costillas.

—Que sólo va a estar unos días aquí. Que el jueves se vuelve a Estados Unidos. Lleva dos meses allí, grabando un disco. Y dijo que lo sentía, y que no se le daban bien las despedidas, y que había recuperado su número de España y que si querías podías llamarla

antes de que se vaya. Y si no, me pidió que te dijera que mañana la iban a entrevistar en la radio. Que si pudieras la oyeras. Nada más.

Asia no dijo nada durante unos minutos. Jugaba distraído con el pelo de Carla, la mirada fija en el techo. Entre las constelaciones inventadas había una de verdad.

—¿Estás bien?

Asia suspiró. Lo estaba. Puede que nunca llegara a saber exactamente qué pasaba por la mente de Lira cuando se fue sin despedirse, pero por primera vez la entendía. Le había dicho todo cuanto le podía decir. Le había avisado de que odiaba las despedidas, de cómo había aprendido eso de su padre. Le había preparado para lo que estaba a punto de suceder, porque era inevitable, porque lo sabía desde hacía tiempo, desde un mes antes, le había dicho Carla.

Había pasado sus últimos días con él, como si nada pasara, como si el mundo no se fuera a acabar. Y el último día —ahora se acordaba y le entraba la risa—, tumbada en su cama, agarrándose con fuerza a las sábanas, le había dicho que se iba.

Carla lo miró preocupada. Asia reía y lloraba a la vez.

—Estoy bien. No pasa nada —dijo.

—¿Vas a llamarla? Va a estar en casa de Antonio. Puedo acercarte mañana si quieres hablar con ella en persona.

Asia negó con la cabeza, sonriendo, y besó a Carla en los labios.

—Quiero dormir hasta tarde contigo —dijo—. Quiero comer contigo. Y después, a la tarde, quiero ver cómo cargas el resto de tus cosas en el coche. Te ayudaría, pero estoy convaleciente todavía.

Carla se echó a reír.

—Idiota —dijo.

Luego, cogió un mechón de su pelo, tan mullido, y lo usó para secarle las lágrimas. Asia se rió. Le dolieron las costillas, pero no le importó.

—Érase una vez una chica que apareció por sorpresa en una residencia —dijo Carla.

Asia se volvió hacia ella. Sus ojos dorados brillaban.

—Es una historia larga —dijo—. Y no es fácil de contar.

—No vamos a madrugar, así que hay tiempo. Anda, cuéntame lo que pasó, lo bueno y lo malo. Háblame de Celeste y de Blas. Cuéntame sus historias. Cuéntame todo de ti. Háblame de Asia.

Agradecimientos

A ti, que has llegado hasta el final. Tú haces que esta novela esté completa por fin, que Asia y Carla y Lira y Claudia y Celeste y Blas y todos los demás cobren vida, que dejen de estar sólo dentro de mí a estar también dentro de ti. Compartimos ahora un secreto imposible de desvelar aunque se cuente. Gracias.

Nota del autor

Todo lo aquí contado es estrictamente ficticio, salvo alguna cosa con la que quizás tú te sientas identificada (y puede que ese *tú* haga referencia a varias personas por motivos distintos, quién sabe (yo sí que lo sé)).

Y ahora llega la parte en la que os pido algo a cambio de todo lo que os he dado:

Si os ha gustado esta novela tanto como me gusta a mí, dejad una valoración y un comentario en Amazon, por favor, y convenced a vuestros amigos para que la compren, y regaládsela a vuestros enemigos si en ese acto de generosidad encontráis placer, y no dudéis en contactar conmigo para hacerme cualquier comentario, cualquier crítica, o si tenéis preguntas, que seguro que las tendréis, que sé que no todas las dudas han quedado resueltas, aunque todas las respuestas están ahí, escondidas en casi quinientas páginas de texto.

Os dejo. Hasta la próxima.

Mi correo: jorge.gpascual@gmail.com
Mi Twitter e Instagram: @jojojorgegege

Biografía

Jorge García Pascual (Nigrán, 13 de abril, 1989): escritor.

Contenido

Una tarde de San Juan
Tres meses después
Carla
Novatadas
Hijo de...
Delega
Breve historia de los viajes en tren
Incendio de gatos
Un puñetazo a la pared
Asuntos turbios
Una vez más, Blas
El fin del mundo
Ojos de bosque
Navidades
Hojas que caen
La princesa desnuda
Tormenta
A oscuras
Los Cipreses
Exámenes
Abuelos
Ruinas
Lagunas
Respuestas
Canciones
Lira

Pasen y vean
Otros tiempos
Semana Santa
Suposiciones
Una carta
El mago
Regalos
Música y estrellas
Un día perfecto
Sueños
Domingo en coche con mamá
Recuerdo de Toledo
Los días robados
Voces
Si una noche de mayo una enfermera
Juan Docampo
La primera en arder
Buenas noticias
Otra carta
Otra tarde de San Juan
Eulogio
Gabriel
Celeste S. Vilas (1960-2009)
Asia
Final
Epílogo
Resurrección
Despedidas
Agradecimientos

Nota del autor
Biografía